JUAN FRANCISCO FERRÉ

# *Todas las hijas de la casa de mi padre*



«Dios no quiere que escriba esta novela», dice la narradora. Pero la escribe, y en ella relata el despertar a la vida adulta desde su adolescencia en una urbanización llamada El Atabal, fundada por holandeses, donde su rebelde hedonismo y su amistad con la omnipresente Regina la catapultarán lejos de la mediocridad circundante. La suya es una novela sobre la memoria, sobre la escritura como arma contra el mundo, atravesada de transiciones e iniciaciones: de transiciones, porque lo que se cuenta sucede en España entre 1976 y 1983, y de iniciaciones, porque lo que se cuenta es el descubrimiento del mundo adulto a través del sexo y el deseo.

En pleno amanecer sexual, la narradora conoce a un pintor llamado Carlos y a un escritor llamado Ángel. Acaso uno de ellos sea Dios y el otro el Diablo, y acaso ella sea una Eva gnóstica y andrógina a la que Carlos pinta desnuda en su particular Paraíso. El cuadro forma parte de una serie de lienzos en los que aparecen retratados, también desnudos, los capitostes de la urbanización, una transgresión que derivará en chantaje y en un escabroso asesinato.

Juan Francisco Ferré

# Todas las hijas de la casa de mi padre

Título original: *Todas las hijas de la casa de mi padre*
Juan Francisco Ferré, 2025

---

Revisión: 1.0

 26/12/2025

*A Morgana, por el manuscrito,*
*y a todas las mujeres que la han hecho posible.*

Yo soy todas las hijas de la casa de mi padre
y todos los hermanos también.

WILLIAM SHAKESPEARE,
*Noche de Reyes, o Como queráis*

# Primera parte

## DIOS

**(1976-1979)**

## 1

Dios no quiere que escriba esta novela.

## 2

Dios creó el mundo un 22 de octubre, según las teorías del arzobispo irlandés James Ussher, cuatro mil cuatro años antes del nacimiento de su único hijo, Jesucristo Superstar. Mil novecientos sesenta y dos años después, un 22 de octubre también, nació su única hija.

## 3

Mi padre biológico no quiso que yo naciera. El ginecólogo le planteó el problema. El parto iba mal. Se trataba de salvar la vida de la madre o la vida del feto. El doctor, como era costumbre en la época, quería salvar al feto. Mi padre quería salvar a toda costa la vida de mi madre. Yo nací contra la voluntad de mi padre. A mi madre nadie le preguntó.

## 4

La cesárea nos salvó la vida a las dos, a mi madre y a mí. Era un costurón espantoso que recorría el vientre de mi madre desde el triángulo del pubis hasta el orificio del ombligo. Cada vez que lo

miraba me producía escalofríos. De ahí me había extraído a la fuerza el ginecólogo, como a Moisés de la canastilla en el Nilo, con la cabeza intacta y las ideas confusas, cuando yo no quería abandonar el útero materno por nada del mundo. Mi madre era una madre vocacional y se sentía muy orgullosa de esa cicatriz horrible. Representaba para ella la marca de su realización como madre.

## 5

Anoche soñé que volvía a la urbanización El Atabal. En el sueño volvía a pasear por sus calles, como antes cada vez que la tristeza y la melancolía hacían mella en mi ánimo, o me acechaban con sus zarpas, y me echaba a caminar sin rumbo fijo por los dominios de la urbanización. Vuelvo a ver esas calles largas y estrechas, llenas de casas blancas y amarillas, con buganvillas rojas y glicinas azules trepando por sus muros como signos externos de la vida que habita en su sombrío interior. Allí vivía gente que conocía muy bien y me era muy querida, y mucha gente desconocida y odiosa. Veía las casas brillando con fulgor en la oscuridad del sueño, bajo la luz de la luna llena, con sus grandes jardines traseros y sus piscinas de agua negra como la noche.

Entonces me sentí de repente poseída por una fuerza sobrenatural que me guiaba más allá de los límites físicos que la realidad de la urbanización me imponía. Volvía a ver a Regina en su casa de calle Bali, esperándome en la puerta para contarme la última novedad del cine y la literatura, el último cotilleo sexual, el último descubrimiento entre las actrices o la última anécdota sobre su intimidad. Y a León en su casa de calle Sumatra, metido en su habitación como un animal enjaulado, en celo permanente, esperando con impaciencia mi visita de todas las semanas. Y pasaba con aprensión por delante de la casa de Lydia y la saludaba con timidez, como a una amiga que hacía tiempo ya no consideraba tal,

respondiendo a su tibio saludo como si fuera una despedida. Y ahí estaban Rosa y su madre, Victoria y Mari Carmen y sus hijas respectivas, exhibiéndose ante mí como si no hubiera pasado el tiempo desde la última vez que nos vimos. Y tantos otros vecinos y vecinas, apostados a las puertas de sus casas, inmóviles como estatuas, que me saludaban sonriendo, parapetados detrás de las vallas, las celosías y los arbustos, y me preguntaban uno tras otro por mis padres y por mi hermano Arturo, como si todavía viviéramos allí.

Volvía a la vieja casa de calle Java y los nuevos residentes me aguardaban en el portón de la entrada para invitarme a entrar y ver todo lo que habían arreglado y cómo estaba la casa desde que nos mudamos hacía dos años. No conseguía ver nada de lo nuevo que me decían y solo veía la casa tal como estaba cuando nos fuimos, conservada intacta. El espacio circular a la entrada, bajo la bóveda de la torre, la pequeña cocina a la izquierda, el comedor y el salón al fondo a la izquierda, con la chimenea que nunca funcionó bien, el cuarto de baño a la derecha, el cuarto de estar también, la gran terraza curvada que se exponía a la luz del suroeste tras la verja de hierro, los tres escalones que llevan a la zona de los dormitorios, a la izquierda el cuarto de mi hermano Arturo y al frente la habitación de mis padres, con la gran cama matrimonial en el centro y su cuarto de baño a la derecha, y luego la planta inferior, bajando la larga escalera en dos tramos, con el cuarto de invitados a la izquierda, atravesando el porche sin salir al jardín, y aquí el lavadero y la sala de juegos y de costura, con la ventana solitaria de marcos de madera despintados que se asomaba al jardín con pudor desde detrás de una reja, y después mi antigua habitación, tan espaciosa, tal como la dejé cuando nos marchamos, esa habitación donde escribí y leí tanto antes de cumplir los diecinueve años. Pero no me permitían salir al jardín y a la piscina para que no viera los destrozos que habían hecho en esa parte de la casa.

Y luego, sin hacer una pausa en la visita, regresamos al cuarto de estar, que seguía exactamente igual, me sentaba con ellos en la

mesa camilla con el brasero encendido y me traían un vaso de una bebida refrescante que no reconocía, y mientras la bebía a pequeños sorbos me contaban lo felices que eran en aquella casa y lo agradecidos que estaban a papá y a mamá por habérsela vendido, lo que no era cierto. Al salir, los veía llorar y me decían para disimular, cuando les preguntaba, que era por la alegría de verme de nuevo. No querían decirme que lloraban de pena por mí y por mi hermano Arturo y quizá por mi madre. Entonces yo también me echaba a llorar y les decía que era por la casa, por lo vieja que me parecía y el tiempo pasado que había vivido en ella. Estaba allí, en la puerta de la casa, y no me atrevía a salir por miedo a que fuese la última vez que podría entrar. Era un sueño y no podía evitar que me fueran empujando con sus cuerpos hacia la puerta de salida para cerrarla y librarse de mi presencia en la casa. Y me quedaba fuera, como me pasó dos años antes, sin saber a dónde ir. Y me veía caminando por las losetas de gravilla del aparcamiento, en la parte delantera, hacia la gran verja de hierro por donde entraban los coches, secándome las lágrimas y pensando en Carlos una vez más. Pensaba en ir a visitarlo sin avisar, como solía hacer cuando aún vivía aquí, a su casa de calle Borneo. Y ahí estaba, cuando llegué después del largo paseo, plantado en la puerta. Era Carlos y me estaba esperando, como siempre, para enseñarme con entusiasmo los nuevos cuadros que había pintado, y aún no estaba muerto, como mi hermano Arturo, ni nadie pensaba que se iba a morir tan joven. Todo se pierde. El tiempo no se recupera. La memoria miente. La vida es también la muerte.

## 6

Una mancha marrón, verde y gris contra la ancha franja del cielo azul. Así aparece la urbanización El Atabal en los cuadros de Carlos que sobrevivieron al holocausto. Cosa extraña. La urbanización la

fundaron un puñado de colonos holandeses cuando los echaron de sus colonias en Asia y en América, o eso nos contaron nuestros padres cuando compramos la casa y nos instalamos. No eran más de un centenar, la mayoría mestizos, y nunca se relacionaban con nosotros, los nativos. Cobraban sus pensiones del Gobierno holandés y no creaban problemas con las autoridades locales. Eran pacíficos y bien educados, en líneas generales. Los nativos fuimos llegando por turnos, por un efecto llamada bastante gregario, hasta que los superamos en número, en actividad y en ruido. Y entonces la colonia dejó de serlo, y de ser un lugar apacible poblado por gente tranquila que disfrutaba del clima y se preparaba para morir en paz, con la conciencia limpia, y se convirtió en la urbanización El Atabal.

Aquí es donde comienza la historia de mi mundo. Aquí es donde empiezo yo y también el mundo que llevo conmigo a todas partes adonde voy. Y termina por casualidad el día en que Regina me dice que quiere irse a estudiar cine a Madrid y que me vaya con ella sin pensarlo mucho. Desde los doce años Regina y yo íbamos al cine a ver todo lo que proyectaban en salas disfrutando de los estrenos, ya fueran buenos o malos, con una pasión exagerada. Nadie que no fuera ella en aquella época me podía acompañar mientras veía una película. Así nació nuestra vocación secreta. Ella quería ser directora y yo me conformaba con ser su guionista preferida. Ella decía tener el ojo ideal para ser cineasta y que solo le faltaba imaginación. Esa la pondría yo, la fantasiosa del dúo. Eso me decía siempre, creyendo que me halagaba con ello. Quizá por eso la primera vez que me besó, tras elogiar de nuevo mis ocurrencias, me dejé hacer sin resistencia. Mi pasividad es otra cosa extraña de mi vida de entonces. Una forma de sacar partido de las situaciones más difíciles. Me besó y luego se encargó de todo. Parecía muy experta pese a que no tenía más de catorce años. Me dejé hacer y no puedo decir que me disgustara demasiado. Tampoco me volví loca. Cosa extraña. Hasta entonces yo solo había hecho ese tipo de cosas con León, que era mi verdadero amor. Lo de Regina tenía otro nombre. Cuando me dijo muy seria que se iría a estudiar cine a Madrid,

conmigo o sin mí, no la creí a pesar de lo convencida que se mostraba. Estaba con Regina en la cama, en su casa, ella abrazada a mi cuerpo sin querer soltarlo, como si le perteneciera desde siempre, todo a nuestro alrededor sumido en el silencio, y se puso solemne para anunciarme su decisión y pedirme que me fuera con ella. No me sentía capaz y se lo dije enseguida. No podía abandonar a mis padres, sobre todo a mi madre, que estaba y se sentía tan sola, ni a mi hermano pequeño Arturo. Tampoco despedirme de León, así lo pensaba entonces con ingenuidad, cuando creía que nuestra relación duraría más. Aunque volviera por vacaciones, todo habría cambiado entre nosotros muy rápido. Aún no existía Carlos en mi vida, así que no podía imaginar lo que habría pasado de haberme ido con Regina. Todo sería distinto ahora. No me veía viviendo lejos de la urbanización, en un lugar donde no pudiera estar cerca de todos los que vivían en ella, incluidos los animales. Regina se enfadó y se mantuvo alejada de mí unos meses, y luego se le pasó y volvió a mí, mansa y amorosa, sin necesidad de llamarme por teléfono ni pedirme perdón por el tiempo perdido en que estuvimos sin vernos ni hablarnos. Por entonces yo ni siquiera sabía si querría estudiar ni qué hacer con mi vida. Empezaba el verano, otro nuevo verano, y eso era lo único que contaba para mí entonces. Aún me quedaban muchas cosas por descubrir antes de que se acabara.

# 7

Con esta historia de los colonos holandeses pasaba una cosa muy divertida. Con su presencia ellos conseguían que nosotros nos sintiéramos extranjeros, o que sintiéramos que vivíamos en el extranjero, y nosotros conseguíamos que ellos se sintieran como en casa, en su país, como si no los hubieran expulsado de las verdes islas de Asia después de una guerra que los había convertido en los malos de la historia, torturadores y exterminadores de los nativos, y

que, además, había matado a muchos de sus compatriotas o los había dejado lisiados. Cobraban una buena pensión, ya lo he dicho, que servía como indemnización por los daños causados y recibidos, un pago a cambio de lavar las culpas por los crímenes cometidos por ellos en nombre de su gobierno y de su país. Un pacto mutuo de resarcimiento y redención a cambio de los servicios prestados. No era posible realojarlos dignamente en su país de origen y se los obligaba a vivir en suelo extraño, en unas colinas peladas de vegetación que no se parecían en nada a la exuberancia del paisaje, las islas y las selvas que habían conocido tiempo atrás. Cosa extraña. Quizá por ello cada mañana muchos de los habitantes holandeses de la urbanización El Atabal izaban sobre los tejados de sus casas la bandera tricolor de su país, la enseña del rojo, el azul y el blanco ondeaba al amanecer en el mástil, mientras ellos silbaban o cantaban el himno con emoción. Yo los escuchaba a menudo desde la distancia y alguna vez asistí al ceremonial desde más cerca, con mi curiosidad habitual, y me sorprendió ver lágrimas brotando de los ojos y corriendo por las mejillas avejentadas de los patriotas. Una vez vi a mi vecino Sandy, que era escocés de nacimiento, pero había vivido en Borneo la mayor parte de su vida, con los ojos inundados de lágrimas nacionales, arriando la bandera al caer la tarde como si viviera en un fuerte en territorio enemigo, en uno de esos fortines de las películas de indios y vaqueros que tanto gustaban a Regina, una fan cinematográfica de los fuertes militares y de los hombres fuertes que los custodian frente al peligro.

Así mi vecino Sandy, aquella tarde, junto a su mujer Alida, doblando la bandera con mimo como si viviera en una fortaleza de la Legión Extranjera y no en una urbanización en tierra extranjera poblada por nativos no tan distintos a ellos por los que no sentían, sin embargo, la menor simpatía. Sandy me sonrió y me invitó a entrar en su pequeña casa con la excusa de hacerme un regalo. Allí dentro olía raro y sentí un poco de asco al dejar atrás el aire libre de la calle y el jardín. No pasé de la cocina. A cambio de unas galletas de chocolate blanco y un vaso de Coca-Cola muy fría, Sandy y su

mujer Alida estuvieron manoseándome por todo el cuerpo mientras me contaban lo mal que se vivía en su país a causa del frío y de la lluvia, lo bonito que era el paisaje poblado de tulipanes y lo preciosas que eran las islas paradisíacas en las que habían vivido y daban nombre a las calles de la urbanización. Nosotros vivíamos en la gran Java, y era un estímulo que nos hubiera tocado una isla tan grande. Si la mirabas en un mapa, te impresionaban su tamaño y su forma, y a mí se me disparaba la imaginación pensando en su fauna y en su flora. Pero otros vecinos vivían en Aruba, una isla de América del Sur, y otros tenían sus casas en Amboina, o en Célebes Timur o en Célebes Barat, calles más altas que se continuaban la una a la otra como lo hacían sus nombres. León tenía la suerte de vivir con su familia en Sumatra, una isla enorme vista desde el cielo, y Carlos no tardaría mucho en instalarse con su madre en una gran casa de Borneo, la mayor isla de todas.

Ya digo que Sandy y su mujer Alida no dejaban de tocarme por todas partes, como si yo fuera una isla virgen que necesitara ser cartografiada a fondo y no la hija primogénita de sus vecinos de enfrente. Estábamos los tres en la cocina, con fotos colgadas en las paredes y un calendario antiguo ilustrado con caras asiáticas un poco grimosas. O eso me parecía. Aquello duró el tiempo que yo quise. Con los ojos cerrados, el tiempo se escapa sin que te des cuenta. Cuando me cansé de aquel juego aburrido, abrí los ojos y les dije que me iba. Me había ganado un regalo especial que debía darle a mi madre de su parte, un obsequio diplomático del vecino más antipático de la zona. Se trataba de un bote sin abrir de una salsa de rábano picante que la vieja Alida decía con su boca desdentada que era deliciosa. Yo temí que estuviera caducada. Sandy me dijo que a mi padre le encantaría. Presumía de conocer sus gustos, y eso que se habían peleado a gritos más de una vez a cuenta del aparcamiento. Mi padre, cuando volvía tarde por la noche, a veces bebido y fatigado, solía dejar el coche atravesado de cualquier manera sobre la acera, y eso indignaba al vecino Sandy por razones formales y no solo prácticas. Cosa extraña. Quería reconciliarse con

él a través de mí. Luego estaba el tema de los perros, pero eso prefirió no mencionarlo para no molestarme. Se escapaban con frecuencia y atemorizaban al vecindario. Un día uno de ellos, mi primer Dragón, hizo honor a su nombre mítico y mordió en el muslo a un paseante que lo provocaba a diario. Lo denunciaron y acabó en la perrera. Mi padre no quiso salvarlo y lo ejecutaron sin piedad. No tenía la rabia. Era agresivo y violento porque conocía la maldad de la naturaleza humana, me dijo mi madre, siempre tan filosófica, cuando nos comunicaron su muerte por teléfono. Me arreglé la ropa a toda prisa y salí de la casa de Sandy sin inmutarme, dispuesta a cruzar la calle para volver a la mía y entregarle el regalo a mi madre sin comentarle nada de lo sucedido, como me pidió la pareja de vecinos con una sonrisa en los labios que daba más miedo que alegría. Lo hice como querían, y mi madre ni se molestó en preguntarme qué significaba aquello. No necesité encogerme de hombros. Lo sabía todo y le daba igual. Tenía asuntos mucho más importantes en los que pensar.

# 8

Estaba en mi cuarto pensando en mis cosas esa misma tarde cuando llamó León. Me echaba de menos. Mamá cogió el teléfono, como siempre, creyendo que era papá para decir que hoy tampoco vendría a cenar. Mamá transmitió el mensaje a través de las escaletas como una orden. Mamá era amiga de la madre de León, o eso decía, ya no estoy segura de nada. Lola era separada o divorciada, no recuerdo bien, y vivía con su hijo, mi amigo, mi amor, y una hija, Lolita, en una gran casa de dos plantas en calle Sumatra, ya lo he dicho, en la que podían caber todos los miembros de una familia numerosa de las antiguas con un dormitorio para cada uno y otro para la criada. Mamá se ponía muy contenta cada vez que llamaban preguntando por mí desde la casa de León en calle

Sumatra y se le notaba mucho. No tardes, me gritó en tono imperativo. Te está esperando. No sé qué extrañas ilusiones se hacía mi madre, tan ingenua y confiada, con el hijo de Lola o con Lolita, la réplica en miniatura de su madre, creo que le parecía todo igual, el amor y la amistad, en aquel momento todo le parecía conveniente para nosotros. Cosa extraña. Mamá es así. Le habría gustado, imagino, que mi hermano Arturo fuese como León, pero era imposible. Para lograr eso mi padre tendría que haber sido como el padre de León y mi madre como su madre. Imagino la risa triste de mamá si pudiera leer esta última frase. Qué ironía. Esta actitud de mi madre hacia la prole de su presunta amiga Lola solo indicaba una tosa importante para mí. Mi madre estaba contenta conmigo. Pese a todo, las regañinas, las bofetadas, los insultos y los castigos, ve sentía satisfecha conmigo y orgullosa de mí, con lo que yo era y con lo que yo hacía, y lo demostraba cada vez que tenía ocasión y, muy en especial, en todo lo que tuviera que ver con la familia de León. Así era. Con Regina, en cambio, era todo muy diferente. Llegué a creer que la única intención de mamá con respecto a Regina era separarla de mí, romper nuestra relación o alejarla de mí todo lo posible. Regina vivía en una casa modesta de calle Bali, en la parte intermedia de la urbanización, y eso lo explicaba todo sobre ella. Había estudiado con su madre y no se tenían mucha simpatía. Creo incluso que por un tiempo compartieron novio, y esa que una experiencia terrible para mi madre. La madre de Regina, que se llamaba Olga, se casó con él y de ahí nació mi mejor amiga. *La reina psíquica de mis amigas*, como la llamaba yo, dada la profundidad de nuestra conexión mental. Mamá no sabía nada de natía, como suele pasar, y por eso se equivocaba tanto en todo, incluidas sus malas relaciones con papá. Esto es lo que hacía tan divertido hablar con ella. Pensar en todas las cosas que mi madre ignoraba por completo o ni siquiera sospechaba. Era divertido y estimulante al mismo tiempo. Mamá me ayudó a elegir la ropa adecuada y a vestirme y salí de casa sin prisa. Tenía todo el tiempo del mundo para viajar muy lejos, de una isla a otra isla, de Java a Sumatra, a encontrarme

con León. Cuando mi amado abrió la puerta y me anunció: estoy solo, una campanilla sonó en mi cabeza otra vez, recordándome el sentido de las cosas que no tienen sentido.

# 9

Con León era siempre lo mismo hasta que todo cambió, por culpa de su madre. La primera vez me sorprendió, la segunda me disgustó la repetición, la vi vulgar y previsible, la tercera me gustó más porque me hizo creer que sería la última, aunque no fue así, y después de la cuarta dejé de contarlas. Cosa extraña. A León le gustaba mi cuerpo, incluso puedo decir que le atraía con fuerza, pero nunca lo tocaba, al contrario que Regina, como si algo en él se lo impidiera al final. Me desnudaba con ansiedad, casi me arrancaba la ropa con impaciencia, y se quedaba absorto mirándolo de arriba abajo mientras yo lo miraba a él sin entender nada ni decir nada tampoco para no estropear el momento, hasta que la cosa se le ponía dura y no aguantaba más encerrada en la jaula del pantalón de tergal, si era invierno, o del bañador que llevaba puesto todo el tiempo, si era verano como ahora. Según las estaciones, cambiaba el vestuario, pero no el método. En invierno se bajaba la cremallera del pantalón del uniforme del colegio al que iba y sacaba por la portañuela un rabo grande y feo, como un perro, cerraba los ojos y empezaba a meneárselo mientras se echaba lentamente para atrás. Con el bañador y el calor era todo más fácil, se lo bajaba hasta los tobillos y se ponía a ello sin tardanza. Yo lo miraba hacer con indiferencia, tanta como la que él sentía por mí en ese instante, lo veía tumbado con los ojos cerrados y la mano agarrando su miembro con ardor, mordiéndose el labio inferior para concentrarse en la acción, y cuando terminaba, sin erguirse, me ordenaba enseguida que me vistiera y me marchara. León aprovechaba mi distracción para salir del dormitorio y desaparecer sin decir nada

más. Ya no volvía a verlo hasta que me llamaba de nuevo por teléfono para convocarme a otra cita de las suyas.

A veces su madre estaba sola en el salón, sentada en una butaca o recostada en el sofá, y cuando cruzaba en silencio por el pasillo de camino a la puerta, me llamaba en voz baja y me invitaba a sentarme con ella. Lola me acariciaba primero la cabeza y luego me cogía por la nuca y me la masajeaba con suavidad hasta que me quedaba tan relajada como un pelele, diciendo que le hacía lo mismo a Lolita cada noche y que a la niña le gustaba mucho que se lo hiciera, y me contaba cosas sobre su vida pasada. Tenía alrededor de cuarenta años, pero parecía haber vivido varias vidas en una y le gustaba contarlas todas, episodio por episodio, disfrutando de los detalles como si degustara platos especiales en un restaurante caro. Recuerdo que una vez me contó cómo conoció al hombre que sería su futuro marido, Rafael, el padre de León. Me pidió que cerrara los ojos y me habló en susurros de cómo ese hombre desconocido se le echó encima una noche en la boda de tinos amigos comunes. La esperó a la salida del baño y la arrastró a una zona oscura del jardín del hotel donde se celebraba la fiesta, más allá de la piscina, y la forzó sin que Lola opusiera resistencia. Lola había ido a la boda con su novio de entonces, mejor no dar nombres, también vive en la urbanización, felizmente casado y con tíos hijos, pero le encantó verse raptada y seducida de aquel modo furtivo por aquella bestia con apariencia humana que se presentó, nada más acabar el acto, como Rafael. Hola, me llamo Rafael, encantado de conocerte. Lo mismo digo. Mi nombre es Lola. El despliegue de vigor y de técnica de Rafael había sido impresionante, según contaba Lola, y lo conservó durante muchos altos, como un atributo del que se sentía especialmente orgulloso. Hasta que se cansó de ella, o hasta ella que perdió con el tiempo lo que la volvía irresistible y dejó de interesarle. Aquella misma noche, mientras yacían juntos en la hierba húmeda del jardín del hotel, con la ropa desordenada y desgarrada, decidieron casarse lo antes posible, sin perder el tiempo en noviazgos inútiles. Y un año después, en 1960, dos antes que yo,

nació León, otro macho bravío como su padre, decía Lola, saliendo con violencia de entre las piernas abiertas de su madre. Bonita historia, le dije abriendo los ojos y mirándola a la cara sin vergüenza. Todo lo que tuviera que ver con León me excitaba, no podía evitarlo. Y la vi sonreír, rejuvenecida y satisfecha, como si contar esas cosas tan íntimas a la amiguita de su hijo le devolviera la vida y la juventud perdida.

Al fondo del salón, la luz de una lámpara que Lola acaba de encender ilumina el gran retrato al óleo de Rafael, colgando de la pared como una reliquia, justo encima del televisor encendido, ahora reparo en su presencia, como si la madre de León lo hubiera puesto ahí para poder contemplarlo en sus noches de telespectadora solitaria como un consuelo secreto. Tengo tiempo, mientras Lola me sigue contando las peripecias de su vida conyugal en los primeros años de su matrimonio, de ver que el padre de León aparece en el cuadro montado a caballo y vestido, chaquetón rojo, pantalones blancos de montar, casco de equitación y botas de caza, como un aristócrata inglés en la cacería del zorro.

## 10

Luisa, la madre de Carlos, era la amante, o lo había sido mucho tiempo, la leyenda tenía sus variaciones, de un hombre importante, un político o un empresario muy bien relacionado con el gobierno de entonces. Y para evitar escándalos con la familia y con la mujer de ese hombre de poder, o el descrédito político o económico de este, no sé bien, les compraron una gran casa a ella y a su hijo, cuando este se hizo mayor, en la urbanización exterior donde vivía la pequeña gente, extranjeros desahuciados de sus colonias y nativos con pretensiones de ascenso social, haciendo tiempo hasta que les llegara la oportunidad de medrar. Carlos era hijo del prohombre, según se decía, pero no quería saber nada de su padre, a quien

odiaba, según la madre, con un odio impersonal, objetivo, que solo alguien como Carlos era capaz de expresar con tal intensidad sin sentir al mismo tiempo dolor ni tristeza. El mismo sentimiento ambiguo, entendía yo, que me unía a León, mi amante intocable, contra toda razón.

A Carlos, siete años mayor que yo, lo conocí, recién instalado, a principios de una tarde de junio del 78 en la piscina de la urbanización. En cuanto entró en el recinto, no demasiado lleno a esa hora, sentí curiosidad por sus maneras y su porte especial, y no dejé de mirarlo en toda la tarde, pese a las quejas y reproches de Regina, que estaba sentada conmigo compartiendo toalla y veía que mi atención a sus palabras y a ella misma disminuía en comparación. Creí ver que Carlos me sonreía en un momento desde el borde de la piscina y me hacía gestos para que me acercara. Así lo luce. Nos saludamos, y cuando lo vi tan próximo descubrí que era más guapo de lo que había imaginado, mucho más que nadie que yo hubiera conocido hasta entonces, y supe por eso mismo que nunca me enamoraría de él. La belleza es una enfermedad y siempre me dio miedo contraería, hasta que descubrí sus virtudes. Poli ría ser amiga de Carlos, podría quererlo como a Regina o a mi hermano Arturo, pero nunca sentiría por él lo que sentía por León todavía entonces. Era así de idiota. De todos modos, como también supe esa tarde, mirándolo nadar en la piscina y al despedirme con la promesa de un reencuentro, que Carlos tampoco podría amarme, no del modo que yo habría deseado, al menos. Por lo que nuestro primer encuentro dejó las cosas muy claras entre nosotros. Cuando fui a visitarlo a su casa por primera vez, tuve que pasar antes por el celoso control de Luisa, que hacía guardia en la cocina de la casa mirando el pequeño televisor en blanco y negro que había en una de las repisas. La madre de Carlos hacía comentarios inesperados sobre las espectrales imágenes que aparecían en pantalla mientras no dejaba de preguntarme por todo tipo de cuestiones sobre mi vida, mis intereses, mis gustos o mi familia. Luisa era una mujer curiosa, en el doble sentido de la palabra, sentía curiosidad por la gente, como era

lógico en su posición, y despertaba curiosidad y hasta morbo, diría yo, en los otros.

Tras superar la inspección de la madre, pude al fin ir al encuentro de Carlos, encerrado en su estudio de trabajo, que era también su dormitorio de chico solitario, bajando la ancha escalera que conducía a la planta inferior de la casa. La puerta estaba cerrada, y cuando llamé desde el otro lado la voz de Carlos me invitó a entrar. Estaba pintando con el torso desnudo, tenía un gran lienzo colocado sobre el caballete, pero no quiso enseñármelo. Le echó una sábana encima para que no pudiera verlo de ningún modo mientras hablábamos y luego se puso una camisa sin abotonarla. Fue Carlos el único que habló de los dos, contándome toda su vida en un monólogo de más de diez minutos del que desconecté unas cuantas veces distraída por los extraños dibujos diseminados por la habitación, colgando de las paredes o depositados de cualquier modo en los escasos muebles disponibles en aquel amplio espacio repleto de libros de todas clases y discos de música clásica. Acabamos de mudarnos, fue su excusa cuando vio el signo de mi mirada.

—No pasa nada, tendrías que ver mi cuarto cómo está, y llevo años viviendo aquí. Y el de mi hermano Arturo ni te cuento.

Aquí se rio sin ganas.

—No sabía que tuvieras un hermano.

—Por qué ibas a saberlo, acabamos de conocernos.

—Ya me voy informando de mis vecinos, no creas. La próxima vez lo sabré todo de ti y de tu familia, ya verás.

—Espero que no —le dije sonriendo a mi vez para que no pensara nada malo de lo que acababa de responder sin pensarlo mucho.

—¿Te gusta alguno en especial? —me preguntó de pronto viendo mi interés en sus obras.

Le dije que sí, señalando el boceto de un monolito rocoso que yo había visto en una película sobre extraterrestres no hacía mucho, y me lo regaló. *La Torre del Diablo*.

—Tienes buen gusto.

—¿Me lo firmas?

—No, yo nunca firmo mis obras. Mi nombre no vale nada. Cuando las creo ya no son mías. Y cuando las regalo menos.

Me gustó su forma de decirlo y creí en sus palabras. No había presunción ni arrogancia en su modo de pronunciarlas. Era sincero. Disfrutaba pintando sus imágenes mentales, así las llamaba, y lo que menos le importaba era ver el garabato de su firma estropeando sus intenciones artísticas. Le dije que me gustaba mucho más el cine que la pintura y que mi amiga Regina iba a estudiar cine y a mí me gustaría hacerlo también en algún momento. Me dijo que a él no le interesaba demasiado el cine. La imagen en movimiento le parecía artificiosa, añadió.

—Como dijo alguien, la única imagen de la realidad de la que podemos fiarnos es la que permanece inmóvil a lo largo del tiempo esperando la bendición de la eternidad.

Y le contesté torpemente, sin pensar mucho en lo que decía, solo por llevarle la contraria, como haría tantas veces en el futuro.

No estoy de acuerdo, pero tampoco sabría darte argumentos ni contra de lo que dices. A mí me gusta el cine porque cuenta historias y habla de la vida de las personas. El cine sustituye nuestro mundo real, insoportable, por un mundo irreal que nos lo hace más tolerable.

Es la misma razón por la que yo lo odio.

—¿Entonces por qué has pintado esto? —le pregunté mostrándole el dibujo que me había regalado—. No lo entiendo.

—Yo tampoco. Que no me guste el cine no quiere decir que no vea películas o que algunas películas no me causen una profunda impresión. Como es el caso.

—Ya estamos de acuerdo en algo —le dije para zanjar la polémica. Que sepas que me gusta mucho tu dibujo.

—Gracias.

Ese día, sin planearlo, sellamos el principio de una relación que, como intuí la primera vez que lo vi, nunca sería amor, ni de lejos. Tampoco habría deseo sexual entre nosotros, muy difícil, pero sí

complicidad, el sentimiento más valioso de todos. Lo confirmé cuando una semana después de aquella discusión volví a visitarlo en su cuarto y me regaló una pintura hecha con ceras de colores donde mi yo imaginario, encarnado en un arcoíris de múltiples ojos y brazos, aparecía dirigiendo las cámaras y el equipo de técnicos durante el rodaje de una famosa secuencia de la única película que ambos admirábamos sin discusión. Aún la conservo, después de todo lo sucedido desde entonces, y aún recuerdo la alegría que me causó ese gesto de generosidad de Carlos en el que me veía reconocida y apreciada a pesar de todas las diferencias existentes entre nosotros.

# 11

El monte de la Torre se erguía justo enfrente de la urbanización El Atabal para recordarnos a los que vivíamos en ella que no éramos los propietarios de todo lo que se extendía a la vista. Ese monte totémico representaba un desafío a la voluntad de poder de los dirigentes de la urbanización y un recordatorio de que había otros poderes mucho más importantes que ellos, como la Naturaleza y la Historia. En ese monte tan especial se reunían estos dos actores y se abrazaban como en un escenario hasta convertirlo en un lugar mágico para los privilegiados que lo visitábamos con frecuencia, atreviéndonos a trepar hasta su cumbre para encontrarnos allí dos prodigios unidos en uno. La torre derruida, la torre abolida por el tiempo y convertida en una ruina fascinante, que ganaba prestigio para nosotros con su inutilidad y su posición de dominio sobre el paisaje natural, y las bandadas de mariposas que la adornaban con el esplendor de sus colores y la gracia de su vuelo.

La torre era el vestigio de una atalaya árabe de los tiempos de la Reconquista desde la que los ojeadores con turbante vigilaban la llegada de las tropas cristianas para alertar a sus jefes. La torre era

también un testimonio de fracaso, y eso me atraía poderosamente, parece mentira. A pesar de tener esa utilidad reconocida, la atalaya no había podido evitar que los miles de hombres del Ejército de la Cruz entraran por allí y, tras un arduo combate con los soldados de la Media Luna, rindieran la ciudad y la tomaran para los reinos del Norte. Con su ironía habitual, años después, Carlos, que nunca pisó la cima del monte ni se dejó seducir por la fascinación del lugar, me advirtió que formaba parte de un territorio maldito en la historia de la región, así consideraba también a la urbanización y, sin embargo, le encantaba vivir en ella, así de contradictoria era su personalidad creativa, y que no era una casualidad que los fascistas entraran también por allí, con tanques y aviones italianos, para tomar la ciudad durante la Guerra Civil.

El otro prodigio del monte de la Torre eran las mariposas, como he dicho. Cosa extraña. Eso era lo que atraía a ese sitio a la pandilla de niños de la que yo fui por un tiempo, como niña incauta, la mascota o el fetiche sexual. Cazar mariposas exóticas. La pandilla de calle Padang, a la que pertenecí solo dos veranos, la formaban Hugo, Picky, Javi, Arcadio, a veces Eduardo y algún otro mocoso más de los alrededores que ahora no recuerdo. Y yo, como acompañante y cómplice por mi curiosidad histórica y mi afición a los animales de todas clases, incluidos ellos. Si los miembros de la pandilla fueran héroes griegos, podría atribuirles alguna cualidad notable que los identificara. Como no era el caso, sino el de un grupo de adolescentes comunes que solo querían divertirse a costa del entorno, no podría distinguirlos más que por su actitud individual una vez que llegaban a la cumbre del monte. Picky era el niño delicado de la mochila y la cantimplora, para que no faltaran nunca ni el chocolate ni el agua con que cubrir la dosis de azúcar y líquido que la madre le recomendaba ingerir. Javi era el turista de las gafas de sol y las manos en los bolsillos, en realidad nada de aquello le interesaba demasiado y solo nos acompañaba por participar de algo que pudiera considerar una actividad de grupo. Arcadio era el erudito de pueblo, nos daba conferencias durante todo el ascenso

por la ladera sobre lo que íbamos encontrando, ya fuera piedra, planta o sabandija, y cuando llegaba a la torre era siempre el primero en trepar a sus piedras y dar la vuelta a todo el perímetro para comprobar que todo seguía en su sitio desde la última vez. Era un enclave formidable para otear el paisaje en todas direcciones, y Arcadio aprovechaba para conectar la geografía y la historia del lugar en sus fatigosos monólogos. Al sur el mar, al norte la urbanización, al este el pueblo, llamado Puerto de la Torre en homenaje al monte y su hito monumental, y al este la ciudad, cercada de montañas y barriadas, con el puerto en segundo plano y, al fondo de la visión, los montes poblados de pinos del Parque de El Morlaco. Eduardo, más pequeño, solo aportaba la curiosidad, el pretexto perfecto para que Arcadio desatara el interminable soliloquio que nos infligía a los miembros de la pandilla. Lo más extraño es que Arcadio era un pésimo estudiante y apenas si lograba avanzar de curso en curso sin suspender y repetir. No conseguíamos explicárnoslo. Siendo el mayor, se había atascado de tal modo en las redes del proceso educativo que todos los miembros de la pandilla habían pasado por la experiencia de compartir un curso con él y luego dejarlo atrás al curso siguiente.

Y luego estaba Hugo, el experto cazamariposas y cazador de cualquier forma de vida que se le pusiera a tiro. No creo que hubiera ninguna especie del ecosistema que yo no hubiera visto capturada por él. Nada se le escapaba en su voluntad de abatir o enjaular animales. Verlos perder la libertad o la vida representaba para Hugo una actividad esencial. Era pequeño de estatura, pero grande en ambiciones, y se proponía exterminar o eliminar del entorno a cualquier ser vivo que tuviera la osadía de cruzarse en su camino. No era un sádico, como pensaba Carlos, ni siquiera ese impulso inconsciente lo movía a hacer lo que hacía en contra de los animales. Su extinción de la vida en la zona tenía algo de metódico y sistemático, un deseo racional de eliminar del paisaje toda presencia de criaturas no aprobadas por su sentido de la moral o la estética. No había placer en su empresa, solo ideología. No torturaba a los

animales ni se cebaba en ellos. No lo necesitaba. Y las mariposas eran una de sus presas más codiciadas, quizá por ser las que más lo provocaban con su alegría y vivacidad. Las cazaba con especial empeño y con el mismo ahínco con que otros cazan ciervos, jabalíes o elefantes. Iba armado con un cazamariposas de malla fina y un gran tarro de cristal, un tarro que había servido para almacenar abundante confitura y que, bien lavado de residuos orgánicos, servía a los propósitos de Hugo a la perfección. Yo odiaba verlo cazar mariposas, pero aprendía mucho con ello sobre la naturaleza humana. Los otros amigos no participaban en la masacre con la misma pasión y rigor. Se limitaban a ayudarlo cuando era necesario o, llegado el caso, le señalaban la presencia de una mariposa que había escapado a su control estricto.

## 12

Yo no lograba entender, sin embargo, por qué la cima despoblada del monte de la Torre era al mismo tiempo un lugar cargado de historia antigua y una reserva de mariposas maravillosas como no se veían en ninguna otra parte, tampoco en la urbanización, donde las mariposas más frecuentes eran las polillas nocturnas y algunas variedades comunes de mariposas diurnas como la limonera y una de alas blancas cuyo nombre ahora no recuerdo, pero no muchas más. Arcadio decía que la presencia de las mariposas en lo alto del monte de la Torre tenía que ver con los atavismos del apareamiento. Que los machos tendían a subir volando a la cumbre de colinas y montes en busca de un lugar elevado y despoblado donde practicar sus ritos de acoplamiento. Arcadio era un obseso sexual y un masturbador compulsivo, como Picky, así que nos reíamos cada vez que nos explicaba su absurda teoría de que las mariposas que estaban allí eran unas putas y unas folladoras, palabra de Arcadio, y que Hugo hacía bien en perseguirlas sin cesar para castigarlas por

sus vicios. Cuando le contaba estas anécdotas infantiles a Carlos, años después de vivirlas, él me reprendía con amabilidad por haber tenido amigos tan impresentables. Y yo le decía que no fuera tan severo, que los amigos y las amigas no se buscan, se encuentran, como una fatalidad, y que a esa edad cualquiera vale para el papel. Total, lo que te tienen que dar te lo puede dar lo mismo este que aquel, decía yo, con cinismo impropio de mi sensibilidad, para provocar a Carlos y que no se sintiera tan orgulloso y no fuera tan presumido.

En cada safari de los suyos, Hugo podía perfectamente capturar no menos de diez especímenes de las más diversas mariposas. Si no cazaba más era por agotamiento en la persecución de un animal volador que no es tan fácil de atrapar como se cree. Las capturaba de una en una y las iba metiendo en el tarro, y siempre, antes de soltarlas entre las paredes de cristal, se molestaba en identificarlas para sí mismo y para quien estuviera junto a él en ese momento preciso. Yo las veía revolotear en el interior del tarro, chocando unas con otras en su intento de retomar el vuelo y contra la jaula de vidrio en que Hugo las había encerrado, y sentía horror y compasión por ellas. Me veía como ellas, encerrada en una cárcel de cristal de la que no podía escapar emprendiendo el vuelo con unas alas que ni siquiera sabía que existían. Pero eso no era lo peor. Hugo nos invitaba luego, a todos los miembros de la pandilla, a la segunda fase del ritual, que consistía en convertirlas en objeto de colección clavándoles un alfiler en el tórax y fijándolas en el hueco disponible de una caja de cristal repleta de mariposas muertas. Yo creo que Hugo, en esa fase concreta de sus actividades, sí que disfrutaba de un placer patológico. La idea perversa de extraer a estas mariposas de su hábitat natural y transformarlas en objeto pasivo de contemplación y admiración, a ellas que eran el emblema mismo de la transformación, el símbolo de la metamorfosis, constituía para Hugo un intenso motivo de excitación y disfrute. Hugo no era imbécil, sabía lo que hacía y, si lo ponías a prueba con tus escrúpulos morales, te rebatía con argumentos de una lógica

incontestable. Una vez que le hice un comentario impertinente sobre la crueldad de coleccionar mariposas me replicó sin alterarse que era la única forma práctica de rendir culto a su belleza. Que sin esa exhibición en la caja de cristal y corcho donde se alineaban sus especímenes sería imposible apreciar en toda su dimensión la belleza extraordinaria de las mariposas. No era como un zoológico, donde los animales vivían recluidos sin mostrar nada más que las secuelas de su encarcelamiento y mala vida, era muy diferente, me dijo.

—Las mariposas en su medio natural me pueden parecer muy bonitas y originales por sus colores y la forma artística de sus alas, pero hasta que no las clavo en el corcho con una aguja y coloco la tapa y las alineo junto a sus compañeras no observo la verdadera belleza de la especie.

Como sabe el coleccionista de piedras preciosas, que se rodea de diamantes, rubíes y esmeraldas, es ese tratamiento el que las convierte en seres estéticos, me venía a decir en una retórica mucho menos sofisticada que Carlos comprendía, pero no aceptaba.

—Es el ideario de un nazi. No lo dudes.

Más allá de la obsesión de Carlos con su padre, era posible que tuviera razón. De modo que, cuando me explicó su punto de vista, entendí que Hugo era un fanático, sin duda, y que la muerte de todas aquellas mariposas era un acto de crueldad sádica, una crueldad de la que hacía gala crucificándolas en aquellas cajas de cristal que colgaban de las paredes de su habitación como decoración macabra. Pero también comprendí, aunque Carlos se negara a aceptarlo, que Hugo era una mente compleja, llena de contradicciones, como todos nosotros, y que intentaba mitigarlas en la práctica, ya que no podía pensar en resolverlas, del único modo posible. Llevándolas hasta el límite, forzando sus puntos débiles hasta que se dieran la vuelta y un día, milagrosamente le revelaran la salida del laberinto en que vivía encerrado.

Hugo no solo capturaba mariposas, también apresaba orugas que, como me explicó un día, enseñándome las cajas de zapatos donde las tenía encerradas, sus cuerpos suaves y rugosos al tacto,

tan llenos de ese fluido verde que nos aterrorizaba y asqueaba cuando estallaba, tomándolo por un veneno extraterrestre o una sustancia tóxica aún peor, algún liquen o musgo submarino de esos que corroen la piel y la carne humanas con dientes invisibles, como el ácido sulfúrico, acabarían convertidas en mariposas esplendorosas tras pasar por el estado de crisálida. Hugo tenía la esperanza de que alguna de esas orugas se transformara en una mariposa que nunca había sido capaz de cazar con sus instrumentos usuales. Organizaba también cacerías nocturnas en busca de unas polillas enormes que eran, según él, como insectos vampiro que se alimentaban de sangre animal. Se pasaba horas, solo o acompañado, en verano y en invierno, esperando a que los insectos que habitaban en las zonas más húmedas de la urbanización se estamparan contra la red que había plantado confundida entre los matorrales y capturar así los especímenes que valían la pena y destruir sin contemplaciones los otros.

Una vez, como reina de la noche del grupo, Hugo me regaló un trofeo muy preciado que había cazado en el arroyo de calle Madura después de horas de acecho. La mariposa de la muerte, como la llamaba Arcadio. Retuve mucho tiempo a esa mariposa nocturna en un recipiente de vidrio para poder admirarla, fascinada con esa calavera siniestra que adornaba la parte dorsal de su tórax como un emblema de su poder, y cuando murió por falta de alimento la dejé descomponerse sin extraerla del tarro. Primero se le cayeron las alas negras y amarillas, y luego la cabeza reseca se desprendió y también cayó al fondo de cristal. En ese momento, aterrada, tiré el tarro a la basura con todo su asqueroso contenido. Otro día, Hugo me llevó al jardín de su casa para enseñarme una oruga de aspecto horrible, negra, con cuernos verdes y amarillos en la cabeza y en la cola, que se había comido hoja por hoja una planta tropical plantada por su madre en un arriate, y él se lo había permitido, una vez descubierta, porque quería que se alimentara con una dieta especial a ver qué salía de su transformación. Hugo aseguraba entusiasmado que de esa oruga monstruosa nacería una mariposa preciosa que él no

había visto nunca volando. Y acertó. Tuve ocasión de verla a través de un cristal meses después, ya muerta y disecada, formando parte de la colección privada de Hugo, enmarcada en una caja de madera blanca, como una pieza única. Una mariposa de alas rojas y negras que no recordaba en nada a su oruga progenitora y que Hugo no fue capaz de identificar.

Desde ese día no puedo mirar una oruga, por rara que sea su apariencia, sin pensar en la mariposa rutilante o vulgar en que se convertirá, del mismo modo que no puedo mirarme en el espejo desnuda sin tratar de adivinar en qué me convertiré yo cuando llegue el momento.

La mariposa no es un nuevo principio, como dicen los que no saben. La mariposa es el final de algo que comenzó mal y termina bien, como yo. El principio es horrible, el final bello. Así es la vida.

## 13

León era un destacado jugador de fútbol en el equipo de su colegio y contaba con un club de admiradores de ambos sexos. No sé si tenía talento o solo sentido de la oportunidad, pero siempre jugaba de titular y no lo hacía nada mal como delantero centro. Era el máximo goleador del equipo y la admiración hacia su juego se podía palpar en cada partido que disputaba. No soy capaz de saber si podría hacer carrera como jugador profesional, hay tantas cosas de esos mundos que se nos escapan y no dependen solo del talento, pero lo que sí sé, porque me lo había dicho alguna vez, es que lo que él quería era ser arquitecto, como lo había querido ser su padre y se quedó en promotor inmobiliario.

Al echarle un vistazo a muchas casas nuevas de la urbanización, era posible apreciar un estilo común a todas ellas que las diferenciaba no solo de las casas de los holandeses, o de la casa de mis padres, sino también de otras promociones y construcciones de

El Atabal. El padre de León había conseguido imprimir su marca en la arquitectura de ciertas zonas de la urbanización, en colaboración con otros socios constructores como Pedro y Armando, y eso a León le había dejado una profunda huella mental. Como si comprendiera mejor que nadie todo el poder que su padre había invertido en la construcción de esas viviendas, dotándolas de una personalidad única en el contexto, y al mismo tiempo fuera plenamente consciente de las limitaciones y la importancia que también esas casas expresaban para quien sabía leerlas como correspondía. La vocación de León se afirmaba como prolongación de la fuerza y la convicción de su padre, como forma de realizar sin restricciones lo que este se había visto obligado a improvisar vendiéndoles a los propietarios una idea arquitectónica en gran parte publicitaria. Mi padre, pese a todo, fue uno de los pocos propietarios que no se tragó ese anzuelo comercial, y nuestra casa no se parecía a ninguna otra, por lo que despertaba hostilidad y envidia entre muchos vecinos de la comunidad.

Así que el fútbol era para León una manera enérgica, como el sexo, de adaptarse a los ideales y los fines de la juventud, sabiendo que con el tiempo los abandonaría ambos por una profesión seria y respetable y un matrimonio responsable y logrado. Así era León. Yo lo amaba también por esto. A pesar de las apariencias y de su comportamiento a menudo frívolo, era una mente lúcida y calculadora que sabía muy bien lo que le correspondía hacer en cada momento de la vida. Pero mientras durara la juventud, y la vida no le exigiera más, el fútbol y el sexo, asociados, serían un medio tan bueno como cualquier otro de vivir más intensamente y tener experiencias inolvidables. Yo también formaba parte de este plan, participaba plenamente de ello, y sabía que, en cuanto superara esta fase de su evolución personal, me apartaría de un manotazo como se hace con un objeto inútil o un desecho maloliente. Era inevitable, como cada uno de nuestros encuentros.

Voy por la tarde con Regina a ver un partido en el que León juega de titular una vez más. A Regina no le gusta mucho el fútbol,

pero me acompaña por estar conmigo y pasar el rato. A mí me encanta el fútbol, siempre me ha gustado, como deporte y como espectáculo, aunque nunca he podido jugar de verdad y mis patadas al balón, las veces que he tenido ocasión de darlas, han sido ridículas tentativas de simular ser una persona distinta de la que soy, de abandonar mi yo real e imaginarme viviendo por unos minutos en un cuerpo diferente, un cuerpo y una mente por completo diferentes, extraños a mis limitaciones innatas. Me gusta el fútbol porque es una metáfora de la vida. Así lo siento. Esto deberían entenderlo en especial aquellos a quienes disgusta el fútbol o lo detestan por considerarlo una actividad demasiado pensada para la exhibición bruta de la masculinidad, una escenificación primitiva de lo que significa ser hombre en una sociedad donde serlo es quizá lo más importante. Yo lo he visto siempre de un modo menos convencional. Mientras el balón vuela por el aire o rueda por el suelo, buscando que algún jugador de los veintidós que hay en el campo disputándose su control lo empuje al interior de la portería contraria para marcar un gol, la vida se me vuelve mucho más comprensible y aceptable. Tiene explicación al fin. Es una metáfora poderosa, como digo, pero en cuanto acaba el partido y los dos equipos de jugadores abandonan el campo todo se vuelve más confuso en mi cabeza de lo que lo era antes de empezar el partido. Como si perdiera todas las nociones que me permitían entender el juego de vivir.

Y cuando juega León, cuando León compite como solo él sabe hacerlo, mi implicación emocional en el partido aumenta hasta extremos irracionales y se agravan los síntomas de mi confusión momentánea. La indumentaria blanca, la de su equipo, le sienta de maravilla al cuerpo esbelto de León, ese cuerpo puesto en movimiento por una voluntad de victoria imparable. Imagino la cosa de León, tan grande y tan fea, tan poco atractiva en el fondo, bailando bajo el calzón corto cuando lo veo correr persiguiendo el balón por el campo, y sonrío para mis adentros pensando en todas las dimensiones que tiene la vida y que no alcanzamos siempre a ver

juntas en el mismo plano. Si la gente pudiera observarlas en perspectiva, compartiendo el mismo espacio al mismo tiempo, como en un cuadro cubista, como dice Carlos, muchas cosas cambiarían en el mundo y en nuestra visión del mundo. Verlas por separado, percibirlas alejadas, es lo que preserva ciertos valores y ciertos mitos dañinos para la vida. Cuando León mete un gol, y cuando golpea por segunda vez el balón estrellándolo contra la red de la portería contraria para subrayar el hecho, ese gol es una fiesta colectiva que se celebra en todo el campo del colegio como si fuera un acontecimiento trascendental para todos nosotros. En el emocionante partido de esta tarde, mientras Regina se aburría a muerte sentada a mi lado y yo no cabía en mí de gozo cada vez que se producía el milagro, León ha metido tres goles seguidos, uno con la cabeza y dos con los pies, y su equipo acabó ganando al equipo del otro colegio por 5 a 2.

## 14

En la celebración de la victoria, el equipo de León ha conseguido salvarse del descenso a una categoría inferior y los seguidores expresan una alegría incontenible, todo se vuelve muy confuso para mí y estoy a punto de perder el sentido de pronto. Hay demasiada gente alrededor de los futbolistas y León está rodeado de fans ansiosas, lo que reconozco que me molesta mucho. Hay una chica en particular, muy guapa, muy alta y muy rubia, con un cuerpazo envuelto en un abrigo azul precioso, que se lo está comiendo a besos, y no me atrevo a acercarme mucho para no provocar la furia de León. Sé que León tiene muchas novias, me lo cuenta cada vez que sale con una nueva, y lo que hace con ella para divertirse. Lo tengo asumido. Es muy popular entre las chicas del colegio, la mitad de ellas son ricas de verdad, sus padres lo son, al menos, y la mayoría no viven en la urbanización, lo que es una suerte para

quienes sí vivimos prisioneras en sus dominios, solo nos faltaba la presencia de estas niñatas guapas y ricas para terminar de rematar el desastre que significa vivir recluidas en El Atabal como en una cárcel de alta seguridad diseñada por nuestros padres. Siempre bromeo cuando digo esto, y exagero, como es mi costumbre, pero la gente se lo suele tomar a mal, viva o no en la urbanización, no entiendo bien por qué, incluso Regina.

Y esta nueva admiradora de León es una descarada y no para de besuquearle la cara delante de todos. Me está poniendo nerviosa y no sé qué hacer ni dónde meterme. Esta tía no puede esperar a estar a solas con León y se cree la única con derecho a lamerle la cara al campeón de la tarde con su lengua asquerosa y chuparle los labios con sus morros embadurnados de brillo y carmín. No me atrevo a interrumpir. Me da un corte espantoso. No quiero que León me haga saber que está muy contento con la actividad insistente de la chica y que yo le molesto, le sobro, no quiere verme por ahí ahora, cerca de él. Me dolería mucho. Regina se da cuenta de mi estado y trata de consolarme y distraerme, pero es peor aún. Amar a León significa pasar por esto una y otra vez. Por la corte de chicas atractivas que merodean a su alrededor después de los partidos, buscando su oportunidad de que les dé una cita para la noche y poder enrollarse con él en el campo, al aire libre, donde hace más frío para desnudarse y se te puede ensuciar el vestido, lo sé por experiencia, o en la zona apartada del puerto que llaman el Morro, donde León suele ir mucho con su moto, según me cuenta, siempre acompañado de alguna de estas advenedizas de deseos irresistibles. Y se dejan manosear las tetas y todo el cuerpo, y luego, cuando llega el momento supremo de la velada, sobarle la cosa y chuparla si hace falta hasta que León alivie por fin la enorme tensión de ser quien es en todo momento, esa tensión que lo pone tan nervioso cada vez que está con alguien en la intimidad y tiene que comportarse a la altura de lo que le exigen las circunstancias.

Yo lo conozco mejor que ninguna de estas niñatas caprichosas de varias tardes de tonteo y una sola noche pletórica. La cosa de León

es su dueña absoluta y manda por él, León es su prisionero. Le impone actos y servicios en privado que León preferiría no tener que hacer. Es más fuerte que él. León pierde el control cuando se excita, y más aún cuando me lo cuenta después. Se vuelve una fiera irreconocible. Cuando me enfado con él cree que es por celos de las otras y se la saca sin complejos para enseñarme de lo que es capaz. Le digo que se guarde la erección para su pandilla de novias vulgares y se ríe de mí, con desprecio. Está tan orgulloso del efecto que causa su tamaño en ellas que le encanta que a mí me repugne verla, una cosa tan grosera, y me niegue a tocársela por sistema. Me da asco, lo reconozco. Amar a León es pasar por encima de ese dominio instintivo. Es esto lo que más nos une. Yo lo amo a pesar de su cosa y el poder que ejerce sobre él y sobre los demás. Lo amo como solo se puede amar a quien se sabe que nunca será nuestro, o no en exclusiva, solo para ti. Y a él le gusta de mí que sea la única persona de las que conoce que siente aversión profunda por su pene. Ser la única persona que no siente curiosidad ni deseo por ese miembro despótico es lo que hace que León consienta en tenerme de compañía de vez en cuando. Hasta sus compañeros de equipo, según me ha contado, sienten fascinación por su bien más preciado, como lo llama sin pudor, y le piden que se lo muestre en los vestuarios y León lo exhibe con gusto, viendo en los ojos de los otros jugadores a veces envidia y otras veces deseo, sí, eso también. Hasta su madre, hasta la cuarentona y experimentada Lola, según me ha dicho, lo espía cuando se ducha. León se ha pasado los años de la adolescencia espiando la desnudez de su madre, persiguiendo las ocasiones de verla desnuda en todo su esplendor, y lo ha conseguido con creces, y ahora es ella la que le devuelve la mirada, por lo que me dice poniéndose arrogante, ella la que se asombra de lo que el hijo tiene entre las piernas en valiosa propiedad, como lo tenía su padre antes que él.

Los orgasmos de los tres goles consecutivos han agotado a León, pero la rubia escultural del abrigo azul lo ha convencido con los besuqueos pegajosos, los lengüetazos y las caricias insinuantes de

que vale la pena pasar la noche juntos en cualquier sitio, recuperando fuerzas y curando las heridas del partido. León tiene que dar de comer a la criatura, tiene que alimentarla de carne fresca. Es una buena excusa. Mañana me lo contará todo con pelos y señales. Mañana me lo contará todo cuando me llame por teléfono a casa para que vaya a verlo otra vez a su habitación en cuanto se quede solo. Me contará que la rubia se llamaba Diana, que estaba loca con él y llevaba mucho tiempo esperando su ocasión en la nutrida cola de admiradoras. Me dirá que a él le gusta jugar con ella, pero nada más. Me dirá con ironía que su cuerpo tiene unas medidas impresionantes y que es una nulidad en matemáticas. Si no conociera a León como lo conozco, y no lo amara como lo amo, todo es lo mismo, pensaría al escucharlo hablar de ella que acabará casándose con esta Diana cazafortunas. Ella será la elegida entre todas las novias posibles, si no aparece antes otra más guapa, más alta y más rubia. La importante decisión, estoy segura, la tomará el mismo día en que abandone el fútbol y se despida de las tardes de gloria en el campo del colegio. Y yo no estaré ahí para verlo. Triste consuelo.

## 15

Al fin conozco en persona a mi vecino Willem, un holandés fornido de cabeza rapada como una bola de billar que siempre anda en bañador y chanclas por la urbanización. Pasaba sola por delante de su casa en calle Suriname montada en la bici cuando vi que estaba arriando la bandera holandesa en la terraza de la torre de su casa. Alguna vez lo había visto hacerlo de lejos y me habían dado ganas de verlo desde más cerca, para entender todo el protocolo y demás, pero luego se me olvidaba y no volvía a pensar en ello. Hoy decidí aprovechar la ocasión y me paré frente a la casa para poder mirarlo con detenimiento. Su chalet, con su torre de vigilancia y su

muralla defensiva alrededor, era el único que parecía un fortín colonial. Eso explicaría por qué casi todo el mundo lo tomaba por un militar retirado, aunque tenía más pinta de mercenario que de soldado profesional. Las malas lenguas de la urbanización, que eran muchas y muy bien informadas, decían que le preocupaba más la fidelidad sexual de su mujer indonesia, más joven que él, que los ataques de algún enemigo imaginario. Como ya he dicho, lo primero que te impresionaba de Willem era su aspecto físico: era grande y fuerte y con esa cabeza sin pelo que yo solo había visto en algunas películas y nunca en la realidad. Se parecía al director de cine mudo Erich von Stroheim, a quien yo había visto fotografiado de perfil en alguna enciclopedia de cine que Regina hojeaba con curiosidad enfermiza en busca de nuevos ídolos de nombre extranjero que adorar en secreto. Cuando terminó la ceremonia de arriado patriótico, Willem se dio cuenta de que lo miraba arrobada y me hizo gestos desde lo alto de la torre para invitarme a entrar. Hablaba mal nuestra lengua y yo no entendía la suya. De vez en cuando el inglés servía de solución intermedia en el trato con nuestros vecinos holandeses, con escasa vocación de aprender la lengua nativa.

Aparqué la bici delante del garaje y caminé hacia la puerta de entrada, donde Willem me esperaba ya para darme la bienvenida a su modesta mansión, como la llamó en un inglés con acento germánico. Fue entonces, al pasar junto a su cuerpo en el umbral, cuando me di cuenta de que le faltaban las uñas de los pies y las manos. Su mujer no estaba en casa, había ido a comprar al supermercado de la urbanización, pero no tardaría en volver, me dijo para tranquilizarme. Con un gesto teatral de anfitrión, me hizo pasar al salón contiguo y sentarme en un sofá frente a un televisor donde se emitía en ese momento un famoso programa llamado *Juegos sin fronteras*. Después de un rato viéndolo en pantalla, me pareció el espectáculo más aburrido que podía haber en televisión en ese momento, con esas pruebas estúpidas que no servían para nada y esos concursantes ridículos disfrazados de verdaderos deportistas, pero no tuve la mala educación de decírselo. Era un programa que

Willem veía con asiduidad, en las grabaciones de vídeo que le enviaban desde su país natal, porque le recordaba, según me dijo, todo cuanto añoraba de su país y de la Europa que había conocido en su niñez y primera juventud. Por lo que entendí, había estudiado en Alemania y en Francia antes de alistarse en el Ejército holandés para servir en las colonias asiáticas, aunque a mí el concurso televisivo que tanta nostalgia le despertaba me hacía pensar más bien en un fenómeno de un planeta muy lejano.

En cualquier caso, lo que más me gustaba de todo lo que contenía aquel salón abarrotado, que parecía un camarote de barco antiguo donde se acumulaba lo que no cabía en el resto de la pequeña vivienda, era un gran loro de precioso plumaje rojo y azul que estaba inmóvil y atado en su percha, para frenar el vuelo, con una cadenilla metálica. Viendo mi especial interés por el animal, Willem me contó que se lo trajo de Indonesia cuando los expulsaron de allí, y que solo había aprendido una palabra en español que repetía con desprecio cada vez que se ponía nervioso por el ruido o le entraban hambre y sed de repente: *Parloteo*.

Le pregunto con curiosidad si el loro tiene nombre, y Willem me responde, en su español abreviado, que para qué sirve un nombre. El loro se llama loro, me dice guiñándome un ojo culpable, y para qué más. Es un buen nombre para un loro, pienso, en cualquier lengua del planeta: Para-Qué-Más. Y más si el loro conocía como confidente todos los secretos de la casa y de sus excéntricos habitantes. La voz de su amo: otro nombre posible para esta ave locuaz encerrada todo el día en los exiguos dominios de la casa de Willem.

*Parloteo.*

También había fotos de su mujer por todo el salón, como para recordar quién mandaba en la casa. No era especialmente guapa, pero sí tenía cierto encanto indefinible. En algunas de las fotos se la veía posando ligeramente desnuda, o ligeramente vestida, y más que su esposa parecía un trofeo exótico, un recuerdo Impuro que se había traído con él al salir de la isla, una mestiza de piel ambarina y

grandes ojos rasgados con una sonrisa complaciente que prometía hacer feliz a todo el que la mantuviera a su lado el tiempo suficiente. Todo aquello era un poco sórdido, la verdad. Sentí la incomodidad de la situación en todo el cuerpo, como una comezón que comenzaba a manifestarse en la piel. Aparté con aprensión la vista de los retratos de Hertie, así se llamaba la menuda mujer de Willem, y reparé de nuevo en las puntas de los dedos sin uñas, tan carnosas y extrañas como las de los dedos de un extraterrestre en una historieta de tebeo. Solo me quedaba mirar al loro reluciente, que ahora nos daba la espalda por precaución, ostentando su larga cola de plumas entrecruzadas, de una belleza sublime, y que pronunció de nuevo, para relajar el ambiente, la palabra mágica: *Parloteo*.

Willem me preguntó entonces si no veía algo curioso en la pata izquierda del loro. Me fijé bien y lo vi sin esfuerzo. Era un anillo raro, hecho de un material irreconocible a primera vista. Y Willem, que está loco por retenerme contándome historias hasta que su mujer vuelva de comprar, debe estar muy aburrido o sentirse muy solo sin ella, me habla del valioso anillo del loro. Se lo regaló un chamán de Malaka cuando le salvó la vida. Estaban en plena guerra de independencia en Indonesia y lo atropellaron unos soldados holandeses que huían de una escaramuza en la que habían sufrido muchas bajas. Ni se molestaron en socorrerlo, lo sacaron de la carretera a rastras y lo abandonaron como a un perro moribundo en el arcén. Willem lo encontró al día siguiente cuando pasaba con su Jeep por la carretera y lo vio tirado en la cuneta maltrecho y ensangrentado. Lo llevó al hospital militar, que era el más cercano, y tuvo que obligar a punta de pistola al médico de guardia, que era inglés y joven, y a las enfermeras, que eran nativas, a que atendieran al hombre malherido. Solo se marchó cuando estuvo seguro de que el paciente estaba a salvo. Volvió a visitarlo varias veces, y así logró averiguar quién era y cómo se llamaba. El chamán Ayer Keroh, así escribe Willem el nombre, para que yo lo entienda bien, con un lápiz en un papel lleno de letras y números que está posado sobre la mesa del salón. Una de las veces en que Willem

visitó al chamán en el hospital lo acompañaba también toda la familia, sus tres mujeres y sus veinte hijos e hijas, abarrotando de cuerpos diversos la habitación. Todos sus familiares le agradecieron con gestos de simpatía que hubiera salvado la vida de su padre y marido. La última vez que Willem vio a Ayer Keroh estaban con él una de sus mujeres más jóvenes y dos de sus hijas menores. El chamán le anunció que lo pasaría mal en los años venideros, como estaba escrito en su nacimiento, pero que superaría todos los obstáculos que los dioses pondrían en su camino, que abandonaría la isla y regresaría por una breve temporada a su país de origen, y que acabaría viviendo muy lejos de él, en una tierra extranjera de nuevo, donde finalizaría su vida en paz.

Cuando se despidieron, el chamán le regaló un anillo hecho con una piedra negra muy rara en la isla. Le dijo que el anillo protegía a su portador de muchas maneras inesperadas. Willem era un hombre moderno y práctico y no creía en supercherías, así que tan pronto llegó a su alojamiento en el cuartel del Ejército holandés lo guardó en un cajón del escritorio sin darle mayor importancia y no volvió a pensar en el anillo hasta que compró por casualidad el loro de vistoso plumaje. Se lo vendió por un puñado de florines devaluados una mujer joven que comerciaba con aves y serpientes enjauladas en un mercado de Yakarta, y se le ocurrió ponerle el anillo de adorno en la pata izquierda para que no se confundiera con otros iguales si se escapaba de casa alguna vez. Desde ese día, cada vez que el loro cotorrea a sus anchas, Willem, que no es para nada supersticioso, como digo, pero sí bastante bromista, culpa de todo lo malo que le pasa a ese anillo negro que lleva colgado en la pata como un fetiche y como un signo de sumisión al destino, y se acuerda de los augurios del viejo chamán de Malaka, que habrá muerto en la isla después de muchos años y dejado una gran descendencia encargada de las tareas chamánicas de la comunidad.

*Parloteo.*

# 16

Como si la réplica del loro le pillara por sorpresa, Willem se rio con una risa soterrada y me preguntó a continuación si quería beber algo. Le dije que solo agua, fría a ser posible, y, sin embargo, cuando regresó de la cocina, traía una bandeja metálica y redonda con un gran vaso de cristal repleto de Coca-Cola helada para mí y otro idéntico para él, y volvió a sentarse en el sillón que estaba frente al televisor. Se lo bebió de un trago, se limpió los labios con el dorso de la mano, con un gesto algo salvaje, y me preguntó qué pensaba de lo que había visto hacía un rato. Si entendía el significado del ritual, o si me parecía, siendo una persona tan joven, una muestra de patriotismo algo anticuada. Le dije la verdad, lo que siempre digo cuando me encuentro con cosas que no entiendo del todo. Le dije que me parecía una cosa extraña, pero que podía llegar a entenderlo en su situación, aunque lo viera también como un acto raro, eso de subir y bajar la bandera todos los días por el mástil y silbar el himno del país y todo eso. Me miró como si fuera un antropólogo tratando de calibrar el grado de sinceridad de mis palabras y su auténtico sentido. Y solo añadió que había sacrificado muchas cosas en la vida, una mujer anterior y varios hijos que había dejado atrás y que ahora lo odiaban a muerte. Cuando me contó todo esto, vino a sentarse junto a mí en el sofá y percibí su olor corporal por primera vez. Un olor intenso que no emanaba de la falta de higiene, sino de los aceites aromáticos con que debía de untarse la piel para mantenerla brillante y lubricada. La piel no engañaba a nadie sobre su edad y estado de conservación, se veía vieja y curtida, pero su olor delataba técnicas de un masaje ancestral para el rejuvenecimiento que su mujer debía de dominar junto con el sexo exótico. No sé por qué, pero cuando empezó a acariciarme la cara con sus manos de dedos sin uñas, unos dedos de terminaciones rosadas como una herida recién cicatrizada, me dio por imaginarlo acostado con Hertie en una gran cama con mosquitera, como si estuvieran en la selva indonesia o en una playa tropical infestada de

insectos chupasangre. Me acariciaba la cara con la punta de los dedos índice y corazón de la mano derecha y los labios entreabiertos con el pulgar mutilado de la izquierda, y yo los imaginaba a ambos, marido y mujer, acariciándose bajo la tela protectora como dos adolescentes, untados sus cuerpos con el aceite extraído de una flor o una semilla enigmática que exacerbaba las sensaciones y los placeres.

Fue entonces cuando me preguntó por sus dedos, si me daba asco de sus dedos, si me resultaba repugnante tener esos dedazos blandos pegados a la cara como un organismo raro, rozándome la piel con insistencia sospechosa. Y le dije la verdad, por una vez, mientras me masajeaba suavemente los párpados con los pulgares, le dije que no me daban asco exactamente, a pesar del picor que empezaba a experimentar en todo el cuerpo de nuevo, de la cabeza a los pies, como reacción inesperada a sus caricias, pero que me resultaban muy extraños, tan gruesos y puntiagudos los de las manos, y los de los pies, más cortos, que asomaban en la plataforma de las chanclas de goma negra como otra atracción mórbida a la que mirar sin cesar para comprobar la diferencia entre los miembros humanos y los de otras especies emparentadas. Y quería saber cómo se sentía uno tocando con yemas de dedos sin uñas, cómo era tener la ternura de la cutícula expuesta a todos los golpes y los roces. Me dijo que ya no le dolían, que habían encallecido tanto con el tiempo que ya no los sentía como algo destinado a hacerlo sufrir. Y me contó que cuando uno ha vivido una experiencia traumática como esa no hay nada en la vida que pueda causarte dolor.

La pérdida de su propia mujer, la traición de sus hijos y la traición de su país eran menudencias en comparación con ser torturado durante dos noches infernales por una pandilla de rebeldes indonesios que lo habían hecho prisionero y que, en cuanto supieron que estaba casado con una nativa, decidieron que iba a ser su juguete preferido, su objeto de suplicio perfecto. Lo torturaron arrancándole las uñas de las manos durante toda una noche,

dándole a cada uña una hora para ser extraída con unas pinzas de cirujano, lentamente, y a la noche siguiente, sin tiempo para reponerse, los dedos de los pies, siguiendo la misma técnica terrorífica. Y lo peor de todo, me dijo, fue descubrir que había sido el Ejército de su país quien lo había traicionado a cambio de información valiosa. Sus captores se negaron a matarlo. Le habían infligido heridas de tal envergadura en el cuerpo y en el alma que les pareció más intolerable dejarlo con vida. Lo devolvieron con las manos y los pies vendados a los suyos. Ingresó en el hospital militar, de donde logró escapar una semana después, desertando del Ejército. Buscó refugio con su mujer y sus hijos en otra isla no afectada por la guerra. Y ahí vivió hasta que terminó el conflicto y los holandeses tuvieron que irse y él consiguió ser readmitido para poder regresar a su país. Pero lo volvieron a engañar. Su primera mujer y sus hijos prefirieron quedarse en la isla, y su país, sin saber muy bien qué hacer con él cuando regresó exigiendo sus derechos, le organizó la residencia extranjera en que ahora vivía feliz en apariencia, cumpliendo con su destino. Ahora entendería mejor, me dijo Willem entristecido, el absurdo gesto que representaba para él izar la bandera cada mañana al amanecer y arriarla cada tarde en el crepúsculo mientras silbaba emocionado, como si le debiera la vida, el hermoso himno de su país.

*Parloteo*, sentenció el loro indonesio con impertinencia.

Era un fenómeno alucinante. Mientras terminaba de contarme todo este rollo patriótico, mezclando el inglés, el holandés y el mal español para explicar lo inexplicable, se le fue poniendo cara de actor americano que no es americano, tipo Yul Brynner o Telly Savalas, actores de cráneo rasurado que yo había visto en televisión en muchas películas famosas y que ahora tenía delante, como si estuviera otra vez en el cine, cogida de la mano de mi amiga Regina, mirando una pantalla que me absorbía con sus mentiras baratas. Se le puso la cara que le correspondía a alguien que te está contando una película de la que se siente protagonista, aunque no lo sea en realidad. Era como el cine, sí, o la televisión, ya puestos, pero

mucho más inmediato. Como una experiencia de inmersión en el mundo del otro. Por eso cuando le brotaron los lagrimones de los ojos y rodaron por sus pómulos colorados, sin que Willem se alterara ni hiciera nada por secárselos, comprendí que las lágrimas no eran por el dolor de lo que estaba contando ni por la nostalgia de lo vivido ni por ningún otro sentimiento relacionado con lo que le había pasado en la vida. Eran por la pura emoción de contármelo, por el placer de que yo estuviera ahí escuchando con dificultad lo que él estaba narrando también con dificultad, por la complicación de la historia y por los problemas reales con la lengua en que pretendía contarlo. Yo conocía a mucha gente a la que le pasaba lo mismo. Lo importante no era tener algo que contar, sino el placer y la emoción de hacerlo de nuevo. Y lo bien que se sentirían después, cuando acabara el relato al fin, pensando en el aprecio y el reconocimiento conseguidos en el oyente.

Cuando Hertie volvió a casa, hacía tiempo que Willem había dejado de acariciarme la cara con las manos de dedos monstruosos, el picor en la piel se me había atenuado sin necesidad de rascarme y los dos, por razones distintas, guardábamos un silencio discreto mientras mirábamos el absurdo espectáculo de los juegos transnacionales en la pantalla de la televisión en color, esperando a que el loro Para-Qué-Más pronunciara la sentencia definitiva, siendo él, desde su posición privilegiada, el único testigo fiable de todo lo que allí había sucedido esa tarde entre nosotros. A su manera, Hertie era simpática y afable, vestida con modestia, y me ofreció, sin tiempo para descargar las pesadas bolsas que traía en brazos, otro vaso de Coca-Cola helada. Yo le dije que no, gracias. Quería marcharme enseguida. Ya había tenido bastante por hoy. Mucho tiempo después de aquel primer encuentro seguiría viéndolos en mi cabeza, a Hertie y a Willem, proyectándose como sombras en una pantalla, desnudos y abrazados en la cama bajo aquella mosquitera teñida con los colores de la bandera holandesa, riéndose del mundo occidental y de mí, pequeña representante de su morbosa ciencia de observación, con sus historias increíbles y sus relaciones

innombrables. Y tengo siempre presente, desde entonces, para no contar más de lo debido sobre cualquier cosa, por extraña que sea, la consigna terminante del loro del holandés exiliado: *Parloteo*.

## 17

Me paso varios días hechizada por el encuentro con la pareja Willem y Hertie, fantaseando sobre sus vidas fuera de norma y sus vivencias exóticas en aquellas islas asiáticas. Se lo cuento a Regina por teléfono y me cuelga enseguida, no soporta que la distraiga con mis obsesiones tontas. Llamo a León y no me contesta, como es habitual cuando soy yo quien toma la iniciativa, no funciona así entre nosotros.

Tengo un plano cartográfico de la urbanización, papá me lo consiguió hace años cuando él tuvo contacto con la administración de la comunidad por un conflicto de parcelas en que tuvo que litigar mediando entre propietarios enfrentados. Hubo cierta violencia entre las familias y papá intervino a petición de la comunidad de vecinos. No recuerdo los detalles. El plano es una maravilla de precisión y riqueza de detalles, con todas las calles y sus trazados exactos, llenos de curvas y de cuestas empinadas, y los accidentes geográficos y me paso horas mirándolo embobada y recorriéndolo sin salir de mi habitación. Lo he extendido sobre la mesa de estudio y con un lápiz voy señalando los lugares que ya conozco como la palma de la mano y los que aún me quedan por explorar.

Hago una lista exhaustiva de las veinte calles de la urbanización en orden alfabético: Amboina, Aruba, Bali, Banka, Biliton, Bogor, Borneo, Célebes Barat, Célebes Timur, Curazao, Java, Madura, Malaka, Medan, Menado, Padang, Sabang, Sumatra, Suriname, Ternate. Me doy cuenta de que hay muchas en las que nunca he estado, por las que nunca he pasado y donde no conozco a nadie. Hay otras donde conozco a varias personas que viven allí y otras aún

donde solo conozco de nombre a la gente que vive en ellas.

Mis amigos Alfonso y Jaime viven en Sumatra con sus padres. Su padre fue pintor y ahora es decorador, por lo que tengo entendido. Conoció a Picasso en su juventud bohemia, en París, y parece que le pidió dinero o alguna recomendación para exponer en museos o galerías y Picasso lo echó de su casa diciéndole que aprendiera a pintar antes. Había varios casos de estos en El Atabal. Pintores fallidos, artistas fracasados que habían encontrado otra profesión lucrativa y, con ella, un nivel de vida que les había permitido comprar una casa en la urbanización cuando poca gente podía hacerlo. Como los padres de Lydia y Sonia, que eran muy amigos de los padres de Alfonso y Jaime y vivían también en la parte baja, cerca de Sumatra, al final de una calle sin salida como era Malaka, junto al arroyo flanqueado de adelfas blancas y rosadas que atravesaba esa zona silvestre de El Atabal y la dividía en dos mitades asimétricas. Los dos hemisferios del cerebro en coma de la urbanización, como me gustaba llamarlos cuando vivía allí todavía y cruzaba a diario el arroyo y su variable caudal de agua, siempre poblado de renacuajos en primavera y de ranas y libélulas el resto del año, para encontrarme con mis amigas y amigos en las calles del otro lado.

Arriba del barranco por cuyo fondo fluía el arroyo sin nombre que servía de frontera entre esos dos mundos conectados estaba calle Madura, donde vivía Victoria con sus hijas y con su marido, y más arriba, en calle Bali, estaba la casa donde Regina vivía con sus padres, que yo consideraba mi segunda casa. León vivía con su madre y su hermana al otro lado, cómo no, también en calle Sumatra, muy cerca de la colonia de artistas aficionados que papá odiaba con sus cinco sentidos, según decía, por razones que yo nunca comprendí hasta que fue demasiado tarde y las consecuencias demasiado penosas. Tiempo después, Carlos vendría a vivir a una gran casa alquilada en la parte alta de calle Borneo, como ya dije, a este lado de la accidentada frontera entre hemisferios. Se daba la curiosa coincidencia de que ambos, Carlos y

León, vivían con sus madres, pero ahí se acababa el parecido. León tenía una madre y una hermana pequeña que era una réplica empeorada de la madre, y un padre ausente que se presentaba de tarde en tarde para exigir sus tributos e imponer sus atributos, mientras Carlos vivía solo con su madre, que pasaba el tiempo rellenando el vacío de su vida de examante de un prohombre consumiendo televisión en la pequeña pantalla de la cocina, de la que solo salía para ir a dormir. Sandy y Alida, su mujer, vivían en Java, como yo, y Willem y Hertie en la parte donde Suriname está a punto de desembocar en la zona baja de Aruba. Como curiosidad, en la parte de la cuesta más empinada de Java vivía entonces un mestizo de chino y malayo que se llamaba Wong y era muy amable y hospitalario. Una tarde calurosa de julio, tirando de mucha paciencia, Wong nos enseñó a Regina y a mí a jugar al mahjong, un juego oriental que nos pareció tan enrevesado como la vida, muy cinematográfico y fotogénico para observar con atención cómo lo jugaban otros y muy aburrido para jugarlo en serio una misma.

Me hacía gracia pensar, haciendo comparaciones mientras examinaba el mapa por arriba y por abajo, que el presidente de la comunidad, a quien no conocía personalmente, aunque sí a su mujer y a su hija, Mari Carmen y María José, vivía en la parte alta de la urbanización, en una bifurcación de calle Java que terminaba en una plazoleta sin salida del mismo nombre, y el nuevo secretario, a quien tampoco conocía, vivía en la zona más elevada de las colinas urbanizadas, en una gran casa situada en Célebes Barat con vistas a toda la ciudad y la bahía. Otros cargos directivos de la comunidad, todos hombres, todos profesionales de cierto rango, todos casados y con familias a su cargo, vivían diseminados por calles más pequeñas, como Sabang o Bogor, también esta con buenas vistas hacia la costa lejana, y Amboina, que comunicaba con varias calles a lo largo de su recorrido, con Java en la parte inferior, y en la superior con Sumatra y con Célebes Timur. Con lo que, al final, de un modo u otro, todos los habitantes de la urbanización, nos conociéramos o no, nos sentíamos comunicados y cercanos, a pesar de todas nuestras

diferencias y enemistades. No conocía a nadie, sin embargo, que viviera en Banka o en Biliton, lo que no dejaba de extrañarme cada vez que miraba el trazado de esas calles paralelas que conectaban Sumatra con la Malaka de Malasia.

## 18

Cuando terminé de estudiar a fondo el mapa de la urbanización y de ubicar en él a todos mis conocidos y desconocidos, con marcas de lápiz que luego podría borrar y chinchetas de colores para diferenciar mis relaciones con los diferentes lugares, colgué de la pared los dos mapas geográficos de las islas asiáticas y americanas que daban nombre a las calles de la urbanización. Cuando acabé de estudiarlos y me supe de memoria su localización y peculiaridades, se me ocurrió una idea que consideré divertida y que, antes de llevarla a efecto, le conté por teléfono a Regina en una conversación que pareció un monólogo frenético entrecortado por interjecciones malsonantes. Esta vez conseguí atraer su interés y no me colgó el teléfono, me escuchó con extrema atención y, al final, como recompensa a mi esfuerzo en contárselo, me llamó *cerebrito*. Eres un *cerebrito*, me dijo, que era la forma habitual en que su inteligencia privilegiada se rendía ante la mía, más común, cuando la conseguía superar en algo que ella consideraba importante.

Estaba sola, con toda la casa para mí por primera vez en mucho tiempo y le estaba sacando provecho. Papá estaba de viaje y mamá se había llevado esa tarde a mi hermano Arturo al médico, según recuerdo. Así que bajé al sótano y recuperé todos mis libros de Historia y de Geografía de educación básica, curso por curso, de primero a octavo, y los subí a mi habitación a ver qué encontraba. Tuve que completar mis materiales con alguna enciclopedia infantil arrumbada en una estantería de la planta baja desde hacía años. Tomé prestadas las tijeras de costurera que mi madre solía usar para

remendar nuestra ropa en las tardes de lluvia en que no salía de casa para ir con sus amigas a merendar a alguna cafetería de la zona. Por fortuna, tenía un bote de cola recién abierto y cartulina de varios colores para hacer trabajos manuales. Tuve la suerte de encontrar una hoja blanca lo bastante grande como para acomodar mi plan a las dimensiones de lo posible. Utilizando los dos mapas como guía de mi trabajo, fui recortando de los libros la silueta de cada una de las veinte islas de Asia y de América que correspondían a las calles de la urbanización. Una vez las tuve todas apiladas en un montón, y los libros destrozados tirados en el suelo de cualquier manera, puse la cartulina blanca sobre el escritorio de modo que pudiera mirar al mismo tiempo los tres mapas, el de la urbanización y los dos de las islas, y dibujé en ella a lápiz un trazado rudimentario del callejero de la urbanización. Luego comencé a pegar los recortes de papel de manual escolar de este a oeste, como exigía la traslación solar. O de oriente a occidente, como recomendaba el curso de la historia. En el lugar de cada calle aparecía ahora la isla que le daba nombre. Pegadas en la cartulina blanca una junto a otra, las islas iban formando, en su diferente conformación y tamaño, un insólito archipiélago que imitaba con exactitud el callejero de la urbanización. Para ser fiel a la longitud de algunas calles tuve que pegar varios recortes de la misma isla uno a continuación del otro. Me pasó con Sumatra y con Java, que se multiplicaban en número a lo largo y ancho de la cartulina, igual que las dos Célebes, largas y sinuosas como ríos. Las calles más cortas, en cambio, facilitaban la tarea. Con pegar una sola copia de sí mismas bastaba para darles el lugar adecuado en la composición. Con ese método de pegado, imágenes de islas geográficas en lugar de calles con nombres de isla, el mapa de la urbanización adquiría un aspecto surrealista que coincidía con mi gusto y mi sensibilidad de entonces.

El resultado me emocionó tanto que se me pasaron de pronto el cansancio y el sueño. Me producía una extraña excitación y cierta confusión, lo reconozco, ver esas islas tan diversas alineadas

conforme al patrón de las calles de la urbanización. Es como si el creador del universo, me dije para estimularme con la visión de mi obra terminada, las hubiera arrancado de su enclave en la geografía del planeta y las hubiera vuelto a reunir utilizando la disposición original de las calles de la urbanización. Al combinar los nombres de las calles y los topónimos de las islas obedeciendo a un criterio que no era cartográfico, se configuraba un mapa que ya no pertenecía a la geografía real, sino a la topografía fantástica de una tierra imaginaria. Totalmente inventada por mí, asociando nombres de calles e imágenes de islas, fundiendo ambos mundos en uno solo. Así de simple había sido mi método, y, sin embargo, el resultado final del trabajo, el mapa desplegado sobre la mesa de estudio, superaba con creces mis previsiones y no dejaba de asombrarme.

Descolgué nerviosa los mapas geográficos de la pared, para hacerle sitio al nuevo mapa, y luego enrollé con torpeza el antiguo mapa de la urbanización y lo escondí en un cajón del escritorio para poder olvidar cuanto antes la falsa información que contenía. Me sentía orgullosa de la idea que había tenido y que por fin conectaba, como era mi deseo, todas las dimensiones de la urbanización en un solo espacio plano, sin relieve y sin tiempo. Un diagrama mágico repleto de posibilidades y peligros. A partir de ahora sería ahí, en ese territorio recién descubierto, donde se iba a desarrollar la parte más emocionante de mi vida, y me sentí liberada por primera vez del peso aplastante de la realidad. Tuve la urgencia repentina de compartir esa experiencia con alguien. Con León no valía la pena contar para esto, me hubiera despreciado aún más, y hasta se habría reído de la belleza poética de mi proyecto con su rudeza usual. Regina, en cambio, era siempre generosa conmigo y no dudé en llamarla para comunicarle la noticia.

Escúchame bien, cariño, quiero que sepas que estoy ansiosa por ver ese mapa de la urbanización invisible, me dijo Regina al despedirse de mí al teléfono, pero más ganas tengo de verte a ti en carne y hueso y recompensarte como mereces por tu brillante idea. Te espero esta noche, amor mío. No pensaba ir, no tenía ganas, no

me sentía en sintonía con sus sentimientos, no esta vez, pero le hice creer que sí. Regina solía agradecerme que no cediera fácilmente a sus reclamos más desesperados. La siguiente vez que nos viéramos tendría muchas ganas de ver el mapa inventado de la urbanización y ni se acordaría de que había dormido sola en su cama porque yo me había pasado la noche entera completando y contemplando boquiabierta su complicado diseño.

Cuando por fin le enseñé el misterioso mapa del tesoro, colgado como un póster decorativo en la pared de mi habitación, la cara de Regina lo decía todo. Incomprensión absoluta, perplejidad Incontrolable. Había que analizar su gesto, mientras acusaba con el dedo índice la transformación de calle Bali donde vivía en un lugar irreconocible, para entender su rechazo a mi obra. ¿Quién te inspira a hacer estas cosas tan estrambóticas, querida?, me preguntó preocupada por mi salud mental. Los muertos, le contesté sin pensarlo mucho. Todos los muertos y algunos vivos, como tú. Y me puse a temblar con todo el cuerpo en cuanto lo dije. Y Regina me abrazó con fuerza, conmovida por mi sinceridad patológica, como si acabara de anunciarle que padecía una enfermedad grave. Así era yo, desde mi nacimiento, una criatura maldita, un ser extraterrestre caído del cielo sin venir a cuento, hasta para Regina, mi amiga del alma.

Mis padres se enfadaron mucho conmigo, días después, por el destrozo de los libros escolares que podrían haber servido más adelante para mi hermano Arturo. No lo pensé. Normal. De algún modo yo sabía que mi hermano Arturo no viviría mucho y trataba de acostumbrarme al hecho para no sufrir más de lo debido cuando llegara el momento.

## 19

*Entonces no nos gustaba nada ir a la playa, ni a nadar ni a*

*nada parecido. No nos gustaba el mar visto desde la orilla, el mismo mal o la nada para nosotros. Durante los veranos de entonces, nuestra zona de esparcimiento acuático se repartía entre las numerosas piscinas de la urbanización. La piscina de casa, por supuesto, o las piscinas de los conocidos, pero sobre todo la piscina comunitaria, donde había que pagar entrada si no eras socio o abonar una cuota mensual para acceder gratis a la ilustre sociedad ligera de ropa y de ideas que es una piscina pública donde siempre se reúne la misma gente, año tras año, en vacaciones. Era ahí, en ese territorio único y acotado, donde reinaba Lydia (así escrito, con una i tan griega como su inolvidable nariz) con su escueto bikini negro y sus formas exuberantes de candidata perpetua a* Miss *universal.*

Así comienza «Rapsodia Bohemia», el extenso relato que escribí sobre mis extrañas relaciones con Lydia, ni amiga ni enemiga, ni amante ni amada. Antes de Regina estuvo Lydia, sí. Lydia era todo y lo prometía todo y no daba nada, a mí al menos, nada de nada. «Rapsodia Bohemia», hoy destruido, celebra el malentendido permanente que existió entre nosotras. Lydia y yo compartíamos dos pasiones, el sexo y Freddie Mercury. La primera, el poderoso deseo sexual y la pertenencia al mismo sexo desde maneras y perspectivas distintas, no logró unirnos, más bien al contrario, y la segunda, la pasión musical por el vocalista del grupo Queen, terminó separándonos. No hay mucho más que decir y, sin embargo, hay tanto siempre que contar sobre Lydia, tanto que saber, en definitiva.

Un día, de buenas a primeras, me confesó, en la intimidad de su dormitorio, su perplejidad ante mi actitud hacia ella, y no supe responder a esa declaración indirecta de un amor que no quería reconocerse como tal:

—En realidad no me amas. Estás deseando que te diga que es verdad todo lo que piensas de mí y te hace interesarte por mí. Te engañas y no puedo hacer nada por ti. No me gusta el tipo de juego

al que te gusta jugar conmigo. No puedo creerte cuando me hablas de tus sentimientos. A través de mí estás buscando a otra persona que no soy yo, una persona imaginaria, un ser que quizá no exista. Y eso me entristece y me separa de ti.

Y Lydia, sin saberlo, tenía razón. En todas las mujeres que he amado y deseado sin poseerlas y en todas las que he amado y poseído había algo singular de lo que intuía en ella, la esencia de su presencia, manifiesta en facetas y rasgos de su personalidad extraordinaria, destellos carnales de su cuerpo magnífico, vislumbres de su modo peculiar de habitar ese cuerpo y dar vida a sus miembros con movimientos de una gracia incomparable. En todas y cada una de esas mujeres, como una amarga maldición del recuerdo, hallaba una porción de Lydia, como un tesoro enterrado en la superficie.

Me acuerdo muy bien del verano de la «Rapsodia Bohemia», como lo llamábamos festejando con entusiasmo *Una noche en la ópera*, el vinilo estelar del grupo Queen. El verano de la «Rapsodia Bohemia», el verano del 76, acabó convertido en el verano de la Rapsodia de Lydia. Lydia pasaba por amiga mía entonces, aunque mi madre, que era una puritana intransigente, decía que la madre de Lydia era una *guarrona*, palabra que sonaba, al menos en boca de mi madre, al peor insulto que te podían dirigir, aludiendo a tu higiene íntima y a tu conducta sexual. Tan amiga parecía que nos lo contábamos todo, o yo se lo contaba todo y ella correspondía por cortesía y educación. Lydia tenía 15 años cumplidos y yo me acercaba peligrosamente a los 14. Lydia tenía un novio con una moto enorme y yo no. Lydia vivía feliz con sus padres y con su hermana menor Sonia en una pequeña casa de calle Malaka y yo vivía infeliz con mis padres y con mi hermano Arturo en una gran casa de calle Java, como ya dije. Lydia se acostaba con su novio cada vez que le venía en gana y yo no me acostaba con nadie, de momento, ni tenía ganas de hacerlo, la verdad. León estaba a punto de aparecer en mi vida para destrozarla y los jugueteos con Regina no existían aún. Lydia, como Regina, no entendía mi puritanismo

adolescente, quizá porque no conocía a mi madre y tampoco se imaginaba quién era mi padre. A Lydia le gustaba de mí, en especial, que fuera mucho más alta que ella, aunque nunca entendí la razón.

El novio de Lydia era un macarra que venía del pueblo de detrás de las montañas de la urbanización. Era un macarra y un delincuente fichado, un rockero de barrio, y yo se lo decía a Lydia, como si ella no lo supiera. Lydia creía que yo la envidiaba porque el macarra de su novio era un gran follador, un amante insaciable, y la tenía enchochada, palabra de Lydia. Lydia tenía a su novio y yo no tenía a nadie para consolarme. Lydia me contaba todo lo que hacía con su novio, todo lo que ella le hacía y todo lo que él le hacía también, sexo oral y sexo anal. A sus quince años, Lydia era una experta en no quedarse embarazada, según decía, sabía cómo domesticar al amante macarra y ponerlo al servicio de su placer y sus necesidades vitales. El macarra era corto de entendederas y Lydia era más lista que nadie que yo conociera, incluida Regina, que se creía más lista que nadie. Lo que no era cierto del todo, como pude comprobar varias veces mientras duró nuestra amistad.

El novio macarra de Lydia tenía un apodo que yo odiaba, el Tiro Loco. Se lo habían puesto los macarras del pueblo donde vivía en homenaje a una serie infantil de dibujos animados en la que el protagonista era un caballo llamado así, Tiro Loco McGraw. Era un caballo blanco que actuaba como un pistolero parlanchín y padecía súbitas crisis de locura, pero no era Caballo Loco, el indio de la pradera, el sioux que le cortó la cabellera al general Custer, el aliado de Toro Sentado, como se cuenta en *Murieron con las botas puestas*, una de las películas favoritas de Regina, nunca entendí por qué. Me obligaba a verla cada vez que la ponían en televisión, quizá porque disfrutaba viendo a los indios medio desnudos montados a caballo y masacrando a tiros a los soldados uniformados del Ejército yanqui. Regina era más perversa de lo que yo creía y le gustaban cosas extrañas que nadie más que ella podía entender. Lo peor es que ella pensaba lo mismo de mí. Lydia no. Lydia en aquella época me veía con buenos ojos. Luego se enfadó, es verdad, en parte por culpa del

Tiro Loco, el macarra que la ponía cachonda a todas horas.

# 20

Lydia me contó una vez que ella y su novio se excitaban mucho con la velocidad. El novio motero descubrió un día que la velocidad lo ponía a cien, nunca mejor dicho. Que cuando pisaba el acelerador al máximo y el motor de su moto se revolucionaba y se encabritaba y llegaba a los ciento veinte kilómetros por hora en trayectos muy cortos, y seguía subiendo, en ese momento, la polla, palabra del Tiro Loco, se le ponía más dura que cuando estaba con Lydia desnuda en la cama. Tenía que ir montado a más de ciento veinte por hora y acelerando, con el motor rugiendo como si fuera a explotar, para que se le pusiera tiesa como un palo. Y tenía que ser en un trayecto muy corto y peligroso, donde existiera el riesgo de chocar con la moto a esa velocidad tan alta contra un coche o una camioneta circulando en la dirección contraria. El apodo era perfecto. El macarra llamado Tiro Loco era un demente y le contó a Lydia su locura, y esta, que no desperdiciaba ninguna oportunidad de disfrutar de nuevos placeres, así era nuestra Lydia, le rogó que la llevara con él en alguno de esos arrebatos motorizados. Más vale no entrar en los detalles mecánicos, pero la experiencia se reducía a esto: Lydia se montaba en la moto, el novio macarra que conducía la moto se empalmaba, y se iban rápido a casa de Lydia a batir la plusmarca de polvos, palabra del Tiro Loco. La vida rara vez es tan perfecta. Por muy macarra que sea tu novio o tu amante, como prefieras, y muy excitada que te pongas tú con la cabalgada veloz en moto.

La moto del Tiro Loco era una Bultaco de *motocross*, de 125 centímetros cúbicos, un modelo motorizado muy de moda aquel verano entre los macarras y los aspirantes al título. Muchos macarras, dentro y fuera de la urbanización, la compraban porque les servía para hacer piruetas y acrobacias en el Hoyo, un

descampado lleno de rampas y terraplenes, contiguo a la urbanización, donde los moteros organizaban carreras de *motocross* todos los fines de semana y donde el novio macarra de Lydia se había labrado su fama de piloto pirado por su falta de miedo a las caídas y las lesiones y su audacia manejando la máquina de baja cilindrada en los saltos al vacío. El Hoyo se desdoblaba las noches de los sábados en lugar de citas y encuentros sexuales, y los moteros que habían triunfado por la mañana o por la tarde en las pistas del circuito improvisado eran recompensados por sus novias, o por sus ligues de una noche, con prácticas especiales. En ese escenario primitivo había comenzado la relación atávica entre Lydia y el Tiro Loco hacía menos de un año, después de una competición local de *motocross* donde él se había clasificado en segundo lugar.

Ahí se fueron los dos aventureros, sin casco, Lydia atrás, abrazada al torso del piloto loco, y el novio macarra delante, conduciendo los cuernos de la moto, en busca de un trayecto lo bastante corto y peligroso como para provocar la erección de caballo del conductor. En poco tiempo se pusieron a cien y a ciento veinte, según me contó Lydia, el Tiro Loco pisaba el acelerador a tope con la puntera de sus botas vaqueras, vio en el contador que llegaban a ciento cuarenta kilómetros por hora, con el motor revolucionado, cuando notó la fuerte presión en la bragueta y se lo dijo a Lydia, quien a su vez estaba empezando a tener un orgasmo, se estaba corriendo y notaba la humedad impregnando las bragas. No pudo aguantar más la curiosidad y quiso agarrar enseguida la bragueta del piloto y comprobar por sí misma el tamaño de la erección del Tiro Loco. Lydia deseaba a toda costa hacer coincidir su placer con el contacto con el rabo duro de su novio macarra. El cambio de postura la desequilibró, y al piloto de paso, y estuvieron a punto de caerse y matarse contra el asfalto a esa velocidad. Bien pensado, a lo mejor habría sido una bonita muerte para los dos amantes, y se habrían evitado el sórdido melodrama de años posteriores y la miseria en que caería su relación cuando ella, la experta Lydia, manos expertas, boca experta, sexo experto, ano experto, se quedaría embarazada

sin quererlo y tendría que casarse a la fuerza con el Tiro Loco. Los padres de Lydia no eran tan benévolos al final, el mal ejemplo cundía en la hermana pequeña, la desgraciada Sonia. De ciertas cosas mejor no hablar. No le importan a nadie, en realidad.

La moto se tambaleaba a un lado y a otro amenazando con desplomarse sobre el asfalto, y el Tiro Loco, demostrando que era un piloto diestro, sostenía con habilidad el manillar mientras con el pie pisaba el pedal de las marchas para forzar la frenada progresiva, sin riesgo de derrapar, hasta que consiguió controlar la desaceleración y mantener la posición erguida. Cuando la moto se detuvo y se bajaron los dos del asiento, a Lydia le temblaban las piernas como si llevara todo el día follando con el novio, así se lo dijo. El Tiro Loco, que había perdido la erección de golpe, se puso antipático y borde y le echó a Lydia una bronca muy desagradable por haberse movido en el sillín de ese modo brusco, le escupió en la cara y estuvo a punto de golpearla. La discusión a gritos, allí en mitad de la carretera, creó un mal rollo entre los dos que por poco les arruina el excitante plan de la tarde. Pasado lo peor, cuando comentaron los detalles de la peligrosa experiencia tomando unas cervezas frías en un barecito cutre del pueblo, y Lydia le dijo al Tiro Loco que se había corrido como nunca justo antes de soltar las manos, este se puso en celo, como un toro, palabra de Lydia. Y se fueron a toda prisa a casa de Lydia, se encerraron en su habitación y se pasaron lo que quedaba de tarde y la noche entera follando como locos en la cama de Lydia y recordando el incidente a cada momento como acicate.

Lo único que Lydia y yo teníamos en común, en el fondo, era la pasión por Queen y por su canción estrella entre las canciones estrella que compusieron y cantaron a lo largo de las décadas, la «Rapsodia Bohemia» que Lydia y yo nos sabíamos de memoria, sin entender del todo las implicaciones de la letra, como si la hubiéramos compuesto nosotras para poder cantarla a voz en grito y expresar nuestros sentimientos más profundos, como si fuera el himno de la vida que no teníamos ahora ni tendríamos nunca. La

cantábamos a dúo, sin necesidad de música, y cuando llegaba la parte de la ópera cómica nos abrazábamos emocionadas al escuchar las palabras que salían de nuestras bocas como un exorcismo contra el mal. Nos excitaba hasta las lágrimas la invocación a Belcebú y al Diablo con que terminaba una de las canciones más perversas y perturbadoras sobre el hecho de ser joven que se hayan compuesto jamás.

Lydia era un personaje que yo no sería capaz de inventar ni tomando esas drogas alucinantes que el Tiro Loco y ella misma compartían algunas noches de sábado, cuando los padres salían con amigos y ellos se sentían más libres que nunca para cometer todo tipo de excesos. A veces invitaban a Sonia, la hermana pequeña, a participar en sus fiestas privadas. Lydia desbordaba todas las categorías con que los demás podrían juzgarla. Todas las categorías convencionales con las que la gente común solía juzgarla. A ella y a su familia. Lydia era única.

Cuatro años después, Lydia y yo no nos hablamos desde hace mucho tiempo ni queremos saber nada la una de la otra ni hay nada que saber sobre nosotras. Las razones son complejas, como mi relato «Rapsodia Bohemia», por eso lo destruí en la primavera del 81, para olvidar la verdad de mi extraña relación con Lydia. Encendí una hoguera en una parcela desierta y quemé en ella un montón de papeles que delataban quién era yo en realidad. Entre esos papeles garabateados iban confundidas las diez páginas escritas a mano con pulso firme sobre mi intensa relación con Lydia. Para mí, con todo, la «Rapsodia Bohemia» de Queen, cada vez que la escuche, será siempre la Rapsodia de Lydia. Nadie, sin embargo, conocerá nunca la verdad de Lydia. Es el secreto mejor guardado de la urbanización de aquella época, como lo que pasó entre Lydia y yo, que nadie más que nosotras conoce, e incluso sobre eso no nos pondríamos de acuerdo, estoy segura, por mucho que lo intentáramos. La única verdad sobre Lydia es que no nos la merecíamos, ni yo ni el macarra de su novio motero y futuro marido ni los niños de la urbanización El Atabal que babeaban como monos pajilleros cada vez que la veían

exhibiéndose en bikini en la piscina de la comunidad. No nos merecíamos a Lydia, por supuesto. Y yo menos que nadie.

## 21

Mi historia con Lydia me recuerda que en el verano del 76 los niños de la urbanización torturaban a las niñas con su afición al *rock* sinfónico, que era una música estridente escapada directamente de los sótanos del infierno para aterrorizar a los oídos delicados y las sensibilidades más refinadas. No era *rock* duro, odiosa forma de expresión de la masculinidad más desaforada y brutal, pero tenía el peligro añadido de que, si la escuchabas con frecuencia, esa música tan alucinógena como los hongos que consumían sus líderes para componer sus letras delirantes y sus melodías adictivas podía acabar gustándote, y eso para la mayoría de las niñas era un crimen cultural y una traición sexual.

Un crimen que yo cometí, a mi pesar, sin saber entonces que era considerado un pecado mortal contra la feminidad. A las niñas solían gustarles Cat Stevens, Neil Diamond y Paul McCartney, el ex de los Beatles, y nadie se lo reprochaba, aunque las letras de sus canciones resultaban bastante anodinas para mi gusto, no se las podía culpar de ofender a las mujeres. La voz del gato Stevens era tan seductora que casi nadie se fijaba en aquel tiempo en el contenido dudoso de sus canciones más celebradas. Pero los niños de las pandillas de la urbanización estaban obsesionados con bandas como Yes, Génesis, Camel, Deep Purple, Pink Floyd, King Crimson, Jethro Tull, Led Zeppelin, Van der Graaf Generator, por citar algunas de las que más escuchaban a todas horas, rompiendo la armonía y el silencio de las habitaciones y las casas de sus padres, donde esos conciertos en diferido encontraban un último refugio doméstico para sus desafueros hormonales.

Mi amigo Javi, el turista existencial, traía cada verano nuevos

discos para todos desde Inglaterra, adonde iba a pasar una parte de las vacaciones, nunca más de un mes, y a su regreso se organizaban audiciones colectivas en su casa o en la de Hugo, alternando solo en función de la presencia o ausencia de los padres. Sesiones con horario programado para descubrir las novedades de grupos como Génesis, Led Zeppelin o Pink Floyd, que eran los más admirados, y en las que no se bebía una gota de alcohol ni se fumaba siquiera tabaco. No hacía falta. Aquellas melodías sin adulterar Irrigaban los oídos endurecidos de los niños de la pandilla de Padang y de otras pandillas similares de la urbanización y alrededores. Aquellos fanáticos adolescentes se encerraban durante horas a rendir tributo a sus dioses e ídolos del *rock*, Peter Gabriel, Roger Waters, Jon Anderson, Peter Sinfield, Robert Plant, Andrew Latimer o Ian Gillan, sin probar nada que pudiera distraerlos de las sensaciones puras de la música psicodélica o progresiva, como también se la etiquetaba en los medios especializados. Y se entregaban como creyentes al culto ferviente de las letras herméticas y la música delirante de álbumes revolucionarios como *Nursery Cryme, Foxtrot, The Dark Side of the Moon, Aqualung, Deep Purple in Rock, The Lamb Lies Down on Broadway, Wish You Were Here, Mirage, Houses of the Holy, Animáis, In the Court of the Crimson King, Close to the Edge*. Había que verlos discutiendo durante horas sobre las imágenes visionarias y el diseño de las portadas de los álbumes, o sobre los misterios teologales de canciones obsesivas como «Supper's Ready» para comprender el daño que hacía la religión del *rock* progresivo, con sus acertijos absurdos y sus jeroglíficos para lactantes de una galaxia remota, a los cerebros más brillantes de aquella generación, que no lo eran mucho, sinceramente, viéndolo desde la distancia del tiempo transcurrido.

Menos mal que a Javi, un chico ecléctico en todo, le gustaban Supertramp y Queen sobre todos los otros grupos, y fue él quien me descubrió a esta banda de extravagante puesta en escena en noviembre de 1975, recién aparecido su disco más famoso, y a su líder carismático, el gran Freddie Mercury, y yo enseguida le

transmití de manera instintiva esa pasión musical a Lydia, quizá para ganarme pronto su amistad, aunque ella lo negaba siempre, acusándome de falsear la realidad y apropiarme con descaro de sus gustos personales. A menudo los niños de las pandillas se compadecían de mi aislamiento en el entorno y me invitaban a participar de sus orgías sinfónicas, y yo acudía como una intrusa dispuesta a fingir que me interesaba ese tipo de música impenetrable, solo para poder disfrutar de otras sesiones de vinilo y treinta y tres revoluciones por minuto en las que el rey de reyes de la fiesta en el tocadiscos no era ninguno de estos cantamañanas de la música rocosa sino la Reina madre del escenario. Así descubrí los inolvidables álbumes *Una noche en la ópera* y *Un día en las carreras*, experiencias centrales en la formación de mi sensibilidad y piezas clave de mi educación sentimental. La batalla por la sensibilidad de las mujeres se libra en la juventud, digan lo que digan las madrastras y las comadres de corazón de piedra. Dios me quiere tener de su parte desde el principio, aunque le cueste reconocerlo.

## 22

Fue en el curso de estas intensas sesiones musicales cuando conocí a Artola, como lo llamaba todo el mundo, por su apellido convertido en contraseña secreta. Era un chico mayor que nosotros, de pelo rubio pajizo y con cara de duende travieso, de mente inquieta y actitud nerviosa, que pasaba por ser un gran experto en música y un batería consumado, y así había logrado abrirse camino en la urbanización, ganándose la admiración de algunos niños y entrando en sus casas a participar de las audiciones, en las que emitía siempre juicios muy negativos sobre la música de Queen y de Génesis. Para Artola, árbitro severo del gusto musical, solo Pink Floyd, King Crimson y Deep Purple mantenían la antorcha de la música moderna que había nacido de la banda sesentera del

Sargento Pimienta y sus corazones solitarios. Artola se creía la encarnación del sargento Sal y Pimienta y nos tomaba a nosotros, los pandilleros de El Atabal, por los corazones solitarios de la portada del disco, esa multitud de iconos culturales de la generación de nuestros padres que no representaban nada de lo que nos importaba de verdad en la vida.

La leyenda local le atribuía la hazaña de haber participado en un *casting* como posible batería del grupo emergente Tabletom, del que Artola presumía de conocer todos sus secretos, aunque nunca nos contara nada sobre los estrafalarios líderes de la banda barriobajera que no fuera conocido y despreciado de antemano por todos nosotros, y no logró superar las exigentes pruebas para ingresar en ella como era su deseo. La carrera de Artola como batería de grupos se interrumpió ahí, al parecer, pero él seguía haciendo creer a los más pequeños e ingenuos de la zona que no tardaría en tener una segunda oportunidad que le haría justicia. Esto lo conocíamos a medias en la época en que más lo tratamos, por culpa de Picky en especial, que también aspiraba a ser un batería importante, convencido de que era el puesto en un grupo musical que más atraía a las chicas, y no la guitarra, como solían pensar muchos advenedizos, pese a las dificultades objetivas de desmontar el instrumento al acabar el concierto, como habían contado otros baterías decepcionados con su éxito sexual más bien modesto.

Artola venía a escuchar los discos con nosotros y nos hablaba con profusión de sus gustos singulares y de los grupos locales con los que trataba, y un día, de buenas a primeras, se le ocurrió responder a la hospitalidad de Javi y de Hugo invitándonos a su casa para escucharlo tocar la batería en directo. Vivía con sus padres y hermanos en una inmensa granja avícola de aspecto bastante destartalado, situada en las inmediaciones de la Colonia de Santa Inés. Me acuerdo aún de cuando Artola, para impresionarme y atraer mi atención, me contó sin venir a cuento que sus padres estaban planeando reconvertir esa sucia granja de gallinas y huevos en criadero de avestruces. Imagino que Artola, en sus fantasías,

creía que yo era la novia inconformista de alguno de los niñatos pijos de la urbanización que se pirraban por el *rock* sinfónico para distinguirse del gusto de otros pijos, y creía que un tipo como él, batería profesional de *rock* duro y mayor de edad, podía interesarme más como ligue temporal. La batería la tenía instalada en su cuarto, una habitación enorme en la que cabíamos dispersos los quince miembros de la pandilla de Padang sin estorbarnos, a pesar de que la chimenea de uno de los hornos de la granja, que nunca averigüé para lo que servía, devoraba la mitad del espacio disponible. Artola ponía el disco que le indicábamos y, cuando llegaba el momento, se integraba en las canciones ocupando el lugar acústico del batería. Su ocasión favorita, y la nuestra, su actuación climática con las baquetas, los bombos y los platillos, en la que alcanzaba el orgasmo golpeando la batería como un poseso, con una energía y una violencia inauditas, y nos dejaba boquiabiertos cada vez, era la canción «Child in Time» de Deep Purple. En eso mismo nos convertíamos todos escuchando a Artola cuando tocaba la batería con esa fuerza vengativa extraída del fondo ancestral de su árbol genealógico de comedores de pollos asados y huevos fritos. Niños embobados que se olvidaban del tiempo que pasaba viendo cómo Artola acometía el magnífico solo de batería de esa canción mítica acompasándose al resto de instrumentos del grupo. Niños perdidos en el tiempo, eso éramos sin ninguna duda, y a menudo niños y niñas perdiendo el tiempo a todas horas en la peor compañía imaginable para nuestros padres.

Recuerdo por qué corté mis relaciones con Artola, y no fue solo porque se estaba poniendo pesado, me acosaba sin descanso y un día se propasó queriendo enrollarse conmigo delante de los otros miembros de la pandilla y obligando a estos a reconocer, avergonzados, que ninguno de ellos tenía los huevos que había que tener para ser mi novio. A León nadie se atrevía a considerarlo así, por lo que los niños de la pandilla de Padang guardaron silencio discretamente y toleraron las bravuconadas de Artola sin rechistar. Ya dije que Artola estaba empeñado en impresionarme con sus

palabras y sus actos, y a veces para lograr su objetivo emitía opiniones cada vez más disparatadas y desafortunadas, o desbarraba contándonos mentiras, inventando historias inverosímiles sobre sus relaciones con el mundillo rockero local y sosteniendo opiniones polémicas sobre cualquier tema. Lo único que nos gustaba de Artola era su poder y destreza como batería y él, sin embargo, quería hacer valer sus otros méritos ante nosotros con una desesperación que acabó siendo contraproducente. Varias veces intentó meterme mano sin éxito, a pesar de mi resistencia, pero no fue esa la razón concreta por la que nunca más volví con la pandilla a verlo tocar la batería en la granja de sus padres. Para hacerse el superior, exhibía a menudo una inteligencia insolente con la que buscaba escandalizarnos, tomándonos por niños mimados entre pañales de algodón perfumado y desprovistos del profundo conocimiento de la vida que Artola creía tener frente a nosotros solo por la mayoría de edad y la posición social.

Un día se atrevió a sacar en mi presencia, sin justificación alguna, el tema del Holocausto judío. Faltaban menos de dos años para que se emitiera en la tele la serie americana *Holocausto*, que cambiaría muchas cosas en la opinión popular sobre el espinoso tema, y Artola pretendió rebatir la versión oficial citando las cifras de muertos en campos de concentración proporcionadas por la ONU. En lugar de la sospechosa cifra de seis millones de muertos que declaraba el criminal Estado de Israel para sacar beneficio, en su opinión, la ONU reducía el número de víctimas a tan solo medio millón. Me pareció intolerable, en aquel instante, que una mera cuestión de números le sirviera para exculpar a los nazis de sus atrocidades. Que Artola pensara que la controversia sobre las cifras de muertos era más trascendente que el hecho en sí de la existencia de los campos de concentración me obligó a decirle lo que pensaba, resumiéndolo en una expresión que me gustaba mucho por entonces y la usaba cada vez que la situación lo requería: eso es una estupidez, le dije, y lo sabes. Y me quedé tan ancha viendo la cara de incredulidad de mis amigos, desinteresados de las

cuestiones políticas e históricas que no les afectaran directamente, y la violenta reacción de rechazo de Artola, un nazi que se ocultaba, como diría Carlos, bajo la apariencia de un batería fracasado. Y sin esperar a que su enfado lo expresara a golpes, tomando las partes de mi cuerpo por los bombos y platillos de una batería imaginaria, me levanté de un salto y me marché sola de la granja avícola, de regreso a mi casa, y nunca permití que nadie más me hablara de Artola y sus prodigiosos golpes de efecto. Artola, el baterista doblador que nos tomaba el pelo con sus invenciones e infundios sobre grupos y bandas que se disputaban su enorme talento y que se creía libre, en sus dominios y ante una audiencia sumisa, de revisar a su antojo los crímenes de la historia. Desde ese día concreto, el *rock* sinfónico se convirtió para mí, definitivamente, en mierda enlatada al vacío. Caca de luxe para paladares selectos. El idiota de Artola, con sus excesos, tuvo toda la culpa de esto y nunca se lo perdonaré.

## 23

A comienzos del invierno del 77 todavía me gustaba ir a pasear por el cauce seco del arroyo de Teatinos, en la parte alta, al otro lado de las instalaciones del colegio Los Olivos, donde estudiaban muchos amigos y conocidos, León entre ellos. Había descubierto la zona en alguna excursión con los niños de la pandilla de Padang, pero me encantaba ir sola a recorrer ese paisaje de tierra y de piedras del que el curso del agua había desaparecido hacía mucho tiempo. También iba con la intención de hacer descubrimientos. Allí vi un día, encaramado a una roca, mi primer escorpión, con la cola erguida a punto para picar a su víctima, y allí gozaba de la compañía de la pita, una planta de hojas punzantes y carnosas por la que sentía una atracción inexplicable y cuyo tronco me fascinaba, alzándose desde el cogollo verde hacia el cielo cargado de ramilletes

de flores amarillas, sin imaginar que era una criatura exótica en el paisaje pedregoso. Aún no sabía tampoco que la función sexual de esas flores vistosas era inseminar la tierra con semillas brotadas de sus entrañas aterciopeladas para que surgieran otras pitas en el entorno, y que una vez cerrado el ciclo reproductor el tallo erguido que las sostenía en el aire se desecaba y moría junto con la planta para dar paso a las nuevas generaciones de pitas, que repetirían el proceso una y otra vez.

El riachuelo, que era lo que parecía por el ancho de su cauce, más que un arroyo exiguo, se había secado hacía años, y la zona por la que me gustaba pasear era la que quedaba más cerca de la urbanización. Era más solitaria, pero se alejaba de la carretera principal, al revés que la parte baja del cauce, más amplia aún, donde las canalizaciones y las carreteras impedían la soledad que me parecía imprescindible para lograr el estado de ánimo que buscaba durante mis paseos vespertinos. En la zona del valle, por la que paseaba a menudo, como digo, el trazado del riachuelo contenía rocas de todos los tamaños, piedras y cantos rodados, la arena del fondo y huesos de animales que no podía identificar y que habían muerto hacía tiempo o habían sido devorados allí, dejando solo sus restos a la vista. Alguna vez, paseando por ese cauce milenario, descubrí para mi sorpresa conchas marinas, en mejor o en peor estado de conservación, mezcladas con los guijarros y la arena gris, revelando que hubo un tiempo en que el mar cubría con sus aguas estas tierras ásperas y estas montañas pedregosas. A ambos lados del riachuelo seco se formaban paredes altas y erosionadas, barrancos que flanqueaban el cauce y le daban un aspecto más encajonado. Imaginaba que en la prehistoria habría sido un paraje fértil al que acudían numerosos animales de todas las especies a abrevar y donde se darían caza unos a otros sin piedad, como había visto tantas veces en el cine y en los manuales de historia natural. No lograba imaginar, en cambio, qué criaturas poblaban sus aguas cuando estas corrían con ímpetu valle abajo. Había cuevas excavadas en la roca de los barrancos en las dos riberas. Cuevas

más o menos profundas, algunas eran un simple techo sobre la cabeza para protegerse de la lluvia, en las que habitarían antepasados prehistóricos del ser humano como el eslabón perdido, ese ancestro enigmático que me obsesionaba desde que leí un libro sobre él años atrás. En algún período de la remota prehistoria, estas cuevas situadas en el entorno del riachuelo de agua abundante estarían habitadas por homínidos desconocidos, cromañones o neandertales, o por ambas razas cavernícolas mezcladas, que no dejaron, sin embargo, ningún rastro de su existencia en las paredes de las cuevas a lo largo de tantos siglos, ningún rastro de su presencia en un paraje tan cargado de signos naturales extraños, en tiempos en que Dios no existía todavía.

En esas cuevas, en cada uno de mis paseos por el cauce del riachuelo, descubría indicios de lo que denominaba la dimensión fecal de la vida. Un nivel de la vida en el que predomina el excremento y la atracción por el excremento. La primera vez que entré en una de esas cuevas, seducida por el frescor y la sombra de su interior, descubrí otra realidad agazapada tras esa apariencia bucólica. Pude oler y ver las cagadas depuestas junto a las hojas de periódico manchadas de mierda con que algún visitante se había limpiado el culo. Flores fétidas, como las que los perros siembran a todo lo largo y ancho del jardín florido de la casa de mi padre, y que tenemos que recoger a diario para que su hedor no impregne el aire perfumado del jardín. Fue una sensación desagradable al principio, me chocó y sentí ganas de vomitar allí mismo, y luego el impulso de salir corriendo. Pero también sentí, al permanecer allí, que era una sensación muy poderosa. Las paredes desnudas de la cueva, la humedad del ambiente, la sombra grata, la textura rugosa de la roca, todo eso no existía para albergar al fondo esa cantidad de excrementos humanos que, como comprobaría con el paso del tiempo, iban secándose y perdiendo vitalidad y frescura para dar paso a renovadas muestras del trabajo de los intestinos. La asociación con el papel de periódico, con la escritura periodística, con la información escrita, añadía aún más perversidad a mis

sentimientos. Como si los dos extremos de la vida humana, la cultura y la barbarie, se tocaran y relacionaran en el momento de urgencia en que un hombre, siempre era un hombre, llevado por una necesidad orgánica imperiosa, liberaba sus intestinos con la violencia que conocemos, en medio del campo, acogido a la privacidad de una cueva, sin otro recurso civilizado al alcance de la mano para limpiarse que unas cuantas hojas de un periódico que a lo mejor ni siquiera se había molestado en leer.

## 24

Así fue como entendí la fascinación por las nalgas y el culo que sienten muchos hombres, como le pasa a Carlos, el día inolvidable en que sorprendí a dos hombres copulando en una de las cuevas más profundas. Estaba paseando río abajo por el cauce seco y tomando el sol a ratos, tendiéndome en la hierba amarilla de la orilla para dejar que el calor y los rayos de la luz solar reavivaran la vitalidad de mi cuerpo, disfrutando del ruido de la gravilla bajo mis pies, ese chasquido de sequedad que añadía una nota de aspereza al silencio del paraje, cuando escuché un ruido distinto procedente de una cueva situada a mi derecha. No me asusté. Quería sorprender al animal que estuviera allí y ver su reacción ante mi presencia. Apostaba a que podría ser una zorra de cola pelirroja de las que me traían suerte cada vez que me las cruzaba, como un fulgor en la espesura, durante mis paseos por el monte. Pero también supuse que podía ser un hombre defecando y que sería divertido aparecer al final, cuando una piedra cercana o una hoja de papel rematan la tarea humillante. Lo que no me esperaba era descubrir a dos hombres acoplados, uno mayor y el otro más joven, con los pantalones bajados, las camisas quitadas y sudando como fogoneros.

El hombre más joven estaba apoyado contra una pared lateral,

con las piernas abiertas y el culo inclinado hacia atrás para recibir el empuje del otro, con las manos puestas sobre la roca por encima de la cabeza, que estaba agachada, mientras el hombre mayor lo agarraba por la cintura con las manos para meterle el pene rítmicamente por entre las nalgas, penetrando en el orificio del ano. De tanto en tanto, detenía sus movimientos para alargar más tiempo el acto o para estimularse, y entonces se inclinaba para besar el cuello del hombre más joven, que volvía la cabeza y también le ofrecía la boca para que la besara, y luego el hombre mayor, sin cambiar de posición, acariciaba con una de sus manos la cosa del amigo, que estaba tiesa y gorda, aunque en la distancia me parecía más pequeña que la del otro. Al cabo de un momento, el hombre mayor reanudaba con lentitud su actividad, penetrando a fondo en la cavidad del otro, y regresando así a la postura inicial en que los descubrí al entrar en la cueva, meciéndose con suavidad sobre la parte trasera del cuerpo para poder entrar todo lo posible en el intestino de su compañero.

Yo estaba paralizada mirándolos sin poder apartar la vista de sus cuerpos y sus acciones. Sudaban sin parar y en la cueva olía fuertemente a excrementos. Los había por todo el suelo, rodeados de hojas de periódico que ya nadie leería. No sería necesario. Me sentía perturbada de un modo muy intenso e íntimo, como una implosión en todo el cuerpo, pero no era una excitación sexual como yo la conocía. Era algo mucho más turbio. Un sentimiento antropológico que no afectaba a mi sexo, pero sí a mi cabeza. Estaba chocada por la escena. Había visto en fotos de revistas, porque Regina y otras amigas me las habían enseñado, a hombres haciéndolo con mujeres, y también había visto lo que hacen los perros entre sí. Había visto a Dragón y a Sultán metidos en faena persiguiendo a perras durante el período de celo y penetrándolas como salvajes con sus penes rosados. Pero esto me parecía totalmente distinto. Nunca había imaginado nada igual. Ahí residía su encanto, su fascinación, lo que me mantenía allí firme, mirando sin poder apartar los ojos. El encanto y la fascinación de este acto,

pensé, para estos hombres. Este acto no se parece en absoluto a lo que les hacen a sus mujeres, si las tienen. Sé que suena ingenuo, yo era una niña entonces, sin demasiada experiencia, y eso era lo que sentía y pensaba, tragando saliva espesa sin parar, mientras intentaba explicarme la atracción que yo a mi vez sentía mirando a esos dos hombres hacer algo para mí inimaginable. El hombre mayor comenzó entonces a gemir más fuerte y a acelerar sus movimientos de pelvis sobre las nalgas del otro, llegando muy adentro de su cuerpo, y este agachó aún más la cabeza y también gimió o se quejó con una voz gutural y cavernosa que me sobrecogió, como si estuviera alcanzando en los intestinos alguna clase de revelación o de conocimiento oscuro sobre el cuerpo, sobre el deseo, sobre la vida o sobre su amante, en comunión total con sus órganos internos. El hombre mayor le estaba proporcionando al hombre más joven la posibilidad de una experiencia entrañable que lo ponía en comunicación con los aspectos más violentos y desgarradores de la existencia.

Al mismo tiempo, era un acto de una ternura inaudita, como cuando el hombre mayor volvía a detener su actividad para acariciar la espalda musculosa del colega más joven, deslizando las grandes manos por toda la superficie, desde la cintura hasta los hombros, abrazando los costados con fuerza y apretando los dedos sobre la carne, como si estuviera admirando la conformación dorsal del otro, antes de reanudar la oscilación de la pelvis sobre sus nalgas. Qué diablo perverso había concebido esa tentación que consistía en perforar el misterio de un orificio encerrado entre dos almohadones de carne. Recuerdo que, en aquel momento de turbación, me levanté la falda plisada del uniforme del colegio y metí la mano derecha bajo la braguita para tocar el mío y comprobar que seguía ahí, como la última vez que lo usé, y vaya si lo estaba, palpitante, en la punta sensible de mi dedo anular, el dedo de las casadas y los casados. Aún me estaba iniciando en el amor propio, pero ya los dedos de mi mano derecha empezaban a especializarse por entonces: el índice y el pulgar, según los casos, para el clítoris, el

índice y el corazón, igual, para la vagina, y el anular siempre para el ano. El dedo meñique apenas aportaba caricias suplementarias y se mantenía atrofiado en esas ocasiones. Esa técnica deliciosa la entrené algunos años solo en mi cuerpo antes de aplicarla al cuerpo de mis amantes. Darme placer es darme a conocer. La batalla por la inteligencia de las mujeres se libra en el cuerpo de las mujeres. Dios no quiere que goce. Dios me quiere solo para él.

Cuando el hombre mayor eyaculó en el ano del hombre más joven, había visto a León hacerlo varias veces y sabía cómo ocurría, sin extraer su cosa del cuerpo del amante, empezaron a besarse de nuevo con avidez y agradecimiento por el placer dado y recibido, y así estuvieron besándose y mordiéndose los labios, disfrutando de sus bocas como antes del pene y el culo, hasta que el hombre más joven abrió los ojos por algún motivo inexplicable y me vio allí plantada, inmóvil, observando cada gesto de los hombres con extrema atención, y le dijo a su amante:

—Tenemos compañía, Pepe.

El hombre mayor se volvió hacia mí y los dos me miraron con una mezcla de curiosidad y diversión, con caras donde se leía la expresión del deseo satisfecho como en las páginas de un libro escrito mucho antes de que existieran los libros y los signos con que escribirlos.

—Mira quién está ahí.

Y el hombre joven me preguntó:

—¿Te ha gustado, niña?

Recuerdo que salí corriendo asustada, temiendo que me atraparan y quisieran obligarme a hacer cosas que no quería ni imaginar. Me temblaban las piernas y estuve a punto de resbalar y caerme al suelo mientras huía. Estaba convencida de que me perseguían, aunque no oía nada detrás de mí. Me costaba caminar y mi paso era más lento de lo que me habría convenido. Cuando salí de la cueva me detuve en el centro del cauce seco, donde tendría ventaja para empezar a correr si venían en mi busca. Me volví para ver si salían ellos también por la boca de la cueva, un orificio sin

historia excavado con paciencia por el tiempo en las duras entrañas de aquella roca, y comprobé con alivio que no había nadie y que no había nada que temer. Imaginé que los dos hombres tenían cosas mucho más interesantes a qué dedicarse que a la persecución de una adolescente desgraciada. Ya me estaba recuperando y podía pensar en volver a casa sin miedo.

Al pasar, dando un rodeo, por la zona trasera del colegio Los Olivos, al que iba León como tantos otros niños de la urbanización, pensé que los dos hombres, a los que había sorprendido en una actividad campestre inconfesable, tal vez fuesen curas del colegio. Un sacerdote y un novicio practicando las verdades teologales de la fe cristiana en una cueva prehistórica era una ocurrencia demasiado potente como para malgastarla en chistes fáciles. El patriarca san Agustín no me lo perdonaría nunca. La escatología y la teología, la ciencia de las cosas últimas y la ciencia del ser superior y único, entrando en contacto incendiario a través del cuerpo de estos sacerdotes transgresores de cualquier doctrina aprobada por sus superiores. Tiempo después, una novia suya, de la que todavía no puedo hablar demasiado, me contaría que León había tenido relaciones íntimas durante cierto tiempo con uno de estos frailes agustinos, y que se encontraban en la habitación de la residencia de este para hacer porquerías como meterse palitos por el culo y masturbarse mutuamente. Nada que ver con lo que estaban haciendo estos hombres en la cueva. Estos se tomaban muy en serio sus actos, no jugaban como niños malcriados. Las ropas que vi no me permitían creer que fueran hombres religiosos. Más me parecían prendas propias de albañiles o pintores que trabajaban en alguna casa de la urbanización y se tomaban un descanso en los idílicos alrededores. Como era la hora mágica de la siesta, esa hora en que la digestión domina con sus necesidades fisiológicas nuestras actividades y nos vuelve perezosos y sensuales, imaginé a esos dos hombres buscando, después de trabajar toda la mañana en alguna casa de los alrededores, un bonito lugar en el que comer la comida que sus mujeres les habían preparado ese mismo día temprano,

antes de salir, y poniéndose repentinamente los dos a cagar juntos al fondo de la cueva, experimentando las primeras punzadas de un deseo atávico en el cuerpo y, mientras se limpiaban los culos sucios con hojas de periódico, echándose miradas de complicidad, medio en broma medio en serio, sentir las ganas de repente, por qué no, e iniciar de inmediato las primeras caricias, dejándose llevar por la misteriosa pulsión de llegar al fondo de las cosas de la realidad por una vía menos racional. Una ruta más obtusa.

Imagino entonces, mientras recreo la escena en mi cabeza por enésima vez, un esfínter gigantesco escupiendo sobre el mundo todo lo que lo convierte en un lugar inhabitable. Los curas, los policías, los médicos, los notarios, los profesores, los jueces, los frailes, las monjas, los abogados, los funcionarios y todos los demonios del poder. Cuando entro en casa voy sonriendo, no puedo reprimirme, y mi madre cree, al saludarme, que es por verla contenta y cantando, como hace a menudo, por estar de vuelta un día más, a salvo en el hogar familiar. Y no, no es por eso, mamá, que no te enteras de nada y así te va. Sonrío sin vergüenza porque me imagino lo que ha pasado en la cueva después de mi partida. He visto al hombre joven y vigoroso haciéndole al hombre mayor lo mismo que su colega le había hecho antes. Solo que ahora había un aliciente nuevo en la escena. Un estímulo sexual, un afrodisíaco tan potente como la mirada de una niña inocente, eso les gustaría, posándose sobre sus cuerpos desnudos y musculosos. Y me río ahora también, mientras lo escribo, al recordar los detalles más escabrosos. Me tiemblan las manos.

## 25

Llevo varios días dándole vueltas a la diferencia entre fantasía e imaginación. Fue Regina quien me habló de ella por primera vez, cuando leyó algunas de mis historias, la había visto mencionada en

un libro de su padre, que era profesor, y yo no le hice demasiado caso. Pero me han pasado en los últimos tiempos algunas cosas extrañas que aún no sé explicarme muy bien y que me obligan a pensar en ese concepto como única respuesta. Es el signo de este extraño período de mi vida. No son las películas ni las series de televisión las que me causan esa confusión. Es algo peor. Es la vida a mi alrededor la que se confabula para hacerme ver o vivir cosas que preferiría no conocer.

Se lo conté a Alicia, la psiquiatra a la que mamá me llevaba una vez a la semana, y me dijo que tenía un problema de identidad grave. Un problema psíquico. Que cuando uno no sabe distinguir la realidad y la fantasía es porque no está a gusto en su cuerpo o en su vida y desea cambios, cambios profundos. Le dije que no era eso lo que yo sentía, y que la imaginación era para mí el instrumento idóneo para escapar de todo lo que no me gustaba en la realidad. La fantasía la veía como algo impuesto desde fuera. Una obligación de ver las cosas de un cierto modo o desde un cierto ángulo, pero que nunca respondía a mis deseos más íntimos. Ese es el problema, me dijo, al confundir una y otra crees que una es buena y la otra mala, cuando no es así. Ninguna de las dos es buena. La realidad sí lo es. Buena y necesaria.

La psiquiatra Alicia era una mujer joven y de buena apariencia, bien vestida, bien perfumada, encantadora, dirían algunos hombres que conozco. Yo en cambio me empeñaba en verla como una bruja repulsiva. Un ser repugnante. Un monstruo que solo quería atormentarme haciéndome creer que 70 era un error como persona, que todo lo que había en mi cabeza estaba mal colocado y que había que reorganizarlo conforme a las categorías que ella consideraba adecuadas. Así de simple. Nuestras sesiones semanales se parecían a una lucha de cerebros en la que ella solo quería que me rindiera a sus instrucciones y yo me resistía oponiendo mis sentimientos de inmadurez e inferioridad y mis ideas propias. Tenía la sensación creciente de que mi cabeza generaba esas fantasías para confundirla aún más sobre quién era yo. Del mismo modo que

mis deseos eran, en su interpretación, imaginarios. Imaginaciones tuyas, decía. Yo entiendo que ella hacía su trabajo y yo era su paciente, pero había algo muy extraño en el modo impersonal en que Alicia me trataba. Como si en vez de corregir mis defectos quisiera deshacerse hasta de mis virtudes. Si hubiera podido, la psiquiatra Alicia me habría abierto el cráneo a martillazos y me habría hurgado con un bisturí en el cerebro hasta dar con la causa de mis trastornos y arrancarla de cuajo con unas pinzas. Regina estaba convencida de que debía abandonar ese tratamiento lo antes posible, que era perjudicial para mi salud mental, pero mis padres pensaban lo contrario.

Alicia tiene la consulta en un chalet de la zona del Hospital Carlos Haya, donde creo que trabaja por las mañanas. Es guapa de una manera que no me gusta, pero no puedo negar que lo es, ya se lo he dicho a ella y lo ha anotado en su cuaderno de notas, como hace con muchos comentarios que suelto sin pensar demasiado, como si fuera un dato relevante en su investigación sobre la evolución de mis procesos mentales. Lleva el pelo negro recogido en un moño que parece un nido de arañas, viste bien sin ser elegante, y me temo que le gustan las mujeres, aunque no lo reconozca, como tantas, y esté casada con un compañero de profesión menos valioso que ella con el que aún no ha sido capaz de tener hijos. Es agradable en el trato, eso no se puede negar, pero lo paso mal hablando con ella. Sabe meter los dedos donde duele, hasta el fondo, y luego los saca de la herida y se los huele sin parar, a ver si averigua algo nuevo sobre mí. Así de exigente es su trabajo. Toma notas en su cuaderno todo el tiempo, para que no se le escape ningún detalle, y a veces levanta la cabeza y se me queda mirando, mientras le hablo, como si no me viera o fuera transparente para ella. Pienso, por sus consejos y sus opiniones, que la psiquiatra Alicia es una alienígena a la que han enviado al planeta Tierra desde el espacio exterior con la misión de conocernos y controlarnos. Es fría y lógica y no comprende nada de lo que hacemos los humanos para matar el tiempo o darle sentido. Mi madre, sin embargo, ha sido abducida por los

extraterrestres y dice que Alicia es un encanto como mujer y tiene mucha sensibilidad. A saber lo que mamá entiende por sensibilidad. Conociendo a la mujer de mi padre me temo lo peor.

La fantasía y la imaginación son la clave de cómo veo la vida, es indudable, más la segunda que la primera, como he dicho. Son las dos tenazas con las que mi mente se tortura a sí misma por no poder aceptar la realidad tal como es, como el Demiurgo y el Diablo disputándose el alma del mundo. La psiquiatra, como buena inquisidora, solo quería que aceptara la realidad del mundo de una vez y me dejara de regresiones infantiles, como llamaba a mis fantasías y a mi imaginación desbocada, con las que, según ella, malinterpretaba el mundo y su hermoso contenido. Todo eso no era más que el producto de un error que la ciencia podría corregir para imponer una verdad compartida por todos, me decía, y no una mentira en la que me iría encerrando y aislando de los demás hasta el día en que no podría comunicarme ni convivir con nadie.

No he mentido tanto, en toda mi vida, como en las intensas sesiones con aquella mujer. La psiquiatra Alicia, con la presión verbal que ejercía sobre mi mente adolescente, me ayudó a dar a luz a la fabuladora que dormía dentro de mí. Con Alicia se fomentó mi tendencia innata a fingir y a tergiversar. Nunca le estaré lo bastante agradecida.

## 26

Hubo un momento, no recuerdo si fue en la primavera del 77, o a comienzos del verano, en plena crisis del petróleo, y se extendió al menos hasta principios de la década siguiente, cuando la urbanización El Atabal se llenó de motocicletas y ciclomotores. Todo el mundo tenía una o dos motos aparcadas a la entrada de su casa a disposición de quien quisiera utilizarlas y fuera lo bastante joven como para no temer las consecuencias de su uso inmoderado. Las

calles rugían a todas horas con el ruido de los motores de 50 centímetros cúbicos, que vibraban como si fueran el motor de la vida adolescente en que nos consumíamos con la esperanza de que nunca terminara y con el temor de que la vida nos convirtiera, tarde o temprano, en representantes de lo que más odiábamos: el estado adulto. El asfalto de las calles se transformaba en una alfombra deslizante en la que las motos rondaban en todas direcciones, sin ningún propósito, conducidas en muchos casos por chicas de la urbanización y a veces por visitantes interesadas. Así conocí a Lydia, por ejemplo, cuando ella se consideraba una pionera al volante de su moto en los dominios de la urbanización.

Era muy entretenido esperar, desde dentro de casa, el momento idóneo en que alguna de ellas, al girar en la gran curva que culminaba la larga cuesta de calle Java, se cruzaba arriesgadamente con las que iban en dirección contraria, bajando a mucha velocidad la otra cuesta que quedaba enfrente de mi casa, ayudadas por la fuerte pendiente y llevadas por la locura del descenso. Yo las acechaba, antes de tener mi propia moto, a finales del verano del 79, y enfrentarme a los mismos desafíos que ellas, para ver ese extraño encuentro que podía acabar en colisión o en caída como una oportunidad también de hacer nuevas amigas motorizadas. A veces estaban a punto de chocar unas contra otras, de estampar la moto que bajaba contra la moto que subía, movidas por impulsos antagónicos, el descenso unas, el ascenso otras, pero se detenían a tiempo para que no sucediera nada grave.

Y entonces yo contemplaba con placer cómo se bajaban de las motos, estirando las piernas en el aire, primero la derecha y luego la izquierda, o al revés, conforme a la tendencia de cada una. Anclaban la moto al suelo con la varilla que sus pies calzados manipulaban con habilidad y la dejaban inclinarse de lado sin miedo a que se cayera, antes de caminar la distancia que las separaba e ir a reprocharle a la otra la irresponsabilidad o la negligencia al circular por la carretera a tanta velocidad, la imprudencia de la conducción de una o de otra, dependiendo del caso. En aquella época el casco no era obligatorio y

la mayoría de las chicas conducían con la cabeza descubierta y el pelo al aire, volando libre o recogido en una cola o en un moño, según los gustos de cada una, por lo que era posible reconocerlas enseguida. Cuando empezaban a discutir entre ellas, con mala actitud y gestos despectivos, o simplemente conversaban en tono crispado sobre lo que habría podido suceder si una de ellas no se hubiera apartado a tiempo, o la otra no hubiera sabido frenar sin derrapar, yo salía de casa y me acercaba discretamente hacia el lugar donde se encontraban reunidas, donde me las arreglaba sigilosamente para unirme al grupo de motoristas que ya se estaba congregando para dilucidar de una vez, sin revuelo, quién tenía la responsabilidad, si la que subía con torpeza o la que bajaba sin control, cuál de las dos implicadas era la causante de la situación de peligro que se había vivido hacía unos minutos.

Ya eran cuatro o cinco motoristas, ataviadas con vestidos veraniegos vaporosos, con camisas desabrochadas y bikinis como único atuendo, o con faldas vaqueras y camisetas ceñidas que se tensaban con la discusión, debatiendo en mitad de la carretera sobre el incidente sin preocuparse por los coches que pasaban y los vecinos que no se atrevían a salir para no verse involucrados en la refriega. Y siempre pasaba lo mismo al cabo del tiempo. Pasada la crispación del primer momento, alguna de ellas extraía del bolso un paquete de Fortuna, la marca de las motoristas con suerte, las conductoras que sobreviven a todos los accidentes y los percances en la carretera, y encendía un cigarrillo entre los labios con un mechero de gas, y otra le pedía uno para ella y lo encendía con el mechero de la otra y así se formaba un circuito de cigarrillos y llamas tenues que lograba, sin pretenderlo, que los temas de conversación variaran, entre bocanadas de humo que se disipaban en el aire sin hacer irrespirable el ambiente y risas tímidas y algo nerviosas que distendían el tono de las palabras y cambiaban su significado o su intención. Siempre igual. Es entonces cuando las manos y los labios inician la estrategia de hablar y tocar, todo a la vez, y se adueñan de la situación con facilidad. Los labios emiten

palabras y succionan el filtro del cigarrillo. Las manos se agitan en el aire, cobran autonomía, sujetan el cigarrillo encendido y tocan quizá sin querer la mano o el brazo de la otra, que hace lo mismo a su vez. El filtro recalentado del cigarrillo se humedece entre los labios mientras el otro extremo arde en combustión rápida y a veces, cuando se agota la cajetilla, los cigarrillos pasan de unos labios a otros como una danza sensual, compartiendo unos minutos los efectos de la humedad benefactora.

Gracias a esta puesta en escena se olvidaba poco a poco el motivo por el que se estaba allí, la causa desagradable de aquella reunión espontánea, y se comenzaba a charlar sobre temas de preocupación general: los problemas mecánicos del mantenimiento de una motocicleta, el alto precio del combustible, la ropa más adecuada según la estación del año para pilotar una moto de esa clase, no tan veloz como sería deseable, las marcas de aceite más recomendables para mantener lubricado el motor, el efecto en la mentalidad de los chicos moteros de las motocicletas de las chicas, la existencia imaginaria de un asesino psicópata que acechaba a las moteras de noche en algunas calles oscuras de El Atabal, los peligros de una mala caída en el asfalto y la dificultad invencible de algunas de las cuestas más pronunciadas de la urbanización, donde se hacía necesario bajarse de la moto y acompañarla en la subida acelerando lentamente hasta llegar a la zona llana de la calle.

Yo iba introduciéndome en los entresijos de la conversación abordando los temas con discreción y sutileza, sin llamar la atención sobre mis palabras o mis opiniones para que no reparasen en la inconveniencia de mi presencia junto a ellas, en un lugar donde nadie me había convocado ni pintaba nada. Pero disfrutaba tanto con la alegría creciente de aquella conversación y con la perspectiva que iba abriéndose en el curso de esta sobre futuras citas en la piscina de la urbanización, que era pública, e incluso en la piscina privada de alguna de ellas, que no quería quedarme fuera sin decir nada y acertaba siempre a pronunciar una palabra adecuada o un comentario divertido que me granjeaban su simpatía y me permitían

conectar con el grupo improvisado y participar de sus fines recreativos. Más tarde supe que, entre ellas, dada la impresión que les causaban mis intrigantes apariciones y la sospecha de que era un mirón, me apodaban el «Hombre de Java» porque les parecía tan inquietante como el primer pitecántropo que habitó hace dos millones de años en la isla de Java. En aquella época, yo cultivaba una apariencia ambigua, es verdad, con mi camiseta blanca de futbolista, mis pantalones vaqueros de peto y mis zapatillas John Smith como uniforme perpetuo, y no lo hacía tanto por capricho estético o afán de disimular como por desidia.

Recuerdo una vez, a mediados del verano del 77, en que tuve la desgracia de asistir a la caída de una chica que se llamaba Gloria y montaba en moto a todas horas. Se la veía siempre, desde la mañana hasta el atardecer, rondando por las calles de la zona baja y media de la urbanización conduciendo un modelo nuevo de Vespino de color granate como si no tuviera otra cosa mejor que hacer a esas horas. Algunos niños malvados de las pandillas que conocía la llamaban «la Veloz» porque nunca superaba la velocidad más baja posible. No creo que nunca superara los veinte kilómetros por hora en su conducción prudente. Y, sin embargo, fue justo al llegar a la curva de arriba de la cuesta de Java cuando hizo una maniobra torpe, y la rueda delantera patinó sobre el asfalto y ella perdió el control de la moto y cayó al suelo enseguida. Con tan mala fortuna que vino a caer en la zona del arcén donde se acumulaba la gravilla por el tráfico de los coches y los camiones de la construcción. Como bien sabían los ciclistas, esa gravilla era una amenaza para las partes más expuestas del cuerpo, y te dejaba la piel de las rodillas y los codos en carne viva si conducías sin pantalones o sin medias.

Al verla tirada en el suelo y sola, acudí corriendo a socorrerla y la ayudé a levantarse y a levantar la moto, que se había deslizado unos metros más allá y todavía tenía el motor encendido. Le pregunté si estaba bien y me respondió señalándose la cara sin decir nada más. Gloria solía llevar gafas de ver y se le habían perdido al caerse. Tuvimos que buscarlas durante un rato, hasta que aparecieron en el

sitio más inesperado: al pie de uno de los altos y viejos pinos de raíces salientes que tapaban la visibilidad en la curva y señalaban el final de la cuesta, enredadas entre las agujas de pino que se amontonaban ahí, en la base del tronco, sin que nadie, ni los vecinos ni los trabajadores de la comunidad, las recogieran. Gloria se puso las gafas y pudo ver, por fin, a la agradable persona que con tanta amabilidad la había tratado desde su caída fatídica. Me miró, me sonrió en agradecimiento por todo lo que había hecho por ella y se presentó con su nombre, tan sonoro como prometedor.

—Me llamo Gloria, encantada de conocerte.

Lo más divertido fue darnos cuenta de que a nuestro alrededor, de repente, sin que hubiéramos sido capaces de percibirlo, se reunía un nutrido grupo de moteras preocupadas por lo que estaba pasando. Sin bajarse de sus motocicletas ni apagar el motor, se habían detenido en mitad de la calle a ver qué ocurría entre la motera accidentada y ese socorrista misterioso que no lo era tanto. Cuando estuvieron seguras de que mi intención era ayudar a Gloria a superar el percance y nada más, que no me proponía aprovecharme de la situación de debilidad en que se encontraba la chica tras la caída, con arañazos en las rodillas pero ilesa, para hacer cualquier cosa inapropiada, se tranquilizaron. Aparcaron las motos en el arcén para no estorbar el tráfico de otros vehículos y entablaron de nuevo otra de esas instructivas conversaciones a las que me estaba aficionando en exceso, con cigarrillos y humo en abundancia, sobre los riesgos de la conducción de motocicletas en un espacio tan accidentado y plagado de peligros como la urbanización. Gloria y yo hicimos a partir de entonces buenas relaciones y compartimos momentos de intimidad que prefiero no recordar, ya que ella luego los convirtió en motivo de amargura y de reproche contra mí, animada por amigas odiosas.

Fue en una de esas ocasiones cuando conocí a Rosa, en octubre del 78. Ella también se cayó de la moto con estrépito cerca de la puerta de mi casa, un incidente que se estaba convirtiendo en costumbre en mi vida, aunque sin hacerse mucho daño. Con Rosa

llegué a entablar durante el verano siguiente, como contaré más adelante, una intensa relación que se volvió adictiva por su parte y terminó mal. Y así conocí también, a finales del 78, a Isabel, la primera chica que me propuso matrimonio en serio, incitada por su madre, que veía en mí un gran partido solo porque vivía en un chalet con piscina en la urbanización de sus sueños. Isabel vivía en los pisos de enfrente, en una urbanización de reciente construcción donde todo eran edificios de ladrillo rojo, pero paseaba en moto por El Atabal a diario soñando con vivir algún día en una casa como las que admiraba circulando por sus calles ajardinadas. Isabel quería que nos casáramos lo antes posible y tuviéramos muchos hijos. Hijos resplandecientes e hijas radiantes, como tuvo Lilith, la primera esposa de Adán, la alta mujer silenciosa del poema de Dante Gabriel Rossetti que Regina me descubrió, paseando por el Edén con el negro pelo suelto. Qué risa me da solo de recordarlo.

## 27

Si lo pienso bien, más allá de las complicaciones de mi nacimiento, el problema comenzó mucho antes. Imagino que estando en el vientre de mi madre. Alicia, mi psiquiatra, diría que fantaseo otra vez y que no puedo evitarlo, es la tendencia innata de mi personalidad. Que diga lo que quiera, para eso se le paga. Imagino que fue entonces, estando en el cuerpo de mi madre, cuando mi cuerpo se estaba modelando a fuego lento para adquirir una determinada morfología, no tomó ninguno de los dos caminos genéticos que se le ofrecían, como si la elección le pareciera pobre o insuficiente. O por decirlo de otro modo, tomó uno de los senderos evolutivos por un tiempo y se arrepintió enseguida, detuvo su marcha apenas empezada y se perdió intentando volver a la casilla de salida, se le hizo de noche y ya no pudo regresar a casa. Trató de ser otra cosa y no lo logró, fallaron las hormonas, no sé, o se

interrumpió su flujo, que era el combustible de la operación, y queriendo ser de nuevo lo que era se malogró, por razones inexplicables, y quedó en una zona intermedia difícil de definir.

Algo así me sucede a menudo cuando paseo a los perros, Sultán y Dragón, sin rumbo fijo por la urbanización, dejándome guiar por ellos y sus manías incontrolables, los llevo sueltos a posta, persiguiendo cualquier rastro de olor que les resulte atractivo, y me arrastran más allá de las calles conocidas y más allá de las desconocidas, y no los llamo para que vuelvan a mí, los sigo hasta donde quieren llevarme, no me opongo, corriendo detrás de un conejo o de un zorro o una sombra que parece pertenecer a un cuerpo prometedor. Y me pierdo, ya no sé ni quiero saber dónde estay, y tampoco me importa mucho. Escucho las correrías de los perros en el entorno, lo bastante cerca como para sentir que me acompañan, que aún quieren quedarse conmigo, estén haciendo lo que estén haciendo, luego volverán a mí con una presa ensangrentada entre las fauces, y me la ofrecerán creyendo que la cazaron para mí, y volveremos a casa y todo regresará a la normalidad, hay tiempo para eso.

En esos momentos soy consciente de que estoy viviendo de nuevo la experiencia de mi gestación, por eso me engancho a ella, siento que he vuelto, allí en mitad del campo, lo siento con todo mi cuerpo, he regresado al útero de mi madre y estoy reviviendo el proceso que me hizo como soy, ese instante crítico en que mi cuerpo decidió frenar su desarrollo masculino, o detuvo este para emprender otro proceso similar, en dirección contraria, hacia el sexo opuesto, y quizá no pudo regresar del todo. Estoy ahí, de pie, sin moverme, paralizada, y lo sé sin necesidad de cerrar los ojos para sumirme en la oscuridad.

Si Dragón y Sultán no quieren alejarse tanto de mí como para perderme como referencia es porque ellos me necesitan también para orientarse y saber dónde están. Sin mí se perderían en el monte y acabarían viviendo a la intemperie de nuevo, animales salvajes que no terminan de adaptarse y de serlo con plenitud,

animales domésticos que tampoco lo consiguen en su entorno, como tantos perros perdidos de la urbanización, persiguiendo un sueño de huida. Es la más poderosa tentación que sienten estos perros al vivir justo en el límite entre un mundo y otro, en la frontera entre nosotros y los otros seres. En Dragón, pelo gris encrespado, colmillos de lobo y ojos furiosos, la tendencia es muy visible. En Sultán, pelo amarillo y negro, hocico alargado y ojos negros, la tendencia está mitigada por el amor a sus dueños. Las fronteras se inventaron para dar lugar a situaciones como estas. Para bordearlas y desbordarlas. Para aproximarse a ellas sin traspasarlas del todo, sintiendo la emoción del límite en el estómago, como un rugido, asomándonos al vacío que hay al otro lado sin poder reconocerlo. Y si decides pasar al otro lado de la muralla es para ir lo más lejos posible y quizá no volver nunca de este lado. Ir más allá y perderte donde nadie pueda encontrarte ni tú pienses ya en volver. Allá lejos, ir hasta donde ya no es posible regresar. Dragón y Sultán querrían ir allí, juntos o por separado, y no se atreven. Se sienten paralizados y, cuando vuelven junto a mí, están más contentos de frotarse conmigo y recuperar mi calor y mi olor que de todo lo que han vivido cuando se alejaron libres. Los hemos educado para que le tengan miedo a esto, del mismo modo que a nosotros, desde antes de nacer, nos han educado en el mismo miedo y el mismo terror. Ese es mi sueño y mi pesadilla. La pesadilla de estar despierta. Como los perros enfrentados a la otredad de la naturaleza dentro y fuera de ellos. Así yo en la batalla del sexo.

## 28

Regina es otra víctima de la *Escuela de calor*, como le digo en broma.

Me lo demuestra cuando me llama alterada a casa la tarde del 15 de junio de 1977, día de las elecciones generales, las primeras en

España desde la muerte del dictador. Está trastornada. Sus padres se fueron a votar hace unas horas y a dar un paseo después y ella ha aprovechado para saquear la colección privada de revistas de desnudos de su padre, guardada celosamente en un armario del sótano a petición de la madre de Regina, que no quiere verlas rondar por la casa. Me las enumera excitada: *Interviú, Penthouse, Hustler, Lib, Playboy, Macho, Flashman* y no sé cuántos engendros más de esa misma categoría infame.

—¿Cómo puede haber mujeres así en el planeta España?

—No son reales, Regina.

—¿Qué son entonces? ¿Androides?

—No digas tonterías. Son un artificio, ¿es que no lo ves? Producto del maquillaje, la cosmética, la iluminación, la lencería, las cámaras.

—Tú sí que eres falsa y te quiero lo mismo. ¿Cómo puedes decir eso? ¿Te has vuelto insensible a la belleza o qué?

Regina ha entrado en la inestabilidad mental por culpa del destape erótico el mismo día en que las elecciones enseñan a los españoles el atractivo libidinal de la democracia y de los líderes masculinos de la democracia. Es un fenómeno irónico. Las poses pornográficas, los desnudos, las portadas insinuantes, el flujo afrodisíaco, las tetas Impúdicas y las guarrerías sexistas le han hecho perder el juicio.

—La verdad es que no sé cuál me gusta más.

—Son todas iguales.

—De eso nada.

—No aprecio las diferencias.

—¿Cómo puedes decir que es lo mismo Nadiuska que Susana Estrada, Ágata Lys que Victoria Vera, Bárbara Rey que Amparo Muñoz, María José Carnudo que Blanca Estrada o Isabel Luque? ¿Estás ciega o qué?

—No me interesa ese tipo de mujer cocinada para el paladar del hombre. Me hastía.

—¿Bibi Ándersen?

—Esa sí me gusta un poco. Me parece diferente. Las otras son vulgares sin redención posible.

—¿Tú crees?

—No lo creo, lo veo. Son perlas de cultivo de la vulgaridad absoluta. Muñecas de calendario para mecánicos, bomberos, policías y camioneros.

—A mi padre también le gustan y es profesor, recuérdalo.

—Al mío también, mira esta, y nadie sabe lo que es con seguridad. Abogado vale para todo. El problema no es la profesión, sino la sensibilidad, recuérdalo tú, me conformo con eso. El grado de grosería que almacenas en el alma. Y esto vale para el profesor universitario y para la hija del profesor universitario.

—Cómo eres. ¿Y eso es malo?

—Para las mujeres, sí.

—¿Para todas?

—Sin distinción.

—Me siento culpable.

—Haces bien.

Se toma un respiro para digerir la idea y contraataca con ejemplos que cree que podrían seducirme con su atractivo carnal. Todas hemos tenido una infancia normal, hemos escuchado las mismas canciones y visto las mismas películas, al menos hasta que se nos cayó la venda de los ojos y empezamos a ver la horrible verdad al desnudo.

—¿Y Marisol? ¿Tampoco te gusta Marisol? Estoy viendo el reportaje que le han dedicado en *Interviú*, portada y páginas interiores, y está buenísima. Me encantan sus tetas y sus pies, sobre todo, quedan tan sexis en esas fotografías. Y esa sonrisa de gata traviesa. Si te soy sincera, no me imaginaba así, al natural, a la cantante infantil que conocíamos…

—Marisol ha permitido que se publiquen sus desnudos única y exclusivamente para lavar sus culpas, no te engañes, como muchas otras. Cambiar de piel, como las serpientes en verano.

—Qué mala eres.

Regina quiere convencerme a toda costa, para poder llevarme a un terreno resbaladizo y compartir conmigo sus tendencias y gustos más privados. Y, como me conoce bien, recurre a un expediente fácil.

—¿Qué me dices de los consultorios sexuales? Yo me lo paso bomba leyendo las cartas que muchas mujeres escriben a la revista *¡Ah!* pidiendo solución a sus problemas con el placer o con las relaciones, o expresando sus deseos ocultos. Aprendo mucho.

Me lo temía. Regina quiere seducir a la escritora dormida dentro de mi cuerpo adolescente con argumentos insostenibles.

—Ficción escrita por hombres.

—Oye, no perdonas una, qué te pasa.

—Me gustaría escribir cartas como esas, te lo reconozco, contando mis problemas o afirmando mis deseos y mis gustos, pero las que mencionas están escritas por hombres para que las lean hombres en celo o mujeres reprimidas que aceptan la visión de esos mismos hombres.

—¿Y qué dirías en esas cartas, si se puede saber? Anda, dame un bonito anticipo.

—Diría que soy una chica que se siente un chico en casi todo y a la que le gustan las chicas, aunque estas, con tu honrosa excepción, aún no le hagan mucho caso, por razones obvias.

—¿Es verdad eso?

—Qué pava eres cuando quieres, Regina. Qué parte de lo que es la ficción no has entendido todavía…

—¿Y qué más?

—Pues que ha conocido a un chico que le gusta demasiado y que la hace sentirse mujer por primera vez en su vida.

—¿Ficción o realidad?

—Qué te gustaría más.

—Para, para, que me estoy poniendo cachonda.

—Pero que ese chico es un capullo y no la ve como a una chica. La trata como a otro chico con el que se relaciona cada vez con más aprensión y distancia.

—No me habías contado nada. Hay que ver cómo eres de reservada. Sigue, sigue contando, por favor. Me muero de ganas de saber qué más le pasa a esa chica tan original.

—No hay mucho más que decir, la verdad. La chica empieza a estar cada vez más interesada en otras chicas que le hagan olvidar a ese chico de una maldita vez y le enseñen lo que significa ser una mujer de verdad.

—¿Alguna chica en especial?

—No tengo más que contar, de momento. ¿Te gusta el planteamiento del problema?

—¿Y la solución?

—Es una incógnita. Un enigma, si lo prefieres.

—¿Ves por qué me gusta tanto leer los consultorios de las revistas? Esos casos son de lo más excitantes. Estoy toda mojada. Qué pena que no estemos juntas…

—A ti lo que te gusta es el sexo telefónico, por lo que veo.

—No te adelantes, guapa.

—¿Qué me pasa, doctora? ¿Estoy muy enferma? ¿Debo buscarme un novio alternativo? ¿Otra novia quizá? ¿Es muy grave? Necesito su ayuda especializada y sabia para solucionar con urgencia mi problema.

—Eres incorregible.

—Díscola, más bien.

## 29

*La cabaña de los enanos*, ese sería el título de la película si Regina se hubiera atrevido a filmar alguna vez todo lo que los chavales de la pandilla de Borneo nos contaron aquel día de principios de agosto del 77. Fue una de las aventuras más divertidas que vivimos Regina y yo en la urbanización, aunque no tuvo nada de aventura, en realidad.

Cada pandilla de niños de El Atabal, y también alguna pandilla de niñas, tenía su cabaña particular para reunirse, conversar o hacer sus cosas a solas. Cualquier pandilla que quisiera significarse e identificarse en el entorno de la urbanización, tuviera o no un nombre propio que la relacionara con el nombre de la calle a la que estaba ligado o con el nombre del líder de la pandilla, construía una cabaña que expresaba sus rasgos distintivos y sus méritos. Las cabañas construidas deprisa y corriendo delataban el espíritu perezoso e indolente de una pandilla chapucera. Por el contrario, las cabañas que tardaban años en adquirir una forma o una utilidad definidas revelaban a una pandilla de niños inseguros y de perfeccionistas maniáticos. La pandilla de Padang, a la que pertenecí apenas un año, entre septiembre del 75 y agosto del 76, liderada por Picky y Hugo, como ya dije, y con un nutrido tropel de niños que querían integrarse en ella, poseía una cabaña que mostraba a quien la visitaba los gustos heterogéneos de sus miembros, y muchas de las cosas diversas que había en ella eran incongruentes y peligrosas, como no tardaría en comprobar.

Todos los miembros de las pandillas, con independencia del sexo, leíamos con entusiasmo las novelas juveniles de Enid Blyton y tratábamos a nuestra manera de adaptar las aventuras inglesas de sus personajes a los esquemas de la imaginación permitidos por el entorno tan distinto de la urbanización. Y cuando en nuestros paseos por las zonas menos cartografiadas de El Atabal encontrábamos una cabaña abandonada, una cabaña en la que hacía tiempo que nadie ponía los pies, y esa ausencia era muy visible, una cabaña emboscada entre las ramas de los árboles, o más allá del arroyo, escondida entre adelfas y juncos, el misterio de esa cabaña desahuciada venía a sumarse en nuestra imaginación a los grandes misterios que constituían para nosotros la vida en la urbanización.

En el espacio de El Atabal era posible asistir, sin apenas esfuerzo, a la guerra entre el orden de la naturaleza y el orden de la sociedad de un modo mucho más evidente que en otros lugares, y las cabañas, a pequeña escala, como las casas, representaban al mismo

tiempo una victoria y una derrota del segundo sobre el primero. Como si en las cabañas, habitadas o deshabitadas, se manifestara con mayor crudeza la imposibilidad de abolir la barrera entre el ser natural y el mundo humano, a pesar de los deseos larvados de sus constructores, Tal imposibilidad, sin embargo, se veía compensada por la posibilidad de sentir con más fuerza si cabe el peso gravitacional de esa barrera sobre la vida. En el interior de las cabañas, solos o acompañados, se percibía la acción de esa fuerza sobre nosotros como un impulso de apertura a todo cuanto nos rodeaba y no pertenecía a nuestro mundo, a todo lo que no formaba parte de la vida cotidiana de los hogares y las casas. Las cabañas se erguían así, en la frontera entre los dos mundos, como observatorios simultáneos del medio natural y del medio social.

La pandilla de Borneo, que invitó a Regina a ser pandillera honorífica durante un año, era la pandilla más original de la urbanización. Para empezar, su líder, el pelirrojo Timmy, era norteamericano de nacimiento y de pasaporte, como toda su familia, y había reclutado de manera militar, como un sargento autoritario, a los siete niños que eran sus miembros entre los más solitarios y excéntricos de todo El Atabal. El pelotón de los pajilleros, como los llamaba Regina, lo componían, además del líder, Pedrito, Marquitos, Luisito, Manolín, Tito y Boni. Regina, que se sentía muy orgullosa por la invitación, decía que eran todos unos superdotados, con expedientes de sobresaliente de media, y que el americano los había enrolado después de someterlos a algunas pruebas difíciles de matemáticas y física, a ver si llegaban al cociente intelectual requerido para darle a la cabaña una vida más rica que la de las otras cabañas, más atrasadas. Como casi siempre, Regina exageraba y quería ver en aquella invitación una especie de reconocimiento entre pares a su singularidad como ser humano, palabra de Regina.

La cabaña estaba construida sobre la rama gruesa de un árbol, situada a metro y medio del nivel del suelo, por lo que no era invulnerable a los asaltos de los extraños, a partir de la estructura de un cajón gigantesco de tablas pintado de verde oliva por fuera y

hecho por dentro de paredes desnudas que olían a serrín de taberna del Oeste y a madera recién cortada por un leñador aguerrido de los bosques de Vermont. Se accedía a la cabaña de fabricación americana mediante una escalera metálica plegable que Timmy custodiaba como un tesoro, llevándosela a su casa al terminar cada sesión de la pandilla. El cajón había servido a la familia de Timmy para hacer la mudanza en barco desde Boston. Solo llevaban dos años viviendo en la urbanización, en una casa de la zona alta de calle Araba que había pertenecido a un holandés que murió de repente, mientras el padre participaba en el proyecto de instalar un telescopio astronómico en las montañas de Torremolinos. Fue la NASA la que le aconsejó al ingeniero la urbanización para instalarse y vivir con su familia. Eso contaba Timmy al menos para justificar por qué residía aquí y, como casi todo lo que provenía de la mente fantasiosa de este hijo de Nueva Inglaterra, había que tomárselo con cautela, sin darle demasiado crédito.

Estos detalles biográficos los aprenderíamos después de conocerlo en el austero hábitat de la cabaña, con colchonetas de playa tiradas por el suelo como único mobiliario, igual que en un club de surfistas californianos en horas bajas, y varias fotografías descoloridas de astronautas y de deportistas colgadas de las paredes como decoración temática. Timmy es pelirrojo, ya lo he dicho, y tiene la piel más blanca que he visto en mi vida, recubierta por entero de pecas rojizas que la hacen parecer aún más lechosa. Se cree un doble de Tom Sawyer y actúa con los otros miembros de la pandilla como si lo fuera, un niño aventurero y afortunado. Regina estaba muy excitada con la oportunidad que le daban. Nunca había pertenecido a ninguna de las pandillas de la urbanización, en parte por decisión propia, en parte porque no era muy popular en el entorno, con sus aires de superioridad y su físico anómalo, pero conservaba las ganas de saber qué se siente formando parte de un grupo cerrado que se reconoce como tal, aunque fuera por un tiempo limitado. Imagino que fue esto lo que interesó a Timmy de Regina, su aislamiento respecto de las otras pandillas y su

exhibicionismo intelectual.

Yo, por mi parte, me había comprometido con la pandilla de Padang, como dije, la de Picky y Hugo, para consolarme de no haber sido admitida en la pandilla de calle Sumatra, donde León ejercía de líder indiscutible, en la cabaña y en la calle, de otra patulea numerosa de niños y niñas de la urbanización. Pero nunca conseguí encajar ahí ni congeniar con ellos, y sus aficiones me fueron pareciendo con el tiempo cada vez más grotescas y absurdas. Creo que el sexo fue lo único que logró curarlos de las patologías visibles que los aquejaban. Un día llegaron tan lejos en esta deriva oscura que le dieron cita en la cabaña a Jaime, el hermano pequeño de Alfonso, para darle una paliza y sacar a la luz todo el odio que sentían por él. Jaime era un niño especial, mimado por la madre hasta límites insoportables, que poseía rasgos femeninos que soliviantaban a muchos chavales y, en especial, ponía muy nerviosos a Picky y a Hugo con su amaneramiento al moverse y hablar. No lo soportaban, pero le dieron cita en la cabaña de la pandilla, a petición de su hermano, para que se integrara como miembro y pudiera disfrutar de los privilegios de la cabaña. La hostilidad inconsciente hacia Jaime se apoderó de ellos como una fuerza demoníaca hasta el punto de que no pudieron controlarse. En mitad de una charla trivial, se le echaron encima sin motivo y le propinaron una paliza tremenda, puñetazos y patadas que se redoblaron cuando lo tuvieron postrado en el suelo, y casi destrozaron la cabaña a golpes. Jaime, magullado y dolorido, se quejó a sus padres de la humillación recibida, y estos denunciaron la situación en la reunión de la comunidad. Fue un escándalo que desbordó los límites de las cabañas y obligó a intervenir a la dirección de la urbanización en nombre de los padres de Jaime, que amenazaban con llevar la denuncia de lo sucedido a un juzgado ordinario. El asunto se consideró tan grave que estuvo a punto de desencadenar una prohibición que hubiera puesto fin al submundo de las pandillas y las cabañas, con todas las consecuencias imaginables para la vida en la urbanización.

Por fortuna, la sangre no llegó al río, como suele decirse, pero muchas cosas cambiaron en el verano del 76, para bien y para mal, y ya nada volvería a ser igual a partir de entonces. Cuando me enteré de lo que había pasado, no quise saber nada más de la pandilla de Padang, no me molesté en pedirles explicaciones y tampoco las habría recibido. Yo conocía muy bien a Picky y a Hugo, había estado demasiadas veces con ellos en el monte de la Torre cazando mariposas y en la cabaña de la pandilla compartiendo tiempos muertos y conversaciones sobre temas estúpidos, como para hacerme ilusiones sobre sus ganas de explicar sus razones para hacerle lo que le hicieron a Jaime. Eran una pandilla de abusones y reprimidos, tenía pruebas para pensar eso, no era ninguna calumnia, y hui de ellos como de la muerte. Me refugié en Regina, que estaba esperándome desde hacía tiempo, y eso fortaleció nuestra amistad hasta grados inconcebibles para nuestros padres, que no veían nuestra relación con buenos ojos. Y con razón.

## 30

Y ahí estábamos ahora las dos juntas, un año después de aquel desagradable incidente, en pleno agosto caluroso, tomando asiento en los dominios domésticos de la pandilla de Borneo, liderada por el americano Timmy.

Yo iba como observadora y acompañante, en ese orden para mí, para ellos solo como acompañante inevitable con el fin de que Regina se sintiera segura rodeada de aquellos niños con las hormonas revolucionadas y capaces, según creía ella, de saltarle encima en cualquier momento con las peores intenciones. Los siete miembros de la pandilla que acompañaban a Timmy en el acto solemne de recibir a Regina en el interior de la cabaña parecían enanos en comparación con su líder larguirucho, un gigante americano de metro noventa y pico, un jugador en ciernes de la NBA,

la liga americana de baloncesto profesional, diez centímetros más alto que yo a sus catorce años y más alto que cualquier otro niño de la urbanización que yo conociera. Timmy hablaba español con acento bostoniano y los otros niños un español con marcado acento andaluz, no todos eran malagueños como Regina y como yo. Ese dato lingüístico era importante.

Y allí estuvimos un buen rato, sentadas en las colchonetas de colores de fabricación nacional, departiendo sobre las cosas que teníamos en común, pocas en realidad, y la actualidad más rabiosa, que en el caso de Timmy pasaba por ponernos al día a toda velocidad sobre los acontecimientos que estaban convulsionando, palabra de Timmy, la realidad de su país de origen aquel año memorable, pasadas las celebraciones históricas del bicentenario, como la presidencia demócrata de Jimmy Cárter, la fabricación de las primeras supercomputadoras, la serie *Raíces*, un bombazo en la conciencia nacional adormecida, el último concierto de Elvis Presley, el gran apagón de Nueva York y, la más importante de todas, el estreno en mayo de *La guerra de las galaxias*, la ópera espacial con la que Regina y yo llevábamos todo el verano fantaseando, nos sabíamos el cartel de la película de memoria de tanto mirarlo reproducido a todo color en muchas revistas de cine y esperábamos con impaciencia su estreno en una sala local.

Es entonces cuando, sin motivo aparente, se pronuncia por primera vez el nombre de Julito. Y toda la historia que nos van a contar pasa, como un tren, por los raíles de ese nombre maldito. Y me sobrecojo al oírlo en boca de aquellos niños, sé lo bastante sobre ese criminal adolescente como para estremecerme con razón, sin conocer aún la importancia capital que ese nombre propio tendrá en mi vida posterior. A estas alturas todo se me vuelve signo y prefiguración y lo asumo sin problemas. Recuerdos del futuro, como diría Von Däniken, a quien yo leía con fervor por entonces, como todo lo relacionado con los ovnis y el Triángulo de las Bermudas. Interrumpo el curso de la animada conversación para asegurarme de que he escuchado correctamente. El nombre, en boca del

americano, me ha sonado a *Hollywood*, algo natural en el contexto cultural de aquella cabaña, pero no estoy yo preparada para bromas fonéticas de este tipo y le pido a Timmy que lo repita.

—¿Hoollydo?

—No, hombre, aprende a decirlo bien. Se dice así: Ju-li-to.

El niño redicho que se atreve a corregir a su líder marcando las sílabas del nombre más temido se llamaba Manolín y seguro que sacó la máxima nota en los test que Timmy le hizo pasar, copiados de los archivos más secretos de la NASA, para admitirlo en la pandilla de Borneo. Es Julito y yo tenía toda la razón en sospechar. Mira que lo sabía. El mismo que viste y calza. Julito cabalga de nuevo. Un hombre llamado Julito. La película tenía muchos títulos, a cuál más desafortunado, y un solo protagonista verdadero. El único, el inimitable, el gran Julito, carne joven de correccional. Su reputación lo precede y la pandilla de Borneo ha vivido con él una experiencia terrorífica, nos cuenta Marquitos, rompiendo un silencio preocupante que yo creía disfuncional.

—No es nadie, Julito.

Otro de los miembros de la pandilla, Luisito, vive en calle Curazao, justo al lado de la casa donde viven el sociópata incorregible llamado Julito y su madre viuda, doña Angustias. El padre, al parecer, se dio de baja hace tiempo de la malsana convivencia con ese hijo del demonio y esa madre endemoniada. No quería formar parte por más tiempo de la banda peligrosa que tenían montada entre el hijo gánster y la mamá del gánster, que lo protegía contra el linchamiento de los vecinos, hartos de sus robos y hurtos, y contra las redadas de la policía, con uñas y dientes. Este Luisito es un bobo integral, no hay más que verle la cara con que nos mira a Regina y a mí todo el rato desde que entramos en la cabaña en la que nunca ha puesto el pie una mujer hecha y derecha, y no sabía qué hacer para congraciarse con el delincuente nato desde que supo que eran vecinos, cosas extrañas de la mala fama, magnetismo maligno, y un día que se lo encuentra merodeando por la acera de enfrente de su casa, con las manos en

los bolsillos y la cabeza gacha, planeando a buen seguro su próximo crimen, no se le ocurre nada mejor que hablarle de la cabaña.

Esto nos lo está contando el mismo Luisito, y es tan bobo el pobre que no repara, o sí, nunca se sabe con estos niños que parecen tontos y luego acaban de ministros de cualquier gobierno, en que se lo está contando a una futura gran escritora y a una futura gran cineasta, que le pueden robar la historia para convertirla en material para una novela o una película de éxito masivo. El vecino del delincuente, con sus gafitas de miope redomado y su carita de no haber roto nunca un plato en la cabeza de su padre o de su madre, va y le cuenta de buenas a primeras a Julito, porque le sale de lo más profundo del alma, según dice Pedrito, que la pandilla ha construido una cabaña estupenda con mucho sitio para almacenar reservas de comida y de bebida y que los miembros de la pandilla han sentido la llamada de la naturaleza y la vocación de lo salvaje y están pensando incluso en abandonar a sus respectivas familias y sus confortables casas e irse a vivir juntos a la cabaña para siempre con Timmy, su líder. Así no tendrían que volver más al colegio, ni aguantar las órdenes de los padres, ni compartir el dormitorio con invitados o hermanos indeseables.

Y el vecino delincuente, que es un lince procesando información, lo escucha todo con mucha atención, como si le fuera la vida en ello. Y el vecino bobo, Luisito, se cree que con este rollo que le ha contado y el interés superficial que el otro ha demostrado ha conseguido captar a Julito para la noble causa. Que este Julito, un canalla de tomo y lomo, un quinqui de clase superior, con antecedentes penales para parar un tren de mercancías, va a sentir la tentación de sentar la cabeza maléfica que tiene, seducido por la propuesta de su vecinito tontorrón, y a pedir el ingreso inmediato en la pandilla de Borneo como miembro de pleno derecho para disfrutar de la vida salvaje en el campo y la compañía de los niños prófugos. Y entonces Luisito, que ha caído en su propia trampa, se queda mirando a Julito esperando su reacción positiva ante la descripción que acaba de hacerle de la convivencia idílica en la cabaña. No se

imagina la idea criminal que despunta en la inteligencia de Julito en ese mismo instante, como una iluminación mental.

—Eso es especulación, no conocimiento, y no pudimos comprobarlo hasta mucho tiempo después. —Le dice Timmy a Regina adoptando un tono de seriedad científica para imponerse al relato parcial de su amigo.

A los cuatro meses de aquel encuentro decisivo hay un robo nocturno en una casa de la urbanización, en calle Biliton, en el que resulta herida de gravedad una mujer mayor que vive sola con sus gatos y sus perros de raza. Yo me acuerdo del caso perfectamente, Regina también, pero nos hacemos las tontas del culo, como piensa Marquitos, para que los chavales desatasquen las lenguas. El miedo cunde entre los residentes después del robo. Es Navidad y nadie quiere que le estropeen las fiestas con asuntos turbios. Todos los dedos acusan al presunto culpable sin titubear, y la policía, de momento, prefiere mirar para otro lado, como es habitual cuando se trata de robos en El Atabal, una urbanización pija que se merece todo lo que le pase siempre que sea malo. Los únicos que son conscientes de lo que sucede, según nos cuenta ahora Boni, otro silencioso vocacional, a Regina y a mí por indicación de Timmy, son los siete miembros de la pandilla de Borneo, que están pasando las peores Navidades de su vida por culpa de Julito. Al principio de las vacaciones se reúnen en la cabaña como siempre para celebrar la liberación de las obligaciones del colegio y descubren que alguien la ha invadido en su ausencia y la ha ocupado con sus cosas. No les han robado, qué ironía, les han entregado en depósito el producto del robo de Biliton, una bolsa de tela con todas las joyas, anillos, broches y collares, y dos cajas grandes con la cubertería completa de oro y de plata. Y se sienten como en el cuento de los tres ositos, nos dice Boni con gracia impensada, solo que en este caso el personaje de Ricitos de Oro lo interpreta el bribón de Julito.

Es Navidad y los niños de la pandilla de Borneo, con Timmy a la cabeza, no saben qué hacer con la mercancía robada, les quema las manos, no quieren tocarla, está manchada de sangre de mujer y les

provoca repugnancia. Están nerviosos y asustados, y tampoco se atreven a contárselo a sus padres o a la policía, que sospecharían de sus relaciones con el ladrón. Pasa el día de Navidad y el problema persiste, lo comprueban a diario yendo a la cabaña, pasa Fin de Año y el día de Año Nuevo y nadie ha venido a liberarlos de aquella carga que les provoca insomnio y angustia. El americano dice no haber vivido nunca una experiencia similar. Le cogen manía a la cabaña, sienten aprensión cada vez que se acercan a sus inmediaciones y les cuesta pensar en reunirse en ella con la carga maldita allí almacenada como una prueba delatora contra ellos. Se acerca el día de Reyes y los niños están amargados, como si se hubieran empachado comiendo pasteles podridos, y apenas les ilusionan ya los regalos y las celebraciones familiares. Ni siquiera les apetece probar el roscón de Reyes. Se sienten culpables de un crimen que no han cometido, dice Timmy con sutileza, pero en el que están siendo usados por Julito como cómplices o colaboradores necesarios, la figura no le queda clara, es un punto jurídico complicado, reconoce. Algunos niños de la pandilla, los más jóvenes, Manolín, Luisito y Pedrito, hablan ya de contárselo a sus padres sin tardanza para quitarse el problema de encima. Pero los otros cuatro, al unísono, les hacen entender que los padres no comprenderían por qué han sido elegidos por el delincuente para depositar allí la mercancía robada, y que las sanciones y prohibiciones serían excesivas e inmerecidas, dice Tito.

Se acerca la noche de Reyes y los niños aterrados debaten sobre el problema hasta muy tarde, bajo la batuta de su líder, al que la festividad del día le trae sin cuidado. Pero solo hay una persona que pueda resolverlo: el autor material de la fechoría, que se presenta por casualidad en la cabaña al anochecer para comprobar si la mercancía sigue intacta y asegurarse la complicidad de los niños. Los pandilleros se acojonan, literalmente, según Luisito, al verlo aparecer por la puerta de la cabaña con un cigarrillo prendido entre los labios, su chaquetón invernal de cuero negro, sus vaqueros de bajos remangados y sus mocasines marrones, el uniforme de

siempre, que ha convertido en su imagen de marca como delincuente, palabra de Timmy. Con solo quince años, Julito gobierna sus circunstancias personales y su entorno con mano firme, con la misma habilidad con que maneja el cigarrillo con los labios y las manos para imponer sus opiniones sin alterar el gesto de su cara de pícaro. Dominados por el miedo, los niños sienten que Julito es el nuevo líder de la pandilla, que Timmy es un payaso sin coraje que no ha sabido protegerlos del mal, y estarían dispuestos a hacer por él, bajo coacción, lo que les pidiera en ese momento, robar de nuevo en otra casa si hiciera falta, con tal de no contrariar sus deseos y sufrir su violencia, como cuenta Luisito con sinceridad. Julito les dice que son sus cómplices a todos los efectos y confía plenamente en ellos para garantizar la integridad de la valiosa mercancía. Pero no les dice nada sobre lo que planea hacer con ella, ni considera la posibilidad de llevársela con él. Para qué.

Uno de los niños, Tito, reconoce sin complejos que se meó en los pantalones durante la visita inesperada de Julito y cuando llegó a casa su madre le preguntó qué le había pasado y le mintió por primera vez en su vida, contándole que un perro le había saltado encima para morderlo al pasar por calle Sabang. Eso te pasa, hijo, le dijo la madre, por ir solo tan lejos, mira que te tengo dicho que no salgas de esta zona que es más segura. Regina se ríe al escuchar la anécdota y empieza a sospechar que la invitación se va a quedar en nada. Estos niños, los miembros de la pandilla pajillera, solo querían contarnos su historia para sentirse importantes, protagonistas de un cuento americano de terror al aire libre, eso piensa Regina decepcionada, y me lo transmite con gestos que solo yo soy capaz de descifrar.

Pasa el día de Reyes y se acaban las vacaciones y los niños se enteran de que la policía lleva una semana interrogando a los residentes para meterles miedo y temen, con razón, que aparezca un día por sus casas algún agente del cuerpo para sacarles la verdad a tortas. Tienen pesadillas en las que se sienten los autores del robo y se ven encarcelados de por vida. Sueñan con Julito todas las

noches y temen que les exija la comisión de actos infames, dice Timmy, vilezas y atrocidades de todo tipo que no están en condiciones de aceptar. Sienten el lazo de la culpabilidad estrechándose alrededor de sus cuellos como el nudo de la horca. Saben que ahora, transcurrido un mes del robo, nadie los creería si proclamaran su inocencia a los cuatro vientos. Los fines de semana se convierten en un infierno, de la tarde del viernes a la tarde del domingo, la angustia de ser descubiertos y la perspectiva de que Julito vuelva a aparecer para reafirmar su vínculo delictivo les impiden disfrutar de sus aficiones favoritas. Los días de colegio se los pasan distraídos, sin hablar con nadie que no sea miembro de la pandilla, en los recreos y durante las clases. El monotema, lo llama Boni. Eso nos parecía. El único asunto que nos preocupaba e interesaba de verdad, Julito el ladrón y la mercancía robada, a todas horas del día, sin descanso. Ya ni se atreven a pisar la cabaña con tal de no encontrarse con Julito ni ver cómo la mercancía permanece ahí, apuntándoles con el dedo acusador como a delincuentes convictos. El temor a ser descubiertos se agrava con la sucesión de las semanas. La policía no quiere dar pasos en falso y la investigación avanza con lentitud exasperante. El cerco en torno al culpable se estrecha y ellos, los medrosos miembros de la pandilla de Borneo, en sus peores fantasías, se ponen en su lugar y asumen sus culpas.

Hasta los padres y los profesores comienzan a estar seriamente preocupados por el estado de ánimo y la evolución psicológica de los niños. El ingeniero de la NASA, que se llama Timothy, interroga en vano a su primogénito para averiguar qué le está pasando. El padre de Timmy lo cree preso de una crisis adolescente relacionada con la identidad sexual. Timmy se ríe ahora al contarlo, pero cuando lo estaba viviendo no le hizo ninguna gracia que su padre llegara a insinuarle que no se preocupara, que la homosexualidad no es un crimen y que hay tratamientos médicos para curarla y superarla, lo sabía por experiencia propia. Regina y yo, aquí, nos partimos de la risa, como es lógico, y los siete miembros de la pandilla nos toman

por locas de remate, o por frívolas sin entrañas. Se creen que nos estamos burlando de la falta de masculinidad del líder frente a la virilidad de Julito y, para colmo, de la cobardía manifiesta de sus seguidores. Para qué negarlo.

Un día de comienzos de febrero pasado, un sábado por la tarde, sobre las cinco, recuerda Manolín con precisión detectivesca, pasan por la cabaña con precaución extrema y descubren con alegría infinita que la mercancía robada ha desaparecido de sus vidas para siempre. Alguien ha entrado en la cabaña en la última semana, aprovechando la ausencia reiterada de los miembros, y se ha llevado con él lo que sobraba sin dejarse nada atrás, por fortuna. Tres días después detienen a Julito por el robo y la agresión. Nada más se sabe durante meses hasta que conocen la noticia de que Julito va a quedar libre porque el juez lo ha enviado a un correccional de donde puede volver a casa cada fin de semana para estar con su madre, si así lo desea, con solo solicitarlo. Y lo ha hecho, dice Boni aterrorizado. Los miembros de la pandilla de Borneo vuelven a sentir miedo. Ven sus vidas amenazadas de nuevo. Piensan, reconoce Timmy, que Julito vendrá a vengarse creyendo que fueron ellos quienes lo delataron y por eso no le han contado a la policía dónde estuvieron ocultas las joyas y la cubertería todo ese tiempo.

—¿Queréis saber lo que haría yo si estuviera en vuestro lugar? ¿Es eso? ¿Para esto me habéis invitado a venir con tanta ceremonia?

Regina se muestra desilusionada con la invitación y siente de pronto, se lo veo en la cara y en el gesto torcido, la llamada vocacional, como la maestra Antolina, la educadora principal de nuestra infancia, convencida de que tiene una misión educativa que cumplir con estos niños descarriados que han querido jugar a las casitas en el lado peligroso de la vida. Como si los cogiera por la nariz con fuerza y los obligara a mirar su propia mierda después de haberla evacuado en el suelo.

—Yo, si fuera vosotros, amiguitos, contaría cuanto antes a vuestros padres lo que os ha pasado, sin escatimar ningún detalle, y a continuación destruiría esta cabaña, con un incendio a ser posible,

no con hachas ni con serruchos, eso no sería útil, que arda como una pira sagrada en la noche de la urbanización, fuego primitivo del bueno, qué mejor recurso, y empezaría a tomarme la vida un poco en serio, que ya es hora. Yo, por mi parte, me ofrezco a filmar con mi cámara esa hoguera simbólica, si os apetece y me avisáis con tiempo, no pienso cobraros ni un duro por hacerlo.

Los deja estupefactos. No conocen a mi Regina tan bien como yo. Ellos la tomaban, con eso de que hacía cine en sus ratos libres y soñaba con ser directora, por una tía enrollada y moderna, una aventurera de vida desinhibida, a pesar de su apariencia de empollona profesional, y seguro que el líder Timmy se hizo alguna paja fantaseando con esta idea falsa, tiene pinta de ser adicto a la cosa, y se encuentran con una maestra y madre severa, una hermana mayor algo pejiguera, normal que se sientan traicionados y desencantados. Se ponen melancólicos cuando el alma de Wendy los abandona de nuevo a su suerte.

—Si nos pasa algo, no nos olvidéis, por favor. No nos olvidéis nunca.

Esto lo dice Boni, y me conmueve con su triste llamada de socorro. Me dan pena estos chicos que se toman por niños perdidos cuando tienen todo lo que cualquier niño a su edad podría soñar con poseer. Lo tienen todo sin haber tenido que esforzarse demasiado para conseguirlo y, sin embargo, no les basta. Qué se le va a hacer. Quieren vivir libres, lejos de sus familias, inmersos en la naturaleza, y querían que Regina actuara como su nueva madre protectora, su Wendy comprensiva y cariñosa, al lado del Peter Pan americano que los guiaba a ciegas al filo del abismo. Pero Regina se niega a interpretar ese papel amañado. No le pega.

—Menudo rollo barato les has soltado a estos pobres críos, Regina. ¿No te da vergüenza engañarlos así? No te han hecho nada malo. Son unos mocosos.

Se lo digo nada más salir de la cabaña de la pandilla de los enanos onanistas de calle Borneo al aire puro del campo reseco y a la temperatura cálida de este final de la tarde atabalera, cargada de

promesas sensuales para la larga noche que se avecina, y me arrepiento enseguida. Suena irónico, no lo puedo evitar, pero una parte de mí suscribe la letra de lo que le digo.

—Para rollo barato el de estos chavales. No te confundas, cariño. ¿O es que no has visto la peliculita de buenos y malos que se han montado ahí adentro? Solo falta que alguien tenga el mal gusto de filmarla de verdad con actores creíbles y un guión decente.

—¿Y esa eres tú, Regina? Venga ya, no te lo crees ni tú.

## 31

Willem ha muerto. Hertie viene a buscarme a casa, no conocía mi número de teléfono e ignoraba el apellido de mi familia. Se la ve afectada hasta cierto punto, pero también desconcertada. Willem le había dicho que me avisara si le pasaba algo, que yo era la única persona en quien se podía confiar, cosas así, que no sé si creer o si achacar a alguna intención que se me escapa. En todo caso me presto al juego. Willem me caía bien. No le cuento nada a mi madre, no merece la pena, bastantes problemas tiene ya. Vamos corriendo a la casa de calle Suriname antes de que llegue la ambulancia a llevarse el cuerpo. Hertie no me ha contado toda la verdad, como suponía. Y cuando entro en la casa no estoy preparada para lo que me encuentro. Willem está sentado en el sofá frente a la tele encendida, con el cuerpo del loro muerto entre los brazos, atrapado entre sus grandes manos y sus dedos sin uñas. El loro presentaba el cuello roto y se diría que Willem lo había estrangulado antes de morir. No es fácil adivinar por qué ni de qué murió él. Lo que está claro es que están los dos muertos. Es una imagen alucinante. Willem aún sentado en el sofá, como un muñeco de cera en un museo, con los ojos cerrados, la camisa militar desabotonada, el pecho al descubierto, lo que permite ver la cicatriz a la altura del corazón. Willem se había puesto el uniforme tropical con el que yo lo

veía a menudo izar y arriar la bandera holandesa en la torre de su fortín, los pantalones bermudas de color caqui y las botas negras militares, brillantes como si acabara de lustrarlas. Y se lo había puesto como si supiera que había llegado el día. Que la cita con la muerte tendría lugar ese mismo día y que se llevaría con él a su amigo del alma. Willem moriría abrazado al loro, el animal que mejor simbolizaba su doble exilio, el exilio de las tierras indonesia y holandesa y el exilio de la lengua. El loro, que ya nunca más estaría ahí para decirle a alguien que no hace otra cosa que parlotear. Eso es lo que hacemos todos, parlotear y parlotear, sin poder evitarlo, desde la cuna hasta la sepultura, y el loro indonesio lo sabía mejor que ninguno de nosotros.

Hertie llora a mi lado afligida y no encuentro palabras para consolarla. Se queda sola en un país desconocido del que ignora la lengua y desprecia las costumbres. Me dice que Willem quería que yo tuviera el anillo del loro. Que se lo había repetido la noche anterior, como si supiera lo que iba a pasar. Willem aprovechó que ella había ido a comprar comida al supermercado para tomarse algún fármaco y matar al loro como he visto matar en mi vida a tantos pájaros, desnucándolos cruelmente con los dedos de una mano. Esto lo supe después, cuando el anillo de Willem ya estaba en mi poder. Hertie me dice que no me corte y lo coja cuanto antes. El loro conserva aún su belleza y el esplendor de su plumaje, aunque la rigidez comienza a hacer mella en sus extremidades. Esto lo percibo cuando trato de levantarle la pata para desprender el anillo. Está duro y me veo obligada a arrancarle el anillo intentando que no se altere el estado de los dos cuerpos, porque los enfermeros no tardarán en llevarse a Willem al tanatorio del Hospital Carlos Haya para hacerle la autopsia antes de iniciar los trámites de repatriación. Hertie me cuenta que, cuando vino a buscarme, ya había hablado con el cónsul. Willem quería que lo enterraran en suelo holandés y así será, en la ciudad de Delft, donde nació el pintor Vermeer, tan admirado por Carlos, como sabría años después. Como no era creyente, no tendrá una ceremonia religiosa, pero sí un funeral

militar, me dice Hertie. Por todo lo alto. Va a recibir hasta una condecoración póstuma por los servicios prestados durante la guerra. Era lo único en lo que creía de verdad. En los valores castrenses y en la trascendencia de la nación en la historia. Palabrería, me digo, imitando el estilo del loro lingüista, palabrería y nada más que palabrería. *Parloteo*. No quiero insultar a Willem, que está muerto porque así lo ha querido, ni ofender a su viuda Hertie con mi insolencia e impertinencia, bastante tiene con lo que le ha caído, y me marcho de la casa con mi nueva posesión en el bolsillo de la camisa, el anillo que me hace dueña de todo el conocimiento que necesito siendo quien soy y queriendo lo que quiero. El anillo de Willem, como compruebo en cuanto vuelvo a casa, es el depósito de información desconocida más complejo que existe en el mundo conocido.

El anillo me hace saber muchas cosas, pero me oculta otras, lis un objeto tan caprichoso como el corazón de los hombres. Y digo bien: de los hombres. Conozco mejor el de las mujeres y no somos tan caprichosas y arbitrarias como ellos. Me paso el resto del día bajo la influencia de la tristeza por la muerte de Willem, a quien no conocía del todo, por lo que he aprendido hoy. Ahora lo sé todo sobre él, he descubierto todas las mentiras que constituían su vida, pero ya han dejado de preocuparme. Ahora me obsesiona el anillo de Willem, por lo que le estaré eternamente agradecida. Me ha hecho el favor de mi vida. Es como si hubiera adivinado, por sus conversaciones conmigo, que una persona como yo necesitaba un instrumento de esta clase para orientarse en la vida. Un dispositivo anímico. Una brújula de información. Él no supo darle más utilidad que la del loro parlanchín. El chamán de Malaka era un infundio, una explicación mítica para engañar a una pobre niña con cuentos mágicos. Nunca existió ese chamán de familia numerosa. Ahora lo sé. Era el loro el que traía consigo el anillo, pero no acierto a saber por qué ni creo que me importe tanto como para perder el tiempo tratando de entenderlo. El anillo de Willem, ahora me doy cuenta, no me ha hecho invisible ni me ayuda a pasar desapercibida ante los

otros, todo lo contrario. El anillo de Willem me vuelve visible y, al mismo tiempo, vuelve transparente el mundo para mí. Soy más visible que antes, lo que entraña no pocos peligros, y el mundo se me ha hecho visible hasta extremos intolerables. Lo veo y lo oigo todo, lo quiera o no. Lo que nadie ve y nadie escucha, lo que nadie muestra y lo que nadie dice.

Es así como he sabido lo que mamá piensa de mí. Me considera una desgracia, en el fondo, pero me quiere, pese a todo, y está dispuesta a cuidarme y protegerme cuanto sea necesario. Todo lo contrario de papá, que me odia, aunque no tanto como a mi hermano Arturo, que no es suyo, por lo que entiendo. Es así como he sabido que Regina empieza a estar cansada de mí y de mis manías, ya no le importa tanto que no pueda ir con ella a Madrid a estudiar cine, como soñábamos cuando éramos más pequeñas. Es así también como he averiguado que León, en realidad, sí siente algo por mí que no sabe expresar ni traducir en actos. León me ha deseado siempre, cuando era de una manera y ahora que soy de otra, más que a todas las chicas con las que se enrolla, eso seguro. Más que a la rubia tetona con la que ahora se acuesta por sistema, para demostrarse que es capaz de ser tan normal como su padre y complacer a su madre. León me desea y querría que las cosas entre nosotros fueran diferentes, pero la verdad es que nunca ha querido complicarse la vida *y yo* soy, he sido y siempre seré una complicación para él y para cualquier hombre que quiera algo conmigo. He aprendido que el anillo de Willem es un objeto precioso que hay que saber utilizar con discreción y que no se puede llevar siempre encima. Es muy peligroso saber demasiado, en definitiva, saber siempre lo que piensa o siente la gente que te rodea, y lo que te oculta o teme confesar. Así que decido introducirlo en una bolsa de terciopelo negro en la que atesoraba desde hace años unas canicas de cristal de la infancia y la escondo en un hueco de la pared del armario de mi habitación donde guardo toda mi ropa de ayer y de hoy. El lugar donde mamá, en una de sus inspecciones rutinarias, no se atrevería a mirar nunca.

# 32

La «guarra de la galaxia», así llamaba yo a Regina en la intimidad para burlarme de sus tendencias más peligrosas en las postrimerías de aquellas jornadas históricas que vivimos en diciembre del 77.

No fue fácil vivir esos días, lo reconozco. La policía tomó la ciudad después de que se declarara el estado de excepción, y las que vivíamos lejos del casco urbano, como Regina y yo, nos quedamos sin medios de transporte con los que poder desplazarnos y participar en los acontecimientos. Se produjo el asesinato terrible de un sindicalista y hubo tiroteos en las calles y palizas policiales. Nosotras entendíamos lo que estaba pasando, aunque con solo quince y dieciséis años, respectivamente, nos parecía difícil calibrar el sentido histórico de todo aquello y nuestros padres guardaban un sospechoso silencio sobre lo ocurrido. Estaba claro para nosotras, bien instruidas en esto por la maestra Antolina, que el régimen anterior aún sobrevivía parasitando algunas instituciones y que algunos de los dirigentes en activo hacían todo lo posible por mantenerlo vivo.

Este hecho la historia con mayúscula lo escribirá con letras rojas y quedará como la verdad incuestionable de aquella época, sin duda, la lucha de las fuerzas de la libertad contra las de la opresión, la resistencia del bien contra el imperio del mal. Y así lo entendíamos Regina y yo, a nuestra manera peculiar, y por eso lo único que queríamos hacer aquel primer domingo de diciembre era ver *La guerra de las galaxias*, que por fin se había estrenado en un cine cercano y que llevábamos esperando con ansia desde el verano pasado, cuando conocimos las primeras noticias de su tremendo éxito americano. No había nada que tuviéramos más deseos de ver en salas en aquel momento que esa película de George Lucas. Regina recordaba el estreno de *Tiburón*, que la pilló veraneando en una playa francesa en el verano del 75, como un acontecimiento de similar trascendencia para quienes considerábamos el cine tan

significativo como la vida. En realidad, éramos tan apasionadas e inmaduras que, sin proponérnoslo con seriedad, acertábamos a conjugar cosas que eran incongruentes para otros.

Aquel domingo quisimos ir a verla, al poco de su estreno en una sala bastante inadecuada, por cierto, la del cine Echegaray, pero fue imposible. Había estallado la revolución, como digo, y las barricadas y los disturbios y la lucha cuerpo a cuerpo de los manifestantes con la policía represora eran la única película que se proyectaba en toda la ciudad para todos los públicos, como si fuera una película italiana en blanco y negro de las que le gustaban al padre de la cinéfila Regina, películas llenas de una espesa humareda gris y de explosiones de bombas y tiroteos a mansalva. Así que tuvimos que esperar hasta el sábado siguiente, ya pasado el tumulto y sus violentas secuelas, para poder ver la película que nos obsesionaba como pocas recientes. Compramos las entradas de la segunda sesión horas antes y asistimos a la proyección rodeadas de una insoportable manada de niños y adolescentes de sexo masculino que nos predispuso en contra de la película desde el principio, antes de que sonara la música de John Williams, que nos amarró a la butaca como un cinturón de seguridad, preparándonos para el asombroso viaje. Al acabar la película, Regina y yo, algo avergonzadas las dos por las complejas emociones que nos embargaban, pese a las serias molestias del público infantil, reconocimos mirándonos a la cara que era aún mejor de lo que habíamos imaginado.

Al salir del cine, iluminadas por los rayos estelares de las naves galácticas y las espadas láser, el mundo a nuestro alrededor nos parece ruinoso e irreal, un decorado con pretensiones neorrealistas, y erramos ensimismadas por las calles de la ciudad como flotando varios metros por encima del suelo, atrapadas en un circuito vicioso que nos lleva, sin darnos cuenta, a dar vueltas y más vueltas por el laberinto de las mismas calles estrechas, alrededor de la siniestra catedral, sin encontrar una salida a nuestra desorientación mental. Yo estoy fascinada, lo reconozco, por Luke Skywalker, me siento su igual, y advierto en el conflicto con el padre malvado, ya se intuye

ese parentesco entre los dos personajes, algo que me concierne muy íntima y profundamente, como luego se verá. Así se lo explico en vano a Regina, que apenas me escucha, ella está en lo suyo, encerrada en sus vivencias más solitarias. Ha vuelto a enamorarse de una pantalla de luz y color y camina como aturdida por la calle. Me dice que nunca ha sentido por nadie, excepto por mí, lo que siente ahora por la princesa Leia Organa y por Carrie Fisher, la actriz que la interpreta, una estrella radiante caída de la galaxia más lejana y luminosa.

Estamos en este estado de atolondramiento total, medio enamoradas, medio intrigadas, cuando se cruza en nuestro camino de baldosas amarillas una pareja de chicas encantadoras que nos abordan, a la altura de la plaza del Obispo, como si nos conocieran de toda la vida. Por un momento, antes de saber la verdad, pienso que Regina y yo transmitimos un brillo de tal intensidad que atraemos a las polillas que merodean por las feas calles de la vetusta ciudad en busca de flores de bonitos colores y pistilos vistosos. Pero son Claudia y Amanda. Claudia tiene veintisiete años y Amanda diecinueve, como llegaré a saber más tarde. Claudia conoce a Regina. Por lo visto, ligaron hace unos meses en una fiesta nocturna en una playa de Pedregalejo, ahora me entero, a la que yo no fui por desgana inexplicable, como es habitual, y Regina la adora como solo se adora a un ser superior. No puedo reprocharle nada, no es mi estilo, y menos hoy. Hoy me siento generosa, iluminada por dentro y por fuera, como un efecto especial. En el tiempo de las confidencias posteriores, Regina, creyéndome celosa de su amiga, me confesará que la experiencia con Claudia fue sensacional y que la tal Claudia, mejorando lo presente, es una leona auténtica en la cama y fuera de ella, una fiera feminista y una formidable depredadora de coños, palabra de Regina. Por su parte, Amanda ha vivido en Cataluña varios años y le gusta recordarlo con cualquier excusa. La hace sentirse distinta.

Por el modo en que Claudia abraza a su nueva novia, agarrándola por el hombro sin soltarla un segundo, se la ve muy posesiva y hasta

celosa y dueña de su destino y de quien está con ella. A pesar de esto nos dicen que van a tomar unas cervezas a un bar de calle Granada, cerca de la plaza de Uncibay, y que si nos apuntamos. Y Regina dice que sí enseguida, no quiere perderse nada de lo que Claudia tiene que decirnos, y yo la secundo sin problemas. Las dos chicas son muy expansivas y están locas por contarnos sus aventuras del movido fin de semana pasado. Se lo pasaron bomba, nunca mejor dicho, arrojando cócteles molotov contra los escaparates que se ponían a tiro y gritando consignas contra toda forma de autoridad que tuviera alguna relación con el sistema de opresión en que las mujeres vivimos prisioneras, palabra de Claudia, y huyendo de la policía, que es una hija de puta y defiende con violencia ilegal a todos los que quieren el mal del pueblo.

—Tendríais que haber visto a esta, que menuda es, cómo se puso con el escaparate de la tienda de Pronovias de calle Larios, ¿sabéis cuál os digo? La tía ve las luces encendidas del escaparate al pasar en la moto, lo entiende como un insulto dadas las circunstancias, se le ocurre la genial idea y me ordena a gritos parar delante mismo de la tienda. Era de madrugada y se oían las sirenas de la policía a lo lejos, y le digo que se dé prisa, que la poli nos sigue los tacones como perros de presa. Le dio igual lo que le dijera, a esta Amanda cuando se pone revolucionaria no hay quien la supere. Aquí la tenéis, sacándose de debajo de la chamarreta una botella de *brandy* fascista rellena de gasolina bolchevique con una mecha más larga que la lengua de su novia, y la enciende y la tira con todas sus ganas contra el cristal del escaparate de la tienda, que estalla en mil pedazos. Si la hubierais visto cómo se puso cuando vio los trajes de novia y los complementos ardiendo entre cristales rotos. Si no la paro a tiempo, casi se mete entre las llamas para echarles una mano y que se quemaran también los que estaban más escondidos en el interior. Y la tía mirando desde muy cerca, a punto de quemarse las pestañas, y aplaudiendo y celebrando con vítores cómo se abrasaban en el escaparate los uniformes de las reclusas del campo de concentración, el matadero machista del matrimonio. ¿No es así,

preciosa?

—Ya te digo, amor. Aquello sí que fue una boda por todo lo alto. Las bodas del fuego y la virginidad, las llamas y los tules y las gasas. Poesía pura para corazones incendiarios. Y las pelucas de los maniquíes ardiendo en la noche como antorchas feministas. Qué espectáculo. Casi me corro allí mismo pensando en todas las novias que iban a casarse desnudas gracias a mí y a mi acto de beneficencia sexual. Las veo subiendo al altar en pelota, con las tetas y el coño al aire, y pasmando al novio y al cura y a los padrinos y las madrinas, ¿te imaginas el reportaje fotográfico familiar y el álbum de recuerdos?…

—Menuda cabrona estás hecha, Amanda, mi amor. Si no te quisiera tanto como te quiero, pensaría que eres una terrorista de verdad, una partisana de la banda Baader-Meinhof de los cojones.

Las veía hablando a dúo, como dos profesionales de la provocación, y pensaba en cómo serían en la cama, no podía evitarlo, es la primera idea que me viene a la cabeza cuando conozco a alguien. La una, Amanda, era tan dulce y angelical como una virgencita rubia pintada con arte por Bellini, con esa nariz mediterránea carismática que tanto me gustaba en algunas actrices italianas, y la otra, Claudia, más grosera, era como un camionero vestido de cuero y con maneras rudas de pistolero del Oeste. Por cómo vestía era lo que parecía, un descargador de muelles con cara de bulldog amaestrado. Me las imaginaba enrolladas en la cama como al gorila King Kong y a su novia rubia, y por primera vez en la vida me compadecía de la rubia y odiaba al gorila violador. El beso que se dieron al terminar el relato revolucionario, con lengua y labios fundiéndose como el plástico de una muñeca bajo la acción sistemática de las llamas, nos dejó a Regina y a mí impresionadas. Estábamos aún bajo los efectos del estallido de la Estrella de la Muerte en la pantalla, como una liberación total, y no nos esperábamos que la realidad quisiera competir con el cine con medios tan poderosos.

—¿Hace otra birra, colegas?

Lo que ignoraba entonces, y Regina se encargó de contarme después, era que la tal Claudia trabajaba de celadora en el psiquiátrico del Hospital Civil y que Amanda la había conocido a través de su exmarido, que trabajaba codo con codo con Claudia. Al parecer, la noche en que Claudia sedujo a Amanda con un plan muy bien elaborado en que ambas pusieron mucho de su parte, primero hubo una cenita romántica en un restaurante elegante y luego velada íntima, con vestido blanco de novia incluido en la puesta en escena, en el piso de la celadora y celosa Claudia, una mujer en celo permanente. La más joven y atractiva tuvo que probarse el traje de novia teórica para complacer los gustos fetichistas de la más experimentada y someterse así a sus fantasías y deseos, que según Claudia es lo que deberían aprender a hacer todas las parejas de cualquier sexo. Familiarizarse con los fantasmas del otro miembro antes de que sea demasiado tarde y el deseo se muera de tedio y de asco. Y desde aquella noche apoteósica en que se casaron en la iglesia más sagrada que existe, la puta cama, palabra de Claudia, forman la pareja más explosiva que se conoce en esta ciudad libertina. Explosiva por partida doble. Por los orgasmos acumulados y por la insurgencia política. En cuanto aparecía la política en sus bocas, Amanda y Claudia se ponían a cien mutuamente, como una máquina de lanzar improperios y eslóganes al mismo tiempo. Cuando me preguntan de pronto si estoy contra algo, por ponerme a prueba, yo contesto lo de siempre por prudencia:

—Estoy contra el aburrimiento y la rutina.

—Muy bien, suena estupendamente. Nos gusta eso, ¿verdad, Amanda? Nosotras nunca nos aburrimos, ni solas ni cuando estamos juntas, y las rutinas se las dejamos a los perros y a los gatos de nuestros amigos y vecinos.

—Es un buen principio, desde luego.

No estoy dispuesta a dejarme intimidar por las chicas mayores de la banda y contraataco con una provocación inofensiva:

—¿Y vosotras contra qué estáis, si se puede saber?

—Contra los tíos.

—Contra los tíos sin excepción, ¿verdad, chochito mío?

—Ya te digo, amor. Odio infinito a la polla erecta y su satélite, el tiparraco maltratador.

—Somos las representantes locales del SCUM, ¿habéis oído hablar de Valerie Solanas?

—Ni idea, la verdad. ¿Es amiga vuestra?

—Esa no es amiga de nadie, no os equivoquéis, ni de sí misma, la pobre. Es una loca total. Una tía cojonuda. Vive solo por y para su gran proyecto global.

—¿A saber?

—Cortarles los huevos a todos los tíos y sembrarlos en la tierra como abono antes de imponer una dictadura feminista en la que solo puedan votar las tías, todas las tías, qué gozada, ¿no?

—Votar con el coño lo que les salga del coño…

—Suena prometedor.

Esta es Regina dejándose atrapar en la red.

—Si queréis, os podemos pasar unos libros para que os vayáis instruyendo en la cuestión. No vaya a ser que la revolución os pille desprevenidas, con las bragas bajadas, vaya…

—No te burles de nosotras, no te hemos hecho nada, por el momento.

—La verdad es que no os vendría nada mal adelantar trabajo. Vienen tiempos difíciles, hay que prepararse. Ya habéis visto la que se ha montado esta semana, qué pasada, ¿no? La reacción está que arde, los fachas huelen el fuego y se ponen como locos y la toman con todo el mundo, da un poco de miedo, si lo pienso bien, no sé por qué me río tanto…

## 33

Después de la sexta cerveza, bebida con prisa inexplicable, la rubia angelical y melosa nos cuenta su triste historia para que

comprendamos mejor la dura toma de posición, palabra de Amanda, que ha hecho en su vida. Ha vivido en Sabadell, nos lo ha repetido varias veces a lo largo de la noche, como si tuviera una Importancia especial en su vida, y por eso le gusta llamarse Amanda, le trae buenos recuerdos. Estuvo casada, poco tiempo, con el idiota que le presentó a Claudia. Se quedó embarazada de él, Amanda dice preñada para poder despreciarlo más, cuando solo tenía dieciséis años y él le leyó un poema de Rubén Dario haciéndolo pasar por suyo, qué caradura. Aprovechó la turbación emocional del poema en la delicada sensibilidad de Amanda, que entonces se llamaba simplemente Carmen, para desnudarla como quien no quiere la cosa y meterle el pene todo lo que pudo en su cuerpo virginal sin protección alguna.

—Yo era virgen entonces, imaginaos. El tío se quedó a cuadros cuando vio la sangre en la punta del nabo y casi se desmaya ahí mismo.

—Los tíos no tienen remedio, ya veis, son un error de la naturaleza. Hay que castrarlos a todos.

Amanda se quedó embarazada y se casó con el poetastro, que no se llamaba Rubén ni tampoco Dario, pero usaba esa máscara lírica para seducir a vírgenes ignorantes con éxito garantizado. Y el tío, encima, era miembro destacado de la CNT. Una noche, ya casada, viendo una película de terror en televisión, le dio un sobresalto tremendo que la mandó al Hospital Civil de cabeza. Regina se atreve a preguntarle por el título, eso se llama pertinencia cinéfila, y Amanda le dice que solo recuerda que era española y de vampiros, doble escalofrío en la noche. La buena noticia fue que el ginecólogo libertino que la estaba tratando durante el embarazo se tiraba también al marido, está de moda la experimentación en todos los terrenos, ya se sabe, y no veía con buenos ojos que una pareja tan atractiva y joven, con toda la vida por delante para decidir, cargara desde tan pronto con un hijo no deseado, que eso era la criatura en palabras del buen doctor. Así que forzó el parto, o provocó el aborto, la cosa fue bastante confusa, sin comunicárselo a

la chica ni a su marido, quizá sí a la familia de este, que era connivente.

—Os juro por lo más sagrado que vi a mi niña en brazos de una enfermera mientras me recuperaba a duras penas de la anestesia y era clavadita a mí, no sé cómo pasó. Estoy convencida de que el hijo de puta del médico me robó a mi niña, nos hizo creer a todos que se había muerto y se la llevó del hospital esa noche y se la regaló en secreto a algún jerarca franquista impotente para que le alegrara la menopausia a la momia de su señora esposa.

—No sabes, Amanda, lo guapa y *sexy* que te pones cuando te enfadas así.

—Me dio un ataque de furia cuando me enteré de que me habían matado a la niña o me la habían robado, nunca se sabrá, ¿os dais cuenta? Creo que mordí a una enfermera en el brazo y le pegué un puñetazo en la cara a otra. Los insulté y los llamé de todo. Me puse como una fiera. Los llamé fascistas, los llamé genocidas, los llamé nazis. Yo qué sé. Todo lo peor que pasaba por mi mente. Por poco me atan a la cama con sogas…

—Me estoy poniendo a cien con tu historia otra vez. Estoy loca por volver a casa y darte tu merecido, perra.

—Me amenazaron con internarme en un manicomio si no me calmaba. Mi familia intervino y convenció al médico de que estaba bien y se me pasaría con el tiempo. Que era el *shock* natural del parto. Yo sabía que no. Esa furia se apodera de mí cada vez que algo me violenta por dentro. Es un mecanismo defensivo.

—¿Vas a querer que te haga esta noche otra hija como más te gusta?

—No seas guarra, amor. Estas chicas están presentes.

Era verdad que Amanda, la antigua Virgen del Carmen desflorada por el falso poeta modernista y anarquista anónimo, resplandecía cuando se activaba en modo revolucionario, se le encendían los ojos y las mejillas, sin que se le borraran del todo los rasgos del ángel seductor que habitaba en su cuerpo y en su cara. Regina estaba embobada con la novia de Claudia y no paraba de mirarla en silencio

reverencial, como si fuera una santa en una hornacina impartiendo bendiciones a diestro y siniestro. Y yo me imaginaba, porque la conocía mejor que su madre y su padre juntos, las imágenes que se proyectaban en ese momento en la pantalla de su cerebro. La estaba filmando mientras se desnudaba en su cabeza, desde todos los ángulos posibles y algunos imposibles. Imágenes que la censura habría eliminado de cualquier película de Hollywood de la época. A mí también empezaba a gustarme Amanda y me caía mucho mejor que al principio, cuando nos presentaron, que la encontré algo tonta o despistada, qué sé yo.

—¿Os venís a casa a tomar una última birra? Así os puedo pasar los libros de Solanas y alguna otra cosa interesante para que os pongáis al día. Vivimos aquí al lado.

La invitación de Claudia iba en serio, no era un gesto formal como los que estábamos acostumbradas a sufrir de tantos lugareños más largos de lengua que de generosidad, y lo probó pagando de su bolsillo las casi treinta cervezas que nos habíamos bebido las cuatro en la hora y pico que llevábamos en ese bar sórdido sin ser conscientes de nada más.

Cuando nos disponemos a salir, mientras Claudia planea hacer una visita al meadero, palabra de Claudia, a ungir de hormonas femeninas la taza del váter para camuflar su origen en la industria patriarcal, como anuncia al levantarse de la mesa con ímpetu militante, y Regina se ofrece a esperarla dentro, se le ven las ganas de restablecer el contacto coloquial con su amiga, me las arreglo para emparejarme con Amanda e invitarla a salir del ambiente viciado del bar y tomar el aire fresco de la noche.

—Soy feliz con Claudia, no me malentiendas. Aunque muchas veces pienso que más que una relación lo nuestro es una reivindicación constante, una forma de protesta permanente, no un modo de vida que quiero que dure mucho tiempo. No sé si me explico. A veces me siento confusa y no estoy convencida de lo que hago. No lo veo nada claro.

—Vaya. Se os ve tan enamoradas, tan compinchadas, no sé, tan

cómplices en todo. Cualquiera habría dicho que no había nada malo en vuestra relación.

—Y no lo hay. Vamos, ni bueno ni malo, a ver si me entiendes. Últimamente la relación con Claudia me asfixia un poco. Es demasiado posesiva. Cuando se enfada conmigo por cosas que hago o que digo golpea las paredes y da patadas a los muebles, no te puedes hacer una idea de cómo se pone. A lo mejor es porque me quiere mucho y esa es su manera de expresar el amor. O todo lo contrario, nunca se sabe, porque me odia a muerte y no sabe cómo decírmelo para que la deje en paz. Ya te digo que ahora mismo estoy hecha un verdadero lío. A comienzos de año creo que me iré a León a pasar una larga temporada y a descansar de todo esto. Tengo allí una buena amiga. Es una pesada. Está siempre a punto de divorciarse de su marido y me invita continuamente a que vaya a visitarla, y he aceptado por primera vez. Es una señorona burguesa, si la vieras paseando con sus abrigos de piel, sus joyas y sus taconazos, pensarías que no me pega nada, pero me vendrá bien cambiar de aires.

Íbamos caminando despacio la una junto a la otra y me detuve de pronto, en mitad de la calle, para volverme hacia Amanda y mirarla a la cara y a los ojos, brillantes después de decir esto, como si esperara más revelaciones sorprendentes. Y así fue.

—Fíjate que no me he corrido una sola vez con Claudia, no se lo cuentes a tu amiga, por favor. Claudia me mataría si supiera que te lo he dicho. Vamos, ni con Claudia ni con nadie. No sé lo que es un orgasmo, qué desgracia. Leo y escucho lo que se siente y flipo con lo que dicen, pero nunca lo he vivido en primera persona. Tampoco con mi exmarido, ya te imaginas. Claudia, en cambio, se lo pasa estupendamente conmigo. Me magrea por todas partes, me pide que la acaricie y le chupetee esas tetazas caídas que tiene, esa es la condición principal para ponerse cachonda enseguida, y luego se me sube encima y frota su coño contra mi barriga hasta que se corre, como una fuente, varias veces, y me deja la piel toda empapada de flujo. Y ya está, eso es todo. ¿Te das cuenta?

Sentí un terror indescriptible, visceral, al escuchar esta confesión impúdica. Sentí que había sido un error aceptar acompañar a estas chicas tan simpáticas y deslenguadas a su casa. Yo solo tenía quince años y mis problemas, pese a todo, eran los propios de una adolescente a esa edad. Vale, era más madura de lo que indicaba el dígito de mis años, pero comparada con estas dos guerrilleras comprometidas yo era una ingenua integral y Regina aspiraba a dejar de serlo por todos los medios a su alcance. Y lo peor de todo, por lo que empezaba a ver, estaba por llegar. La metamorfosis en curso. Había cometido el fallo de dejar hablar demasiado al ángel del cielo, que se estaba transformando de repente, alimentado por el fuego de sus palabras, en un demonio furibundo del infierno, una Carrie White de tendencias desbocadas y manías incontrolables.

—Te cuento todo esto por si te has hecho ilusiones y te has creído que, porque Claudia esté trabajándose a tu amiga para comerle el coño en cuanto lleguemos a casa, yo voy a hacer lo mismo contigo. No estás tú loca ni nada. Ya se te está yendo de la cabeza la idea, a ver si te enteras. Yo no me acuesto con nadie que no sea Claudia. Que lo sepas, niñata.

Se me ocurrió mirar el reloj para distraerme del ataque injustificado. Eran las once y cuarto de una noche que se había vuelto bastante antipática al final, y si Regina y yo corríamos un poco aún estábamos a tiempo de coger el maldito autobús de las once y media y ahorrarnos una buena pasta en taxi. Después de ver *Taxi Driver*, por cierto, habíamos decidido no volver a coger uno en mucho tiempo, pero esa noche, antes de todo esto, habíamos pensado darnos licencia para conocer a otro conductor psicópata y reconducirlo al buen camino.

—Que te den por el culo, mamona de mierda. Habrase visto la poca vergüenza, si será fresca la tía…

Estaba claro. Era hora de corregir el rumbo de la noche. Amanda la Furiosa estaba aún lidiando con sus demonios, como poseída, cuando decidí plantarla sin despedirme, temiendo que pudiera clavarme sus colmillos en el cuello o morderme la mano o escupirme

espumarajos verdes a la cara, y deshice el camino que habíamos hecho juntas para ir a reunirme con Regina, que venía hacia mí por la calle abrazada por Claudia como si fuera su nueva propiedad y dándose besos tenues en las mejillas y en los labios, besos de los que nada auguran. Le dije que no me sentía bien de repente y que si nos apresurábamos podíamos coger el último autobús y volver pronto a casa. Fui persuasiva y Regina, que no debía de pensar que la noche en brazos de Claudia, con Amanda como testigo de cargo, prometiera mucho, aceptó sin casi pensárselo. Le hicimos un gesto de despedida en la distancia a la solitaria Amanda y echamos a correr por el hiperespacio de la ciudad, como el Halcón Milenario en la película, para llegar a la parada de Puerta del Mar y subirnos al autobús a toda prisa cuando estaba a punto de marcharse sin nosotras. Eramos las únicas pasajeras de esa noche y nos pareció una profecía, aunque no supimos nunca de qué. Hasta que no llegamos a la parada de El Atabal, media hora después, no hicimos otra cosa que comentar todo lo que nos había gustado *La guerra de las galaxias* y qué ganas teníamos ya de disfrutar de las fascinantes secuelas de la saga que se anunciaban en la promoción de la película.

Al acostarme, los fotogramas de esta se me habían borrado y, sin embargo, no se me iba de la cabeza la imagen de Amanda, tan sola y desorientada, inmóvil en mitad de la calle sin saber adónde ir ni qué hacer, mirando hacia nosotras, como pidiendo ayuda sin saberlo, o llamando nuestra atención con gestos contradictorios. Teníamos concertada una cita importante en el futuro, después de atravesar numerosas vicisitudes cada una por su cuenta, y ninguna de las dos, ni Amanda ni yo misma, qué ironía, supo intuirlo entonces.

## 34

Hace mucho que no veo a León. Hace mucho que no me llama.

Temo de nuevo que no quiera verme más. Que haya encontrado a una chica a su medida, que le dé todo lo que él quiera y necesite para sentirse bien, y se haya olvidado de mí y de todo lo que nos une desde hace tanto tiempo.

Recuerdo la primera vez que me sentí mujer con León y no un objeto desechable. Duró poco, es verdad. Fue en el invierno del 78, a finales de enero. La tarde de un domingo soleado se me ocurrió, para sacarlo de casa, invitarlo a dar un paseo por la urbanización con mi hermano Arturo y conmigo como niñera y aceptó. Arturo no estaba enfermo todavía, o no lo sabíamos, y a León le encantaban los niños, me lo había dicho muchas veces. A muchos hombres les divierte jugar con ellos y sentirse padres antes de hora, como si volvieran a ser niños por un momento, o recordaran lo que se siente como preparación para tenerlos y enfrentarse al hecho. Cosas así. Arturo y yo fuimos a recogerlo a su casa en calle Sumatra y parecía feliz cuando salió por la puerta y me dio un beso en la mejilla a mí y dos a mi hermano. Colocamos a Arturo en el centro y lo cogimos cada uno de una mano, León de la derecha y yo de la izquierda, y así comenzamos el paseo calle arriba por Sumatra.

Cuando llevábamos ya un buen trecho, sin saber adónde íbamos, paseando a la deriva por Célebes Timur, con Arturo entre nosotros, me sucedió de pronto. Empecé a sentir en lo más íntimo de mi cuerpo, con una excitación extraña, que yo era la mujer de León y que Arturo era nuestro hijo y los tres formábamos una familia. La sensación era cada vez más estimulante y perturbadora, acompañada de una inquietud sexual incomprensible. Empezaba a creer en la realidad de todo aquello que me estaba pasando, y lo creía con tal intensidad que me convencí de que era cierto de algún modo, de que no era una fantasía ni una imaginación mía, como diría mi psiquiatra. León era mi marido y mi hermano era nuestro hijo. Tan simple como eso.

Al llegar a un lugar solitario, más arriba de calle Célebes Barut, ya fuera de la carretera de asfalto y grava y lejos de las casas y los jardines, atravesando un camino de tierra que ensució de polvo los

zapatos blancos de domingo de Arturo, un lugar despoblado que yo había buscado de manera deliberada para que nuestra experiencia pudiera culminar en algo serio y sólido, tomé la decisión de decírselo a León enseguida. Estaba convencida de que yo no era la única en sentir eso, de que León también sentía algo parecido, de que el sentimiento era recíproco y ese largo paseo con Arturo por las calles más empinadas de la urbanización había logrado cristalizar entre nosotros una relación nueva, diferente, y quería compartirla con él de inmediato y a ser posible confirmarla cuanto antes para que no se nos escapara la oportunidad que el azar nos había entregado.

Nos habíamos detenido para descansar del paseo junto a un árbol centenario de grueso tronco que estaba allí desde el principio, mucho antes de que se pensara en urbanizar El Atabal. Sentado en el suelo a unos metros de nosotros, Arturo nos daba la espalda, practicando un educativo juego con unas piedrecitas pulidas y unas conchas diminutas que había encontrado rascando la tierra a su alrededor hasta hacer dos hoyos pequeños. Y León reposaba su cuerpo contra el tronco del árbol tomando un poco de aire y contemplando el paisaje montañoso que se veía en el horizonte, hacia el oeste, mucho más allá del pueblo del otro lado que se extendía a nuestros pies. Yo me mantenía a una distancia equilibrada de ambos, de Arturo y de León, poniendo en orden mis ideas, confusas, y calmando mis emociones, tumultuosas.

Quería poner a prueba la realidad de mi deseo comunicándole a León lo que sentía por él. Estaba tan alterada que no encontraba la claridad de las palabras que podría ayudarme a evitar malentendidos. León había sido durante todo el paseo más cariñoso con Arturo que conmigo, y yo tenía miedo a su respuesta. Pero no me arredré y se lo dije del mejor modo que pude. Le dije todo lo que había sentido durante el paseo, le dije lo que creía que significaba y también le dije que mis sentimientos eran firmes y no producto de un arrebato o un capricho momentáneo. Me acerqué adonde estaba y, sin pedirle permiso, sellé mis palabras con un beso apasionado en la boca, pero León no se inmutó. Y me atreví a

decirle algo mucho más arriesgado, teniendo en cuenta quién era León:

—Nada me gustaría más, amor mío, que tener un hijo contigo ahora.

El silencio de León fue tan expresivo como el brusco salto que dio de pronto para apartarse de mí. Pretendía evitar el contagio, me dijo, ya que en el estado de locura en que me encontraba sería capaz de quedarme embarazada solo con pensarlo, magia ancestral, y con el roce de su piel y sus labios.

—Este es el único hijo que quiero tener contigo, a ver si te enteras de una vez, bonita.

Y mientras soltaba esa grosería insultante, que me hundió en el abismo y logró arruinar el magnífico palacio de invierno que yo había construido con la imaginación para alojar el fuego de nuestro amor, León se desabrochó el botón del vaquero, se bajó la cremallera hasta la mitad, agarró mi mano derecha, que era la más cercana, y me obligó a tocarle la cosa, que no estaba todo lo dura que él habría querido, sino *morcillona*, como dicen los amigos de León, sin darse cuenta de que convierten su intimidad más preciada en chacina barata y a ellos mismos en charcuteros de barrio.

—¿No te gusta nuestro hijo?

Yo estaba preocupada por la situación y no hacía más que mirar a Arturo, que jugaba con sus piedras, hoyos y conchas ajeno a nuestros sucios manejos, temiendo que se volviera en algún momento por casualidad y descubriera lo que León le estaba forzando a hacer a su hermana mayor. Estaba tan excitada sintiéndome aún, pese a su aparente rechazo, la mujer de León, la mujer que le proporcionaría un hogar, compañía, sexo y muchos hijos; estaba tan sumida en mi fantasía de mujer, mi sueño de convertirme en una mujer como otra cualquiera, una mujer como mamá, en suma, que mi mano de uñas carcomidas palpaba y acariciaba el pene de León sin que este me forzara ya a hacerlo. Mi mano había cobrado autonomía completa, sintiéndose más femenina que el resto de mi cuerpo, y realizaba sus deberes de mujer con

placer, sin quejarse, mis dedos subían y bajaban por el tallo ya endurecido, sintiendo la humedad y la suavidad del tacto, y luego bajaban de nuevo en busca del objeto que más me intrigaba desde que era niña y veía la cosa de los caballos y los perros erguirse sobre ese bulto. Lo acogí primero entre mis dedos sudorosos y luego lo abracé en la concavidad de mi palma para darle calor, el núcleo blando de la virilidad de León, atrapado en mi mano como un pájaro muerto de frío que no puede volar por sí solo. La raíz de su fuerza y de su actitud despectiva ante el mundo y los seres despreciables que lo pueblan. Los testículos, envueltos en una bolsa de pelo y pellejo áspero, resbalaban como materia grasa cargada de una energía pasiva que latía bajo mis dedos.

—Nuestro hijo está hecho un hombrecito, ¿eh?

No podía articular palabra. Estaba demasiado ensimismada en mi mundo de sensaciones y no necesitaba hacerlo. Me temblaba todo el cuerpo una vez más y no sabía cómo disimularlo. Sentí cómo León derramaba su semen por sacudidas sin esperar a que sacara mi mano de la bragueta, así que se manchó por todas partes. En aquella mano llena de grumos que tenía frente a mí ahora se había deshecho una parte importante de mi fantasía femenina. Olí el semen adherido a mi piel y me recordó de repente a la crema de renacuajos muertos que mi amigo Hugo me había enseñado una vez en su casa y dado a oler para mi disgusto profundo. Encerraba a las larvas de rana en un tarro tras sacarlas del arroyo donde nadaban, y luego eliminaba el agua sucia y las machacaba con un mortero creando una pasta repugnante que al cabo del tiempo hedía a pescado muerto y atraía a toda clase de moscas y mosquitos, que era lo que Hugo, como darwinista de vocación, buscaba atrapar a su vez para continuar el ciclo. Así el semen de León entre mis dedos aquella tarde paradisíaca.

La experiencia me hizo sentir frustrada, como a muchas mujeres después del primer contacto sexual con el hombre que creen el hombre de su vida, antes o después del noviazgo y la noche de bodas. Frustrada, insatisfecha, desilusionada. ¿Eso era todo? Aquella

fantasía de ser la mujer de León me reveló, de manera anticipada, como diría Alicia, mi psiquiatra, la realidad de la vida de las mujeres. Ya sabía lo que significaba ser la mujer de un hombre y compartir con él el sueño del amor y la fantasía del hijo. Ya lo había conocido con pelos y señales y no necesitaba experimentarlo de nuevo, me decía tratando de engañarme. A partir de ahora, podría huir de lo convencional y vivir como quisiera, sin ataduras innecesarias ni obligaciones inútiles.

Qué bonito mensaje. No me lo creía ni yo. No había terminado de limpiarme con un pañuelo de papel el abundante semen de León que aún impregnaba mi mano derecha, cuando decidí limpiar los últimos restos frotando el vientre del delincuente que la había puesto a su servicio, la piel del vientre del futbolista, tan tensa como la del tambor, el cuero tieso del atabal, listo para golpearlo con las baquetas. Y no se me ocurre otra cosa después, en plena excitación, que echarme sobre él y volver a meter una mano, la izquierda esta vez, sin miedo, en la trampa donde me aguardaba la víbora, con sus dientes de goma y su veneno de vida y de muerte, y la cojo ya sin miedo a la mordedura peligrosa. Ha empezado a perder vigor y me gusta aún más así, sometida a mi deseo irrefrenable. Le digo entonces a León, plantado de perfil contra el tronco del árbol, que estoy loca por darle un beso en la boca, y se vuelve hacia mí y toma él la iniciativa. Me muerde los labios con fiereza, pasando luego la lengua sobre ellos para sanar las heridas y metiéndola después hasta el fondo de la garganta. León trata mi boca como una herida en carne viva que requiere cirugía urgente, la desinfecta a fondo con la lengua y luego le aplica con los dientes los puntos de sutura necesarios. La verdad es que me deja tan noqueada y obnubilada con su estilo de besar, que ha ensayado hasta la saciedad con muchas otras chicas antes de mí, que me quedo ahí paralizada, como en éxtasis, acariciando su pene sin control con la mano izquierda, dejando que su boca siga trabajando a destajo sobre la mía como un cirujano en un quirófano sobre un cuerpo postrado. Y vuelve a derramar su leche caliente sobre mi mano, y yo a sentir

una vibración insólita en el sexo cuando lo hace. Al terminar, suelta la presa de su boca, me mira a los ojos con esos ojazos azules con los que mata a su víctima en la corta distancia y se ríe complacido con lo que está pasando.

—Nunca pensé que llegaría a esto contigo.

Y me declaro, sin rodeos. No tengo tiempo que perder.

—Desde hoy soy tu mujer, León, y puedes hacer conmigo todo lo que quieras.

—Tú lo has querido. Mañana en mi casa, a las cinco. Estaremos solos.

## 35

Y fui a su casa, sí, y fui su mujer durante unas horas, sí, y unos días, sí, y unas semanas, sí, e hizo conmigo lo que quiso, sí, por delante y por detrás, sí. No necesito entrar en detalles. La experiencia León es así de radical. O la tomas o la dejas. Hacerte sentir un agujero en el universo es su meta principal. Un agujero desnudo. Solo eso. Por qué vas a desear ser otra cosa. La experiencia León da sentido a tu existencia como agujero en el mundo de los agujeros. Tú existes como agujero para eso. Un agujero rodeado de materia comestible, eso eres para León, de la mañana a la noche, qué rica la materia comestible, qué acogedor el agujero. Y a mí no me importó serlo. A quién pretendo engañar. Fue la consumación de nuestra noche de bodas, los primeros días de casada, el primer año de matrimonio. Todo en uno. Me siento mujer y estoy contenta. Me siento un agujero y soy feliz. No hay nada de malo en ello si sabes entenderlo. Al contrario. Me resulta de lo más excitante. Ser un agujero tiene sus ventajas objetivas. Hasta mamá me lo nota y piensa que estoy saliendo por fin del agujero. Metáfora por metáfora. Agujero por agujero. El agujero que ella tiene metido en la cabeza no es el mismo agujero abyecto donde yo estoy metida

viviendo la experiencia León. El agujero de gusano. Y llega el día en que León se cansa de este agujero que soy y quiere otros agujeros que se le ofrecen por todas partes, el mundo está lleno de ellos, es paradójico, y me deja tirada y agujereada, me abandona a mi ser agujero sin remedio. Y yo me siento más agujero que nunca. Un agujero y nada más que un agujero. Y no hay un agujero en que pueda meterme a llorar mi desgracia que no se parezca a una tumba. Un hoyo en la tierra. El agujero de agujeros.

## 36

Durante meses, un extraterrestre vino a verme mientras dormía. Entraba en la habitación sin hacer ruido, sabiendo que yo estaba sola, durmiendo, y lo escuchaba caminar descalzo sobre la moqueta. Se sentaba en el borde de la cama y se quedaba ahí un tiempo impreciso, sin hacer ni decir nada, como meditando en lo que pensaba hacer, o esperando a que me volviera a dormir enseguida, si me había despertado, para poder actuar con toda la libertad. Y luego, de buenas a primeras, metía la mano por debajo del edredón y empezaba a hurgar en mi pijama, sin desabotonarlo ni moverlo de sitio, para jugar conmigo a su juego favorito. Dos o tres noches por semana, pasada la medianoche, se repetía la visita puntual, sin falta. A veces venía una sola vez. Con eso era suficiente para él. Todo esto ocurrió en la otra casa, donde pasé la infancia, y de la que me acuerdo poco, tampoco de esto con mucho detalle, tiempo antes de irnos a la urbanización El Atabal a vivir en la nueva casa de calle Java. Y cuando tuve mi primera regla, a los once años, creo recordar, cesaron las visitas nocturnas y el extraterrestre desapareció para siempre de mi vida. Fue milagroso. De todos modos, el extraterrestre hablaba poco y en voz muy baja, como murmurando, y una de las cosas que me decía, mientras jugaba conmigo, es que yo era más rara que él, lo que me parecía una forma de consuelo o

una justificación un poco extraña, la verdad. Como si por ser rara, signifique esto lo que signifique en la lengua del extraterrestre y en la mía propia, no tan distintas, se pudiera jugar conmigo a cosas que, con otras niñas, por no hablar de mujeres, a las que también visitaba por lo visto cuando ellas se lo permitían, no se podría jugar sin tener problemas.

Una vez mi amigo Picky quiso hacerme lo mismo que me hacía el extraterrestre y se lo permití. Estábamos juntos en la cabaña y los demás miembros de la pandilla de Padang nos habían dejado solos para ir en busca de otros materiales con que terminar de construir una cabaña que se volvía cada vez más grotesca por la acumulación de elementos incongruentes. Con todo, la cabaña era espaciosa, limpia y confortable, no como otras cabañas de niños que conocía, verdaderas pocilgas para cerdos. En el interior olía, en aquel momento, a un vago aroma dulzón y como afrutado que provenía de los troncos cortados de las plataneras que servían como asientos para las reuniones del grupo. Mientras hablábamos de nuestras cosas tan tranquilos, Picky empezó a manosearme, de repente, por encima de la ropa, y le permití que lo hiciera y que prolongara sus exploraciones con la condición de que parara en cuanto se lo pidiera. Cosa que hizo a regañadientes, tan pronto se lo dije. Creo que se había hecho la ilusión de que podría llegar mucho más lejos conmigo, esa tarde allí en la cabaña, aprovecharse de que estaba sola y de que podía apetecerme dejarme llevar por la situación. Le costó ponerse freno, y como era un guarro me obligó a que le oliera los dedos, los dedos con los que había estado jugando conmigo a placer, para que comprobara lo único que le atraía de mí. Y lo hice sin dudar. Esa era yo, sí. Me reconocí sin asco. Y él también lo hizo, sin avergonzarse, para que supiera que lo iba a seguir haciendo durante toda la tarde, olisquearse los dedos y quizá dárselos a oler a los otros miembros de la pandilla para que fueran aprendiendo, y que, por ser tan tonta, me había perdido la oportunidad de descubrir algunas cosas nuevas con su ayuda. Ese día comprendí que los niños no saben nada, no se enteran de nada, se creen que una niña sola

es una ingenua y una boba que no sabe nada de nada y a la que se le pueden enseñar una o dos lecciones sobre la vida en cualquier momento. Pobres. Ya tienen bastante con lo que tienen. Supe entonces, en aquella cabaña que olía a podrido, mientras Picky se levantaba y se iba en busca de sus amigos, dejándome aún más sola y abandonada que al principio, quién era el extraterrestre que me había visitado durante la infancia en la otra casa, qué era lo que quería de mí al actuar así y por qué, cuando ya estaba acostumbrándome a sus visitas, ya no me asustaban como antes, las interrumpió de pronto.

Cuando vi *Encuentros en la tercera fase* con Regina en la gran pantalla del cine Albéniz, en marzo del 78, hacía mucho tiempo que el extraterrestre había dejado de venir a verme con asiduidad, pero fue contemplando con asombro las imágenes de esa película como comprendí que el extraterrestre que había estado visitándome por la noche, en mi habitación, y jugando conmigo como más le placía, no era amorfo e inexpresivo, un muñeco de goma movido por hilos como los que salían de la nave nodriza al final de la película, sino todo lo contrario. Un ser de aspecto reconocible, a pesar de la oscuridad del cuarto, y con un olor muy definido, con matices circunstanciales como el hedor del alcohol, el sudor rancio o el aroma del sexo de otra mujer para añadirle realismo a la experiencia. La vida inteligente no abundaba aquí abajo, todo sea dicho, y quizá por eso los espectadores más jóvenes que habíamos visto la película éramos los que mejor entendíamos su mensaje.

Por fin me atreví a contárselo a mamá esa misma noche, y no le dio importancia, como era su costumbre. Todas las niñas a esa edad, me dijo, pasan por experiencias similares. Eso significa ser niña, y con más razón si eres un bicho raro como yo. Mamá aprendió muy joven a jugar con las palabras y con el lenguaje para disimular y encubrir la verdad y me transmitió ese don innato. Pero yo le di la vuelta, cambié su función, como cambié yo misma, de la noche a la mañana. Yo uso el lenguaje para desnudar la realidad. Y desnudarme a mí. Me gusta estar desnuda. Me gusta la desnudez.

Me sienta bien.

## 37

Me acuerdo mucho de Tana, y decirlo así me llena de tristeza, como si hubiera muerto. Cómo no iba a acordarme de la chica que fue mi primer amor verdadero. La primera mujer de la que me enamoré perdidamente, un amor que mantuve, contra el desgaste del tiempo y los caprichos de la vida sentimental, durante casi tres años. Tana era aféresis de Cayetana, y ya su nombre, igual que el de otras chicas que conocería en la intimidad como nunca las conocieron los tíos con los que se relacionaban, aunque tuvieran sexo con ellas, predisponía al amor y al silencio. Nada de lo que se dice de ese nombre propio en los libros de referencia corresponde a la verdadera personalidad de Tana. Para mí ella fue, cuando la conocí en la primavera del 78, el mejor antídoto pensable contra el veneno inoculado en mi sangre por León y la familia leonina cuando este amenazaba con acabar con mi vida. El amor por Tana, pese a todo, fue tan eficaz para devolverme a la vida como un antibiótico contra el virus de la gripe.

Tana era la hija menor del arquitecto de la casa de El Atabal. Rafael, ese era su nombre, un viejo amigo de la familia desde la época en que mi padre tenía negocios en Marbella, casado, para su desgracia, con Marie-Françoise, una francesa muy loca y maleducada. Rafael era pintor en sus horas libres y le había prometido a papá hacía años pintarle un retrato para que el cuadro ocupara un lugar de privilegio en el salón de la casa de calle Java, en la pared situada frente a la chimenea, vigilando sus dominios como el águila ibérica con las alas desplegadas posada como decoración sobre el alero de ladrillo visto. Esa chimenea ante la que mi padre, estuviera encendida o apagada, se fumaba cada tarde de domingo la pipa de la semana. En el cuerpo disecado de esa ave

rapaz, según decía, se albergaban el espíritu de la raza y las almas de los antepasados.

Y llega la ocasión de conocer a Tana, en su propia casa, cuando menos me lo espero y menos preparada me siento para recibir otro golpe emocional en la vida. Es un domingo de mediados de abril del 78, y mientras el padre de Tana pinta con esmero el retrato de mi padre, al óleo y con espátula, yo paseo con Tana y con Paco, un amigo suyo del instituto, por los alrededores de Villa La Judía, que es el excéntrico nombre de la finca donde Rafael construyó la casa familiar al otro lado del Río Verde, en la zona que los lugareños llaman la Milla de Oro de Marbella, no lejos de Puerto Banús. Tana está obsesionada con el novio de su hermana mayor, Carolina. Le gusta demasiado y finge odiar los rasgos de su carácter y su comportamiento. No sabe cómo disimular ante nosotros que le encantaría robarle el novio a la hermana para vengarse de pasadas *afrentas, por más* que se queje y diga no soportar las manías de Manuel, el afortunado novio de Carolina. Tana se pasa toda la mañana y parte de la tarde contándole a su amigo Paco los pormenores de su relación tormentosa con Manuel, y yo me conformo con participar en las confidencias como oyente silenciosa, un muro de atención discreta que opongo a la histeria creciente de Tana cuando llega la hora de comentar los percances de la última visita escandalosa de Manuel al chalet para encontrarse con Carolina en el dormitorio, en ausencia de los padres, ayer mismo, sábado por la noche. ¿Se puede enamorar el muro de la mujer insensible que lo utiliza para desfogar la contrariedad de sus sentimientos y mentir sobre la causa de estos? Mi amado Shakespeare diría que sí, y yo también, como modesta discípula en materia de amores enfermizos.

Tana me recuerda bastante a Karen Black, la actriz rubia y bizca pero fascinante como un amanecer tropical, que descubrí en *La trama*, la última película de Hitchcock, que Regina me arrastró a ver en el cine Alameda hace un año y medio, en octubre del 76. Ella la había visto en París en julio de ese mismo año, en un cine de los Campos Elíseos, le gustó mucho y me convenció de la necesidad de

despedir al gordo genial en una sala de cine como se merecía. Caí subyugada ante el encanto maléfico del personaje, su atuendo misterioso y la fascinante interpretación de la actriz, a quien solo recordaba haber visto antes en una pantalla en *Aeropuerto 75*, donde interpretaba a una azafata tan enamorada del piloto Charlton Heston como Tana lo estaba ahora del insufrible novio de su hermana mayor. Las revistas francesas de cine que Regina leía con fervor anunciaban que podía ser la última película de Hitchcock y que el título original en inglés así lo anunciaba, ya que incluía un juego de humor negro entre el crimen cometido por familiares y la zona del cementerio donde se entierran los muertos de la familia. La familia es un crimen en sí misma y los crímenes se pueden cometer en familia, dónde mejor, como el incesto, con total impunidad.

El cine Alameda era un lugar idóneo para ese ambiguo funeral del maestro, aún vivo, que Regina quiso concelebrar con mi asistencia necesaria. La sala era lujosa, con cortinajes de terciopelo rojo y asientos forrados en rojo más propios de un teatro de ópera Italiano que de un cine de estreno comercial. Solo le faltaban los palcos y los candelabros y un fantasma enmascarado oculto tras la pantalla para aproximarse al modelo. El público estaba constituido en exclusiva, como si Regina también las hubiera invitado para acompañarnos en el homenaje luctuoso, por un séquito de señoronas envueltas en ostentosos abrigos de pieles de los que no se desprendieron en toda la proyección para no resfriarse con las corrientes del otoño. Fue una despedida acorde al encanto mágico de la película y salí del cine hechizada por la mirada extraviada de Karen Black.

Y ahora, mucho tiempo después, la tenía de nuevo ahí, a mi alcance, con la cara más dulce y los ojos menos inquietantes, bajo la apariencia de una chica de quince años, marbellí de origen mestizo, hija de un arquitecto y pintor gaditano de apellido italiano y carácter *afable y de una* madre *alsaciana* de temperamento explosivo, como la hija, que quería ponerle más cuernos al marido arquitecto de los que se merecían los feos edificios públicos que proyectaba para sus

amigos de la Administración municipal. Me sentía atraída de manera insistente hacia esa chica irresistible y no la dejé sola ni en el cuarto de baño, adonde la seguí para colarme con ella en un momento de distracción y descubrir el único defecto de su anatomía, el culo caído, como decía mi madre sobre otras mujeres con insultante naturalidad. Su indiferencia hacia mí era tan palpable como mi creciente obsesión por ella, y creo que se sentía molesta conmigo por mi acoso involuntario.

Por la tarde, cuando ya hacía más de una hora que se había ido su amigo y confidente del instituto y la conversación decayó en preguntas sin sentido y monosílabos perezosos, Tana y yo nos fuimos a su cuarto a ver, a petición mía, un programa de televisión en el que emiten vídeos musicales y actuaciones de cantantes en directo y en el que descubro, para mi sorpresa, el tráiler de *Fiebre del sábado noche*, de estreno inminente, que me deja aún más confundida que la cara y el cuerpo de Tana y con unas ganas locas de verla en cuanto la estrenen en una sala de Málaga. La discusión con Regina para acudir al estreno la semana siguiente en el cine Alameda merecería un capítulo entero. No soporta al actor principal, un macarra grasiento como tantos otros que contaminan la urbanización con su mal gusto musical y sus motos ruidosas, la música de la banda sonora, compuesta por los Bee Gees, le parece hortera a más no poder, y los escenarios de la discoteca, pretenciosos e irreales. No doy crédito. Mi amiga Regina está comenzando a interiorizar los criterios espurios y la prosa despectiva de las revistas de cine, nacionales e internacionales, que son su única lectura inteligente, como ella dice siempre con ironía.

Entre tanto, Tana sigue hojeando unas revistas de moda femenina que su madre le ha traído de Francia y que la tienen fascinada con los nuevos diseños de ropa para el verano caliente que se avecina. No le interesa nada el programa que estoy viendo en la tele, no se esfuerza en esconderlo, y solo está esperando con paciencia y cortesía hacia la invitada a que me vaya de una vez cuando nuestros padres lo decidan. Da por hecho con facilidad que

no merece la pena compartir el contenido de las revistas conmigo y que lo que ponen en la tele, como casi siempre, es un muermo. Tana actúa con arrogancia hacia mí, esto no me había pasado nunca, como si no existiera ningún punto en común posible entre nosotras. Nada tampoco de qué hablar que no sea, por mi parte, decirle cuánto me gusta, cada vez más, y cuánto me gustaría volver a verla lo antes posible, pero me avergonzaría enseguida y me reprimo. Por la suya, el resumen de su pensamiento es aún más sencillo: no tengo nada que decirte y cualquier cosa que pueda interesarme en la vida no te concierne, y lo que tú puedas decirme, te lo anuncio de antemano, no me interesa en absoluto. Las consecuencias son evidentes. Bostezos, parpadeos, bostezos de nuevo, dedos que rascan con ahínco la piel suave que pica sin motivo en zonas del cuerpo cada vez más distantes, labios carnosos que resoplan de aburrimiento cada poco, nariz altiva que desprecia sin conocer. El desencuentro entre nosotras linda con lo desesperante.

Cuando me despido, tras recibir desde lejos la llamada de mis padres, Tana da saltos de alegría, aunque trata de disimularlo, y yo le prometo, como una maldición, que volveremos a vernos pronto. Los padres de ella, de mutuo acuerdo, ven atractiva la propuesta de que venga a pasar unos días en verano con Tana y reciben con alegría la noticia de que mis padres están conformes. Los padres de Tana deben de estar muy preocupados por el devenir de la chica, la ven todo el día pensando en lo mismo, todo el día comiéndose el coco con los tíos que le gustan o podrían gustarle si ellos lo entendieran e hicieran lo necesario para complacerla, imagino que el novio de su hermana Carolina pertenece a esa complicada categoría. Y los padres entienden que Tana necesita con urgencia una amiga de confianza de su misma edad con la que pasear y hablar de las preocupaciones comunes más agobiantes. Una amiga de verdad. Y qué mejor que la hija de unos buenos amigos. Mis padres redoblan el apoyo a la propuesta y se acuerda la visita para julio, mejor a final de mes, así Tana tendrá tiempo de viajar a Francia antes, como

todos los veranos.

En el camino de vuelta, metida toda la familia a disgusto en el Citroën GS, me distraigo de mi nueva obsesión por Tana observando, antes de que caiga la noche, el cuadro de mi padre pintado por el padre de Tana con delicadeza artesanal. Papá sale muy favorecido en el retrato del amigo. La técnica, óleo aplicado con espátula sobre el lienzo desnudo, suaviza sus defectos faciales y realza sus encantos ocultos. Examinando el cuadro, dispuesto de pie en mitad del asiento trasero para que papá pueda admirarlo en el espejo retrovisor mientras conduce, descubro que mi padre posee muy marcadas las facciones angulares del actor americano John Carradine, a quien mi madre odia desde que era joven. Mi hermano Arturo, sentado al otro lado, no las tiene. Yo tampoco. Los dos hemos salido parecidos a mamá en todo. Misterios genéticos que la pintura, no sé por qué, revela mejor que la fotografía.

## 38

Regina es una mujer misteriosa. A veces adopta estrategias para comunicarse conmigo de manera lateral. Hace cortometrajes, pero nunca ha querido enseñarme ninguna de sus películas ni permitirme participar en su realización. Dice que son muy malas y que solo le sirven para ir aprendiendo el oficio. Es obvio que miente, y no tardaré en descubrir por qué. Un día me pide que la acompañe al cine sin preguntar nada más. Ponen una película que se llama *El diablo, probablemente*. Me hace creer que es una película de temática ocultista en la línea de *El exorcista*, que a las dos nos gustó mucho cuando la vimos hace un año en una reposición del cine Coliseum en una copia infame, otra película de terror sobre los traumas más virulentos de la adolescencia. Regina me engañaba, ya había visto la película por su cuenta y ahora quería volver a verla conmigo, y solo encontró esa trampa para que la acompañara, a

pesar de mi resistencia a ver nada que no fuera cine americano.

El cine Zayla estaba especializado en cine minoritario, pero me dejé engatusar por Regina y reconozco que fue una experiencia desconcertante. Para empezar, éramos diez personas en la sala, ocho adultos, todos hombres maduros, Regina y yo, en una primera sesión a las cinco de la tarde de un sábado de mediados de mayo. Los ocho hombres, de barbas carcelarias, repartidos por toda la sala como vigilantes, se sentían incómodos y no pararon de mirarnos, tratando de intimidarnos con su insistencia, hasta que no se apagaron del todo las luces de la sala y comenzó la proyección. Se comportaban como una sociedad secreta de cinéfilos que reaccionaba con sospecha y nerviosismo ante la presencia de un par de espectadoras profanas. Y estaban en lo cierto. La película no me gustó o no la entendí o me confundió, como preveían los ocho sectarios, que no se movieron de sus asientos, como hipnotizados, hasta que terminó el último crédito de la película y se apagó el proyector y se encendieron de nuevo las luces de la sala, liberando a los espectadores del maleficio. Los actores y las actrices, por llamarlos de algún modo convencional, me resultaron insoportables, y su forma de actuar de lo más extraña. La historia de Charles, el joven protagonista, que al final obliga a un conocido suyo a matarlo con una pistola en un cementerio parisino, no consiguió interesarme demasiado. No es que me aburriera exactamente, como le dije a Regina a la salida. Era un sentimiento mucho más complejo y difícil de describir. Desconcierto, perplejidad, inquietud, quizá. Entiendo que ese efecto en el espectador era pretendido por el director, Robert Bresson, a quien no conocía de nada. Regina, lectora de revistas francesas, me explicó que este cineasta se arrogaba la invención del cinematógrafo, arte de las imágenes en movimiento que era el único en conocer y practicar con rigor en todo el mundo. A juzgar por la película, que no se parecía a ninguna otra que yo hubiera visto hasta entonces, tenía toda la razón.

En todo caso, a mitad de la película, más o menos, hay una secuencia que me intrigó hasta el final de la proyección y mucho

tiempo después. El futuro suicida, el joven protagonista con cara de santurrón medieval, se sube a un autobús con un amigo y le comenta a este que el Gobierno tiene la mirada corta, y otro pasajero le contesta que eso es falso, que al Gobierno lo controlan las masas, como sabe todo el mundo. Se organiza entonces en el Interior del autobús un divertido debate, como el que podríamos haber organizado a este lado de la pantalla si los ocho cinéfilos no hubieran sido tan antipáticos con Regina y conmigo, sobre quién gobierna el mundo en realidad, qué fuerzas oscuras controlan a su vez la voluntad de las masas y, por tanto, las decisiones del Gobierno, y uno de los pasajeros, un hombre mayor sentado en su asiento con un aplomo que lo hace parecer un filósofo o un teólogo de rostro austero, como el anciano exorcista de *El exorcista*, replica con la misma frase que da título a la película: «El diablo, probablemente». Y el chófer, al oír esto, detiene bruscamente el autobús y se baja a toda velocidad por la puerta delantera, abandonando el vehículo a su suerte, y a los pasajeros, que aún se encuentran en su interior, preguntándose por lo que está pasando. Es una idea brillante, lo reconozco, la de tratar este tema esotérico de un modo tan ligero y cotidiano, y me hace pensar que toda la película está planificada para acoger esta escena, que contiene la verdad de lo que quiere transmitir el director. Es decir, la verdad que es la enorme dificultad para averiguar qué es la verdad. Qué es de verdad la verdad. Y por eso Charles, el chico protagonista, que ha sido testigo del intercambio de palabras, se suicida al final desesperado, a través de otra persona, porque su búsqueda de la verdad se ha revelado inútil, estéril o demasiado pesimista, y ni siquiera conserva la fuerza moral necesaria para apretar él mismo el gatillo de la pistola.

Cuando se lo comento a Regina, repuesta ya de la visión de la película en la estrafalaria compañía de aquellos fanáticos, paseando calle Victoria abajo, me dice que no está de acuerdo, pero que quizá el hecho de que el director sea tan católico como Hitchcock ofrezca la explicación más fácil al sentido de esa escena que a ella, sin

embargo, le ha parecido bastante banal e intrascendente. Y a mí, todo lo contrario, profunda y significativa. No hay consenso entre nosotras. En cualquier caso, está contenta de que me haya interesado en parte la película y me aleje un poco así de lo que ella denomina el círculo vicioso de influencia del cine americano en mi mente. Es entonces cuando me confiesa que ya la había visto, que no se había enterado de mucho la primera vez que la vio, no lo niega, que leyó después una crítica en una revista francesa donde la ponían por las nubes y le entraron ganas, antes de que la quitaran del cine, de volver a verla, esta vez conmigo, aunque fuera recurriendo al engaño sobre lo que íbamos a ver en realidad. Se lo agradecí con un beso, como solía. Ese día confirmé, por si me quedaba alguna duda, que el cine me sirve para reconocer las cosas de la realidad. Primero las veo en la pantalla y luego las reconozco en la calle. Así funciona para mí el mecanismo cinematográfico. El cine me permite comprender la vida de un modo original. La literatura, por más que leo, no lo consigue igual, y mira que lo lamento.

## 39

Por eso no me sorprendió, mientras Regina *y yo* íbamos callejeando después de salir del cine, sin saber muy bien adónde ir ni qué hacer, ver cómo sin darnos cuenta nos íbamos metiendo en una manifestación que se estaba formando en la plaza de la Merced y que avanzaba ya por una de las calles principales hacia el centro histórico, protestando y cantando, y nos unimos a ella sin pensarlo mucho. Me sentí como el chico de la película, arrastrado por las corrientes de un mundo que no sabes de dónde viene ni adónde va, pero que, mientras dura la experiencia, te permite aprender o vivir cosas que no habrías imaginado antes.

Es una manifestación del Movimiento Comunista, ahora la

identifico por sus banderas y símbolos, y Regina me ha dicho que ya ha participado en algunas y hasta las ha filmado con su cámara de super-8 para ponerse a prueba como cineasta documental. Regina es una caja de sorpresas y hoy está destapando sus secretos mejor guardados. Se la veía contenta, era la experiencia perfecta, me dijo. Ver en mi inteligente compañía esa película tan inteligente, palabra de Regina, y participar ahora en esta manifestación le parecían acciones complementarias. Yo me reí, y por un momento, entusiasmada también con lo que estábamos viviendo juntas esa tarde primaveral, pensé que Claudia y Amanda aparecerían por alguna parte cogidas del brazo y dándose besos para sumarse al acontecimiento y recordarnos la misteriosa conexión entre todos los niveles de la realidad. Pero no fue así.

Había mucha gente joven que caminaba junto a nosotras proclamando sus consignas de protesta e invitándonos a cigarrillos, detalle que a Regina le encantó. Pensaba que para ser una cineasta Importante había que ser también una gran fumadora, cosa que yo discutía, creyendo en mi ingenuidad característica que el espectador podía fumar o drogarse por carecer de poder creativo, mientras el director debía evitarlo para centrarse en su trabajo de creador con todas sus energías. Tras callejear sin parar por un recorrido cada vez más estrecho, llegamos a una plaza minúscula en la que no cabíamos todos, por lo que nos vimos obligados a agolparnos linos cuerpos contra otros en un espacio promiscuo, y donde había una tarima no muy alta a la que se subieron algunos líderes y comenzaron a soltar a voz en grito sus eslóganes y sus discursos, en los que se nos instruía sobre el futuro y las promesas de perfección del futuro, aunque todos los allí reunidos, más de los previstos por la organización, conjugáramos ese futuro, perfecto o imperfecto, y esas promesas vitales en presente de indicativo y hasta de subjuntivo. Sonaron luego los emocionantes acordes de *La Internacional* y la muchedumbre se lanzó a cantar, puño en alto, ese himno centenario con una pasión enfervorecida que nos sobrecogió a Regina y a mí y logró contagiarnos su ardor revolucionario. Los principios de la

propaganda se resumían, para mí, en tres fundamentales: hacer la Revolución, devolverle el Poder y la Libertad al Pueblo y acabar con el Capitalismo. Eso proclamaban también las pancartas en letras rojas de trazo grueso, y eso coreaban a voces los cientos de manifestantes anónimos que se congregaban en aquella plazoleta anodina a reivindicar su ideario radical.

Cuando empezábamos a aburrirnos de ver gente turnándose en la tarima para lanzar las mismas proclamas sin fin y de discursos que no conseguían decir nada nuevo, o nada que fuera capaz de sorprendernos a los que participamos de manera pasiva en el acto multitudinario, amontonados en unos pocos metros cuadrados para escuchar lo que tenían que anunciarnos, se oyeron de pronto gritos agudos en la vanguardia de la manifestación, la zona más próxima a los líderes subidos a la tarima dando el mitin. Se convirtió al poco en un clamor reiterado. Que eran los fachas, que venían los fachas o que atacaban los fachas, no recuerdo el verbo con exactitud, pero sí el efecto de estampida y la agitación que causó en el entorno de la plaza. Recuerdo con nitidez, era la primera vez que veía un espectáculo similar, cómo vi aparecer a un grupo de tíos vestidos con camisas azules y armados con palos y cadenas saliendo de la nada y golpeando sin venir a cuento a todos los manifestantes con los que se cruzaban. El revuelo de cuerpos que se montó de repente a mi alrededor me sumió en la confusión y el miedo, y vi que Regina se esforzaba para no distanciarse demasiado de mí y protegerme con su cuerpo. Tuve tiempo de ver cómo los líderes saltaban de la tarima, tirando sillas y objetos desconocidos sobre los asaltantes antes de hacerlo, y cómo se lanzaban en busca de estos para darles su merecido a golpes. Se oían gritos, consignas violentas, alaridos, insultos. Aquello no era una revolución, por mucho que la hubiéramos invocado en nuestros cánticos, sino un tumulto violento que acabó con heridos graves en ambos bandos.

—Suele pasar —dijo alguien situado justo detrás de mí—. Está todo calculado.

Me volví despacio y vi a un hombre de unos cuarenta años que

me sonreía de un modo mefistofélico que reconocí enseguida. La cara de canalla profesional y una oreja amputada, la derecha, para realzar su aspecto siniestro, lo delataban como agente faccioso. Llevaba un chaquetón de cuero negro y un sombrero de cazador para rematar su imagen de matón a sueldo, detrás de la que ocultaba su verdadera identidad. Regina también se volvió cuando le hice al desconocido la pregunta obvia:

—¿Y usted quién coño es, si se puede saber?

Y me respondió, para tomarme el pelo:

—El diablo, hija, soy el diablo, quién si no, el príncipe de este mundo, y estoy infiltrado en todas partes, ¿no lo sabes ya?

En ese momento, sintiéndome sola frente al enemigo en medio del ruido y la furia que me rodeaban, la pelea proseguía en toda la plaza, no me reí ni una pizca de lo que estaba oyendo. No me hicieron ninguna gracia sus palabras, a pesar de su extravagancia, porque estaba viendo la cara de poseído que se le ponía al tipo mientras me transmitía la contraseña diabólica como si le saliera de la boca del estómago o de más abajo, del canal de los intestinos y el ojo del culo. Se me heló la sangre al escuchar el mensaje de ultratumba, una advertencia dirigida a mí por razones inexplicables, y Regina intervino para salvarme, a grito pelado, de la fascinación inconsciente que me producían desde siempre estos impostores del submundo infernal. Estaba temblando.

—No le hagas caso, cariño, es un facha. Camaradas, venid todos, aquí hay un facha infiltrado.

Y el agente del mal, con sus múltiples disfraces como estrategia para volverse invisible entre la gente, se largó lo más aprisa que pudo, apartando cuerpos a empellones, cuando vio venir hacia él a cámara lenta a una multitud de manifestantes agresivos, que ya habían dado una paliza fenomenal a los atacantes de las porras y las cadenas y se habían quedado con ganas de linchar a alguien. Ahora querían el postre suculento, un pastel de sangre y vísceras cocinado en el horno mientras se golpea sin piedad al presunto líder del ataque, como pensaba Regina por error, hasta hacerlo apto para los

paladares más exigentes.

Cuando la manifestación comenzó a disolverse a desgana, Regina me cogió de la mano con fuerza y me sacó de allí lo más aprisa que pudo. Me arrastró a un bar cercano, donde estuvimos hablando de todo lo que habíamos vivido esa tarde, compartiendo cigarrillos rubios y bebiendo cerveza de la misma jarra espumeante. Le digo entonces, mientras intento calmar mis emociones, que el facha que he visto en la manifestación era idéntico al hombre de la película que hablaba en el autobús del diablo y el gobierno del diablo y que solo el recuerdo de su cara me provoca escalofríos. Regina me dice que no tenga temor a los violentos, son unos cobardes, en el fondo, apostilla, y me explica lo esencial de la experiencia política con una frase que atribuye a Hemingway, una frase célebre que dice que el fascismo es una mentira contada por fanfarrones. Recuerdo que cuando le conté todo esto a Carlos, meses después, él me dijo que conocía la frase y que Regina había sabido utilizarla, con gran acierto, en el momento más adecuado.

Y luego Regina y yo tuvimos que correr otra vez para coger en Puerta del Mar nuestro maldito autobús de las once y media, donde no viajaba nadie a quien pudiéramos plantearle las inquietantes cuestiones que la película proponía a sus espectadores y obtener algunas respuestas alentadoras. No era la primera vez que Regina iba a una manifestación de esta clase, como ya dije, y creo que el plan de la tarde lo había urdido ella pensando en mi educación personal. Primero una película sesuda que me hiciera pensar mucho y me caldeara los nervios, atrapándome en su red de problemas sin solución, y después una sesión de política insurgente que me descubriera otros horizontes intelectuales. Qué buena maestra de escuela habría sido Regina de no haber pensado, como muchos de los cineastas que admiraba, que el cine era el medio educativo por excelencia.

# 40

El demonio ha entrado en mi habitación esta noche. Ha penetrado por la puerta del jardín. Durante el día esta puerta de rejas de metal pintado de negro y cristal ambarino se abre a todas las maravillas del jardín. El césped, la araucaria, los pinos, el jacarandá, el sauce llorón, los hibiscos, los rosales, los gladiolos, los tulipanes, las buganvillas, la piscina, las plataneras, la mimosa, la falsa pimienta, las adelfas, la glicina. Pero esa misma puerta, cuando cae la noche, se convierte en el último baluarte contra los monstruos y los asesinos que amenazan la casa. Muchas noches me despierto asustada por el ruido exterior y los escucho merodeando al otro lado del cristal y la reja que me protegen de sus pretensiones, desesperados y enfurecidos por no poder entrar.

A la mañana siguiente, al abrir la puerta al sol y a la luz del jardín, me encuentro en los tres escalones de ladrillo visto que bajan al césped desde la habitación con los restos del combate que ha tenido lugar durante la noche entre ellos y los perros guardianes. Pelos, uñas, dientes, trozos de ropa desgarrada, ramas rotas, sangre. Los enemigos del género humano se agolpan al caer la noche aguardando a que les permita acceder a la casa a través de la puerta de la habitación. Y nunca respondo a la poderosa llamada. Siempre me las arreglo para resistir a la tentación. Pero hoy ha sido imposible. No he podido hacer nada. Yo sabía que el más peligroso de todos los enemigos, el demonio, era el único que conocía los secretos de la cerradura. El único que podía forzarla sin violencia y penetrar en la habitación con sigilo, como ha hecho, mientras yo dormía. La batalla por la inteligencia de las mujeres se libra en todas partes, en cualquier momento. Dios me quiere despierta.

Ahí está ahora, sentado en la silla de mi escritorio frente a la cuma, con mis dos perros tumbados mansamente a cada lado. También ha sabido doblegar la voluntad de Sultán y de Dragón y vencer su fiereza. No se inmutan cuando me ven asustada en la cama, temblando de miedo bajo las sábanas, sin atreverme a hacer

un solo movimiento para escapar de la situación. El demonio, en cambio, fuma con parsimonia y la lumbre de su cigarrillo le ilumina el rostro en la oscuridad de la habitación.

—Tenía ganas de hablar contigo, después de nuestro último encuentro, no te habrás olvidado, ¿verdad?

Cómo iba a olvidar esa cara de pesadilla recurrente y esa oreja monstruosa que le habrían amputado en pago por algún crimen horrible. Lo estaba viendo otra vez, con el chaquetón de cuero y el sombrero de cazador, gracias a la escasa luz que me proporcionaba el mechero de gasolina cada vez que encendía un cigarrillo y la llama se quedaba prendida más tiempo del necesario.

—Si enciendes la luz, te mato. No he venido a esto, no tengo autorización, así que no tengas miedo. El otro día me quedé con las ganas, es verdad, cuando me viste en aquella manifestación, supongo que te acuerdas. Tuviste suerte de que tu amiga adivinara mi intención y me obligara a huir. El otro no tuvo tanta suerte.

—¿El otro?

—Caparros, ¿sabes de quién te hablo?

—Cómo no voy a saberlo.

—Se me puso a tiro como tú. A ese tenía más razones para cazarlo, pero contigo no habría dudado un instante. Es preciso que el mensaje del miedo llegue a su destinatario, y para eso lo mismo valía él que tú. El mejor mensajero del miedo que existe es la muerte. Un cadáver o varios, eso depende de la estrategia, pero es lo de menos. Con un solo muerto se pueden conseguir objetivos muy importantes. Que caiga alguien cada vez que la gente se levante. Es el fin. Que se grabe ese mensaje en la memoria de la gente. Cada vez que se levanten para pedir algo, lo que sea, alguien caerá. Es un reflejo pavloviano. La gente tiene instintos pavlovianos, ¿no te has dado cuenta? A fuerza de repetir el mensaje una y otra vez, levantamiento y caída, levantamiento y caída, el miedo se les va metiendo en la sangre y se les quitan las ganas de seguir levantándose.

—¿Y todo esto se aprende en alguna escuela o se nace

sabiéndolo?

—Mira que eres idiota, niña. Porque no me han autorizado a hacerlo, si no te iba yo a enseñar un par de lecciones muy útiles para la vida.

—Yo creía que era un policía el que había matado a Caparros y ahora descubro que fue usted, el demonio en persona.

—¿Te haces la retrasada mental o es algún jueguecito inventado por los mierderos de tu generación para reíros de vuestros padres?

—No se enfade, señor demonio, que cuando se enfada no da tanto miedo.

—Nos ha jodido, la cabrona esta. Qué tendrá que ver el uniforme con lo que pasó. A ver si nos enteramos. Qué más da que llevara uniforme o no cuando le pegué el tiro, ¿eres tonta o qué? Lo estuve siguiendo durante toda la manifestación esa de la mierda blanquiverde. Me parecía un perfecto don nadie, pero un don nadie que se podía convertir, por obra y milagros de un servidor, en un mártir para la gente y que se montara el follón que ya sabes. El tío estaba ahí, tan tranquilo contra la pared, descansando de la carrera que se había pegado con los compañeros para torear a la policía, burlándose de los antidisturbios y de sus porras y de sus balas de goma. Me acerqué, lo miré a los ojos y le disparé a bocajarro. Tan sencillo como eso. Se acabó lo que se daba para ese indeseable. Nadie me vio hacerlo y me largué de allí aprovechando el tumulto. Te imaginas lo contento que me sentí esa misma tarde cuando escuché la radio, y más todavía cuando leí la prensa al día siguiente. No hizo falta que mis jefes me felicitaran. Había logrado mi propósito. Una obra maestra.

—Y todo esto, señor demonio, ¿me lo está contando usted a mí, que no tengo nada que ver en ello, por alguna razón especial?

—Verás, niña, es muy simple. Te lo acabo de decir, pero no te quieres enterar. El otro día tu amiga te salvó la vida. Ya estaba a punto de darte el pasaporte al más allá como al tal Caparros y te escapaste de puro milagro. Mira que te había escogido con tiento, no fuiste la primera. Eras la mártir ideal. Una niña tonta como ella sola

que se mete por pasar el rato en una manifestación comunista de la que no entiende ni pijo. La víctima perfecta, vamos…

—Eso de que no me enteraba de nada lo dice usted, señor demonio, porque le conviene pensar así. Yo sabía muy bien por qué estaba allí y de qué iba aquella película, no se equivoque conmigo.

—Al final eso me da igual, no te confundas. Lo que importa es que al estar allí formabas parte del espectáculo, y si te mataba se armaría una buena, que es lo que verdaderamente me importa. Ya te he explicado cómo funciona el mecanismo del miedo en la gente. Pero tu amiguita, que es más lista que un demonio, se interpuso entre tú y yo y te salvó el pellejo. Y me jodió los planes. Fue un fallo imperdonable. Así que te lo debía. Te debía esta visita y esta explicación. Date por avisada. La próxima vez a lo mejor no tienes tanta suerte.

—Lo tendré en cuenta, señor demonio.

—Por cierto, para que veas que no te odio, niña, yo nunca actúo guiado por el odio, voy a hacerte un favor. ¿Conoces a Julito? Es vecino tuyo. Ni se te ocurra hacer amistad con él. Es muy peligroso.

—No sé de qué me habla.

—Lo que tú digas. Volveremos a vernos, descuida.

El sopor me vence y me quedo dormida otra vez. Cuando me despierto ya ha amanecido. La puerta se ha quedado abierta y entra frío. La visita del demonio no ha sido un sueño. El aire huele a tabaco y los perros están dentro de la habitación. Sultán duerme junto a la puerta con un ojo vigilante y Dragón se ha subido a la cama, como siempre, y duerme a mis pies. Me siento protegida.

## 41

Eso de ser un agujero más en un mundo de agujeros fue lo que sentí entonces, en la primavera del 78, cuando mi relación con León acabó fatal y me deshice con dolor de sus consecuencias

indeseadas, no tengo nada que añadir. Pero la traumática historia con León tuvo su epílogo. Un epílogo cómico hasta cierto punto. Sigo enamorada de León en vano, a pesar de todo lo sucedido, y sigo deseando con ardor poder realizar con él, algún día, esa fantasía de mujer que vi frustrarse con una violencia desconocida, aunque cada día que pasa León se distancia más de mí y yo lo sigo echando mucho de menos. No puedo evitarlo. Es más fuerte que yo.

Como no soporto el alejamiento, meses después de nuestro último encuentro voy a su casa a aclarar algunas cosas con él de una vez y para siempre, como diría mi madre, preocupada por mi estado mental durante las últimas semanas. Para empezar mal el plan, León no está en casa, y cuando Lolita, su hermana pequeña, me lo dice nada más abrirme la puerta y me anuncia también que Lola, la mamá de los dos, quiere hablar conmigo, me temo lo peor.

Estamos a comienzos de julio y la gran Lola está tendida en bikini sobre una toalla azul marino al borde de la piscina de aguas transparentes. El bikini es amarillo, y no sé por qué el escenario y los accesorios me traen a la memoria el episodio equívoco del verano pasado en la piscina de Mari Carmen, la mujer del presidente de la comunidad, que tendré ocasión de contar más adelante, cuando Carlos se convierta en su amante. Y, sin embargo, Lola y Mari Carmen son dos mujeres muy distintas, y no solo en el físico. Una, Lola, la mamá de León, parece una actriz de cine retirada y la otra, Mari Carmen, una actriz de cine en pleno apogeo, para entendernos, pero las dos son actrices de éxito en sus vidas y en las vidas de los afortunados que se aproximan a sus entornos con curiosidad y deseo. Creo que no se soportan, lo que no me extraña, conociéndolas. La urbanización no es lo bastante grande como para albergar en su territorio a dos monstruos de esta envergadura mítica, una viviendo en una gran casa de la parte alta y la otra en una gran casa de la parte baja. Guapas las dos para hacer saltar la electricidad de una casa, esté ubicada donde esté ubicada, con sus subidas y bajadas de tensión súbitas y sus cortocircuitos inesperados. Rubias las dos y con cuerpos atractivos, es solo la

diferencia de edad y de talla la que permite apreciar sus respectivos encantos. Cuarenta recién cumplidos, Mari Carmen, frente a cuarenta bastante avanzados, Lola. Esbelta y alta, Mari Carmen. Más baja de estatura, pero de formas más pictóricas y exuberantes, Lola. El busto rotundo de Lola es famoso en todo El Atabal, casi tanto como la silueta envidiable de Mari Carmen. La reputación de esta es intachable. Sobre Lola se rumorea, en cambio, desde que su marido la licenció hace años, que más de un residente, incluido mi padre, ha podido disfrutar de sus espléndidas dotes en la intimidad de un coche o en la habitación de un hotel. Es legendaria la generosidad de Lola con los hombres, sobre la que cotillean las otras madres cada vez que viene a cuento, en graves momentos de crisis, cuando se le cae la casa encima de la cabeza y no soporta la soledad sexual ni un minuto más. Lola me parece una de esas mujeres que necesita quedarse embarazada de cada uno de sus amantes, aunque luego aborte, viajando a Londres, sin preocuparse demasiado por las consecuencias de sus actos. Sé que suena a tópico, pero es verdad en este caso. A menudo los tópicos son verdades indiscutibles que a fuerza de repetirse nos aburren y nos obligan a cambiarlos por otros como quien se quita un vestido de un color y un diseño determinados para ponerse otro muy similar. Habría dado lo que fuera por ver una película donde estas dos mujeres carismáticas fueran antagonistas y tuvieran una escena cumbre en que todas sus viejas cuentas pendientes salieran a la luz del modo más melodramático. Si tuviera que elegir una ganadora en esa pugna de caracteres, siendo sincera, no sabría por cuál de las dos decidirme.

Y ahí está Lola ahora, la madre de León, exhibiéndose en todo su maduro esplendor junto a la piscina olímpica de su casa, con los pechos desbordando el sujetador del bikini amarillo en cuanto se incorpora para saludarme con una frialdad que choca con la tórrida temperatura del ambiente. Se toma su tiempo para recoger su larga melena rubia con una cola que fija con una goma amarilla que extrae de improviso del mismo lugar sagrado de donde este tipo de mujeres extrae todo lo que necesita para vivir. Un tesoro infinito de

objetos y utensilios que se pone a su servicio cada vez que lo necesitan para ayudarlas a imponerse sobre los demás. Quiere despejar su frente, no muy ancha, y afrontar con la amiga rara de su hijo una cuestión delicada con la mayor franqueza de que se siente capaz en ese momento.

—Querida, no puedo decirte que me alegra verte porque no es verdad. Te lo diré sin rodeos. Le he prohibido a mi hijo que te vea más. No es una relación sana. Eres una mala influencia para él. Mi León tiene que madurar y hacerse un hombre. Y tú no le convienes. Ahora tiene a esta otra chica con la que sale, cómo se llama, bueno, da igual. Lo importante es que le he dicho que se concentre en ella y en los estudios. Se acabaron los devaneos y los caprichos. Son una completa pérdida de tiempo. Ya se lo he dicho. La vida va en serio, deberías pensar en ello alguna vez. Te pido que lo comprendas y aceptes la situación sin crear problemas. Si mi León te llama para salir, le dices que no y ya está. Sin explicaciones. Él sabe por qué. Es bueno para los dos, ya verás. Hazlo por mí.

Lo más extraño es que mientras me suelta el sermón materno de todas las Navidades y fiestas de guardar, Lola ha liberado la hebilla del sujetador y se ha quitado las bragas amarillas a la velocidad del viento, y me muestra su cuerpo íntegro, tal como solo lo han visto los más allegados, marido, hijo o amantes. La moda del destape está haciendo furor en la vida privada también y no solo en las revistas y las películas, para trastorno de Regina, que es un alma débil, pero no logro imaginar qué pretende la madre de León con semejante exhibición ante mí de sus encantos más íntimos. No sé si ha podido enterarse por casualidad de lo que me pasó con Mari Carmen y su hija pequeña, María José, en la piscina de su casa hace un año y pretende rivalizar con ella por el título de cuarentona más *sexy* de la urbanización. O si quiere transmitirme un mensaje mucho más retorcido, visto que entreabre los muslos con descaro y separa las piernas lentamente para permitirme observar la sombra de su sexo al desnudo, la abertura maldita por la que su hijo desembarcó en este mundo con su auxilio infalible para hacerme sufrir aún más, a

mí y a todas las demás mujeres con las que se relaciona. No entiendo del todo lo que pretende insinuarme de forma tan provocativa, pero capto al vuelo la indirecta y me despido llamándola puta en mi cabeza, por supuesto, es usted una puta, señora, me digo, viendo lo que están viendo mis ojos con obscena crudeza, una erupción volcánica cada vez más Inexplicable, como si disfrutara infligiéndonos este insulto a mí y a toda mi familia, o dándome una lección perversa y ofensiva al mismo tiempo. Como si me estuviera diciendo, con descaro inaudito, que no tengo lo que hace falta para estar con su hijo y que debería conformarme con lo que la vida me ofrece en compensación. Siempre he sido bien educada y nunca insulto a nadie mientras pueda evitarlo. Mi madre me fabricó así, complaciente y servicial. Me río. Adoro estos epítetos, en la vida me darán muchas gratificaciones y muchas penalidades, y me muero de risa con la hipocresía de la situación. Si mi madre pudiera verme, no daría crédito. Pienso en lo puta que Lola está siendo conmigo, sin justificación posible, y en todo lo que me está echando a la cara como reproche solo para que deje de verme con el degenerado de su hijo. Que yo no soy buena para su hijo estoy dispuesta a aceptarlo siempre y cuando ella acepte que su hijo tampoco es bueno para mí ni para ninguna otra mujer, incluida ella. Así de simple. Pienso en esto, entro en bucle dentro de mi cabeza, no es para menos, con el espectáculo genital del que no puedo despegar la vista un solo instante, y no se me ocurre, en mi aturdimiento, decirle otra tontería más oportuna que esta:

—Así lo haré, señora, descuide.

Estamos programadas, ya lo digo yo y lo confirma Regina a su extraña manera, con sus palabras y sus actos, programadas como androides para servir al amo al que encima amamos y adoramos como esclavas. Sé que exagero, como siempre, pero ya no me importa lo más mínimo. La historia con León está finalizada, ha agotado todas las posibilidades que le quedaban para seguir con vida, y tengo derecho a echarle un último vistazo al cuerpo desnudo de la estupenda hija de puta que hizo de él un canalla irresistible.

Quiero retener sus fastuosas hechuras, algo deterioradas por el paso del tiempo, y transmitírselas luego a Carlos de memoria, a ver si se atreve a convertirlas en material plástico en combustión permanente, en pintura ígnea, y así sacármelas de la cabeza.

—No se te olvide darle recuerdos a tu madre de mi parte.

—Adiós, señora.

Los dioses del subsuelo me conceden una venganza imprevista en cuanto intento abandonar la casa en la que no volveré a poner los pies en mi vida. Cuando estoy a punto de salir al asfalto derretido de calle Sumatra, con ganas de tomar el aire puro de la mañana veraniega y tranquilizarme paseando por la frescura del arroyo cercano, superpoblado de vida animal en esta época del año, la niña Lolita me intercepta en el vestíbulo y me arrastra del brazo, caminando descalza, por un largo pasillo hasta su dormitorio. Pósteres musicales colgando de todas las paredes del cuarto, Linda Ronstadt, Yvonne Elliman, Jeannette, Stevie Nicks, Cher, Donna Summer, Mari Trini, Cecilia, Olivia Newton-John, Patti Smith, Carly Simón, Bonnie Tyler y yo no sé cuántas más cantantes de sexo femenino rebosando la medida de la idolatría adolescente. Un desorden de ropa por encima de la cama y de los muebles que revela el desorden amoroso en que se debate en estos momentos la criatura, una réplica inexacta de la madre vestida ahora con un *short* vaquero de color blanco y una camiseta rosa de manga corta con estrellitas de plata bordadas en el pecho y en la espalda. La pulsera de cuero marrón amarrada al tobillo derecho, en cuanto se sienta en la cama y cruza las piernas, la delata a mis ojos.

—No le hagas caso a mamá. Ya sabes cómo es.

Quiere consultarme un asunto urgente, yo que tengo mucha experiencia, dice Lolita sin cortarse, podría ayudarla a encontrar una solución práctica a un problema sentimental que no la tiene. Me río yo de mi experiencia y veteranía en asuntos de amor. Si Lolita conociera mi currículum, se partiría de la risa.

—He estado quedando con una compañera de clase todas las tardes durante el curso para estudiar juntas y hemos acabado

teniendo sexo a menudo. La verdad es que lo pasamos bien y creo que nos queremos.

—¿Y cuál es el problema?

—La madre nos ha pillado. Un día volvió a casa antes de la hora prevista, creo que se olía algo y lo hizo aposta, y nos pilló helándonos desnudas en la cama. No sabemos qué hacer. La madre de mi amiga nos amenaza con llamar a mi madre y contarle lo que está pasando si no lo dejamos. ¿Tú qué harías?

Quién era yo para darle ningún consejo sobre nada a esta chica. Me limité a decirle lo más conveniente para salir del paso. Que le olvidara de su amiga y se buscara otros problemas más serios. Y, si no era posible, que buscaran otra forma de hacerlo o cambiaran de sitio para encontrarse. Le dije lo que pensaba. Que por mucho que la madre se empeñara en separarlas no tardarían en repetir la experiencia con otra, ella o su amiguita. Al salir de la casa de calle Sumatra, me sentí aliviada y contenta. Me había librado de León con una facilidad asombrosa y, por si fuera poco, conocía el secreto explosivo que, tarde o temprano, arruinaría la arrogancia de Lola y, de paso, la de su familia de leones.

Tana me estaba esperando y nada podía ser más importante para mí entonces.

## 42

Llega finales de julio y todo ocurre como estaba programado. Mi padre me deja en casa de Tana temprano por la mañana y en la primera conversación, mientras me ubico en el entorno, percibo que nada ha cambiado entre nosotras desde la última vez. Qué esperaba, ¿que se me arrojara a los brazos y me declarara su amor y sus deseos de verme y estar conmigo de nuevo? Tana persiste en ser una criatura adorable por fuera y un monstruo de apatía y desdén por dentro, y no por eso me atrae menos. En este tiempo, ya

ha conseguido que la hermana rompa con el novio odioso y, aunque Tana no ha sacado ningún beneficio del asunto, al menos ha perdido de vista al energúmeno sin maneras que la atraía peligrosamente. Para que Tana y yo no nos aburramos más de la cuenta, a solicitud de ella, supongo, está de visita en la casa familiar una chica francesa que se llama Margot y que piensa pasarse aquí el resto del verano, por lo que entiendo, para hacerle compañía a Tana y ayudarla a practicar francés de la mañana a la noche.

Las tres nos vamos caminando hacia la casa de verano propiedad de la familia, en las inmediaciones de Puerto Banús. Un chalet de fachada blanca y muros blancos diseñado por Rafael en el estilo andaluz internacional que es su marca de estilo personal como arquitecto. Estoy en un territorio del que lo ignoro todo por ahora, y solo Tana puede guiarme en este tránsito de una casa a otra casa, de una casilla del tablero a otra casilla, como en el juego de la oca, todas delineadas sobre el papel por el padre arquitecto como laberintos de espejos para la familia y sus complejos problemas psicológicos.

Me enamoro de la piscina de aguas celestes, como suele ocurrirme, en cuanto me sumerjo en ella para hacer unos largos y refrescarme después del paseo, que ha sido más tortuoso de lo esperado. Y me niego a ir a la playa cercana cuando Tana y Margot, en bikini y cogidas de la mano, vienen a preguntarme sin muchas ganas si me apetece acompañarlas. No tengo celos. Es imposible tener celos de Margot, bastante poco agraciada para ser francesa pero simpática y charlatana. Quieren estar solas, por lo que entiendo, y yo no conecto con ellas. La francesa no hace otra cosa que hablarle a Tana de sus problemas sentimentales, a veces en tono crispado, y la española, mi amor, la deja expandirse todo lo que necesite sin añadir comentario alguno para evitar fricciones entre ellas. Tana se comporta con Margot como si su vida amorosa hubiera caído, desde la última vez que nos vimos, en el vacío total. Es demasiado evidente que no puedo salvarla de sí misma. En cuanto la hermana mayor, a la que no he visto esta vez merodeando por la

otra casa, debe de andar fuera de vacaciones, se eche un novio nuevo, seguro que el corazón de Tana resucita de golpe y con ella despiertan las viejas pasiones y los atavismos dormidos que le dan vida.

Lo bueno del hábitat de la piscina es que contiene un gran altavoz externo conectado al tocadiscos, que está dentro de la casa, y me permite escuchar música a todo volumen mientras me baño y tomo el sol. Coloco en el plato el disco *Even in the Quietest Moments* de Supertramp, que he encontrado con sorpresa rastreando en el salón una colección de discos de cantantes americanos de los cincuenta y sesenta, con la portada del piano nevado en mitad del paisaje alpino que no recordaba, y pongo la aguja al principio del corte de la canción «Give a Little Bit» y ya me siento como en casa de nuevo. Es la canción que responde a la situación ilógica en que me encuentro atrapada como una niña tonta, como diría mi amigo el demonio, ya me lo temía antes de venir. Enamorada de Tana, una chica que no quiere saber nada de mí y que solo me acepta o me tolera, aún peor, porque nuestros padres son viejos amigos. El plan no puede ser más triste e irritante. Cuando llega la hora de comer, ni los músicos de la banda británica, tocando como locos el vibrante temazo final, «Fool's Overture», son capaces de salvarme de la desolación de ir a la cocina, abrir la nevera y comprobar que no hay nada sólido y apetecible que pueda llevarme a la boca para calmar el hambre que la piscina y la natación han multiplicado por tres. Los calambres de estómago y los dolores de cabeza empiezan a competir, a falta de alimento, por ver cuál de los dos bandos me arruina la tarde con su persistencia. Consigo mantenerme a base de Coca-Cola fría, que es la bebida que prefiero para combatir el calor, y empiezo a preguntarme en serio qué hago aquí, para qué he venido. Si los tres días que me esperan en esta casa van a ser así, menuda diversión, más me valdría irme lo antes posible.

La multitud de dudas que me ha hecho sufrir durante la última hora y media se disipa en cuanto veo reaparecer a Tana en bikini

escoltada por su guardaespaldas francesa, la reina Margot de sus pesares y miserias, y me digo que solo por verla cerca de mí merece la pena haber venido y estar aquí, en su casa, pegada a ella. Ya no vienen cogidas de la mano, y deduzco que algún tema polémico las ha separado al fin durante su estancia en la playa. No puedo negar que me alegro. Esa distancia me favorece. Tana y Margot han tenido un instante de lucidez y se han acordado de que tenían una invitada esperando en la piscina a palo seco y han comprado algo de comida para las tres en un supermercado. Tampoco gran cosa. Unos bollos de pan duros como ladrillos, como si fueran de ayer o de antes de ayer, unas latas de *foie-gras* barato, unas cuantas lonchas de jamón cocido, un trozo de queso gruyer y un bote de confitura de frambuesa, el néctar predilecto de la invitada extranjera. Y, como postre barato, una gran tarrina de helado de vainilla y turrón, suficiente para tres comensales. Me ofrezco enseguida, con ansiedad, para abrir los panes y preparar los bocadillos a toda prisa, y se desata la tragedia cuando menos lo esperaba. Mi torpeza infinita y mi distracción al tener a Tana tan cerca, de pie a mi lado en la cocina, sin la molesta presencia de la otra, cuando acaba de quitarse el sujetador rojo del bikini para ir a ducharse al cuarto de baño y me está enseñando los pechos desnudos, con indiferente naturalidad, hacen que al cortar con fuerza el segundo bollo pétreo se me escape el cuchillo afilado y me atraviese la carne tras abrir el pan en dos.

Me hago un tajo en la mano izquierda, en la zona sensible donde la palma y el dedo índice empiezan o terminan su conexión nerviosa. Este detalle anatómico me lo describiría esa misma noche el joven enfermero de guardia del Hospital Civil mientras me curaba la herida y la cosía luego con una aguja de punta en forma de garfio, seis puntos de sutura sin anestesia. Aún hoy me toco la cicatriz y siento el nervio seccionado latiendo bajo la piel. Mientras me cose el corte, el enfermero, que se llama Luis Antonio y es un bromista cachondo, me dice que esa herida es mi segunda vagina, una zona erógena nueva generada en mi mano izquierda por la traumatología del amor.

Y ahora pienso que Luis Antonio era un poeta aficionado, como muchos enfermeros que conocería después, y sabía de lo que hablaba. Después de aquel accidente, muchas de mis novias y amantes besaron esa cicatriz con amor y deseo, como mi seña más íntima.

Cuando Tana ve el tamaño del corte en mi mano ni se inmuta. Margot viene corriendo desde la piscina al oír mis gritos y se desmaya en cuanto llega y se desploma, como un peso muerto, en el suelo de la cocina. Luego se recupera torpemente, sin querer volver a mirar mi herida por si acaso, y regresa aturdida a la piscina, dejando la escena libre para que mi amor y yo, a solas, la llevemos al límite de sus posibilidades dramáticas. La mano sangra en abundancia, la sostengo en vilo con la otra mano tomándola por la muñeca, en posición horizontal, evitando mirar la incisión en la carne para no desmayarme también, y veo que Tana no le quita ojo, como si acabara de descubrir que soy un ser de carne y hueso, que sangra y que sufre, y no una necia androide que la persigue todo el tiempo como una mascota amaestrada.

—Ten cuidado, estás manchando el suelo.

No sé qué le pasa a esta chica, pero parece hipnotizada por la brecha de la herida o por la sangre que mana de ella sin que nada la contenga. Ninguna de las dos hace ningún esfuerzo por buscar algo útil que frene la hemorragia. Tana mira la herida fascinada por su crudeza y brutalidad, como si en su vida reciente no hubiera ningún estímulo superior, y yo me atrevo a decirle, como si fuera el momento idóneo para vencer su resistencia y ganar su simpatía, viéndola medio desnuda a mi lado, lo que siento por ella desde la primera vez que la vi hace solo unos meses, rompiendo con palabras obscenas la magia del vínculo que estaba naciendo entre nosotras a través de la sangre que cae al suelo de parqué de la cocina en gruesos goterones, tan rojos como la braguita del bikini, que es lo único que la separa de la desnudez integral.

—Creo que debes marcharte.

Me tiende una toalla amarilla que saca con rapidez de un cajón

de uno de los muebles rústicos de la cocina y me ayuda a enrollarla alrededor de la mano para detener la sangría en curso.

—Te acompaño al autobús.

Cuando salimos de la casa, Margot ha conseguido arrastrarse a duras penas hasta una de las tumbonas y está tendida allí recuperándose del mal trago. No creo que entienda lo que Tana le dice para explicar nuestra ausencia. Bajamos la larga cuesta, desde el chalet de blancura farisea hasta la bulliciosa calle principal, sin hablarnos. Llegamos a la parada y cuando Tana ve venir el autobús de línea deposita en mi mano derecha el dinero exacto para el billete y nos despedimos fríamente. No me da un beso cuando se lo pido y se limita a decirme adiós cuando ya se está girando impasible para volver por donde vinimos. Me subo al autobús, pago el billete al cobrador y busco un asiento al fondo para estar sola. Nada más sentarme, sosteniendo el brazo de la mano herida con la otra mano, me echo a llorar sin poder controlarlo. Me duele mucho la mano, pero la herida que me ha hecho llorar no es la que rasga mi carne, sino la que desgarra mi corazón como un cuchillo. Así se lo escribí a Tana una semana después, en una larga carta de una cursilería insufrible que nunca llegó a su destino porque la interceptaron los niños de la pandilla de Padang en un momento de descuido en la piscina comunitaria. Me la robaron del bolso mientras me bañaba con Regina y me estuvieron escarneciendo, con la carta sentimental y con lo que declaraba en ella a Tana en disculpa por mi comportamiento, durante el resto del verano para vengarse de mi deserción de la pandilla hacía dos años.

Mi padre se comportó como correspondía cuando me vio aparecer por casa sin avisar en aquel estado lamentable, cuatro o cinco horas después del percance. Fue papá quien me condujo al hospital, de inmediato, mamá se quedó en casa con mi hermano Arturo, y aprovechó mientras me curaban la herida y me vendaban la mano para llamar desde una cabina telefónica a su amigo Rafael y pedirle explicaciones por el abandono padecido por su hija. Rafael se disculpó enseguida y le dijo que no sabía nada de lo sucedido. Tana

ni siquiera se había molestado en contarles a sus padres lo que había pasado conmigo. Cuando papá me contó eso en el coche, indignado con la actitud de sus amigos, mientras volvíamos a casa desde el hospital, imaginé que Tana habría pasado lo que quedaba de la tarde en la piscina con Margot, la amiga francesa, discutiendo hasta la saciedad sobre las propuestas sexuales que esta decía recibir a diario, por escrito y de viva voz, de sus compañeros y de sus compañeras del liceo parisino en que estudiaba, sin acordarse de mí para nada.

Y, sin embargo, no fue esa la última vez que Tana y yo nos vimos. Pasamos juntas el final del año 80 y el principio del 81. Y no fue por azar, como contaré cuando llegue el momento.

## 43

Victoria, la madura vecina de calle Madura, ha llamado a mi madre por teléfono para regañarla por permitirme ir por la urbanización con esa pinta de marimacho. Le dice a mi madre que me diga que vaya a verla cuanto antes para poner remedio a mis serios problemas de imagen. Yo sé lo que quiere decir y no se atreve. Hace unos días me sorprendió subida al tejado de la casa de enfrente de mi casa, que está en obras desde hace meses, mirando cómo tomaba el sol a media mañana y se bañaba desnuda en su piscina, que está en la parte de atrás y se puede ver con facilidad desde esa altura. A mi madre, como es obvio, no le ha hecho ninguna gracia la injerencia de la vecina en nuestra vida, pero se toma con humor la propuesta y me pide que vaya a visitar a Victoria esa misma tarde de improviso.

Victoria está casada con Armando, un constructor que diseñó y mandó construir para ella una casa preciosa, un estuche para albergar a la joya de su esposa y las valiosas joyas que poseía esta para embellecer su apariencia, vestida o desnuda, en un escenario

privado que solo los esposos conocían con todo lujo de detalles. Armando Follón, así lo llamaban con razón los niños de la pandilla de Padang aludiendo a su carácter broncoso y agresiva sexualidad. Con sus aires de grandeza y su arrogancia pueblerina, Armando estaba convencido de que su casa era la más bonita de El Atabal desde cualquier perspectiva. La mejor diseñada, la mejor construida, la mejor conservada. Estaba seguro de que así se lo reconocerían, además, en un concurso público que pretendió organizar en la comunidad y que fracasó por la resistencia y el rechazo de los propietarios más modestos, que eran mayoría. Los invasores mediocres, palabra de Armando. Mi padre, conviene reconocerlo, hizo una sola cosa bien en la vida: nuestra casa. Villa Torre-Palmera, como la bautizó con cursilería y solemnidad burguesas, palabra de Carlos, que presumía también de conocimientos de arquitectura, como algunos de sus pintores más admirados. Cuando comenzaron las obras de la casa, Armando hizo todo lo que estaba en su mano para paralizarlas. Trató por todos los medios de impedir que se construyera, pretextando que era ilegal desde todos los puntos de vista, además de un disparate arquitectónico en el contexto de la urbanización, cuando en realidad lo único que molestaba a Armando de la casa que mi padre estaba construyendo para su familia era que fuera más vistosa y original que la suya. La razón por la que quiso destruirla hasta el último minuto, a lo largo de los más de tres años que duró la construcción, fue evitar a toda costa que hubiera otra casa en los alrededores que rivalizara y compitiera con la suya en la admiración de los demás vecinos. Al final, tuvo que aguantarse y darse por vencido, y un día, algunos años después, según me contó mi madre, en una celebración de no sé qué aniversario de la urbanización, en el restaurante Don Jacobo, pegado a las instalaciones de la piscina comunitaria, tuvo que reconocerle a mi padre, con muchas copas de más en el cuerpo, que había tenido un par de huevos plantándole cara en las reuniones de la comunidad y que su casa era la más cojonuda, palabra de Armando, de todo El Atabal.

Y ahí estaba yo, una vez más, la única hija del dueño de la casa más provocativa de la zona, plantándole cara a mi destino y llamando al timbre de la puerta de la casa del constructor Armando, enemigo acérrimo de la casa de mi padre, dispuesta a recibir otra lección de estética, si se me permite la ironía, por parte de otro miembro de esta familia de estetas innatos, palabra de Carlos, que siempre que podía se burlaba de su vulgaridad crasa. Me abrió la puerta de entrada la hija mayor del matrimonio, Vicky, que había heredado el nombre de su madre y también algo de su físico opulento. Era principios de septiembre del 78, el verano dilapidaba sus últimos destellos de energía antes de desaparecer, y todos en la urbanización vivíamos ese final como un entierro prematuro. Vicky vestía un bikini negro, con una camisa blanca de tela fina desabrochada por encima del torso, exhibiendo sin vergüenza alguna que otra lorza abdominal, y se hurgaba entre los dientes con los dedos de la mano izquierda en busca de algún resto extraviado del almuerzo.

—Hola, Vicky, vengo a ver a tu madre.

Fui bien educada por mis padres y saludé como correspondía a la anfitriona menor, que me recibía con modestia en el umbral de una casa que me parecía de todo menos modesta. Ostentosa y recargada no serían epítetos excesivos para juzgar lo que vi en cuanto accedí a su interior.

—Pasa, pasa, no te quedes ahí, mi madre está en la piscina. Te espera, creo.

Vicky desapareció en la cocina, a la derecha, antes de que tuviera tiempo de adentrarme en la casa, y yo seguí mi camino por el pasillo que había después del vestíbulo y luego por el salón hacia el gran ventanal abierto y la puerta de salida al jardín y la piscina, que quedaba a la izquierda. Era fácil orientarse, la distribución era muy parecida a la de la casa de León, quizá porque Armando la había construido también, no recuerdo con exactitud, en consorcio con el padre de León. Al atravesar el salón descubro el retrato de Armando colgado de una de las paredes principales. Armando

preside la arquitectura de la casa vestido con atuendo tenístico, como socio fundador del club de tenis El Atabal, con el que siempre soñó y que nunca pudo ver realizado por falta de financiación. Enfrente, en la espaciosa sala del comedor contiguo, le responde el retrato de Victoria, la señora de la casa, ataviada con gasas y tules de múltiples colores. Bajo el cuadro que la inmortaliza como una explosión de luz, descubro un piano fantástico, blanco con ribetes dorados, que da la sensación de haber sido fabricado como pieza decorativa y no como instrumento para que alguien lo toque alguna vez. No hay ni rastro en ninguna parte de aquella casa enorme de la hermana pequeña, Miriam, que había sido muy amiga mía cuando éramos niñas, antes de que la posesiva Regina apareciera en mi vida, apoderándose de mi compañía en exclusiva, y a la que no he visto desde hace al menos dos años. Me habría gustado saludarla durante la visita. Miriam soñaba con ser azafata de vuelo desde pequeña. Regina decía que era la fantasía de las niñas a las que las películas y series de aeropuertos les habían dañado el cerebro, causando heridas psíquicas irreparables, palabra de Alicia, mi psiquiatra. Pero yo siempre creí que la explicación más razonable era que a Miriam le atraía desde siempre un modelo de hombre, opuesto a su padre, que coincidía al cien por cien con la personalidad de los pilotos de avión. Cosas así.

La zona de la piscina es toda de piedra blanca y resplandece con la intensidad de la luz del sol a esa hora, sobre las cuatro de la tarde, y cuando atravieso la puerta de salida me ciega enseguida. Escucho un suave chapoteo de agua en medio del silencio que me rodea, como una campana de cristal dentro de la que solo se oye el ruido del motor del filtro de la piscina, que está en marcha, y una cigarra solitaria que entona la canción de todos los veranos celebrando la indolencia de la siesta y la perezosa sensualidad del estío meridional. Muchas veces había pensado, influenciada por el cine, que El Atabal era un enclave de estilo californiano ubicado en un entorno andaluz. Y ahora, sumida en la atmósfera calurosa de esta hora en la piscina de la casa de Armando y Victoria, compruebo

que tenía razón. Esta casa transmite esa sensación grata con mucha más eficacia que la casa de mi padre, menos soleada y ventilada. Quizá era esto, en definitiva, lo que Armando quería decir, cuando ostentaba el orgullo de ser su propietario: defender su casa contra la idea que mi padre impuso, con la colaboración artística del padre de Tana, al construir la suya con un estilo más andaluz, si se exceptúa la fantasiosa torre de inspiración germánica. Viejas rencillas y viejas controversias que no cambiarían en nada el lugar de privilegio que Armando ocupaba en la comunidad de vecinos frente a mi padre, un segundón sin demasiada influencia.

—Hola, niña, cuánto tiempo sin verte, me alegro de que hayas venido. Tu madre es tan austera, hija, y tan poco comunicativa que no me atrevía a decirle lo que comentan sobre ti todas las vecinas a sus espaldas.

Victoria está asomada al borde de la piscina, sumergida en el agua donde había nadado unos largos para mantenerse en forma, como me dijo después, y tengo que protegerme los ojos con la mano a modo de visera para verla con nitidez mientras hablamos.

—Aquí estoy, señora Victoria, muchas gracias por preocuparse por mí.

—Anda, niña, para empezar no me llames Victoria sino Vicky, como mi hija. ¿Qué quieres, echarme cincuenta años más encima?

—Perdón, señora.

—Vicky, si no te importa.

Victoria sale desnuda del agua, subiendo por la escalerilla que queda a unos metros de donde estoy parada, sin saber hacia dónde ir todavía. La piel tostada, color caramelo, me sorprende y disgusta más de la cuenta y no puedo mirarla mucho tiempo. Se envuelve en una toalla blanca que estaba depositada en la tumbona que tengo frente a mí y viene a saludarme. Me estampa dos besos, uno en cada mejilla, me mira de arriba abajo y me condena al ostracismo.

—¿Tú te crees que se puede ir por ahí como tú vas? Se lo he dicho a tu madre por activa y por pasiva. Ya es hora de coger el toro por los cuernos y hacer de ti una mujercita como Dios manda.

—Lo que usted diga, señora.

—A mí no me llames señora. Ni Victoria ni señora, a ver si te enteras, que me haces más vieja de lo que soy en realidad. Ya has tenido ocasión de constatar que, con mis cuarenta años a cuestas, aún puedo dar mucha guerra. Ya te digo, guerra y paz, de eso se trata…

Todas estas mujeres dicen lo mismo siempre y ninguna se lo cree en realidad. Es pura propaganda doméstica para engañarse una misma y, de paso, a los que te rodean. No hay vuelta atrás. La verdad es que lo pasan mal. De hecho, el otro día, cuando creyó que la espiaba por motivos sexuales, como un vulgar mirón, lo que estaba haciendo era comprobar desde la distancia los estragos de la edad en el cuerpo desnudo de Victoria, pese a sus intentos de paliar la erosión de la piel abrasándose al sol a todas horas, y el terrible destino de la belleza de todas las mujeres, sin excepción. Tomo nota. La naturaleza no es Disneylandia y castiga con la misma crueldad a los hombres, qué duda cabe. Pero ellos invierten mucho menos en estas cuestiones y se preocupan de un modo distinto de ese problema de gustar y atraer al otro sexo con los encantos que se van descomponiendo con el paso de las estaciones, como diría un filósofo chino. Si lo sabré yo. Cualquier jovencita alocada podría derretirse de amor por un hombre maduro a poco que tenga los atributos adecuados y la posición que se requiere para ser competitivo en el mercado del sexo y la seducción. Que le pregunten al bueno de León, pobrecito mío, si alguna vez ha sentido interés por alguna mujer adulta como Victoria. Que le pregunten si no a la maestra Antolina, pobrecita mía, tan buena como es, a ver cuántos de sus alumnos se han sentido alguna vez atraídos por ella. Dejémoslo ahí por el momento. Es un tema espinoso.

# 44

Para empezar a hablar de Victoria como corresponde habría que describir a una mujer rotunda, la tengo ahí delante, sé lo que digo, enrollada en la toalla blanca, que no encubre sus zonas de opulencia y desparrame, vientre y pechos, muslos y nalgas, con el cuerpo de Elizabeth Taylor en sus últimas películas y la cara y los rasgos de una cantante folclórica muy televisiva y popular que no quiero nombrar. Una combinación explosiva que, sin embargo, se muestra convencida de su atractivo irresistible entre los machos de estas latitudes, como estoy comprobando por vías indirectas. Una ogresa que quiere devorarme, parte a parte, para transformarme en otra.

—Pasemos a mi tocador, niña, que te voy a enseñar algunos trucos esenciales para que empieces a camelarte a los chicos. Déjame que me arregle antes un poco. Me has pillado en bragas, como suele decirse…

Una, que no es tonta, aunque a veces se lo haga por conveniencia, se imagina a esta Victoria seduciendo al amoroso Armando con la artería femenina de alto nivel de que hace gala en cuanto entramos en la caseta, mi pequeño *boudoir*, lo llama con afrancesamiento chocante, que el marido constructor le ha instalado a unos metros de la piscina para que disponga a su gusto de las últimas novedades en maquillaje, cosmética y peluquería en un espacio que pueda considerar propio. Si a esa fórmula infalible se le añade el desparpajo con que prodiga comentarios ocurrentes en todo momento sobre cualquier cosa, el éxito del producto está garantizado.

—Mira que se arruga la piel con este solazo. Hay que estirarla con mimo para que no se ponga pergamino, ya me entiendes.

Mientras se unta de cremas diversas todo el cuerpo y se ajusta el vestido azul celeste, muy escotado, sobre el sujetador blanco y las bragas a juego, yo, para evadirme del espectáculo, me entretengo curioseando la decoración y el contenido del interior de la pintoresca caseta. El espacio disponible es exiguo, pero está muy bien

aprovechado. Hasta el último centímetro abarrotado de objetos, lo que provoca en mí al principio una sensación de opresión y asfixia que se me va pasando a medida que me acostumbro. Espejos pequeños y medianos cuelgan de las paredes en lugar de cuadros o estampas para que la dueña del lugar pueda verse en todo momento mientras recorre sus dominios en busca de algún accesorio que pueda serle útil. Espejos de cuerpo entero en las cuatro esquinas de la estancia para que la señora se pueda contemplar desde los zapatos hasta el peinado sin trocear su imagen. Cepillos para el pelo, pinzas para depilar, cortaúñas, limas, rulos, secadores de pelo, lápices y barras de labios de distintas marcas y colores. Hileras e hileras de cajas de maquillaje y botes de laca de uñas por todas las repisas y estanterías y encima de la mesa, pequeña y blanca, donde Victoria, ya sentada en un taburete pequeño y blanco también, me invita con urgencia a acompañarla.

—Tienes que aprender que lo primero es el pelo, luego viene todo lo demás. Tú no puedes llevarme el pelo que me llevas, niña. Si te lo dejaras más largo, te quedaría monísimo. Tan rubia como eres. Lo estás matando. Dame tus manos que las vea.

Las extiendo con aprensión, con las palmas vueltas hacia arriba para disimular. Con mirada de águila se fija en la cicatriz de la mano izquierda, el costurón rosado en la base del dedo índice. Ya es tarde para ocultarla.

—Las heridas no me interesan, no te inquietes, quién no las tiene, enséñame el otro lado.

Y me agarra las muñecas como si me las quisiera arrancar y me obliga a rotar la posición de las manos para examinarme el estado de las uñas. Me sonrojo.

—Ya lo decía yo. Te muerdes las uñas y te comes los pellejos, mírame qué desastre de dedos. Tu madre te lo consiente todo, no puede ser. Hija mía, una mujer que se muerde las uñas es como un hombre que se rasca el culo en público y luego se huele los dedos. Da asco a todo bicho viviente. ¿No lo entiendes? Ven, vamos a ponerte en órbita.

A continuación, coge una lima negra de uñas que tiene a mano y me pule con delicadeza y esmero, sin despegar la mirada de su tarea, una por una las uñas de la mano derecha y luego las de la izquierda. Cuando ha terminado, pone encima de la mesa un recipiente redondo de cristal, lleno de agua tibia con sal en el fondo, y hunde mis manos en él hasta los nudillos durante cinco minutos.

—¿A que estás mejor? Siente la energía que nace de tus uñas ahora. Las uñas mal cuidadas transmiten malas vibraciones a los dedos y al resto del cuerpo. Una incomodidad angustiosa. ¿No notas mayor bienestar ahora?

La verdad es que no sentía nada especial, pero le dije que sí, mucho, que percibía la sintonía nerviosa de mi cuerpo como nunca antes, para que no pensara que yo, además de tener una imagen difícil, era una persona difícil. Y lo era, vaya si lo era, y lo soy, vaya si lo soy. He aprendido a disimular. La ambigüedad pervive mientras vive el ambiguo, como dice un poeta y cineasta muerto que Regina cita con cualquier motivo.

—Ahora vamos con los pies. Quítate esas chanclas espantosas, cómo se te ocurre ponértelas, pareces una pordiosera, y acércate por este lado.

Nunca, desde que era una niña pequeña llena de rozaduras y heridas, me habían lavado los pies con tanto mimo. Victoria dispuso un barreño rojo relleno de agua tibia y salada en el que sumergí con placer los pies sintiendo que el agua los refrescaba y ablandaba. En esos cinco minutos de pausa tuve tiempo de pensar, mientras Victoria seguía repasando y revisando todo lo que pensaba hacerme y los instrumentos que necesitaba para lograr sus objetivos, en lo que es un cuerpo, en que no le prestamos atención y lo llevamos colgando de nosotros como aquel santo decapitado transportaba la cabeza agarrada por los pelos. Siempre he sido una niña truculenta a la que le gustaban mucho las historias de santos y de santas, sobre todo si acaban en martirio sangriento. Los mártires, que son los misioneros del alma, descubren que tienen un cuerpo en el momento mismo en que sus verdugos los torturan y los despedazan,

arrancándoles miembros y órganos, como a esa santa a la que le cortaron los pechos de cuajo. Se lo tenía merecido, como yo este tormento delicioso, por no darles valor.

—Ahora saca los cachorritos del agua, ya están bastante limpios, y pónselos a mamá aquí arriba. Así, así.

Y los tomó en el aire, asiéndolos por los tobillos para secarlos entre sus manos, primero el izquierdo y luego el derecho, con una toalla roja, frotando por arriba y por abajo y entre los dedos con mucha suavidad. Y luego los colocó contra sus rodillas, con los dedos asomando por encima, y me limó las uñas de los pies con el mismo esmero y la misma delicadeza, si no más, con que me había limado las uñas de las manos.

—Ahora llega el momento de la verdad. No te asustes. Mi marido es muy taurino y me gusta robarle expresiones. Ya sabes. ¿A ti te gustan los toros? ¿Te gustan los toreros? Los hay muy guapetones, no creas. Con un tipazo que te quita el hipo, como decía mi santa madre. Es bueno que aprendas a que te guste lo que le gusta a tu hombre. Así todo es más fácil con él. No lo olvides cuando tengas uno.

—A mí me gusta el fútbol.

—Eso está muy bien. Como hay muchos hombres a los que les gusta, tendrás muchas oportunidades, ya verás.

—Eso espero.

—Por qué te crees, si no, que lo llaman el deporte rey. Eso de compartir aficiones y gustos fortalece la relación. Así él no encuentra fuera lo que le falta en casa. La competencia es feroz. De eso va todo esto, no creas. Vamos a ello, niña.

Y se levantó con ímpetu para acercarse a la estantería que le quedaba al frente en ese momento, donde se exhibía a la vista el muestrario completo de laca de uñas.

—A ver si atinamos.

Seleccionó cuatro botes de colores diferentes, rojo cereza, azul turquesa, rosa claro y perla. Los puso sobre la mesa alineados. Me miró, la miré, miró los botes. Los cambió de posición. Me volvió a

mirar y yo le devolví la mirada. Los cambió de nuevo, como si no estuviera convencida, poniendo el que quedaba a la derecha, el turquesa, a la izquierda, en el lugar del rojo oscuro. Me miró, la miré, dudó un instante.

—A ver si acierto. Ponte de perfil, por favor. Muy bien. Ahora del otro lado. Bien, bien, mucho mejor. Si me equivoco, tu madre me va a matar. Hay que arriesgarse. Estas cosas son tan complicadas como elegir marido.

Y se lanzó a por el candidato escogido, pero quiso engañarme para que no adivinara el truco que había empleado para elegirlo. Atrapó los cuatro botes en el hueco de las dos manos y estuvo agitándolos, como si fueran las bolas en un bombo durante un sorteo. El ruido del cristal de los botes al entrechocar me crispaba los nervios. Yo estaba convencida de que estaba organizando todo aquel ritual de elección para tomarme el pelo, cuando la vi de pronto cerrar los ojos, sin dejar de remover los botes entre las manos, conjurando el azar o la suerte.

—Este te irá perfecto.

No me lo podía creer. Había elegido precisamente el tono que yo prefería de los cuatro que había seleccionado en la estantería. El rojo cereza. Si Victoria me hubiera preguntado antes, se podría haber ahorrado el jueguecito de agitar los botes entre las manos, pero era esto lo que más le gustaba de todo. Creo que ella también lo había elegido por su cuenta y había montado todo eso para darse importancia ante mí, pensando que luego se lo contaría a mamá y así subiría en su aprecio. Qué ingenua. No me conocía. Yo no le contaría a mi madre nada de nada de lo que me pasara aquí esta tarde. Y con razón. Estaba segura de que, en caso de preguntarle, Victoria me habría respondido lo mismo que me dijo mirándome a la cara:

—¿Vas entendiendo ya lo que significa la magia de ser mujer? ¿A que no es fácil?

—Me voy haciendo una idea, señora.

—Y dale…

Como era lógico, Victoria decidió empezar a pintarme las uñas de los pies antes que las de las manos. Me había sentado al otro lado de la mesa para estar más cómoda mientras elegía los botes de laca y tuve que acercarme de nuevo por el lado derecho y sentarme frente a ella, que se había vuelto para mirarme bien antes de cometer el crimen de cambiar mi imagen anterior por una nueva imagen que ella sabía con exactitud el efecto que me causaría al verla reflejada en el espejo, trastornando mi cabeza para siempre. Puse otra vez los pies sobre sus rodillas y con aplicación y paciencia fue pintando las uñas una a una, pasando el pincel varias veces sobre cada una de ellas, para depositar sobre la superficie un esmalte que, como Victoria dijo mientras lo hacía, era pura magia para la fealdad natural de los pies. Un esmalte que transformaba los vestigios animales de las uñas en armas de seducción femenina. Victoria no dijo *vestigios*, esa palabra es mía, aún me acuerdo como si fuera ayer, ella dijo *reliquias*, no sé bien por qué.

—Las uñas de los pies, niña, hay que cortarlas y limarlas más a menudo. Si no, se ponen muy feas y asquerosas. Y las de las manos déjalas crecer y luego las recortas en punta. No eres un niño, coño. Perdón. Y ya verás qué *sexito* tienes…

Dijo la palabra insólita y enmudecí de la impresión que causó en mí pronunciada por esa boca de labios gruesos y arrugados. No sabía qué contestar al error, cómo prolongar la conversación sin incurrir en otras erratas pecaminosas, cuando me sacó de mi bloqueo verbal con una orden militar.

—Ponte ahí enfrente otra vez, niña, y muéstrame esas manazas tuyas de nuevo.

Volví a sentarme frente a ella, con la mesa blanca y lisa de por medio, coloqué los brazos y las manos con pasividad sobre la brillante superficie y contemplé hipnotizada cómo el pincel impregnado de esmalte cambiaba el aspecto de mis manos hasta volverlas irreconocibles. Ya no eran las mías. Esas manos pertenecían a otra persona que no era yo. Victoria percibió mi terror y mi vértigo y supo intervenir a tiempo.

—No te asustes, niña. Siempre hay una primera vez para todo. Estas manos son un don divino. Con ellas podrás hacer lo que quieras y someter al varón a tus deseos. Todo se aprende, hija, todo se aprende. Por desgracia, hay que estudiar mucho. Toda la vida no da para tanto como tenemos que aprender…

## 45

Mientras se secaban las uñas de los pies y las manos, yo soplaba sobre estas para acelerar el proceso, Victoria pensó que mi pelo podía arreglarse sin necesidad de lavarlo y cogió un cepillo de cerdas duras y se colocó detrás de mí para infligirme no menos de cincuenta pases en un minuto que me pareció una eternidad de sufrimiento. La sensación que tuve, mientras Victoria actuaba sobre mí, fue que me estaba electrocutando la cabeza, mandando al cerebro una gran cantidad de electricidad estática, como molestas interferencias que me impedían pensar en una situación en la que necesitaba mantener las ideas claras. Vencida por Victoria, doblé el cuello y dejé caer la cabeza para relajarme, tocando el pecho con la barbilla y así oponer alguna resistencia a sus maniobras, pero no me lo permitió mucho tiempo. La mano libre, la izquierda, me agarró la barbilla con fuerza y me obligó a levantar de nuevo la cabeza y ponerla recta, mientras la otra mano, cepillo en ristre, seguía torturándome el pelo con sadismo.

—Tú siempre tiesa, niña. Si los quieres tiesos, tienes que estarlo tú, así que no te encojas. En este juego no se puede una relajar en ningún momento, y menos a mitad de partido, la derrota es segura. ¿No me has dicho que te gusta el fútbol? Pues toma fútbol…

Cuando acabó de electrizar mis cabellos, la emprendió con las cejas, arrancándome con las pinzas hasta el último atisbo capilar sobrante, y se atrevió a aconsejarme que me depilara el pubis por higiene, igual que las axilas y el escaso vello que recubría mis largas

piernas.

—Hay hombres para todos los gustos, desde luego, pero la mayoría busca una excusa cualquiera para cogerle asco a las mujeres. Nunca se lo pongas más fácil de lo que ya lo tienen, niña. Aprende esto.

Se sentó otra vez frente a mí, a descansar un poco tras la tensión del peinado electrizante y la depilación intensa. Abrió el cajón de la mesa que quedaba de su lado y sacó un paquete de cigarrillos Winston, un mechero de gas y un cenicero con publicidad de Cinzano, un licor que no había probado nunca pero del que mi padre tenía en el bar del salón alguna botella sin abrir. Encendió el cigarrillo con un deleite extraño, cerrando los ojos y tragándose el humo hasta muy adentro de los pulmones y lo expulsó luego por la nariz y la boca, en ese orden. Mi madre no fumaba, mi padre tampoco, excepto su pipa de los domingos, así que Victoria era la primera mujer adulta a la que yo veía fumar, fascinante coreografía de labios y dedos, como hacen las mujeres adultas, no mis amigas adolescentes, que fumaban como yo por diversión, no por una necesidad profunda.

—Hoy me he ganado el sueldo, ¿no te parece? Esto de ser mujer es un trabajo muy mal remunerado, la verdad.

—Le estoy muy agradecida, señora Victoria, no sabe cuánto. Me siento ahora mucho mejor conmigo misma que cuando llegué. Estoy segura de que mamá se va a poner muy contenta cuando vaya a casa y me vea.

—Tengo un problema serio, niña. Creo que se gastó la barra de labios del color de tus uñas. A mi hija Vicky le gusta mucho, también como maquillaje, y se embadurna con él cada vez que sale. Es lo ideal, que vaya todo a juego, la ropa interior también, disculpa la picardía, pero hoy vamos a tener que conformarnos con lo que se pueda. A ver, a ver, déjame que piense un poco, de lo que tengo qué le iría bien a esto…

Me atreví a pedirle un cigarrillo, más que nada por probar una marca nueva, nunca me había fumado un Winston, pero me lo negó

y guardó el paquete en el cajón de donde lo había sacado hacía un momento. Entendí con ese gesto que no pensaba fumar más en mi presencia y se lo agradecí.

—Eres demasiado joven. Espérate uno o dos años y te lanzas al vicio. Ya verás que es la mejor forma que se ha inventado para enseñar las manos, siempre y cuando las tengas cuidadas, eso sí. Si lacas las zarpas de osa marrana que me has traído hoy, niña, espantarás a todo Dios… ¡Eureka! Ya he encontrado la solución a tu problema. Vas a ver lo que es bueno…

Aplastó el cigarrillo antes de que se consumiera del todo en el cenicero de Cinzano y saltó como una leona en busca de lo que llamó la solución al problema, que no era más que una barra de labios de color nacarado.

—Esto me lo enseñó mi madre, y a mi madre se lo enseñó la madre de su madre, es decir, su abuela, y a esta, la madre de la suya, la bisabuela, y a esta, la tatarabuela de la tatarabuela, y así, generación de mujeres tras generación de mujeres, hasta la difunta Eva, en cuya tumba todas las mujeres deberíamos poner todos los años, en agradecimiento, un ramo de rosas rojas y tres rosas amarillas, ¿me entiendes, niña?

—Como si estuviera copiando apuntes en el colegio.

—Si no puedes tener lo que quieres, confórmate con provocar un efecto diferente, rompe la armonía, no busques la consonancia a toda costa, suena falsa. La disonancia es una muy buena solución, te lo había dicho. Cierra la boca y ponte en guardia.

Vino hacia mí como si fuera a golpearme, me tomó la barbilla con la mano izquierda, levantando la cabeza el ángulo necesario, ni un milímetro más, y me untó los labios con el carmín nacarado que, según ella, revolucionaría el efecto cromático de mi apariencia.

—La combinación del rojo y el negro con el nácar es todo un acierto, ¿no crees? Un toque pictórico de cerezas maduras, aceitunas negras y conchas marinas. Qué más quieres. Una obra maestra. ¿Te gusta?

Me obligó a mirarme con insistencia en uno de los espejos

medianos que adornaban las paredes de madera de la caseta y a asentir a disgusto ante la belleza inusual de la combinación de colores. Un artificio que era producto del azar y no del arte, como diría Carlos, pero no por eso menos admirable, como afirmó Victoria sin rubor.

—Mírate todo lo que quieras, estás en tu derecho. Aquí hay una luz perfecta, además. Blanca y pura. Ya estás lista para ser la amante del rey de España. Que él te elija para serlo, niña, solo depende de tus méritos.

Todo el tiempo que había pasado con ella en la caseta luminosa me había estado repitiendo el estribillo de que «ya vamos terminando», haciéndome creer que estaba a punto de liberarme de mis obligaciones estéticas cuando era más falso que cualquier otro eslogan concebido para engañar a los súbditos y tenerlos en tu poder. Pero ahora parecía ser verdad, al fin.

—Estarás contenta, ¿no? Ya hemos terminado por hoy. Ya te puedes ir a enseñarle a tu madre lo que hemos hecho entre las dos esta tarde. Pídele que no te corte el pelo tan a menudo, que te lo deje crecer más largo y luego que te lo peine a diario. Dile que te lo he dicho yo. No se te olvide darle recuerdos de mi parte. A ver si me invita a su casa algún día, aunque sea a un café.

Me había equivocado en mi observación anterior. Volvió a extraer un cigarrillo del paquete de Winston, sin sacarlo del cajón esta vez, para que no le pidiera de nuevo, y lo encendió sin prisa, recreándose en las primeras bocanadas. Se quedó allí sentada en la mesa de operaciones, como después de una intervención quirúrgica a vida o muerte, mirando distraída al frente, sin reparar en que me ponía de pie sin decir nada, me calzaba las chanclas, me daba la vuelta despacio y caminaba en silencio hacia la salida de la caseta.

—Dale recuerdos a tu padre también. Se alegrará de saber de mí. Y vuelve por aquí cuando quieras, niña. Tengo aún muchos consejos que darte…

Pasé por delante de la piscina, de aguas azules, pensé, como los ojos de León. Vi un flamenco de goma muy gracioso flotando en la

superficie como si fuera a salir volando hacia el sur y me miré las manos y los pies con extrañeza mientras caminaba en trance hacia la casa.

Al llegar a la puerta de la entrada, a punto de salir, oí una voz cariñosa a mi espalda que me decía:

—Adiós, guapa.

Y me volví para ver a Vicky desde lejos, que me sonreía con los labios pintados del mismo color rojo cereza que adornaba las uñas de mis pies y de mis manos haciéndome un gesto de despedida con la mano derecha. Se había quitado la camisa blanca y el sujetador del bikini negro, exhibiendo ante mí toda la belleza carnal de los veinte años, como si pensara tomar el sol desnuda y darse un chapuzón en la piscina, como su madre, ahora que la invitada se marchaba al fin de la casa.

Un mes después, Vicky se mató en un accidente de coche, volviendo de noche de Marbella. Derrapó en una curva a gran velocidad, se salió del carril por el que conducía y fue a chocar contra un camión que circulaba en dirección contraria. El primer impacto contra el parabrisas la decapitó y luego el camión le pasó por encima, machacándola.

## 46

Recuerdo muy bien cuando Carlos me explicó la exégesis del paisaje, como la llamaba para darle peso a su visión de la realidad que se extendía en todo su esplendor ante nuestros ojos, sentados en el banco del mirador de Célebes Barat, ese observatorio privilegiado, como muchas veces desde que nos conocimos, sin prestar atención a nada de lo que sucedía a nuestro alrededor. Habíamos subido a la parte más elevada de la urbanización, paseando cogidos de la mano por las calles de El Atabal, a contemplar el paisaje desde la altura, las laderas escarpadas, las

casas desparramadas con sus jardines, piscinas y aparcamientos, las pequeñas zonas de bosque y matorral, los arroyos secos y las adelfas en flor, la ciudad al fondo como una mancha blanca y ocre aplastada contra el mar azul.

Estábamos solos en la Torre del Diablo, el lugar rebautizado con un guiño cinematográfico que nadie era capaz de comprender más que nosotros dos y Regina, por supuesto, y Carlos me explicaba sus teorías después de haber observado el paisaje en silencio durante una hora, como si fuera un ejercicio mental al que me estuviera sometiendo para poner a prueba mis destrezas. Carlos me cogió la mano de nuevo y me dijo que lo que veíamos era una cosa y lo que era, en realidad, otra cosa muy distinta. Que si uno se esforzaba lo suficiente acababa viendo un conjunto de estructuras que configuraban la geometría del paisaje. Uno podía perderse en los detalles y solo ver árboles y piedras y barrancos, casas, montes, rocas, matojos y tierra, nada más que eso, o ver campos de color, manchas informes y morfologías abstractas. Y que así era la vida también, como la pintura. Y así podíamos entenderla mejor, sin tanta complicación. En todo lo que vemos, si lo pensamos bien, hay una doble perspectiva oculta, decía Carlos elevando de pronto el tono de voz, como si aludiera a algo desgarrador e íntimo que le costara expresar todavía.

—Los malditos detalles y la abstrusa geometría. Lo concreto y lo abstracto, por simplificar. Antes de pintar o dibujar cualquier cosa, siempre tengo la duda de por dónde tirar, de qué modo hacerlo, si abstracto o figurativo. Cuando me pongo a pintar todo se resuelve, como si el instrumento eligiera por sí mismo, el pincel, el carboncillo, la cera o el lápiz, lo que mejor conviene al tema elegido. El resultado no es siempre el esperado, ni tampoco bueno. A menudo la discrepancia entre el estilo y la forma finales y la idea previa me entristece tanto que me paraliza durante un tiempo y no pienso en crear algo original nunca más. Me doy cuenta de que tiendo cada vez más a mezclar ambos estilos, y muchos cuadros que estoy pintando ahora combinan todo lo que me gusta sin pensar en si es

abstracto o figurativo, mimético o formalista. La verdad es que me da igual.

Y yo pensaba en Regina otra vez, mientras Carlos me acariciaba la nuca con ternura, y en sus experimentos cinematográficos, sobre los que no tenía ningún control y en los que se descubrían de pronto, por lo que me contaba, elementos que no estaban delante del objetivo en apariencia, presencias enigmáticas como las que me acechaban de noche en mi habitación a oscuras desde la infancia. Y me preguntaba, mientras Carlos me abrazaba ahora para calmar mis fuertes temblores, por qué muchas veces me sentía, sin buscarlo, como una cámara que registra las imágenes en silencio y las procesa en la película sensible y luego las proyecta en mi cabeza, sintiendo emociones peligrosas, emociones que me conmocionan y amenazan mi estabilidad mental. Así me ocurre también, ahora que lo pienso, cada vez que vuelvo a refugiarme en casa desde la calle y luego, encerrada en mi habitación, aislada del ruido exterior, convierto esas impresiones y esas sensaciones en hileras de palabras que cobran sentido para mí y para nadie más. Otras estructuras. Otras geometrías de la realidad. Me paso horas pensando a solas en todo ello y en cómo Carlos ha callado cuando le he contestado que no veía las cosas como él. Que en mi caso no hay elección posible ni dudas previas. Como escritora mi mayor deseo consiste en convertir al lector en espectador, como escribió otro escritor en un momento de lucidez y desesperación. Cosas así.

Todavía recuerdo otra tarde en que Carlos, con voz temblorosa, me descubrió que la urbanización El Atabal había sido construida sobre un cementerio de la Guerra Civil. La toma de la ciudad por el bando franquista había comenzado por el oeste y las tropas italianas que colaboraban con el Ejército Nacional atacaron el pueblo situado detrás de las montañas de la urbanización con tanques y aviones. La zona fue duramente castigada, y la fuerte resistencia del bando republicano vencida tras días de combates que causaron una masacre en ambos bandos. Una parte de los muertos fue enterrada a toda prisa en aquel momento y otra quedó sin enterrar hasta

mucho después, pudriéndose a la vista de todos, amigos y enemigos, como Carlos había averiguado investigando en los archivos municipales. Cuando se vendieron los terrenos de la urbanización a las autoridades holandesas, los cadáveres yacían sepultados en tumbas anónimas y se procedió a urbanizar la finca sin informar a los promotores sobre la situación de los enterramientos. Las calles y las primeras casas se construyeron sobre las sepulturas de estos cuerpos olvidados por la historia. Carlos estaba llorando cuando acabó su relato, y había conseguido conmoverme también a mí sin provocar mi llanto. Yo nunca había imaginado nada parecido ni había escuchado nunca hablar a nadie de un tema como ese. Era un hecho insólito y espantoso. Uno más que nadie recordaba o que nadie quería recordar.

Carlos había pintado una serie de cuadros sobre el macabro tema en la que se combinaban todos sus estilos, como me dijo, en una forma de síntesis que llamó dialéctica. Solo dos le parecían dignos de ser mostrados, según decía, a una persona cómplice como yo. Los tenía ocultos en un armario de su estudio y los sacó una tarde para enseñármelos. Uno era una abstracción parcial, perteneciente a una serie pictórica que él llamaba «Desastre de guerra», y se titulaba *El cementerio civil*: ocho cilindros rojos y ocho azules alineados en dos filas paralelas sobre un fondo negro. El otro cuadro me gustaba mucho más. Era más figurativo e impresionaba por su realismo escalofriante: ocho cuerpos enterrados en hoyos simétricos con el rostro desfigurado, como manchas amorfas, los brazos cruzados encima del pecho como aspas y las manos y las piernas amputadas como manchas rojas. Este segundo cuadro pertenecía a la serie «Episodios mortales» y se titulaba *El cementerio republicano*. Carlos me explicó que lo pintó tras descubrir que los cadáveres de los milicianos habían sido vejados y maltratados antes de ser arrojados a una fosa común.

Esa misma noche, tumbada en la cama sin poder dormir, me conté un cuento de terror que me hizo temblar de los pies a la cabeza, como solía. Imaginé a ese ejército de muertos enterrados

bajo nuestros pies yaciendo en sus tumbas en espera de la resurrección que prometían los curas y de la que no existía ninguna prueba palpable. Imaginé que poseía la magia negra con que despertarlos en sus agujeros excavados en la tierra reseca y dura y levantarlos contra el mundo para vengarse por lo que les habían hecho. Tomarían primero la urbanización y matarían a sus habitantes, y luego partirían a la conquista del mundo para su causa, como los zombis errantes de una película en blanco y negro que a Regina y a mí nos gustaba mucho. En febrero de 1979 vimos *Zombi*, la secuela en color de esa película de George Romero, en el cine Andalucía, con los muertos vivientes rondando los barrios residenciales y los centros comerciales, y esa noche de un viernes inolvidable no fuimos capaces de separarnos y dormir solas. Me quedé en casa de Regina y pasamos la noche en su cama contándonos una y otra vez los detalles más horribles y repulsivos de la película y haciendo por primera vez cosas que tampoco habíamos imaginado posibles antes de entonces, estimuladas por nuestra nueva condición de cuerpos sin alma.

Gracias a Carlos, ahora sabía toda la verdad sobre la urbanización El Atabal. Primero había creído que la urbanización era un grupo de casas estandarizadas construido sobre un mapa de islas y territorios asiáticos. Ahora sabía que debajo de esa estructura fantástica había un nivel mucho más real, un estrato subyacente que le proporcionaba un sentido distinto. Un sentido histórico. Eso representaba para mí el cementerio de tumbas anónimas y cuerpos putrefactos que dormía en el subsuelo de la urbanización. Una enorme fosa común oculta bajo los cimientos de nuestras grandes casas de clase media burguesa, como diría Carlos. Un recuerdo muerto del horror de la guerra.

# 47

La primera nota a pie de página de mi historia amorosa se llamaba Elizabeth. Se marchó de la urbanización mucho antes que yo, cuando ya no teníamos ninguna relación, por lo que la perdí de vista en el momento en que El Atabal podía considerarse todavía un territorio de exploración y de aventura.

Elizabeth me dio el primer beso espontáneo, una combustión en los labios y en todo el cuerpo, y fue la primera ocasión en mi vida en que sentí de verdad la diferencia entre los besos de las chicas y los besos de los chicos. Mi experiencia con León me había demostrado que estos son más enérgicos e incisivos, pero menos placenteros. Mi experiencia con Regina pertenece a otra dimensión. Elizabeth me mostró que un beso de deseo femenino puede ser ardiente sin quemar todo lo que toca con su llama. Penetrante c intenso sin perforar ni destruir. Yo creí durante mucho tiempo que la experiencia era la misma. Un beso es un beso, y por delicioso que sea, y lo es, no cabe duda, no es más que la dulce conjugación de los labios y las lenguas. Me estremezco al recordarlo ahora como si lo estuviera reviviendo.

Elizabeth tenía un hermano mayor que se llamaba Alejandro, aunque todo el mundo le decía Ale, y era un canalla con las niñas. A los padres de Elizabeth nunca los conocí bien, ya que pertenecían a esa extraña fauna del subproletariado de la urbanización, a esa clase de residentes y propietarios tan poco distinguidos que se confundían unos con otros, como sus casas, perfectamente indistinguibles, y era muy difícil saber dónde estaban las diferencias que habrían permitido reconocerlos. La casa de Elizabeth era de esas. Blanca y anodina hasta la invisibilidad, al menos desde fuera. Elizabeth era muy delgada, con un cuerpo fino sin curvas pronunciadas y una cabeza grande en la que destacaba un rostro de facciones angulosas que lo hacía interesante incluso en una adolescente. Tenía cara de poseer la mente aguda de una poeta isabelina, como Emilia Lanier, la dama oscura de los sonetos de Shakespeare, pero en las

distancias cortas, en la pequeña conversación a solas y los intercambios más frecuentes, incluidos los telefónicos para citarnos, te decepcionaba por su medianía y nimiedad. Su charla era banal hasta el aburrimiento, y quizá resida ahí la razón por la que nuestra relación no prosperó y cuando decidió dejarme por un malentendido, no lo lamenté demasiado.

Elizabeth y yo nos besábamos hora tras hora y, cuando llegaba el momento de enriquecer nuestras vivencias con alguna conversación adecuada a la situación, las palabras no fluían entre nosotras: lo que a mí me interesaba a ella la dejaba indiferente y viceversa, como si nuestras bocas se hubieran agotado buscando una respuesta a los enigmas de la vida en los labios y en la lengua y, extenuadas, no encontraran nada que añadir a lo ya sabido. Yo miraba esa cara con la pasión con que suelo mirarlo todo y esperaba descubrir en ella, en vano, un destello de profundidad o un asomo del sentido último de las cosas. Mientras Elizabeth se empeñaba en contarme las tareas domésticas que había realizado en casa con su madre durante la mañana, a conciencia, en la cocina, los cuartos de baño, los dormitorios y el salón, y las que ya planeaba realizar al día siguiente, actividades de lavandería de ropa y de sábanas, de colchas y de manteles. Desanimada por esta forma de comunicación, de contenidos tan fastidiosos, no veía cómo iniciar otro diálogo entre nosotras y terminaba sumergida en un silencio que se hacía insufrible a partir de un momento determinado, hasta que ella se decidía a romperlo con la pregunta típica en estas situaciones de incomodidad mutua:

—¿En qué piensas?

Y yo me veía obligada a mentirle para disimular mi tedio:

—En ti, en qué voy a estar pensando si no. Ven que te dé un beso…

Estuviéramos donde estuviéramos, en su casa o en pleno campo, en un paraje especialmente pintoresco que ella había elegido por su belleza para poder expandir su sensibilidad, eso me decía para alentar mi complicidad, una de las dos se levantaba primero e

invitaba a la otra, con tristeza, a poner fin a la cita e iniciar las maniobras de la despedida una vez más, hasta el día siguiente. Pero la primera vez que me besó fue todo tan repentino e inesperado que resultó grandiosa.

Estábamos en una fiesta en su casa. Era su cumpleaños y lo celebraba en la planta inferior, contigua al jardín. La casa de los padres de Elizabeth, ubicada en la parte alta de calle Medan, era de las pocas en la urbanización que carecía de piscina, lo que en aquella época era bastante significativo. Elizabeth cumplía diecisiete años y debíamos de estar a principios de marzo del 79, por lo que solo era mayor que yo siete u ocho meses. Regina estaba ahí, como invitada ideal, y tuvo el privilegio de ser testigo de cómo sucedió todo, de buenas a primeras. Era una fiesta vulgar pero simpática, con globos de colores rodando por el suelo y pasteles variados que nadie probaba puestos sobre una larga mesa de madera donde también se amontonaban las botellas de refrescos de cola, naranja y limón y los vasos blancos de plástico. Lo recuerdo muy bien. Elizabeth me había invitado, aunque no nos conocíamos demasiado, por su hermano Ale, al que yo le gustaba por razones incomprensibles, mucho más de lo que demostraba en público. Y la hermana había decidido poner fin a ese malentendido entre nosotros invitándome a la fiesta y dándole una oportunidad al cretino de su hermano de reparar sus agravios.

Cada vez que nos veíamos y la situación lo permitía, Ale teníala mala costumbre de bajarse el pantalón que llevara puesto, ya fuera el vaquero sempiterno o el calzón corto de falso deportista, y mostrarme el pubis poblado de una mata de vello profuso que parecía un campo de césped bien cortado y regado, un pelo lustroso y casi tan negro como sus intenciones conmigo. Con ese gesto obsceno, Ale quería mostrarme que era ya un hombre de pelo en pecho, que lo tenía todo dispuesto para recibir mis atenciones y que me equivocaba al tratarlo con una distancia que él consideraba inmerecida y yo, prudente o precavida. No diré que le tenía miedo, porque sería exagerar, pero su insistencia en el acoso y la exhibición

reiterada de sus dotes animales no me infundían deseo, precisamente, sino rechazo visceral. Si hubiera sido amigo de León, lo habría entendido como una forma absurda de rivalizar con él, pero no lo era, y no creo que le hubiera llegado ningún rumor sobre mis relaciones con León o sobre las escaramuzas sexuales con los niños de la pandilla de Padang, aunque no podía descartar del todo la conexión con estos.

## 48

Pese a esta contrariedad, fui a la fiesta porque no tenía nada mejor que hacer aquella tarde de sábado de una temporada en la que me aburría más de la cuenta. Sentía la vida palpitando en mi interior con fuerza y no encontraba la vía de darle salida para satisfacer mis anhelos y deseos, sin conocer muy bien tampoco el designio de estos. Cosas así. Elizabeth, la anfitriona agasajada por todos en aquella fiesta, a la que conocía poco, me pareció un misterio femenino nada más verla de cerca, en su espacio, y sentí curiosidad por ella desde el principio. La curiosidad ha sido siempre uno de los motores más potentes de mi vida. Y Elizabeth daba motivos para tenerla, con aquella forma de mirar el mundo interrogándolo en apariencia y el extraño vestido malva que llevaba puesto aquella tarde como una segunda piel artificial, lleno de tirantes y de volantes que te hechizaban con sus movimientos fantásticos al bailar.

Estaba sorteando el aburrimiento como podía en una fiesta que prometía más de lo que podía dar, charlando animadamente con Regina sobre nuestros temas favoritos, cuando de pronto irrumpieron en la sala los primeros compases de la versión española de una canción que yo conocía, como tantas cosas en la vida, por el cine. Nunca la había escuchado en una fiesta ni en la radio, aunque Regina decía haber visto al cantante cantándola en español el año

anterior en un programa de televisión. La canción era «Te amo», de Umberto Tozzi, y no me gustaba especialmente, aunque su romanticismo desaforado podía provocar espasmos imprevistos, como no tardaría en comprobar, en las destinatarias naturales del mensaje musical.

—Te amo. Moneda, te amo. Al viento, te amo. Si sale cara, dirá que tu amor está muerto.

En enero de ese mismo año, Regina y yo habíamos visto en el cine Atlántida una divertida película que se llamaba en italiano algo como *Los nuevos monstruos*, aunque el título internacional era *¡Qué viva Italia!* Yo quería verla porque el título original me atraía como un poderoso sortilegio, sin saber de qué trataba en realidad, y Regina porque era una comedia italiana de episodios, como me explicó, de la que había leído maravillas en las revistas de crítica cinéfila que consumía con voracidad cada mes. A Regina le gustaba mucho el cine italiano, como a su padre, y en cuanto descubría en una película un nombre italiano le entraban unas ganas locas de verla. Italia representaba, para mi amiga afrancesada, una combinación de prestigio artístico y vulgaridad temática, emociones contradictorias que se sazonaban con abundantes desnudos, masculinos y femeninos, y mucha desinhibición sexual. La primavera pasada habíamos descubierto juntas en el mismo cine una rareza erótica que se llamaba *La seducción* y que nos había seducido a las dos, precisamente, con su tropel de chicas estupendas y la gran dama madura que ponía una nota criminal al melodrama de la traición de su amante, un donjuán peludo que encendía el celo de toda mujercita que se le acercara, en la playa o en el dormitorio. Y nos poníamos de acuerdo rápidamente en acudir al estreno de cualquier película que tuviera conexión italiana, al revés de la mayoría de la gente, incluso en las películas americanas. Así Regina me descubrió a Brian De Palma, el papá de *Carrie*, como yo lo llamaba en broma, por el que sentíamos una adoración absoluta desde que hizo esa película alucinante, vista en octubre del 76 en el cine Albéniz, y no nos perdíamos desde entonces ninguna de sus

películas, como *La furia*, a punto de estrenarse.

—Yo te amo. Me siento, te amo. Un hombre sobre ti, con fuego dentro del alma, quemando en la cama.

Fuimos a ver *Los nuevos monstruos*, nominada al Oscar a mejor película extranjera, y nos encantó a las dos por razones completamente distintas, como casi siempre. A Regina porque respondía a la definición de comedia italiana que más encajaba con sus gustos y preferencias, y con tal grado de perfección que era imposible que no la complaciera. A mí, lo diré sin rodeos, lo que más me gustó de la película, y lo estaba recordando en aquel mismo momento de alta tensión emocional en la fiesta de Elizabeth, fue el episodio en que la gloriosa Ornella Muti, con esos ojos divinos que Dios le regaló en persona el día de su nacimiento junto con un cuerpazo hipnótico, un cuerpo que poseía todas las gracias del cielo y del infierno, palabra de Regina, es seducida como azafata por un terrorista palestino al ritmo endemoniado de la canción de Tozzi, que sigue sonando en la fiesta como una excitante promesa de felicidad compartida.

Y fue entonces cuando Elizabeth, sin conocer la película ni su asociación con la canción, ni apenas a mí, se atrevió a pedirme de pronto que bailara con ella. Regina estaba tan sorprendida con el gesto audaz de la anfitriona que se volvió de espaldas para ocultar su reacción de asombro y disgusto. Y yo me entregué sin pensarlo dos veces al misterio de Elizabeth, quién era yo para decirle que no a quien me había invitado a la fiesta personalmente, llamándome por teléfono la semana anterior, en nombre del macarra de su hermano. Y al poco ya estábamos bailando abrazadas al compás lento de la canción ante las miradas estupefactas de los otros invitados de la fiesta. Bailábamos abrazadas en posición vertical casi con la misma intensidad y ternura con que Ornella y el feo actor que hacía de terrorista seductor en la película se abrazaban en posición horizontal en la cama del hotel en cuya piscina se habían conocido.

—Mas yo tiemblo, sintiendo tus senos. Te odio y te amo, mi mariposa que muere agitando las alas haciendo el amor en sus

brazos.

La versión italiana que se escuchaba como banda sonora del episodio me gustaba más, pero la versión española, que era la que sonaba con fuerza en los altavoces, tenía la ventaja de ser la que me estaba abriendo a una experiencia nueva en compañía de Elizabeth, la reina de la fiesta. Allí seguíamos abrazadas cada vez más estrechamente, mi cabeza sobre su hombro izquierdo y la suya sobre el mío derecho, girando y girando junto a otras parejas en la sala donde tenía lugar la fiesta, una planta baja con ventanas abiertas y acceso al jardín, mientras la canción agotaba sus recursos y se nos agotaban las ganas de seguir bailando un tema que solo podía conducir, como estaba empezando a percibir, a llevar al acto todas las promesas que sugería con la voz desgarrada del cantante y la letra explícita a más no poder, a pesar de sus atrevidas metáforas.

—Hazme abrazar a una joven que plancha cantando. Y hazte rogar un poco antes de hacer el amor. Viste de calma tu furia. Y tus faldas sobre la luz.

Bailábamos pegadas la una a la otra, sometidas, sin saberlo, a la vigilancia celosa de Ale, el hermano de Elizabeth, que no nos quitaba la vista de encima, como me contó Regina, y los rayos de su mirada cavernaria nos atravesaban con su furia y con su rabia. No sé si era porque conocía las tendencias de la hermana, cosa que dudo, que existieran esas tendencias con anterioridad, quiero decir, y que en el caso de existir previamente a aquella tarde el hermano fuera capaz de penetrarlas con su inteligencia paleolítica, o porque venía de descubrirlas al vernos bailando tan unidas, como la propia Elizabeth las había descubierto estremecida entre mis brazos. Creo que a Elizabeth le apetecía jugar con la chica que su hermano quería convertir en su mascota sexual y cuando sonó la canción de Tozzi en la fiesta se desató su instinto y se lanzó a por mí con una convicción insólita hasta para ella. Al fin y al cabo, era su fiesta y era su cumpleaños, y tenía derecho a pedir lo que quisiera como regalo, aunque fuera solo por una noche, quién se lo podría negar. En el breve tiempo que duró nuestra relación, nunca se molestó en

explicarme qué la determinó a actuar como lo hizo, y yo tampoco se lo exigí. En el amor no me interesan las causas, sino los efectos. Y tampoco creo que ella supiera con exactitud por qué estaba pasando esto. Y eso hacía aún más maravilloso el hecho de estar ahí enlazadas, cuerpo a cuerpo, conmovidas las dos por igual con la melodía y con las palabras de la canción de Tozzi, en trance, Elizabeth sintió entonces algo que quizá nunca había sentido con antelación.

—Te amo te amo te amo te amo.

## 49

Con el mismo impulso con que me había invitado a bailar, en cuanto acabó la canción, debió de sentir, como yo, un vacío inclasificable, la urgencia de dar una respuesta a todos los deseos que se agolpaban en su cuerpo, la necesidad de responder con actos a la sensación de pérdida dejada por la canción al terminar de pronto, y me tomó la mano con fuerza para llevarme al jardín, que quedaba al otro lado de la puerta que ya se abría a nuestro paso como en un cuento de hadas. La excusa era refrescarnos, las dos transpirábamos mucho y en la sala de la fiesta, un búnker de hormigón pintado con cal blanca, hacía un calor insoportable. La canción había exprimido nuestras emociones al límite y la piel empapada en sudor nos incitaba a buscar una intimidad más discreta. Nadie se sorprendió al vernos salir y nadie se extrañó al vernos volver. Había pasado más de una hora y la fiesta agonizaba, y la mayoría de los invitados había desertado, algunos aguantaban aún de pie el final oficial de la fiesta, que solo la anfitriona podía declarar con amables palabras de agradecimiento. Ni siquiera Regina me había esperado para que le contara lo que había pasado entre nosotras. Se lo conté varias semanas después, con todos los pormenores, cuando ya estaba recuperada del ataque de celos que

la mantuvo en cuarentena para mí.

Elizabeth me llevó de la mano a lo que ella llamaba su rincón favorito. El huerto de su padre. Era ya de noche, con lo que solo pude ver tomateras tan altas como las de *El padrino*, otra película con muchos nombres italianos, entre las que muere el anciano patriarca de los Corleone de manera aparatosa, unos cuantos melones desparramados por el suelo junto a unas cuantas sandías enormes, y no recuerdo si también calabazas y calabacines, las palabras se atraen como los cuerpos, y yo no estaba allí para hacer inventario de las plantaciones de la mano del padre de Elizabeth. Yo estaba allí agarrada a la mano sudorosa de la hija como única posesión y garantía de nuestro amor, tan efímero como algunos de los frutas que perfumaban el aire puro del lugar.

El huerto paterno era un descampado cultivado en parte y una atalaya privilegiada desde la que se tenía la ventaja de contemplar la panorámica orientada al sur, extendiéndose hasta el mar, ahora una cenefa negra en el horizonte. La casa no era una gran casa y estaba en lo alto de una de las colinas menos elevadas de la urbanización, pero no la rodeaban otras casas, por lo que sus vistas eran espléndidas, como tuve que reconocerle a Elizabeth. Había sabido elegir un paraje idílico para nuestro primer beso. Sin dejarme tomar un respiro, sudando aún por todo el cuerpo, incitada por los efluvios de todas las plantas que nos encubrían y por las radiaciones románticas de la luna llena, un enorme globo luminoso que celebraba los diecisiete años de la anfitriona, Elizabeth me empujó contra la pared más cercana y sin más excusas pegó su boca a mi boca, sus labios prensando los míos para extraerles, hasta la última gota, el jugo del amor. Y así estuvo, sin moverse ni hacer nada más, manteniéndome paralizada, el tiempo suficiente para que yo tuviera que despegarme, me faltaba el aire y me sentía algo incómoda en esa posición pasiva, para respirar un poco antes de volver a la carga. Esta segunda vez fue más eficaz, y creo que ella tuvo algo parecido a un orgasmo frotándose vestida contra mi cuerpo, ya que la oí gemir en tono muy bajo. Una hora entera, boca contra boca, da para

mucho, pero Elizabeth no me tocó, ese día no quiso averiguar cómo era mi cuerpo bajo la ropa, y tampoco yo la toqué, por la misma razón misteriosa. Su cuerpo no parecía muy atractivo a simple vista, y más tarde descubriría que todo lo que me podía interesar de Elizabeth se ofrecía a la vista, en la extensión de la cara, sin necesidad de revolver bajo el vestido en busca de tesoros escondidos. Nuestros cuerpos se fueron separando por una extraña Inercia, debida acaso a la falta de expectativas momentáneas sobre lo que podíamos o no hacer. Apartó su cara de la mía un instante y se apoyó contra la pared, junto a mí, con aire soñador, y solo añadió esto como lacónica conclusión a nuestro boca a boca dichoso:

—Es el día más feliz de mi vida.

Su hermano, que nos había espiado mientras bailábamos y no se había engañado sobre las intenciones de su hermana, nos siguió al jardín y continuó espiándonos hasta que terminamos de besarnos, y se hizo una paja mirándonos, como me contó días después para provocarme, viendo dos sombras fundidas contra la pared de la casa, sin apenas moverse, en la oscuridad del huerto paterno. Aún recuerdo, en aquella conversación, o en alguna posterior, donde insultaba a la hermana y la llamaba de todo, de puta para arriba, que Ale me contó sin reparos cómo espiaba a su hermana mientras se duchaba desde hacía algunos años y que no le daba nada por el cuerpo al hacerlo, la expresión es suya. Como su hermana, según decía, estaba muy buena para la edad que tenía, él no veía nada malo en aprovecharse de su convivencia en la misma casa para disfrutar un poco de los placeres de la vida. Se atrevió a ofrecerse, a cambio de una cantidad de dinero vergonzosa, para guiarme hasta el ventanuco del jardín desde el que se podía ver desnuda a Elizabeth dentro del cuarto de baño donde solía bañarse o ducharse, al final de la mañana o al final de la tarde, según el día, cuando acababa de hacer las tareas de la casa con su madre. Ale no imaginaba que su hermana y yo nos veíamos en secreto muchas tardes y que no necesitaba esa argucia de pajillero para ver cuanto me pudiera apetecer del cuerpo desnudo de Elizabeth, que no era

mucho, la verdad. Así que le dije que no estaba interesada para nada y se enfadó, lo entendió como un desprecio a su hermana o una muestra de desdén hacia él, y después de enseñarme de nuevo el matojo de pelo púbico del que tanto presumía, como si fuera un jardín perfumado, se fue corriendo a su casa a contárselo a la hermana.

Y le contó el cuento a Elizabeth y esta dejó de llamarme de repente, y hasta me retiró el saludo después, pero se lo contó al revés. La calumnia que elaboró el canalla de Ale hizo creer a Elizabeth que yo, esa chica tan rara del vecindario, me había acercado a él para proponerle un soborno a cambio de que me permitiera espiar a su hermana en el cuarto de baño. Desde cualquier punto de vista, era absurdo, ya que Elizabeth sabía que yo no necesitaba esa estratagema para ver las partes de su cuerpo que suscitaban tanta curiosidad en Ale, pero creyó al hermano antes que a mí por razones de consanguinidad demasiado irracionales como para preocuparse por ellas. En aquel momento, Elizabeth y yo estábamos empezando a distanciarnos, por la deriva misma de la relación, que no daba para mucho más, y ella debió de pensar que yo, incitada por el relato del hermano mirón, sentía atracción morbosa por averiguar lo que hacía en la intimidad cuando no estaba conmigo. El primer beso que me dio valía más que todos los desnudos que Elizabeth pudiera escenificar para mí, con la colaboración del macarra de su hermano, bajo el agua de la ducha o subiendo y bajando las escaleras de una casa de tres pisos en la que ella y su familia dejarían de vivir en menos de un año.

## 50

Están los muertos bajo tierra, los muertos de la guerra, y están los muertos sobre la tierra, los muertos de la paz, encerrados en sus casas esperando la llegada del ángel exterminador sin hacer nada

por evitarlo, dejándose vivir y matar. Cosa extraña. Y luego están los ladrones y los asesinos, pisoteando la vida de los que no lo son, dominando con sus actos y su violencia al mundo. No todo es apacible en la urbanización El Atabal. No todo es un clima de paz y de bienestar, como nos cuentan los mayores. Al contrario. Hay demasiados crímenes sin resolver y crímenes a punto de cometerse.

Una noche de hace unos años, un fantasma armado entró en una de las casas más altas, un chalet de tres pisos que presidía en su aislamiento la empinada cuesta de Célebes Timur. Al dueño, un cincuentón millonario, el intruso lo cazó en la cocina bebiendo un vaso de agua y le clavó varias puñaladas en el vientre con un machete profesional. Su mujer halló el cadáver chapoteando en un expansivo charco de sangre, según contaban. Nunca se supo por qué. Otra noche asesinaron a una mujer atropellándola a gran velocidad cuando iba paseando por la estrecha y solitaria calle Mellado. La muerte era una habitante más de las casas y las calles de la urbanización, y adoptaba las formas necesarias en cada caso para realizar el trabajo sucio que le habían encargado.

Yo la vi de cerca una tarde de lluvia y reconocí su cara, iba envuelta en una gabardina y estaba tratando de estrangular a una criada que había salido a tirar la basura en calle Sabang. Cuando me vio, echó a correr y desapareció tras unos árboles antes de emprender la fuga en un coche que había aparcado en una zona que yo no pude distinguir. Lo sé porque escuché el arranque del motor y los primeros acelerones. No me dio tiempo a llegar. Al regresar al lugar del crimen, la criada había desaparecido en el interior de alguna de las casas cercanas y no me atreví a llamar a ninguna por no molestar a sus habitantes ni que estos me tomaran por paciente de un manicomio.

# 51

Regina conoce a un cinéfilo que se ha interesado por sus cortometrajes y quiere que la acompañe a verlo en la catacumba en la que proyecta sus películas a toda persona dispuesta a verlas. No creo, sin embargo, que haya una multitud agolpada en la puerta reclamando su derecho a poder asistir a las proyecciones privadas de sus obras maestras.

El cinéfilo se llama Basilio, y Regina no lo había tratado nunca directamente. Cada vez que compraba el celuloide para sus películas en super-8 o encargaba que se las revelaran en el Bazar del Cineísta, un establecimiento céntrico especializado en materiales de cine, trataba con una chica muy agradable pero muy poco agraciada, según contaba Regina, que se llamaba Trinidad y que ella creía que era hija del dueño, sin saber quién era este. El dueño se llamaba Rick y no residía en España, solo pasaba temporadas en la Costa del Sol, pero quien regentaba el negocio era Basilio, un cuarentón alto y con barba que lo sabía todo sobre cine y presumía de ello ante los más jóvenes clientes. Trinidad era su sobrina predilecta y Basilio vio, por recomendación suya, uno de los cortos de Regina, un bodrio fílmico que no valía, según ella y su falsa modestia habitual, ni el precio del revelado, y la llamó por teléfono para citarla en el Bazar y poder charlar en persona sobre sus aficiones y gustos. Regina nunca se fiaba de los hombres que querían verse con ella a solas, era así de precavida, y me pidió una vez más, como hizo con la visita a la cabaña de los enanos en el verano del 77, que la acompañara como guardaespaldas.

El Bazar del Cineísta estaba situado en una encrucijada muy curiosa. Ocupaba la esquina de una calle que rodeaba la Catedral de Málaga, justo enfrente del templo monumental de la cristiandad, como una declaración de intenciones morales, y por detrás se extendía el exuberante parque de la ciudad con todos sus árboles exóticos y sus plantas paradisíacas. Nada más entrar en el templo del cine *amateur* me llamó la atención el olor, tabaco negro fuerte y

tecnología recalentada, máquinas alquiladas una y mil veces a supuestos genios del cine y latas de película abandonadas por todas partes, criando polvo en cantidades industriales. Trinidad es tan poco agraciada como me había dicho Regina, pero muy simpática e ingeniosa, y desde el principio nos pide que la llamemos Trini para evitar confusiones. Mientras esperamos a que Basilio nos pueda recibir, Trini nos confirma que el dueño del negocio es un americano que se llama Rick y que vive entre París y Málaga, fue brigadista internacional durante la Guerra Civil española, se enamoró de la región por su clima africano y montó a finales de los años sesenta un bar de ambiente en Torremolinos llamado The Merry Prick, donde los fines de semana, cuando anda por estas calurosas tierras, se dedica a lo que más le gusta en la vida: cantar canciones melódicas al estilo de Frank Sinatra y tocar el piano como Thelonious Monk, sus dos ídolos absolutos.

—Rick está convencido de que Málaga es la nueva Casablanca, y es lo que le dice a todo el mundo cuando le preguntan por qué le gusta vivir aquí.

Suena el teléfono con timbre ronco de película de los años Cuarenta y Trini lo descuelga para recibir el aviso del tío desde el subsuelo del establecimiento. Trini nos indica que Basilio nos espera en el sótano con el proyector encendido. Me hizo gracia la expresión de la sobrina, dicha con cierto retintín, pero no imaginaba hasta qué punto era real y respondía a la realidad mental en la que se movía el excéntrico tío de Trini.

—Me pasé un año entero en Nueva York viendo todo lo que ponían en todas las salas de la ciudad, es impresionante la cantidad de cines de estreno que hay solo en Manhattan. Y los cines de reposición, una barbaridad, todos los clásicos europeos y americanos en sesión continua. No os podéis imaginar lo que aprendí sobre cine underground yendo todas las semanas a ver la programación del Anthology Film Archives.

Basilio era pequeño de estatura, bastante calvo y de cabeza redonda, con una barba espesa que recubría el óvalo desnudo de la

cara, como una guirnalda o un collar de pelo, de la oreja derecha a la oreja izquierda, provocando un extraño efecto en quien atendía a los movimientos de sus gruesos labios mientras hablaba con nerviosismo, viendo la boca desconectada de la mandíbula y superpuesta a los ojos y la nariz.

—¿Habéis oído hablar de los hermanos Melcas, Jonas y Adolfas?

Los hermanos Mekas nos sonaron, a Regina y a mí, a bandoleros mal afeitados de películas italianas del Oeste, peligrosos rivales de Django y compañía, y guardamos silencio para no revelar nuestra ignorancia en materia de cine experimental, que era como Regina lo llamaba sin atreverse a reconocer que este género artístico no le interesaba lo más mínimo.

—¿Jack Smith? ¿John Waters? ¿George Kuchar?

Este nombre nos sonó a George Lucas en la pronunciación espesa de Basilio y, sin embargo, preferimos callarnos por no suscitar una controversia inútil demasiado pronto sobre el buen gusto o el mal gusto de las nuevas generaciones y la pésima calidad de lo que se estrenaba en salas comerciales, temas favoritos de los cinéfilos vocacionales de entonces. Estábamos inaugurando la primavera del 79 y nosotras pertenecíamos, a conciencia, a la minoría mayoritaria que había revolucionado el cine en los últimos años enarbolando la bandera multicolor de la vulgaridad adolescente.

—¿Anger? ¿Markopoulos? ¿Brakhage? ¿Warhol?

A este último sí lo conocíamos como artista, no éramos tan ignorantes. Carlos tenía un libro en inglés sobre él y me había enseñado algunas ilustraciones meses atrás en su estudio. Eran cuadros muy alegres, con colores vistosos y motivos populares. Me gustó en especial un retrato de Marilyn Monroe pintado con mucho amarillo y rosa, y se lo dije a Basilio.

—Bueno, sí, Warhol también es pintor. Pero lo que pinta, no me entendáis mal, son mariconadas. Las películas que hace, en cambio, son muy valientes y radicales.

*Valientes y radicales*, me quedé con los adjetivos. Me gustaba la

sonoridad que le daban a la opinión, y los usaría en adelante cada vez que una obra artística me produjera emociones difíciles de explicar o de entender.

—Vale, no os agobio con más nombres de cineastas. Se ve que no estáis muy puestas. Lo vuestro es más el cine comercial, por lo que entiendo. Las patochadas siderales de los *movie brats*, ¿habéis leído el artículo del *New Yorker*? Menuda basura.

—No crea, estamos abiertas a todo. Somos muy receptivas a todo lo nuevo.

Esta intervención oportuna era de Regina, perdiendo por un momento la vergüenza de la situación y disimulando sus verdaderos gustos para ganarse la simpatía del cinéfilo de la vieja escuela, que era, para mi desgracia, un fumador empedernido de tabaco negro.

—Os quería enseñar unas películas mías y luego hablamos de las tuyas, Regina, ¿verdad?

—Así es. Como usted quiera, Basilio, no tenemos ninguna prisa.

—¿A ti te gusta también hacer cine como a tu amiga?

—A mí lo que me gusta es verlo.

—Ya veo. ¿Y qué afición tienes?

—Escribo, sí. Me gusta escribir.

—Estupendo. Los escritores no aportan nada bueno al cine, pero son necesarios para que los productores suelten la pasta. Eso es lo importante. Ahora lo vais a ver…

Mientras tenía lugar la proyección de las películas en la catacumba sagrada del Bazar del Cineísta, sin ventanas y mal ventilada, Basilio nos fue explicando que le habían ofrecido dirigir su primer largometraje y había pensado en Regina como ayudante de dirección. No podría pagarle mucho, pero así tendría algo de experiencia profesional antes de matricularse en la Escuela de Cine.

—El Festival de Cine de Autor de Benalmádena organizó una velada especial el año pasado en que se proyectó una selección de mis películas. Fue tal el éxito cosechado que el mismo Julio, ya sabéis, el director del tinglado, tuvo la idea de producirme un primer largo. ¿Conocéis a Julio? Es director de cine también, no muy bueno,

todo sea dicho, pero para gustos los colores, como dice Trini, mi sobrina, que es muy graciosa, como habréis visto. Julio dice que podemos pegar el pelotazo en la escena internacional, empezando por el Festival de Berlín. Que mi cine promete y que yo podría ser el Fassbinder español. ¿Sabéis quién es Fassbinder? Yo solo he visto dos películas suyas y me parece una exageración de Julio, pero bueno, cualquiera le lleva la contraria a Julio cuando se empeña en algo. Generoso hasta la deuda, eso sí. Un día se va a llevar un disgusto, mira que se lo tengo dicho…

Ya teníamos bastante información como para hacernos una idea rápida del personaje peculiar que era Basilio, pero Regina lo escuchaba con reverencia, como si fuera un maestro consagrado del séptimo arte, mientras no quitaba ojo de la pantalla en la que nos estaba proyectando muestras consumadas de su talento como director, montador, fotógrafo y actor, todo a la vez en un solo cuerpo de escasa envergadura física y una sola mente creativa de altos vuelos.

—A mí, para que lo sepáis, lo que me gusta de verdad son las películas americanas de los años cincuenta y sesenta. Los grandes melodramas, ya sabéis. Los cuatro maestros del apocalipsis. Sirk, Minnelli, Stevens, Kazan. Pero como no puedo financiar nada que se le parezca hago versiones muy personales de sus escenas antológicas. He hecho un montaje de varias de ellas para que las veáis como si fueran un largo. ¿Qué os parece?

Estaba atónita, la verdad, viendo sin filtros aquel desfile de imágenes degradantes en compañía de su creador. Basilio elegía películas fundamentales de sus directores estrella y hacía *remakes*, palabra de Basilio y de Regina, de algunas de sus secuencias más célebres con actores travestidos. Él era uno de ellos, pero se hacía acompañar de muchos amigos que colaboraban gratuitamente y con gran sentido del humor, según decía, en la puesta en escena de cada película.

—¡Magníficas! —exclamó Regina sin venir a cuento.

Y se la veía de verdad entusiasmada con la triste proyección en

curso, como si estuviera asistiendo, en realidad, al estreno de las películas originales en un lujoso cine de Hollywood Boulevard. Los cortos encadenados de Basilio llevaban un letrerito al comienzo que indicaba el título de la película clásica a la que se referían. Ya habíamos visto, uno detrás de otro, los refritos de *Imitación a la vida, Un lugar en el sol, Que el cielo la juzgue, Castillos en la arena y Con él llegó el escándalo* cuando Basilio detuvo la proyección para ir al baño con urgencia.

—Enseguida vuelvo. El médico me tiene dicho que no fuerce en exceso la vejiga. El cine y la orina, un tema esencial que convendría estudiar a fondo. La duración de algunas películas pone a prueba nuestra resistencia. Sus autores no tienen en cuenta las necesidades básicas del espectador.

Regina y yo nos miramos a la cara sin saber muy bien qué decir sobre la cuestión, preferíamos guardar silencio por pudor.

## 52

Yo sabía que Regina se sentía como en casa en este ambiente de cinefilia rancia y la acompañaba con gusto, aunque no sabía cuánto iba a poder aguantar allí sentada asistiendo al espectáculo de aquellas películas tan deficientes como ofensivas. Empezaba a temer que Basilio hubiera preparado un maratón de películas de factura defectuosa y no sabía si podría tolerar media hora más esa exhibición sin gracia de hombres disfrazados de mujer dando salida a emociones ridículas con gestos aún más ridículos. Y se lo dije en cuanto volvió:

—Más que versiones de clásicos, amigo Basilio, estas películas me parecen parodias, perdone que le diga. Parodias involuntarias, me temo, del modo en que los hombres ven a las mujeres. El tono es un poquito misógino, ¿no?

—Ya está la intelectual, cómo no. No nos fastidies, por favor.

Regina sale al rescate de su nuevo amigo cineísta. Bien se había encargado este, cuando la llamó, de decirle que tenía buenos contactos en el mundillo del cine en Madrid. Y hasta le había insinuado que podía presentarle a gente influyente de por aquí, gente del festival de Benalmádena que podía interesarse por sus cortos y a ver qué pasaba, y Regina, como es natural, se había hecho ilusiones.

—Estas que acabáis de ver no son, ni de lejos, las mejores que he realizado, lo reconozco, quería empezar por los primeros intentos para que vierais mis progresos artísticos. Yo creo que las que vienen a continuación están más logradas y a lo mejor os podrían interesar más. Además, sale un amigo escritor en alguna de ellas. Se lo pasó en grande rodando, aunque el tío no tiene pajolera gracia, todo sea dicho, y vestido de tía parece un completo adefesio. ¿Seguimos?

—La sesión debe continuar, sin duda.

Mi ironía se afilaba para recibir de uñas el lote restante de películas como una parodia de la parodia, el refrito de todos los refritos, y Regina se crispaba contra mí al escuchar mis comentarios críticos, era lógico, como si fueran contra ella. Me suele pasar.

—No me lo estropees, cariño, ¿vale?

Mucho peores sería poco decir, aunque a Basilio le parecieran lo contrario, y las películas rehechas se llamaban, con títulos pomposos, *Un extraño en mi vida, Sublime obsesión, Como un torrente, Solo el cielo lo sabe, Esplendor en la hierba*. No me reía, no me podía reír, contemplando la fealdad insufrible de esas películas que se burlaban sin pretenderlo de otras películas que Regina y yo adorábamos, como Basilio, y no veíamos la necesidad de volver a filmarlas, y menos de este modo indignante. La justificación culta para todo ese despropósito no tardó en aparecer en boca de Basilio.

—Resulta extraño, lo reconozco, pero ¿no habéis oído hablar del teatro isabelino? Shakespeare es el guionista de cine más importante de la historia, como sabréis, pero lo que quizá no sepáis es que era un experto en usar travestidos y travestismos como recurso dramático.

Qué mal rollo me estaba metiendo en el cuerpo este Basilio con sus explicaciones baratas y sus películas chapuceras. Estaba dispuesto a ensuciarlo todo con tal de justificarse.

—Mirad, mirad, ahí está Ángel, el escritor del que os hablé.

Con una peluca de color verde fosforescente y un delantal a cuadros rojos y blancos, como un payaso en una fiesta infantil de cumpleaños, representaba una de las escenas más sobrecogedoras de *Esplendor en la hierba*, que yo consideraba una de mis películas favoritas por muchas razones, entre otras porque me identificaba a fondo con la infeliz protagonista. Ahora la veía, en la escena crucial de la bañera donde Deanie confiesa a su madre la única enfermedad mental que padece, la insoportable intensidad de la vida, el deseo y el amor, caricaturizada por dos actores insensibles, Basilio y su amigo escritor, que no se tomaban en serio su drama íntimo porque no podían entenderlo de ningún modo, por más que se empeñaran, y lo convertían en un escarnio de los turbulentos sentimientos del personaje.

—Qué risa, cómo nos divertimos durante el rodaje, es increíble. Esto sí que es cine vivo, ¿no os parece?

El ambiente del sótano del Bazar de Basilio se me estaba volviendo irrespirable y me asfixiaba por la falta de aire limpio, el abusivo humo de los cigarrillos negros del cineísta engreído y el horror sexual que emanaba de la pantalla como un mensaje dirigido en gran parte contra mí.

—Yo ya no puedo más. ¿Os importa que salga? Seguid vosotros y así podéis hablar de vuestras cosas. Te veo luego, Regina. Perdóname.

Salí del Bazar del Cineísta a la calle, sin despedirme siquiera de Trini, y no tuve la misma sensación que cuando salía feliz del cine después de ver una película que me había transportado al otro lado de la vida y respiraba de nuevo el aire enrarecido de la realidad. En esta ocasión la epifanía fue al revés. Era como si escapara de una cámara de gas y me encontrara con la libertad misma flotando en la luz del mediodía y recibiéndome con su bendición vital. Así se lo dije

a Regina, casi una hora después, cuando salió del establecimiento al fin, enfadada conmigo.

—Eres una maleducada. Menos mal que Basilio tiene buen carácter y no se ha sentido ofendido por tu actitud. Me ha dado esto para ti.

—¿Qué es?

—Qué va a ser. El teléfono del escritor que aparece en sus películas. Me ha dicho que lo llames, que te hará mucho bien hablar con él y enseñarle tus escritos.

Sentí simpatía por Basilio, como siempre por las personas que saben disculpar mis excesos, cogí el papel doblado de manos de Regina y me lo guardé en el bolso sin mirarlo.

—¿Habéis quedado en algo? ¿Te ha dicho algo más sobre tus películas?

—Sí, que me llamará más adelante y que mi cine promete, pero después de ver el tipo de películas que hace no tengo nada claro que me apetezca trabajar con él.

—Ves como tenía razón.

—Tú siempre tienes razón. Tu problema es que no sabes convencer. Eres demasiado brusca e impulsiva. Eso no es bueno.

—¿Estamos representando otra escena de travestidos para travestidos o esto va en serio, Regina? Si es así, quiero saberlo, porque nadie se ha dignado darme el guión antes de rodarlo, ¿sabes?, y ahora mismo me siento un poco desnuda delante de mi público, ¿te gusta más así?

—Tú no necesitas guión, cariño. Eres grandilocuente por naturaleza.

*Grandilocuente por naturaleza*, me guardo la expresión para utilizarla cuando me convenga y contra quien me convenga. Lo peor es que me gusta ser así y no puedo ni quiero cambiar. Grandilocuente como el gran Will travestido. Me encanta la idea.

# 53

Tardo mucho en telefonear a Ángel, el escritor amigo de Basilio. No me siento segura. Me da miedo dar un paso en falso y enseñarle mis escritos a alguien que no los merece e incluso podría aprovecharse de ellos para plagiarlos. Regina me anima a ir y me dice que es importante recibir la opinión de alguien experto. Me puede ayudar a crecer como escritora. Eso me dice Regina, con su lengua falsaria, y yo creo que lo que espera es que el escritor me diga que no tengo ningún talento, que mis escritos son mediocres, que así me resigne y asuma que mi destino consiste en hacer cine con ella, su único sueño desde que nos conocemos. No es nadie Regina. Me dejo convencer, lo llamo y utilizo la tarjeta de presentación de Basilio para sacarle una cita rápida. En la conversación telefónica se muestra agradable y educado y se me quita un poco el miedo al desconocido.

—Tengo ganas de conocerte. Basilio me ha hablado muy bien de ti.

—Pero si apenas me conoce, no me lo creo.

—Basilio es así. Te observa un rato, no necesita preguntarte nada, y ya sabe todo lo que quiere saber de ti.

—Es una ventaja indudable. Se pierde menos el tiempo, desde luego.

Me cita en un *pub* céntrico de calle Madre de Dios, lugar simbólico como pocos, que se llama Puf. Voy con frecuencia, me dice por teléfono.

—Por las tardes es un lugar tranquilo para charlar. Por las noches se complica. Está siempre tomado por los comunistas y los anarquistas, que tienen la sede al lado, y otras aves raras de la ciudad. Me gusta el ambiente. Me hace sentir revolucionario.

Regina cree que me conviene matar los signos de la feminidad para evitar malentendidos con el escritor.

—Nunca se sabe con estos tíos mayores. Lo mismo Basilio le ha hablado de tus dotes y el tío busca ligarte. La literatura es una

excusa perfecta para establecer contacto erótico.

Así que me peino el pelo con brillantina como Travolta para pegarlo al cráneo, me pongo mi vaquero Lee más viejo y desteñido, una camisa de leñador, a cuadros azules y blancos, que no me ponía desde la prehistoria, y una chaqueta de ante desgastado, heredada de mi padre, para parecer a primera vista un aprendiz de escritor muerto de hambre y hambriento de lecciones artísticas. Regina, cuando me ve así vestida, me recomienda que me lo ponga en la próxima fiesta de disfraces a la que nos inviten en la urbanización. Seguro que triunfa. Con la obsesión por disimular los atributos más visibles de mi condición femenina, casi me olvido de recopilar el grueso de mis escritos y meterlos en una carpeta sin traspapelarlos. La cita está pensada para esto, no para darle ideas raras al escritor sobre mi identidad sexual.

—Se te va a echar encima en cuanto te vea, ya verás.

—Que no, Regina, que lo nuestro es una cita creativa.

—Ya, ya. Eso dicen todas y mira cómo acaban. Trabajando para el amo, como dirías tú.

Regina está celosa, y tendría razones para estarlo. Este Ángel llega a la cita puntual y me está esperando tomándose una cerveza sentado a una mesa redonda, al fondo del local a la derecha, pegada a la cristalera que da a un callejón lateral por el que pasa una fauna grotesca de camino a una pequeña parroquia en cuya fachada hay una hornacina con una virgen diminuta en su interior. No creo que Ángel sea muy católico y acabemos yendo a rezar a esta virgen santísima y a comulgar juntos a la misa de ocho, pero, por si acaso, nada más llegar, sin tiempo que perder, le tiendo la carpeta roja con la selección de mis escritos grapada y clasificada por géneros. Estoy nerviosa y me lo nota enseguida.

—Relájate, mujer, esto no es un concurso literario. Yo soy contrario a eso de los premios, ¿sabes? Corrompen el talento y prostituyen la voluntad del creador.

Me cae bien desde el principio. Me gusta el uso que le da a la palabra *corrupción*. Me gusta el uso que le da a la palabra

*prostitución*. Me apropio ambas por lo que pueda pasar después. Estamos de acuerdo. El tío es guapo a su manera, se parecería a Marcello Mastroianni si el actor italiano tuviera veinticinco años menos. Hay pequeñas diferencias entre los hombres guapos que solo se pueden apreciar de verdad en las distancias cortas y la intimidad, y digo esto cuando a mí hace tiempo que han dejado de interesarme los hombres, todos los hombres, los guapos y los feos, los buenos y los malos, los altos y los bajos. Ángel lo es, sin discusión, alto y guapo, aunque viste con descuido. Tiene pinta de no mirarse mucho en el espejo. Es una virtud que compartimos. Me limito a constatarlo con honestidad.

—Tómate lo que quieras, yo te invito.

Del estrafalario decorado del *pub* me sorprenden los cartones de huevos pintados de colores chillones que recubren el techo del local. Sobre nuestras cabezas son rojos, azules en la zona vecina, un poco más allá, verdes, y en el patio central, que es donde hay más mesas y gente variopinta, tan amarillos como los pollos que nacen de los huevos invisibles.

—Sirven para insonorizar el espacio. Ya te lo advertí. Las conversaciones nocturnas que aquí tienen lugar traspasan a menudo la barrera del sonido y llegan con facilidad a oídos de la policía secreta.

Más lejos, hacia la zona izquierda del local, detrás de una mesa ocupada por una asamblea de hombres y mujeres jóvenes que discuten con pasión, distingo una pared pintada de negro y adornada con motivos psicodélicos que atrapan la mirada con sus espirales fluorescentes, sus carreteras siderales, sus estrellas y planetas plateados.

—Dame un mes para leer todo esto y anotarlo y te lo comento en otra cita, ¿te parece bien?

Me cuenta entonces que anda metido en un proyecto muy complicado. Un día se dio cuenta de que tenía muchos amigos en Málaga que vivían en barrios muy distintos, muchos más de los que pensaba, y que estaría bien, como homenaje a la ciudad y a sus

habitantes, meterlos a todos en una novela. Amigos y amigas, me dice, guiñándome un ojo para que no malentienda la naturaleza de su proyecto.

—¿Has leído el *Ulises* de Joyce? Supongo que al menos te sonará de oídas, ¿no?

Ya sabía yo que tenía que prepararme para esta cita con el escritor malacitano como si fuera a participar en un concurso cultural de la tele. He venido a pelo al encuentro, como una ingenua, y lo estoy empezando a lamentar. Ángel había publicado un libro de cuentos y una novela corta, pero no pensaba sacar el tema de su obra para no halagar su vanidad. Estoy a punto de hablarle de Stephen King, pero me detengo a tiempo, no tiene cara de leer al autor de *Carrie*, ni tampoco a Thomas Harris, del que leí *Domingo negro* con interés después de ver la película con Regina hace casi dos años. Y ni siquiera se me ocurre que Ángel pueda saber a qué abismo se refiere el *Abismo* de Peter Benchley, autor de *Tiburón*, otra novela favorita de mi adolescencia. Lo mejor es dejarle hablar y fingir que conozco todo lo que cita de memoria y así me dejará en paz. Aprendí esta técnica con mi psiquiatra Alicia, que me bombardea en cada cita con referencias de libros, de exposiciones y de películas como si yo no tuviera otra cosa mejor que hacer en la vida que seguirles los pasos a ella y a sus diversos grupos de amigos. Se ve que es la manía más extendida entre los hombres y las mujeres de la cultura. Ya tenía yo bastante con la maestra Antolina como para buscarme otra enciclopedia ambulante.

—Pero no solo pienso incluir a mis amistades actuales. He hecho cábalas y me he dado cuenta de que si vuelvo a la infancia podré sumar muchos más nombres de gente. No hago más que tomar notas y no consigo que la novela arranque.

Y me cuenta, con el fin de que vaya aprendiendo lo que significa ser un escritor serio, que su idea es coger a un personaje llamado Antonio, para que no tenga el mismo nombre que él y no se produzcan los equívocos que arruinan tantas carreras, me dice, y concederle veinticuatro horas completas para que intente visitar en

sus domicilios al mayor número posible de amigos y amigas, y también a gente que conoció en otra época y hace tiempo que no ve ni trata.

—Tendrá que usar el coche, claro. Elegir el modelo más adecuado me está llevando más tiempo del que pensaba. Todavía no me he decidido, es peor que comprarlo, si te digo la verdad, tiene consecuencias semánticas que no había percibido hasta que me metí de lleno en la faena. Ya elegirle un nombre al protagonista de la novela me consumió un mes dándole vueltas a todos los significados que cada lector podría otorgarle al nombre. Pensé en Leopoldo, por rendirle tributo a Joyce, modestia aparte, pero me pareció muy obvio. Y al final, en homenaje al maestro Flaubert, pensé en san Antonio y sus tentaciones de carne y hueso y me dije que ese era el nombre más adecuado a la problemática de mi personaje. Es un doble mío, en cierto modo, no se puede negar, y yo estoy sometido a muchas tentaciones en mi vida, peor que san Antonio en la soledad del desierto, ¿no te imaginas? Mi novia actual es un demonio y me tiene loco. Los escritores debemos tener mucho cuidado escogiendo con quién nos liamos, podemos pifiarla a lo grande si metemos en nuestra vida a la persona inadecuada, ya me entiendes. El amor es una enfermedad capital del cuerpo que se paga con el alma. ¿O era al revés? Una enfermedad del alma que se paga con el cuerpo. Ya ni me acuerdo de la cita correcta, estoy hecho un desastre…

—De eso sé un montón. Yo pensaba que ese mal se curaba con la edad.

—Qué va. Tú eres aún una adolescente, no te ofendas, y tendrás tus líos de adolescente, pero lo mío es un enredo de dos pares de cojones que me está retrasando el proyecto más de lo debido.

# 54

La cara de Ángel no miente. Se le ve agobiado de verdad, como si la historia que no me cuenta por el momento lo tuviera cogido por el cuello con las dos manos, con intención de estrangularlo y cortarle el suministro de aire al cerebro, y no estuviera dispuesta a soltarlo en breve.

—Yo soy un realista, entiéndeme, y el principio número uno del realismo es la documentación. Si no te documentas, no puedes hablar de nada con un mínimo de seriedad y rigor. Un novelista, por muy imaginativo que se crea, tiene que conocer a fondo la realidad sobre la que piensa hablar. Y ahí empiezan los problemas. Por eso, para terminar de volverme loco, en este proyecto de novela están incluidos los barrios de la ciudad, también tengo que elegirlos con cuidado y ordenarlos por preferencia, o por las posibilidades narrativas y descriptivas que me ofrezcan. No quiero equivocarme eligiendo un barrio que se parezca a otro tanto que no pueda evitar repetirme. Me muero de aburrimiento solo con pensarlo, imagínate los lectores, acusándome de falta de variedad e inventiva. Y ya me ves. Desde que me levanto hasta que me acuesto, vivo en una nube de nombres propios y nombres de barrios y barriadas y calles. No te imaginas lo que es. A veces hasta me despierto con un nombre en la punta de la lengua y corro a anotarlo en un papel para que no se me olvide.

—Más que una novela, el proyecto del que me hablas parece la guía telefónica.

Mi ironía no le divierte. Se toma muy en serio a sí mismo y estoy a punto de arruinar el encuentro. Me acuerdo de que he venido aquí para lograr que alguien que no sea yo, o Regina para el caso, lea mis dichosos escritos, y puedo estropearlo todo si me dejo llevar por mi tendencia sarcástica.

—Era broma, disculpa, no quería molestarte. Entiendo tus problemas creativos…

—No, si no me has molestado. Me acabas de dar una idea

brillante. Ves que siempre viene bien hablar con otras personas cuando uno está trabajando en un proyecto difícil, y este lo es. Vaya que si lo es. La novela podría incluir al final un listín de nombres y apellidos, en orden alfabético, para que todo el mundo pueda reconocerse y sentirse parte del proyecto, ¿cómo lo ves?

—No sé, dependerá de lo que pase en la novela. A lo mejor hay gente a la que no le gusta verse retratada y no querría que su nombre apareciera en ella.

—Si tengo que inventarme el nombre de cada uno de mis conocidos, no empezaré nunca a escribirla.

—Tienes razón. Podrías utilizar las siglas de sus nombres, así nadie podría quejarse.

—Joder, a este paso voy a tener que pagarte la colaboración.

—Con que me leas me sentiré bastante recompensada.

—Eso dalo por hecho.

El personaje llamado Antonio, por continuar con la trama de la novela de Ángel, tendría entonces veinticuatro horas para visitar, montado en un coche de marca aún por determinar, aunque a Ángel le tienta, por lo que me dice, promocionar de paso algún nuevo modelo de Seat, al máximo número de personas conocidas, en un grado mayor o menor, en sus casas y en sus barrios. Y elige, por lo que entiendo, hacerlo en el aniversario del día en que conoció a su mujer, que lo abandonó hace tiempo, junto con su hija, harta de sus infidelidades, igual que le pasó a Ángel, según me cuenta.

—Todo es auténtico en esta historia. Hiperrealista y de lo más verosímil. Yo no miento. La condición número uno es que Antonio no avise de antemano a nadie sobre sus intenciones. A ninguna de sus amistades, quiero decir. Que se presente allí de buenas a primeras, poniendo a prueba la respuesta de sus conocidos. En la novela, Antonio tiene que llegar a sus puertas, llamar al timbre o al portero electrónico, y esperar a ver cómo responden a su visita. Cuando el amigo o la amiga de turno abra la puerta o se asome a la ventana, Antonio se limitará a decirle: «No tengo mucho tiempo, pero quiero que sepas que me acuerdo mucho de ti». Eso es todo. ¿Te das

cuenta? Es una forma de comunicarles a las personas que conoce que no puede verlas a todas, pero que no podría vivir sin saber que existen y acordarse de ellas. Es el mensaje que la novela, con toda su complicación, debería transmitir a los lectores. Una lección de solidaridad, de fraternidad y de amistad en un mundo que se está volviendo enemigo de esas nociones humanas, ¿no lo crees?

—Los amigos y las amigas podrían llegar a creer que Antonio se está muriendo de alguna enfermedad terminal y que su visita es una especie de despedida urgente, ¿no?

—Joder, no se me había ocurrido pensarlo, con tanto nombre y tanta marca, se me había pasado esa posibilidad. Qué maravilla. ¿Lo que escribes es tan bueno como tus ideas?

—No estoy segura.

—Es habitual, no hay que sentir vergüenza, nos resulta más fácil comentar lo que otro hace, y sacarle punta, que hacerlo nosotros mismos. A medida que maduras, la distancia entre lo que piensas y lo que haces se reduce. Creo que con este proyecto puedo empezar a soñar con la madurez. Entre el trabajo en el periódico y mis líos de faldas, no sé cómo encuentro tiempo para apuntar nombres de gente de la que me acuerdo y recorrer los barrios tomando notas y haciendo fotografías de los lugares exactos donde va a ocurrir la historia.

—También podrías hacer un juego con el número de horas, el número de amigos o amigas a visitar y la distancia en kilómetros entre los barrios y la velocidad del coche en un tramo urbano, para calcular las posibilidades que tienes, ¿no?

—Nada de juegos, eso sí que no. No me gustan nada los juegos literarios. Le dan un toque infantil a la literatura que nunca he soportado. Para entendernos, amo *Ulises* y odio *Rayuela*, ¿la conoces? Es de lo peor que he leído en mi vida, si a eso se le puede llamar leer…

Mi cara no es un poema escrito por un inepto. Mi cara, en ese momento, es una página de prosa hermética para evitar transmitirle al escritor que no he leído esa novela tampoco, pero que conozco a

una persona, la maestra Antolina, que la adora, por lo que mi opinión podría sonarle un poco sesgada.

—Me tengo que ir. Tengo una cita amorosa a la que no puedo faltar, es decisiva en una relación que estoy intentando salvar contra viento y marea. Igual la próxima vez que nos veamos me he transformado en otra persona. Nunca se sabe. El amor tiene ese poder. Me llevo tus escritos y te llamo en cuanto los lea a fondo para poder comentártelos. Dame tiempo, eso sí. Ya me ves lo liado que estoy.

—A lo mejor soy yo la que ha cambiado mucho la próxima vez que nos veamos y me he transformado en un repugnante bichejo kafkiano.

Se ríe sin ganas con mi chiste, demasiado rebuscado para su gusto, y no entiende el trasfondo sexual.

—Vendré preparado.

Nos despedimos y casi siento una punzada de envidia por la otra mujer que lo atrae con sus encantos más que yo con mis escritos y mi conversación inteligente. Los celos sexuales son una fuerza muy poderosa a la que solemos prestar escasa atención. Esa tarde de finales de mayo casi me ofendió que el escritor solo se interesara por mi cerebro y no por mi cuerpo, como si no formaran parte de la misma unidad existencial. Me quedo un rato más en el *pub* a terminarme la Coca-Cola y lo veo en la calle, desde detrás de la cristalera, enrollando la carpeta roja que contiene mis escritos hasta formar con ella un largo cilindro que me recuerda a los rollos musicales para ciertos instrumentos, como órganos y organillos. Espero que no la pierda ni la use con fines impropios. No tengo copia. Fantaseo con la cita amorosa del escritor y me imagino que va al encuentro de alguna vecina mal casada a la que hasta ahora hacía feliz con sus encuentros furtivos y que ha decidido conformarse con los servicios del marido y sacrificar sus expansiones en aras de la armonía familiar y la felicidad de la prole. Me resulta obvio, con este escenario digno de una mala comedia costumbrista, que la vida en la urbanización ha conseguido pervertir mi imaginación hasta extremos

aborrecibles. No podía estar más equivocada, como comprobaría solo un mes después.

## 55

Me llama el escritor una mañana de finales de junio y me dice que mis cuentos tienen muchas posibilidades, que no están todo lo desarrollados que requieren las historias, pero que le parecen un buen principio para alguien tan joven. La idea de la serie de cuentos fantásticos ambientados en islas asiáticas y protagonizados por personajes estrambóticos no le interesa demasiado, sin embargo. La encuentra poco arraigada en un espacio reconocible. Mucho mapa imaginario, repleto de tópicos exóticos y color local, y poca documentación real. Por el contrario, ha descubierto una vena realista en algunas de mis ficciones que debería tomar más en serio y explotar a fondo a ver hasta dónde me lleva.

—Me lo pensaré y veré lo que puedo hacer.

Quiere que nos volvamos a citar en el mismo sitio para devolverme el manuscrito, así lo llama ahora. Tiene muchas cosas que contarme. Cara a cara. El teléfono es mal consejero, me dice. Lo sabe por experiencia. El proyecto de novela está estancado, pero ya no le parece tan apremiante realizarlo. Quiere tomarse un tiempo para reflexionar. Me siento halagada por sus opiniones y esta vez acudo a la cita acentuando mis atributos femeninos. Quiero que todo lo que tenga que decirme como escritora se lo diga a la chica atractiva y seductora que entra en el *pub* cabalgando sus altos tacones, golpeando con fuerza sobre el mármol blanco del suelo para avisar a la parroquia de siempre de que una mujer de rompe y rasga, maquillada hasta las orejas, acaba de irrumpir en el adormecido escenario poblado de veteranos de las mil batallas de la vida y la historia, viejos juristas, literatos seniles, políticos en ciernes, socialistas utópicos, anarquistas dinamiteros y chicas

desarrapadas. Hasta las espirales luminosas de las paredes se ponen a vibrar en la negritud del cosmos para saludar mi aparición.

Le noto al escritor el impacto muy adentro de su cuerpo, en las retinas de la mente, en cuanto se levanta para retirar la silla como un caballero antiguo e invitarme a que me siente junto a él, a la misma mesa redonda de la otra vez, con vistas a la hornacina de la virgencita de todos los pobres del barrio, a compartir un par de horas de conversación inteligente y alguna bebida refrescante.

—Yo he pedido *whisky*, ¿tú qué tomas?

—Un cubalibre, por favor. Con mucho hielo.

¿Qué me he puesto para impresionar al escritor impresionable? Una falda rojo burdeos muy corta que ha escandalizado a mamá nada más verla, mis piernas sin medias le parecen indecentes y no se priva de decírmelo hasta que salgo de casa para coger el autobús, una camisa blanca transparente de manga corta con un sujetador negro que descubre algunos de mis secretos y oculta muchos otros, y unos zapatos negros de tacón de aguja totalmente nuevos.

—Escribiendo así y con esa pinta matadora te auguro un bonito futuro. Pero tienes que cambiar la perspectiva, ahora te explico. Eres como el doctor Jekyll y el señor Hyde. Un día pareces una virago que solo quiere potenciar el aprecio de sus neuronas y otro día, me refiero a hoy, te presentas como una…

—¿Buscona?

—No, no me entiendas mal. Es siempre lo mismo con vosotras. En cuanto os ponéis guapas creéis que los tíos queremos violaros porque os tomamos por putas. Para nada. Yo no soy así.

—No hay nada que explicar, señor escritor, no se sienta obligado.

Yo sabía que Ángel atravesaba un momento delicado porque me lo había dicho en nuestra cita anterior, pero no imaginaba que mi apariencia seductora, además de excitar sus pulsiones masculinas más elevadas y sus deseos de impresionarme de nuevo con sus conocimientos literarios, iba a provocarle una vena confesional irreprimible.

—Tengo que aprender a contar las cosas que me importan. Ese

proyecto en el que ando metido me suena a falso, artificial, yo qué sé. No me concierne en lo más íntimo, a pesar de mis amistades. ¿Te acuerdas de la cita amorosa de la que te hablé? Pues hemos terminado. En nuestra penúltima cita me dijo que no quería seguir con nuestra relación. Que las cosas habían llegado a su punto de ebullición y que ya no quedaba más que verlas enfriarse hasta que alcanzaran los cero grados. Que ella no tenía vocación de congelador, cosas así. Con una madurez acojonante, no pude responder a ninguno de sus argumentos, me parecían inapelables, y me fui desinflando hasta quedarme vacío. Y solo tiene dieciséis años camino de diecisiete. Bueno, más o menos como tú, ¿no? Lo que pasa es que a ella la conocí con catorce, el año en que iba a cumplir los quince, hazte una idea. No ha sido una relación de novios tampoco. Ella no me ha sido fiel ni uno solo de los seiscientos días que ha durado nuestro amor, por llamarlo como lo llamaría un poeta. Para contar lo nuestro valdría más un novelista, si te soy sincero, que no se parezca a mí en nada, desde luego. No he sido siempre así, no creas. Como hombre heterosexual tuve un momento de duda en mis comienzos, muy parecido a lo que me han contado algunos amigos curas que les ha pasado con su vocación religiosa. Les da por el sexo o por la política, pero la pasión es la misma. ¿No lo habías pensado nunca?

—Yo vivo amancebada con Dios, no necesito pensar mucho en ello, ¿recuerdas? Es Él quien me traiciona todos los días con otras mujeres más jóvenes y deseables.

—Estás loca, madre mía, qué loca estás. Me encanta. Qué generación. Para aclarar las cosas entre nosotros y evitar molestias personales, ¿a ti te gustan más los chicos o las chicas?

—¿Tengo que responder a esa pregunta banal, señor escritor?

—Leyéndote me siento confuso a veces. Te gusta jugar a la ambigüedad, ¿verdad? Por eso te decía que hoy has decidido presentarte pareciéndote a las tías que me gustan, no te molestes, no quiero decir que el otro día no me gustases, pero es distinto, me recordaste mi pasado, ¿sabes? Creo que puede interesarte mi

historia.

Y aquí descubro, gracias a este escritor que me ha leído con simpatía y penetración crítica, que la vida es más compleja de lo que pensaba, incluso para un hombre de gustos convencionales como Ángel.

—Con quince años, arriba o abajo, tenía un amigo por el que sentía algo raro, te lo confieso. No estaba enamorado de él, pero lo deseaba, o me apetecía estar con él de una manera más íntima que con otros amigos. Te diré la verdad. Mi amigo me hacía sentirme como una mujer. Yo creo que fue así como descubrí que llevaba una mujer escondida dentro de mi cuerpo. Ernesto me hacía sentirme una mujer cuando estaba con él, y le puse nombre a esa mujer para separarla de mí y convertirla en mi amiga. La llamé Patricia porque no conocía a nadie que se llamara así y eso facilitaría mi relación con ella…

La coincidencia nominal me turbó de un modo que el escritor no pudo percibir. Recuerdo cómo antes de que naciera mi hermano Arturo mi madre estaba convencida de que iba a tener una niña, más nos habría valido, y pasamos una velada entera discutiendo con mi padre qué nombre ponerle al bebé que nacería en unos meses. Y decidimos, no recuerdo la razón exacta, quizá fuera alguna conocida de papá, llamar Patricia a la hermana que nunca tuve ni tendré jamás. La doble femenina del escritor y la hermana que pude tener y Dios me negó se llaman igual, Patricia, cosa extraña. ¿Por qué no Viola? ¿Por qué no Julieta? ¿Por qué no Beatriz? No se lo digo al escritor para no interrumpirlo, pero esa casualidad me obliga a prestar más atención a su relato y a pedir otro cubalibre para mí y otro *whisky* JB para él, cómo no.

—Pero nunca hice nada con mi amigo, aunque tenía ganas, no te lo niego, Ernesto era muy macho, como decía su madre, y la mera sugerencia de que pudiera pasar algo sexual entre nosotros habría puesto fin a nuestra amistad.

—No veo por qué. Yo me entiendo muy bien con mis amigas y no perdemos nada por hacerlo.

—No vayas a pensar que soy un machista, pero lo vuestro es distinto, ¿no?

—No estoy de acuerdo, mejor dejarlo.

—Vale, como quieras, no te lo tomes a mal.

Levanto mi copa y brindo por que la historia que Ángel ya está pensando cómo contarme sin ahorrarse un solo detalle merezca la pena.

—Me recuerdas a mí, no te enfades, cuando tenía tu edad. Me gusta eso. Verás, el caso es que al poco, cuando tuve mis primeras relaciones sexuales con mujeres de mi edad y con algunas mayores, descubrí que, en verdad, me equivocaba con Ernesto. Yo no necesitaba un hombre para comunicarme con la mujer que llevo dentro, con Patricia. Las mujeres me permitían conectar con ella mucho mejor de lo que lo habría conseguido si hubiera hecho caso a mi primer impulso homosexual. El sexo con mujeres, desde entonces, ha sido mi garantía y mi motor en la vida. Voy a decirte una cosa un poco fuerte, espero que no te moleste, entre escritores debemos hablar con franqueza, ¿no te parece?

—Di lo que quieras y déjame que juzgue por mí misma. No quieras condicionar mi respuesta.

—Lo siento. El sexo con mujeres me descubrió algo que no sabía sobre mí. Mi rabo, déjame que sea explícito, puede ser tan cariñoso como eficiente y suele extraer lo mejor de las mujeres que aceptan acostarse conmigo. Pero, además, dándoles placer y recibiéndolo de ellas lograba hacer feliz a la mujer que llevaba dentro desde que Ernesto me la descubrió. Patricia me daba su aprobación cada vez que me acostaba con una de mis amantes y con eso me daba por contento. ¿Te parece una locura? ¿Una perversión?

—A mí no me preguntes, no soy psicoanalista. Pero no creo que tus amigos lo entendieran, y la mayoría de tus amantes, tampoco.

—Eso no lo niego. La estrategia me sirvió hasta que conocí a Elena, la chica de la que te hablaba hace un momento. Cuando conocí a Elena ella tenía solo catorce años, como te dije, y se apoderó de todo mi ser, hizo desaparecer a Patricia, o la relegó a un

plano de existencia remoto, y ocupó su lugar en mi vida y en mi mente de un modo totalitario que aún no soy capaz de comprender.

—Eso es el amor, una enfermedad capital, ¿no me dijiste eso la otra vez?

—Si tú lo dices… Ya no me acuerdo de nada de lo que hablamos, ¿te lo puedes creer? Se me ha borrado todo…

## 56

La angustia sexual lo atenaza como un inquisidor que lo mantuviera amarrado sobre un potro de tortura a su merced para hacerle confesar sus pecados. Por lo que entiendo de su reacción, esta Elena debe de ser una chica muy intensa. Una torturadora y trituradora de hombres. Una máquina de moler carne masculina. Me entra la curiosidad femenina de repente. ¿Qué hará con las mujeres llegado el caso?

—¿Es por eso que apareces travestido en las películas de tu amigo Basilio? ¿Para volver a ser Patricia? ¿Resucitarla sin la interferencia de Elena? Suena estimulante. Me faltaba este componente para apreciar las películas de Basilio y tu intervención en ellas en su justa medida.

—En parte sí, desde luego, eres muy inteligente al haberlo adivinado. También me divierto y me evado haciéndolo, no creas. Es una liberación y, como Basilio es una persona tan creativa, como tuviste ocasión de ver, da gusto ponerse en sus manos y permitirle que haga contigo lo que quiera mientras dura el rodaje.

Escucho al escritor emitir un suspiro sospechoso, de incredulidad y de fatiga, y prefiero reservarme el diagnóstico sobre Basilio para no ofenderlo en un período de debilidad emocional como el que está atravesando.

—Ese amor que mencionabas antes tiene muchos otros nombres que no son muy nobles, si quieres que te diga la verdad. La

indignidad de ciertas formas de amor me espanta. ¿Te interesa la historia? ¿Quieres que te la cuente? He estado bastante deprimido en el último mes, desde que Elena me dejó, y tus historias y reflexiones me han ayudado a superar la crisis.

—Te lo agradezco mucho.

—No hay de qué.

Compruebo entonces, echando una rápida mirada al techo, que los cartones de huevos pintados de colores chillones permanecen ahí, suspendidos sobre nosotros como una amenaza latente. Y ahora comprendo su sentido decorativo y su humor absurdo.

—Espero que no la conozcas por casualidad.

—No tengo ninguna amiga o conocida que se llame así y tenga la edad que dices, lo siento.

—Más lo siento yo.

Le miento al escritor, no soy una excepción, para hacerle creer que Elena es única. Conozco a varias chicas que se llaman Elena y doy fe de que, en el nombre mismo que les impusieron al bautizarlas, qué le vamos a hacer, llevan inscrita la tendencia maligna que tanto nos atrae por vocación a los espíritus sensibles.

—Estudiaba primero de BUP en el colegio Gamarra cuando la encontré y sigue allí ahora cursando tercero.

—¿En Gomorra? No conozco a nadie allí por desgracia.

—Te gustan los chistes malos y los juegos de palabras, lo he visto también en tus escritos. Te lo iba a decir. Son nocivos para un escritor. Corrige esa tendencia cuanto antes. ¿Tú dónde estudias, si se puede saber?

—En la escuela de la vida. Lo bueno es que tiene sedes en todas partes, supongo que la conocerás por experiencia.

—Ya te digo. Me apetece contarte esta historia a ver qué piensas de la conducta de Elena. A fin de cuentas, tenéis la misma edad. A lo mejor te sirve de ayuda y a mí de desahogo.

Y me contó, con pelos y señales, como se verá, su complicada relación con Elena, que había empezado un día de abril de hacía dos años como un delito cometido a dúo por una menor atrevida y un

hombre desvalido que apenas superaba entonces los veintiocho años. La resumo para ir a lo esencial y saltarme en lo posible las digresiones incontables en que Ángel incurría para huir de la verdad.

La ve por primera vez vestida con el uniforme del colegio Gamarra, falda plisada a cuadros rojos, negros, blancos y azules, polo blanco y rebeca roja, y ya no se la puede quitar de la cabeza hasta que la vuelve a ver. Ángel paseaba por la calle del colegio, era martes y venía de visitar a un amigo que estaba enfermo y vivía en un piso por aquella zona, y se cruza con ella, un ángel pelirrojo de sexo femenino en mitad de un barrio grimoso de la ciudad. Atrae su mirada de modo fatal y, cuando menos se lo espera, ella se le acerca para pedirle fuego y hablan un rato de cosas triviales. Elena es hija del vicecónsul inglés en Málaga y vive a la entrada del Puerto de la Torre, aquí me sorprendo gratamente, lo confieso, en una casa mata con su madre divorciada, su abuela sexagenaria y su hermana mayor. Él se atreve a dar el paso y le pide el número de teléfono, que lleva un prefijo 43, como el de mi casa de la urbanización, nunca se me olvidará. La llama al día siguiente y quedan para verse el viernes por la tarde. Ella vive donde vive, y él, en un piso de calle Eugenio Gross. Lo más fácil es que Elena coja el autobús de línea, que la deja en la puerta, y se presente en casa de él. Eso piensa Ángel, y Elena lo ejecuta sin rechistar. Primera cita, primer rollo. Todo menos follar, palabra de Ángel. Elena no pone pegas cuando él le pide que le alivie la tensión. Es diestra y experimentada, por lo visto.

—La primera vez me hizo una felación, y cuando tiene la boca llena de mi semen me busca la boca para compartirlo conmigo, le parece divertida esta unión de fluidos, y aparea su lengua embadurnada con mi lengua y luego me la mete hasta la glotis. Elena es un caso…

Elena y Ángel empiezan a verse una vez por semana en el piso con regularidad mecánica. Ella entra y sale de allí sin que la relación avance ni un palmo. No está dispuesta a entregarle el premio gordo y Ángel se desespera. Aunque sabe que ella no es virgen, porque se

lo ha dicho, teme que la diferencia de edad sea determinante en la relación. Cada vez que la ve crece la sensación de que puede ser la última. Y al día siguiente lo vuelve a llamar y quedan de nuevo el viernes por la tarde para verse en el mismo sitio y hacer lo mismo, sin cambios significativos. Hasta que un día, meses después, se presenta de improviso, sin llamada previa, y viene muy enfadada. Es un verano caluroso y la abuela, que vive en la casa familiar para ayudar a la madre y fastidiar a las hijas, le ha prohibido salir a la calle con un polo amarillo que se ha comprado para lucir busto llevándolo sin sujetador. Ha engañado a la abuela puritana haciéndole creer que cumplía su mandato, se ha vestido con el uniforme del colegio, ha echado el polo en el bolso y ha venido a preguntarle a Ángel qué le parece el polo amarillo cuando se lo pone sin sujetador. Ángel está estupefacto y anonadado. La prohibición de la abuela le recuerda que Elena es menor y que él está jugando con ella a juegos prohibidos y se excita más aún, no puede evitarlo. Así que Elena, para cumplir a fondo con su deseo de verse y desearse, se mete en el cuarto de baño y se pone el polo amarillo directamente sobre los pechos desnudos, sin sostén ni ayuda técnica alguna para mantenerlos erguidos, no la necesita. Tarda cinco minutos en realizar el sueño húmedo de Ángel, que la ve salir del baño y aparecer en el salón desfilando como una modelo de lencería para hacer valer las cualidades negativas de la pieza que no lleva puesta y los atributos pectorales que Dios le ha concedido como gracia divina. Atributos concebidos para enloquecer al tipo de hombre al que pertenece, por derecho y por nacimiento, el escritor llamado Ángel, que está dispuesto a reconocer sin ambages lo que haga falta con tal de que Elena se desprenda también del polo amarillo. A reconocer ante Elena, sin titubear, que la abuela es una anticuada y una estrecha y que no tiene sentido a estas alturas prohibirle a una diosa de estas proporciones que vaya por la calle como más le guste, aunque eso conlleve volver majaretas a la mitad de los tíos con los que se cruce por la calle de esa guisa. Después del espectáculo privado de la carne exhibida y las prendas de color,

con Ángel en alto grado de exaltación sexual, Elena se le entrega por primera vez, sin restricciones, en premio a ese reconocimiento a su libertad.

—Otra curiosidad de Elena. Le encanta mirar a los tíos cuando mean, y cada vez que me levantaba para ir al baño me seguía para espiarme en silencio mientras lo hacía. Elena está hechizada desde niña, según me dijo, por la «flecha rosada» de los hombres. Esa flecha cursi dice tenerla clavada en el corazón, pero miente. Elena no tiene corazón, y puedo probarlo.

Otro día aparece por su piso, previa cita, cargando con una bolsa de supermercado en la que se entrechocan varias latas de sardinas recién compradas. El juego de hoy consiste en impregnarse los genitales con el aceite de las latas y follar sin parar. Lo ha hecho ya con un amiguito del vecindario, que fue quien se lo descubrió, y ahora quiere descubrírselo a Ángel. Elena le dice que actúa como un lubricante increíble y como afrodisíaco, y Ángel reconoce que funciona a las mil maravillas, aunque al principio le da un poco de asco por el olor a sardina, y se pasan la tarde entera follando en la cama, con las sábanas grasientas.

—Te lo estás pasando bien, ¿eh? Fíjate que Elena ya me había dicho que quería estudiar Derecho, que ser abogada era su vocación y todo ese rollo, imagino que para poder defenderse a sí misma de todos los crímenes que pensaba cometer, y yo ya preveo los estragos que va a causar allí, entre alumnos y profesores, en cuanto se matricule en la carrera. Se los va a follar a todos vivos, Elena los va a hundir en la miseria, la muy cabrona. Perdón por el insulto…

—Cuide sus palabras, señor escritor. No olvide que son su único patrimonio.

—Gracias por recordármelo.

Una semana después del juego de las sardinas, Elena vuelve a casa de Ángel para contarle que tiene un novio nuevo, muy guapo, y que el fin de semana pasado dejó al otro, del que estaba harta porque era un capullo y un abusón, y que no podrán verse en un tiempo, Ángel y ella, porque el nuevo novio es muy celoso, al

parecer, y no soporta que se vea con otros tíos. Cuando se marcha del piso, Ángel cae en la cuenta de la trampa que le han tendido y no se siente capaz de escapar de ella.

—Esta niñata es una lianta de cuidado y yo he caído en sus redes como un imbécil.

Pasa un mes y otro mes sin saber nada más de ella, solo pensando en Elena todo el tiempo, masturbándose tres veces al día con su imagen imborrable proyectándose en su cabeza, con el polo amarillo y sin él, con sujetador y sin él, con el uniforme y sin él, atormentándose por no poder darle a Elena lo que necesitaría para atarla a él de manera definitiva y no tener que compartirla con otros, con los que a saber a qué juega.

—Es la típica tía vanidosa que tiene tres novios a la vez y otros tantos líos con los que les pone los cuernos a los novios y usa a estos para ponérselos a los otros, que ya suman cinco, hasta que aparece uno nuevo que le gusta más y los deja a todos por un tiempo. Pero al final se acaba cansando también de este, o descubre otro que la atrae más todavía, no me preguntes por qué. En fin, un enredo de mil pares de cojones, como ya te dije. Hazte una idea.

Me la hago y me la deshago en un instante, como un rompecabezas, esparciendo las piezas por el tablero.

## 57

Ángel sobrevive así durante meses, hasta que llega lo que llama la «noche del éxtasis». Por fin Elena se acuerda de él un día y lo telefonea para verse, pero no en el piso de Ángel, es la única condición que le impone: cambiar el lugar habitual de la cita. Ángel ya no se siente el mismo y cree que va a poder tomar una decisión y acabar con esta relación venenosa que está afectando de modo peligroso a su estabilidad mental, a su trabajo y a su escritura.

—Me masturbaba por escrito. No te lo imaginas. Me ponía a

escribir agotado para extraer de mi cabeza a Elena y no había forma de lograrlo. La veía en mis fantasías enrollándose con todos los tíos con que se encontraba y con algunos de mis conocidos, y escribía esas fantasías de un tirón y luego las rompía, avergonzado, en cuanto las leía. Me masturbaba a continuación, para librarme de las imágenes de Elena que asediaban mi cerebro, y creía haberlo conseguido hasta que me ponía a escribir de nuevo y volvía a masturbarme, por escrito y en la realidad. El mecanismo vicioso no tenía fin. Hasta que un día descubrí que era yo quien tenía poder mental sobre Elena y la obligaba a distancia, con mi fantasía y con mis celos paranoicos, a hacer toda clase de porquerías con su cuerpo, a liarse con tíos sin parar y a hacer con ellos cosas inimaginables con tal de proclamarse la campeona de campeonas de entre las más guarras del barrio. Era yo el culpable de lo que estaba pasando entre nosotros y tenía que acabar con aquello del único modo posible, viéndola otra vez, teniéndola cerca, hablando con ella.

La «noche del éxtasis» se vieron aquí, en el Puf, en esta misma mesa en la que me está contando esto de nuevo, reviviéndolo con la misma intensidad, tras volver de su visita al *meódromo*, como llama al baño para que piense que es un tío enrollado, puesto en el lenguaje de los jóvenes de hoy.

—¿No te provoca excitación saber que todo eso pasó aquí mismo?

Todavía la historia no me ha enganchado hasta ese punto, y como no me hago una idea clara y precisa de lo que entiende por «éxtasis», me mantengo en suspense como la historia de los amantes Elena y Ángel. La cita es nocturna. Ángel lleva bebiendo desde el mediodía y acusa los efectos del alcohol en el modo de hablar y de comportarse. Elena, en cambio, está sublime. Se ha colocado su disfraz de diosa de la cosmética, la zapatería y el vestuario, que son sus armas para doblegar a la bestia masculina en acción, y ha puesto a Ángel contra las cuerdas y contra sí mismo. Pensaba dejarte, le dice, no podía soportarlo más, pero cuando te he visto aparecer ya no lo creo posible.

—Le cuento lo que siento por ella, lo que significa para mí, lo que me provoca su cuerpo. Le confieso que a veces, cuando estoy solo, la deseo tanto que siento que soy ella, que soy Elena, y que siento lo mismo que ella siente, una vanidad infinita y un narcisismo infinito. Esto no se lo digo, pero lo pienso. Y que por todo eso me torturan los celos y cuando no estoy con ella la vida me parece vacía y hueca. Porque la deseo a través de todos los tíos con los que se enrolla y se acuesta sin parar, o con todos los que solo tontea y juguetea, como hace conmigo a menudo, para ponerlos cachondos. Y le digo que también los deseo a ellos a través de ella, que solo saber que han estado con ella ya me hace desearlos, cosas Increíbles, me avergüenza contártelas. Y, mientras le confieso todo esto, siento que me fundo con Elena, que estoy realizando con la mente mi deseo de ser Elena estando sentado junto a ella, aquí mismo, con ella sentada ahí donde tú te sientas, qué casualidad, sin darme cuenta, me corro en los calzoncillos y mancho el pantalón de pinzas marrón que era su favorito, le gustaba mucho mirar cómo me lo ponía y cómo me lo quitaba, se excitaba con eso, me dijo una vez, antes y después de acostarnos. Hoy me lo he puesto también pensando que te gustaría verlo…

Y el escritor logra por primera vez en toda la tarde, interrumpiendo por unos segundos el clímax de su relato, que lo mire de arriba abajo, de los zapatos negros brillantes a la camisa de cuello maoísta, celeste con rayas blancas, que compruebe que ha venido preparado a su cita conmigo, como prometió, que no ha dejado nada al azar.

—En ese estado de alteración, he tenido un orgasmo extrañísimo y he eyaculado en abundancia, imagínate lo excitado que estaría. Se lo digo y, sin cambiar el gesto de la cara, mientras me habla de un problema grave que tiene en el colegio, una chica que le tiene envidia porque le quitó el novio hace unos meses y ahora le hace la vida imposible poniendo en su contra a las otras niñas, me baja la cremallera del pantalón, desliza la mano bajo el calzoncillo y empieza a acariciarme el pene flácido y a remover el semen con los

dedos, impregnándose de todo lo que se ha acumulado ahí, en la tela y en la punta del glande, y me susurra, acercándose a mí hasta casi besarme en la boca si quisiera: me encanta cuando se pone así, da gusto tocarla. Y me pregunta enseguida: ¿Eso es todo lo que soy para ti? Y le juro que no, que eso es solo el efecto de su belleza en mi sensibilidad, que no se enfade conmigo. El fenómeno extraño que se ha producido hoy es una prueba de amor incontestable, le digo. Y se ríe y me dice que estaba bromeando, que no me tome las cosas tan en serio. Y se me ocurre entonces preguntarle lo contrario de lo que ella acaba de preguntarme, así soy de ingenuo, y me arrepiento nada más hacerlo: ¿Qué soy yo para ti? Sin decir nada, saca la mano de mi pantalón, se molesta en subirme la cremallera y se coloca la mano manchada con grumos de semen delante de la cara. La huele y se unta los labios con la sustancia que ha producido mi deseo, como si fuera un nuevo modelo de abrillantador labial, y pretende besarme en la boca. Al principio me niego, mirando a mi alrededor por si algún parroquiano estuviera espiándonos, pero insiste en su pretensión y termino cediendo a la impunidad irresistible de sus actos. Y cuando acabamos de besarnos me mira de nuevo a los ojos y me dice: Antes me preguntabas qué eres para mí, ¿te parece poco esto? Provocar cosas como esta me da vida. Es como un tributo a mi persona. Me lo debéis.

—Qué vanidad más insoportable. Qué brujas malvadas habrán educado a esta tía. Es alucinante. No sé cómo pudiste aguantarla dos años. Qué barbaridad. Putón y egoísta, no se me ocurre peor combinación para una mujer.

¿Estaba siendo sincera con el escritor? Para nada. ¿Quién puede ser sincera cuando está más excitada con lo que le están contando que sus propios protagonistas? La hipocresía fue un éxito estratégico que me permitió disimular la perturbación que me causó el relato de la «noche del éxtasis». Yo había vivido una experiencia semejante con León hacía solo un año, ocupando el lugar antagónico en la pareja, y entendía lo que pasaba en esa clase de relación en la que una de las partes carga con el peso emocional de no tener nunca el

control sobre lo que sucede entre ellas. La maldición del amor a dos es la desigualdad de los deseos y los sentimientos. Así empieza mi obra magna, *El Evangelio del amor*, que estoy escribiendo desde hace años, con el cuerpo y con la mente.

—¿Te imaginas cómo acabó la noche?

—Me fallan los referentes, perdona. Soy demasiado joven, no sé si te has dado cuenta.

—En mi coche, en el asiento de atrás, frente a la fachada de su casa, donde no hay una sola ventana iluminada y todos duermen como benditos, allí mismo me exige que le haga un cunnilingus, que ya toca, me dice, y usó esa palabra exacta, cosa que me sorprendió sobremanera, ¿tú la conoces? ¿La usas con frecuencia?

Con tal de que no entrara en descripciones inútiles me vi obligada a reconocerle la verdad. Me sabía los pormenores anatómicos que se refieren a esa práctica sexual de memoria, por activa y por pasiva, y no solo porque me conviniera, como a cualquier mujer. Además, había tenido la oportunidad de estudiar a fondo durante tres años, desde mi primera regla hasta mi primer orgasmo, aprendiendo más cada año que pasaba, por razones obvias, las excitantes páginas del manual de sexología moderna que era uno de los tesoros menos valorados de la biblioteca de mi padre.

## 58

—La última vez que estuvimos juntos, después de rogarle durante meses que se aviniera a encontrarse conmigo, no quiso venir a mi piso, pretextando que le traía malos recuerdos. Tuve que pedirle a un amigo, Roberto, que me prestara las llaves de su picadero en El Candado, un apartamento en el edificio Don Carlos, no sé si sabes dónde es. Cuando acaba El Palo…

—Ya me hago una idea.

—Cuando estaba casado, iba mucho allí con chicas que me ligaba

en bares de copas y compañeras de trabajo, pero desde que conocí a Elena me había vuelto monógamo y casi no miraba a ninguna otra mujer con deseo, con lo que no había tenido necesidad de volver a pedirle las llaves a mi amigo Roberto. Salía en la novela que he desistido de escribir, por si te interesa. Vive en una casa mata en Ciudad Jardín, en realidad, y está casado y tiene dos hijos y una hija, pero conserva ese apartamento desde que era joven para sus líos de una noche…

—No necesito tantos detalles, ahórratelos, por favor.

—En cuanto Elena se sube al coche en que la recojo en su casa se pone a contarme que se acaba de duchar pensando en mí, durante una hora, frotando con la esponja mojada cada zona erógena de su cuerpo mientras imaginaba lo que yo le haría esa tarde. Y ya me tiene encendido todo el viaje, que es largo, ya sabes, desde el Puerto de la Torre hasta El Candado, con Elena sentada de perfil en el asiento del copiloto, pendiente de todo lo que hago. Hazte una idea del clima entre nosotros durante esos más de treinta minutos de calentamiento motor…

—No insistas.

—Elena pone pegas nada más entrar en el apartamento y le cambia la cara. No le gustan los muebles, la decoración le parece fea y antigua, el olor a humedad y a pintura vieja le traen recuerdos desagradables de la infancia. Yo qué sé cuántas excusas pudo encontrar para ponérmelo aún más difícil. Hasta se niega a salir a la terraza para apreciar las vistas al mar. Y era solo el principio del fin. Se sienta en una mecedora que cruje como en una película de terror y se pone a resoplar sin parar para hacerme saber que se aburre y que no tiene intención alguna de hacer que yo me divierta. Se niega a desnudarse cuando se lo pido y me aparta la mano cada vez que me aproximo para que no la toque ni se me ocurra acariciarle ese cuerpo maravilloso que tiene. Elena no quiere hacer nada más que hablar del final anunciado de nuestra relación. La situación parece bloqueada hasta que pienso en contarle la mentira de que he conocido en el trabajo a Irene, una periodista, y que estamos

saliendo desde hace unas semanas y nos va muy bien. Entonces reacciona de pronto, hace como que se le despereza la libido y empieza con los jueguecitos estúpidos de siempre, quitándose ropa o mostrándome partes de su anatomía de manera insinuante, a ver si así contenta mis deseos y me lleva a su terreno de nuevo.

—Por lo que veo, esta chica tiene vocación de estríper de *cabaret*.

—Sí, pero Elena lo hace gratis, y solo si le apetece y con quien le apetece.

—Agradezco la aclaración, señor escritor.

—Cuando Elena ve que no me basta con que me enseñe sus encantos a través de la ropa, por hermosos que sean, y le sigo hablando de lo atractiva que es Irene, mi nueva amiga, y de lo bien que lo pasamos cuando estamos juntos, se levanta de pronto y me pregunta, haciéndose la dura, dónde está el maldito dormitorio. La conduzco gentilmente pasillo adelante hacia el lugar de los encuentros más íntimos, he estado allí muchas veces y conozco su eficacia en ese sentido, y, aunque no se le quita el disgusto de la cara con todo lo que ve, en cuanto entra en el dormitorio la profesional que duerme en su interior se pone en marcha al servicio de su causa, que no es otra que el dominio y la domesticación del macho en celo. Se desnuda sin numeritos, esta vez no le hace falta, se mete entre las sábanas y se queda tumbada boca arriba con los ojos cerrados, como es su costumbre, a la espera de que yo acuda a cumplir con mi parte del trato sexual. Hoy soy yo el que se siente transgresor, y Elena se muestra fría y retraída, con lo que no me queda más remedio que tomar la iniciativa. Me desnudo y me coloco en el lado derecho de la cama, donde estaba el pliegue de la sábana, que agarro por el extremo y retiro con violencia. Qué haces, me dice, abriendo los ojos despavorida. Mirarte, ¿no lo ves?, le digo desafiándola. Tenía derecho a hacerlo, me lo había ganado en los años de nuestra relación, y me di un banquete sabiendo que sería la última vez. Por otra parte, era también lo que ella quería, sin duda, aunque no lo reconociera, que la viese desnuda y la poseyera para

hundirme cada vez más en la trampa de carne y juegos eróticos en la que vivía atrapado con Elena. Estaba deslumbrante ese día, y se lo dije, arrancándole la primera sonrisa desde que habíamos entrado en el apartamento. Era un cuerpo glorioso, de los pies a la cabeza, un cuerpazo, una anatomía de una plenitud rara, imponente, yo qué sé, me volvía loco, y mira que yo he conocido mujeres de todas clases en mis treinta años de vida. Elena es una diosa inmortal por la que siento una pasión que no es de este mundo, qué quieres que te diga. Y con solo dieciséis años. Qué locura. Cuando tenga dieciocho no va a haber quién la mire sin derretirse…

—Mejorando lo presente, solía decirse antaño. No sea maleducado, señor escritor, no le conviene, y, por cierto, límpiese las babas antes de seguir hablando.

—¿Estás celosa?

—¿De ti o de ella? ¿Qué prefieres?

—Prefiero no pensar. No quiero que lo nuestro también termine mal.

—¿Lo nuestro?

—Perdón. Quería decir…

—¿Puedes continuar, por favor?

—Para evitar que la penetrara, Elena me había dicho primero que tenía la regla, mal pretexto para un hombre como yo que no tiene problemas con eso. Y ahora, al intentarlo con cierto ahínco, me dice que le duele, que no está excitada y que le he hecho daño al forzar la entrada en su vagina con mi violencia. Excusas mil para que no fuéramos a mayores y me contentara con la visión de su cuerpo desnudo. Si lo necesitaba, se ofrecía otra vez a masturbarme como alternativa. Se la veía aburrida y sin ganas de hacer nada. Pero seguía ahí, desnuda, sin moverse de la cama, apática, indolente en apariencia, pero dispuesta a jugar hasta que me cansara de pedir en vano. Así que le propuse un juego sucio, pensando que lo rechazaría. Un juego pensado para humillarla y sacarla de mi cabeza de una vez. Y le sedujo la proposición. Como le gustaba tanto la polla blanda, como me había dicho aquella noche en que tuve un

éxtasis místico con ella, le propuse que me dejara bendecir cada rincón de su portentoso cuerpo con mi pene en estado de flacidez. Y accedió sin problemas. Los pies, dedo a dedo y la planta de cada uno, las pantorrillas, los muslos, el pubis pelirrojo, el vientre plano, el ombligo respingón, las grandes tetas, la derecha y luego la izquierda, qué gozada, por arriba y por abajo, por el flanco derecho y por el izquierdo, y cada pezón despabilado, las axilas depiladas y los brazos con ligero vello, las manos, el cuello, la boca, las mejillas, la nariz y los ojos cerrados, la frente estrecha y la melena pelirroja, me excito solo con recordarlo. Y luego le digo que se dé la vuelta, cosa que hace con estimulante pasividad, y es una fiesta de los sentidos cuando se coloca boca abajo, se me está poniendo dura y no puedo evitarlo, desciendo por los hombros y por la espalda con destino a las nalgas, no me paro en esa estación deliciosa, no puedo de momento, bajo por cada muslo como si fuera una pista resbaladiza. Al llegar a los talones, primero el derecho y luego el izquierdo, asciendo de nuevo por uno de los muslos hasta llegar al culo, las nalgas que se ofrecen como almohadones de carne, y allí decido descansar del viaje, reposar después de todo el trabajo y la energía gastada y me derramo, eyaculo en el pliegue del canal entre las nalgas, como sórdido homenaje a estas, y escucho que Elena gime también, acallando los quejidos felinos contra la almohada, he conseguido excitarla y está teniendo un orgasmo considerable, y me dejo caer sobre su espalda y me quedo dormido ahí mismo, tendido sobre ella. Qué te parece.

—Fantástico. Estás consiguiendo tu objetivo.

—¿A saber?

—Que me excite contigo.

—No te rías de mí.

—No me río.

—Al cabo de un rato, me dice que tiene mucho calor y que me quite de encima, y es verdad que su piel blanca se ha puesto colorada como si hubiera tomado el sol, salta a la vista, y es por la fricción y el masaje de mi cuerpo contra el suyo. La libero de mi

peso y aprovecha para distanciarse de mí, deslizándose al otro lado de la cama. Después se levanta para ir al cuarto de baño a refrescarse, me dice, se da una buena ducha para eliminar mi presencia de su cuerpo y como no encuentra toallas limpias vuelve empapada a la cama y se revuelca por las sábanas y la colcha para secarse el agua de la piel.

—Me encanta ese detalle, lo encuentro de lo más sensual, ¿te lo has inventado?

—Todo es verdad. Ojalá pudiera inventar algo de lo que te cuento.

—¿Es todo?

—Espera, espera, que no he terminado todavía, viene el final, no olvides que yo fui el único testigo de todo lo que hizo después. Cuando estuvo seca, se levantó de la cama, se vistió a toda prisa y se maquilló como pudo mirándose en el espejo horrible del cuarto de baño, salió de la habitación sin despedirse de mí y se largó del apartamento de mi amigo dando un sonoro portazo para que no la olvidara. No la he vuelto a ver desde entonces y no pasa un día sin que la eche de menos. Cuando la llamo por teléfono y me identifico, cuelga de inmediato. No quiere saber nada más de mí. Supongo que ya he cumplido mi papel en su vida. Tendrá veinte mil novios ahora y no necesita las atenciones de un viejo. Eso me dijo un día, que mis gestos eran de viejo. Que me estaba volviendo viejo, ¿te lo puedes creer? Elena se creía eternamente joven…

Esta Elena diabólica estaba a la altura de mis expectativas como criatura de perdición. La mestiza Elena ha invertido a su favor el sentido de la maldición milenaria que pesa sobre los hombres y las mujeres. Siento, en el cuerpo y en el alma, que Elena podría ser mi aliada en esta guerra del amor contra el tiempo y no mi enemiga. Me alegro de haber venido sin miedo a la segunda cita con el escritor.

—Lo más divertido de todo lo que pasó es que, con las prisas por abandonarme, Elena se olvidó el sujetador y las bragas en el apartamento de mi amigo Roberto.

—Es un buen regalo de despedida para una relación como la vuestra, ¿no crees?

—Así lo entiendo también, reliquias de un amor imposible.

—Insaciable, diría yo.

—Como te imaginarás, juego con esas prendas a menudo. Les hago perrerías para vengarme de Elena y hasta me he atrevido a ponérmelas en una película que acabo de rodar con Basilio.

Recibo con indiferencia la información, ya no me solivianta como antes, y le suelto entonces a Ángel la consigna que a los tíos más les gusta escuchar para sentir que no se han desviado del programa genético con el que nacieron codificado entre las piernas y en el cerebro:

—Sois todos iguales.

¿Me había excitado mucho con la historia del escritor mayor y la menor juguetona? No podría negarlo, aunque de manera contraria a como lo haría un hombre convencional como Ángel. ¿Me tomaba el escritor por una sustituía ideal de Elena? Su comportamiento no admitía dudas al respecto. ¿Me acosté con el escritor? Si dijera que no, nadie me creería. Si dijera que sí, todo el mundo me odiaría. Podría justificarme diciendo que me acosté con Patricia, su doble anímico, y no con Ángel, pero no lo haré, no es mi estilo. Así que mis labios están sellados para siempre. ¿Me acosté con Elena? Todo se sabrá a su debido tiempo.

## 59

*El verano de la rosa* fue el título de una novela rosa, no muy extensa, que escribí cuando acabó la historia de amor con Rosa aquel verano del 79 en que todo fue de color de rosa en mi vida. *Rosa rosae*, como la llamaba de broma para alinearla con mis lecturas latinas de tercero de BUP, tenía el don de transformar todo lo que tocaba en rosado y en sonrosado. Rosa, dos años mayor que

yo, era fresca y rolliza como una rosa y daba gusto estar con ella. Su cuerpo era rosa, su alma era rosa, como el algodón de azúcar que devorábamos juntas en la Feria de Málaga. Estar con Rosa era como mascar chicle de fresa de la mañana a la noche. Rosa lo hacía a todas horas, para estar a tono con sus sentimientos. Si pasabas con ella el tiempo suficiente terminabas mascando el mismo chicle, de su boca a tu boca. En Rosa todo era comestible y blando, y alguno de los psicópatas de la pandilla de Padang había abusado de ella hasta la humillación. No podías amar a Rosa, era demasiado humana, pero sí divertirte con ella, gozar de la rosa, disfrutar de su fragancia y hacerla florecer. Rosa era la experiencia rosa, la personificación de la rosada plenitud de la vida. En *El verano de la rosa* escribí cosas tan cursis como estas. Y luego quemé la novelita en una pira enorme, junto a la mayoría de mis escritos adolescentes, antes de la mudanza, a finales de la primavera del 81. A menudo la echo de menos y me pregunto cómo sería seguir teniendo relaciones con ella ahora que todo se ha vuelto viejo y gris en mi nueva vida. ¿Seguirá siendo rosa la rosa?

Nos conocíamos de antes, pero nos hacemos amigas en la fiesta de principio de las vacaciones en la gran casa de los gemelos Rita y Fredi, hijos de un empresario de productos avícolas que era socio del padre de Rosa. «La casa de los hueveros», así llamábamos en la urbanización a esa mansión de tres plantas que era idéntica a la de Rosa. Una estaba en lo alto de la colina oriental más elevada, en calle Bogor, y la de Rosa estaba en la parte baja, justo a los pies de la cuesta de calle Java, muy cerca de la entrada de la urbanización, enfrente de la oscura casa del dentista jorobado y asesino de su primera mujer. Los dos hermanos anfitriones, Rita y Fredi, eran como dos huevos de gallina de tamaño humano, redondos y gordos, pero tan afables y comunicativos que daba gusto ir a sus celebraciones solo para poder charlar con ellos unos minutos sobre cualquier tema. Cada uno estaba especializado en un tema distinto. Rita lo sabía todo de música pop, de marcas de ropa y tiendas de moda y de programas de televisión. Y Fredi lo sabía todo de fútbol y

de baloncesto, marcas de tocadiscos, grupos de *rock*, motos de alta cilindrada y coches de alta gama. Me habían invitado a la fiesta porque tenía la virtud, pese a ser una chica, de saber conversar con los dos por separado sin aburrirme nunca. No como le pasaba a Regina, que no soportaba a Rita, sentimiento que era mutuo, por cierto. Y no quiso venir a la fiesta, aunque la habían invitado para que me hiciera compañía. Todo el mundo en la urbanización sabía que Regina era mi mejor amiga, por lo que, cuando me vieron aparecer en la fiesta sin ella, muchos pensaron que era su oportunidad de abordarme sin tener que aguantar a la amiga pelma. No creo que fuera el caso de Rosa. No supe nada de Regina durante los dos meses que duró nuestra aventura, ese es el nombre exacto que merece la relación pasional que Rosa y yo mantuvimos aquel verano rosa de mi vida.

Estoy revolviendo la gran colección de discos de los hermanos hueveros para ver si encuentro algún disco festivo de Queen o la canción lógica de Supertramp, que tanto me gusta, aunque estaría dispuesta a conformarme con la magia de las cosas vivientes de la Electric Light Orchestra con tal de poder recomendarle una canción alegre al fúnebre pinchadiscos de esta tarde, un amigo de Fredi que lleva una camisa de color salmón y unos pantalones vaqueros blancos, empeñado en castigarnos con música electrónica de lo más abstracta y deprimente para que no bailemos, cuando Rosa se me acerca por detrás, pillándome distraída, y me dispara un comentario a bocajarro.

—Te apuesto lo que quieras a que no tienen nada de los Beatles.

Era verdad, y se lo confirmé. Rosa era una fan, se lo sabía todo sobre la banda de Liverpool, y tendría ocasión de comprobarlo en poco tiempo, en su casa, en su dormitorio, escuchando a todas horas sus discos, la cara A y la cara B. Rosa no era muy alta, pero ocupaba el espacio disponible en planos horizontales, con rotundidad y generosidad, y resultaba atractiva en su misma desmesura. Morena de pelo corto y de pecho ostentoso, ojos negros, nariz respingona y culo marcado, pies pequeños y manos diminutas. Un

día me confesó el problema sexual que le causaba el tamaño de sus manos, ya que la parte que más le gustaba de los hombres a veces era demasiado grande y necesitaba usar las dos manos para terminar la faena, me dijo riéndose con esa carcajada vulgar, como una tos seca surgida del fondo cavernoso de su garganta, con la que solía ridiculizar sin maldad todo lo que hacían ella o los que la rodeaban.

—¿Te acuerdas de cuando me caí con la moto delante de tu casa el año pasado?

—Cómo se me iba a olvidar algo así.

—Lo hice aposta.

No me lo podía creer. La tenía allí delante riéndose como una bruja graciosa y la volvía a ver en mi recuerdo, tirada en el suelo con una pierna atrapada bajo la moto revolucionada, debatiéndose con todas sus fuerzas para escapar y ponerse en pie. Sangre en las rodillas y en los codos. Había tenido la coquetería de conducir con camiseta de tirantes y falda corta y estaba pagando cara la ocurrencia. La caída fue terrible. La socorrí como solía hacer con todas las motoristas que sufrían percances cerca de mi casa, como ya conté, y me despedí de ella pensando que nunca volveríamos a vernos.

—Tenía ganas de conocerte.

—Y por qué tanto interés.

—Me habían hablado de ti. De que eras especial y todo eso, y pensé que podía ser divertido probar otra cosa. Estoy harta de los tíos. Me estoy tomando unas vacaciones y me apetece algo nuevo. Diferente. Y esa eres tú. ¿Te parece mal?

—Todo lo contrario. Me parece un estupendo comienzo.

—¿Te importa que salgamos? Hace mucho calor, ¿no lo notas?

—Como quieras.

Rosa conoce la casa de sus amigos de memoria y me lleva al jardín bajando varias escaleras que nos dejan cada vez más a solas, con el ruido de fondo musical alejándose a nuestra espalda. Abre una puerta metálica, bajamos unos escalones de cemento y ya

estamos paseando entre árboles frutales y arbustos frondosos.

—Aquí me siento como en casa. Es igual.

Toma la iniciativa sin pensar y me besa con romanticismo, labios y lenguas, y cuando está excitada y se siente atrevida me coge las dos manos y las transporta hasta su pecho prominente.

—¿Te niegas a tocarme las tetas?

Así de fresca es Rosa, como la rosa recién florecida. Los pechos son la parte preferida de toda su anatomía. Con ellos lleva seduciendo a los tíos desde que le crecieron en mitad del pecho como una invitación a poseerlos. No se da cuenta de que con otra mujer puede ser diferente. No le importa. Me ve como un hombre y me trata como a tal. Un hombre bajo otra apariencia temporal. Es lo que soy para Rosa en la fantasía que quiere construir conmigo para librarse de los hombres de carne y hueso. La pesadilla de su vida.

Hay en sus dimensiones una anchura felliniana, como diría Regina, que me gusta mucho desde el principio, lo reconozco. No habría sabido explicar, sin embargo, qué poderosa fuerza me obliga a quitarle el vestido blanco y a desnudarla del todo para disfrutar mejor de ella. Cedo a sus deseos íntimos y compruebo el efecto profundo que causa en su libido el manoseo libérrimo de las tetas. Son enormes y mantienen la forma y la posición erguida, y esa primera vez me gusta ordeñarlas, que es lo que a ella le hacen los tíos, según me cuenta después, sentadas las dos al pie de un naranjo poblado de flores de azahar que despiden un perfume penetrante, besándonos y mordiéndonos los labios todavía con ardor.

—Hasta hoy no habría imaginado que yo pudiera hacer esto con alguien que no fuera un tío. Y estoy encantada. Me gustas mucho, ¿sabes?

En el curso de otra pausa amorosa para reponer fuerzas y respirar aire puro, empieza a sonar en los lejanos altavoces de la fiesta la canción «Rivers of Babylon», de Boney M., y se me ocurre comentarle a Rosa, a medida que la escucho desde la distancia, el significado bíblico de la letra. Rosa se emociona con mis

conocimientos rabínicos sobre los Salmos, el Tigris, el Eufrates y el jardín del Edén, y me coge el rostro entre sus pequeñas manos y me besa en los labios con los ojos cerrados mientras las dos sentimos las mismas ganas de abrazarnos de nuevo y dejarnos arrastrar hasta el fondo por la llamada íntima de las aguas de los ríos milenarios y caudalosos de Babilonia. Semanas después, como premio a mis servicios, Rosa me regaló el single de Boney M., que incluía en la cara A el cántico adorado y en la cara B, como en la vida de todos los días, una cantinela vulgar que ni siquiera recuerdo. Lo estuve escuchando durante meses, más allá del verano, evocando mi primera noche de amor con Rosa, tan inocente en comparación con lo que vendría después, y recordando al detalle las sensaciones táctiles y olfativas de su cuerpo rosado como el amanecer.

## 60

Estamos aún en la primera estación de la fantasía con la que Rosa quiere superar la fase crítica en la que se encuentra con respecto a los hombres. Le gustan demasiado, por lo que entiendo. Desde los once años ha sido una adicta a ellos, y ahora tiene dieciocho. Se ha dejado explotar todos estos años por los deseos de los tíos creyendo que eran los mismos que los suyos y, al final, me dice, se ha dado cuenta de que vivía instalada en una gran mentira. De que lo único que ha hecho todo este tiempo, además de perderlo, es darles lo que querían a cambio de una miserable ración de inferioridad y degradación, palabra de Rosa. Por lo que me habían contado las malas lenguas de la urbanización, su experiencia con Picky, el líder de la pandilla de Padang, a quien yo conocía bien, había sido humillante hasta extremos vergonzosos. Prefería no acordarse. Pero tenía un plan magistral diseñado con método, y ahora la cómplice necesaria para ejecutarlo a la perfección. La idea se le había ocurrido durante la cuarentena que pasó encerrada en su

casa, por voluntad propia, esperando a que se disiparan las calumnias e infamias que se difundieron por El Atabal después de su rollo sucio de una tarde con el canalla de Picky.

—Me trató como a una cerda. Lo peor es que los cantantes que me gustan son tíos también y les hacen a las grupis lo mismo que los tíos corrientes nos hacen a las tías: comernos vivas como ostras. Lennon y McCartney lo reconocieron en una de sus canciones más poéticas, ahora no me acuerdo del título.

Con lágrimas y música se mantuvo viva en esa clausura autoimpuesta de cuarenta solitarios días y cuarenta noches solitarias, y en un momento de lucidez, escuchando el disco más celebrado de los Beatles, sintiéndose más sola que la luna y con el corazón destrozado, como exigía el concepto del álbum del sargento Pimienta y su banda de ganadores natos, concibió su plan de venganza y pensó en mí, de pronto, como persona ideal para realizarlo.

—Ese día me trataste tan bien… Yo me había comportado como una tonta con la moto y tú, sin embargo, viéndome allí caída en medio de la carretera, te preocupaste por mí. Fuiste atenta y cariñosa sin pedir nada a cambio.

El plan maléfico consistía en que Rosa y yo nos enrolláramos en todos los lugares donde hubiese hecho guarrerías y cochinadas, así las llamaba, con algún tío y tantas veces como lo hubiera hecho con él en ese sitio particular.

—Soy muy maniática, y para conjurar por completo las malas influencias es necesario repetir cada acto tanto como sea necesario. Espero que no te aburras. Yo me lo pienso pasar bomba…

—¿Nos dará tiempo a concluirlo en un solo verano?

—Nos llevará el tiempo que haga falta. Sin prisas, por favor. No nos pongas límites antes de empezar. ¿Te parece bonito mi plan?

—Precioso.

El primer sitio fue la fiesta misma, donde hubo que repetir varias veces los actos como exigía el férreo guión del plan. Esa fue la estación inicial de un vía crucis que nos llevaría por toda la

urbanización, por los alrededores más abruptos y escabrosos y por numerosas excursiones a las afueras, a otros barrios y enclaves indignos de la ciudad.

—El año pasado por estas mismas fechas estaba aquí haciendo cosas parecidas con un energúmeno que no quiero nombrar. Solo de pensarlo me dan ganas de vomitar.

—Haces bien. Los nombres invocan las cualidades de las personas, es una práctica tan peligrosa como el espiritismo.

—Qué rara eres. No sé por qué, pero me gusta que lo seas. Me lo pone más fácil.

—Ya has visto que soy una chica muy fácil.

—Eres encantadora. ¿Me lo haces otra vez?

Yo tuve la convicción, mientras agotábamos las estaciones sin agotar el deseo de la una por la otra, de que Rosa había sido tan ingeniosa en su diseño del plan que lo había concebido como un viaje del exterior al interior de la rosa, por emplear una metáfora adecuada: del mundo de afuera, tan desagradable y antipático, al corazón palpitante y tierno del mundo rosado.

La segunda estación era uno de mis emplazamientos favoritos en la periferia de la urbanización. La colina del círculo de pinos y el altar de piedra negra en el centro, que parecía un sepulcro gigante. Con los años se adueñaría de la colina sagrada un personaje infame, un político que tenía influencia en el Ayuntamiento y consiguió que se recalificara el suelo de la parcela y así poder adquirirlo para construirse una casa a su medida y acotar toda la zona con una valla metálica, impidiendo el paso a toda persona ajena a la propiedad, como rezaba el odioso cartel colgado a la entrada. Traté de expresar mi protesta en vano a través de la comunidad. Todo el mundo entendía que el propietario estaba en su derecho si accedía a desembolsar la pasta que costaba el terreno. Esa era la lógica inapelable que ya entonces, a principios de los ochenta, empezaba a instalarse en la mentalidad de la gente. Hasta ese maldito día la colina de los pinos era un lugar de acceso libre al que se podía llegar subiendo por un camino sin nombre que bordeaba el arroyo de

Teatinos y se perdía en las montañas escarpadas de los alrededores de El Atabal.

—Aquí perdí mi virginidad hace cuatro años.

Rosa no quiso contarme más detalles de su primera experiencia y tampoco teníamos mucho tiempo para perderlo en pormenores psicológicos. Atardecía, Rosa se había quitado toda la ropa excepto las bragas y se había tumbado desnuda sobre el altar de piedra, la reliquia más original del lugar, a esperar mi llegada. Yo me negaba a desnudarme por respeto a la sacralidad del espacio. Le expliqué que siempre me había parecido un enclave de culto, un templo al aire libre en el que los sacerdotes iberos rendían tributo a sus dioses y a sus diosas. O los fenicios, siglos después, a Tanit, la diosa de la sexualidad y la fertilidad, muy venerada en la región, como prueba el cercano monte de la Tortuga, donde también solía ir de excursión para observar los restos arqueológicos en la cima y las grutas misteriosas en la ladera. Una corona de pinos en lo alto de una colina y un altar de piedra en el centro exacto, con una V inscrita en la base, no eran, en mi opinión, obra de la madre naturaleza, sino de la mano del hombre histórico.

—No es un mal sitio, desde luego, para iniciar tu promiscua carrera de libertina.

—Desnúdate de una vez, no seas tonta, y déjate de lecciones de arqueología. Aquí hay una mujer joven que te necesita con urgencia encima de ella.

Tuvimos que subir jadeando tres tardes consecutivas a la colina para cumplir con el rito que Rosa dirigía con mano firme. No se había conformado con una primera vez, sino que había repetido otras dos con su desvirgador oficial, un chico anónimo, y otras tantas conmigo, que oficié de tal en el simulacro escenificado por Rosa en el altar pétreo de su venganza de género.

—¿Ha quedado usted satisfecha, ama mía?

—Mucho, gracias.

La tercera estación fue el lago que quedaba al otro lado de la carretera y de la urbanización, al sur de los bloques de edificios de

ladrillos rojos que habían comenzado a llenarse de una población nueva que apenas conocíamos y que nos miraba con curiosidad sociológica a quienes proveníamos de las casas de El Atabal. Era un lago lleno de ranas y de juncos, en el interior de una concavidad de paredes de barro seco, que se había generado a causa de las excavaciones en la arcilla de la antigua fábrica de ladrillos que estaba situada justo al lado. Los peces de colores añadían una nota sensual en un entorno marrón y polvoriento. Años más tarde supe quién los había arrojado a esas aguas verdes para poblarlas de vida animada, pero esa es otra historia. Rosa había abrazado allí a su primer amor verdadero, como decía sin delatar el nombre del criminal, y no tres veces sino diez a lo largo de un verano muy anterior en el que descubrió el amor y los celos al mismo tiempo.

—Lo compartía con otra, ¿te imaginas? Y solo tenía quince años.

—Yo no te compartiré con nadie. La simetría no debe ser perfecta.

—Tienes toda la razón. Tomémonos alguna licencia, ¿no te parece?

Y nos la tomamos. No fuimos diez sino quince veces, tan propicio se mostraba el idílico lugar a nuestras expansiones, con sus hoyos tapizados de hierba salvaje y aterciopelada que nos acogían desnudas sin ensuciarnos demasiado, y allí creo que percibí que Rosa empezaba a sentir por mí mucho más que afecto y deseo. Pero no me importó. Estaba convencida de que seguiría el plan a rajatabla y de que no lo estropearía con ataques sentimentales de última hora. Hasta el momento Rosa daba pruebas de una voluntad a prueba de riesgos.

En el banco del mirador de Célebes Barat, otro de mis enclaves favoritos de la urbanización, por fortuna solo tuvimos que actuar tres veces. No creo que la cantidad de residentes que pasaban por allí paseando a pie y en bicicleta, o montados en sus coches, y que nos conocían a las dos y a nuestras familias, nos hubiera permitido mucho tiempo la libertad que necesitábamos para perseguir nuestros fines. Cumplimos con creces con los objetivos del plan y nos

marchamos en busca de otros lugares menos expuestos a la maledicencia de los vecinos y las vecinas. La última vez que estuvimos allí sentadas, contemplando abrazadas las increíbles vistas de la ciudad desde la altura, Rosa se puso nerviosa al ver pasar en coche a otro residente de El Atabal, uno de sus antiguos amantes, merodeando como un escualo a la busca de piezas suculentas que llevarse a la boca. Según me contó Rosa, ese era su método de ligue preferido en el entorno de la urbanización. Y me anunció, a renglón seguido, cuál sería el próximo lugar de nuestros encuentros. Su coche. Un Renault Siete de color burdeos, comprado de segunda mano en cuanto Rosa obtuvo el carnet de conducir, que nos otorgó una libertad total que casi arruina la ejecución del resto del plan.

## 61

A la izquierda del rosa está el rojo: el eslogan político favorito de Rosa y también su programa activo como conductora. El coche amplió nuestro radio de acción y multiplicó las posibilidades de nuestras citas hasta volverlas caprichosas. Una vez fuimos al Morro, donde Rosa había tenido un encuentro adúltero con un hombre casado, después de tomarnos unas cañas al atardecer en el Club de Botes, y fue una experiencia deliciosa estar con ella en ese lugar que yo adoraba desde mucho antes de conocerla. Un muelle de piedra, erosionado por la acción del tiempo y la feroz mordedura del agua salada, que se adentraba en el mar desde el puerto de Málaga y en el que las parejas y los pescadores, a distintas horas del día y de la noche, se entregaban a sus quehaceres respectivos.

Recuerdo que fue allí donde Rosa se me declaró por primera vez. Estábamos metidas en el coche, una madrugada brumosa, contemplando desde detrás del cristal del parabrisas humedecido cómo el mar golpeaba con violencia contra las rocas, mirando hacia la costa africana, que era invisible pero estaba ahí, latente como

nuestros deseos reprimidos, al alcance de una lancha o un bote, después de dos horas de amor intensivo, cuando me dijo de pronto:

—Creo que me estoy enamorando de ti. Si me dejas ahora, va a ser duro para mí.

—No te pienso dejar hasta que acabemos con esto.

—¿Cómo puedes ser tan fría?

—No lo soy.

—Sí lo eres.

—Te digo que no lo soy.

—Demuéstramelo.

No fue difícil convencerla de lo contrario. Rosa era un cubito de hielo que yo fundía con el calor de mis besos y caricias. La ocasión fue inolvidable, pero no volvimos a ese lugar tan pintoresco, todavía no entiendo por qué. Como nos pasó después en el Hotel California, en Paseo de Sancha. Alquilamos una habitación una sola vez para repetir la experiencia que tuvo allí con un chico australiano guapísimo con el que se había acostado hacía solo unos meses por lo bueno que estaba, un cuerpazo de atleta, y lo buen nadador que era. Lo había pescado en la playa de la Malagueta, tomando el sol en *topless* y usando sus tetazas como cebo de temporada. Rosa tenía el período, se quitó el tampón para follar a gusto, palabra de Rosa, y fue una auténtica sangría.

—Una hemorragia en toda regla, qué vergüenza me hizo pasar ese capullo australiano.

Puso la sábana empapada de sangre mientras el amante guaperas, sin enterarse de nada hasta el final, solo pensaba en correrse una y otra vez dentro de Rosa.

—Me pasé toda la tarde pidiéndole perdón por las manchas en la sábana y el colchón, y el tío solo quería batir alguna plusmarca olímpica, un récord de polvos, yo qué sé, estaba como poseído. Decía que yo tenía la culpa de todo porque le gustaba mucho mi cuerpo.

—No tanto como a mí, en todo caso.

—Si tú lo dices. Yo no lo noto, la verdad.

—¿Ahora mejor?

Tuve que esforzarme tanto como el fornido nadador australiano para hacerle olvidar a Rosa la mala experiencia en aquella cama del Hotel California, uno de los colchones más austeros que he conocido en mi vida, sin recibir al menos el estímulo de la canción de los Eagles que daba nombre y fama al siniestro lugar.

Ese verano me vi también arrastrada a varias fiestas en barrios que nunca habría pisado si Rosa no me hubiera obligado con el pretexto de que en esas casas donde se celebraban las fiestas ella había tenido experiencias sexuales muy desagradables con tíos horribles. Por momentos me sentía un paño de lágrimas, pero me dejaba llevar por diversión y curiosidad. Rosa era una experta conductora a pesar de sus errores y sus caídas, y daba gusto aventurarse con ella por las calles más remotas de la ciudad. Fiestas en Carranque, en la Carretera de Cádiz, en El Palo y en Ciudad Jardín, fiestas en el Puerto de la Torre y en la Colonia de Santa Inés. En todos esos sitios dispersos había comprometido su estabilidad mental emborrachándose y entregándose a juegos sucios con tíos impresentables, según me contaba. Y yo tenía que oficiar de tales para ella en el curso de ruidosas juergas en las que todo era pésimo: la música, el alcohol, la decoración y los invitados. Rosa ni siquiera consideraba que las anfitrionas de esas fiestas vulgares fueran ya sus amigas.

—Te prometo que esta es la última. Mañana vamos a casa.

La ventaja del dormitorio de Rosa era que había servido tantas veces para alojar los deseos de algún hombre con nombre y apellidos que nunca se pronunciaban que ya no tuvimos que salir más de allí en todo el verano, excepto una vez que su madre estuvo a punto de pillarnos y me tocó salir deprisa por la ventana y volver a llamar al timbre para disimular y hacer creer a la madre que yo era una amiga nueva que de pronto llamaba a la puerta para ver si su hija única, que se llamaba como ella, estaba disponible.

—¿Rosa?

—Sí, mamá.

—Te buscan en la puerta.

—Ya voy, mamá.

En su dormitorio y en su cama, mientras me ponía uno tras otro todos los discos de su colección completa de los Beatles y de Elvis Presley, descubrí su gran sueño desde que era una niña. La vocación de Rosa era la de ser una cantante famosa. Pop o *rock* importa poco, lo importante es ser famosa, me dijo. Pero no tiene ni voz ni dotes musicales para serlo. Eso mismo es lo que la convierte en una amante extraordinaria, suprema. Me cuenta que ha sido la solista del grupo Maldita Degeneración, cuatro tíos medio gais que solo la aceptaban para poder follársela en grupo y humillarla como mujer, palabra de Rosa.

—Es el único sitio que no puedo incluir en el plan de venganza. Estarían los cuatro allí mirando todo el rato y querrían participar. Yo los conozco muy bien, en el momento en que te vieran se volverían como fieras de una manada…

Rosa me contó que se enroló con ellos como cantante, en realidad, no porque le gustara la música que componían, un horror estridente, sino porque los cuatro rockeros eran unos marchosos increíbles y se lo montaban con frecuencia entre ellos, en mitad de los ensayos, y la dejaban mirar sin cortarse un pelo.

—Nada me pone más cachonda, óyeme bien lo que te digo, amor, que ver a dos tíos enrollados. Me pongo como una moto.

No pasaron de los primeros ensayos, nadie quería contratarlos ni para las fiestas de un pueblo perdido en la estepa de la provincia, y la echaron a patadas cuando se hartaron de la solista inepta a la que trataban como a una grupi y culpaban de su fracaso estrepitoso.

—Me estoy poniendo triste con esta música, ¿por qué no haces algo para remediarlo?

En todo ese tiempo, atravesando estación tras estación el calvario machista de la vida de Rosa, me he hecho experta en sus preferencias sexuales, y me cuesta poco lograr ciertos resultados con ella haciendo siempre lo que más eficazmente le produce orgasmos. Así que me paso horas besando y mordiendo sus gruesos

labios y puliendo y abrillantando las formidables tetas de Rosa con mis manos y con mi boca, tratando de encontrar unos pezones que no existen ni por asomo, lo que es un descubrimiento fenomenal. A ella le encanta que se lo haga, es una narcisista de los pechos, la primera que conozco, luego vendrán más, reconozco el síndrome sin padecerlo, y cuando está todo lo excitada que puede estar me coge la mano derecha y se la lleva al sexo para frotarse con ella y darse placer escuchando su canción favorita de los Beatles.

—Campos de fresa para siempre, amor mío.

—Así es. Para siempre.

Sus manos son demasiado pequeñas y no cubren toda la superficie de la vulva como sí la cubre la mía, con dedos diestros que se mueven por todas partes y dominan la región con sus delicadas exploraciones. Tarda mucho en correrse y me mantiene atrapada a su lado con la mano secuestrada entre sus piernas. Y me besa en la boca, con los ojos cerrados, en cuanto tiene el primer orgasmo. Es una experiencia maravillosa ser la esclava de una mujer que goza de la vida hasta ese punto, me digo. Con la lengua metida dentro de la boca de Rosa, en contacto con sus zonas más rosadas, lengua y mucosas, mientras ella se corre al ritmo de la canción que suena al máximo volumen, me siento transportada a otro planeta menos terrible, donde el tiempo y el espacio no existen y la gente no sufre ni se muere nunca.

—Ha sido alucinante. Hay algo mágico en ti. Sobrenatural.

Para Rosa el sexo es lo más importante de la vida, no puedo reprochárselo, más que la música y la fantasía de ser famosa. El único argumento de la obra, como diría el poeta, y si no lo tienes, tu vida no vale la pena. Yo, en cambio, descubro con Rosa que el sexo no me importa tanto como a ella. Me parece una buena forma de relación y comunicación entre personas, un medio fácil de obtener gratificación, pero pienso que le damos demasiada importancia en general, los jóvenes y los adultos. Y así nos distraemos de cuestiones esenciales que preferimos no afrontar y que nos acosan sin remedio hasta la muerte.

—Eres eléctrica. Me enciendes como una bombilla.

El día del segundo aniversario de la muerte de Elvis Presley, el 16 de agosto de 1979, aún lo recuerdo como si fuera ayer, Rosa me montó un número especial en homenaje al cantante de Memphis que casi nos cuesta la relación. De entre todos los chavales y las chavalas de las pandillas de El Atabal, Rosa era la única aficionada a la música de Elvis y a sus películas, que ponían mucho en televisión en aquella época. Se vistió con la chaqueta de luces y toda la parafernalia hortera con que los admiradores del cantante llevaban tiempo parodiándolo y batió todos los récords de ridículo que yo podía tolerar sin echar a correr. Al final se desnudó como solía y quiso que le hiciera cosas como si yo fuera Elvis. Que le metiera el puño por la vagina, que un tío se lo había hecho aquí mismo el año anterior para celebrar el primer aniversario de la muerte del ídolo y a ella le había encantado. Le dije que era un disparate y que no me ponía nada ese juego sórdido. Se enfadó, me acusó de ser una puritana encubierta y de incumplir el pacto y casi rompimos, cuando solo quedaban diez sesiones para completar el plan.

—Eres egoísta.

—No lo soy.

—¿Te gusta mi culo?

—¿Tú qué crees?

—¿Te gustan mis tetas?

—Sabes que sí.

—Ves como eres muy egoísta.

—Yo no lo veo para nada.

En los entreactos, Rosa practica conmigo el *playback* de sus canciones favoritas. Algunas son de reinas de la discoteca, como la cantante negra americana Diana Ross, con las que baila a un ritmo frenético que no corresponde a su físico y que la hace parecer más voluminosa de lo que es en realidad, vestida o desnuda. Se transforma en Diana Rosa, una diosa de carne sonrosada y opulenta, y su culo prominente y sus tetas desorbitadas dominan con sus curvas la coreografía deslavazada de sus movimientos por la

habitación. Otras veces realiza un *striptease* musical con boas negras y con plumas blancas ocultando su cuerpo tras una pantalla de *glamour* y de artificio, y otro día, solo con botas militares enfundadas en sus pies de niña pequeña, se desnuda por completo de imposturas culturales. Me dice que es el último grito en Londres, que se lo ha contado un estudiante inglés con el que se acostó antes del verano también en esta cama, tan ajetreada y bulliciosa como algunas calles y callejones de la capital británica. La revolución punk, la llama. Y le digo para provocarla que ahora le toca a ella darme placer con las botas puestas, para rendirse a la moda londinense, y lo hace sin rechistar.

## 62

Para rematar el plan con éxito, Rosa se ve obligada a reconstruir su última fiesta de cumpleaños, en la que fue humillada por un tío de una manera sangrante, me anuncia, un episodio que no tenía nada que ver, a pesar del epíteto, con su aventura de la menstruación en las sábanas del Hotel California. Ese tío logró hundir la autoestima de Rosa hasta niveles subterráneos, y Rosa necesita conjurar sus efectos perniciosos para recuperarla.

Prepara la fiesta con tiempo, invita a todo el que se le ocurre y viene todo el mundo, pese a que estamos a mediados de septiembre. La gente tiene muchas ganas de divertirse. Ha sido un verano bastante aburrido, por lo que se rumorea en la urbanización, y quieren llevarse un buen recuerdo, al terminarlo, para consolarse durante el otoño y el invierno. No para nosotras, me dice Rosa cuando se entera del tedio estival generalizado, mirándome a la cara con sus ojos de china sonriente y su boquita con sabor a fresa. No para nosotras, cantamos a dúo, sin imaginar lo que se nos viene encima.

La fiesta de Rosa celebra la llegada de los diecinueve años de la

anfitriona. Es la fiesta del final del verano para todos los invitados y la fiesta de las coincidencias felices y las casualidades infelices para algunos privilegiados. Cuando veo aparecer a León en el aparcamiento de la casa de Rosa montado en una flamante Ducati de 125 centímetros cúbicos con una chica desconocida de paquete y abrazada a él como si se lo fueran a quitar, comprendo enseguida quién pudo ser el rompecorazones que humilló a Rosa en una fiesta idéntica del verano pasado.

Voy de sorpresa en sorpresa en una fiesta en que los invitados se muestran algo amuermados. Como si todos sus deseos de divertirse se hubieran desinflado como los flotadores infantiles abandonados en la piscina nada más poner los pies en el sótano inmenso donde Rosa ambienta la fiesta, en la planta baja de su enorme casa, como si intuyeran los retorcidos motivos por los que Rosa los ha invitado, como extras de una película cuyo guión ignoran por completo. Nadie acierta con la música, parece mentira, ni con las bebidas. Rosa se estresa al ver la escasa colaboración de los invitados en un plan de reconstrucción que necesita que se comprometan al menos un poco, que pongan de su parte y no se dejen llevar por el sentimiento de inutilidad y hastío dominante. El plan está a punto de irse al garete cuando a Rosa le da un ataque de celos terrible, no me imaginaba a esta chica tan posesiva.

No había parado de hablar con Elena desde que León me la presentó como su nueva novia, guiñándome un ojo pícaro para celebrar su buen gusto con las mujeres, una pelirroja tetona y escultural, como diría mi madre, por la que cualquiera podría perder la cabeza y no querer encontrarla nunca más. Elena es de esa clase de tía que lleva con perfecta naturalidad un vestido que parece sacado de un catálogo de trajes regionales del folclore ucraniano y rediseñado por un modisto berlinés, ese es el efecto que causa en cuantos lo ven pegado al cuerpazo de esta tía despampanante y mal vestida que, sin embargo, consigue que todo el mundo la admire. No me lo explico. Es un milagro social. Da la casualidad de que Elena y yo tenemos un amigo común, Ángel, el escritor que enloqueció por

esta criatura tentadora cuando la conoció con solo catorce años y daba sus primeros pasos en la vida sexual, y mucho de qué hablar entre nosotras, con León espiándonos desde la distancia como un perro en celo.

El morbo de la chica, conociendo su historial con Ángel al dedillo y siendo la amante ahora de León, me mantiene atrapada. Y encima las dos nacimos en octubre del 62, la coincidencia es total, ella el 3 y yo el 22. Elena es libra pura, como dice con orgullo, una balanza de pesos y medidas, de la cabeza a los pies, y yo, como soy frívola por naturaleza, coqueteo con el aguijón de Escorpio. Esta diferencia astrológica es casi tan importante como los rasgos genéticos. Todo lo que sé de Elena a través de Ángel me hace pensar que con ella todo es posible, en la cama y fuera de la cama, y solo espero que le dé su merecido al canalla de León. Estoy instruyendo a Elena en mis planes de venganza privados, compartiendo un vaso de cubalibre y un cigarrillo rubio, Fortuna para todas es mi deseo sincero y todas para Fortuna el vicio habitual, cuando irrumpe Rosa y se pone atacada al sorprenderme en flagrante intimidad con la que siente que es su rival sexual de esta noche. Cree que soy una descarada sin escrúpulos y que me estoy ligando a Elena en plena fiesta, contraviniendo nuestros planes. No me conoce.

—A esta no le gustan las tías, tranquila, amor.

—Ya, y yo me lo trago. Por quién me tomas. A todas las tías guapas les gustan las tías guapas. Sois como una secta. No te hagas la tonta conmigo. Le gustas, lo veo. Te gusta mucho, lo huelo.

—Te digo que no. A esta no le va mi magia sexual. Viene de otra escuela, créeme. Sé a ciencia cierta de lo que hablo.

—Serás puta, si te la estabas comiendo con los ojos y ella se dejaba hacer sin rechistar, como una guarra…

—Te estás poniendo en evidencia, cálmate un poco, no grites, ¿quieres?

—Tú sabrás a lo que juegas, pero solo te pido un favor. No me jodas el plan. Esta noche no. Otro día quedas con ella para hablar de sujetadores, seguro que es una experta, y te la follas como más te

apetezca, pero hoy no. ¿Vale, guapa?

—Fue León, ¿verdad? Me lo temía.

—Claro, cabrona, quién si no.

La fiesta empezaba a animarse gracias a los esfuerzos del grupo The Buggles y el superéxito del momento, la canción que cuenta cómo la estrella de la radio fue asesinada sin piedad por los videoclips, las terribles imágenes de su muerte en directo nos partieron el corazón a todas las niñas adictas a los programas musicales de la televisión dos años antes de que el canal MTV la convirtiera en enseña de su identidad musical. Los invitados habían logrado el ritmo adecuado y la cosa prometía llegar a los máximos históricos a los que llegaban ese tipo de fiestas multitudinarias en la urbanización. Es entonces, en pleno clímax musical, cuando Rosa, demostrando su gran sentido de la oportunidad, me coge de la mano delante de todo el mundo, ya no teme a las opiniones ajenas, una victoria y una derrota simultánea, y me transporta al jardín de sus sueños de la infancia, que es una réplica exacta del jardín de la casa de los hermanos hueveros Rita y Fredi, en calle Bogor, donde estuvimos juntas por primera vez, y me obliga a que le arranque la ropa con violencia y la deje medio desnuda en mitad de la arboleda de aroma frutal, y me exige luego que la tire al suelo y la revuelque por la tierra y abuse de ella con las manos y con la boca, por todo el cuerpo, sin compasión alguna. Y yo me pliego a sus deseos teatrales cada vez con menos ganas.

—Vamos ahora al cuarto. Me lo he ganado.

En el dormitorio, hecha una fiera desbocada, me chupa en vano durante casi una hora mi zona más íntima, como hizo, según me confiesa, con el pollón de León, palabra de Rosa, y cuando ya no aguanta más, está que se sube por las cuatro paredes de la habitación, me dice:

—Ahora corre de tu cuenta. Hazme lo que quieras, bonita. León no se privó. El culo incluido.

Y hago lo que puedo, no lo que quiero, con el cuerpo de Rosa y los húmedos orificios de la rosa para estar a la altura de las

vejaciones y los escarnios de León. Me esfuerzo con la mente en identificarme con él para no desperdiciar una sola de las vilezas que pudo infligirle aquella noche a la carne agradecida de Rosa y me agoto en el intento. No consigo quitarme de la cabeza a Elena en todo ese tiempo, pensando en su preciosa cara maquillada, sus ojos azules como el cielo de una mañana de verano, la nariz recta, el pelo resplandeciente como una llamarada, su boca de labios brillantes y dientes apretados, su piel de magnolia, sus curvas voluptuosas, y me bloqueo del todo. Suspiro de desesperación. Me estoy enamorando y es peligroso para mi salud. Rosa tenía razón. La cosa no funciona. No soy un robot. Rosa lo nota y se lo digo. No se enfada. Le pido disculpas.

—No te agobies, amor. Ya has hecho bastante. Era difícil. Te he pedido mucho.

—León es un cerdo.

—Y que lo digas.

Rosa lo ignora todavía, pero ya tenemos una cosa más en común.

Después de aquella fiesta, nuestra relación quedó tocada de muerte y no tardó en hundirse en la insignificancia. Ya no daba para más, y se interrumpió justo cuando concluyó el impulso que le dio origen, la ejecución del plan de venganza de Rosa contra los desmanes del patriarcado. Este hecho me permitió comprender que no fui nunca para Rosa, andrólatra viciosa como era, otra cosa que un hombre disfrazado de mujer. ¿Y si tenía razón? Aún hoy me lo sigo preguntando a diario.

## 63

Y así fue, como estaba presagiado en los astros desde la más remota antigüedad: Elena y yo nos citamos una tarde y estuvimos juntas en una cafetería de enfrente de la urbanización, en una de las

calles anónimas de los nuevos pisos que se habían construido sin criterio para afear la zona y enterrarla en la vulgaridad inmobiliaria. Un lugar reservado donde servían té, como a ella le gustaba, tradición familiar, y a mí el brebaje envasado que quisiera pedir a la insignificante camarera por esa boca exigente que me había dado Dios, según mi madre, para hacer el mal a mis semejantes.

Como era previsible, hablamos mucho de sujetadores, Rosa tenía toda la razón, y hablamos de la dificultad de encontrar los adecuados al tamaño y la conformación de los pechos de cada una y de lo que significa llevarlos atados al cuerpo toda la vida y de la importancia que tienen para otros y del efecto infantil que causan en la imaginación masculina. Y hablamos, como es lógico, de los pechos que contienen y sostienen, de su hermosura natural y de su mantenimiento artificial. Y daba gusto hablar con ella de esos temas delicados, ya que era una experta consumada por razones que no se ocultaban a nadie, lo que no hacía sino incrementar su interés fetichista a mis ojos de curiosa empedernida. Todo lo que se refiere a la belleza en sus diversas formas me concierne desde que aprendí a valorar su importancia indudable, tuve en Victoria una buena maestra, aunque pueda parecer un tema intrascendente a las mentes más austeras y puritanas. Y hablamos de Ángel otra vez, por qué no, y de su desvalimiento metafísico y su donjuanesca torpeza, y un poco del malvado León y de su poderío humillante, a pesar de que Elena seguía con él como novia oficial y estaba muy satisfecha con su relación. Ya no me importaba. Había logrado liberarme de la influencia nociva de León de una vez y de todos los cachorros de esa camada feroz. Y Elena le estaba dando de su misma medicina, convirtiéndolo, según me contaba riéndose, en su esclavo sexual, y León estaba encantado con ese nuevo papel en su vida y con las renovadas posibilidades de placer que se le abrían con ella. Pero, sobre todo, hablamos mucho de nosotras, que era el objeto primordial de esta cita estelar entre dos libras carismáticas a finales del mes mismo de su signo, la superstición astrológica nos unía, aunque no hablamos lo suficiente: por desgracia se cruzaron otros

asuntos que nos distrajeron del motivo inicial de aquella cita. *Nosotras* era un tema inagotable que se ramificaba en otros temas adventicios al infinito, y teníamos la sensación de que, si los sumábamos sin fallos, necesitaríamos una vida entera para contar todo lo que las dos ya habíamos vivido y conocido en nuestras demasiado cortas existencias.

Igualmente sabíamos que se nos había concedido una oportunidad milagrosa para conocernos mejor. Dios no juega a los dados, es un hecho constatado por la ciencia moderna, y prefiere no jugar a las damas si puede evitarlo, es cuestión de gusto, y a nosotras se nos daba la oportunidad dorada como una tarde de primavera de encontrarnos una única vez, esa en concreto y ninguna otra, en principio, para que no tuviéramos quejas ni excusas para odiar la vida y no pudiéramos acusar al mundo de haber conspirado en exceso para impedir nuestro encuentro. Dios era tan generoso y bueno que nos permitía disfrutar de nuestra deliciosa compañía en una ocasión excepcional, de momento, para no darnos motivos fundados, como mujeres de carácter, de protestar con ironía contra sus mezquinos designios, ahora que Elena y yo empezábamos a cursar COU al mismo tiempo.

—Quería felicitarte por tu cumpleaños y se me pasó llamarte.

—A mí también se me pasó el tuyo, qué le vamos a hacer.

Cuando supe de verdad que sería así, una ocasión de conocernos en profundidad, Elena me transmitía ese mensaje subliminal por todas las vías y los medios disponibles para que no perdiera mucho el tiempo en decidirme a actuar y yo me negaba a darme por enterada, no pude sino lamentar mi imperdonable descuido, o mi despiste, cuando recibí la llamada telefónica inesperada de Elena sobre el mediodía del jueves para preguntarme si estaba libre por la tarde y podíamos vernos, yo, sin pensarlo mucho, le dije que sí. Había cometido el error de quedar con Regina en ir al final de esa misma tarde al último pase de la película *La reina de África* en el cineclub universitario. Regina quería inscribirme sin tardanza en la secta de fieles admiradoras de Katharine Hepburn y esta película era

de visión obligatoria, en su opinión, para ser admitida sin objeciones. Regina estaba dispuesta a organizarme un ciclo completo de su filmografía, en su afán de convencerme de la necesidad de idolatrar a esta actriz extraordinaria, hasta que le dije para tranquilizarla que yo la adoraba desde que había visto en la tele el año pasado, casi seguidas, *La fiera de mi niña, Historias de Filadelfia* y *La costilla de Adán*. Tres papeles antagónicos en tres películas tan disímiles que solo podía interpretarlos una gran actriz que fuera también una gran mujer, así se lo comuniqué a Regina para convencerla de mis progresos. Una mujer fascinante capaz de encarnar a las mujeres más libres, locas, elegantes, frívolas y hermosas de la historia del cine, mujeres extraordinarias que seducen con su encanto irresistible a toda clase de hombres sin excepción y a todas las mujeres excepcionales que, como yo, se identifican secretamente con ella, y también de interpretar a una abogada feminista que impugna con astucia las leyes patriarcales defendidas por el marido fiscal en la guerra de los sexos por el poder de la especie.

Y esto es lo que, a su vez, le estoy contando a Elena, con desgarro íntimo y un punto de picardía, para mitigar el dolor por las equívocas circunstancias del encuentro. Le estoy explicando que he quedado con una buena amiga a las siete y media para ver *La reina de África* y así poder acabar de cuadrar, con su colaboración inestimable, los méritos interpretativos de esta maravillosa actriz que empieza a parecerse a Elena en mi imaginación calenturienta y también en la realidad de esta hora crítica de la tarde y de esta cafetería despoblada del barrio. Esto no se lo digo, como es lógico, sería prematuro. Había deseado tantas veces esta cita con Elena, desde que nos conocimos por casualidad en la fiesta de Rosa hace más de un mes e intercambiamos los números de teléfono sin pensar que los usaríamos alguna vez, que cuando llegó por fin la oportunidad no pensé que sería tan efímera. He de reconocer que la primera vez que la vi, montada en el asiento trasero de la moto de León, Elena me recordó poderosamente a la Jacqueline Bisset de *Abismo*, pero ahora que la tengo más cerca y la estoy analizando al

detalle, de frente, rasgo a rasgo, desde el perfil derecho y desde el izquierdo, las cejas, los ojos, la nariz y el mentón, le veo el sorprendente parecido con la Tracy Lord de *Historias de Filadelfia*.

La vanidad era el punto débil de Elena, el talón de Aquiles de su carácter, dirían los clásicos como Ángel, y yo lo sabía por las confidencias sexuales de este, pero cuando esa misma tarde la vi descender del autobús sin prisa, a pesar de que llegaba tarde, escalón tras escalón, vestida de gala como venía a su cita conmigo a las cinco, entendí que nunca encontraría motivos serios para criticarla, pasara lo que pasara. No me era posible criticar a una mujer como Elena, como ya me pasó con Lydia. Elena estaba por encima, o por debajo, para el caso daba igual, de las categorías convencionales con que la gente juzga a otra gente para consolarse de los fracasos, la mediocridad o la impotencia de realizar sus deseos. Y yo no pensaba darles la razón en nada. No era mi estilo, ya lo he dicho antes. Elena era mi igual en muchas cosas y, al mismo tiempo, no podía ser más diferente en todo. Ahora, con ella sentada frente a mí, me explicaba el episodio del arrebato místico de Ángel durante lo que llamaba la «noche del éxtasis». Era inevitable vivir ese tipo de experiencias perturbadoras con alguien como Elena. Elena era mucho más que un cuerpo hermoso que se puede ver, tocar, oír, oler y gustar, como diría Shakespeare, hasta la saciedad. Elena era una idea encarnada plenamente en una forma bella y viviente, ahora lo sé, y personificaba la peligrosa confusión de lo espiritual con lo carnal.

—¿Me perdonas el retraso?

Yo estaba predispuesta a perdonárselo todo, incluso que no viniera. Hasta la ausencia le habría perdonado a esta presencia contundente. La muy presumida, dispuesta a deslumbrarme enseguida, cosa que consiguió, se había puesto su falda blanca más corta para lucir sus largas piernas sin medias, y un top azul celeste de escote escandaloso escondido tras una rebeca de seda blanca solo abotonada a la altura del ombligo. Una vestimenta casual que casi me ciega cuando, recién bajada por la puerta delantera del

autobús de línea, que llegaba media hora tarde, se planta frente a mí sin complejos e intercambiamos un par de besos diplomáticos delante de los estupefactos pasajeros que esperan con impaciencia en la parada para subir al vehículo por la misma puerta. Y yo le adiviné desde el principio, a pesar de las zapatillas deportivas azul marino con cordones blancos con que trataba de disimularla, la intención de toda esa puesta en escena tan bien calculada como eficaz para dominar al otro, sea quien sea este, a través de la mirada. Elena no iba a permitir bajo ningún concepto, ahora lo empezaba a comprender, que esa tarde me fuera con otra mujer que no fuese ella.

## 64

Así de simple y de directo era todo entre nosotras en la solitaria cafetería cuando le anuncié sin titubear la existencia desafortunada de una cita anterior y le dije que lo sentía mucho pero que me tenía que marchar para llegar a tiempo a la última sesión de la película. Podíamos quedar otro día, recuerdo que añadí, sabiendo que sería imposible.

Y me pareció que Elena lo entendía todo al revés. Entendió, porque quiso ser maliciosa, en su línea de actuación habitual, que la cita a la que yo debía acudir era amorosa o sexual, viendo mi atrevido vestuario, similar al que usé para seducir a nuestro amigo escritor, no cabía duda, y que todo el rollo cinéfilo que le había soltado sobre Katharine Hepburn y *La reina de África* era una mentira compasiva para quedar bien con ella. Al fin y al cabo, como yo sabía por las confidencias de Ángel, Elena era también una experta en engañar a sus numerosos novios y amantes, y se inventaba excusas constantes para poder verse con unos a espaldas de los otros. Una de dos. O lo había planeado todo y sabía perfectamente a lo que estaba jugando desde que se bajó del

autobús, qué digo, desde mucho antes, desde que decidió qué se pondría para impresionarme, o lo estaba improvisando todo, como una campeona de ajedrez, jugada a jugada, sin un guión preestablecido. Y a medida que pasaban los minutos en la cafetería, y yo seguía flirteando con la posibilidad de irme con Regina, se fue excitando a sí misma con la idea de sustituir a la otra. Elena era así de caprichosa y de juguetona, Ángel me lo había advertido, y no quise hacerle caso pensando que nunca me vería sometida a esa prueba. Yo estaba encantada, por qué iba a estropear ese breve encuentro haciendo consideraciones inútiles sobre lo correcto o lo incorrecto de la situación. Estaba con la mujer que más me atraía en el mundo en aquel momento, qué me importaba lo demás. Qué me podía importar lo que otras personas pensaran de mí, incluida Regina, si me salía con la mía y me enrollaba con Elena, aunque fuera una sola vez. No había otra forma de averiguarlo que prestándome sin escrúpulos al juego de poder y fascinación que ya se había puesto en marcha entre nosotras y no admitía aplazamiento.

No sería la vanidad, con todo, lo que yo le reprocharía a Elena hoy, pasado el tiempo de nuestra aventura. Eso lo comprendo sin esfuerzo. El defecto que es difícil perdonarle, al menos como amante, es la pasividad. Elena era quizá demasiado dócil para mi gusto, les pasa a muchas otras mujeres, una secuela quizá de sus relaciones de sumisión con los tíos. Esperaba una leona fiera con la que combatir cuerpo a cuerpo hasta el agotamiento físico y me encontré en cada una de nuestras citas posteriores con un cordero manso dispuesto al sacrificio. Por otro lado, Elena estaba convencida de que el placer era un deber para con ella y había que retribuírselo con creces. Y solo se prestaba al juego del sexo con esa condición egoísta en primer plano. Ahora que tengo delante de mis ojos, al alcance de mis manos, a este espécimen extraordinario de mujer mestiza, medio inglesa y medio andaluza, entiendo el comportamiento de Ángel mejor que nunca. El contacto carnal con Elena, como estaba experimentando, se vuelve una forma de

filosofía hecha realidad y te transforma, por dentro y por fuera, tienes acceso al conocimiento más abstracto a través del amor y el placer. Elena es un objeto de deseo por el que puedes entregarte sin límites al goce de la posesión y volverte loca o adquirir la lucidez definitiva, solo depende de ti.

—Me gusta jugar.

Esto me confesó sin remilgos al terminar nuestra gozosa sesión de besos y caricias horas después de haberla iniciado en mi habitación. Era su primera vez con una mujer, quizá fuera la última, conociéndola sería previsible, y llevé yo la iniciativa en todo momento para que Elena supiera con absoluta seguridad lo que se perdería para siempre si volvía a los brazos de León después de pasar una tarde de gloria en mi cama. Era esto mismo, esta pasión y este ardor, lo que tanto ella como yo deseábamos sentir sin interrupción, desde que empecé a desnudarla para que se probara el bonito vestido negro de terciopelo que mamá me había regalado por mi cumpleaños, hasta que besé como despedida su pubis rojo como el rubí. Todo había comenzado, sin embargo, en la cafetería vulgar en que estábamos sentadas todavía en el mismo instante en que, cuando le anuncié que no podía esperar más, que se hacía tarde y me iba sin falta al encuentro de Regina, Elena me comunicó sin rodeos que si no acudía a esa cita con mi amiga haría conmigo todo lo que yo quisiera, sin restricciones. Necesitaba escucharlo de nuevo y le pedí que lo repitiera para creerme lo que estaba pasando.

—Podrás hacer conmigo lo que quieras. Seré toda tuya.

Pensar que Elena era consciente del significado y el alcance emocional de sus palabras resultaría tan falso como pensar que no lo era. Cómo navegar en una lengua de mar tan estrecha entre la plena consciencia de las palabras y los actos y la inconsciencia total, corriendo riesgos sin naufragar, era todo un arte. Un arte muy complicado que Elena dominaba como si hubiera nacido para ello. Y para demostrármelo, en cuanto terminó de decir su frase, me tomó la mano derecha entre las suyas y comenzó a acariciarme con ternura insinuante, por arriba y por abajo, los dedos de uñas sin

pintar. Me estaba suplicando, con ese gesto afectuoso, que aceptara el ofrecimiento. Quería que entendiese que tenía mucho que darme, y no lo puse en duda al ver el brillo de sus ojos clavándose en los míos como alfileres de deseo. No podía rechazarla, era imposible decirle que no, y me consuelo pensando que Shakespeare ya había conocido este sentimiento cuando escribió *Trabajos de amor perdidos*. «Estudiad como yo cómo dar placer al ojo haciéndolo mirar en la pupila de otro ojo cuyo brillo lo transforma en guía estelar». Reconozco que el chantaje logró conmoverme con su sinceridad y conmocionarme con sus posibilidades reales. Ahí estaba yo con Elena, la mujer a la que más deseaba, por múltiples razones, difíciles de enumerar sin olvidarme de alguna, en aquel turbulento período de mi vida, ofreciéndome la posesión de su cuerpo abiertamente y entregándome sin condiciones las llaves de su placer. Solo Elena, con sus artimañas, sería capaz de conseguir que le diera plantón a Regina, a la que luego imaginaría desesperada, aguardándome en vano bajo la marquesina desnuda del cineclub universitario y comprobando con tristeza que su amiga del alma no llegaba a tiempo de ver el principio de la gran película de John Huston. Ya me inventaría una excusa perfecta para Regina, con la mala salud de mi hermano Arturo como justificación, y Regina me perdonaría enseguida, como sucedió.

Me temblaban las manos y la lengua se me trababa, nerviosa, cuando le dije a Elena que sí, que aceptaba complacida su proposición y que no iría a la cita con mi amiga si ese era su deseo. Ya tendría otra oportunidad de ver la película. Tampoco era tan importante. Me calmé un poco mientras Elena iba al baño a darse, imaginé, los últimos retoques íntimos. La invité a casa, le dije que el mejor sitio para estar juntas ese día era mi habitación, y la vi radiante y sonriente al confirmarle con ese gesto de confianza mi decisión de pasar con ella el resto de la tarde y de olvidarme de la otra. Le mentí a mi madre, que no estaba acostumbrada entonces a ver chicas desfilando por mi cuarto que no fueran Regina. Le dije a mamá que Elena era la novia de León, eso le hizo sentir de

inmediato simpatía y respeto por ella, y no solo admiración por su belleza, a pesar de todo lo malo y lo triste que había pasado entre nosotros. También le dije que Elena venía a que le enseñara el vestido de terciopelo que ella me había regalado por mi cumpleaños el lunes pasado. Así me aseguraba de que mamá no sospechara de nosotras ni nos molestara apareciendo en el dormitorio en un momento inoportuno. El vestido le quedaba mucho mejor que a mí y estuve a punto de regalárselo cada vez que volvió a mi habitación para estar conmigo después de la primera vez.

Aquella tarde, con Elena temblando entre mis brazos como una colegiala, yo fui la reina de África, y no me acordé de la película hasta que Elena me preguntó, insegura o vanidosa, si había echado de menos a mi amiga. Y le respondí con un beso en la boca para recompensarla por todo lo que me había dado y otro en el sexo, como Ángel me habría recomendado, que se alargó mucho más de lo previsto en principio. Así de generosa era yo cada vez que se hacían realidad mis deseos. Y redoblé mi placer cuando ella me dijo que no le contaría nunca a León, pese a ser su novia, o quizá por eso, lo que había pasado entre nosotras. Al final, se demostraría que Elena fue una ingenua al proclamar esa mentira tan alegremente. La verdad era que no había forma de contarle a nadie, tampoco a Regina, lo que hicimos juntas esa tarde en mi cama por culpa de Katharine Hepburn.

# Segunda parte

## EL DIABLO

**(1980-1983)**

# 65

La maestra Antolina nos invita a merendar a Regina y a mí. Regina tenía relación con ella desde que dejó el colegio y se la encontró un día en la calle después de mucho tiempo sin saber de ella. La maestra le preguntó por mí y Regina le habló maravillas, que me veía con frecuencia y otras cosas positivas, y a Antolina se le ocurrió de pronto invitarnos a su casa para charlar, presentarnos a su hija Ada, probar su avanzada repostería y darnos algunos consejos útiles para el futuro. Regina llevaba todo ese curso vegetando en una carrera universitaria que no le gustaba nada, esperando dar el ansiado salto a Madrid para estudiar cine en cuanto yo terminara COU de una vez y aceptara acompañarla. Como buena educadora, la maestra Antolina siempre pensaba que los jóvenes necesitaban de sus orientaciones para no extraviarse en la vida.

La maestra Antolina, como ya dije, fue mi profesora de Lengua y Literatura hasta octavo de EGB, en el curso escolar 75/76. El día en que murió Franco, el 20 de noviembre del 75, estábamos en el aula y teníamos clase con ella a primera hora, y me acuerdo de que entró en clase compungida y no dijo nada. Luego se sentó a la mesa del profesor y se puso a leernos con voz trémula unos cuantos poemas que traía mecanografiados a una sola cara en papeles que iba pasando sin prisa, como si estuviera revisando facturas o una lista de nombres. Y luego unos fragmentos en prosa de novelas españolas de los cincuenta y los sesenta que no se molestó en identificar y que, según dijo la maestra, hablaban por sí solos. Me sorprendió mucho el tono de los poemas y de los fragmentos en prosa en contraste con el motivo de su lectura. La muerte del dictador. Igual que me sorprendió que la maestra Antolina se echara a llorar, con lágrimas abundantes, mientras leía en clase esa antología de textos en esas circunstancias tan especiales. Cuatro

años y medio después podría preguntarle por todo aquello y comprender lo que pasaba entonces por su cabeza. Un motivo más para aceptar su invitación con alegría.

Eso mismo, una alegría desbordante, un júbilo inmenso, era lo que la maestra sentía, precisamente, según me dice ahora, la mañana de ese jueves inolvidable de noviembre del 75. Pero mientras leía los textos escogidos para expresar ese júbilo y esa alegría se dio cuenta de lo retorcido que era todo para la gente de su edad, acostumbrada a transmitir sentimientos antagónicos, a expresar lo contrario de lo que realmente sentía. La compasión se volvía así crueldad; el amor, odio; la simpatía, antipatía; la solidaridad, egoísmo; el compromiso, escapismo, así con todo. Eramos como trajes y vestidos enfundados del revés, con las etiquetas a la vista y las costuras expuestas, dice Antolina. La alegría por la muerte de Franco se tradujo en tristeza y en consternación, sin que la maestra Antolina pudiera evitarlo, mientras leía los poemas de Lorca, de Cernuda, de Rosales, de Ridruejo, de Aleixandre y de Celaya que se había molestado en seleccionar esa misma madrugada, en cuanto se conoció la noticia, pensando en sus alumnas, así como los fragmentos de las novelas, que le gustaban menos, según dijo, de Martín Santos, Goytisolo, Benet y Laforet. Eso fue todo lo que pasó. La alegría se le tornó llanto visible y este, alegría interior, incontenible. Nunca había sentido algo así, con esa fuerza y ese empuje, y no supo controlarlo ni enunciarlo adecuadamente. Se le fue un poco de las manos, dice, y eso le costó que muchas alumnas entendieran mal su gesto y creyeran que la maestra Antolina era devota del dictador, qué disparate, cuando en sus clases había sabido deslizar opiniones críticas que las más atentas escuchábamos siempre con simpatía y comprensión.

La maestra Antolina no vive lejos de la urbanización, en un piso pequeño en una barriada de edificios recién construidos, con fachadas encaladas y terrazas repletas de tendederos con ropa al sol, viviendas para gente trabajadora y con pocos recursos. La maestra Antolina no está casada, pero tiene una hija mongólica muy

simpática y cariñosa que se llama Ada y que tiene apenas tres años. La maestra Antolina no dice mongólica, dice síndrome de Down, que es el nombre médico del trastorno genético que afecta a esta clase de personas. Le ha puesto Ada a la niña para que rime con *hada* y con el sentimiento mágico que despierta en su madre. El nombre de la maestra Antolina significa «preciosa como una flor», y ella misma nos enseñó un día, citando a Shakespeare, que en un nombre no hay otra cosa que lo que una quiera ver. Un nombre es un nombre y nada más, nos dijo la maestra en clase para nuestra sorpresa. El nombre está desnudo, como dice el clásico. Y puso el suyo como ejemplo, haciéndonos ver que ella misma, se mirara por donde se mirara, no tenía nada de flor ni de preciosa.

La maestra Antolina era una mujer singular, sin duda, pero también muy poco agraciada, y la queríamos por cosas como esa, porque nos hacía comprender que en la vida no todo consiste en ser muy listo o muy guapo o muy lo que sea y en estar siempre alardeando de ello, sino en saber adaptarse y convivir con los demás. Además, siempre protegía a sus alumnas, no hacía distinciones entre nosotras, para Antolina no existían las ovejas negras. De hecho, protegía a todos menos a sí misma, para su desgracia. Así acabó. La maestra Antolina tuvo un lío sexual con un chófer de autobús que estaba casado y se quedó embarazada de Ada contra su voluntad. Los padres y las madres se escandalizaron e hicieron toda la presión posible sobre la dirección del colegio, que era privado, hasta que la echaron sin molestarse en indemnizarla. El caso apareció en *Interviú*, esa famosa revista de la época que mezclaba los escándalos, el sensacionalismo y los desnudos de actrices y cantantes como reclamo para vender su mercancía ideológica, como ya dije. En mi casa se compraba y se leía, sobre todo mi padre, y en casa de Regina también, el padre de Regina era un defensor del medio, consideraba que era un aliado del «nuevo régimen», así lo llamaba, y que eso era siempre bueno. Lo mismo pensaba Regina, consumidora ferviente de sus páginas más procaces. La maestra Antolina salló entrevistada en las páginas de

*Interviú* después de que la echaran del colegio, pero este no cambió su decisión a pesar del ruido que hizo el caso en cierta prensa de entonces. El ginecólogo le recomendó que no tuviera el bebé y que abortara sin tardanza, pero ella siguió adelante con el embarazo. La maestra Antolina se ríe con tristeza al recordar todo esto. Ha pasado algún tiempo y ahora le importan otras cosas. La educación de su hija Ada, en particular, y que tenga un porvenir asegurado cuando ella falte. Cosas así.

## 66

Estamos sentadas Regina y yo en la mesa del salón de su modesto piso mientras la maestra Antolina va y viene de la cocina con los platos y el pastel de limón que ha preparado para festejar nuestra visita y le pide a Regina que saque los cubiertos del cajón del armario y los traiga a la mesa. La niña Ada me coge afición y se sienta muy cerca de mí.

—Ya sabéis que aquí lo único que está prohibido es hablar de literatura. Ada os controla con la mirada.

Esto dice sonriendo la maestra Antolina, con cierta ironía, y es la forma de anunciarnos que es hora de hablar y contarnos cosas del presente. Y entonces nos ponemos a comer pastel de limón, que está delicioso, tan dulce y tierno como el corazón de la maestra Antolina, a beber litros de Coca-Cola en vasos de colores y a hablar de la vida, que es lo que más nos interesa. Ada devora su pedazo de tarta en tres bocados, sin que su madre le diga nada, mientras Regina y yo clavamos nuestras cucharitas de plata con cierta aprensión en el segundo trozo de pastel que nos ha servido la maestra en cuanto hemos acabado el primero, para no atiborrarnos ni engordar más de la cuenta.

—¿Qué pasa? ¿Es que no os gusta? Comed, comed, que aún estáis en edad de crecer.

Y, cuando se agotan los temas actuales de los que se puede hablar con ella sin levantar sospechas ni causarle preocupaciones innecesarias, la maestra Antolina toma la palabra para impartirnos algunas lecciones quizá demasiado convencionales:

—Lo primero que debéis hacer es aprender a calibrar vuestra inteligencia. Eso es fundamental. Saber lo que podéis hacer y lo que no. No vale de nada que os esforcéis en estudiar cosas para las que vuestra inteligencia no está capacitada. Lo importante es empezar a reconocer qué se os da bien sin mucho trabajo y qué os cuesta horrores, aunque al final lo consigáis aprobar. ¿Por qué? Por una sencilla razón. Al revés de lo que creen muchos pedagogos, lo que hacemos con facilidad, casi por instinto, nos hace felices, y lo que hacemos con mucho esfuerzo, porque no es lo nuestro, nos termina fatigando y aburriendo. Lo esencial en la vida es hacer lo que a uno se le dé bien, aunque no te asegure mucho dinero, y no dejarse engañar por las promesas de un trabajo mejor recompensado. Fijaos en mí, yo pude ser profesora de bachillerato y de universidad, con que me hubiera esforzado un poco más lo habría conseguido, pero me quedé donde era feliz, rodeada de niñas encantadoras como vosotras a quienes podía instruir en los principios básicos de la vida.

Mientras Antolina habla percibo una sensación extraña en la pantorrilla, como si alguien me estuviera acariciando desde debajo de la mesa. No digo nada, ni miro bajo los faldones de la mesa, para poder participar en la conversación con Antolina sin distraerme en exceso.

—Si tú quieres ser escritora y tú dirigir películas es porque habéis comprendido cuáles son los límites de vuestro talento para una cosa y para la otra. Escribir te conviene si lo único a lo que aspiras es a manipular las palabras y construir frases de cierto interés para contar historias, cosa que tú siempre has hecho con soltura. Y hacer cine se me escapa un poco más, hay mucha gente implicada, pero entiendo que tienes la voluntad necesaria para llevar a cabo cualquier empresa que te propongas en esa dirección, ¿verdad, Regina?

Las caricias iban ascendiendo de la pantorrilla hacia más arriba, pasando por el muslo como un roce insinuante, y ya se hallaban próximas a zonas demasiado íntimas como para permitir que el juego prosiguiera sin intervenir. Pero seguía sin atreverme a ofender a Antolina, tan entregada a darnos buenos consejos y asesoramiento gratuito para las importantes decisiones que debíamos tomar en breve como para apartar la mirada y examinar el origen de las maniobras.

—Entendedme bien. Cada cual debe elegir libremente, pero para ello hay que mirar un poco lo que hay alrededor, qué posibilidades hay de hacer lo que a una le gusta, qué hay que estudiar, a quién hay que conocer, ya me entendéis, sin relaciones no se va a ninguna parte, es fundamental conocer gente, pero luego hay que saber escoger. Lo que no hay que hacer de ningún modo es empeñarse en lo que no se nos da bien y por si fuera poco no tiene futuro. La caída está garantizada. Y sabed esto: una vez que una empieza a caer en el pozo, ya no existe límite y el pozo parece sin fondo. Si lo sabré yo. Si miráis a vuestro alrededor y no tenéis dónde agarraros más os vale empezar a preocuparos, no sé si me explico. Tenéis que aprender a vivir humildemente con vuestros ideales, sin gestos insensatos, como dice no me acuerdo quién no sé dónde, anda que menuda maestra estoy hecha.

Los contactos bajo la mesa prosiguen su curso infalible y no me atrevo a desviar la mirada de la maestra Antolina, que, en ese mismo momento, mientras prosigue incesante con la instrucción de sus pupilas, parece dirigirse ahora solo a mí, no entiendo por qué, mirándome a los ojos con fijeza inusual, como si quisiera averiguar qué se oculta detrás de esa nueva apariencia impenetrable que dice haber descubierto hoy en mí.

—Os gusta el conocimiento, lo demostrasteis cuando erais estudiantes, me lo demostrasteis a mí, por supuesto, y a otras profesoras, supongo. Y eso es muy importante. Ahora hay que saber qué es lo que de verdad os gusta, a qué queréis dedicar vuestra energía, vuestro esfuerzo y talento a lo largo de una vida, ya lo

veréis, que socava poco a poco nuestras convicciones y nuestro sentimiento moral. No hablaría de vocación, pero sí de aplicación. Aplicaos a lo que os guste como si apretarais una espinilla para reventarla, ¿os gusta el símil? Apretad fuerte y aplicaos a fondo. Solo así merecerá la pena dedicarse a ello, sea lo que sea. Solo así conseguiréis hacer una contribución memorable en cualquiera de los campos que elijáis para realizaros.

Mientras trato de entender el sentido exacto de las últimas palabras en este contexto, descubro al fin de dónde vienen las incisivas atenciones que estoy recibiendo en ciertas partes delicadas de mi anatomía y se lo digo a la madre con una amable indirecta:

—Ada está un poco nerviosa, ¿no?

—Qué va. Lo que pasa es que Ada es muy curiosa y tú le has despertado el interés. Está intrigada. No se fía nunca de mis criterios. Quiere averiguar quién eres en realidad. No te asustes, es inofensiva.

Antes de irnos, como está previsto, la maestra Antolina me regala dos libros muy distintos, dos novelas que piensa me pueden ayudar a elegir mi camino en la vida. *El guardián entre el centeno* y *La tía Julia y el escribidor*. Y había que verle a Regina la cara cuando la maestra me entrega esos libros en mano, como si le ratificaran todo lo malo que lleva pensando de mí desde hace meses.

—Este último salió hace tres años y se puede considerar una novedad. Como tienes mucha imaginación, creo que te sorprenderá. El otro se tradujo aquí hace solo dos años, aunque se publicó por primera vez en los años cincuenta, y es como si fuera nuevo, ya verás. Es tan bueno que, cada vez que alguien lo lee, lo actualiza.

Leo los dos libros enseguida, guiada por las sabias palabras de la maestra Antolina. El primero me gusta mucho, a pesar de que Salinger, el escritor norteamericano, parece odiar o despreciar a las mujeres y siempre las pone de tontas, de cursis, de frívolas y de vacías. Está claro que tiene graves problemas con ellas, o que le gustan demasiado, sobre todo las niñas y las jovencitas, y no sabe cómo neutralizar su influjo sexual. Les pasa a muchos hombres que

conozco. Yo le gustaría a este escritor neoyorquino sin dudarlo un instante, estoy segura. Soy su tipo. El segundo libro me parece más serio, menos adolescente o juvenil, es el retrato total de un mundo real hecho con mucha imaginación y humor, como decía la maestra Antolina. Pero tiene un problema social básico. Vargas Llosa, el escritor peruano, odia al pueblo. Odia todo lo popular y se nota demasiado el asco que siente por la gente de clase baja, los hombres y las mujeres pobres, los desclasados, los marginados y los proletarios, como diría Carlos. No me gusta eso. Por otra parte, el novelista norteamericano me enseñó que se puede ser quien se quiera, libertad absoluta, con la escritura y con la ficción. Y el novelista peruano me descubrió, a pesar de todo, que hay muchas formas de ser escritor y que no hay por qué elegir un modelo demasiado dogmático de escribir. La maestra Antolina acertó de pleno, sin saberlo, al regalarme estos libros tan originales en este momento de mi vida, y me siento muy agradecida.

## 67

Aquel curso 79/80 todo el mundo que tuviera voz y estuviera vivo cantaba «Another Brick in the Wall», la canción de Pink Floyd extraída de su disco programático *The Wall*. Todo el mundo excepto Carlos, tan singular en todo lo que se refería a gustos y tendencias, que solo escuchaba música clásica mientras pintaba, Bach y Händel, sobre todo, pero también Scarlatti y Mozart, y decía odiar la música popular en cualquiera de sus variantes y estilos.

Aquel curso final y a lo largo de las vacaciones del verano que lo siguió todos los que sintonizábamos con ese disco y esa canción nos sentíamos otro ladrillo en el muro de la realidad. Otro ladrillo en el muro de un mundo que nos lo daba todo, o eso nos parecía, a cambio de usarnos como tapadera de sus mentiras y de su podredumbre. Otro ladrillo de ese muro en trampantojo que nadie

ve y contra el que todo el mundo choca tarde o temprano. En todas las discotecas a las que íbamos, en todas las fiestas a las que éramos invitados, se cantaba la letra de esta canción como un himno de protesta contra todo. Contra los padres. Contra los profesores. Contra los gobernantes. Contra todo aquel que tuviera edad suficiente para ser responsable del desastre del mundo en que estábamos condenados a vivir.

Como expresaba la canción de Pink Floyd con exactitud, no necesitábamos educación convencional ni que nos controlaran la mente con ideas malsanas. No queríamos que nadie se riera de nosotros por nuestras imperfecciones o nuestra ignorancia, o que nos ridiculizara en clase con sarcasmos oscuros porque no estábamos a la altura de los elevados ideales de la cultura y el saber que intentaban inocularnos como un veneno en la sangre. No teníamos siglas que defender ni las necesitábamos para vivir nuestra vida como queríamos. Teníamos justo las señas y los signos de esa canción insurgente para identificarnos como es debido.

## 68

He suspendido el examen de selectividad y ahora sí que mi vida no va a ninguna parte. He suspendido la prueba en las dos convocatorias, junio y septiembre, ordinaria y extraordinaria. Me hace gracia la denominación. Esa soy yo: ordinaria y extraordinaria, todo envasado al mismo tiempo en un solo cuerpo y una sola biografía. Para demostrar mi ambigua condición, en las dos ocasiones encuentro nuevas amigas, como Laura, con las que superar el desánimo y la tristeza.

En junio, mi vida entra en crisis y ni siquiera Regina, con sus mimos y halagos, es capaz de consolarme. Me escapo de los dominios de la urbanización, como una loba solitaria, y me voy a mi discoteca favorita, Surf, a disfrutar de la música y el baile en sesión

de tarde. Los dioses me bendicen, no obstante, y me envían a Laura, una niña monísima de catorce años, morena de pelo y de piel y de talle esbelto, una chica que baila como una serpiente bíblica y habla como una boba. Laura lleva puesto un vestido rojo escarlata que le cae desde los hombros hasta las rodillas con un estilo demasiado adulto para el cuerpo que tiene. Coincidimos en la barra, el azar nos une, ella está esperando a que le sirvan un *gin lemon*, mejunje que aborrezco, y yo estoy encargando al mismo camarero un cubalibre con mucho ron y zumo de limón. Se me acerca sonriente, con curiosidad, nos presentamos y la someto a una de mis lecciones de monólogos en la intimidad sobre temas candentes de ayer y hoy. La clase de hoy la imparte una profesora que no es capaz de Superar ni la prueba más mediocre de un sistema educativo pensado para las inteligencias menos brillantes. Y la alumna es una rezagada de la EGB, empeñada en que no le pase por encima el tren del tiempo y la carrera imparable de los cursos.

La niña es tan encantadora como ingenua, y no tardamos en hablar de la cuestión palpitante del sexo mientras encargamos una nueva ración de nuestras bebidas preferidas, ginebra con limón para ella, Coca-Cola con ron y limón para mí, y mucho hielo. Hasta el camarero nos mira con cara rara viendo que no hacemos otra cosa que hablar en un lugar al que la mayoría de la gente viene a escuchar música, bailar y enrollarse en los sofás preparados para ello. Esto último, el rollo de besos y caricias, tenemos muy claro que está prohibido para nosotras, no podemos hacerlo delante de toda esta peña de gente joven y prejuiciada, no por ahora, al menos, y bailar no nos atrae tanto como para seguir cultivando puntos de vista contrapuestos sobre asuntos tan estimulantes como ignorados. Le cuento todo lo que hay que saber sobre la práctica del sexo, con hombres y con mujeres, le hablo de todos los sexos que existen según los científicos y los psicólogos, y se siente más madura que nunca al aprender tanto en una sola tarde, sin necesidad de memorizarlo ni tomar apuntes.

Al salir de la discoteca, ya de noche, sé que he triunfado con

Laura en cuanto siento su brazo rodeando mi cintura de manera espontánea y su mano agarrada a la falda con suavidad. Paseamos cogidas de la mano por las calles de la Malagueta, tomando el aire fresco y comportándonos con frescura, sin miedo a la opinión de los transeúntes, y caminamos descalzas por la arena de la playa. Al despedirnos frente al mar, ella vive en la zona y no tiene que desplazarse, como yo, al extrarradio, aunque sea en moto de vez en cuando, Laura me besa con timidez en los labios. Es una prueba de que le gusto, pero a mí me intimida su edad, nunca me ha gustado abusar ni ser abusada. Se abrillanta los labios con un líquido que sabe a confitura de fresa, y ese será el matiz olfativo, desde el primer beso hasta el último, de nuestra corta pero intensa relación.

No hay que engañarse sobre esto. Laura tiene solo catorce años y yo diecisiete, a cuatro meses de cumplir los dieciocho. Laura es una transgresión a mi código de conducta y le dejo la iniciativa, durante las tres semanas escasas en que salimos juntas, para que sea ella la que decida hasta dónde quiere llegar conmigo. Laura me besa todo lo que quiere y explora mi cuerpo por encima de la ropa, yo se lo permito todo, para localizar datos anómalos que no existen, aunque ella cree que sí por la naturaleza confusa de sus sentimientos hacia mí, y persiste en hacerlo con redundancia a veces molesta en cada uno de nuestros encuentros. Disfrutando de las partes normales de mi cuerpo sin transgredir nunca la frontera de la ropa: es así como transcurren nuestras citas cada vez más apasionadas y provocadoras.

Siempre nos vemos primero en la discoteca que nos unió para beber y bailar. He conseguido iniciarla en el cubalibre y ella ha conseguido que me guste la ginebra con refresco de limón, y de vez en cuando bebemos cada una la bebida de la otra, o nos pasamos tragos de una boca a la otra cuando nadie nos mira, pero yo no consigo que le guste Pink Floyd, odia *El muro* porque no logra escalarlo con la mente, es un obstáculo demasiado alto para su inteligencia, y ella no consigue seducirme con Nico, su cantante favorita de todos los tiempos. Laura me confiesa estar enamorada

de ella, de su cara y de su voz y, en general, de su figura de ángel caído, y dice que le recuerda mucho a mí, aunque no la entiendo cuando dice esto. No tenemos nada en común, y eso me preocupa aún más. Bailamos una enfrente de la otra para poder admirar los movimientos de nuestros cuerpos, tan distintos, ella esbelta, yo insinuante, ella graciosa, yo voluptuosa, ella menuda, yo espigada, y cuando nos cansamos del ruido machacón y de la compañía malévola nos vamos caminando a los cercanos jardines de Puerta Oscura, a perdernos sin miedo entre los geranios, los naranjos, las buganvillas y los jazmines florecidos, como un vergel diseñado para el amor de las mujeres, bajo la protección de la muralla en ruinas de la Alcazaba, a sumergirnos en las simas de nuestra intimidad.

Y así un fin de semana tras otro, de viernes a domingo, hasta que un amigo común, el pícaro Guzmán, encaprichado de Laura desde que la vio superar la barrera de la adolescencia y transformarse en una mariposa de alas rojas que muere de amor en mis brazos, como cantaba Umberto Tozzi, nos ve juntas una tarde en la discoteca, fraternizando más de lo deseable, y decide intervenir. Es vecino de Laura, viven con sus respectivas familias en el mismo edificio, una alta torre de quince pisos con vistas al mar en el Paseo Marítimo, frente a la playa, en la que vive gran parte de la élite franquista de la ciudad, como dice Carlos con asco, y se conocen desde que ella era una niña maravillosa y él, un adolescente masturbador. Como Laura me cuenta, Guzmán las espía con prismáticos militares desde la terraza de su casa en la última planta, a una amiga y a ella, cuando navegan juntas en el pequeño velero donde han aprendido a desprenderse del sujetador del bikini para tomar el sol en los pechos y quitarse la fea marca de la prenda en el cuerpo. Y me los enseña, para demostrármelo, morenos y plenos, y me resisto a tocarlos y a besarlos, como sería mi deseo y el de ella, me he impuesto límites en esta relación, no quiero abusar de Laura, ya lo he dicho, y de ello sabrá aprovecharse Guzmán para destruirla sin contemplaciones.

Guzmán, amigo y compañero de León en el colegio, le cuenta a

Laura todo lo que sabe de mí y de mis intenciones, y Laura, que no es demasiado lista, se cree las calumnias a pies j un tillas y me llama esa misma mañana por teléfono para preguntarme, sin rodeos, si todo eso que Guzmán le ha dicho sobre mí es verdad. La acusación de Guzmán me duele en lo más profundo, y escucharla repetida en la voz de Laura me hiere aún más, pero no tengo ánimo para llevarles la contraria y cuelgo sin despedirme. Odio el melodrama banal, y este lo era, además de una competencia o una rivalidad entre zonas enfrentadas de la ciudad, el mar y la montaña, los edificios de la primera línea de playa y los chalets de la urbanización, el centro de la ciudad y el submundo exterior, la burguesía de la parte este y la burguesía de la parte oeste, cosas así. Y así acabó mi historia con Laura, antes siquiera de haber empezado. Otra página truncada de mi vida amorosa. Sin embargo, Guzmán no ganó nada con su estrategia mezquina. Laura lo odiaba a muerte desde siempre y yo lo sabía porque, entre beso y beso, me lo había confesado.

## 69

Carlos le ha caído bien a todo el mundo, por lo visto. No sé si es porque todos saben quién es en realidad y por qué está aquí o si es por otra razón. Todo el mundo habla bien de él, a todo el mundo le gusta que viva en la urbanización y que, en cierta forma, le dé prestigio. Como ya dije, hay mucho artista fracasado viviendo en las islas de la urbanización, pero ninguno parece molesto por la presencia de un artista verdadero como Carlos. Al contrario, yo diría, por lo que escucho de algunas voces autorizadas, que incluso les gustaría tenerlo como amigo e invitarlo a sus casas para conocerlo más en profundidad. Si Carlos no fuera tan reservado podría pensarse que es una idea sensata, pero Carlos nunca aceptaría tener amistad con esta gente, a la que desprecia, en el fondo de su corazón, como desprecia a su padre y todo lo que guarde relación

con el mundo de los negocios y la política. No es que la gente que vive en las casas de la urbanización sea toda banquera o empresaria o promotora inmobiliaria, pero hay mucho de esto entre los residentes nativos, los extranjeros viven todos de sus pensiones y jubilaciones.

De hecho, conozco a un asesor fiscal, de nombre Enrique, que vive en una mansión en calle Medan con escaleras mecánicas para subir de una planta a otra o bajar a la zona de la piscina y la pista de tenis. A este lo conozco bien, aunque no tanto como Carlos, como contaré más adelante, porque cada vez que me lo encuentro quiere que empiece a trabajar para él en su oficina de la ciudad, en la Plaza de las Flores, y que así me vaya familiarizando con la aridez de la profesión. Mi madre le ha transmitido sus deseos y como creo que a Enrique le gusta ella y le cae muy mal mi padre, con quien tuvo negocios en el pasado que acabaron en ruina para todos, trata de ayudarla en todo lo que puede. Y yo soy el objeto de esa transacción entre ambos. A menudo pienso que a Enrique le da pena mi madre, piensa que hizo mal casándose con mi padre y teniendo un hijo tan tarde, que está enfermo y no se sabe si vivirá mucho tiempo. Conmigo es simpático porque le recuerdo a mi madre cuando era joven y se hace la ilusión de acercarse a ella a través de mí, aunque no entiendo con qué intenciones. Fantasías mías, cosas extrañas que me gusta pensar y que me cuesta mucho alejar de la cabeza cuando estoy en la soledad de mi cuarto escribiendo o dándole vueltas a todo lo que he visto y vivido durante el día.

El encargo de Carlos tenía que ver con todo esto y con su reputación entre la gente importante de la urbanización, la gente que tomaba decisiones y actuaba sobre la vida de la otra gente. Carlos era afortunado, había entrado con buen pie en los dominios de la urbanización y lo comprobaría pronto, en cuanto le hicieron la propuesta que no pudo rechazar. Carlos era ambicioso como artista y te lo hacía notar. Por cada logro, por cada obra que, como él decía, le robaba al vacío, sentía un desprecio infinito. Para Carlos solo valía la pena la obra por hacer, la obra por idear y crear. Nada más. No he

conocido a nadie más contrario a los museos y las galerías, alguien que disfrutaba enseñándote sus obras en su estudio, sin ningún tipo de puesta en escena, atento solo a tu reacción, preocupado por tus sensaciones e impresiones. Ese era el Carlos que traté y conocí, y a mí me gustaba mucho, aunque no podía sentir por él nada más que admiración y respeto, nunca amor, nunca deseo, no exactamente. El encargo de Carlos tuvo que ver más, por desgracia, con la vanidad de quienes se lo hicieron que con la vanidad del artista a quien se lo hicieron.

Como él mismo me contó por teléfono unos días después de que ocurriera el encuentro, una mañana lo citaron en las oficinas de la comunidad para hacerle la propuesta. Allí estaban los pesos pesados de la urbanización, los mandamases, los que tenían las mejores casas, las mejores profesiones, las mejores mujeres y las mejores familias. Mi padre no estaba en la lista de los elegidos, como era lógico, ni el padre de Regina, un pobre profesor universitario. Rafael, el padre de León, sí se encontraba, como uno más entre los ocho magníficos, junto a sus buenos amigos Pedro, el presidente, y Serafín, el secretario, y David, Sergio, Antonio, Enrique y Gabriel, simples vocales de la junta directiva. Armando ni se molestó en participar de la empresa, tenía otros negocios más lucrativos que planificar, no estaba de humor para perder el tiempo en proyectos inútiles, como decía, y pidió a sus amigos que lo mantuvieran al margen del asunto.

Por una vez nada era extraño en lo que estaba sucediendo en los dominios de la urbanización. Estaban todos reunidos y sentados en aquella sala de juntas de la comunidad de tamaño discreto, como si fueran altos cargos del rey, aristócratas con tierras en propiedad y siervos a sus órdenes, esperando al artista de genio que los haría inmortales. Habían puesto el aire acondicionado a tope porque hacía mucho calor e iban todos muy peripuestos para la ocasión, bien rasurados, con sus trajes de chaqueta veraniegos y sus corbatas de vivos colores. Carlos me contó que le pareció todo un poco asqueroso, pero que aguantó las ganas de escapar por su madre.

Como en casi todo lo que hacía en su vida, la madre le servía a Carlos como pretexto ideal para aceptarlo todo. Carlos no era un santo ni un mártir, lo repetiré delante de la policía y del juez si hace falta, pero esa no es justificación para lo que le hicieron esos mismos hombres que aquella mañana se tomaron por prohombres delante de Carlos. Se sentían importantes. Se sabían influyentes. Se vanagloriaban de su poder y de sus méritos y no se les ocurrió una idea mejor que encargar al ilustre artista de la comunidad la realización de un proyecto que revalidara esa condición privilegiada. El talento de Carlos fue contratado aquella mañana para pintar una serie de cuadros donde los ilustres rostros y los ilustres cuerpos de esos ilustres hombres aparecieran retratados, uno por uno, en su ilustre efigie, de pies a cabeza, vestidos con sus mejores galas y haciendo ostentación de su categoría social, como grandes prohombres de la historia. A imitación de otros ilustres ejemplos del pasado. No exagero. Y Carlos, el artista residente con más reputación y renombre, les pareció el candidato idóneo para llevar a cabo la empresa, como le expresó Pedro, el presidente, en nombre de todos los presentes.

Carlos se reía mientras me contaba los términos del contrato, pero no pudo negarse por seguir ayudando a su madre, que atravesaba dificultades económicas y serios problemas de salud, añadió. Había aceptado sin tardanza, dada la escandalosa cantidad de dinero que se atrevieron a ofrecerle, haciéndole saber de antemano, para disipar dudas, que ni una sola parte de ella salía de las arcas de la urbanización, sino de sus bolsillos privados. Al menos Carlos no se vería implicado en turbios asuntos de corrupción como los que habían conmocionado la vida de la comunidad hacía unos años. La oferta era irresistible y el trabajo despreciable, me dijo Carlos. El encargo no lo apartaría de su propia obra y lo trataría como una obligación externa a sus quehaceres artísticos. Un puro encargo, en el sentido más alimenticio del concepto. Le pidieron que presentara por escrito un proyecto para que pudieran dar la aprobación definitiva al presupuesto y Carlos se puso a ello

enseguida. En dos días ya había elaborado y presentado su plan, y fue llamado enseguida para firmar el contrato. Los dirigentes de la urbanización tenían prisa. Querían que el proyecto se realizara en menos de tres meses y estuviera acabado antes de las próximas elecciones a la junta directiva de la comunidad, que tendrían lugar a finales de octubre. Estábamos a comienzos de julio, así que dispondría de los meses del verano, un período óptimo, para pintar la serie conforme a lo planificado. Se trataba de retratar de cuerpo entero a cada uno de los ocho señores en sus casas, posando en el salón rodeados de sus pertenencias escogidas. Carlos había calculado, examinando las fotos personales que le proporcionaron, que no necesitaría más de cinco sesiones de tres horas para poder cumplir con sus obligaciones. Así lo incluyó en el proyecto, con el calendario exacto de las sesiones de trabajo con cada uno de los modelos, que fue aprobado de inmediato. Se firmó el contrato y al día siguiente Carlos comenzó con los preparativos.

## 70

*Los desnudos y los muertos.*

Me gusta. Es el título de una película antigua. No la he visto. Regina sí. Regina lo ve todo. Me gusta mucho la idea. Estar desnudo es lo opuesto a estar muerto. Estar desnudo es estar vivo. Cosas así. Me gusta mucho el cuerpo desnudo de los hombres. En reposo, posando, inmóvil. Expresa fuerza, vigor, potencia, tensión, energía. Incluso el pene me gusta si está dormido contra un muslo, como un gato, sin reclamar excesivo protagonismo ni atención. Me gusta mucho el cuerpo desnudo de las mujeres. Expresa todo lo contrario del cuerpo de los hombres. Es su antónimo. El cuerpo de la mujer dulcifica y modela todo lo que en el cuerpo del hombre es áspero y rudo. Los cuerpos de los hombres están diseñados para competir por la supervivencia en un entorno de gran hostilidad. Los cuerpos de

las mujeres están hechos para beneficiarse y disfrutar de esa supervivencia. El cuerpo del hombre está pensado para conquistar un espacio en el que el cuerpo de la mujer pueda resplandecer en toda su magnitud. Sin esa conquista espacial de los hombres, el cuerpo de las mujeres no sería como es. Sin el cuerpo de las mujeres como motivación, la lucha por ese espacio de encuentro perdería todo el sentido. Hace falta mucho esfuerzo y mucho tiempo para que los cuerpos de los hombres y los cuerpos de las mujeres aprendan a acoplarse. Es como contar una historia. Meter unas cosas dentro de otras con destreza y aplicación. Así lo veo yo.

Todo este preludio viene a cuento porque esta tarde, hace solo unas horas, le he leído partes de este texto a Carlos en su estudio y me ha enseñado las primeras muestras de su trabajo para la urbanización, entre las que había, para mi sorpresa, bastantes desnudos. El texto es la versión abreviada y actualizada de una composición que escribí como tarea del colegio hace casi cinco años. Gustó tanto a la maestra Antolina que me obligó a leerla ante toda la clase. Me dio mucha vergüenza, pero lo hice sin pestañear, orgullosa de lo que había escrito. Al terminar la lectura, la profesora me felicitó por mi sensibilidad y capacidad expresiva, aunque muchas de mis compañeras de clase no entendieron muy bien de qué hablaba, y otras se rieron de mí y de mis obsesiones, o se molestaron por los términos con los que hablaba de cosas tan íntimas y pensaron lo peor de mi persona. La maestra Antolina supo dominar la situación y atajó las críticas de un plumazo. A Carlos el texto le ha parecido ingenuo pero simpático. Le ha divertido, sobre todo, verme leer la composición con una seriedad académica que, según me ha dicho, no correspondía al tema abordado.

Ha sido en ese momento, al ver mi turbación repentina, cuando me ha preguntado si quería ver las fotografías de su trabajo en curso. Está a punto de concluir los dos primeros retratos y ya ha hecho cambios profundos en el proyecto. Carlos conoce mi curiosidad por este, lo que no esperaba es que la curiosidad se convirtiera en morbo después de lo que me pensaba contar y

mostrar. Carlos ha convencido a los ocho capitostes implicados en el proyecto de que un retrato vestido solo cobra todo su valor y su sentido si posee una versión alternativa, es decir, un retrato al desnudo de la misma persona. Al natural, sin connotaciones sexuales de ninguna clase, añadió para vencer todo escrúpulo moral por parte de los modelos potenciales. Y lo ha conseguido. Hay que reconocerlo. Es un fenómeno. Carlos tiene un don magnético para lograr todo lo que se propone. Es un seductor que siempre consigue realizar sus deseos con la ayuda voluntaria de los demás. Tomo nota. El dice que es herencia genética de su padre, un conquistador en toda regla, de la vieja estirpe de los conquistadores atávicos, no de su madre, tan apocada, y lo considera una suerte de maldición inscrita en su cerebro y en su sangre. Cosas así.

Se había acordado que el orden de realización del proyecto fuera ascendente: comenzaría por los vocales en orden alfabético y culminaría con Pedro, el presidente. De modo que ha pintado ya a Antonio y a David, los dos primeros prohombres de la serie, vestidos y desnudos, posando en vertical y en horizontal en cada versión, y en uno de los casos, el de David, la mujer, que se llama Tania, ha querido también participar en el juego y ha obtenido, a cambio de un suplemento monetario, sus dos cuadros paralelos, vestida y desnuda, de pie y tumbada en el mismo sofá del salón donde había posado desnudo su marido el día anterior. Con ironía, Carlos me dice que el matrimonio le ha pagado en dinero caliente y en especie, la moneda más barata de la especie humana. Sexo con ambos, por separado y los tres juntos en la cama. Parece que a David le encanta ver a su mujer Tania en brazos de otros hombres, a ser posible más jóvenes y guapos, como Carlos, y Tania disfruta mucho viendo a su respetable marido practicando el arte de la esgrima con otro tío en la cama. Me lo cuenta sin alterarse lo más mínimo y me lo creo todo porque estoy viendo las fotos, las tengo delante de los ojos y no doy crédito, las instantáneas tomadas en la última refriega con los dos amantes, una por una, como si fueran una baraja de actos obscenos y posturas indecentes. Los conozco poco, como a los dos hijos que

tienen, Guillermo y Silvia, pero lo que sabía de ellos con antelación me permite comprender lo que veo reflejado en las fotos, y a su manera artística también lo expresan los retratos duplicados que Carlos, pintor de la deshonra de todos, ha hecho de cada uno de ellos.

## 71

A Carlos se le ve entusiasmado ahora con el éxito inesperado de una empresa en la que no veía más que un encargo vulgar. Le parece una gran oportunidad que se le ofrece y siente que debe aprovecharla sin titubear. Además, Carlos se está divirtiendo mucho con lo que está pasando con el dichoso encargo. Con Antonio también ha tenido intimidad sexual, aunque como es más tímido y retraído solo ha sido una vez y nada memorable, dice. El proyecto promete. Es lo que quería. No solo dinero, sino disfrutar sin límites. Y cree haber descubierto que los de la junta directiva de la urbanización tenían en mente, aunque fuera de forma inconsciente o indefinida, una idea de este tipo cuando pensaron en él para ejecutar el encargo. En Carlos, precisamente, y no en otro artista reconocido. Había muchos candidatos con talento similar encima de la mesa, dice con humor, pero solo uno con el que te meterías en la cama, seas hombre o mujer.

—No sé si lo sabes, pero el placer es ahora lo más importante —dice Carlos con cierta solemnidad y grandilocuencia—. Es la palabra de moda en el mundo. El placer, el goce, las sensaciones gratificantes, la sensualidad, la fruición, el disfrute.

La enumeración me aburre con su pedantería gratuita. La encuentro grosera y cursi a la vez, impropia de una inteligencia cultivada como la de Carlos. La vulgaridad siempre gana la batalla, me digo, es imposible evitarlo. Regina, tentada por la pornografía americana de las cintas de vídeo que alquila y consume en serie,

según me cuenta, olvidándose de la belleza plástica de las imágenes cinematográficas a cambio de una gratificación rápida y superficial, y ahora Carlos, el seductor seducido por los encantos y el atractivo del mundo y el gusto burgués y sus perversos juegos de sociedad para transgredir las normas convencionales. No quiero parecer una moralista, no lo soy. Hablo de otra cosa.

Carlos insiste:

—No te das cuenta porque eres muy joven aún, quizá inexperta. Todo se desliza progresivamente hacia el placer. No hay otro argumento en la vida en este momento. Corren nuevos tiempos, sopla un nuevo espíritu. La gente inteligente tiene el sentimiento de que les han robado muchas cosas y han perdido mucho tiempo, y quieren recuperarlo a cualquier precio. Volver a ser jóvenes como tú, pero con la mentalidad y la experiencia de los que han vivido mucho.

—El vicio, querrás decir. El vicio de los viejos. —Le respondo sin pensar.

Y Carlos se me queda mirando con cierta estupefacción antes de denunciar con tono de disgusto el puritanismo incomprensible de mi actitud.

—¿Te atreves a censurarnos? Esta gente le ha dado mucho al mundo y ha recibido muy poco a cambio. No hay nada de malo en ello. Quieren disfrutar de sus cuerpos y del hecho de estar vivos, ¿te extraña después de lo que han pasado desde la infancia? ¿Te haces una idea de lo que ha sido vivir la juventud en la época que les tocó a ellos? Nosotros hemos tenido mucha suerte. Yo soy mayor que tú, pero hemos conocido un mundo ligeramente mejor. Me apena ver que no te convenzo. Es un problema de la edad. Eres demasiado joven para comprender lo que está pasando. Las necesidades adultas, ya me entiendes. En la vida ya hay bastante sufrimiento, ¿no te parece?

Cuando ve mi cara de enfado, me besa en la boca sin pedirme permiso y me pide perdón a desgana.

—Eres tan joven. Madura, crece. No pierdas más el tiempo. —Me dice acariciándome la cabeza con condescendencia, como solía hacer

cada vez que me notaba nerviosa en su presencia.

—No sabes nada de mí, no pretendas ser mi padre, no me decepciones, por favor, eso no —le replico en voz baja mientras me pongo de pie con la intención de marcharme cuanto antes de su estudio.

Me cansa la conversación, demasiadas cosas supuestas, y la tarde se ha espesado en exceso con tantos descubrimientos desagradables y exhibiciones innecesarias.

—Quiero que sepas que no me gusta lo que estás haciendo. No es bueno para ti. No me gusta verte mezclado con esa gente. Son nuestros enemigos.

Me pongo enfática y se ríe con suficiencia.

—Tu ingenuidad es encantadora.

—Carlos, prométeme que tendrás cuidado, que no harás tonterías. Esta gente es peligrosa, parece inofensiva pero no lo es, créeme. Los conozco mucho mejor que tú.

Por el gesto que hace, lo recuerdo como si lo tuviera enfrente en este instante, sé que mis advertencias le dan igual. No me toma en serio hasta ese punto. A Carlos siempre le ha gustado jugar fuerte y ha encontrado en la urbanización El Atabal, por lo que deduzco, un campo ideal para expandirse y dejarse llevar todo lo lejos que le permitan sus socios. Carlos tiene un solo problema. No teme a nada ni a nadie y se ufana de ello. Pero la ingenuidad corre de mi cuenta. Así de injusta es la vida.

Al despedirnos, ha vuelto a besarme en la boca sin avisar y me ha pedido que le permita pintar mi cuerpo desnudo.

—Todo gran artista tiene que ponerse a prueba alguna vez con temas difíciles.

No me hace gracia su comentario irónico. Le digo que me encantaría que lo hiciera, disimulando mi rechazo a su proposición, pero solo cuando haya acabado con la pandilla de viciosos con la que se codea ahora.

—Perfecto, si te hace sentir más tranquila, en cuanto acabe el encargo nos ponemos a ello. Nada erótico, no te inquietes. Todo

muy natural, ya verás.

Me sorprende la impertinencia de Carlos y se lo comunico enseguida para evitar que piense que me hace ilusión enrollarme con él. Como se considera irresistible, no me cree. Cosa extraña.

Él se lo pierde, me digo al dar otra vuelta en la cama esa misma noche sin poder dormirme, pensando en todo lo que hemos hablado.

## 72

El proyecto de Carlos avanza con sorpresas y alegrías inesperadas. Después de su última experiencia con los vocales Sergio y Gabriel, ha tomado la decisión de titular cada una de las series con un nombre distinto. La serie de retratos vestidos la llama *Dios* y la serie de hombres desnudos la llama *El Diablo*. De ese modo, me explica, si llegan alguna vez a exponerse juntas podrán llamarse *Dios y El Diablo*, queriendo dar a entender que estos dos entes sobrenaturales son más cómplices de lo que parece, como pensaban los teólogos gnósticos. Estos dos modelos, Sergio y Gabriel, en el orden estricto en que los ha pintado, le parecen representativos de un tipo de hombre que Carlos dice conocer muy bien.

—Dos tíos casados hartos de sus mujeres y locos por descubrir el sexo con otro tío. Así de simple, querida.

Con Sergio ha vivido un romance apasionado y tierno. No se lo imaginaba después de la primera entrevista, cuando planificaron el trabajo. Sergio se las arregló para convencer a su mujer de que el pintor quería trabajar tranquilo y la envió, junto con su hija única, a casa de su madre una semana.

—El tío no quería interferencias ingratas, como comprenderás, y tampoco se cortaba mucho. Desde el principio, dejó las cosas muy claras entre nosotros. Ya estaba desnudo cuando me abrió la puerta para que me instalara en su salón a pintarle el segundo retrato en

primer lugar y no se vistió hasta las últimas sesiones, lolo para posar en el retrato vestido. Este lo hizo a disgusto, le parecía falso después de vivir conmigo en plan edénico durante cinco días.

No me lo imaginaba así, le digo. Yo no conocía mucho a Sergio, pero las veces que lo había visto me había parecido un marido y un padre convencional, casado con una mujer convencional, Leonor, y con una hija convencional, la pequeña Leo. Después del primer polvo, palabra de Carlos, Sergio le pidió que se quedara a pasar la noche, vivían en una casa grande en calle Menado, con habitaciones de sobra, y Carlos aceptó. Al poco de haberse acostado, Sergio irrumpió en su habitación y le pidió si podía meterse en la cama con él y pasar la noche juntos. En cuanto Carlos le dijo que sí, que se sintiera como en su casa, lo que era verdad, se introdujo bajo las sábanas y se abrazó a él como a un enamorado sin apenas dejarlo descansar en toda la noche. Cuando amaneció estaba más nervioso que un niño y despertó a Carlos para que desayunaran juntos antes de ponerse a trabajar. Sergio se encargó de preparar las tostadas con mantequilla y mermelada, el café y el zumo de naranja. Alimento para el amor, como diría Shakespeare. Carlos, como era un poco diabólico, se divertía arrastrando a este hombre perfectamente normal a cometer toda clase de locuras por su causa.

—Era como un niño conmigo, y le encantaba decir en voz alta la palabra *picha*. Se pasaba todo el día diciéndola, con cualquier excusa. Dame tu picha, te voy a comer la picha, chúpame la picha, méteme la picha, toma picha. En fin, para qué seguir…

Pero también aprendió algo que no imaginaba. En un descanso, tras la sesión de posado de la última fase del desnudo, en plena intimidad, le confesó a Carlos que lo que sentía por él lo había sentido antes por otros y antes por sí mismo. Un día se dio cuenta de pronto, cuando se desnudó para follar con su mujer, como había hecho tantas otras veces, en su dormitorio matrimonial, de que estaba desnudo y su cuerpo desnudo le hablaba de un modo que no era el habitual. No fue que se viera desnudo, le dijo, sino que su desnudez lo incitaba a desear de un modo distinto. La conciencia de

su desnudez, en el fondo, le descubrió la atracción por el cuerpo del hombre que era, y luego por los cuerpos de otros hombres, con independencia de que fueran sexualmente atractivos. Y perdió la erección. Elaboró una excusa banal para su mujer, que se mostraba descontenta, como es obvio, y se acostó para dormir. No pudo pegar ojo en toda la noche dándole vueltas al turbio asunto y terminó marchándose al sofá del salón a lidiar con sus fantasmas. A la mañana siguiente lo había olvidado y, como era sábado o domingo, su mujer estaba aún desperezándose en la cama, quizá aguardándolo para completar lo que había quedado interrumpido. Subió las escaleras para ir al dormitorio, vio a su mujer reclinada contra el almohadón, ya despierta y leyendo, con los pechos desnudos, y sintió una excitación que le hizo creer que la deseaba. Al desprenderse de la ropa, volver a verse desnudo le recordó la epifanía de la noche anterior, y deseó de nuevo su cuerpo desnudo y, a través de él, los cuerpos de una multitud de hombres anónimos o imaginarios que le tumbaron de nuevo la erección, así Carlos.

—Terminé por cansarme de las atenciones de este hombre tan cariñoso y obsesivo. No me dejaba solo ni un minuto y estaba convencido de que entre nosotros estaba naciendo una relación sentimental. He de decirte que acabé el segundo retrato a toda prisa para poder marcharme, y que me montó una escenita de celos en la despedida, con gritos e insultos incluidos, que no me hizo ninguna gracia.

Se me ocurre preguntarle un detalle técnico a Carlos, y esto abre una conversación interesante entre nosotros.

—¿Y queda algún rastro de todo lo que has vivido con Sergio en alguno de los dos retratos?

—Míralos tú misma, estas son las fotos.

—No veo nada anormal.

—No es posible verlo a simple vista. He jugado con el truco del trampantojo. Tendrías que ver los retratos en vivo y entonces, si yo te señalara algunos detalles sugerentes, quizá podrías llegar a ver los signos.

—¿Qué signos son esos?

—Los que me permiten unir unos cuadros con otros. No creas que esto, para mí, va solo de pintar series independientes de cuadros. En los que llevo pintados, solo seis hasta ahora, he creado lazos entre los retratos vestidos y los retratos desnudos, de modo que quien vea la primera serie intuya la naturaleza de la segunda e interprete todo su contenido, como en un espejo invertido.

—Pues sigo sin ver nada más que la imagen de un tío vestido y la imagen de un tío calvo con mirada de borrego, barriga gorda y un pene pequeño.

—No te fíes de las apariencias. Sergio es un abogado penalista muy reputado. Los jueces y los fiscales lo temen por su verbo acerado y su conocimiento erudito de las leyes y los códigos. Esto lo fui aprendiendo durante los días que pasamos juntos en total intimidad. Después de cenar, me contaba en detalle algunos de sus Juicios como si fueran partidos de fútbol en los que él actuara como entrenador de uno de los equipos y conociera la estrategia para ganar. Y luego, sin embargo, antes de dormir, se me entregaba como un amante sumiso y receptivo. Creo que conmigo descubrió formas de placer que no sospechaba que existieran. Los hombres que se acuestan con otros hombres para sentirse mujeres tienen mucho encanto y siempre logran enternecerme…

## 73

—Este ya me cansa. Basta. ¿Y el otro?

—El otro es más interesante como individuo. Gabriel es un libertino de raza y no se anda por las ramas del árbol del Paraíso: cuando quiere algo lo obtiene de inmediato. Transmite una sensación de poder que me costó trabajo reproducir en su retrato.

—No entiendo qué quieres decir.

—Mira su foto, ¿no ves nada especial?

—La mirada, sí. Le brilla la mirada.

—Hipnóticos ojos azules. Como un foco de luz en la oscuridad del alma, dijo el poeta.

—¿Qué poeta?

—No preguntes tanto.

—Cuéntame entonces.

—Con Gabriel fue todo radicalmente distinto que con los anteriores. Este sabía lo que quería y por qué. Lo pasamos bien, y eso que no me quedé a dormir con ellos como pretendían desde la primera sesión.

—¿Ellos?

Gabriel también está casado, eso lo sabía, con Olivia, una mujer bastante mayor que él, y no tienen hijos. Siempre se han rumoreado cosas raras sobre ambos en El Atabal, pero ahora Carlos me aporta la información necesaria para que complete el retrato del personaje. Miro las fotos y solo veo a un hombre cuarentón, no demasiado mal parecido, con un cuerpo atlético y un pene enhiesto de buen tamaño.

—Fíjate cómo será el tío de prepotente que el retrato desnudo no aceptó que se lo hiciera con el pene flácido, como a sus colegas.

Según Carlos, Gabriel es un verdadero vicioso y le gusta hacer de todo. Pero de todo, recalca. Y la mujer también era muy aficionada a las cosas eróticas de su marido, a verlas y a participar en ellas llegado el caso. Olivia se pasó todas las sesiones haciéndoles fotografías y revelándolas sobre la marcha, en el cuarto oscuro que tenía instalado en el sótano de la casa de calle Ternate como un gabinete secreto de alquimista de la luz y las imágenes del sexo.

—Uno de los momentos más divertidos fue cuando Gabriel se empeñó en hacerme una felación mientras pintaba los detalles decorativos del lujoso salón. Tardé mucho tiempo en correrme por culpa de la insistencia de Olivia en asediarnos con su cámara fotográfica desde todos los ángulos. Le parecía todo tan original y excitante entre nosotros que no quería que se desperdiciara ni un solo gesto ni postura.

Al parecer, Gabriel había tenido un amorío muy intenso y breve, apenas duró un mes, con un estudiante inglés más joven que estaba de visita en casa de unos parientes cuando cursaba el doctorado de Arquitectura en la universidad de una pequeña ciudad alemana. El chico se marchó y Gabriel se quedó con ganas de más. Luego conoció a Olivia, que era muy masculina, de cuerpo y de alma, según cuenta Gabriel, se atrajeron sin amor y se casaron enseguida por conveniencia mutua, entendiendo que una vida en común necesita compartir mucho más que sentimientos y deseos, pero Gabriel siempre quiso repetir la experiencia con un hombre joven, sin atreverse nunca a dar el paso hasta ahora.

—Lo más sorprendente de ese episodio, lo que más me afectó al terminar de hacerme la mamada, fue que Gabriel escupió mi semen en una taza de café que había en el salón y me pidió que lo utilizara para dar el último toque a su retrato vestido. El barniz que le falta para ser auténtico, añadió.

—Qué tío más puerco. ¿Y lo hiciste?

—¿Tú qué crees? Literal y figuradamente.

—No entiendo qué quieres decir.

—Ya lo verás cuando se descubra el cuadro el día de la gran inauguración prevista en la sala de juntas de la comunidad. Me río solo con pensar en ello, cuando todo se destape. A ver cómo se lo toman…

—¿No es un riesgo?

—Lo tengo todo controlado, no te inquietes por mí. Por otra parte, imagino ahora a esta parejita disfrutando de veladas perversas en las que las fotos del álbum prohibido, donde mi cuerpo desnudo aparece acoplado al cuerpo maduro de Gabriel y acompañado a veces también por Olivia, son el estimulante principal en su vida matrimonial y quién sabe si algo más.

—¿Algo más? Pues sí que te lo estás pasando bien.

—Bueno, en realidad, quiero llevar las cosas al límite, ya me conoces. Es el sentido de mi vida. Si tengo que pagar un precio alguna vez por todo esto, lo asumiré sin problemas. ¿Tú no te

diviertes?

—Yo me aburro más de la cuenta, si te soy sincera. No le veo sentido a nada.

—¿Te aburren mis historias?

—No, qué va, me aburre la vida. Es todo tan previsible y tan triste. Tan grosero también. La gente sobrevalora la vida. Por más penas y sufrimientos, dolores y males que padezcan, veneran la vida como si fuera sagrada. Y no lo es.

Miro las fotos por distraerme de mis depresivas palabras, las instantáneas que Carlos hizo con la Polaroid mientras Gabriel posaba para él como un amante satisfecho y en las que de vez en cuando se ve a Olivia deslizándose en la escena escasamente vestida y enarbolando la cámara fotográfica como un arma simbólica para someterlos a ambos a sus deseos inconfesables.

—¿También aquí has puesto señales raras?

—Sí, mira este pequeño cuadro de aquí, me lo he inventado yo, no estaba en el salón de la casa cuando lo pinté. En la reproducción no podrás ver lo que representa, es un problema de tamaño. Cuando veas el cuadro expuesto el día de la presentación, lo comprenderás enseguida. Es una alusión biográfica evidente. Gabriel me dijo que la política era su segunda vocación. Los socialistas le están tirando los tejos desde hace tiempo. No tardará mucho en entrar en política y ocupar algún cargo de responsabilidad. También me dijo que le apetecía abandonar su profesión de arquitecto antes de llegar a los cincuenta, y ya le queda poco.

Pienso entonces que si todo lo que está viviendo Carlos con estos hombres en sus casas de la urbanización está recogido en los cuadros, mediante signos sutiles, como dice él, señales herméticas que solo el pintor o un observador informado podrían descifrar y que establecen alguna forma de conexión o de continuidad entre la doble serie de cuadros, será necesario inspeccionarlos todos para comprender qué vida latente y qué secretos privados encubre cada uno de estos retratos en apariencia banales.

—Cada vez falta menos para concluir el proyecto. El padre de tu

amigo León se ha dado de baja. Ahora tendré que pintar solo catorce cuadros en lugar de los inicialmente previstos.

—Vaya, no lo sabía. ¿Por qué será?

—Ni idea. Solo sé que anunció que no quería participar, que se lo había pensado mejor y le parecía un grave error. Una *infamia*, llegó a decir durante la agria discusión que tuvo con sus socios en la sede de la comunidad, según me contó Sergio y me confirmó Gabriel, tratando de avergonzarlos. Los amenazó con hacer público lo que estaba pasando, y entre todos, con el presidente como voz de autoridad del grupo, lo acallaron y lo obligaron a dimitir de su cargo de inmediato. O eso cuentan…

—Conociéndolo, no me extraña nada su reacción. Esa familia no tiene remedio.

—Me han dicho que me van a pagar igual, por las molestias, pero tienen prisa, no entiendo por qué, y me están presionando para que no me demore mucho en terminar.

## 74

Carlos insiste en pintarme desnuda y ya no me resisto como antes. He conseguido al fin despertar su curiosidad, o su morbo, como se dice ahora. He logrado atraer su atención, en definitiva. Me encuentra una modelo interesante y me dice que quiere pintar mi cuerpo desnudo, como hacían los artistas de otras épocas, para dejar constancia de su existencia y de su originalidad. Eso me dice sin rubor cada vez que voy a verlo a su estudio, y se cree que con eso ya me tiene atrapada. Está malacostumbrado: como todo el mundo cae rendido en sus redes, se cree que yo también soy como los demás. No puede estar más equivocado.

Me dice que quiere pintarme como un artista de otro tiempo, un maestro antiguo, y cita a Velázquez, a Tiziano y a Rubens para incitarme, sabiendo lo que me gusta la pintura clásica desde que la

descubrí estudiando Historia del Arte en COU, este curso pasado, pero yo sé que lo que quiere hacer conmigo y con mi cuerpo se parece más a lo que haría un forense experto con un cadáver en una mesa de disección. Mi desnudo sería mortal, como el famoso cuadro de Rembrandt que tanto me interesaba cuando lo descubrí en el manual de la asignatura: *Lección de anatomía*. Eso es lo que Carlos desea hacer con mi cuerpo, por eso no se conforma con fotografiarme, pese a mi fotogenia indudable. Tenerme a su merced durante seis horas intensivas, es el tiempo que ha calculado que puede durar la sesión como máximo, y mientras tanto revolver mi cuerpo por dentro y por fuera, examinarme a fondo y averiguar al fin qué o quién soy en realidad.

Como cebo para que me sienta interesada en el experimento, me ha prometido contarme todo el cotilleo escabroso sobre sus relaciones con Enrique y con Serafín, sus últimos retratos vestidos y desnudos, dos pajarracos de cuidado. Así los ha llamado, sabiendo como sabe que es una expresión que me gusta mucho. Pajaritos y pajarracos, las dos especies de pájaros que se reparten el mundo, dentro y fuera de las lindes de la urbanización. También me dice que quiere descansar de pintar hombres, vestidos o desnudos, que le cansa un poco la monotonía masculina en el lienzo y entre las sábanas. La monomanía, me dice con picardía, sabiendo que nunca se lo reprocharé.

—Contigo será diferente. No te preocupa tanto como a ellos la metáfora del pene y el pincel.

Y lo dice para halagarme. Y lo consigue, no voy a negarlo. Yo también tengo mis flaquezas. Como no tengo nada que ocultar ni me da miedo la verdad, como ya dije, hemos quedado para vernos mañana a las cuatro en su estudio.

## 75

La ausencia genera, el vacío produce, la carencia crea.

## 76

Me he desnudado para Carlos. Él quería que lo hiciera y yo no quería negarme por más tiempo a algo que, en cierto modo, consideraba inevitable. He posado para él con el cuerpo desnudo durante cuatro horas que se me han hecho cortas, quizá porque me había hablado de que podrían ser más y yo me había hecho una falsa idea de la duración de la sesión. Carlos ha tenido tiempo de sobra para observar la conformación de mi cuerpo por arriba y por abajo, y su sentencia ha sido complaciente, como corresponde:

—Eres hombre y mujer al mismo tiempo. Qué maravilla. La exuberancia personificada. Lo tienes todo y puedes ser lo que quieras. No hay nada de lo que debas avergonzarte.

Le he hecho entrega de lo que soy, sin guardarme ni esconder nada, y Carlos ha sabido estar a la altura de la generosidad de mi gesto.

—Eres una sirena.

—Yo no quiero ser una sirena. Quiero ser una mujer.

—Y lo serás. Ya lo eres.

—¿Tú me deseas? Dime la verdad.

—Yo te admiro.

—Eso no es bastante.

Como un pintor clásico, al estilo de Tiziano, Carlos me dice que ha pensado poner mi desnudo destacado en mitad de un paisaje lujurioso que compendie los elementos más atractivos de la urbanización: las colinas más altas, los árboles más vistosos, el arroyo caudaloso y su vegetación de adelfas y cañaverales, las casas más originales y pintorescas, ocupando un lugar central en el

conjunto el jardín y la casa de mis padres, Villa Torre-Palmera, con la torre y la palmera como emblemas de mi nueva identidad. Por lo que me explica, primero estoy yo, mi retrato desnudo sobre fondo blanco, y después el arduo trabajo de selección de los adornos que añadirá al cuadro para arropar mi figura voluptuosa.

—Así parecerás la nueva Eva de nuestro Paraíso. En algunos escritos gnósticos que se están empezando a difundir sin título desde hace unos pocos años se dice que Eva, la mujer que encarna la vida, es curioso, era un ser andrógino.

—Yo no lo soy, no fantasees.

—La pintura muestra la verdad de las apariencias.

—¿Quién será entonces el nuevo Adán? ¿Tú, acaso?

—Ni hablar. El papel de hombre ciego no me corresponde en absoluto. Yo soy la serpiente en el jardín. El Diablo, si lo prefieres.

—¿Por qué no Dios? Ya puestos.

—Demasiada responsabilidad para un solo hombre. No olvides que lo único que puede disculpar a Dios es que no existe.

—No estoy de acuerdo, yo acumulo pruebas y testimonios de que es tan real como tú y como yo, pero no sería inteligente discutir contigo sobre este punto en estas condiciones, no me siento cómoda.

—El vulnerable soy yo ahora, no tú. Estar desnuda ante mis ojos, aunque no lo creas, te da mucho poder sobre mí. Te hace ocupar una posición de dominio, por más que no la sientas.

—Mentiroso. De todas formas, yo no veo la urbanización como un Paraíso ni un Edén ni nada parecido.

—Yo tampoco, en realidad. Era solo un símbolo. ¿Cómo la ves entonces?

—Me gusta más el mito de Sodoma y Gomorra, las ciudades de la llanura. Me parece más justo, con todo lo que voy sabiendo sobre las costumbres de sus habitantes. Más apegado a la realidad.

Carlos se rio sin poder controlarse y tuvo que interrumpir la tarea de pintar ese retrato en el que había dejado de creer a medida que lo veía nacer en el lienzo. La de Carlos era una risa desagradable,

desprovista de alegría y de significado. No la entendí, no me divirtió. Mi posición era demasiado vulnerable, aunque Carlos pensara lo contrario.

—Eres extraordinaria en todos los aspectos. Te lo digo con el corazón, no te sientas molesta.

—¿Y por qué no me deseas entonces?

—El deseo no es racional, lo sabes muy bien.

—Yo no soy un deseo racional. Ni una estatua de sal.

## 77

Mientras Carlos traslada al cuadro con exactitud técnica las impresiones sensoriales que le provoca el alma de mi anatomía, como la llama, me va contando el jugoso anecdotario de sus relaciones con Enrique y Serafín, tan distintos como una gota de tinta y una gota de sangre, me dice Carlos sin aclarar quién es quién.

Resumo el relato de Carlos sobre sus experiencias con Enrique.

Como yo imaginaba, Enrique, el amigo de mi madre, está cansado de su mujer, Mercedes, que padece serios problemas cardíacos y le impuso unas relaciones muy poco estimulantes desde el principio de su matrimonio, aunque sigue muy enamorado de ella y no acepta el adulterio con otras mujeres como solución a su problema. Le aburre tener que satisfacer sus demandas y nunca le ha interesado mucho su cuerpo, demasiado abierto, a juicio de Enrique. Desde hace años le atrae tener intimidad con otros hombres, pero sin sexo. Una intimidad fundada en los masajes mutuos y las caricias ocasionales. Cada vez que ha tenido una relación de ese tipo, se ha basado solo en eso, en darse masajes el uno al otro sin eyacular. Con Carlos ha sido también así mientras lo retrataba, la única relación que ha aceptado tener con él ha sido la de darle un buen masaje cada vez que le apetecía, y lo hace muy

bien, ha adquirido, al parecer, unas técnicas sensuales a más no poder y lo hace como un experto oriental. Estaba menos interesado, sin embargo, en recibirlos de Carlos, prefiriendo la destreza de los verdaderos profesionales. Carlos reconoce no ser muy ducho en masajes, por lo que ha recibido más que dado en los escasos cuatro días en que Enrique y él han tenido intercambio. Enrique leyó hace tiempo un libro sobre erotismo taoísta y descubrió las ventajas morales de no eyacular, de preservar al máximo posible la cerrazón del cuerpo y todos sus orificios. Y se ha vuelto, desde entonces, un defensor a ultranza de la retención seminal. Guardándose el semen dentro de los dominios de su cuerpo, dice Carlos, practicando el egoísmo de los fluidos, el tío mantiene un estado de forma espiritual inmejorable. Y el cuerpo lo cultiva también a conciencia con actividades deportivas como el tenis, la natación y el atletismo, con lo que se conserva más joven de lo que cabría esperar a sus cuarenta y cinco años.

La experiencia más placentera con Enrique, no obstante, no han sido los masajes que le ha dado a Carlos a domicilio, en la sauna que tiene instalada en su gran casa de calle Medan, junto a la pista de tenis y la piscina, sino cuando lo llevó a su salón de masajes favorito en una urbanización privada de Marbella. Un palacio digno de *Las mil y una noches*, según cuenta Carlos, donde hermosos muchachos magrebíes dan masajes prodigiosos a cualquier hora del día y de la noche a la élite de la zona costera y a los numerosos turistas extranjeros que acuden atraídos por su prestigio. Muchos empresarios y hombres de negocios, clientes de Enrique, que es asesor fiscal y conoce al dedillo los entresijos de las finanzas y la economía de estos, acuden con frecuencia a recibir las gratificaciones manuales de estos expertos en la piel profunda y la musculatura del cuerpo masculino. Fue alguno de estos clientes internacionales quien descubrió a Enrique hace años los placeres y delicias del lugar. Carlos se quedó asombrado con el servicio, acomodado a los gustos y preferencias de cada visitante, y eso que solo probó el menú degustación, como dice con ironía, que es lo que

se recibe la primera vez como anticipo de placeres futuros. Como cliente asiduo, Enrique le recomendó algunos platos especiales que probará con ganas en su próxima visita.

—Esto del masaje tiene su punto, pero es un poco solitario. —Me dice Carlos con sonrisa viciosa—, y llega un momento en que te gustaría un intercambio más provechoso con el masajista y no siempre es posible. En Birmania y en Tailandia, donde estuve el año pasado un par de semanas de vacaciones, las masajistas son portentosas y se prestan a cualquier propuesta que les hagas siempre y cuando las trates bien. Y los masajistas muy jóvenes también…

## 78

Serafín, por su parte, no hace honor a su nombre. No hay nada en él ni de angelical ni de contemplativo. Es un tío directo, dice Carlos. Aquí te pillo, aquí te mato, bien podría ser su lema de batalla en todos los terrenos, también en el sexo. Como no lo conozco, no me queda más remedio que asentir a todo lo que dice Carlos sin rechistar. Tiene una casa espléndida en calle Curazao, con vistas a la carretera y al monte de la Torre, donde reside con su familia todo el año, y una gran empresa de instalación de piscinas que funciona muy bien. Su última obra importante fue el delfinario de Torremolinos. Las piscinas de la mansión de los Rothschild y la piscina particular de la casa de Sean Connery son sus tarjetas de presentación como instalador en Marbella. Es un tío que gana dinero a espuertas, no lo derrocha, y que piensa sobre todo en cómo ganar más. El sexo le interesa de vez en cuando, para relajarse y descansar. Está casado con una mujer, Isabel, que le sirve para multiplicar su simiente, como dice Carlos, y tener muchos hijos: de momento solo tres, dos niños y una niña. Es mujeriego, posee varias amantes de diferentes edades repartidas por distintos enclaves de la

Costa del Sol, y yo he sido, dice Carlos con triunfalismo impropio, su primer amante masculino. Me picaba la curiosidad, me confesó un día sin mucho entusiasmo. Han sido tres polvos contados, tomando Serafín siempre la iniciativa y penetrando siempre él, por una cuestión de comodidad y hábito, le explicó la primera vez. Para qué cambiar. A Carlos la segunda vez se rebajó a masturbarlo, con bastantes prevenciones, cuando vio que había terminado demasiado pronto y no lo había satisfecho lo bastante, dejándolo con la miel en los labios. Nunca ha permitido que Carlos lo penetre. Al revés que los vocales Sergio y Gabriel, que fueron muy receptivos a sus iniciativas, el secretario de la comunidad se ha mostrado reacio a esa posibilidad. La tercera vez que lo hicimos fue curiosa, me cuenta Carlos dando las últimas pinceladas a mi desnudo integral.

—El tío se empalmó solo mientras posaba para mí en el salón de su casa, admirando quizá su forma física puesta al desnudo, no sé, y me pidió, sin tiempo que perder, que pusiera el culo para satisfacerlo. Hazte una idea del personaje.

—Repugnante. —Le contesto, sabiendo que comparte el juicio—. ¿Y lo hiciste?

—¿Tú que crees?

—No puedo adivinarlo, dímelo tú…

Fue un acto de poder, así lo entiende Carlos, sin querer disimular su significado humillante, y se esmeró, como venganza, en colocar diversas alusiones maliciosas a su vida privada de donjuán de la costa, como en un espejo, en el retrato que hizo de él vestido de gala para que las descubriera su mujer si se fijaba lo bastante en algunos detalles equívocos del escenario y no se perdía en las trazas confusas del trampantojo.

—Tu cara es la parte más difícil de pintar de tu cuerpo. No para de cambiar. Sus movimientos son pura cinematografía.

—Que tú digas eso…

Veo que Carlos empieza a aburrirse de pintarme cuando deja por un momento el pincel atravesado sobre la lata de agua en que lo humedece con frecuencia y se acerca a mí, que estoy tumbada

sobre el costado derecho, sin avisarme de lo que piensa hacer a continuación.

—La sensualidad es mucho más importante que la sexualidad, y te lo voy a demostrar.

Con los dedos índice y corazón de la mano con la que pinta, la derecha, recorre el pálido flanco izquierdo de mi cuerpo, desde la axila velluda hasta el tobillo, donde llevo la pulsera de plata con mi nombre que me regaló Regina en mi último cumpleaños, y me pongo a temblar de pronto y me estremezco de pies a cabeza como si tuviera un orgasmo sin tenerlo realmente.

—La sensualidad de los hombres y la sensualidad de las mujeres. Cada sexo tiene una sensualidad propia y puede tratar de realizarla con el otro sexo, acomodándose a sus deseos y preferencias, con el propio, llevando al límite sus tendencias, o con los dos, como es mi caso.

—¿Eso te convierte en un perverso?

—La perversión, querida, nace de tener que adaptar los deseos de uno a las normas y convenciones sociales. Es imposible *técnicamente* que yo sea un perverso.

En una semana, me dice al despedirse, cuando tenga tiempo de completar a la perfección el fondo vacío del cuadro con todos los elementos decorativos que me ha enumerado antes, mi retrato estará listo para que me lo lleve a casa y pueda enseñárselo a todo el mundo con orgullo. No era cierto, pero tardaría mucho en descubrir la cantidad de mentiras que rodeaban la actitud pública de Carlos. Aunque él me diría, con su estilo sofista, que llamarlas *mentiras* era totalmente inexacto. A veces pienso que Carlos no comprende bien las reglas del juego del mundo en que vivimos. Temo que algún día esta locura se vuelva contra él y lo destruya.

Y así fue.

Cuando vi mi retrato acabado por primera vez, Carlos ya estaba muerto hacía meses.

# 79

Las aventuras amorosas de Carlos, mientras culmina el encargo, prosiguen un rumbo cada vez más folletinesco. No sé hasta dónde piensa llegar. Ahora se entiende con Mari Carmen, la mujer de Pedro, el presidente de la comunidad. Carlos ha terminado el doble retrato de Pedro sin que pase entre ellos nada especial, como era previsible. Es un tío muy burro, dice Carlos con su tono más popular. Solo le interesan el dinero contante y sonante y las propiedades inmobiliarias. Desde hace varias semanas, Carlos se ve con Mari Carmen en su propia casa o en una habitación de hotel aprovechando la ausencia y los viajes de su marido. Ella dice estar muy enamorada de Carlos y querría separarse de Pedro cuanto antes para irse a vivir con él, pero Carlos no quiere. Es solo una aventura más de su vida aventurera, me confirma guiñando un ojo para tranquilizarme. Carlos tiende a creer que sus confidencias sexuales me hieren porque estoy secretamente enamorada de él. Si Carlos conociera la verdad de mis sentimientos, no me contaría todos los entresijos del proyecto clandestino en el que está involucrado como un criminal. Soy injusta con él, lo sé. Pero no lo puedo evitar. Mari Carmen fue mi sueño adolescente de una primavera y un verano inolvidables.

Recuerdo aquella tarde de mayo del 77 en que, al volver a casa desde el colegio montados en su coche, un Mini Morris tan rojo como el esmalte de las uñas de los pies y las manos de Mari Carmen, la guapa conductora, con sus dos hijos, Pedrito y María José, y otros niños y niñas también vecinos de la urbanización, pasajeros apretujados en el asiento de atrás y yo, que era un poco mayor y más alta, sentada delante, junto a ella, en el asiento del copiloto, ocurrió un hecho incitante que me dio mucho que pensar esa semana y mucho tiempo después. Volvíamos del colegio, ya lo he dicho, era por la tarde, y Mari Carmen y yo íbamos hablando de tonterías, como era habitual entre nosotras, preguntando por las clases, las notas, los profesores, los niños, las niñas, las relaciones,

cuando Mari Carmen aprovechó la maniobra de cambiar la palanca a la tercera marcha para acariciarme de manera insinuante el muslo izquierdo, desnudo bajo la falda del uniforme, con las uñas pintadas y puntiagudas de su mano derecha. Y no solo no se arrepintió de su atrevimiento, sino que lo ratificó a continuación con sus palabras:

—¿Sabes que tienes unas piernas muy bonitas?

Me sorprendí y sonrojé de inmediato, y mi primera reacción, nerviosa, fue volverme para ver si los niños y las niñas que iban en el asiento de atrás, tan callados y quietos que parecían muñecos de cera, lo habían oído también. Mari Carmen sonreía con picardía, sabiendo la turbación que me había causado, acelerando las palpitaciones de mi corazón, y el efecto perturbador que esto tendría sobre mí en adelante cada vez que recordara las circunstancias. Era cierto, desde que tenía doce años todos mis profesores y mis profesoras de Educación Física, antes y después del calentamiento y de los ejercicios físicos, solían elogiar sin tapujos la morfología extraordinaria de mis largas piernas de atleta. Muslos de hombre atlético, decía para humillarme uno de los monitores, un personaje repugnante que trabajaba por las mañanas como policía nacional y siempre contaba chistes zafios y de mal gusto para intentar ganarse nuestra simpatía en vano. Mari Carmen debía de haberse fijado con anterioridad en el atractivo masculino de mis piernas y ese día decidió pasar a la acción para divertirse a mi costa, sabiendo lo tímida e impresionable que era entonces. Hasta ese caluroso día, juntas en el estrecho espacio delantero del Mini Morris, no había imaginado nunca que mis piernas pudieran interesar a una mujer adulta, y mucho menos a una mujer de cualidades estéticas superlativas como Mari Carmen.

Otro día, algunas semanas después de aquella primera tentativa de llamar mi atención con sus gestos, sin un motivo especial, me invitó a visitar su casa, situada en la zona alta de El Atabal, en una bifurcación de calle Java que terminaba en una plazoleta sin salida del mismo nombre, donde siempre había varios coches aparcados, de visitantes o de jardineros. En ese elevado promontorio, asentadas

sobre las rocas de la colina más empinada, se apostaban tres grandes casas, una de las cuales era la de Mari Carmen y su familia, preservadas de la calle y del resto de la urbanización tras un muro grueso de desprecio y seguridad.

Mari Carmen llamó de improviso a mi madre por teléfono y le pidió que me permitiera ir a su casa a bañarme en la piscina, que estarían solas su hija y ella y que tenía muchas ganas de que María José, como se llamaba la solitaria criatura, hiciera buenas migas conmigo, eso dijo. La niña solo tenía once años, pero parecía, en el cuerpo y en la mente, doblar la edad. No guardaba ningún parecido genético con la madre, una de las mujeres más atractivas que yo conocía en la urbanización y fuera de ella, a excepción de algunas actrices francesas y de las modelos nacionales que desnudaban sus encantos en las páginas de las revistas surtidas del padre de Regina, o de Lola, la mamá de León, que competía con todas ellas en belleza carnal y en desparpajo para exhibirla, como tendría ocasión de comprobar un año después. Regina, que nunca ha sido una buena fisonomista, pese a todo, me dijo un día que Mari Carmen le recordaba mucho a Bárbara Rey con pelo largo, y yo no estuve para nada de acuerdo con ella. Regina no había estado tan cerca de Mari Carmen como yo llegué a estarlo, no la había visto, como yo, en la intimidad de la piscina y de su dormitorio, y por eso establecía esas comparaciones gratuitas entre ella y las musas vulgares de su fantasía inmadura. La niña María José le había robado al cuerpo grosero del padre todo lo que ofrecía a la vista, sin pudor, enfundada en un bikini blanco que no favorecía la discreción de sus formas opulentas. Mari Carmen, en cambio, imitando a Raquel Welch como hacían entonces tantas mujeres, hermosas o no tanto, vestía un bikini resplandeciente de color zanahoria que realzaba con elegancia sus atributos más llamativos.

Estuvimos una parte de la tarde las tres tomando el sol sin hablar demasiado, bañándonos en la piscina de longitud casi olímpica, o así la recuerdo al menos, acorde con las dimensiones de la finca y el chalet, que el padre había mandado construir al mismo tiempo que

la piscina de la casa de León para no quedarse atrás en ostentación y tamaño. Desde el observatorio de la zona de la piscina, rodeada de losetas blancas de mármol reluciente y una barandilla metálica, el paisaje de la urbanización, incluida mi casa, que se veía minúscula desde esa altura, parecía una maqueta a escala diminuta, casas en miniatura para gente pequeña con vidas pequeñas sobre fondo de fieltro verde y corcho marrón, como la maqueta que se exhibía en la caseta de la comunidad en la época en que se empezaron a vender las primeras parcelas y que luego se deterioró con el uso abusivo y el paso del tiempo hasta desaparecer de la vista, arrinconada en algún trastero. Cosas así, cosas extrañas.

## 80

Tomábamos el sol con generosidad y bebíamos con adicción el jugo de tomate granizado que la anfitriona administraba sin medida. Mari Carmen estaba guapísima, reclinada en la tumbona con su bikini de moda, con los ojos cerrados que solo abría para echar mano de la jarra rebosante de zumo de tomate que tenía en la mesa contigua o untarse de crema bronceadora las partes más expuestas del cuerpo.

Yo bebía muy deprisa y me acercaba cada vez para verla en primer plano mientras Mari Carmen, la melena rubia recogida sobre la frente y la nuca con una cinta a juego con el bikini, vertía el líquido rojo en el vaso vacío sin apenas mirarme a la cara. Han pasado unos años desde aquello y no se me olvida la excitación del momento. Yo sabía que ella quería que yo la mirara y admirara como lo hacía. Y apartaba la mirada para ponérmelo más fácil, prestándose al juego con gusto.

La niña María José se puso celosa al intuir la secreta complicidad entre nosotras y empezó a intentar atraer mi atención quitándose el sujetador del bikini y exhibiendo sus grandes pechos de aspecto

vacuno. Como era tan distinta a la madre en todo, hasta en el refinamiento y la delicadeza para hablar o moverse, María José pensaba que su cuerpo masivo podía interesarme como novedad alternativa. La madre la regañó por descarada, le recordó que había una invitada y debía refrenar sus impulsos, y la niña volvió a abrocharse el sujetador alrededor del pecho con cara de enfado. La madre me gustaba mucho más en todos los sentidos. Mari Carmen era intrigante por su escasa conversación, como una esfinge, pero suplía esa carencia con una presencia fascinante, una delgadez que yo consideraba moderna y una elegancia innata en el modo coreográfico de plegar y desplegar brazos y piernas, un ejercicio de coordinación digno de ver, sin inmutar los pliegues de la toalla con que cubría las almohadillas de la tumbona.

Pero la niña era insistente y consiguió apartarme de la madre con la excusa de enseñarme en su dormitorio ropa nueva que se había comprado, y arrastrarme al interior de una casa que supuse diseñada al gusto del marido constructor. Constructor primitivo y, por lo que veía, cazador paleolítico, eso era Pedro, con todos esos trofeos de caza expuestos y esos animales heráldicos, águilas y halcones disecados, colgando de las paredes. No me sorprendió descubrir una cabeza de toro presidiendo el salón con sus astas en punta, colocada encima de la gran chimenea rústica que calentaba el hogar familiar en invierno y que ahora en verano parecía un altar inservible consagrado a los dioses vernáculos, y unos metros más allá el retrato hiperrealista de Pedro, dueño y diseñador del lugar y padre de la criatura a la que seguía con desgana por sus dominios, ataviado para la eternidad con el traje de luces, de color dorado, de un torero goyesco.

—Ahora vas a ver.

Eso me dijo la niña juguetona cuando entramos por fin en su cuarto, más desordenado aún que el mío, lo que tampoco era un mérito, la verdad, con muñecas Nancy vestidas y muñecas de Famosa desnudas, o a punto de desnudarse, diseminadas por el suelo, boca arriba con las piernas abiertas o tumbadas boca abajo,

con el culo en pompa, o alineadas en fila en la estantería que ocupaba el fondo de la habitación, suspendida sobre el ancho cabecero de la cama deshecha. A la niña María José le gustaba jugar a juegos muy extraños con su ejército de muñecas de marcas nacionales y su batería de accesorios, y no solo con ellas, por lo que estaba viendo.

Conmigo también pretendía jugar de inmediato, sin explicarme las reglas concretas ni el sentido del juego que empezaba a proponerme mirándose al espejo de cuerpo entero que había en un rincón donde también se agolpaba sin orden la ropa sucia o desechada.

—Son basura. Nada de lo que mamá me compra me queda bien. Parece que lo haga aposta para humillarme.

Y vaya si quería jugar la niña, o mostrarme que ella también sabía divertirse en la vida y que Mari Carmen no era la única en sacar partido a su condición de mujer ociosa. Corrió la cortina para tamizar la luz natural que entraba por la ventana a raudales y se arrancó las dos partes del bikini blanco con dos zarpazos rápidos que no tuve tiempo de ver. Enseguida estaba desnuda frente a mí, enseñándome un cuerpo desbordante que me recordaba más a la anatomía paleolítica de la Venus de Willendorf, nombre necio como pocos, que al cuerpo de una niña de apenas once años que rivalizaba con su madre sin complejos por seducir la mirada de la invitada de esa tarde.

—¿No te gusta más que el de mamá?

Es verdad que yo a los diez años, cuando la descubrí en la fotografía a color que ilustraba uno de los manuales escolares de historia antigua, me había sentido oscuramente fascinada por esta divinidad totémica, pero esa pasión fue furtiva y efímera, y ahora, al ver delante de mí a una niña que era la encarnación del ídolo matriarcal de los arqueólogos de vocación, todos solteros recalcitrantes, no sentía más que rechazo visceral por ella. La niña María José, para completar el cuadro somático de su figura, se sentía muy orgullosa de la mata de vello que le trepaba desde la

entrepierna hasta las inmediaciones del ombligo, una sombra de espesura negra que se cernía sobre su vientre como una plaga parasitaria, y pensaba que era un encanto irresistible para todo el que tuviera el privilegio de contemplarla en la intimidad, como era mi caso. La madre era el antónimo de la hija en todo, como dije: se depilaba el pubis a conciencia y perseguía la aparición intempestiva de pelos por toda la superficie del cuerpo, lo que proporcionaba a su esbelta silueta un aspecto de joya pulida o piedra pulimentada que aún la hacía más atractiva.

—Como no te gusta mi cuerpo, te voy a enseñar un truquito muy divertido para niñas malas como nosotras.

## 81

No veía el momento de librarme de la impertinencia de esa niña precoz a la que ya empezaba a percibir, vestida o desnuda, como una criatura un poco monstruosa, pero ella estaba empeñada a toda costa en impedir que yo volviera a la piscina para estar cerca de su madre, como deseaba. María José se tumba entonces encima de la cama para que yo la vea bien, desparramándose como una masa de carne sobre las sábanas, agarra un collar de perlas gruesas que guarda en un cajón de la mesita de noche, me dice que se lo ha robado a la madre del joyero y comienza a frotar sus partes más íntimas con el hilo del collar y con las perlas de cultivo ensartadas en él. He de reconocer que María José supo interesarme en su juego, al final, por una simple cuestión técnica. Se veía sin esfuerzo que había practicado mucho y que no era la primera vez que se daba placer con el collar de la madre, caro regalo del marido en alguna celebración conyugal del pasado. Y ahí estaba ahora la hija menor de ambos, dale que te pego, con provechosa tenacidad, pasándose las cuentas del collar por la vulva y el clítoris, ayudándose con las dos manos para deslizar una y otra vez el collar precioso por la

delicada región con una destreza sorprendente.

No sé cuántos pases necesitó para lograrlo, pero ya estaba emitiendo unos gritos muy desagradables, como de cochinillo asustado en un corral, que anunciaban el ruidoso orgasmo que no tardó en aparecer. El carnoso cuerpo de María José, poseído por un demonio interior, se contraía sobre las sábanas con violencia y temí, por un momento, que se partiera en dos, o que se quedara doblado e inerte, con la columna vertebral quebrada, tales eran las tremendas convulsiones y las contorsiones de placer que la niña padecía en aquel instante de máxima intensidad. Antes de que recuperara el sentido de sus actos y la cordura y me preguntara si me había gustado el espectáculo, preferí abandonar la habitación revuelta donde había tenido lugar el acoplamiento de la monstrua desnuda y el collar mágico. En realidad, estaba curada de espanto y no me sentía preparada para más estímulos visuales. Me había propuesto despedirme discretamente de Mari Carmen, agradecerle la invitación en nombre de mi madre y salir de la casa de Pedro cuanto antes. Pero me equivocaba.

Cuando voy por el pasillo y me vuelvo a perder buscando la salida hacia la zona de la piscina, paso por delante de una puerta abierta que ofrece vistas inmejorables al dormitorio principal o al vestidor, no consigo saberlo con exactitud, y al otro lado de la puerta está Mari Carmen desnudándose en silencio, quitándose el bikini a cámara lenta, ahora que sabe con certeza que la estoy mirando de nuevo, y tomándose todo el tiempo del mundo en ponerse el vestido, ralentizando también los movimientos, fingiendo que no se da cuenta de mi presencia para no asustarme y que no se me ocurra irme antes de que termine de vestirse. Y la miro sin parar, parpadeando por la incredulidad ante lo que estoy viendo. No había visto en mi vida un cuerpo de mujer tan perfecto más que en el cine o las revistas, como dije y ahora confirmo: un cuerpo tan calculado para producir en el observador casual un efecto y una influencia que van mucho más allá de la crudeza del sexo. Imagino que en brazos de una mujer así, aunque tenga más de treinta años y menos de

cuarenta, imposible averiguar su verdadera edad sin ofenderla, se deben descubrir dimensiones insólitas del amor, facetas insospechadas del goce carnal. Y me pregunto si no es para mostrarme este misterio femenino, precisamente, por lo que me ha invitado esta tarde a bañarme con su hija en la piscina de su casa. Para producir esta impresión indeleble en mi imaginación como respuesta a la extrañeza que le había causado el modelado masculino de mis piernas semanas atrás.

—¿Te apetece tomar un último vaso de zumo de tomate?

No acierto a encontrar una contestación adecuada cuando ya nos veo otra vez disfrutando de la granizada de jugo de tomate sentadas las dos solas al borde de la piscina. Mari Carmen lleva puesto ahora un vestido floreado de tejido muy ligero que se ha enfundado encima de la piel sin nada más debajo. Absorbemos los últimos rayos del sol de la tarde saboreando la inimitable textura del tomate licuado y frío, una bebida tan sensual como sugestiva, dependiendo de la compañía, dirían algunos. Era como estar bebiéndose la vida a sorbos de un jugo orgánico que hablaba de todo lo que estaba prohibido, o se consideraba impropio, por su relación con las partes más ocultas del cuerpo. Eso pensaba en ese instante, con el sol arrasando la piel de mi cara sin protección, viendo a esa mujer ahí, inalterable frente a mí, como una fuente de vida y un misterio al mismo tiempo, o como un enigma imposible de descifrar sin perder la cabeza.

No sé si Carlos lo ha hecho, tres años después, quizá él sepa ahora todo lo que yo aquella tarde veraniega me limité a intuir e imaginar, sin poder averiguarlo. Mari Carmen nunca más volvió a invitarme a pasar con ella una mañana o una tarde soleada en la piscina de su gran casa, ni tampoco vino más a recogernos al colegio en el Mini Morris de mis fantasías adolescentes, con Mari Carmen siempre al volante, en bikini, como conductora audaz. Deduzco que la niña María José le diría que yo había sido antipática con ella en el dormitorio y se enfadaría conmigo sin decírselo nunca a mi madre. Y Carlos se ríe sin disimulo cuando le cuento todo esto y cree una vez

más, como no le pregunto ni quiero saber nada, que yo también siento celos ahora de Mari Carmen, la madurez del cuerpo hecha belleza tangible, y de su relación sexual con ella.

## 82

Carlos ha pintado a Pedro, el presidente de la comunidad y marido satisfecho de Mari Carmen, en las dos versiones concertadas: vestido y desnudo. Veo las fotos instantáneas de las sesiones artísticas de Carlos con Pedro y disfruto de la grosería y crudeza de los cuadros que nadie más conoce, aparte de su autor y del modelo favorecido. Es un gañán de tal envergadura, según me dice Carlos, que ha sido incapaz de mantener con él ni una conversación interesante durante las pausas del trabajo, mucho menos un intercambio sexual. Pedro es un constructor que se ha hecho a sí mismo a fuerza de trabajo y tenacidad, valores inculcados en la educación básica de la población por el régimen anterior, para el que no existe nada más excitante que ganar dinero a espuertas, como le gusta decir, tener en propiedad a una mujer elegante y guapa de la que presumir ante los demás y, de vez en cuando, si te apetece follártela, palabra de Carlos, disfrutar de sus encantos cualquier sábado por la noche, volviendo de alguna fiesta flamenca medio borracho, o en la pesada siesta dominical, digiriendo la paella o el chuletón. Y luego los hijos, Pedrito y María José, clones imperfectos del padre las dos criaturas, una masculina y otra femenina. La madre es irrepetible e inimitable, como Carlos piensa y yo suscribo sin segundas intenciones, como el diseño de algunas joyas de lujo. Esos hijos que le quitan el sueño al padre siendo aún adolescentes con la necesidad de buscarles una colocación a cualquier precio cuando llegue el momento. No parecen muy inteligentes, con lo que nadie piensa en estudios superiores para ellos. El niño se arrimará al padre para hacerse un hueco en el próspero mundo de la construcción, y la

niña buscará un marido adecuado a sus méritos. Me río al recordar el lance con la niña María José. Carlos no se imagina, por más que se lo explico, lo que puede devenir esta fiera desatada en la intimidad de su cuarto. El padre habla todo el tiempo de enchufar a los hijos como si fueran electrodomésticos que necesitaran conexión a la corriente eléctrica para funcionar. Las metáforas en manos de gente iletrada se vuelven inútiles como los aparatos averiados de una casa antigua.

De todos los prohombres de la urbanización que ha tenido la fortuna de frecuentar, me dice Carlos, este en concreto, el presidente de la comunidad y marido de la codiciada belleza lugareña, es el que más repugnancia y antipatía le produce. Sus encuentros han sido desagradables a más no poder. Cuando lo pintó desnudo no hacía más que quejarse de la pésima luz y le exigió a Carlos que ya que lo obligaba a posar en pelota le sacara al menos un rabo poderoso, eso dijo, tal cual, digno de enseñárselo a todo el mundo y, en especial, a su amada esposa. Como el de un toro de lidia, insinuó sin avergonzarse ante Carlos, dada la afición de Pedro a la tauromaquia. Carlos trató de reprimir el asco que le producía este hombre, sin poder controlarlo. Seducir a Mari Carmen y practicar con ella las posturas más atrevidas del *Kamasutra*, que Carlos se sabía de memoria, como buen hijo de su tiempo, era mucho más que una gratificante experiencia sexual. Era un acto de venganza en toda regla, así lo entiendo a partir de sus palabras, contra un tipo de hombre al que Carlos odiaba, pero no solo por lo que era como individuo, una de las peores subespecies de hombre que conocía, el ignorante con ínfulas, sino también por lo que representaba como espécimen cultural, como prototipo de una casta económica que había triunfado sin competencia en una sociedad corrompida durante décadas por la vileza del franquismo, palabra de Carlos. El perfil moral de Pedro, en opinión de Carlos, se definía a la perfección con cuatro epítetos que comienzan con la letra A: analfabeto, arrogante, avaro y asqueroso. Las sesiones de sexo intensivo con Mari Carmen, una amante magnífica, según Carlos, abierta a toda

clase de innovaciones y refinamientos, gozaban de un suplemento morboso que las hacía aún más excitantes para ambos.

## 83

Volví a ver a Rosa, por casualidad, a mediados de agosto del 80, casi un año después de dar por terminada nuestra curiosa relación. Las dos habíamos cambiado mucho en todos esos meses de distanciamiento.

Regina y yo entramos con el tiempo justo a la última sesión del América Multicines para ver *A la caza* en la sala 1. Desde que vimos *El exorcista*, Regina y yo nos declaramos fans de William Friedkin, es uno de nuestros directores americanos favoritos y no nos perdemos ninguna de sus películas, como esa rareza inolvidable llamada *Carga maldita*, que vimos solas en una de las salas del cine Aleixandre hace ahora casi dos años. Pero esta vez entramos en el cine con recelo, tenemos miedo de que la película nos decepcione. No sabemos gran cosa sobre ella excepto lo que la publicidad difunde, y no nos fiamos de esa información distorsionada por el escándalo. Regina me dice que ha leído críticas muy duras aquí y allá que prefiere no compartir conmigo antes del visionado de la película, siguiendo el manual de buenas prácticas de la cinefilia militante, para no influenciar negativamente mi recepción. En principio no hay nada diabólico en el argumento. Lo que no imaginábamos ninguna de las dos era que el mal absoluto podía infiltrarse en sus fotogramas, como una presencia insidiosa, de un modo tan poco evidente para la mayoría del público. Un mal amorfo y siniestro que no tiene ninguna relación con nada de lo que se muestra gráficamente a lo largo de la película y que solo Regina y yo, quizá más en mi caso, estamos en condiciones de percibir con tanta sensibilidad como sentido de la anticipación.

Para combatir la influencia dañina del mal en mi ánimo tengo la

suerte de encontrarme a Rosa ya sentada en la gran sala con su nuevo novio, Manolito, un gañán motorizado al que se le nota en la pinta, desde el primer vistazo, la condición de semental en activo. Rosa ya está otra vez haciendo de las suyas, planeando acciones maliciosas que necesitan la complicidad de alguna amiga benefactora, y nos invita con gesto ostentoso, en cuanto nos ve entrar en la sala medio llena, a sentarnos a su lado, en su misma fila, en asientos contiguos. Como las entradas no son numeradas no hay problema, me dice, sonriendo y guiñándome el ojo izquierdo, el que apunta en la dirección de su nuevo ligue, sentado al otro lado sin enterarse de lo que la amorosa Rosa está ya urdiendo en su cabeza calenturienta para cuando empiece la proyección. Rosa tendía a volverlo todo de color de rosa con su presencia en la realidad, incluso la negritud sulfúrea de Friedkin. Con lo que la experiencia traumática de ver *A la caza* se convierte, gracias a su valiosa contribución, en una divertida travesura también para mí. Regina pone mala cara desde el principio. Está informada de todo lo que sucedió entre nosotras el verano pasado y este reencuentro fortuito no le hace ni pizca de gracia. Teme que le arruine la película, o que condicione su recepción más de lo debido, y no imagina que Rosa es capaz de enriquecerla hasta extremos increíbles. Es una de sus incontables virtudes.

Yo ya sabía, porque Rosa me lo había contado sin darle mayor importancia en alguna de nuestras sesiones de amor y escapismo sexual, que lo que más cachonda la ponía era ver a dos tíos enrollándose, fueran homosexuales de vocación o solo aventureros ocasionales del sexo masculino. Se entusiasmaba y ponía como loca, puedo atestiguarlo, en cuanto veía en una fiesta a dos tíos morreándose y metiéndose mano, y gritaba a los cuatro vientos, para que todo el mundo la oyera, que eso era *superchulo*, palabra de Rosa, que no había nada más guay, en definitiva, que el rollo gay. Es una lástima, pienso, que ella y Carlos no estuvieran destinados a congeniar, si no, los habría presentado enseguida y quién sabe hasta dónde podrían haber llegado cultivando el malentendido de su

relación. Es obvio que Rosa ha venido atraída por la campaña publicitaria que ha vendido la película como inmoral y escandalosa, con un desfile impúdico de escenarios de pornografía gay diseñados para el público curioso, esto logra excitarla a muerte, nunca mejor dicho en el caso de *A la caza*. Tíos haciéndose toda clase de porquerías en sótanos de ambientación infernal como si no hubiera un mañana, con su trama criminal pensada para atraer a los espectadores más morbosos. De eso, precisamente, desea Rosa con todas sus fuerzas que vayan todos y cada uno de los minutos del metraje de la película, de tíos en pelota follando sin parar con otros tíos en pelota, por lo que me comenta en voz baja durante los títulos de crédito del principio, sintiendo ya los primeros estímulos en cuanto la película empieza a sumergirse en los antros más sórdidos y menos oxigenados de la noche neoyorquina y se produce, por sorpresa, el primer asesinato brutal.

Cuando las primeras imágenes de orgías en locales cutres toman la pantalla por asalto y la película de Friedkin hierve de bailes insinuantes y actos sadomasoquistas entre tíos vestidos de cuero negro, Rosa es la espectadora privilegiada que recibe el impacto de esos efectos escalofriantes en la mente y se le dispara la libido hasta límites desconocidos. Al poco, durante la escena del interrogatorio en la comisaría, con el coloso negro en taparrabos y con botas hípicas dando bofetadas a diestro y siniestro, una idea alucinante que solo se le podía ocurrir a una imaginación perversa como la de Friedkin, ya tengo a Rosa pegada a mi oído de nuevo, murmurando indecencias e informándome con pelos y señales de lo que está pasando al otro lado de su asiento.

—Le estoy haciendo una paja a mi Manolito para que se me calme un poco y no se me vuelva maricón con todo lo que está viendo en la pantalla. Nunca ha visto nada igual, el pobre. Pero tengo el coño chorreando, amor. Echame una mano, anda, porfa. No te importa, ¿verdad? Por los viejos tiempos.

Cogió entonces mi mano izquierda por la muñeca con la mano derecha, que estaba inactiva, y la llevó con la palma abierta

paseándose muslo abajo hasta las bragas, en las que me obligó a adentrarme por mi cuenta para comprobar el alto grado de humedad que destilaba su sexo por culpa de la maldita película de Friedkin. La dejé que utilizara mi mano como instrumento pasivo, como solía, para frotarse el clítoris y los blandos aledaños, y tuve tiempo, entre tanto, de ver que el tal Manolito, en efecto, con los ojos que se le iban a salir de las órbitas, parecía tan extasiado mirando las fascinantes imágenes de la película como Regina, sentada a mi derecha sin pestañear un segundo, reconcentrada, analizando cada ángulo de la cámara y el fraccionamiento de los planos como si detrás de ellos se encubrieran la identidad real del asesino y el misterio patológico de los crímenes. Rosa y yo, actitud habitual entre nosotras, éramos el centro de la acción trepidante, dentro y fuera de la pantalla. Manolito se quedó dormido sobre el hombro izquierdo de Rosa tras correrse dos veces en los calzoncillos y Rosa no me permitió sacar la mano de sus bragas hasta que no concluyó la película y las luces de la sala estaban a punto de encenderse.

—Eres un amor.

Al salir del cine, cuando Rosa se montó con incomodidad en el asiento trasero de la moto macarra de Manolito, una Bultaco de 75 centímetros cúbicos perfecta para practicar el *motocross* entre amigos y pésima para el ligue nocturno con chicas, y desaparecieron por fin de nuestra vista, Regina, que no se había enterado de nada de lo que estaba pasando durante la proyección de la película en las inmediaciones de su asiento, me confirmó lo que yo ya sabía pero me resistía a preguntar por discreción: Friedkin es un genio y *A la caza*, una obra maestra del cine que tardará mucho tiempo en ser reconocida como tal.

—¿Sabes qué? Por primera vez he comprendido, viendo la película de Friedkin, el potencial erótico de los tíos.

Me sorprendo con el argumento inesperado de Regina y contraataco con mi esgrima clásica para explicarle a mi amiga lo que creo haber percibido por detrás, o por delante, para el caso da igual, de la franqueza obscena de las imágenes más perturbadoras de la

película.

—Yo lo que he visto, por contra, es cuánto odio nos tienen esos tíos a las mujeres, e incluyo al psicópata de Friedkin en este juicio, y no entiendo por qué nos odian tanto, te lo digo en serio. Cada acto de esos tíos con otros tíos expresa ese odio visceral a las mujeres con una violencia y una rabia mortíferas.

—No puedo estar más en desacuerdo, querida. Yo, por el contrario, veo en la crudeza de esos actos violentos y esas imágenes inquietantes que comentas hasta qué extremos inimaginables puede llegar el deseo de los tíos. La locura de buscar al límite un placer que las mujeres no pueden darles de ningún modo. Y no sabes cómo me duele decir esto último, en un sentido y en otro…

—Ni los tíos a las mujeres. No te jode.

—Eso no es verdad.

—No nos abandones, Regina, por favor, no te olvides de nosotras ahora que crees haber descubierto un mundo nuevo repleto de fantásticas posibilidades.

—Descuida. No me olvido de lo primordial. ¿Te vienes a mi casa esta noche?

—Por qué no.

*A la caza*, cosa extraña, fue la última película que vimos juntas, en un cine comercial, antes de que Regina se fuera a Madrid a estudiar cine y todo cambiara para siempre entre nosotras.

## 84

Unos días antes de irse a Madrid, la noche del segundo sábado de septiembre del 80, Regina me invita a su casa para una sesión especial de cine. Se ha librado de sus padres para todo el fin de semana, ya que quiere mostrarme El Montaje, que es como llama a la agrupación en una sola película de todos los cortometrajes y mediometrajes de super-8 que ha hecho en los últimos cinco años

con su cámara Kodak XL 10. Cada segmento es un capítulo de su obra magna. La ayuda de Basilio ha sido fundamental, me dice al invitarme por teléfono dos días antes, y la noto muy excitada con la posibilidad de que yo la admire aún más de lo que ya lo hago. Basilio ha puesto a su disposición todos los medios y recursos que tenía en el Bazar del Cineísta para transferir las películas de celuloide a vídeo y, a partir de ahí, mejorar la pobre calidad de la imagen original, remontar las películas y acoplar una banda sonora muy necesaria para entender la trama de algunas de ellas. La imagen quedaba deslucida y sin explicación, me dice Regina, como en el peor cine mudo. Ahora tiene un aspecto mucho más presentable.

La invitación suena solemne y me visto como corresponde a una ocasión especial. Me arreglo para despedir a mi amiga del alma como se merece, para que no se olvide de mí mientras anda perdida por los mundos ateos de la Universidad Complutense y los subterráneos del cine matritense: mi máscara japonesa de trazos negros, blancos y malvas adornando el rostro para hacerlo parecer de porcelana, ojos y labios maquillados y pintados al milímetro para convertirlos en golosinas para adultos, y uñas del color del deseo listas para desgarrar la carne del otro en veloces zarpazos, como la mujer pantera, y arrancar del pecho el corazón de la víctima elegida antes de devorarlo crudo. Como me enseñaron mis maestras. Dios me quiere a su servicio y en guardia las veinticuatro horas del día, siete días a la semana.

Decido vestirme con mi chaqueta de Buffalo Bill, como la llamaba Regina para decirme cuánto le gustaba cada vez que me la veía puesta desde que la compré el invierno anterior durante el período de mi aventura inconfesable con Elena, la novia de León, que se prolongó semanalmente a lo largo del curso 79/80, con la misma intensidad de la primera vez, hasta que Elena dejó de llamarme a principios de mayo, sumiéndome en la tristeza y el desamor. Además de la cazadora especial, me pongo con orgullo, como hice en mis citas con Elena tantas veces, mi ajustada falda de ante con flecos, mis botas vaqueras marrones, una blusa blanca transparente con un

sujetador negro de encaje, sin tirantes, y unas bragas ceñidas a juego. La imagen de la espectadora ideal del cine de Regina, la espectadora que Regina, conociendo a fondo sus gustos, más habría deseado que viera sus películas con sus amantes de ocasión y adorara a la autora. Esto es lo que soy esta noche para mi amiga. Y el efecto se lo noto nada más abrir la puerta en cómo me recibe, con la boca abierta y los ojos desorbitados. Me mira de arriba abajo, salivando como una perra ante un bocado goloso, y sonríe complacida. Ha captado el mensaje subliminal, y la velada promete ser divertida y excitante entre nosotras. Cruzo los dedos.

Y, sin embargo, en cuanto me adentro en la casa de Regina todo cambia y percibo la frialdad y la tensión de la atmósfera. Regina continúa nerviosa y alterada como el otro día al teléfono, como si sintiera tantos deseos de mostrarme sus películas como vergüenza por hacerlo, un sentimiento ambiguo, típico de ella. Además, se siente incómoda con el protocolo de la despedida. No quiere que sea demasiado sentimental, como si temiera los cambios que se van a producir en nuestra relación a partir de entonces, y tampoco está convencida de que me vaya a gustar lo que llama pomposamente El Montaje. Me invita a pasar al salón y a sentarme en el nuevo sofá de sus padres. Ha comprado *pizzas* de los tipos que más nos gustan y me da permiso para comerlas durante la proyección de sus películas con la única condición de que me quite las pesadas botas y me quede descalza, como si fuera una india y no una vaquera, hasta el fotograma final.

—Así nos relajamos un poco, ¿no te parece?

Yo sé lo que Regina entiende por relajarse y por qué quiere tener mis pies al alcance de sus ojos y de sus manos cuando la visión de las imágenes de El Montaje se le hagan insoportables y esté a punto de darle un ataque de nervios, pero no me molesta y, como conozco sus manías, me presto con gusto al juego fetichista. Regina se muestra exigente por las dos, nunca la había visto así, y yo me abandono al consumo incesante de los trozos de *pizza* y los vasos de Coca-Cola fría para encontrar el ánimo necesario y no decepcionarla.

La proyección no es tal, en realidad, y me pide disculpas por ello. Se trata de una emisión, me dice con timidez incomprensible, como si a mí esa clase de detalles técnicos me importaran lo más mínimo. He venido a ver y a disfrutar las películas de mi amiga con la mejor disposición y bien poco puede importarme el sistema de visión en que lo consiga al final. Lo que ha preparado Regina en colaboración con Basilio, como me explica con didáctica más que dudosa, es una cinta de vídeo, en formato Betamax, me especifica sabiendo que apenas puedo entender la diferencia con otros formatos o sistemas, que introduce en el aparato reproductor, un armatoste que se despliega como la maqueta de una nave espacial para acoger el vídeo por la parte superior. Y enseguida aparecen las señales de imagen y color en el televisor familiar, un innovador Telefunken Palcolor que yo había envidiado muchas veces y en el que Regina y yo, durante los últimos dos años, desde que su padre lo adquirió nada más salir al mercado, habíamos visto numerosos programas musicales, series y películas. Lo más reciente que recordaba haber visto en esa pantalla mágica en abril pasado era el *show* de los Teleñecos con Diana Ross y, casi seguido, la ceremonia de entrega de los premios Oscar, donde todas nuestras películas favoritas fueron derrotadas por la mediocridad de sus adversarias. Y lo más memorable en todo ese tiempo fue el gran homenaje a Hitchcock en el American Film Institute, emitido en diferido por la primera cadena de TVE en marzo del año 79, donde le dieron el premio honorífico a toda la carrera cinematográfica a ese obeso admirable y obseso. A menudo me había preguntado si el hecho de tener una televisión en blanco y negro en casa durante décadas, hasta junio de ese mismo año, cuando mis padres por fin se decidieron a comprar un televisor Thomson en color, era lo que había condicionado mi inclinación por la pobreza de medios del blanco y negro de la literatura y la escritura sobre papel, y, como en tantas otras cuestiones de mi vida, nunca lograba una respuesta del todo satisfactoria.

# 85

Por fin empieza la emisión de El Montaje en la pantalla casera del Telefunken y Regina me aclara, por si no lo he pillado aún, que el montaje de las películas en serie es arbitrario, que no responde ni a un criterio lógico ni cronológico. Lo ha hecho por intuición, siguiendo algunos consejos temáticos de Basilio, pero en general ha sido ella misma quien ha tomado la decisión de buscar un contexto en que las películas dialoguen libremente entre sí en la continuidad del metraje y también lo hagan con el espectador.

—La espectadora, en este caso, si no te importa.

—Mi espectadora favorita me importa mucho.

Banda de colores, pantalla blanca y primer rótulo en mayúsculas: LA ZONA. Me sobresalto al leerlo, como es lógico. Empezamos bien, pienso sin decirlo en voz alta, no quiero que Regina escuche mi monólogo mientras veo sus películas. Regina me pidió por teléfono el otro día que mis comentarios, si era posible, se los hiciera al acabar y solo si me apetecía, que no me sintiera obligada a hacer de crítica de cine, no era ese el propósito de esta sesión. Muchas veces Regina y yo habíamos hablado de un lugar imaginario al que llamábamos la Zona. Era un territorio mítico que se localizaba al otro lado de las montañas más altas de la urbanización y donde pensábamos que residían todas las explicaciones y las respuestas a las cosas enigmáticas a las que nos enfrentábamos a diario, sin poder entenderlas del todo. Ahora que estoy viendo la versión de Regina sobre el tema, LA ZONA me parece una película asombrosa, compuesta de un plano único de niebla o de humo por delante del cual cruzan niños y niñas llevando antifaces en las caras y antorchas humeantes en las manos. El plano avanza de manera frontal, cámara temblorosa en mano, como esperando a que la niebla que impide la claridad de la visión se disipe, pero nunca ocurre, en los cinco minutos y treinta y cinco segundos que dura la película, lo que consigue sumirte en una angustia mental que empeora cuando sientes aflorar en tu cabeza los recuerdos reales de la Zona, de tu

experiencia allí, si has tenido el privilegio de estar en ella, como es mi caso. El plano secuencia concluye enfocando un charco enorme, rodeado de una niebla espesa, en cuyas aguas transparentes se distinguen algunos peces nadando y monedas sumergidas y piezas de ajedrez y un reloj de cadena y libros desencuadernados de tapa dura y una cabeza de muñeca. Regina parece haber volcado ahí, en ese océano en miniatura que simboliza el charco, todos los restos del naufragio de la niñez y la adolescencia. Es una despedida nostálgica de un tiempo que ya no volverá a repetirse. No puedo hacerle comentarios, pero sospecho que Regina se ha visto obligada a realizar esta película para confesar, de manera velada e indirecta, que ella ha estado en la Zona, efectivamente, y que no ha encontrado otra forma de expresar esa experiencia traumática. O que no ha estado en realidad y lo siente como un fracaso personal, y esta es la única forma, mediante la reconstrucción alegórica, de compensar esa carencia en su vida. La película te da tiempo a pensar en todo esto, y yo diría que su intención es provocar esta clase de reflexiones, tanto si has estado como si no en el territorio que se muestra en ella. Y resulta aún más perturbadora por todo lo que calla y oculta a través del estilo visual elegido por Regina. Es su temática subyacente lo que me subyuga como espectadora iniciada en el misterio que describe con tanta vaguedad. La peculiaridad de la Zona de Regina, si entiendes bien el mensaje que sus abstrusas imágenes te transmiten, es que se trata de un cementerio que sirve para enterrar los juguetes rotos de la infancia, los objetos inservibles, las pertenencias desechadas y las mascotas muertas y producir su renovación y su resurrección automática. Así descubro, por si me quedaban dudas, que Regina no ha estado en la Zona. No en la misma que yo, al menos.

Pantalla en negro, pantalla en color. Pitidos de aviso en el televisor. Nuevo rótulo con el título: CABAÑAS. Este corto me sume en la inquietud. Regina ha debido remontar el metraje muchas veces para lograr ese efecto terrible en el espectador. Cuando estuvimos en la cabaña de los enanos, a finales de agosto del 77, me dijo que

se había quedado impresionada, a pesar del desencuentro con la pandilla de Timmy, el americano fantasioso, con la historia y la existencia de tantas cabañas de otros niños en los dominios de la urbanización. Y veo con sorpresa que trasladó ese asombro a un falso documental para el que filmó todas y cada una de las cabañas de las que tuvo noticia, sin mi asistencia ni colaboración, y realizó un montaje con todas esas tomas desde distinto ángulo para dar una idea de la singularidad de cada una de ellas, como retrato de sus constructores, y de la universalidad del atavismo infantil que arrastraba a los niños a construirlas como reflejo del atavismo primitivo de habitar y hacer habitable el espacio. Asociando cabañas y calles de la urbanización consiguió, además, como le diría después, un retrato de El Atabal desde un punto de vista insólito, estableciendo un paralelo interesante entre las casas de los padres y las cabañas de los hijos. Lo que no me convence, en cambio, es la idea de alternar en el montaje, como un comentario crítico, las secuencias filmadas de cada cabaña con imágenes de seres monstruosos como vampiros, zombis y asesinos históricos o cinematográficos. Entiendo lo que pretende con esta forma de presentar las imágenes: transmitir una visión nada apacible o amena de la vida en la urbanización junto a una sensación de amenaza y violencia para las mujeres, pero creo que es demasiado artificioso y desvirtúa la intención inicial del proyecto, añadiendo un matiz didáctico gratuito que estropea la preciosa descripción documental de las cabañas en la arboleda. Quince minutos de cabañas y monstruos se me hacen largos, y los malos recuerdos asociados a una de las cabañas en particular, la de la pandilla de calle Padang, me distraen de una visión que exige la máxima atención. *Cuando acaba*, siento alivio, y no es buena señal.

# 86

Pantalla negra, pantalla blanca, rótulo negro con el título: AL OESTE DE JAVA. Aquí no puedo evitar reírme con nostalgia al recordar cómo Regina me había estado espiando durante los meses del verano de Rosa, sin saber lo que estaba viviendo, para filmarme, en los aledaños de mi casa en calle Java, entrando o saliendo, o subiendo a pie la larga cuesta, o paseando por los alrededores de otras casas de la misma calle, en un estado que ella consideraba de felicidad y plenitud, con la intención de ofrecer un retrato insonorizado de mi persona en mi entorno, con mis perros Dragón y Sultán saltando y corriendo a mi alrededor. Las imágenes que producen la pura imagen de lo que soy vista a través de la cámara de Regina. Y me reconozco sin problemas y se lo agradezco con una sonrisa que le dedico, desviando de la pantalla por un instante la atención de mi mirada. Al mismo tiempo, me siento extraña al verme ahí, observada por la cámara desde esa posición exterior, porque yo no soy esa en realidad. Esa es la persona que ven los otros, mi yo en la proyección de quienes me quieren, como Regina, y de aquellos que me odian o a los que les resulto perfectamente indiferente. Y Regina ha querido instalar el foco de su cámara de super-8 en ese filo dudoso de mi ser, en esa frontera de las imágenes en la que las palabras tienen muy poco que decir y los actos, como el volcán de la isla Krakatoa, podrían hacer estallar las cosas en cualquier momento. Lo que más me gusta es que Regina, para rendir homenaje a mi existencia compleja, haya utilizado el título de una película de Hollywood, *Al este de Java*, que solo ella sabe lo que me gusta desde que era pequeña, y ha sabido darle una proyección diferente al conectarla con la calle de la urbanización donde está la casa que habito desde hace años. O, más bien, que habita la chica inquieta y curiosa que aparece en el metraje de la película con protagonismo absoluto.

Cuando concluyen los seis minutos y treinta segundos en que se resume mi retrato veraniego de hace solo un año, necesito cerrar los

ojos unos minutos y evadirme con la mente, huir de mí misma a toda prisa y del engañoso narcisismo que las imágenes quieren inducir en mí. Caigo en trance. No me molesta, en ese estado de abandono, que Regina crea que puede aprovechar mi indolencia para acariciar y masajear mis pies y cebarse a conciencia en los dedos gordos, que le encantan desde siempre por su tamaño y tersura. Qué menos puedo hacer por la cineasta *amateur* que ha querido atrapar mi alma, por amor, en un ramillete de imágenes fugaces y se le ha escapado entre los fotogramas. Qué culpa tiene ella. Dios me quiere soñadora y despierta. No sé cuánto tiempo me quedo traspuesta.

Vuelvo a abrir los ojos al mundo que me rodea, como si me hubiera desmayado, y veo una pantalla blanca de cinco segundos donde se lee, y tiemblo al hacerlo, EL EXTRATERRESTRE. La imagen es simple. Un hombre sentado en un sillón frente a una ventana en la que se ve un cielo gris por el que pasan de vez en cuando aves o aviones. El hombre habla de espaldas a la cámara con voz distorsionada y el foco va avanzando hacia el hueco de la ventana a medida que progresan la película y el monólogo del hombre. Cuando por fin acaba la película, con un plano de *casi* cinco minutos en que solo se ve en pantalla el cielo gris recortado en el hueco de la ventana por el que pasa graznando una bandada de gaviotas, estoy sobrecogida, y nadie podría pensar que es por lo que se ha visto en las imágenes, sino por las palabras del hombre sentado. Esta debía de ser una de las películas en que Regina había requerido la asistencia técnica de Basilio para acoplar el sonido. El hombre cuenta que fue abducido por una nave extraterrestre cuando era un niño, y que lo educaron y trataron muy bien y luego lo devolvieron al planeta Tierra, ya adulto, para que hiciera el bien a sus semejantes. Y que ahora es él quien se siente como un extraterrestre entre los humanos, sin mujer y sin familia en las que refugiarse, como un exiliado. Regina ha plasmado con realismo en esta película, sin sospechar sus implicaciones para mí, la extrañeza de lo cotidiano. Pero la duración es excesiva. Veintiocho minutos escuchando la

monotonía del monólogo del hombre abducido, sin transmitir ninguna emoción especial ni mostrar otra acción más que la de la cámara aproximándose a la ventana y al cielo depresivo que el hombre mira con la apatía del objetivo de la cámara, agotan a cualquier espectadora por voluntariosa que sea y no están justificados desde ningún punto de vista.

Plano negro de nuevo, plano blanco, rótulo con el título: ÉXTASIS. Un montaje de primeros planos de mucha gente que Regina conoce, familia, vecindario y amistades, incluyendo a cierta gente que detesto, no daré nombres. La película es de ritmo veloz en apariencia, solo treinta segundos por persona, pero se hace pesada de ver, en parte por las caras conocidas, que me aburren con su insistencia en aparecer naturales, en parte por lo limitado del planteamiento cinematográfico. El mundo se compone de nombres propios y de caras anónimas, es el gran descubrimiento del corto en mi opinión. Para Regina, en cambio, si entiendo bien el sentido de su propuesta, es todo lo contrario, y así lo indica con el montaje trepidante. El mundo se compone de innumerables rostros, conocidos o desconocidos, amados u odiados, y rara vez de nombres que los identifican. Basta con subir a un autobús de línea abarrotado de gente para experimentarlo. Retrato colectivo de un grupo humano compuesto de cuarenta personas fijado en su máxima expresividad facial. Ojos, bocas, narices, barbillas, frentes, pelos. Uno de los participantes saca la lengua para relamerse, como si disfrutara de la experiencia de protagonismo subjetivo, y otros guiñan o parpadean para llamar la atención del espectador y otros aún miran fijamente a cámara como si estuvieran interrogando su intención. Logran así, en todos los casos, romper la inmovilidad de las tomas. El fondo es siempre el mismo, una cabina de fotomatón, y el metraje de veinte minutos se hace tedioso.

# 87

Y mi capacidad de prestar atención a lo que viene a continuación se ve mermada. Las siguientes películas desfilan por la pantalla sin despertar mi interés. CASAS, inconclusa, un intento de replicar el corto CABAÑAS filmando las casas más llamativas de la urbanización, en la que me alegra ver que mi casa aparece en un plano aislado. SOL ASESINO, medio minuto de oscuridad bajo una farola a la que se le funde la bombilla nada más empezar. TIERRA, una sucesión de planos de pies femeninos, calzados o descalzos, futbolistas y bailarinas, bañistas, atletas, gimnastas y nadadoras, caminando, nadando o corriendo, siempre en movimiento.

POESÍA, un ejercicio pornográfico ejecutado montando imágenes de nalgas y de vulvas, nalgas masculinas y vulvas velludas, vulvas depiladas y nalgas femeninas, nalgas masculinas y vulvas depiladas, nalgas femeninas y vulvas velludas, una y otra vez, hasta el hartazgo del espectador, que no entiende el sentido de esa combinación. LETRAS, un despliegue de loros, cacatúas, papagayos y cotorras verdaderamente prodigioso que logra hacerme recordar con emoción a Para-Qué-Más, el loro lingüista del viejo Willem, y reactiva el grado de atención que tenía antes del desmayo. Dios me quiere fantasiosa y lúcida.

La siguiente película me deja noqueada, lo reconozco, por sus pretensiones, todas fallidas. PUNTO MUERTO escrito en el rótulo sobre la pantalla blanca. Otro montaje dialéctico, como lo llama Regina emulando a sus maestros rusos, de dos grupos de imágenes que se entienden contrapuestas. El primer grupo lo constituyen pases de modelos y desfiles de moda de diferentes marcas y modistos, con modelos masculinos y femeninos desfilando por las pasarelas ante un público entusiasta. El segundo grupo lo forman imágenes documentales de iguanas y lagartos gigantes de las islas Galápagos y reptiles diversos del Amazonas. Regina me explicará después, viendo mi estupor ante los planteamientos y el montaje sincopado de la película, que se trata de un comentario algo pedante, lo

admite, sobre la evolución de la naturaleza y el progreso de la cultura, intentando demostrar la tesis de que una de las formas de vida del planeta se ha hecho dominante y ha impuesto a las demás especies su poder a través de los hábitos de consumo, la industria y la tecnología. Yo no consigo ver más que un galimatías visual de dieciocho minutos en el que las modelos más guapas del mundo se confunden con las engreídas iguanas que toman el sol en las rocas, y los diseñadores de ropa y los modistos con los lagartos gigantes y las serpientes venenosas de la selva amazónica.

Según parece, a Basilio, su nuevo mentor, le ha encantado el mensaje del corto y lo considera, qué extraño, el más inteligente y maduro de cuantos Regina ha hecho. Sin esfuerzo, en todas estas películas de Regina diagnostico el mismo problema artístico. Falta ficción y sobra afán documental. Me atrevo a comentárselo, contraviniendo nuestro acuerdo *inicial, y no* le agrada la *crítica*. Suelta mis pies de repente, como si le asqueara ahora el contacto con mi piel, y me invita a ver la última joya de la noche. Y reconozco que lo es, a su manera peculiar.

Pantalla negra, pantalla blanca, rótulo negro: SECUELA DE CALOR. Ya solo con leer el título me estoy riendo para mis adentros. Sé que Regina tomó en su momento buena nota de mis críticas al fenómeno del destape y me ha respondido como merezco. Es, sin embargo, la película que más me divierte de toda la sesión, quizá porque es la que tiene más carga autobiográfica y más honestidad o sinceridad por parte de su autora. Que yo diga esto ya sería suficiente para convencer a Regina y a cualquiera que me conozca de su calidad. Este corto es una especie de exorcismo subjetivo sobre la época fogosa en que Regina fue una adolescente adicta a los estímulos de las revistas de destape y las hermosas chicas que exhibían sus encantos carnales en sus páginas. SECUELA DE CALOR se compone de un montaje milimetrado de planos de las fotografías de los cuerpos desnudos de las modelos más deseadas entonces por Regina, no necesito repetir los nombres, y de fotogramas intercalados de Regina admirándose desnuda en un espejo de cuerpo entero con la

cámara temblando entre las manos. En esta película original, como espectadora cómplice de la estrategia, percibo que Regina no ha querido renunciar a sus deseos sin transformar la confesión de culpabilidad en un recurso creativo para rendir tributo al cuerpo femenino durante un cuarto de hora de alto voltaje erótico. No puedo aguantar más en silencio, emocionada, y le digo sin rodeos lo que pienso sobre la película, y Regina, conmovida, me lo agradece y me dice, mientras vuelve de nuevo la mirada a la pantalla para rehuir la húmeda Intensidad de mis ojos, que a Basilio también le ha gustado mucho esta película y que le ha hecho al montaje definitivo algunos ajustes brillantes que quizá no he sabido apreciar en un primer visionado.

## 88

Cuando acaba la sesión, a los ciento treinta y dos minutos exactos de comenzar, miro el reloj para comprobarlo y no doy crédito al tiempo transcurrido, debe haber algún error, necesito ir al baño a evacuar los litros de Coca-Cola que he bebido para mantenerme despierta y relajarme un poco de la tensión intelectual del momento, quizá lavarme la cara sudorosa con agua fría o revisar el grado de deterioro del maquillaje, perfilar los labios secos, humedecer los ojos irritados, quién sabe qué imagen macabra de mí misma me aguarda en el espejo cuando me mire en él después de todo lo que he visto esta noche en la pantalla del televisor de los padres de Regina. Al levantarme, Regina me coge la mano derecha y me la aprieta en señal de agradecimiento y cariño. Solo una amiga de verdad aguantaría aquí esta noche tragándose y atragantándose con el bufet indigesto de todas estas películas, una detrás de otra, sin descanso. Y admitiría, además, organizar con posterioridad un cinefórum para discutirlas en detalle con la directora aficionada. Cuando regreso del baño, restablecida, ha pasado un tiempo

considerable y Regina ya parece preparada para recibir mis críticas constructivas y mis comentarios pertinentes. Trato de ser justa y ecuánime y no aprovecharme de mi posición de ventaja como espectadora ideal, con todos los privilegios que me conceden la historia y la cultura a la hora de juzgar el trabajo creativo de otra mujer.

Al terminar la exposición de motivos críticos, con mi grandilocuencia teatral, Regina se echa a llorar como si mis opiniones y mis juicios la hubieran herido en lo más profundo, y no es eso, no. Es mucho peor. SECUELA DE CALOR es una película que le ha salido muy cara, y por eso le entristece tanto mi aprecio por ella en particular, de todas las suyas he ido a elegir esta como favorita, al igual que Basilio, la coincidencia es peligrosa. Se siente dolida porque fue esa película la que encendió la libido de Basilio, me cuenta, como una cerilla la mecha de un cartucho de dinamita. Hasta entonces habían podido trabajar juntos sin problemas, pero después de mostrarle ese corto una tarde en el sótano del Bazar del Cineísta, Basilio se le echó encima con intención de desnudarla allí mismo, con urgencia, y de poseerla a toda prisa. Como Regina se defendió con uñas y dientes, Basilio se atrevió a exigirle, a cambio de los servicios prestados, que le hiciera algo que aliviara su erección de caballo, eso le dijo, con las manos o con la boca, *Basilio no tenía preferencias en la materia*. Y Regina, una escrupulosa de cuidado, le ofreció el sexo sin pensárselo mucho.

—Me daba asco tocarle el pene, no digamos chupárselo, y elegí la opción más fácil, no me lo puedes reprochar.

—¿Has dejado que ese gorila en celo profane con su rabo el templo de tu placer así por las buenas? No me lo puedo creer. Ya decía yo que algo me escondías últimamente.

—No me quedó más remedio, qué querías que hiciera, ¿salir huyendo y renunciar a *mis* películas?

—No creo que te lo vaya a poder perdonar nunca. Me siento fatal. Me lo tendrías que haber contado antes. Eso se avisa, cabrona…

—¿Y cómo te crees que me siento yo? Todo esto lo he hecho por ti, para que pudieras ver mis películas antes de que me fuera a Madrid.

—No me eches la culpa. No seas cerda. Tus películas no valen esa humillación y yo tampoco.

—¿Eso crees? Me decepcionas.

—Tú sí que me has decepcionado a mí, imbécil, en todos los sentidos.

—Lo *siento* mucho. Ha sido un gran error. Me siento avergonzada. No tendría que haberte enseñado mis películas, ni haberte contado lo de Basilio. No tiene importancia, ¿no te das cuenta?

—Sí que la tiene, es repugnante.

—No me hagas esto, amor.

En ese momento, no estoy segura de que Regina no deseara en el fondo, desde hace tiempo, lo que le ha pasado con Basilio. No estoy segura de que no lo provocase de algún modo inconsciente para ponerlo a prueba o exponerse ella misma a ver qué pasaba entre ellos. No quiero acusarla de nada, tampoco exculparla, pero ya no me fío de Regina y no sé por qué se comporta como se comporta, conmigo y con los otros.

—Qué tiene de malo. ¿No te follaste tú al escritor amigo de Basilio?

—No, que yo sepa.

—Estás mintiendo y lo sabes.

—¿Y ahora qué? ¿Cada vez que vayas al Bazar te vas a dejar follar por el cineísta energúmeno? ¿Ese es el plan hasta que te vayas a Madrid? ¿Ese es el plan para llegar a ser una directora reconocida en ese mundillo de mierda?

—Oye, no me insultes, ¿vale? No soy una puta, qué te crees. No tienes sentimientos.

—Perdóname, me estoy pasando, lo siento. No llores más, te lo pido por favor, no llores. No te mereces esto. Sabes que te quiero, ¿no?

—Claro, tía, por qué si no iba a aguantarte la regañina…

—Genial.

Cuando se me pasa el enfado, Regina, secándose las lágrimas aún, me propone sin convicción que me quede a pasar la noche con ella. Estamos solas, me dice insinuándose, como lo hace en SECUELA DE CALOR frente al espejo y ante la cámara, pero el efecto en mí es inverso al que las imágenes de esa película afrodisíaca causaron en el reprimido Basilio. Le digo que no me apetece nada. No estoy de ánimo. Me enfundo con prisa las botas vaqueras, salimos del salón y caminamos juntas por el pasillo, en silencio, sin tocarnos, hacia la puerta de entrada de la casa. Besos tibios de una despedida que puede durar muchos meses. Regina se va a Madrid en unos días y yo me quedo en la urbanización a vigilar el territorio por lo que pueda pasar. Es el destino de cada una, y ese destino inevitable nos separa después de tantos años de amistad y complicidad.

—¿Te puedo pedir un favor?

—Lo que quieras.

—¿Me regalas tus bragas? Tal como están ahora, quiero tener un recuerdo íntimo de ti esta noche y no se me ocurre nada mejor.

—Mira que eres guarra.

—No imaginas hasta qué punto.

—Prefiero no saberlo, ¿recuerdas?

No lo dudo un instante, allí mismo, en la puerta de la casa de Regina, bajo la luz amarilla del farol que cuelga justo encima de nuestras cabezas, atrayendo con su luz sucia a las polillas y las salamanquesas, sin miedo a las miradas de los mirones del entorno, me remango la falda de ante por encima de la cintura, me bajo las bragas negras de encaje hasta los tobillos y me las saco por la punta de las botas, como una aguerrida vaquera, primero la derecha y luego la izquierda, antes de entregárselas como ofrenda de amor a Regina. Y Regina las olisquea para reconocer con placer la fragancia floral del perfume Eau de Rochas con el que las impregné esta tarde antes de venir a visitarla. Nos besamos en los labios sin pasión, como dos buenas amigas que han vivido mucho en mutua compañía

pero eligen olvidarlo todo a tiempo para seguir viviendo con la misma intensidad tras la separación.

—Adiós, amor. Cuídate mucho.

—Lo mismo digo.

Regina cierra con lentitud la puerta de su casa a mi espalda, la imagino espiándome por la mirilla mientras bajo despacio los seis escalones de la entrada, y en cuanto piso el asfalto de calle Bali con la suela de mis botas y miro a mi alrededor sin miedo, las calles desiertas pasada la medianoche, los perros ladrando a lo lejos, el cielo negro sin luna, el canto de los grillos, el aire caliente, el olor de los jazmines y las damas de noche, me doy cuenta de que lo que de verdad deseo en este momento es irme a pasear descalza por la urbanización sin rumbo durante horas antes de volver a casa.

## 89

Hasta hoy, cuando me ha hablado de Julito otra vez, no he comprendido la auténtica dimensión del donjuanismo de Carlos. Con los dos sexos por igual. En cuanto le atrae alguien se lanza. No me molesta. Me gusta que la gente haga lo que quiera, que cumpla sus deseos, y más en el sexo. Es mi lado utópico. Pero no todo el mundo piensa como yo. Por eso creo que Carlos está corriendo un riesgo excesivo haciendo todo lo que ha hecho. Se expone demasiado y puede llamar la atención de quienes más vale mantener a distancia si quieres seguir vivo. Sé lo que digo. Una vez hablé con el demonio en privado, como dije. No sería la última. Y me enseñó muchas cosas extrañas. Conozco más secretos de la vida de la urbanización que muchos de sus residentes. Cretinos que viven en ella sin enterarse de nada, incapaces de imaginar lo que pasa realmente en El Atabal sin perder el sueño.

Primer signo de que algo va mal, aunque Carlos se niegue a reconocerlo y darle importancia. Carlos ha cumplido a rajatabla con

el contrato y el encargo. Ha entregado los cuadros a tiempo, a principios de octubre, y los ha cobrado, según me cuenta por teléfono, la cantidad acordada y un modesto suplemento por los inconvenientes, como suele decirse, pero no le han aclarado nada sobre la presentación pública de los retratos y su exposición en la sala de juntas de la comunidad, escudándose en la inminencia de las elecciones. Carlos piensa que la exposición terminará por no celebrarse, y teme que los cuadros ya no estén en posesión de quienes se los encargaron. Sospecha, incluso, que hayan sido almacenados en una nave perdida en algún polígono industrial propiedad de uno de los miembros de la junta directiva para que nadie los vea nunca y se borren de la memoria de quienes se prestaron a posar ante el artista para su realización. Aun así, insiste, lo fundamental sigue siendo la ejecución artística del proyecto y la existencia secreta de una serie de siete cuadros que él custodia con celo paranoico. Por lo que pueda pasar, me dice. Nadie se ha atrevido a reclamarlos de momento, y Carlos, con su ingenuidad habitual en estos asuntos, lo considera una buena señal. Le aconsejo que no baje la guardia y él me lo agradece sin tomarse en serio la amenaza. Milicia es la vida del hombre contra la malicia del hombre, dice, citando a un clásico que, en su opinión, no leemos lo suficiente. Y tiene razón. Yo misma, gran criticona del reino, apenas lo he leído. *Mea culpa*.

Y ahora Julito, el criminal que aterrorizó con su leyenda maléfica mi adolescencia y la de muchos otros niños y niñas de la urbanización, se ha hecho amante de Carlos. Carlos se ha vuelto loco con él. Dice que tiene el cuerpo masculino más hermoso que ha visto nunca y no para de dibujarlo y pintarlo a todas horas, como un arcángel del mal, para recrearse en su belleza cuando no lo tiene a mano. Julito entra y sale de la cárcel como si fuera su segunda casa y anda metido en montones de líos que lo ocupan más de lo que Carlos querría. No lo entiendo. Algo se me escapa en esta historia. Veremos cómo acaba.

# 90

No sé por qué no me extrañó ver reaparecer a Tana en mi vida, de la mano de mis padres, dos días antes del final del año 80, a las 23:55 del lunes 29 de diciembre, exactamente. Las cartas siempre llegan a su destino, incluso si no se envían, esa era la opinión de Alicia, mi psiquiatra, y en el caso de Tana me parece una explicación plausible. Lo que yo le decía a Tana en aquella carta robada por los niños de la pandilla de Padang alcanzó su objetivo y dos años y medio después de la última vez que nos vimos germinó de modo inesperado.

Mis padres debieron de pensar que yo estaba muy sola esas fiestas, sin la misteriosa compañía de Regina. Habíamos ido juntas a ver *El resplandor* en el América Multicines el viernes 26, sin apenas hablar de la película a la salida, y luego se había marchado a toda prisa a Madrid para celebrar allí la Nochevieja con sus nuevos amigos de la universidad. Regina la había visto ya en su estreno madrileño y debió de pensar, con su maximalismo característico, que la película de Kubrick me ofrecería nutrición intelectual suficiente para soportar en soledad el ambiente familiar hasta el final de las Navidades. Qué ingenua y qué cínica al mismo tiempo. Y ahora Tana era la respuesta afirmativa a todas las preguntas sin respuesta que la película había despertado en mi mente desde que la vi en pantalla grande como plasmación de mis terrores ancestrales.

Como mis padres venían muy bebidos y contentos, se veía que habían pasado un gran día en casa de sus amigos Rafael y Marie-Françoise, se habían acordado de que tenían una hija querida a la que podía hacer feliz volver a ver a su guapa amiguita del verano del 78. El propósito de aquello era tan disparatado que me desagradó al principio y me mostré antipática con Tana, gesto que ella debió de interpretar como venganza por lo sucedido en casa de sus padres la última vez que habíamos estado juntas. Cuando lo normal por mi parte habría sido dar un salto de alegría enorme al verla cruzar radiante el dintel de la puerta de la sala de estar donde estaba

viendo una película aburrida en la tele, no consigo recordar su título, después de dar de cenar y acostar a mi hermano Arturo. Tana no había cambiado nada en ese tiempo. La que sí había cambiado, y mucho, era yo. Y Tana se dio cuenta enseguida de que aquella adolescente a la que apenas si recordaba ya era historia pasada.

Tana estaba de vacaciones. Había regresado hacía una semana de París, donde estudiaba lenguas orientales en la universidad, para celebrar las fiestas navideñas con sus padres. Y, cuando a mi padre se le ocurrió la idea de pronto y mi madre lo secundó, Tana, que estaba harta de la cobardía de su padre, la grosería de sus dos hermanos y la insolencia insufrible de su madre y sus dos hermanas mayores, se apuntó enseguida pensando que el plan de volver a verme después de tanto tiempo podría ser divertido. Al escuchar esto de sus labios, mi estupor se acrecentó, y fue cuando entendí que aquella carta había llegado al final a su destinataria pese a los múltiples obstáculos reales que se interpusieron en su camino postal. Yo la escribí con el corazón y Tana la leyó con la mente, por telepatía. Qué más se podía pedir para empezar una maravillosa relación desde cero.

Como principio no estaba mal, y a la mañana siguiente ya se me había pasado por completo el enfado, que hizo dudar a mis padres de que hubieran acertado al traer a casa a la hija menor del arquitecto, y Tana se mostró comunicativa y afectuosa conmigo desde el desayuno. Todo prometía ser, una vez más, de color de rosa, como diría Rosa, cuando la tragedia volvió a mostrar sus fauces en mi vida. Mi perro Sultán había muerto envenenado con raticida en octubre pasado. Avisados por un vecino, a quien molestaba el hedor a carroña que despedía el cadáver del animal tirado frente a su puerta, Arturo y yo tuvimos que ir a recogerlo y remolcarlo en una carretilla hasta el terreno baldío situado junto a nuestra casa, que era nuestro también, donde pensábamos enterrarlo enseguida en un agujero excavado con pico y pala. El vecino tenía razón, Sultán llevaba varios días muerto a la intemperie y el hedor era nauseabundo. Arturo y yo tuvimos que taparnos con

pañuelos la nariz y la boca, como forajidos en el Oeste americano, para manejar el cadáver sin vomitar. Y ahora mi segundo Dragón, el último superviviente de su estirpe, enloquecido por el celo de las perras, había desaparecido. Aprovechó la ausencia de mis padres el día anterior y la inesperada llegada de Tana, que acaparó toda nuestra atención, para saltar la valla de la casa y lanzarse al encuentro de una hembra tan hambrienta de sexo salvaje como él. Le dije entonces a mi madre, preocupada, que iría en busca del perro en la moto, y Tana, para mi sorpresa, se apuntó a vivir conmigo la aventura de localizar al joven Dragón, un animal impetuoso como nosotras. El modo en que me abrazó por la cintura, ya montada en la moto y acomodada en el sillín, y pegó su cuerpo al mío durante la conducción me demostró que Tana no estaba aquí por casualidad y reconocía así que le gustaban mucho mis cambios.

Busqué a mi perro, con Tana de paquete, asomando la cabeza rubia por encima de mi hombro derecho para prestar atención a mis comentarios casuales, por toda la extensión de la zona baja del arroyo Teatinos, y fui con el Vespino más abajo de la avenida Carlos de Haya a ver si Dragón se había extraviado en aquel barrio tan lleno de casas y de calles indistinguibles donde Alicia, mi psiquiatra, tenía la consulta. Recorrí luego la Colonia Santa Inés, rastreando calle a calle la zona que conocía y alguna otra en que nunca había estado, llena de granjas avícolas, como la de Artola, y de pequeñas industrias abandonadas, rodeé la finca de El Cónsul en vano y me atreví a llegar hasta la entrada urbanizada del Puerto de la Torre, aun sabiendo que mi perro no llegaría tan alto por nada del mundo, y hasta las inmediaciones del pueblo donde vivía Elena, guiada por la búsqueda ansiosa de Dragón y por el placer que me proporcionaba llevar a Tana detrás, con su cuerpo al fin pegado a mi cuerpo, hasta que regresamos a casa con las manos vacías y el corazón repleto de emociones.

# 91

En aquella época de transición me había aficionado, para llenar mi ocio solitario con algo que no fuera solo leer y escribir o ver películas, a jugar al ajedrez contra un ordenador personal Atari 800 que mi padre se había comprado ese mismo año para familiarizarse con la informática. Tana disfrutó mucho aquella misma tarde viéndome jugar, aunque perdía con frecuencia contra la inteligencia artificial del rudimentario dispositivo, moviendo las piezas blancas con pasos de plomo por el tablero de la pantalla y sacrificándolas en masa a sus contrincantes negras, en un gambito inexplicable, vigiladas las dos por el ojo derecho del águila paterna, posada sempiterna sobre el alero de la chimenea encendida. La única vez que logré ganarle a la máquina, en todo el tiempo que practiqué ese juego, fue estando Tana a mi lado, como si ella me hubiera inspirado el afán de victoria que me faltaba desde siempre, y en su luminosa ingenuidad de estudiante internacional lo celebró como si fuera un triunfo de la humanidad imperfecta sobre los robots pluscuamperfectos, o como un éxito de la inteligencia femenina sobre el cerebro mecánico del patriarcado, y no como un simple accidente sin mayores consecuencias, que es lo que fue en realidad, una casualidad que no se repetiría nunca más.

Dragón seguía sin dar señales de vida cuando llegó la noche, era la primera vez que desaparecía tanto tiempo, pero yo tenía otro problema añadido. Desde hacía semanas, disponía de dos entradas para una fiesta de Nochevieja en el club náutico El Candado, que había comprado a unos estudiantes de Económicas que vivían desde hacía poco en calle Amboina, y le había prometido a Lamiaa, mi nueva amiga marroquí, que pasaría con ella la última noche del año, que era también, en mi cómputo particular, supersticiones aparte, la última de la primera década que habíamos vivido con uso de razón y un corazón incendiario. Como era lógico, la dionisíaca Lamiaa me importaba mucho menos que la apolínea Tana y actué en consecuencia: mi modo preferido de resolver los bloqueos vitales.

Llamé por teléfono a Lamiaa y le dije sin rodeos que me había surgido un contratiempo grave y que no podría acudir con ella a la fiesta como habíamos acordado. Yo sabía que Lamiaa no iría sin mí, ya no quedaban entradas, y eso representaba una ventaja considerable para mis intereses. Mientras hablaba por teléfono con Lamiaa, explicándole con calma la situación, me di cuenta de que Tana me estaba escuchando desde detrás de la puerta del salón, y debió de entender, por el tono de mis palabras y por estas mismas, que entre Lamiaa y yo había mucho más que una tierna amistad, como había querido hacerle creer. Pero no pareció importarle demasiado. Cuando colgué el teléfono y volví para estar con ella en el sofá del salón, no hizo ningún comentario al respecto y se limitó a sonreírme con su gesto más seductor para incitarme a seguir compitiendo con la inteligencia del computador y a echar más leña a la chimenea, que se apagaba por momentos, como mis sentimientos hacia Lamiaa, y enfriaba el ambiente. Tana se sentía muy halagada por el hecho de ser la preferida. Todo había cambiado con Tana de manera radical e inexplicable. En la primavera y el verano del 78 era yo quien giraba alrededor de ella, acosándola como una pesada, y la perseguía a todas partes como una mascota dependiente, hasta volverme un incordio para ella. Ahora, a finales de diciembre del 80, Tana se había convertido en mi sombra y no me dejaba sola ni un momento, como si temiera perderme o tuviera planes para mí que no podían frustrarse de ningún modo, que es lo que creo ahora, pasado el tiempo.

## 92

La tragedia se consumó a la mañana siguiente y todo pareció torcerse, ya antes del desayuno, cuando un vecino vino a decirnos que había visto a Dragón moribundo, la noche anterior, tirado en el arcén de la carretera, a la altura del Cortijo Alto, no lejos del arroyo

Teatinos, un lugar por el que yo había pasado el día anterior sin ver nada llamativo. Imagino que la distracción de Tana sentada atrás en la moto podría ser la explicación a mi despiste. No sabría decirlo con exactitud. A mi padre se le ocurrió, a media mañana, que fuéramos a la perrera cercana a ver si lo habían recogido los empleados después de la llamada de algún transeúnte denunciando la presencia del animal gravemente herido junto a la carretera. Solo mamá, con su tino característico, pudo impedir que Tana nos acompañase en el coche al pedirle que la ayudara en la cocina con algunos platos de la cena. En el camino hacia la perrera, papá, que se había mantenido discreto y educado hasta entonces, me preguntó una impertinencia:

—¿Estás contenta, hija?

Y le dije que sí, qué le podía contestar si no, en aquellas circunstancias tan especiales, claro que estoy contenta, a pesar de que estaba a punto de echarme a llorar otra vez convencida de que Dragón, el último de mis perros, estaba muerto también. Y pensé, para frenar mis emociones, que Tana era el regalo de Reyes particular de mi padre. Papá me la había envuelto en un papel de regalo fácil de desembalar para entregármela como presente esa Navidad. Una Navidad que él debía de intuir mejor que nadie que sería la última en esa casa, con su familia. Después de todo lo sucedido entonces, cuando mi padre vio a su hija maltratada por la familia de su amigo Rafael, había esperado el momento de la venganza privada, y este había llegado coincidiendo con el final de ese año decisivo de nuestra vida. Recuerdo que pensé, por eso, que ese regalo precioso que mi padre me hacía no era gratuito, tenía un alto precio. Y que así se demostraba también, como había sospechado tantas veces antes sin necesidad de consultar el anillo de Willem, que papá había sido durante años el amante de la madre de Tana, el amante de la mujer de su amigo socialista. Sí, así era, papá se acostaba, como muchos otros hombres, con Marie-Françoise, la esposa francesa del arquitecto marbellí, antes incluso de que pensara en diseñar la casa con forma de bumerán de El Atabal, la casa de la familia que siempre volvía al punto cero, a su

origen incierto, por más lejos que intentaras lanzarla en el espacio y en el tiempo. Y que papá sabía, en su malicia innombrable, que yo estaba interesada en la hija menor de su amante y que eso mismo, lo quisiera yo reconocer o no, nos igualaba a los dos en cierto modo. Nos ponía al mismo nivel, más allá de nuestras diferencias. Padre e hija unidos al fin a través de un vínculo perverso pero no por ello menos poderoso.

No era la primera vez que mi padre me hacía saber que tenía aventuras y romances con mujeres que conocía gracias a su trabajo y que mamá, tan inocente entonces, ni siquiera imaginaba. Recuerdo cuando me contó, por esa misma época, su lío efímero con Micheline, la esposa legal de James Bond, la mujer francesa de Sean Connery, a quien este era infiel con la nube de chicas que lo asediaban en los diversos clubes de golf de Marbella, donde se pasaba la vida jugando a su deporte favorito, el sexo. Mi padre conoció al matrimonio Connery una noche en una fiesta en el Marbella Club, se convirtió en su asesor de inversiones local y se aprovechó de la ausencia del marido y de la debilidad de la mujer para seducirla una tarde en el office de la cocina de Villa Malibú, donde residían, mientras le servía una taza de café marroquí, y acabó consumando la faena en el lujoso dormitorio que ella compartía con el famoso actor escocés. No me siento orgullosa del hecho, al contrario, me da asco, como le dije a Regina cuando le conté la anécdota cinéfila pensando que al menos a ella le haría gracia y, sin embargo, le repugnó, así de buena amiga era Regina. Me parece una evidencia más en el expediente de infamias de papá. Pero explica por qué mi padre, en el caso de Tana, estaba jugando a un juego mucho más sucio conmigo y con mi madre. Un plan de venganza sexual transferido. Ahora sabía con certeza que Tana, en realidad, era la hija favorita de mi padre, no yo. La hija adúltera e incestuosa al mismo tiempo. ¿Me había enamorado de Tana porque intuía que era la hermana que nunca tuve? No puede ser, no me lo creo. Qué locura. La sospecha, cuando se produce como una revelación fulminante, me deja sin aliento y me corta la respiración.

Me veo obligada a abrir la ventanilla delantera del Citroën GS para sacar la cabeza, el pelo al viento, e inhalar un aire que es como droga en mis pulmones. Papá no se da cuenta de mi estado de alteración, creyendo quizá que es por causa de Dragón, y sigue conduciendo camino de la perrera como si nada hubiera pasado.

Dragón fue atropellado brutalmente por un coche y estuvo dos días agonizando al borde de la carretera, nos dijo el empleado de la perrera que nos atendió en el mostrador. Me entregó los arreos del perro, una cadena metálica y un collar de cuero marrón, oscurecido por el sudor del cuello del animal, eso era todo lo que quedaba de él después de que lo hubieran *dormido*, como dijo el hombre para ocultarnos la verdad. La verdad era que le habían clavado una hipodérmica para matarlo, viéndolo desahuciado, y luego lo habían arrojado al incinerador, lo mismo que habían hecho con mi primer Dragón hacía cinco años por las denuncias de un estúpido vecino. Estuve llorando sin parar hasta que llegamos a casa, abrazada a las pertenencias del perro como si fueran reliquias de su paso por mi vida. Me bajé del coche antes de que mi padre acabara de aparcarlo y corrí hacia mi habitación atravesando el jardín que Dragón y Sultán habían convertido en su reino canino durante años en mi compañía fiel, y me refugié ahí durante horas para poder llorar sin testigos.

Cuando Tana se enteró de lo que había pasado, bajó a consolarme y, al verme llorar con esa intensidad, se sintió conmovida y me besó por primera vez. Cogió mi mano izquierda, donde era visible la cicatriz del corte que me hice en su casa en julio del 78, y la besó, un beso rápido con los labios carnosos y la punta vibrante de la lengua, y luego besó mis labios sin contabilizar el tiempo de duración para no parecer mezquina o insensible. Al salir de la habitación sonreía y se la veía feliz, y eso, a pesar de mi estado anímico, me pareció un buen signo para la noche. Me quedé sin perros para siempre y tuve a Tana por unas horas. Dios me castigaba Con dureza y luego me recompensaba con creces por mi fortaleza. Ahora que sabía la verdad, o una parte de la verdad, amaba a Tana Con mayor ardor y me sentía más cerca de ella que

nunca. Era casi tan ingenua como mamá.

## 93

Esa noche, la última del año, nos pusimos las dos muy guapas, con la ayuda de mi madre, que se pasó toda la tarde yendo de habitación en habitación con sus accesorios de costura a cuestas para ajustar y recomponer nuestros vestidos de fiesta.

Tana se vistió de rojo escarlata para anunciarme sus intenciones, con un vestido de escote de pico que había comprado en una tienda parisina de diseño, junto con los zapatos azules de cuento de hadas, con la idea de estrenarlo en la fiesta en casa de los amigos marbellíes de sus padres, a la que renunció solo para estrenarlo conmigo cuando el viejo año muriera y el nuevo año anunciara su nacimiento con estrépito. Y yo, de negro, un bonito vestido de terciopelo que mamá me había regalado el año anterior y solo me había puesto una vez porque era demasiado elegante, aunque había obligado varias veces a Elena a que se lo probara, para constatar lo bien que le sentaba, reprimiendo en cada ocasión el deseo de regalárselo. Al fin y al cabo, estaba de luto por Dragón, mi perro muerto, y debía guardar las apariencias, aunque mi corazón inflamado me exigiera colores más vivos, como los que adornaban con atrevimiento el adorable cuerpo de Tana, y decidí ponerme los zapatos de color champán con hebillas laterales, regalo de despedida de Regina, para celebrar que estaba viva y tenía ganas de divertirme. Mamá tuvo el acierto de corregir la hondura del escote y alargarle la falda a mi vestido para mandarle a Tana un mensaje de prudencia femenina. La chica no lo necesitaba, a pesar de su apariencia descocada, pero mamá actuaba convencida de que toda precaución era poca entre nosotras dos. Empezaba a conocerme mejor que yo misma y trataba de contener mis tendencias poniéndoles límites objetivos. La batalla por el placer de las mujeres

se libra en la mente de las mujeres. Dios me quiere libertina.

La fiesta de Nochevieja tendría lugar después de la cena, y estábamos tan excitadas Tana y yo como si aquello, en lugar de ser una cena familiar de fin de año, fuera un banquete nupcial, con mi padre presidiendo la gran mesa en el comedor, mi madre replicándole desde el otro lado, Tana sentada a la izquierda de mi madre y Arturo sentado a mi lado como un niño bueno, un monaguillo, sin rechistar, y yo sentada a la izquierda de mi padre para atenderle en lo necesario por requerimiento de mamá. Y como si, terminado el banquete, al fin, a las dos nos estuviera esperando, en el dormitorio, la noche de bodas. No deseábamos otra cosa. Mi madre no se entera de nada, la pobre, no sabe de qué va el juego de esta noche, y papá disfruta como un enano: lo que es, en el fondo, un enano mental y espiritual, un homúnculo que lo sacrifica todo a sus pequeños placeres mediocres, empezando por el vino blanco, las gambas cocidas y la langosta africana. Tana y yo no probamos casi los platos del exquisito menú que mamá se ha esmerado en preparar durante todo el día para complacer a la invitada y a su familia de anfitriones. Fingimos como las actrices en las películas y en los rodajes complicados, revolviendo el fondo del plato con el tenedor y el cuchillo en busca de un bocado menudo de comida para llevarlo a la boca cuando llegue el momento y así disimular ante los otros comensales, que apenas tienen tiempo de vigilarnos mientras devoran los suculentos manjares. Arturo parece haber mejorado a lo largo de esta última semana y le ve comer con renovado apetito. Al acabar, recogiendo los platos colmados de restos, mamá nos amonesta con su gracejo madrileño de los días de fiesta, en los que se permite beber algo más de lo habitual:

—Ay, niñas, pero si no me habéis comido nada. Así estáis de delgadísimas.

La felicidad no se puede contar, y menos cuando es sentimental, un enigma, y sexual, un misterio. Papá nos lleva en el coche a la fiesta para que no se estropeen nuestros vestidos y poder contemplarnos justo hasta el último minuto de lo que intuye será

una noche larga y apasionada entre nosotras. En cuanto superamos el control de acceso a la fiesta, con las entradas brillando en la mano como salvoconductos a la libertad, las dos nos miramos comprendiendo que no vamos a aguantar mucho tiempo aquí, en este ambiente de estudiantes convencionales que disfrutan de una juventud fugaz que echarán de menos el resto de sus vidas como si fuera la mejor época que han conocido, lo que es cierto, por otra parte. Tana y yo estamos impacientes por quitarnos los vestidos y desnudarnos la una a la otra. Es el deseo que ha ido gestándose a lo largo de la tarde, mientras nos los probábamos con mamá de testigo, y ahora se hace incontrolable. Es irónico, pero todo el esfuerzo por vestirnos, peinarnos, maquillarnos y, en definitiva, embellecernos era solo para alimentar el deseo de estar juntas, sin nada artificial que nos separe. Sabemos refrenarnos, sin embargo. El recinto es gélido y Tana siente el frío penetrante subiendo desde los pies hasta la cintura, como me dice pudorosa. Bailamos para entrar en calor, nuestros abrigos protectores se quedaron en el guardarropa de la entrada, y compruebo con agrado que no conozco a nadie en la última fiesta del año.

—Yo, en cambio, conozco a todo el mundo.

La ironía de Tana es tan desplazada que solo la entienden los elegidos. Suena de repente «Xanadu», en la meliflua voz de Olivia Newton-John y la música de la Electric Light Orchestra, y todos los que están ahora en la pista bailando reaccionan con entusiasmo al ver las imágenes del final de la película en los monitores situados en las cuatro esquinas del local abarrotado, como si esta apología del fracaso comercial fuera el himno futuro de estos economistas en ciernes en cuyas manos algún día descansará la macroeconomía de nuestro microcosmos. A Tana, de tanto bailar al ritmo exultante de los patinadores sobre ruedas, se le pone la cara colorada y sudorosa y resopla, recogiéndose el pelo rubio revuelto en la nuca con las dos manos para refrescarse un poco. Está encantadora así, en su faceta Karen Black desmelenada, y me entran unas ganas locas de besarla otra vez, pero me contengo pensando en mi madre y en lo que mi

madre pensaría si me viera hacerlo en este entorno respetable. Demasiado humo y demasiados humos a nuestro alrededor, la atmósfera es irrespirable y pretenciosa, y el grado de petulancia individual se eleva por momentos como los índices bursátiles. Las grandes cristaleras abiertas al mar agitado y a la noche invernal no consiguen ventilar el enorme salón de baile del club náutico, atestado de gente hiperactiva que sueña ya, desde primero de carrera, con comprarse un yate de lujo.

—Bebamos algo, ¿no te parece?

*Barra libre* es una expresión demasiado comprometida como para usarla con inocencia, aunque esté escrita con grandes letras en la entrada de la fiesta junto a los dígitos del año que acabamos de iniciar con alegría desorbitada, como si el mundo estuviera a punto de cambiar para siempre. Tana y yo, una vez llegadas a la barra y esperando turno, nos conformamos de momento con un par de vasos bien fríos de vodka tónica con los que calmar nuestra sed de absoluto. Y luego, navegando contra el gentío que circula en dirección contraria, buscamos un rincón solitario en el exterior, un lugar apartado con espléndidas vistas al mar.

## 94

El mar ruge de celos esta noche y lanza contra nosotras la cólera de sus mareas y de sus olas enloquecidas, chocando una y otra vez contra las piedras del pretil con furia inusitada, salpicándonos de espuma salada el bajo de los vestidos y los zapatos recién estrenados. La primera tanda de besos apasionados, aún de pie, deja a Tana rendida en mis brazos y a mí temblando en los suyos. Apoya la cabeza en mi pecho con ternura y me dice con su voz más dulce:

—No sé qué me está pasando desde que entré en tu casa el otro día. No consigo sacarte de mi cabeza.

Entiendo que estudiar chino en París es una metáfora que podría interpretarse también, en el caso de Tana, como estudiarle a fondo a sí misma para descubrir, al contrario de lo que Picasso creía, que existen signos de auténtica extrañeza y confusión en el interior de nuestra mente, intrusiones irracionales de otros mundos habitados por seres desconocidos que no hablan como nosotros.

—Yo no soy así. Eres una maga y me has hechizado.

La segunda tanda de besos solo pretende acallar la mentira de los palabras con la verdad de los hechos, labios y lenguas anudando deseos innombrables, pero, como veo que ella necesita hablar, me despego de su cuerpo a disgusto y vamos a sentarnos en unas sillas metálicas que alguien puso ahí, al principio de la noche, sin pensar en quiénes las ocuparían mucho después con sus acuciantes problemas íntimos. Imagino que los viejos pescadores del club, jubilados en su mayoría, deben de usarlas a diario pasando las horas muertas en espera de que el mar les entregue sus tesoros menos preciados a cambio de nada.

—Tengo un novio en París, Eliu. Es judío, perdón, israelí, y quiere casarse conmigo lo antes posible. No puede esperar. Estudia idiomas en la misma escuela que yo. Es políglota. No sé ni cuántas lenguas es capaz de hablar. Me ha invitado a Israel para presentarme a su familia. Viven todos en un *kibutz*, al sur del país, y yo no estoy segura todavía de lo que quiero. Hay otro chico en Marbella, lo tendría que haber visto hoy en la fiesta en casa de sus padres a la que han ido mis padres, qué lío, también estaba invitada. Teo es algo mayor que yo y está esperando a que termine la carrera para pedirme en matrimonio. No sé lo que me conviene…

—¿Y esto?

No existe el silencio cuando el mar está tan próximo y embravecido, y de esta circunstancia suelen aprovecharse quienes, como yo, tienen muchas cosas que ocultar detrás de una máscara de simpatía. Tana me da una lección de sutileza susurrándome en el oído que me quiere en chino. Mi nombre no lo entiendo con claridad, demasiadas vocales agrupadas, pero lo importante del gesto es que

nuestro amor de una sola noche puede traducirse a una lengua exótica y milenaria sin perder sonoridad.

—Eres maravillosa.

No diré cuál de las dos pronunció estas palabras en un momento de respiro, entre beso y beso, para preservar el misterio. Le tapo a Tana la boca con la mano, cuando la veo con intención de volver a compartir sus dudas conmigo a cambio de los besos interminables, le digo que no tengo vocación de Muro de las Lamentaciones, al que las mujeres, por cierto, no pueden dirigir sus súplicas, oraciones o quejas, y le pido, por favor, que no me hable más de los hombres de su vida. Que esta noche, en las primeras horas de la primera madrugada del año 81, que algún día recordaremos las dos, con lágrimas en los ojos, como una fecha clave en el calendario de nuestra vida, estamos solas ella y yo, aquí y ahora, y no hay nada más en el mundo, nosotras dos y el mar que nos amenaza con el furor posesivo de sus celos. Y es entonces cuando escucha como un mensaje privado, por encima del rumor del oleaje y del ruido emocional de nuestros besos, «Another Brick in the Wall» a todo volumen, como más me gustaba escuchar esta canción el verano pasado, cuando no era más feliz que ahora, y este himno generacional de Pink Floyd parece devolverme intactas las promesas que el otoño se llevó a la tumba y al olvido.

—¿Nos vamos?

La aventura de buscar un taxi no forma parte de esta historia, pero cuando al fin encontramos uno disponible y nos metimos en él de vuelta a casa había pasado una hora al menos desde que abandonamos la fiesta. Nos gastamos una buena pasta, que pagamos a medias, en recorrer Málaga de una punta a otra, a cámara lenta, bajo la luz indecisa del nuevo año, desde el club náutico El Candado hasta la urbanización El Atabal, del este al oeste, del mar a la montaña, del yin al yang, como diría uno de los filósofos taoístas que Tana estudiaba en París con fervor confuciano. Todo esto lo sabía el caballeroso taxista cuando detuvo su coche frente a nosotras y nos abrió la puerta del taxi desde el exterior, como a dos

damiselas en apuros envueltas en sus abrigos caros, un dúo de hijas del fuego perdidas en mitad de la locura romántica de la Noche de San Silvestre, invitándonos a entrar sin demora. Extrañas en la noche, Tana y yo, cogidas de la mano y besándonos en el asiento trasero para sorpresa del taxista, con la canción de Sinatra como banda sonora en la radio del taxi. Tana adoraba a Sinatra, como sus padres, nadie es perfecto, y yo padecía a mi vez la veneración de los míos por la cursilería afrancesada de Aznavour, que sonaba a diario en el tocadiscos del salón con cualquier excusa.

## 95

Al llegar a casa tras el largo trayecto, lo primero que siento otra vez es la dolorosa ausencia de Dragón, nada más abrir la verja de la entrada y aguardar en vano su aparición, y esta me sirve de impulso para conducir a Tana corriendo, cogidas de la mano de nuevo, a la zona de la piscina para mojarnos los pies en el agua fría, que hace reír a mi amor en cuanto se descalza y los sumerge como yo hasta los tobillos, pensando que le propongo, con ese gesto, algún juego calenturiento. Incitada por la suave temperatura del aire, Tana toma la iniciativa de quitarse el vestido al fin y se queda en ropa interior, y yo no tardo en imitarla. No nos atrevemos a bañarnos para no estropear el clima de complicidad y deseo que existe entre nosotras, revoleándonos abrazadas por el césped humedecido en posturas cada vez más incómodas hasta que una de las dos, con gran sentido de la oportunidad, pronuncia la palabra mágica que abre las puertas del corazón, la cabeza y el sexo:

—¿Nos vamos a la cama?

No soy yo quien lo dice, pero sí es a mi cama adonde Tana quiere ir enseguida, y no a la que mi madre le preparó con cuidado a su llegada en la habitación de invitados. A pesar de los dos novios, el judío y el marbellí, que la esperan con sus exigencias matrimoniales,

Tana se siente transgresora esta noche y ya no le preocupa lo que piense mamá de ella si la descubre conmigo. Le digo que no es la primera vez que estoy con una chica en mi casa y me responde que no le preocupa lo más mínimo y que prefiere no saber. No quiere conocer mis intimidades, es normal en su caso. No nos queda mucha ropa que quitarnos y Tana no hace un acontecimiento del acto de desnudarse, ni yo tampoco, la lencería cae sin revuelo como un tributo a la naturalidad de la escena. Hace frío en mi dormitorio, como siempre, y lo más importante es abrazarnos desnudas bajo las sábanas y el edredón y amarnos hasta el amanecer sin descanso. Con su hermoso cuerpo sometido al bombardeo de mis besos y mis caricias, soy la mujer eléctrica en acción, la piel de Tana echa chispas de placer por todos los poros y los orificios. Cada vez que tiene un orgasmo, acalorada y enrojecida, Tana emite un suspiro de gozo que deja de conmoverme a fuerza de repetirse. Cuando la luz del primer amanecer del año se filtra por la persiana y por la puerta de cristal rota, Tana se separa de mí de pronto, se levanta y se pone el vestido sobre el cuerpo sin abrochárselo, la estoy espiando y no se da cuenta, ensimismada en sus acciones. Con la ropa interior hecha un ovillo en la mano izquierda y los zapatos azules de hada madrina en la otra mano, abandona mi habitación con un sigilo sospechoso.

Me duermo pensando que Tana es extraordinaria y que nuestra noche de amor ha superado todas las expectativas. Me despierto al mediodía, con un hambre atroz, y se me cortan las ganas de comer cuando subo a la planta de arriba y mamá me anuncia que Tana se ha marchado ya, sin tiempo para despedirse. Papá la llevó a la estación de autobuses hace cerca de una hora. Tenía prisa, al parecer, porque al día siguiente tenía que coger un avión para volver a París. Hasta aquí mi madre. El anillo de Willem me permite conocer el resto de la historia. Tana ha decidido aceptar la propuesta conyugal del impaciente novio israelí. Acepta casarse con él y recibir la bendición de su austera madre y de la familia numerosa del *kibutz* y vestirse de la cabeza a los pies como una matrona judía y

renunciar a todo lo que vale la pena en la vida con tal de seguir el mandamiento levítico.

No la volví a ver más que en una foto que nos enseñó muy orgullosa varios meses después la madre de Tana, Marie-Françoise, un sábado de abril que apareció en casa de improviso al final del almuerzo, como solía hacer con el consiguiente disgusto de mamá, para comerse las sobras de los platos y rebañar las cacerolas y sartenes que encontraba a su paso. En la foto, Tana iba vestida de la cabeza a los pies con un traje tradicional, digno de los disfraces regionales del concurso de *Miss* Universo, una larga y ancha túnica negra y un velo dorado que le cubría el pelo rubio y solo permitía ver la cara arrugada y mustia de una mujer embarazada de más de seis meses, según el cómputo de la madre. Así descubrí, si no me fallan las cuentas, que Tana, cuando se acostó conmigo el primer día del nuevo año del Señor, ya estaba embarazada de Eliu, que salía en la foto con su vestimenta negra de novio ortodoxo y con tirabuzones, y que ella lo sospechaba. Se había cumplido la maldición bíblica y Tana encarnaba en esa imagen a la mujer castigada por Dios por sus muchos pecados y enterrada en vida por su familia.

Amén.

## 96

Así es la vida, si lo sabré yo, que he pasado por todas. Pájaros, pajaritos y pajarracos saltando de rama en rama en busca de provisión y sustento. Los pajaritos cantan canciones de amor y de alegría en las películas de dibujos animados para niños y niñas, y los pajarracos hacen cantar a la gente canciones tristes y miserables. Los pajaritos alegran la vida de la gente con sus melodías animadas y los pajarracos la amargan, sumiéndola en la desgracia y el dolor. Pajaritos en la cabeza y pajarracos en el bolsillo, es ley de vida.

Hoy ha sonado el timbre de improviso cuando nadie en casa lo

esperaba. El timbre de la fatalidad. Ha sido un día pleno de revelaciones y descubrimientos para todos. Mamá estaba en la cocina tratando de decidir con qué alimentaría hoy a su exigua prole, qué podría darnos de comer a mí y a mi hermano Arturo, tan debilucho. Yo estaba leyendo en mi cuarto, como es mi costumbre por las mañanas ahora que no tengo otra cosa que hacer, una novela apasionante sobre mujeres loba y hombres cordero escrita con la sensibilidad de una extraterrestre. Mientras leía el libro fantaseaba con lo que haría si yo fuera de verdad una loba, como Regina me llamaba en broma cuando se excitaba más de la cuenta, y no una boba, como me siento la mayor parte del tiempo. En Regina pienso poco últimamente. Hace tiempo que no sé nada de ella, espero que le vaya bien en Madrid. Mi hermano Arturo, el pobre, estaba recluido en su cuarto, como casi siempre, metido en cama, con fiebre y malestar otra vez. Lleva así varios días y el médico, el doctor Bueno Hermoso, le ha recomendado reposo. Mi hermano es, como algunos vinos portugueses que le gustan a mi padre, un niño muy reposado. No me burlo de Arturo. En realidad, me da tanta pena que esté siempre enfermo que trato de olvidarme haciendo chistes malos con las palabras. No tengo por qué justificarme. Los pajarracos nunca lo hacen, nunca se disculpan ni piden perdón. Yo también querría ser de vez en cuando un pajarraco y volar de noche al nido de la gente para meterle miedo y robarle sus pertenencias y posesiones más valiosas y queridas. Todo es más fácil en la vida cuando eres un pajarraco.

La visita inesperada de los pajarracos ha sido devastadora. Mamá les abre la puerta sin sospechar lo que se avecina. No imagina ni quiénes son ni a lo que vienen. Estaba tan contenta, a pesar de todo, que se le ha caído la casa encima, nunca mejor dicho, después de hablar con los pajarracos. Se le ha hundido el mundo. Expresiones muy justas que ayudan a entender los sentimientos por los que pasa la gente cuando los pajarracos visitan sus casas y amenazan sus vidas. Mamá me llama desde lo alto de la escalera con tono lúgubre y me dispongo a subir sin prisa para ver qué pasa

en la planta de arriba. Intuyo la llegada de lo peor y me preparo anímicamente.

Había oído el timbre lejano desde abajo y creía que sería el panadero o el cartero, no una pareja de pajarracos de mal agüero cargados de malas noticias y dispuestos a arruinarnos la vida para siempre. Antes de salir de la habitación, previsora que soy, he cogido el anillo de Willem y me lo he guardado en el bolsillo del pantalón por lo que pudiera pasar. Como si fuera un micrófono de escucha ilegal y yo una infiltrada o una espía en una investigación sobre corrupción policial. He visto este escenario tantas veces en series y películas que cuando veo por fin a los dos pajarracos sentados a pleno sol en la terraza de la casa me imagino en una película con procedimiento criminal y decido permanecer de pie, por si acaso.

Los dos pajarracos se han instalado tan a gusto en la mesa redonda de la terraza, rodeados de las hortensias y los geranios que mi madre mantiene en plena forma a base de riegos y cuidados incesantes, con sus grandes maletines negros abiertos sobre la mesa, sacando y metiendo papeles que le enseñan a mi madre como si fueran el testimonio de un crimen cometido por un miembro de la familia. No estoy de humor, y lo primero que hago es sentirme culpable por todos los crímenes que no he cometido ni cometeré nunca. Y lo digo en voz alta, para desahogarme, pero no tiene gracia, lo comprendo. Los pajarracos no están para aguantar este tipo de bromas juveniles, me miran sin decir una palabra para indicármelo con un gesto que resulta disuasorio, y lo que le están enseñando a mi madre son los fragmentos de una novela en curso, un sucio borrador de novela de la que su marido es el infame protagonista. Estos pajarracos son dos inspectores del fisco y se llaman Rogelio y Benito, y se toman su trabajo y a sí mismos muy en serio. Son unos profesionales de primer nivel, expertos y veteranos en las cuentas de la gente y en ajustarle las cuentas a quien no las tiene en regla. Yo diría que su trabajo es tan importante en la escala humana de los trabajos del mundo que se podría situar justo un escalón por encima del de los enterradores y los asesinos. Ni más ni

menos.

Lo que aparece escrito en esos papeles oficiales, llenos de columnas y de números, es tan abrumador que mi madre se echa a llorar como si estuviera viendo un folletín televisivo de los que encandilan a las sensibilidades más vivas con sus sentimientos a flor de piel y sus amores exagerados. Mi madre llora sin poder contenerse antes de terminar de leer la última línea del último balance de la contabilidad fallida de su marido. Lo sé bien porque yo también lo estoy tratando de leer, por encima de su hombro, ese y todos los demás papeles sellados y fechados que los pajarracos traían grapados o sujetos con clips en maletines tan negros como su alma de contables para destruir de manera sistemática y definitiva la paz en la casa de mis padres, el hogar de mi familia, la vida íntima de una casa, un matrimonio y una familia que no son ejemplares, es cierto, no son el mejor matrimonio ni la mejor familia del mundo, quién lo duda, pero que tienen derecho a una vida digna, como todo el mundo, derecho a intentarlo al menos, es lo mínimo que se puede pedir, sin que unos pajarracos caídos del cielo se presenten una mañana para hundirlos en la miseria y la desolación. Mamá sigue llorando sin parar y yo sigo escrutando con rencor la cara de circunstancias de los pajarracos que han metido el dedo en la llaga de una herida que mi madre no imaginaba que existiera. Ellos no tienen la culpa. Ellos no han hecho nada. Ellos se limitan a cumplir con las obligaciones de su trabajo. Las excusas de siempre. Si el marido y padre de familia, si el hombre de la casa hubiera cumplido con las suyas y no hubiera hecho lo que ha hecho, todo sería muy diferente. Ellos no son en absoluto responsables de la mala conducta fiscal y el abandono reiterado, palabra de pajarraco, de cualquier responsabilidad mercantil por parte del susodicho. Así es.

La cosa es compleja y extraña, desde luego, mucho más compleja y extraña de lo que los pajarracos imaginan, y casi siento compasión y lástima por ellos, que se sienten conmovidos a su vez por el llanto irrefrenable de mi madre. Es verdad que no es fácil asumir toda la información que esta pobre mujer ha recibido esta

mañana de buenas a primeras sobre su marido, sobre las actividades fraudulentas y la bancarrota contable de su marido. Es un palo muy grande, señora, dice uno de los pajarracos, el que lleva la voz cantante, algo más joven que el otro pajarraco. Eso lo entendemos. Las cosas son como son. Desde luego que sí. Y no de otro modo. Nunca de otro modo. Eso tampoco se puede discutir, para qué engañarnos, dice el pajarraco mayor para rematar la perorata de su colega. Nada es reversible en la vida, pienso yo, a mi vez, para añadir algo de inteligencia situacional a una situación bastante estúpida. Nada tiene marcha atrás, dice el primer pajarraco. Ahora bien, las cosas tienen arreglo, la ley lo prevé, no hay que desesperar, señora. No hay por qué ponerse siempre en lo peor. Defina *peor*, exige mi madre entre lágrimas al pajarraco más serio, debe de ser él el que ejerce de jefe del tándem.

—Para no andarme con rodeos, señora. Lo peor es que nos quedemos con la casa a cuenta de las deudas, ya ha visto usted las cantidades, ridículas en comparación con el valor catastral de la vivienda, y tengamos que sacarla a subasta pública y usted y su familia se vean desahuciados de la noche a la mañana.

Yo ya lo sabía, todo esto, lo veía venir. El anillo de Willem me permitía saber todo lo que los pajarracos sabían, todo eso que sabían sobre mi padre y les daba tanto poder sobre mi madre y sobre mí, en apariencia, y mucho más. Yo sabía más aún, sí. Sabía muchas cosas. Cosas extrañas y otras no tanto. Cosas que nunca le contaría a mi madre para no amargarle todavía más la vida que le quedaba por vivir entre el dolor y la rabia y el odio disimulado. Cosas como que papá había montado un negocio de joyas falsas que encima había funcionado mal porque no le gustaban a nadie y nadie las quería comprar. Los estafadores que hicieron a mi padre representante de la marca lo engañaron y luego desaparecieron sin más. Se los tragó la tierra y lo dejaron colgado con la mercancía de mala calidad y un montón de impagos. Cosas como que papá había empezado a coquetear con Fuerza Nueva y se pasaba las tardes y las noches tomando cubatas en el bar de Fuerza Nueva con otros

simpatizantes o militantes, otros fascistas, como diría Carlos, de vidas tan inútiles como la suya, aprovechando que la sede de este partido facineroso estaba en una calle perpendicular a calle Comedias, cerca del edificio donde papá tenía la oficina de su negocio ruinoso. Cosas como que todo el resentimiento de papá, todo su odio y su disgusto por una vida insatisfactoria e ingrata, los había canalizado a través del ideario fascista y del apego al pasado franquista de esta gente impresentable. Cosas vulgares como que papá se había liado con la triste camarera del bar de los fachas, una tal Amalia, una cuarentona del montón a la que había hecho su amante por desesperación, y ya no pensaba en otra cosa que en estar con ella todo el tiempo posible, encoñado a muerte, palabra de mamá. Cosas como que la tal Amalia estaba divorciada y tenía un hijo de la edad de Arturo y quería que papá se divorciara también para poder casarse con él, sin saber lo que le esperaba, la pobre, y que papá se lo estaba pensando en serio desde hacía meses, como yo intuía. Cosas y más cosas que hicieron que los pajarracos vinieran a visitarnos esta mañana sin avisar, después de haber intentado en vano localizar a mi padre en su oficina, y le causaran un disgusto enorme a mi madre y a mí de paso, además de un asco infinito por mi padre.

Ahora sí creo conocer de verdad a mi padre, y desearía que no lo fuera con todas mis fuerzas. Mi hermano tiene la suerte, triste consuelo, de que mi padre no lo considera hijo suyo, como es tan débil y enfermizo, y además no vivirá mucho, así que este problema le importa bastante poco. Mi padre no acepta haber producido un hijo defectuoso, o dos, como dice cuando se emborracha y se le suelta la lengua venenosa que esconde replegada dentro de la boca como un aguijón. Un hijo que se le va a morir antes de hora porque le falla el programa genético, un vástago averiado, un anormal y un tarado, palabra de papá. Un hijo de su madre, tal cual, y no de su padre. Mi padre, el eugenista. Mi padre, el nazi.

En menos de seis meses, si no se paga la deuda de medio millón de pesetas, se ejecutará el embargo de la casa. La sentencia de los

pajarracos es inapelable. El nuevo año no nos trae más que desgracias.

## 97

Hago la lista de mis actrices favoritas. Las actrices con las que me identifico en cuanto aparecen en pantalla, ya sea en el cine o en la televisión. Son muchas. Quizá excesivas, sobre todo si se piensa en preservar mi estabilidad mental, como decía Alicia, mi psiquiatra. En primer lugar, Marilyn, la «mujer eléctrica» de mis sueños, lo habría dado todo por acostarme con ella y salvarle la vida, aun a riesgo de morir electrocutada en la silla eléctrica. Y además de ella: Lauren, Marlene, Elizabeth, Karen, Sissy, Greta, Carrie, Jacqueline, Katharine, Diane, Sigourney, Catherine, Dominique, Ingrid, Hanna, Romy, María, Sue, Louise… En el orden exigente en que las descubrí y las hice mías a todos los efectos. Ellas me dan la fuerza para seguir viviendo cada vez que las veo aparecer ante mí.

Me doy cuenta de que es Sigourney, de todas ellas, la presencia más poderosa para mí. Sigourney escribe en *Alien* una poesía mucho más efectiva que la de Alfonsina Storni y todas sus hermanas poetas de la tristeza sentimental y la castidad trágica, que la maestra Antolina, con buena intención y escaso éxito, nos quiso vender en clase durante años como superiores a sus colegas del sexo dominante. La poesía que Sigourney escribe con su aparición en la pantalla se consume con los ojos desnudos. Es una poesía pensada para devorarla con la vista, impresionar la retina y enviarla como imagen vibrante al cerebro. La poesía que rodea a Sigourney en la película contribuye a hacerla aún más electrizante. La nave galáctica Nostromo, el planeta glacial, la nave extraterrestre, el huevo alienígena, el androide, el nacimiento convulso y las mutaciones del monstruo. Todo esto convierte la poesía de Sigourney en un arte superior.

En la secuencia final, cuando Sigourney está más hermosa y atractiva, con su camiseta ceñida y sus braguitas ajustadas, sentí una identificación total con ella. El monstruo que se había infiltrado como un intruso en la nave de salvamento era mi padre. El sobresalto al reconocerlo fue insoportable. Lo sentí con todo el cuerpo, como una conmoción en el estómago y en el corazón. Agarré la mano de Regina, que estaba posada en el brazo del asiento, y la apreté con todas mis fuerzas para poder asirme a algo que fuera concreto y tangible. Estaba experimentando una emoción insólita en mi vida y Regina lo supo y no se asustó cuando la presión de mi mano sobre la suya pudo ser desmedida y hasta dolorosa. Entendió lo que estaba viviendo en aquel momento, el trance físico y mental por el que estaba pasando, como un parto, y se prestó a ayudarme sin exigir nada a cambio. Cuando Sigourney expulsa al monstruo de la nave, tras un esfuerzo titánico, y lo devuelve al espacio exterior al que pertenece, me sentí liberada por completo. He matado a mi padre, me dije, presionando aún más la mano de Regina hasta hacerle daño clavándole las uñas en la piel. He matado a mi padre y no me arrepiento. He matado a mi padre y me he dado a luz a mí misma. He matado al extraterrestre que abusó de mí en la infancia y he vuelto a nacer. Me siento bien, mejor que nunca. Estoy contenta. Entonces Sigourney se quedaba sola con el gato en la nave, y yo habría deseado ser ese gato de pelaje reluciente y que Sigourney me acariciara como acaricia al gato para calmarme. Ya está, ya ha pasado todo. Tranquila, tranquila.

Cuando se encienden las luces de la sala en que hemos visto la película, ese inmenso Palacio del Cine en que somos dos espectadoras insignificantes que han vivido una experiencia singular en medio de una multitud ciega que solo ha visto una película de terror en el espacio, como dijo un crítico retrógrado en un programa de cine en televisión, estaba conmocionada y paralizada. Solté de pronto la mano de Regina, como un reflejo inconsciente, para que nadie nos viera y palpé con los dedos la humedad extraña que regaba el surco entre mi boca y mi nariz. Era sangre. Sangre fresca,

como mi primera regla, terrible y repugnante a la vez. La experiencia de matar a mi padre había sido tan violenta que, como secuela del choque, mi nariz sangraba en abundancia. Taponé con un pañuelo de papel el orificio nasal afectado, el izquierdo, y eché la cabeza hacia atrás en el asiento para frenar la hemorragia. Cerré los ojos y esperé a que el numeroso público asistente a aquella primera sesión del día del estreno abandonara la sala. La despistada Regina tardó en darse cuenta de mi estado traumático, concentrada en escuchar el tema musical mientras devoraba los títulos de crédito, como solía hacer cada vez que íbamos al cine, como si fueran alguna clase de poesía experimental, o como si esperara, por un acto mágico, que su nombre apareciera mencionado en la pantalla como uno más de la interminable lista de técnicos que habían participado en la realización de la película. Se asustó mucho nada más ver el tampón de papel manchado sobresaliendo de mi nariz como una mecha explosiva. Un papel empapado de una sangre roja que era mía y no de mi padre muerto, aunque él creyera que sí y que el lazo biológico que nos unía era suficiente para concederle todo el poder sobre mí. Y enseguida, para evitar que Regina se alarmara, le demostré que estaba ya recuperada sacándome el papel impregnado de la nariz y mostrándole que ya no sangraba.

La sala estaba casi vacía y los acomodadores estaban echando sin contemplaciones a los espectadores rezagados. La segunda sesión del día comenzaría en quince minutos y había que preparar la sala de nuevo para que siguiera el espectáculo. Esperé a salir a la calle ruidosa y llena de gente, tras bajar tambaleándome las escalinatas de mármol de la entrada, que te hacían sentir que venías de un mundo paralelo, para coger otra vez la mano de Regina. Cogí una, la izquierda, y luego la otra, y la abracé con fuerza y la besé en la boca, temblando como nunca antes, para anunciarle que había nacido de nuevo. Ese 5 de octubre del 79, dos semanas antes de mi cumpleaños real, fue la fecha de mi nuevo nacimiento en el calendario sentimental de mi vida. Mi renacimiento en el espacio, lo llamó Regina, y ella había asistido como testigo privilegiado a la

mutación y podía ofrecer su versión del fenómeno a quien quisiera escucharla sin llevarle la contraria. Yo ya no era yo. Yo era Sigourney y Sigourney había matado a mi padre en una sala de cine. Dónde mejor. A oscuras. Para que nadie más lo supiera y nadie pudiera culparnos del crimen que habíamos cometido juntas en aquella sala.

## 98

Recordé esta experiencia traumática mucho tiempo después, cuando mi padre aprovechó mi ausencia una siniestra tarde de febrero del 81 para irrumpir en mi habitación, en venganza por mi actitud negativa hacia él tras la visita de los pajarracos, y registrarla a fondo en busca de las evidencias de mis crímenes. Se llevó con él un cuaderno de pastas rojas donde yo había escrito un diario de todo lo vivido durante el año 80, ya más que terminado, y mi desgastado ejemplar de la traducción de *Lolita*.

Cuando volví a casa tarde esa noche, me estaba esperando para reprocharme las porquerías que escribía y leía. Con la excusa de no despertar a Arturo, me obligó a acompañarlo al salón para poder hablar allí a puerta cerrada. Yo lo escuchaba con indiferencia, ya no podía odiarlo, estaba muerto para mí, era un zombi, y me limitaba a estar ahí y mirarlo de tanto en tanto con un desprecio que alcanzaba su objetivo y socavaba su autoridad paterna. Mamá se había escondido en el dormitorio para no verse implicada en la disputa, y yo la imaginaba encerrada en el cuarto de baño contiguo, mirándose en el espejo con impaciencia y untándose cremas por todo el cuerpo, para no escuchar la pelea entre nosotros. Seguro que esa misma noche, antes de que yo volviera, mi padre le habría echado la culpa de quién era yo y de las cosas repulsivas que hacía y escribía su hija. Y mamá, conociéndola como la conozco, habría agachado la cabeza asumiendo su culpa, en silencio, quizá estuviera llorando otra vez y las lágrimas añadieran una nota melodramática a la escena

entre los dos. Mi madre es cobarde por naturaleza y por educación. Me la imagino sobreponiéndose por un momento a su debilidad, levantando el dedo para atraer la atención de mi padre y diciendo su frase recurrente: *Atiéndeme una cosa, por favor…* Y luego nada más. Solo unos puntos suspensivos que se expanden al infinito y crean un silencio y un vacío que se lo tragan todo en la inmensidad de un agujero negro del que no sale la luz ni la energía para enfrentarse a la verdad. Y se habría ido del salón sintiéndose derrotada una vez más, incapaz de decirle nada ni de molestarse en defenderme, a refugiarse en la habitación huyendo del enfrentamiento con mi padre. Esta tarea me la encomendaba a mí.

Esa noche llegué cansada, con unas ganas locas de irme a la cama a dormir, pero me encontré a mi padre en plena forma, envalentonado por las circunstancias, con muchas ganas de batallar contra mí, y me sentí de nuevo como Luke Skywalker combatiendo a Darth Vader, el padre malvado de *El imperio contraataca*, que había visto a principios de octubre pasado con mi amiga Lamiaa en el cine Andalucía. Mi padre era ahora la reencarnación doméstica de Darth Vader, habitaba el reverso tenebroso de la realidad, aunque él pensaba lo contrario, y leía *Mi lucha* de Hitler y otros libros nazis de ese tipo infame, que yo había descubierto un día ocultos en un cajón del dormitorio donde él y mamá aún fingían ser un matrimonio convencional para salvar las apariencias de una casa en la que el muro de las apariencias se había desplomado hacía mucho tiempo sin hacer demasiado ruido. Mi padre también leía las novelas franquistas de Vizcaíno Casas y de Ángel Palomino, como mucha gente de la época, pero esas no las escondía, como tampoco los libros de Malaparte, Céline o Drieu La Rochelle, y de todo el lote de fascistas cultos, como los llamaba Carlos con desdén. De esos sí que se sentía orgulloso y hasta me recomendaba su lectura cuando estaba de buen humor, considerándola muy instructiva para personas tan desorientadas en la vida como yo.

Yo sabía que mi padre había registrado mis pertenencias buscando también algún indicio de lo que podía saber sobre él. Mi

padre sospechaba que la visita de los pajarracos, dos semanas atrás, había puesto al descubierto todas sus mentiras y falsedades. Pero no sabía hasta qué punto y quería averiguarlo. Estábamos los dos de pie en mitad del salón del patriarca, frente a la chimenea encendida, en presencia del águila ibérica de la raza que vigilaba mis movimientos con ojo mecánico y me amenazaba con sacarme los ojos con su pico afilado si me propasaba en las acusaciones contra mi padre. Le dije que no me diera más lecciones, que no tenía autoridad moral para hacerlo. Como primogénita de la casa de mi padre, le pedí que se callara y me dejara hablar. Que un hombre como él tenía mucho que ocultar y muy poco que enseñar a sus hijos. Que no existía nada en él que le permitiera sentirse orgulloso, ni como marido ni como padre. Que su conducta era de todo menos ejemplar y que no tenía derecho a reprocharme nada. Me dejó hablar sin alterarse. Encajó los golpes dialécticos que le propiné sin sentirse afectado. En el fondo escuchaba mi letanía con la misma indiferencia con que yo había escuchado sus reproches y quejas. Se ve que era un rasgo genético que compartíamos, a nuestro pesar. Mi padre no se emborrachaba con frecuencia, al contrario que otros residentes de la urbanización, grandes bebedores y borrachines consumados con los que se reunía de vez en cuando para comentar los hechos formidables de la vida en El Atabal y en los salvajes alrededores. Y tampoco era especialmente violento. Nunca le había puesto la mano encima a ninguno de los miembros de mi familia, ni siquiera cuando se enfadaba con mi madre, con la que perdía la paciencia con facilidad y a la que le gritaba barbaridades e insultos, pero nunca hizo gestos de querer golpearla. Esa noche mi padre se limitó a pronunciar una frase lapidaria, que debía de haber pensado de antemano para neutralizar mi ímpetu, antes de dar por concluido el combate e ir a reunirse con mi madre en el dormitorio. Recuerdo con nitidez su gesto impúdico cuando me dijo:

—Hija, todo eso que dices está muy bien, pero no olvides nunca que esta casa es mía y tú vives en ella porque yo quiero y te lo permito.

Deseé con todas mis fuerzas que un rayo entrara en ese momento por la ventana principal del salón, donde había tenido lugar nuestro agrio desencuentro, y fulminara a mi padre sin piedad. Un rayo de fuego que le atravesara la bragueta, destruyendo todo lo que había en su interior, y le saliera por la boca, abrasándole la lengua con la que había pronunciado esas palabras malignas e iluminando su cráneo depravado como en una radiografía, antes de desplomarse muerto al suelo en mi presencia. No tuve esa suerte, y la escena acabó sin drama. Mi padre se marchó sin añadir nada más y me dejó allí alterada y temblando de pies a cabeza durante una buena media hora, mientras el fuego de la chimenea agonizaba, acordándome de los detalles más escalofriantes del asesinato en el ascensor de *Vestida para matar*, que había visto sola en su estreno la semana anterior en el cine Echegaray, y de los deseos reprimidos de matar a mi padre. Cuando bajaba las escaleras para ir a mi habitación a quitarme la ropa y acostarme desnuda en la cama, que era lo que más deseaba desde que llegué, pensé que no me gustaría estar en el pellejo de mi madre cuando él entrara en el dormitorio, que quedaba justo encima de mi habitación, y se metiera en la cama, donde ella llevaba esperando tanto tiempo su regreso. Me los imaginé discutiendo en voz baja para no despertar a Arturo, que dormía en la habitación vecina, y oí los pasos pesados en el techo y los golpes duros de los zapatos al caer y el ruido sordo de otras cosas rotas que caían al suelo de moqueta impulsadas por la gravedad emocional de la situación.

No logré recuperar mi diario íntimo ni mi ejemplar de *Lolita*. Mi padre los debió de quemar en la chimenea, como era su costumbre con todo lo que le disgustaba, y tirar las cenizas y los restos en el contenedor de la basura aquella misma noche, aprovechando mi ausencia, donde acabarían sus días, roídas sus páginas por las ratas y picadas por las gaviotas, en el vecino vertedero de Los Asperones, que es el lugar al que van a morir las toneladas de basura que producen las vidas basura que vivimos a diario en este planeta basurero. Lo siento, en especial, por mi diario. En él había registrado

las vivencias amorosas del año anterior, mis diversos amoríos con mujeres, que habrían convencido a mi padre, con solo hojear las últimas entradas, las que cuentan los pormenores de la noche de Fin de Año que pasé en compañía de Tana, de que su hija era una puerca degenerada y un monstruo de lujuria insaciable. Falsa impresión. El diario llevaba una dedicatoria cursi escrita de mi puño y letra: *A Sigourney, con amor*. No me cuesta trabajo imaginar la cara de asco de mi padre al leerla, sin saber además a quién se refería, antes de quedarme dormida envuelta en la manta y el edredón. Hace mucho frío esta noche en esta otra casa en la que escribo y que no es la mía ni lo será nunca.

## 99

Mi madre solía coser todas las tardes, de lunes a viernes, excepto cuando salía, que era muy pocas veces. Se sentaba frente a la ventana de la planta baja que daba al jardín, junto a la máquina de coser, que no usaba a menudo, destapaba la lata redonda del estuche de costura donde guardaba las agujas y los carretes de hilo de diversos colores, los alfileres y los dedales, acumulaba la ropa pendiente o recién lavada y se ponía a coser en silencio. Yo estaba en la habitación contigua y esperaba ese momento, agazapada, para salir con sigilo, y me sentaba junto a ella sin decir nada para verla trabajar, año tras año. El juego de los dedos, la aguja y el hilo.

—Es como pescar, fíjate bien. El hilo es el sedal, la aguja el anzuelo y la tela el pescado que pica en el cebo como tonto.

Nunca lo había pensado. En cierta forma tenía razón. El dedal rompía la armonía de los dedos e introducía un aspecto extraño en el juego al señalar a uno de ellos con el capuchón metálico, que lo hacía parecer, a escala diminuta, un casco o una armadura contra los pinchazos. La punta de la aguja se hundía en la tela impulsada por la fuerza de los dedos pulgar e índice y el empuje de la muñeca e

iba trazando con el hilo una suerte de estructura que la atenazaba, o eso creía yo, la tensaba y la cerraba sobre sí misma como un cepo. Recuerdo aquellos momentos en que mamá se concentraba al máximo en las labores de costura, y yo aprovechaba entonces, sentada junto a ella, como observadora sagaz y no como aprendiz, eso nunca, para preguntarle cosas disparatadas que se me ocurrían sobre la marcha o que llevaba pensando varios días.

Me acordé de pronto, aquella tarde de primavera cuando yo tenía once años y era muy curiosa y despabilada para mi edad, palabra de Regina, de la cesárea de mi nacimiento y no sé por qué la relacioné con las tareas de mi madre.

—Mamá, ¿las mujeres cosen porque su cuerpo está roto y desgarrado? ¿Es eso?

Y me sonreía con esa sonrisa con la que enamoró a mi padre cuando era más joven, esa sonrisa angelical con la que me advertía que no pensaba enfadarse por mucho que yo tratara de provocarla con mis locuras infantiles. Que nada de lo que pudiera decirle, por escabroso o impertinente que pareciera a otras personas, obtendría de ella otra respuesta más que el silencio o la sensatez. Que aprovechara, en suma, que las manos estaban demasiado ocupadas cosiendo la ropa de la familia y los ojos demasiado atentos a no cometer errores como para distraerla con preguntas absurdas.

—Qué cosas tienes, hija. Has de saber que el cuerpo de la mujer no es como dices, sino todo lo contrario. Completo y sano.

Yo siempre buscaba hacerla hablar, esperando encontrar entre sus respuestas alguna luz a mis dudas y confusiones. Con doce años, uno antes de que muriera en la cama el dictador, había escuchado rumores sobre su vida y quise saber la verdad de boca de mi madre.

—¿Es cierto, mamá, que Franco es un eunuco? Que sepas que me lo ha dicho esta mañana en el recreo una niña muy lista del colegio, es la primera de su clase.

—¡Qué cosas se te ocurren, hija! ¿Tú sabes siquiera lo que es un eunuco o solo te gusta la palabra? No hagas caso de todo lo que te

dicen o acabarás medio tonta y más sola que la una, te lo dice tu madre, que te quiere más que nadie.

—¿Es verdad entonces que le faltan sus partes privadas y es como impotente con la mujer, por lo que su hija no es suya, sino que la han sacado de por ahí?

—Y yo cómo lo voy a saber, niña. A ver si tú te crees que una nace sabiendo. Vamos, anda. A esa niña del demonio no le hagas tanto caso, que a lo mejor te está tomando el pelo…

—La maestra Antolina me ha dicho que todo lo que dice Paula es verdad y que hay cosas peores que algún día sabremos, pero que ahora no se pueden conocer. Eso me ha dicho.

—Vaya con la maestra. Solo faltaba. También dicen que el príncipe es encantador, como de cuento de hadas, fíjate tú, y que tiene mucho éxito con las señoras. Lo cuentan las revistas y los magazines de cotilleo. Vete tú a saber la verdad de las cosas. Ay, hija mía, la verdad, si tú supieras. Qué cosa tan complicada.

Estando embarazada de Arturo, en algún momento del otoño del 75, mis preguntas se hicieron más incisivas y las respuestas de mi madre más evasivas, por pura simetría, decía ella.

—Un niño del colegio me ha explicado durante el recreo cómo se hacen los niños. Es un guarro, mamá, y ha querido hacerlo allí mismo conmigo, sin cortarse un pelo.

—Jesús, qué ganas. Que lo intente, que lo intente, a ver si puede. A estos bravucones hay que pararlos así, que se den cuenta por sí mismos de que no pueden ir tan lejos como querrían. Qué se habrán creído. Esta juventud, qué cosas tiene. Tiempo al tiempo…

—Pero ¿es así o no como me hicisteis a mí, mamá? Si es así, me da mucho asco, la verdad. No me siento capaz de hacer eso con nadie.

—Ay, hija mía, qué sabrás tú de esas cosas. Cuando una mujer ama a su marido, como yo a tu padre cuando nos casamos, no le hace ascos a nada. Todo es tan bonito cuando el hombre y la mujer se quieren y se abrazan con amor. Hasta la Biblia lo bendice, cómo va a ser lo que tú dices. Anda, anda, no te compliques pensando

siempre en lo malo.

—¿Y Arturo también se hizo así? Qué horror.

—No sé a lo que te refieres, niña. Pues claro. Cómo si no, a ver. Caído del cielo no viene ninguno, que yo sepa. Qué cosas os preocupan a los jóvenes, madre del amor hermoso, qué os estarán enseñando en el colegio. Voy a tener que quejarme a la maestra, si sigues preguntando estas cosas.

Cuando supimos que Arturo estaba enfermo y se iba a morir tarde o temprano, mi madre ya no cosía del mismo modo ni respondía a mis preguntas con alegría. Le daba por llorar mientras trataba de enhebrar el hilo, o se le atascaba la aguja en la tela y no podía continuar, y la cara se le ponía toda húmeda, como si estuviera sudando o se la acabara de lavar con esos jabones que la abuela manchega le enviaba cada año para que le brillara la piel. No tenía muchas ganas de hablar ese día y yo la miraba trabajar con tristeza y cierta nostalgia. Cuando vi el huevo de madera que sacaba de un calcetín de papá que no podía zurcir, le pregunté por el tema que me obsesionaba desde hacía semanas.

—¿No tienes ganas de más niños, mamá? ¿De verdad que no? A mí sí me gustaría tener más hermanitos y hermanitas correteando por la casa. ¿Y papá, qué piensa papá de eso?

—Ay, hija, qué cosas tienes. Qué más quisiera yo. Ni tu padre ni yo estamos ya para esos trotes. Conténtate con lo que tienes y serás feliz. Aprende de una servidora.

La semana en que nos anunciaron que nos echaban de la casa de calle Java y esta se nos cayó encima con todo su peso, como una maldición cósmica, y que nos expulsaban también del paraíso de la urbanización El Atabal, nos sentíamos en la familia como una raza extraterrestre condenada a la miseria y la extinción. Esa misma semana mamá y yo tuvimos un último encuentro junto a la máquina de coser, tan poco usada en esta casa, y frente a la ventana que daba al jardín descuidado. Llovía mucho y había niebla, y las plantas y las flores abandonadas a su suerte parecían fantasmas a punto de disolverse en la pesada humedad del aire. Eran como los signos de

una vida irreal, cargada de pasado y sin ningún futuro, una vida vivida por otros, no por nosotros, que se apoderaba de nuestros sentidos y nuestras ideas y amenazaba con destruirnos por dentro. Mi madre estaba muy cansada, con surcos bajo los ojos que se amorataban un poco más cada día, se pasaba las noches en vela cuidando a Arturo y preocupada por la deriva de mi padre, que casi nunca estaba en casa, y yo no quería molestarla demasiado con mis inquietudes de jovencita hipersensible.

—¿Qué será de nosotros a partir de ahora, mamá?

—Cómo saberlo, hija mía. No nos queda otra que apechar con las circunstancias. Tu padre no es tan malo como piensas. Ha tenido muy mala suerte, eso es todo. Esta mañana, antes de salir, me ha dicho que calcula que en un año como mucho estaremos recuperados.

—No se lo cree ni él, pero bueno. Dejémoslo ahí. Yo querría encontrar algo que me gustara, pero no se me ocurre nada de provecho.

—Hija mía, debes saber que estudiar no lo es todo en la vida. Ya sé que tienes tus problemas. No desesperes. Ya verás como encuentras un buen hombre, antes de lo que piensas, que se haga cargo de ti y te cuide como te mereces. Un hombre que te comprenda y respete. Un marido que te acepte tal como eres. Una mujer no puede pedir nada mejor.

Tomó un grueso libro entre las manos, *El valle de las muñecas*, que había depositado al sentarse encima del mueble que tenía más cerca, y lo abrió para leerme en voz alta lo que ella consideraba una lección irrefutable sobre la vida de las mujeres. Yo había leído el libro hacía tiempo, por recomendación de mamá y de la tía Lali, y no me entusiasmaba su filosofía, por llamarla de alguna manera, aunque era mucho mejor que la película, un horror cursi que había visto en televisión no hacía tanto, pero dejé que mi madre creyera que aún era posible enseñarme el buen camino.

—Mira, hija, mira lo que dice Jacqueline Susann y aprende: «Amor es compañerismo, gozar de amigos comunes e intereses

iguales. El sexo es la connotación con que designamos al amor, y déjame decirte, jovencita, que si existe, y cuando existe, muere inmediatamente después del matrimonio, o en cuanto la chica se da cuenta de en qué consiste…».

—Yo no quiero eso, madre. No me siento mujer en ese sentido.

—No digas tonterías. Es natural sentirlo. Eso decimos todas a tu edad. Y luego ya ves. Es el destino, hija mía. El destino. No vale la pena rebelarse contra él.

—Si tú lo dices.

## 100

Marina es otra nota a pie de página de mi historia amorosa. Pero ahora quiero acordarme de ella con cierta ternura. Hay dos o tres cosas que sé de Marina y que no las conoce nadie más. Qué se le va a hacer. Una mujer es una mujer y sabe cómo divulgar un secreto sin hacerle perder su condición de tal.

A Marina la conocí a finales de abril del 81 en la sección de ropa interior de El Corte Inglés, centro comercial que había abierto una sucursal en Málaga en la primavera del 79 con gran éxito. Yo llevaba cierto tiempo dedicándome seriamente a cuidar la belleza y la seducción de mi apariencia, para escándalo de Regina, la puritana, que decía odiar todo lo que tenía que ver con los arreglos de las mujeres, el maquillaje, la cosmética, la peluquería, la ropa estilosa: todo eso era desechable y prescindible para mi amiga naturalista, que ya no me acompañaba a nada porque se había ido a Madrid a estudiar cine y me había dejado sola a merced de los caprichos y gustos de las demás mujeres. Y tenía toda la razón, para qué engañarnos. El culto a la belleza es nuestra perdición. La batalla por el alma de las mujeres se libra en las tiendas de ropa femenina. La batalla por el cuerpo de las mujeres se libra en las tiendas de cosmética y de lencería. Dios me quiere guapa y seductora y no le

puedo negar ese deseo.

Ya era mayor de edad, como decía Alicia, mi psiquiatra, y podía decidir por mí misma lo que quería, y ansiaba iniciarme en las tendencias y modas de aquella temporada excepcional. Así que me pasé por la segunda planta del edificio de El Corte Inglés, donde se concentraban todas las prendas de lencería con las que una pudiera soñar en la intimidad, a comprarme un regalo con el dinero que me habían dado mis padres para que me divirtiera en Semana Santa, una vieja costumbre impuesta por mamá. Como me había pasado la maldita semana metida en casa, sin la moto, vendida a precio de ganga, y con pocas ganas de salir, aburrida de antemano con las procesiones religiosas, los tronos de vírgenes y las crucifixiones, los desfiles militares y las mujeres enlutadas, tenía todo el dinero para gastarlo ahora en lo que quisiera.

Y allí estaba Marina, al frente del negocio esa misma tarde, esperándome sin saberlo. Al borde de la treintena, supuse nada más verla apostada detrás del mostrador, bastante mona sin ser guapa, maquillada hasta las cejas y con la boca muy pintada, eso sí, lo que era un buen signo para lo que me proponía, de pelo negro, delgada y alta, cualidad esta última que también me gustó, lo reconozco, midiendo yo más de uno ochenta. Y muy servicial, sobre todo. Marina vestía el uniforme femenino de la empresa, la camisa clara con lunares, no recuerdo bien este detalle, y la falda de color azul, las medias negras y los zapatos estándar de tacón, como único defecto de su atractiva fisonomía. Percibí la tensión de su deseo en cuanto se me acercó por detrás para hacerme algunas recomendaciones sobre sujetadores y preguntarme si buscaba algo especial. Ella lo tiene, es evidente, pensé. Piezas preciosas, según la sabiduría de Marina, que lucían superlativas si tenías la talla adecuada de busto. Me las mostró enseguida, elegí dos, una blanca y otra beis, más modesta, y me fui sola al probador. Con la excusa de que había localizado una tercera prenda que podía interesarme también, vino a llamar puntual a la puerta del probador cuando yo acababa de desprenderme de la camisa y de desnudarme el pecho.

Le abrí sonriendo, me explicó la situación sin ponerse nerviosa, me tendió el bonito sujetador que traía en la mano izquierda y me preguntó si no necesitaba ayuda para ajustarlo mientras se adentraba en el estrecho espacio del probador sin miedo al rechazo y cerraba la puerta a su espalda.

—No te preocupes, aquí nadie se entera de nada.

Cuando terminamos, Marina salió con los dos sujetadores que había descartado en la mano izquierda y el que había elegido para llevarme por su recomendación en la mano derecha, y me dejó sola para que me vistiera y arreglara a gusto. Me había convencido de que el tercer sujetador era el ideal para mí, y además gozaba de un descuento especial porque al parecer estaba en promoción todavía. Ya dije que Marina era muy servicial, una de las cualidades más valoradas por sus jefas. El sujetador que Marina había querido que comprara con insistencia, igual que las braguitas a juego, era una monada de color azul turquesa con ribetes blancos de adorno que me hacía parecer una gran dama del cine de otro tiempo sorprendida por el fotógrafo indiscreto saliendo de la cama tras un lance indecoroso.

Marina estaba de nuevo detrás del mostrador, maquillada y recompuesta, esperando a que yo fuera a abonar el precio rebajado de la selecta mercancía. Como había otras mujeres curiosas merodeando por la zona, en busca también de fantasías íntimas que llevarse a la boca y a los ojos, tuvimos que disimular. Me pasó su teléfono anotado en un catálogo de novedades que deslizó discretamente en la bolsa de la marca de ropa interior, como si fuera un secreto entre nosotras, y nos despedimos sin más historias.

La llamé a casa varios días después a la hora del almuerzo y vino a verme a la urbanización al final de la tarde. Sintió curiosidad cuando le dije donde vivía y subió sin problemas. La esperé en la plazoleta de la entrada de El Atabal y cuando vi aparecer el Renault 5 de color blanco con Marina al volante mi corazón dio un vuelco de excitación. Venía del trabajo con el uniforme puesto, no había tenido tiempo de cambiarse, me dijo, aunque yo creo que le gustaba

mucho llevarlo, pensaba que la hacía más atractiva o que le daba más poder, y el maquillaje impecable otra vez y la boca repintada. Me subí en el coche y le indiqué cómo llegar a la zona más alta de la urbanización girando por calle Sumatra, no quería pasar por delante de mi casa, en calle Java, que era el camino más corto, y la obligué a dar un complicado rodeo durante el que tuvo tiempo de comentar todo lo que veía y cuánto le gustaría vivir en un sitio así y en una casa como las que salían a nuestro encuentro a ambos lados de las calles por las que circulábamos sin prisa, la extensa y sinuosa Sumatra y luego la escarpada cuesta de Célebes Timur.

Todavía había suficiente luz para verlo todo con nitidez y Marina supo disfrutar, guiada por mi conocimiento del territorio, del paseo turístico hacia el paraje escénico de la zona más elevada y abrupta, mi lugar preferido, el mirador de Célebes Barat, adonde iba tan a menudo con Carlos y desde el que podríamos contemplar, como le anuncié, los alucinantes efectos de los últimos rayos del sol sobre la lejana superficie del mar. No hicimos otra cosa que besarnos en la boca, sesión intensiva de labios y lenguas, lenguas y labios, en el asiento trasero, durante casi dos horas, como adolescentes enamoradas, sin salir del coche ni para mear, palabra de Regina, y cayó la noche sobre nosotras con discreción. Marina quiso comprobar al fin si llevaba puesto el sujetador de color turquesa que le había comprado el otro día a buen precio y cuando vio que sí, y que las braguitas también, en su honor, se entusiasmó y se me echó encima con pasión redoblada, pero la detuve en seco cuando quiso desnudarme con brusquedad innecesaria. Por qué, aún no lo entiendo. Mi reacción fue incomprensible. Supongo que intuía algo raro en aquella relación y me negué a entregarme más a fondo. Después de la primera vez en el probador ya sabía de lo que Marina era capaz y no estaba convencida de que quisiera repetir o ir más allá. A veces no me entiendo ni yo misma, es verdad. Podría haber sido divertido y placentero, lo sé, abandonarse aquella noche a los deseos de Marina, dejarme hacer sin pensar en el mañana. Corté a tiempo su iniciativa y el ambiente entre nosotras dentro del coche se

enfrió de golpe. No tardó en decirme, en la conversación estúpida que vino a continuación, que tenía un novio con el que vivía y con el que planeaba casarse pronto, pero que eso no cambiaría nada en su vida, y esta confesión inoportuna confirmó mis sospechas de que Marina era una aventurera sin sentimientos.

Cuando nos despedimos, besándonos aún en el coche aparcado ante la puerta de mi casa, ya no temí que me vieran con ella, aunque Marina estaba planeando futuros encuentros y felicitándome por residir en un sitio tan estupendo. Si Marina hubiera sabido que me quedaban solo dos meses de vida en la urbanización, quizá no me habría mirado así, con esa mezcla de codicia y deseo que me ponía tan nerviosa. Yo sabía que no la volvería a llamar, por mucho que me gustara. Y me alegré de no haberle dado mi número de teléfono.

## 101

Nos expulsaban de la urbanización sin contemplaciones. El sentimiento estaba en el aire que respirábamos cada mañana, al despertar en la que todavía considerábamos nuestra casa, nos acompañaba a lo largo de todo el día, hiciéramos lo que hiciéramos, hasta que la oscuridad se apoderaba de las calles al caer la noche, y seguíamos sintiendo su aliento mortífero en la nuca al pasear por ellas. Nos echaban, nos querían fuera de allí cuanto antes. La raza degenerada de los insolventes y los deudores, los infractores fiscales, no tenía derecho a vivir en El Atabal, la urbanización donde regía la única ley válida entre la gente recta: la ley del más fuerte.

Los pajarracos de Hacienda, con su visita inesperada, habían logrado su propósito principal. Señalarnos ante la conciencia pública como residentes indignos. Todo el odio y el resentimiento acumulados contra la familia durante años de convivencia con los demás residentes de la urbanización se habían vuelto de pronto

contra nosotros. Mediante un imprevisto giro de guión, como diría Regina, nos habíamos convertido en los apestados del lugar. El odio a papá por su tozudez y antipatía se había desatado como una tormenta eléctrica y ya no tenía vuelta atrás. Ya no podían soportarlo por más tiempo proclamando sus derechos inalienables en la junta de la comunidad de propietarios, y se burlaban de sus pretensiones absurdas de que la urbanización, en una de sus ideas más agudas, se hiciera cargo de la deuda de la casa a crédito para poder conservarla en propiedad. El odio a mamá era secundario, como todo en ella, no alcanzaba el rango que se necesitaba para llamar la atención de los demás. Como perteneciente a un orden inferior, subsidiario: así era tratada mi madre en el entorno de la urbanización por vecinos y vecinas que condenaban a su marido sin piedad en el tribunal de la popularidad.

*El varón domado* de Esther Vilar, a quien yo había leído por recomendación de Regina, pensando que me haría más inteligente, y no fue así, todo lo contrario, o el varón domador de Bárbara Rey, entonces en su apogeo, con la ayuda de látigos, leones y jaulas, la gran opción de la época en materia sexual, eran los modelos masculinos alternativos con los que se identificaba mi padre según quién fuera la fémina generosa que lo acogiera en su seno: la esposa dócil o la amante fiera. Así se demostraría poco tiempo después de ese período turbulento en la vida de la familia, cuando todo se despejó en el tablero de la realidad y el juego sucio de papá quedó al descubierto con todas sus ruindades y miserias. Si no fuera por mí, desde que tuve uso de razón y me hice cargo de las circunstancias, mi madre estaría completamente en manos de la violencia enmascarada y el poder de manipulación de mi padre.

El resentimiento hacia mí era algo distinto, más ambiguo e insidioso. Yo sabía demasiado sobre ellos y sus vidas de clase media mezquina, en parte gracias a mi amistad con Carlos, y eso era peligroso para la reputación de algunos prohombres ambiciosos de El Atabal, como se vería más tarde. La presión que ejercieron los miembros directivos de la comunidad para que nos fuéramos lo

antes posible fue incomprensible y desproporcionada, y empezamos a percibir signos funestos de que eran capaces de cometer cualquier barbaridad con tal de acelerar nuestra partida, o de vengarse de pasadas afrentas viéndonos caídos en desgracia. Para lograr sus objetivos inconfesables, como no tardaríamos en comprobar, estaban dispuestos a llegar muy lejos. En uno de sus momentos de lucidez, papá llegó a sugerir, para explicar la actitud abiertamente hostil de algunos vecinos, que no cabía descartar su intención de adueñarse de la casa a través de la subasta bancaria ya programada para junio.

Una noche de mediados de marzo, al volver mamá y yo a casa tras estar con mi hermano Arturo en el Hospital Carlos Haya, donde se había quedado ingresado en observación por una grave crisis pulmonar, comprobamos que alguien había entrado en la casa y había revuelto todo cuanto había encontrado a su paso. Había roto el cristal de la ventana sin rejas del salón, trepando por las ramas del pino como un mono, y había accedido a la casa por ahí. Y luego había recorrido habitación por habitación la planta superior, revolviéndolo todo, desde el salón y el comedor hasta el dormitorio de mis padres, extrayendo el contenido de los cajones y los armarios y desparramándolo por el suelo, los libros, los discos, las mesas, las sillas, las fotografías, los papeles de toda clase, la vajilla y la cubertería de mi madre, la ropa arrancada de las perchas y arrojada sobre las camas, con un propósito que no alcanzábamos a comprender más que como voluntad maligna de intimidar a los habitantes de la casa. El intruso se había molestado en perturbar aún más, con su inexplicable asalto, el orden precario y la armonía inexistente de un hogar y una familia que ya no lo eran y que naufragaban a la vista de todo el que quisiera mirar el deplorable espectáculo de su ruina, sin querer llevarse nada de valor a cambio.

Cuando a mamá se le pasó el ataque de nervios y a mí el enorme enfado, pudimos revisar los desperfectos con calma y vimos que no solo no había venido a robar, lo que habría sido un disparate teniendo en cuenta la situación económica de la familia, sino que tampoco había querido causar un daño serio. La planta inferior,

donde estaba mi habitación, el intruso no quiso pisarla, quizá porque en el caso de nuestro regreso prematuro le habría complicado la salida. No sé, a veces no entiendo mis sentimientos, ya lo he dicho, pero reconozco que sentí un gran alivio al entrar en mis dominios íntimos y descubrirlos inviolados después de ver lo que había ocurrido en la planta superior de la casa. Era un aviso, una advertencia, sin duda. Qué pasaría si no hacíamos caso a su mensaje. Hasta dónde estarían dispuestos a llegar si no nos dábamos por enterados. Así lo entendió papá, malhumorado, al regresar de madrugada y encontrarnos a mamá y a mí todavía ocupadas restituyendo la casa a la apariencia de normalidad y orden que tenía esa misma mañana, cuando se marchó sin dar explicaciones sobre adónde iba. Tampoco las dio al volver por la noche. El asalto nos cogió a todos en la familia con la moral tan baja que a ninguno se le ocurrió denunciar el hecho a la policía. Cuando Arturo salió del hospital, una semana después, ya no nos acordábamos de lo que había sucedido. Teníamos asuntos más serios en los que pensar.

El segundo atentado que recibió la casa, cuando aún estábamos superando los estragos anímicos del último comunicado del banco que nos desahuciaba conminándonos a abandonar la vivienda antes del comienzo del verano, fue una demostración evidente de que iban a por todas y de que no se planteaban detenerse hasta conseguir su maquiavélico fin: que liberáramos la casa y la dejáramos a su entera disposición para hacer con ella lo que les apeteciera, venderla al mejor postor o destruirla sin compasión, el sueño secreto de algunos vecinos envidiosos de la urbanización. Yo estaba leyendo tranquilamente en mi habitación *Santuario*, de Faulkner, una novela que me había recomendado y prestado la maestra Antolina. Estuve cenando con ella y con su hija Ada en su casa la semana anterior y la madre se pasó toda la noche halagándome y diciéndome que cada día estaba más guapa y la hija, para no ser menos, me pidió que la adoptara sin tardanza. Era un sábado de finales de mayo, sobre las cinco de la tarde, cuando el estruendo de una explosión me sacó del

ensimismamiento literario y me obligó a prestar atención a lo que sucedía a solo unos metros, en el jardín de la casa.

## 102

El bramido de la combustión, el fragor del fuego se me imponen en cuanto abro la puerta exterior de mi habitación, la que da al jardín y a la piscina, y veo los cipreses en llamas, y no es como en las pinceladas flamígeras del cuadro de Van Gogh reproducido en el póster que tengo colgado en la pared encima de mi escritorio. No es el fuego de la vida, en su intensidad creativa, sino el fuego de la muerte y la destrucción el que está consumiendo sin freno las lindes arboladas de la casa. Un incendio pavoroso que está devorando a gran velocidad los cipreses que separan nuestra casa de la parcela vecina, ya vendida como terreno pero sin edificar todavía. Se oyen gritos despavoridos de algunos vecinos al otro lado de la muralla de fuego y brasas que amenaza con extenderse al resto de los árboles del jardín y a la casa después si no lo impedimos.

Mi padre ya está al mando de las operaciones cuando llego blandiendo entre las manos la potente manguera del grifo de la piscina para contribuir a apagar el fuego que prolifera incontrolado. Los vecinos de enfrente traen cubos rebosantes de agua desde sus casas y mi padre maneja con soltura la manguera amarilla conectada al grifo de la zona de riego de la bajada al jardín, las escaleras de hormigón y el sendero de piedra negra, con arriates escalonados a cada lado, que construyó como capricho babilonio para satisfacer su anhelo paradójico de flores de colores vivos, tulipanes, gladiolos y petunias, sobre todo, y de árboles floridos como el hibisco, el naranjo y el jacarandá. El incendio ya ha consumido más de la mitad de los cipreses y no logramos atajarlo por ahora con nuestro esfuerzo. Los cipreses arden desde las raíces hasta la copa, como antorchas de cabeza desmelenada, y propagan

el fuego en todas direcciones con las sacudidas del viento. Los cipreses estaban secos por el calor primaveral y la escasez de riego y sin desbrozar, con lo que la maraña de hojarasca que se acumulaba entre ellos actúa de combustible y favorece la expansión de las llamas a todo lo largo de los límites de la parcela.

Menos mal que mamá, gritando como una endemoniada, acude enseguida en nuestro socorro, y tras hacerse con el control del espacio de la terraza, apartando macetas, sombrillas, sillas y mesas, se ocupa de activar la manguera conectada al grifo de la terraza y de rociar las copas recortadas de los cipreses, desde la altura que le concede una posición de ventaja sobre papá y sobre mí, que estamos debajo de ella en el jardín, con un chorro de impresionante arco que se desplaza de izquierda a derecha y de derecha a izquierda sobre las llamas. Así mi madre consigue atacar el incendio por arriba y hacer que el agua depositada en las copas caiga en masa hacia la parte inferior, deslizándose por las ramas y las hojas hasta alcanzar la cepa del tronco y encharcar la tierra de alrededor. Con su aportación, ya son tres los caños de agua propulsada a la máxima potencia que riegan el fuego para frenar su avance imparable.

En medio de la actividad incesante, hay un período de distensión en que percibimos que el fuego se mitiga y comienza a retroceder asustado por la fuerza del agua. Su hambre de madera verde se sacia y empieza a dar marcha atrás, retirándose de ciertas ramas y conformándose con las partes más castigadas de los cipreses, en las que imprime sus dentelladas más crueles aprovechando su estado de sequedad. Nos produce cierto contento ver ese cambio de actitud del incendio cuando las tres mangueras siguen impulsando a chorros el abundante caudal contra el fuego, que parece darse ya por vencido y no ataca los cipreses contiguos con la virulencia anterior. Los cipreses supervivientes chorrean por todas sus hojas y sus ramas un agua abundante que los protege de cualquier peligro. Las llamas que aún se mantienen activas emiten señales de agotamiento hasta que, a golpe de manguerazos y de paciencia, conseguimos

que se extingan del todo, dejando una capa de ceniza gris y negra sobre el césped que tardará semanas en desaparecer.

Papá, mamá y yo, concertados, cerramos progresivamente los grifos de las mangueras a medida que comprobamos que los rescoldos de lo que se ha quemado solo echan ya un humo residual blanco que no asusta a nadie y se van apagando en silencio, sin vida. Cierro del todo el grifo de mi manguera y mi padre y mi madre hacen lo propio, cada uno desde su posición, y ahora estamos en condiciones de evaluar la magnitud del daño causado por el incendio. La catástrofe total. Tres cuartas partes de la muralla frontal de cipreses ha sido destruida por las llamas, y los troncos pelados, consumidos hasta el último signo de verdor, son como cadáveres vegetales que no podrán ser resucitados por la magia de ningún jardinero. La rejilla de plástico verde de la valla, acoplada con alambre a los cipreses para contener su crecimiento, se ha fundido íntegra con el empuje voraz de las llamas y deja la casa abierta a todos los visitantes que quieran aprovecharse de la situación de vulnerabilidad en que se encuentra ahora.

Algunos vecinos colaboradores de las inmediaciones acuden con cubos llenos de agua que ya no sirven para nada y que no es necesario desperdiciar en tareas de extinción. Esa zona colindante del jardín está encharcada y los vecinos chapotean al caminar en una agua fangosa y turbia que ensucia los zapatos de calle y las zapatillas de deporte. Yo estoy descalza, ahora me doy cuenta, y mis pies están ungidos de una porquería negra que es el resultado de mezclar la ceniza y el agua con el barro del suelo. Aparecen ahora, por los huecos de la valla abrasada y los cipreses que han ardido con más fulgor, otros vecinos que no ayudaron a apagar el incendio y vienen solo para comprobar la magnitud del desastre cómodamente desde este lado de la parcela, dentro del jardín, acompañando a los habitantes temporales de la casa.

Mi madre está asomada a la terraza, descansando los brazos sobre la barandilla y ya mucho más tranquila que hace unos minutos, cuando gritaba como si pudiera apagar el fuego con la

potencia de su voz de diva frustrada y no solo agitando desde lo alto el chorro de agua de la manguera, y los saluda con una sonrisa hospitalaria que no disimula el terror vivido con anterioridad. Mi hermano Arturo no ha tenido fuerzas para levantarse de la cama y lo verá todo después, sin sorprenderse, cuando sea un paisaje devastador y papá y yo se lo enseñemos en detalle como si fueran los signos de una batalla ganada y perdida, al mismo tiempo, contra la adversidad de nuestra vida.

## 103

Mi padre y yo, con las caras y las ropas tiznadas de hollín y de agua, intercambiamos una mirada de respeto y admiración por el trabajo realizado. Hemos conseguido parar el fuego a tiempo para que no se cebara en el resto del jardín y en la casa, objetivo final de los autores del incendio. Papá, mamá y yo hemos plantado cara a la desgracia por primera vez en mucho tiempo y nos sentimos orgullosos de nuestro trabajo en equipo. Por qué no podrán ser las cosas siempre así, nos preguntaremos los dos sin decírselo nunca al otro, guardando el secreto de nuestros sentimientos tras una fachada de distancia, rencor e incomprensión mutua. La casa nos une a mi padre y a mí, su única hija, por encima de todo. El amor a la casa nos vincula más allá de las divergencias y los desacuerdos evidentes entre nosotros, y mamá nos mira contenta desde la terraza pensando en una posible reconciliación entre padre e hija a partir de este momento. Nos guste o no, la casa es un valor raíz que nos enraíza en el suelo donde vivimos y nos liga a las raíces genéticas de la familia.

Los vecinos se entrometen y amenazan con destruir esos minutos de complicidad entre un padre y una hija que no han vivido experiencias similares en mucho tiempo. Son vecinos curiosos y bienintencionados, no se les puede reprochar nada. Algunos han

ayudado en lo que han podido mientras el incendio era una amenaza para la casa, otros han venido a consolar a la familia tras la devastación y a escuchar sus comentarios y quejas. Pero mi padre y yo seguimos ahí plantados, en medio del jardín, reponiéndonos del esfuerzo, fatigados, mirándonos con simpatía inusual, pensando que es triste que las cosas nunca acaben de funcionar y el sentimiento de impotencia termine venciendo a la voluntad más decidida. Lamentando las ocasiones perdidas, los fracasos reiterados, la mala comunicación, los malentendidos constantes, el resentimiento compartido. Ahora es imposible reparar el sufrimiento causado durante tantos años. Un vecino observador, Luis, perturba este clima de reconocimiento y comprensión entre mi padre y yo al venir a mencionarnos la presencia de un niño sospechoso junto a los cipreses y la valla justo antes de que se declarara el incendio. Otro vecino entrometido, Arcadio, el padre de mi antiguo amigo del mismo nombre, asegura también que vio correr a un niño a toda velocidad por la parcela en dirección al terraplén de huida hacia la otra calle después del primer estallido del fuego, el mismo que me extrajo a mí con su estruendo del sopor de una lectura inútil.

Durante la tarde y la noche la investigación continúa. La policía hace su aparición imprevista, llamada por algún directivo de la comunidad para silenciar la creciente alarma del vecindario, y las averiguaciones conducen hasta la casa de unos vecinos de calle Aruba que tienen un hijo pequeño con problemas mentales. El niño pirómano, dicen algunas voces sin autoridad, actuó inducido por sus cómplices, los gamberros del Puerto de la Torre. Las malas lenguas pronuncian enseguida el temible nombre de Julito, una vez más, el chivo expiatorio, el culpable de todos los males de la urbanización, y esta denuncia me suena falsa, me huele a complot urdido por otros, a conspiración barata planificada para echarle el muerto encima al culpable de siempre, el único que no se molestará en defenderse de las acusaciones vertidas contra él porque vive en otro nivel de la realidad en el que esta pequeña gente y sus pequeñas ideas no le pueden afectar. Caín comparado con Julito debía de ser un santo

varón, como dicen las Escrituras, que consagran la leyenda infame del primer asesino de la historia. Los santos varones, el clan de los Abel de este mundo inmundo, tienen el dedo fácil para acusar y denunciar a quien es diferente a ellos y señalarlo como criminal sin pruebas. Si lo sabré yo, que me cuento entre sus filas desde que nací…

El padre del niño pirado, a quien no conocíamos de nada, se había mudado hacía poco a la urbanización El Atabal, se muestra bastante sumiso en la negociación y está dispuesto a pagar lo que haga falta, así se lo dice a mi padre por teléfono, con tal de que la policía no prolongue la investigación sobre lo sucedido, su hijo no sea castigado con penas denigrantes ni fichado como delincuente o como maníaco en los registros policiales y nosotros no lo denunciemos tampoco por pirómano. A mi padre le sale hoy la vena salomónica, se lo pide el cuerpo por un sentido de la justicia y la compasión que no es de este mundo, y se conforma con un acuerdo privado que garantice el abono de los gastos de reparación de la valla y los cipreses. Limpieza completa de la superficie de la parcela arrasada más plantación de nuevos cipreses más nueva valla limítrofe, de tela metálica esta vez. El acuerdo es bueno, y todo el mundo, implicado o mero testigo, lo valida como bueno, pero la ejecución es chapucera y lenta, como no tardamos en comprobar de nuevo.

Cuando los pajarracos del banco, que vienen a apoderarse de la casa para subastarla al mejor postor por un precio ofensivo, aparecen para comunicarnos que el plazo de vencimiento de la obligación se agotó de sobra y ya ha llegado la hora de desalojar la vivienda, las profundas heridas del incendio aún son visibles en la linde de la parcela y nos recuerdan, a la familia infeliz en pleno, la fragilidad e inestabilidad de las apariencias.

Nos expulsaban de la urbanización con desprecio, encargando a un niño enfermo, a un auténtico tarado, el trabajo sucio de la comunidad, el crimen freudiano cometido en común, como en una novela tremendista de Faulkner. Son unos cobardes y unos canallas,

como piensa la maestra Antolina, que los conoce bien.

## 104

Después del desahucio, a finales de junio del 81, ocho años después de habernos trasladado a vivir a la casa de la urbanización El Atabal en la que nació mi hermano Arturo, nos mudamos a un piso de calle Martínez Maldonado, obligados por las circunstancias. Es un cuarto piso sin ascensor, con tres dormitorios, uno para mamá, otro para mi hermano Arturo y otro para mí. Papá se ha dado de baja de nuestra vida, no quiere cargar con nosotras, como yo sabía, y se ha ido a vivir con su nueva amiga Amalia y su hijo innombrable. Mamá parece aliviada, por una vez, con su desaparición de la familia. Lo único bueno que tiene el feo edificio donde vivimos es que está situado al lado del cine Cayri, la última frontera del cine en la ciudad, más allá solo aguarda el vacío y la desolación, y me paso muchas tardes y noches metida en la vieja sala, a menudo desierta, viendo películas de reposición en inolvidables programas dobles, de sesión continua, y llorando amargamente mi doble desgracia. A veces me aventuro, si la película me atrae lo suficiente, a la terraza de verano contigua, siempre llena de gente ruidosa y feliz que termina arruinándome la proyección y echándome del local.

Allí veo una tarde *Un hombre llamado caballo* y me siento como el cazador blanco que se transforma en indio, superando todas las pruebas que se le imponen, para llegar a ser un hombre salvaje y olvidarse de los errores de la civilización. Así yo, como mujer, colgada de los pezones en la choza del jefe, deseaba ser una piel roja cabalgando a pelo caballos salvajes por la pradera con la melena al viento, gritando con fiereza como una guerrera para advertir a mis enemigos del peligro de mi llegada y vistiendo ropas de cuero curtido por las dentaduras de otras mujeres que me cubrieran todo el cuerpo, lo mismo en invierno que en verano.

También veo allí *Marathon Man*, una tarde desoladora en que Arturo da signos de estar muy enfermo y se pasa el día entero en cama con fiebre elevada y mamá no sabe a quién llamar para pedir ayuda. Había leído la novela cuando salió, mamá la compró para mí en el Círculo de Lectores creyendo que era la biografía de un deportista de élite y podía convenirme, la fuerza muscular de mis piernas aún no la había decepcionado, y ahora, al ver la película, compruebo que todo lo que me gustó del protagonista, su resistencia a la dificultad y su voluntad indomable expresadas en el poder de correr largas distancias, me gusta más encarnado en la cara y el cuerpo de Dustin Hoffman, un actor al que Regina y yo adorábamos desde que vimos *El graduado* en reposición en el cine Albéniz en algún momento de la primavera del 79, qué tiempos aquellos. Tengo la suerte de que, en un reestreno imprevisto, a comienzos de agosto, pillo al fin, con retraso, *Aullidos*. Necesité verla tres veces, en dos sesiones consecutivas y otra al día siguiente, sorprendiendo al viejo acomodador de la sala con mi reincidencia, para recuperar mis plenos poderes como mujer-loba, perdidos desde que dejé de vivir en contacto íntimo con los montes agrestes de El Atabal. Reaprendí en aquellas dos tardes intensivas, sumergida a solas en la oscuridad del cine, a ser lo que debía ser para sobrevivir a una vida que no sería nada fácil ni cómoda a partir de entonces.

La nostalgia no desaparece. Han sido muchos años viviendo en la casa de El Atabal como para olvidarla tan pronto. No me acostumbro a vivir aquí, en esta zona gris de la ciudad, y durante los dos primeros meses, todos los fines de semana cojo el autobús que pasa por delante y para, a la ida y a la vuelta, justo enfrente de la puerta del edificio donde vivo ahora, y subo a la urbanización a refrescar mis recuerdos. Paseo por calle Java y por otras calles aledañas donde vive gente que conozco comprobando los cambios que se van produciendo gradualmente, o que a mí me lo parecen por el simple hecho de no vivir allí, y disfrutando de las cosas que siguen siendo como eran cuando yo vivía allí. Cuando paso por delante de nuestra casa, aunque no veo a nadie la primera vez, me aquejan unos

temblores terribles, como si aún acusara en mi cuerpo el terremoto devastador que sacudió nuestra vida de repente y la hundió en la ruina y la desesperación, y he decidido no volver a pasar por esa parte de calle Java, dando un rodeo cada vez que puedo por calle Madura. En casa de los padres de Regina se nota el vacío también, como una presencia nueva en la familia, desde que Regina no vive ahí ni vuelve por vacaciones, la casa de calle Bali parece una casa fantasma en la que sus habitantes hubieran pasado a otra dimensión de la realidad y apenas se les pudiera ver desde este lado de la calle. En casa de León, en cambio, siempre hay muchos coches y motos aparcados delante de la puerta, y a veces sobre la acera, y me intriga y me molesta, como es lógico. Imagino que todos sus amigos y amigas aprovechan el espacio inmenso de la casa, con la planta baja reconvertida en club social de la comunidad, para jugar al billar y escuchar música y otras actividades en las que prefiero no pensar, conociendo a León y a su familia. Hay cosas que nunca cambian, pienso con cierta envidia. Yo podría haber disfrutado de todo eso. Y no fue posible. La punzada me hiere todavía. Carlos es mi único consuelo, casi siempre que subo lo encuentro dispuesto a mostrarme sus últimas creaciones y a contarme sus últimas aventuras. La última vez que lo vi en su estudio me volvió a hablar de Julito, su amante incansable, aunque sabe que me disgusta especialmente escuchar ese nombre en sus labios. No se cansa nunca de pintarlo, vestido y desnudo, como dije, bajo todas las apariencias y los disfraces que su aura diabólica es capaz de inspirar a una imaginación barroca como la de Carlos. Lleva casi un año viviendo al límite esta relación tempestuosa, según me cuenta, en la que no hace mella la separación física cada vez que Julito ingresa en la cárcel o cuando se lía con otros chicos delincuentes y drogadictos como él y se olvida de Carlos por una buena temporada. En el autobús de vuelta, pienso que Carlos es un peligro para sí mismo y que le gusta serlo. Disfruta viviendo así. También lo envidio, para qué engañarme. Es preocupante. Mi vida actual ha entrado en tal fase de abatimiento que no acierto a adivinar qué podría sacarme de

la depresión y la atonía moral.

No quiero perder más el tiempo, así que he decidido matricularme en Magisterio el curso próximo, por recomendación de la maestra Antolina. Pase lo que pase en selectividad, a la que aún no sé si me presentaré o no otra vez, en junio del año que viene, no se me ocurre nada mejor que hacer en la vida, ahora mismo, que estudiar esa carrera despreciada que al menos me proporcionará, en poco tiempo, la oportunidad de un trabajo seguro a partir del cual pensar en otras posibilidades. He heredado la máquina de escribir Olympia que el farsante de mi padre tenía en su oficina de calle Comedias y que se le olvidó llevarse cuando nos abandonó, haciéndome un favor involuntario. Yo intentaré con mis escritos redimir a esta máquina de la corrupción y la falsedad en que papá la implicó con sus desmanes mercantiles y su contabilidad fraudulenta. Me apunto a dar clases de mecanografía por las tardes en una academia de calle Mármoles, no lejos de casa, que no es demasiado cara. Quiero aprender a escribir con los diez dedos en la máquina de mi padre y vengarme así de sus ofensas y humillaciones. Cuando pulso las duras teclas de la máquina Olympia con las dos manos tengo la sensación de rebelarme contra mi destino. Mis dedos se transforman en dedos sin uñas, como los de Willem, los toqué, sé lo que sienten, y me tocaron por todo el cuerpo, sé lo que se siente, y se expanden en todas direcciones acariciando con sus yemas sensibles la piel erógena del mundo, como un mapa del tesoro tatuado en un cuerpo desnudo.

La mala noticia es que, al acabar de ordenar los enseres de la mudanza, caigo en la cuenta de que Carlos no me envió al final el retrato que hizo de mí el verano pasado, como me había prometido, y cuando lo visito en su casa ya no me atrevo a reclamárselo ni a preguntarle por su paradero, ni tampoco él lo menciona, como si se le hubiera borrado de la memoria. Antes éramos vecinos, ahora vivimos en planetas distintos. Contemplarlo en estos momentos, a pesar de todo, me habría proporcionado un consuelo que ya no encuentro en ninguna parte. Ahí estaba yo, desnuda y feliz, como

Carlos me pintó, en medio del paisaje amado de la urbanización y la casa aún sin pintar. El Paraíso perdido.

## 105

Mi nueva situación me obliga a trabajar por las mañanas. Mamá no tiene recursos, papá solo abona la pensión alimenticia cuando se acuerda y yo he decidido ser la cabeza de esta familia que no va a ninguna parte. Mi hermano Arturo está cada día más enfermo, los médicos no dan con la tecla, los diagnósticos fallan y los remedios fracasan, y mi madre está desesperada. Su único hijo se va borrando con el paso del tiempo sin que la causa esté clara. No creo que a mi hermano le quede mucho tiempo y mamá está demasiado afligida y deprimida como para buscar trabajo. Cose por encargo para algunas vecinas y nada más. Al menos eso la sosiega un poco.

Carlos me recomienda al delegado de Plaza & Janés en Málaga, que es conocido suyo, le había encargado algún cuadro en algún momento, o lo había ayudado como intermediario a comprarle uno a un pintor amigo, no recuerdo bien, y voy a verlo para una entrevista. La editorial está en una esquina de calle Císter, justo detrás de la catedral, y el director se llama José María, un hombre campechano y dicharachero que me recibe sin etiquetas ni protocolos. Cómo se nota la mano de Carlos. Antes de que Yolanda, su secretaria, me anuncie, José María ya está en la puerta diciéndole que me deje entrar y que haga cincuenta llamadas en su nombre mientras estamos reunidos, y que no lo moleste por ningún motivo. No sé lo que Carlos le habrá contado de mí, pero ha obrado un efecto milagroso en este hombre que no me conoce de nada y que, sin embargo, me trata como a una amiga o una hija, o a la hija de una amiga o la amiga de la hija, algo así. José María es divertido y cuenta chistes sobre cualquier cosa con tal de hacer sentir al otro que para él el fracaso no existe, es un invento de los mediocres y los

resentidos. Tengo la impresión de que ese carácter ambicioso le serviría lo mismo para vender libros que pescado, ropa interior o tuberías. Y de que el hecho de que esté al frente de la sede local de una importante editorial nacional es más producto de la casualidad que de la voluntad o el esfuerzo. Me dice que desde hace tiempo deseaba tener vendedoras, pero que el mercado no es propicio, los clientes no las aceptan y no resultan muy comerciales. Se ve claramente que me admite por ser amiga de Carlitos, como lo llama, guiñándome un ojo picarón, con una familiaridad para mí desconcertante.

—Este Carlitos es un fenómeno. Un tío con mucho talento, y no solo para la pintura. El tío tiene mano para todo y es muy suyo, no lo entiendas como una crítica, al contrario. Carlitos tiene la fortuna y la desgracia de un espíritu demasiado emprendedor, como digo yo. Lo mismo le da un roto que un descosido, ya me entiendes, guapa. Le tengo dicho que vaya con cuidado, que en la vida hay controles de velocidad como en la carretera, no te jode, pero no me hace ni puto caso. Ha venido a llevárselo todo por delante. A arramblar, venga. Entonces a ti es que te gustan los libros, ¿no? Me ha dicho Carlitos que quieres ser escritora, eso está muy bien, quién sabe si mi editorial acaba publicándote algún día, no estaría mal. Por algún sitio hay que empezar, ¿no? En cualquier caso, yo no decido, eso lo hacen allí arriba, en Barcelona. ¿Has estado alguna vez? Yo voy cada dos semanas, qué ciudad, en fin. Bueno, bueno, ya nos iremos conociendo mejor. Ahora Yolanda te explicará todos los detalles. Ya verás que es muy sencillo. Hay que valer, eso sí, como en todo.

Y así es. Hago el cursillo exprés de vendedora a domicilio y a la semana ya estoy pateando las calles de la ciudad del brazo de un vendedor veterano que me han endosado, un tal Víctor que me cae muy mal, y yo a él, el resentimiento es mutuo y no nos soportamos desde el primer minuto. Me lo han impuesto como instructor para que me adiestre sobre el terreno, como un maestro Jedi, un Yoda sabio para esta Luke Skywalker del subsuelo planetario, y el tío se lo ha tomado tan en serio que vigila todos mis pasos como si fueran

trascendentes. Debo aprender bien el oficio antes de lanzarme por esos mundos a vender libros a tontilocas, palabra de Víctor que también le he oído a José María, su jefe. Jerga del oficio. Solo acepto trabajar por las mañanas. Eso me deja tiempo para los estudios. Me he matriculado en Magisterio, como dije, y aunque no es una carrera muy exigente debo asistir a las clases en turno de tarde. Y salir por las noches. No sé cuánto tiempo de vida me queda. No soy Carlos y no me mueve un apetito insaciable ni la pulsión de gozar al límite, como es su caso, por lo que tengo visto, pero tampoco quiero desaprovecharlo en casa, viendo llorar a mi madre y morir día a día, hora a hora, a mi hermano Arturo, sin poder hacer nada para salvarlo. No me considero una superheroína. A día de hoy, no me siento capaz ni de salvarme a mí misma.

Nuestro producto estrella de esta temporada es una enciclopedia de la vida animal. Y a mí me encanta cuando Víctor, experto en todas las batallas de la compraventa de libros, me deja la iniciativa y puedo desplegar mis encantos y habilidades de vendedora con un cliente que hasta ese momento desconocía la existencia de la enciclopedia más completa del mercado en la materia y su necesidad imperiosa de adquirirla, una propiedad ideal para lucirla ante los posibles invitados en la biblioteca vacía de su nuevo piso. Es muy instructivo como ejercicio para poner a prueba mis destrezas profesionales, la calidad del producto y la infinita credulidad e ingenuidad de la mayoría de los clientes.

Mis dos actuaciones estelares como vendedora, con dos productos muy distintos, como se verá, las realicé con un barbero gay que adoraba los animales, incluidos los congéneres de su mismo sexo, por los que sentía una veneración absoluta, y un oficinista agriado y calzonazos que se dejaba dominar en todo por una mujer que solo era feliz negándole cualquier capricho o deseo.

# 106

Entramos en la barbería anónima de calle Cristo de la Epidemia, buen nombre para empezar una historia, el veterano Víctor y una servidora fiel, como si fuéramos dos polis de patrulla en un telefilme de TVE, el único canal de televisión que todo el mundo consume y cuyos contenidos crean escuela en la realidad de todos los días.

El barbero se llama Luis Miguel, en honor al matador de toros y follador de raza, me aclara el diestro Víctor con erudición populachera, además de padre a disgusto del cantamañanas afeminado Miguelito Bosé:

—Este seguro que te gusta, ¿a que sí, niña? Si lo sabré yo…

Al tal Luis Miguel lo tenemos fichado en nuestros archivos como un comprador fiable. Nosotros, los vendedores, no actuamos sin un plan. Tenemos una lista de antiguos clientes que nos proporciona la editorial, con sus direcciones de trabajo o de residencia, según los casos. Clientes que, o bien no han comprado nunca un solo producto de la editorial pero han mostrado siempre interés en mantenerse al día sobre nuestras novedades, por si acaso, o bien están a punto de pagar el último plazo de algún producto adquirido y ya va siendo hora de renovar sus obligaciones con nosotros comprando un producto nuevo. El barbero pertenece a esta última categoría. Está terminando de pagar una enciclopedia de la fauna ibérica que le compró hace dos años a otro vendedor de la casa, ahora jubilado. Tiene gustos muy definidos y hay que ofrecerle lo que le gusta, no tratar de venderle lo que más nos convenga. Así que la nueva enciclopedia de la vida animal en dieciocho volúmenes y veinticuatro cómodos plazos, con su vistoso despliegue de ilustraciones y su clasificación de la fauna del mundo por continentes y subcontinentes, nos parece la opción ideal.

Lo malo es que el barbero Luis Miguel tiene una clientela masculina selecta que hace cola para recibir el tratamiento capilar especial que él proporciona en exclusiva en esta zona del barrio. Es un profesional concienzudo y atento que no descuida la obligación

de que sus clientes reciban la bendición de sus manos, tijeras y peines antes de salir a la calle convertidos en una imagen de sí mismos más adecuada a sus deseos y necesidades. Los sueños privados de estos clientes son sagrados para Luis Miguel, y hay unos cuantos hombres mayores y jóvenes haciendo cola en la barbería, por lo que tenemos que esperar con paciencia nuestro turno, una hora y media allí sentados viendo desfilar uno tras otro a sus clientes.

El barbero Luis Miguel es un tipo exultante, de pequeña estatura, con escaso pelo en la cabeza, ya empezaba a llevarse entonces la moda de las cabezas rapadas y él sabía alejarla del estereotipo político y convertirla en algo más lúdico. Si lo miras como un pintor para hacer su retrato, como Carlos me había enseñado, percibes en el cuerpo de Luis Miguel el predominio de las formas esféricas, algo a tener en cuenta para comenzar a trazar su silueta en el cuadro. Luis Miguel produce, gracias a esta característica, una agradable sensación de redondez geométrica. Y hasta su personalidad y su carácter son redondos, por su amabilidad y alegría permanentes. Si fuera una chica, me habría ofrecido con gusto para que hiciera con el desastre de mi pelo lo que quisiera y me diera un repaso a toda la cabeza, que ya me lo había ganado. Se veía la felicidad de sus clientes en la mansedumbre y docilidad con que se entregaban a las manos de Luis Miguel.

Se lo comento a Víctor y le sugiero la posibilidad de que aproveche la visita para hacerse un buen corte de pelo, pero se ofende. El profesional que me ha tocado en suerte sí que es un estereotipo sociológico andante. Está casado desde hace veinte años con una mujer que es su esclava doméstica, y ahora está a punto de casar a su hija mayor, de diecinueve años, embarazada de tres meses, con un perfecto desconocido con tal de prolongar el modelo de vida. Esto es lo que me ha ido contando durante nuestros primeros días de trabajo en colaboración, mientras paseábamos de calle en calle, mañana tras mañana, por la bulliciosa ciudad, y por su reacción veo que no está para bromas de ese tipo. Su cara de asco

me hace comprender que odia a muerte a los homosexuales y que no permitiría que ninguno le pusiera la mano encima, aunque fuera para meterle el dinero que necesita más que el agua para beber en el bolsillo del pantalón. Ya entiendo por qué me ha encomendado a mí la tarea de venderle al barbero la dichosa enciclopedia animal. Por un lado, me la ofrece como venta asegurada, un trabajo fácil. Pero por otro se quita de en medio. Me deja sola. No quiere tratos con este Luis Miguel nada taurino ni en presencia de su abogado y me ha utilizado a mí para prolongar la relación del barbero con la cartera de clientes de Plaza & Janés. Me lo tomo con humor. Lo veo como una oportunidad de demostrarle lo que valgo. El barbero canta boleros de amor que sus clientes festejan con risas mientras recorta sus excesos capilares y peina sus flequillos al gusto del día. Y yo aprovecho para ir aprendiendo de memoria lo que dice el folleto publicitario de la enciclopedia de la vida animal para que no escape este animal de mis garras. El vendedor Víctor se da por derrotado de antemano y deserta como un cobarde, no aguanta más en el ambiente cargado de la barbería y me anuncia que se va a fumar un cigarrillo y a tomar otro café, ya van cinco esta mañana, en el bar de enfrente. Si lo necesito para algo, ahí estará, haciendo guardia, como buen militar en la reserva, me dice, guiñándome un ojo patriótico.

## 107

Cuando me quedo sola al frente del negocio siento alivio, pero también la responsabilidad que me transmiten el maletín y todos los papeles desparramados encima de la mesa baja que es el único lugar disponible en el exiguo espacio de la barbería. Este es un local extraño, curioso, diría yo. Tiene de barbería lo que yo de marquesa o de marquesina, ya puestos. Podría ser lo mismo una taberna popular, una estafeta de correos, una tienda de charcutería o el

despacho de billetes de tren en una estación de pueblo. La misma pintura avejentada, los mismos desconchones, la misma sensación de antigüedad conservada, de generación en generación, a fuerza de rutinas e indiferencia. La barbería no tiene ningún toque personal, nada decorativo ni bonito. Imagino que la heredó de su padre y este quizá del suyo, nunca se sabe. Y la dejó tal cual la encontró, para qué molestarse en cambiarla si funciona con la clientela. Adusta y austera y poco espaciosa, así es la jaula de un pájaro que canta y alegra la vida de sus visitantes con sus actuaciones memorables. Estamos a finales de septiembre y ya no hace mucho calor, lo que explica que se pueda estar tanto tiempo aquí encerrado sin que la barbería se convierta en una sauna para adultos sin reparos. En pleno verano, en cambio, debe de ser duro venir aquí a que Luis Miguel te rape o afeite la vanidad.

Ya quedan menos clientes, y vuelvo a revisar los datos de la enciclopedia de la vida animal, la suma sistematizada del conocimiento científico sobre las distintas formas que adopta la vida de los animales, sin incluirnos a nosotros, en los seis continentes del mundo conocido. Una suma de biología, zoología y geografía al alcance de todos los ojos y los bolsillos. Antes de salir de la oficina de la editorial se me ocurrió elegir, entre las muestras disponibles, el ejemplar del volumen que habla de la fauna asiática y sus peculiaridades por regiones y territorios, con particular atención a la fauna insular. Indonesia, Malasia, Singapur, Bali. No lo pude evitar, como tampoco estremecerme al ver esos nombres escritos en negrita entre sus páginas y las reproducciones de los loros y las cotorras de Java y de Sumatra revoloteando en el follaje selvático con sus alegres plumajes de múltiples colores.

El barbero termina la faena capilar sobre el último de sus clientes de la sesión de mañana y se acerca con rapidez y curiosidad morbosa hacia la única persona de sexo femenino que ha pasado por la barbería en mucho tiempo. Se lo noto en el modo de mirarme y de hablarme, de moverse y de sentarse. El veterano vendedor me ha dejado sola ante el peligro con este veterano comprador y ya no

sé si seré yo quien esté en venta como esclava ideal de sus rebuscados caprichos. Pero no tengo miedo cuando se sienta a mi lado, oliendo a las diversas colonias y lociones con que riega a sus parroquianos, y me mira a los ojos para averiguar qué pretendo venderle. Intrigado al verme sola ha debido de entender que el otro vendedor taimado le ha tendido alguna trampa que necesita detectar cuanto antes para sentirse tranquilo a su vez. Cosas así. Y me pregunta de sopetón: qué tenemos aquí además de una vendedora guapetona y jovencísima. Le suelto sin perder más tiempo el rollo que he estado una hora aprendiéndome de memoria. Es un tío educado, pese a las apariencias, y me escucha sin interés, por pura cortesía. No mucho más. Muy bien, chica, muy interesante, de verdad, me responde, pero yo solo quiero ver las fotos. A mí lo que me gusta de *esta gente*, me dice, y entiendo que se refiere a los animales llamándolos de ese modo tan peculiar, son las fotos, las fotos, y me importa muy poco lo que pongan ahí por escrito, ¿me entiendes?…

—Le entiendo perfectamente.

—Si no lo pienso *de leer*, ya ves tú, menudo tostonazo. Déjame ver las fotos, anda, preciosa, y te diré enseguida si me interesa comprarlo y en qué condiciones.

Dicho y hecho. Convencida de las cualidades visuales del producto a la venta, le presto el ejemplar en muestra, el tomo de la fauna asiática, sin decir nada más para no estropear la transacción en curso. Y el barbero Luis Miguel, no exagero, se pasa un buen cuarto de hora examinando a fondo la calidad y textura del papel y la impresión y la gama de colores de cada fotografía, las impresionantes reproducciones a todo color del esplendor y la diversidad de la vida animal en esa región exótica del planeta Tierra. Y ya ha tomado una decisión cuando lo cierra dando un golpetazo para poner a prueba la calidad de la encuadernación y la dureza de las tapas.

—Me la quedo. Al contado. Dónde hay que firmar.

La información de la que no disponía la editorial, y que yo

consigo gracias al anillo mágico de Willem, aún en mi poder, era que al barbero le había tocado la lotería en febrero y nadaba en la abundancia desde entonces. Y era afortunado en amores, para colmo, se había echado un novio joven del barrio que estaba como un tren, como él diría, un chico superdotado que lo tenía felicísimo y al que le quería hacer un bonito regalo en agradecimiento. Qué mejor que esta enciclopedia para decirle a la cara que es un animal en la cama y que siga siéndolo muchos años. No quiero saber más. Basta de cotilleos vulgares. Demasiada información destruye la inocencia que no quiero perder por nada del mundo mientras viva. He vendido una buena obra que me va a suponer buenos ingresos durante unos cuantos meses. Mamá estará contenta, pienso, y orgullosa de mí, más que nunca.

Y salgo de la barbería sintiéndome fresca y segura de mis poderes mientras en la calle el polvo se acumula subiendo por el aire en espiral y formando tolvaneras espantosas que podrían asfixiarme si no me tapara la boca con un pañuelo de seda que siempre tengo a mano por lo que pueda pasar, como hacen los científicos en el desierto mexicano al principio de *Encuentros en la tercera fase* cuando encuentran los aviones abandonados ahí por los extraterrestres. Entreveo a Víctor haciéndome señas desde la otra acera para que vaya a su encuentro, cruzando la calle peligrosa, la visibilidad es casi nula, la pantalla de polvo, impenetrable, el tráfico ruidoso, y me lo pienso mejor. Sé lo que quiere. Entrar de nuevo en la sórdida cafetería y que lo invite a otra ronda de lo que estuviera tomando a cuenta de mis ganancias. Y luego a unas cervezas y a unas tapas, y así se ahorra el almuerzo en casa, adonde no quiere regresar ni muerto. Ni hablar, con este espécimen animal no me tomo yo ni unos donuts a media mañana. Este no me conoce. Encima de que me ha dejado sola en la barbería con el ladino Luis Miguel. Le comunico como puedo que prefiero pasarme por la sede de la editorial para que me adelanten algo de dinero a cuenta. La mañana ha dado de sí todo lo que podía y no conviene tentar a la suerte. Este no es mi lenguaje, es el único lenguaje que entiende el

vendedor llamado Víctor. Pero no se lo digo por si acaso. No conviene abusar de la generosidad de los dioses, mandato hedonista número uno.

## 108

Se estrena la película *Excalibur*, que tengo muchas ganas de ver, aunque no goza de buena prensa, buena señal. Este estreno cinematográfico sirve para que Regina y yo intentemos reconciliarnos. Ha vuelto de Madrid por unos días, tenía un largo puente en la universidad, según me explicó por teléfono, sin que yo se lo preguntara, y ha querido esperar a ver la película conmigo, un día después de mi decimonoveno cumpleaños. Fecha mágica de mi vida.

Estamos a finales de octubre y todas las hojas se oxidan en las ramas, la naturaleza agoniza y muere para renacer más adelante, y yo vivo en un lugar en el que el único trato con árboles y plantas, tan necesario para mantener el ánimo, me lo proporciona una arboleda frondosa a la que todo el mundo llamó durante años la *selvita* y que ahora se llama jardines Picasso, celebrando el centenario del pintor malagueño que tanto admira Carlos, aunque reconoce que su estilo es inimitable. Son árboles exóticos plantados en mitad de la nada, una zona desolada, llena de descampados, carreteras y edificios aislados. Un lugar que me sirve de refugio espiritual y suplanta con su frescura y su verdor al jardín de la casa que perdí, un parque excéntrico a dónde voy a leer muchas tardes de la semana y muchas mañanas del fin de semana para alejarme de un piso asfixiante. Debió de ser el jardín de una mansión que desapareció hace décadas con el viento de la historia sin dejar apenas rastro. La devastación de los bombardeos de la ciudad, supongo, durante la no tan lejana Guerra Civil, como diría Carlos. Mis reflexiones a comienzos del otoño se están volviendo

melancólicas en exceso, además de nostálgicas.

El reencuentro con Regina no es muy estimulante. Quedamos en el centro, en el Banco Zaragozano, lugar habitual para citarse con la gente como yo que vive perdida en la ciudad. Viene en moto y llega tarde. Hace mucho que no nos vemos, desde diciembre del año pasado, cuando fuimos juntas a ver *El resplandor*, cómo olvidarlo, y se nota el frío excesivo que nos envuelve en los primeros contactos. Demasiados reproches larvados. Entramos en el cine Astoria, justo antes de que empiece la película, sin que hayamos intercambiado más que palabras circunstanciales y comentarios banales. La sala está llena de un público más ruidoso de lo habitual, como si los espectadores esperaran algo de la película que no es fácil de justificar. Se apaga la luz y comienza la proyección cuando Regina decide coger mi mano izquierda de repente. No me gusta. Me siento incómoda después de tanto tiempo, pero se lo permito. La película me decepciona, a pesar de sus pretensiones, con su parafernalia de museo de antiguallas medievales. Me aburren a muerte los caballeros, las espadas, los castillos, las armaduras, los combates, la música órfica, el esoterismo wagneriano. Tedio, sopor, sueño.

Cuando aparece Morgana, primero como niña rubia, un destello fugaz, y luego ya como mujer total, me sobresalto en el asiento y mi sistema nervioso se altera. No me esperaba un asalto a la fortaleza de mi mente de ese nivel. Hacía mucho tiempo que no vivía una experiencia de fascinación similar en un cine. Suelto de inmediato la mano de Regina y reúno mis manos acopladas, entrelazadas por instinto sobre el vientre. Morgana es el poder de lo desconocido y viene a por mí, así lo experimento. Poder femenino absoluto en estado de ebullición. Magia en la pantalla y magia emitida desde la pantalla. Magia negra, conjuros telúricos. Todo irradia una magia que me abduce como si no procediera de una criatura terrestre. El cuerpo, el cabello, la voz, el estilo de moverse y caminar. Magia y seducción, Morgana, potencia y sortilegio, Morgana, fuerza y atavismo, Morgana, venganza y maldad. La maga Morgana es la traición a toda especie de tradición, la negación del linaje, la reina

hechicera de la manipulación genética, la alquimista del clítoris, la vagina y el útero, el alambique, la redoma y la retorta. En la escena en que seduce con engaño a su hermanastro el rey Arturo, el hijo maldito de ambos, Mordred, la encarnación de la muerte, nacerá de ese acto incestuoso y matará a su padre y será destruido por él al mismo tiempo, siento en el sexo tal grado de excitación que no se me ocurre otra cosa que coger de nuevo la mano derecha de Regina, que yacía en el brazo del asiento sumida en una pasividad engañosa, y me la pongo sobre las bragas, debajo de la falda ya levantada por encima de los muslos entreabiertos, para que sienta en la palma de su mano dormida, como otras veces, el calor íntimo y la palpitación de mi deseo. Regina sabe comportarse en situaciones de emergencia como esta y me transporta al éxtasis en menos tiempo del que tarda Morgana en matar a Merlín, con efectos análogos. Morgana no muere en la película, muere la actriz. Morgana no es Helen Mirren, como pone en los créditos finales por error. Morgana soy yo ahora. En el espejo.

Al salir del cine ya no tengo más ganas de estar con Regina y se lo digo sin rodeos. Todo lo que teníamos que hacer juntas ya lo hemos hecho, no hay nada que añadir, sería fastidioso intentar disimularlo. Y me voy sola a vagar sin rumbo por las calles de la ciudad, que se reviste de una niebla espesa que diluye los contornos de la realidad hasta convertir los cuerpos y los objetos, los edificios, los coches y los transeúntes, en una masa informe, una lengua blanca que lo devora todo a su paso y lo devuelve a la inexistencia de donde nunca debió salir. Echo de menos mis paseos por los dominios de El Atabal con los perros a mi lado. Por primera vez en todo este tiempo, ya casi cuatro meses desde que nos mudamos, pienso en ellos. Dragón y Sultán me faltan. Su ausencia es terrible. Eran mis amigos más fieles y ahora están muertos los dos. Me siento más sola sin ellos. La soledad es un lujo que no me puedo permitir sin pagar un precio demasiado alto. Murieron meses antes de que supiéramos que nos íbamos de la casa y de la urbanización, como ya conté. Mi primer Dragón fue ejecutado en la perrera cuando yo era

una niña después de morder a un cretino que lo incordiaba al pasar cada día por delante de la puerta de casa. Papá no lo quiso salvar porque lo odiaba como a mí. Sultán murió envenenado con raticida por las ratas asesinas de la urbanización. Mi segundo Dragón murió atropellado por el coche de un conductor borracho. Fue un destino cruel. Lo dice Morgana. Morgana, la mala. Morgana, la maga. Esa soy yo, sí. Ahora más que nunca. Me vengaré, juro que me vengaré algún día de todo el daño que me han hecho. El daño que me están haciendo. Me muerdo el labio con fuerza mientras escribo y sorbo el flujo de la sangre que brota de la herida para recordarlo.

## 109

Dos semanas después, mi segunda actuación estelar como vendedora es una ocasión irónica y me demuestra que no siempre es todo tan fácil como creía. No siempre tienes un cliente y un producto que estén destinados el uno para el otro como algunas parejas. A veces es mucho más complicado y necesitas recurrir a la fuerza. A veces combates contra poderes que desconoces y que no sospechas que existan, energía negativa que destruye cuanto toca con su fuego abrasador. Este es el caso del oficinista avinagrado. No es un tópico, ojalá lo fuera. Existe y lo conocí en su versión más lograda. Un malogrado oficinista de cuarenta años con un puesto intermedio en una empresa de tamaño medio, un trabajo que no tiene grandes posibilidades de ascenso y que se sitúa fatalmente entre los empleados de arriba y los de abajo: la víctima propicia de los dos niveles, alguien con quien se pagan las gracias y desgracias del negocio, un chivo expiatorio, casado encima con una arpía amargada que no trabaja ni ha trabajado nunca, ni tiene hijos ni los tendrá jamás, y cuya única diversión reconocida es torturar a su marido, no me invento ni una coma, lo juro.

Lo tenía ahí enfrente, un caso patológico, un comprador ideal. Un

simple nombre en una lista de compradores potenciales, un nombre abstracto que no te dice nada de nada de un cliente que siempre quiso comprar y nunca se atrevió a hacerlo. Por cobardía o por indecisión, quién lo sabe excepto su mujer. Qué más da, en todo caso. Este dato no aparece en la información que te proporciona la editorial, la información que maneja el vendedor, en este caso yo, por fin liberada del veterano soldado Víctor, un pesado al que le importaba más su vida privada, organizar bien la boda de su hija, que su trabajo actual. Y que se convierte en un incordio cada vez que intento desplegar mis innovadoras estrategias y técnicas de venta. Un carca, en definitiva. De estilo trasnochado y anacrónico, como tantas cosas que no me gustan del entorno cotidiano. Lo único que me molesta de este cliente no es su personalidad, eso me da igual, sino el sitio donde se ubica la empresa en que trabaja. Es mi sino. En el mismo edificio comercial de calle Comedias donde mi padre montó las oficinas de la empresa fraudulenta que nos hundió en la miseria. No me río. Calle Comedias es una calle céntrica de la ciudad que siempre logra recordarme, acierto de quien la bautizó con ese nombre, que la vida es una mala comedia. Una comedia sin gracia. Cruzo los dedos para que no sea el mismo piso. Lo compruebo en la puerta de entrada, leyendo las placas metálicas de la pared. Tengo suerte. La placa de mi padre sigue ahí puesta, con el falso nombre de la empresa en la línea inferior, dando testimonio de un fracaso más en este universo de fracasados que es el mundo empresarial, en la tercera planta. La compañía en la que trabaja mi cliente se sitúa por encima de la antigua oficina de mi padre y ocupa la quinta y la sexta plantas del moderno edificio.

Me subo al ascensor con aprensión y treinta y cinco segundos después estoy plantada en la puerta, con el maletín viril colgando del brazo derecho, saludando a Sandra, la secretaria que me espera en recepción para darme la bienvenida con una sonrisa de oreja a oreja. Melena de paje, pelo castaño, ojos azules y nariz transalpina, jersey de angora de color rosa y un pañuelo blanco anudado al cuello como única tarjeta de presentación. No necesito saber más.

Es bastante mona y agradable, o me lo parece por el contraste con el resto del personal que se muestra a la vista, tiparracos mal trajeados, apestando a lociones de afeitar y colonias varoniles del montón y deambulando de una mesa a otra, con papeles en las manos, para contarse chistes groseros sobre mujeres que nunca conocerán ni en sueños. No tengo tiempo de tontear con ella como quisiera, a mi manera nada masculina, por supuesto, detesto el acoso. No quiero desconcentrarme y me limito a preguntarle por mi cliente, don Benito Fernández Navarrete. Ahora mismo lo aviso, me dice con voz acogedora. Y descuelga el teléfono y le comunica mi presencia sin dejar de mirarme a la cara, como si buscara ahí la razón por la que una chica encantadora como yo podría preguntar por un tipo agriado y antipático como el señor Fernández Navarrete. Y me dice que pase enseguida, con el mismo tono, la tercera puerta a la derecha, para disimular el impacto que le ha causado en las neuronas del hemisferio derecho la existencia de esta vendedora tan joven y desenvuelta.

La puerta está abierta de par en par y entro sin llamar en la oficina indicada. Todo huele a sudor rancio, a tabaco ancestral y a sufrimiento interminable en el aire que respiro dentro de la oficina, donde Benito me aguarda sentado a la mesa. Cada día para este hombre, pienso, debe de ser un calvario invivible, mártir en casa y mártir en el trabajo. Me invita a sentarme con un gesto robótico al otro lado de la mesa de trabajo en la que ha dispuesto todos los papeles y carpetas que necesita a lo largo de la jornada laboral en un orden que solo él conoce. Un archivador horizontal, es lo que me parece mientras me siento y empiezo a abrir el maletín con la estrategia habitual, con cada montoncito de documentos en su sitio exacto, apilados unos junto a otros con un criterio logístico inescrutable. Si no fuera por el hedor de la oficina, la sensación de orden y de eficiencia sería la nota dominante, la única redención a tanta amargura como se adivina en su cara apenas se le mira de frente. El mundo no reparte bendiciones entre los partidarios del orden racional, debe de decirse cada mañana Benito como consuelo

cuando se mira en el espejo de su cuarto de baño mientras se peina o se afeita. Lo delatan las ojeras y los nervios, manos que no saben qué hacer, aparte de traspasarse la custodia de los cigarrillos entre los dedos, mientras aguardan inquietas mi primer movimiento profesional.

—Usted dirá, señorita.

## 110

Me lo he trabajado mucho, ya no soy una novata, y estoy persuadida de que traigo oculta en el maletín el arma secreta que doblegará la voluntad compradora de Benito. El producto especial que le hará babear de ansiedad y de anticipación. Extraigo del maletín el folleto publicitario, cartón brillante impreso a todo color, con fotografías en blanco y negro y letras impresas en blanco sobre fondo azul. Veo la impresión que le causa en cuanto lo ve viajando por el aire de mis manos hacia las suyas, tiene tiempo de hacer una primera evaluación rápida, y ya demuestra un interés notable en el producto que le ofrezco. Agarra el folleto con las dos manos y se pone a leerlo desde el principio, sin saltarse un punto, luego solo lo sostiene con una mano, la otra se la lleva a la boca, pasea sus dedos por el filo de los labios finos, seca la saliva que asoma por las comisuras, enciende otro cigarrillo y luego se muerde los nudillos con suavidad, incrédulo, maravillado, sin dejar de leer el texto impreso ni de examinar las fotografías en detalle. Levanta la mirada un momento y se me queda mirando, esos ojos verdes asomando entre las valvas de las ojeras recuerdan a moluscos, sin saber qué le asombra más, si el prodigioso producto editorial o que sea una vendedora quien haya venido hasta su oficina esta mañana para ofrecérselo en primicia.

—¿Algo más, señorita?

Benito es duro de pelar. No es un cliente fácil ni sencillo, aunque

pudiera parecerlo por sus antecedentes, y eso que aún no conozco a su mujer, Raquel, una fiera de armas tomar. Benito sabe lo que quiere y sabe por qué lo quiere. Llega el momento culminante de la partida de ajedrez y me he preparado a conciencia para no hacer una jugada perdedora. El premio es suculento. Extraigo ahora del maletín, con lentitud ritual, el tomo X de la nueva *Enciclopedia de la Segunda Guerra Mundial*. He marcado unas páginas en concreto con algunos folletos publicitarios secundarios para que lo abra por el lugar más susceptible de atraer su atención y causarle más impacto. Recibe el tomo de mis manos con la reverencia sacramental reservada a los incunables. Lo posa en mitad de la mesa, con cuidado de no remover los papeles apilados, cae en la trampa y lo abre por las páginas que le he preparado a conciencia sabiendo que no podrá resistirse a la tentación. Creo conocer la psicología de estos tipos. Lo que les gusta. Lo que les atrae. Los conozco porque me conozco. El fenómeno del gusto, el imán de la atracción, el magnetismo de las sensaciones. Sus ojos se dilatan, consume el cigarrillo en tres nerviosas caladas, lo escucho salivar y tragar la baba que se le acumula burbujeante en la boca, siento cómo reprime los murmullos de placer que lo delatarían ante mí, que acecho sus movimientos como una depredadora en la selva. Sus manos acarician las páginas con un mimo que no dedicaría a la piel cuarteada de su mujer. Las roza una por una con las yemas de los dedos de la mano derecha como si fueran de seda, antes de encender otro cigarrillo con la otra mano y pegarle varias chupadas seguidas, inhalando a fondo una cantidad abusiva de humo y demorándose en expulsarlo a bocanadas mientras retoma la palabra de pronto:

—Katyn, Katyn, Katyn. Los polacos, los rusos…

Sí, en efecto, Katyn, el controvertido episodio de la masacre de oficiales del Ejército polaco por las tropas soviéticas, yo también he leído esas sangrientas páginas de la historia con horror e indignación ética y las puedo citar sin titubear, como decía la maestra Antolina. La *Enciclopedia* hace un análisis demoledor de sus macabros

detalles, con abundantes ilustraciones, mapas, fotografías, documentos desclasificados. Benito está atrapado como un animal en un cepo de hierro macizo y no puede despegar la mirada de las páginas del volumen. La Segunda Guerra Mundial es su pasión secreta. Saberlo todo sobre ella, exprimir al límite la información existente, hasta la más recóndita o clasificada, episodio por episodio, la guerra total, sus victorias y sus derrotas, batalla tras batalla, matanza tras matanza. Y esta enciclopedia está especialmente pensada, le digo, para satisfacer las exigencias de los aficionados más serios y rigurosos. A mi padre también le encantaría, por razones antagónicas, aunque dudo que pudiera pagarla en estos momentos.

—¿Y esto cómo se llama?

Conozco la jerga del oficio, así que le explico sin premura las condiciones de la oferta inmejorable que la editorial está dispuesta a proponerle, dado que es un cliente antiguo, aquí le miento, pero a Benito le gusta esa mentira, le halaga, del mismo modo que a otros les gusta que los azoten, le hace sentirse mejor. Vive sumergido a diario en mentiras de todas clases, una más no cambiará su mundo. Y le anuncio lo mejor de todo. Rompemos nuestra norma con este producto. Podemos entregarle la enciclopedia completa, los veinte tomos, desde el primer plazo. Está entusiasmado y enciende otro cigarrillo. Ya he perdido la cuenta, las colillas se acumulan en el cenicero como los cadáveres de los prisioneros en una fosa común. No puede resistirse por más tiempo, está deseoso de tenerla ya en su domicilio y firma todos los documentos en un estado de excitación impropio, sin apenas leer la letra pequeña, y cuando me levanto para irme, ensimismado en sus cavilaciones, ni siquiera me presta atención ni se molesta en despedirse, como si terminada la transacción yo hubiera pasado a la total irrelevancia. O como si, de algún modo, presintiera lo que va a pasar después. Al salir, me despido de Sandra, la secretaria, y ella me sonríe como si también supiera de antemano que me volverá a ver pronto por allí.

# 111

Una semana y media después ocurre lo que estaba anunciado. En la editorial reciben con sorpresa la devolución de los dos voluminosos paquetes con los veinte tomos de la nueva *Enciclopedia de la Segunda Guerra Mundial* enviados al domicilio de Benito con puntualidad anglosajona, como le gusta decir a José María, el delegado de la editorial, siempre dispuesto a alinearse con el bando victorioso de cualquier guerra o conflicto. Es su carácter ganador, en sintonía con el espíritu económico de los nuevos tiempos. Esa misma mañana, en cuanto me entero, me planto furiosa a más no poder en la oficina de Benito y le vuelvo a vender en cinco minutos, demostrando unas dotes y una convicción a prueba de obstáculos, la misma enciclopedia que nos ha devuelto su mujer porque no la quiere ver ni en pintura en su casa, palabras textuales de Benito. No solo no veía la necesidad de semejante gasto en un tema tan feo y deprimente. Pretextó, además, que no encajaba para nada con la decoración del salón. Veinte tomazos de encuadernación tan negra como el alma de Adolf Hitler se comen la alegría del salón y de toda la casa, añadió Raquel, al parecer, con criterio estético inapelable. Benito, avergonzado por la actitud ignorante de su mujer, me pide disculpas y me dice que no se repetirá. Que ha sido un error y no volverá a ocurrir.

—No he sabido vendérselo bien, lo reconozco. Soy torpe, no me sé explicar…

Me apena ver a este hombre arrastrándose por los suelos. Le digo, sin calcular los riesgos, que no se puede permitir que su mujer mande sobre sus gustos personales de ese modo tiránico. Que debe aprender a imponerse. Le digo que ya es mayorcito y que tiene derecho a comprarse lo que le venga en gana con su dinero, que para eso lo gana él con su trabajo y su esfuerzo. Movilizo una ofensiva retórica imbatible, digna de la guerra sahariana entre el general Rommel y el mariscal Montgomery, para que este marido desgraciado vuelva a comprar la enciclopedia que su mujer detesta

con los cinco sentidos y a firmar la documentación necesaria para ello. Los veinte tomos en pasta negra de la maldita *Enciclopedia de la Segunda Guerra Mundial* que nadie en su sano juicio querría tener en su casa. Perdón, querría perderse. Y lo hace sin rechistar, quizá para librarse de mí, dos mujeres atosigándolo ya son demasiadas para una sola vida gris como la ceniza del enésimo cigarrillo de la mañana, que se consume ahora en el cenicero sin que nadie le dé una succión cariñosa. Alterado y sudoroso, balbuceando como un enfermo mental en plena crisis de angustia, reincide en el crimen que me hará feliz a mí de nuevo y muy infeliz a su mujer. Pobre Raquel. Como si lo viera al llegar a casa esa misma tarde. Benito sabía que la derrota estaba asegurada, pero que no perdía nada por intentarlo una vez más. Me he superado a mí misma, lo reconozco, y la secretaria Sandra ha estado muy simpática y comunicativa conmigo a la salida, mientras se quitaba el pañuelo rojo del cuello y lo colocaba enseguida alrededor del pelo sin dejar de hablarme, y hasta me ha felicitado por la reventa, como si cobrara comisión. Parecía comprenderlo todo mejor que yo, percibiendo matices psicológicos de la situación que a mí se me escapaban, la verdad.

En el mismo plazo de la ocasión anterior, la devolución se reproduce tal cual. Y, enfadada como nunca, decido contraatacar a Benito en la oficina otra vez. Estoy desesperada. Había empezado a cobrar unos días antes mi parte de la comisión por la venta de la dichosa enciclopedia bélica y ahora me amenazaban del departamento de contabilidad de la editorial con empezar a descontarla de mis ingresos el mes que viene, el fatídico enero. Mi economía no podía permitirse estos desniveles e irregularidades. Esos agujeros financieros podrían acabar, como decían los vendedores más expertos, con la carrera del vendedor más pintado. Así que no tengo otro remedio que cargar contra Benito de nuevo con todo mi armamento. Cuando llego a la oficina con cara de circunstancias, la secretaria Sandra me dice, sin abandonar la sonrisa perenne que adorna su bonita cara, que Benito no quiere verme ni saber nada de mí. Le ha dado la orden tajante esta

mañana temprano de no dejarme pasar a la oficina bajo ningún concepto. Le explico a Sandra, con mis mejores recursos humanos, la situación de dificultad en que me encuentro, trato de conmover el cerebro compasivo que se alberga tras esa sonrisa fascinante, le cuento mis problemas y le ruego que me deje hablar con Benito, aunque sea solo cinco minutos, se lo ruego por favor, lo necesito. Cuando veo que la secretaria es tan seductora y eficaz como implacable en la admisión de visitantes, intento colarme con artería, y ella me lo impide con coquetería. Se ha cortado el pelo muy corto y se aprovecha de mi debilidad por su nueva imagen y atuendo acorde. El juego de esquivar y perseguir resulta divertido y estimulante entre nosotras. Son tales las mañas desplegadas por Sandra para contenerme que, al final, renuncio a volver a venderle la nueva *Enciclopedia de la Segunda Guerra Mundial* a Benito, renuncio a darle a su mala mujer el gusto de que me la devuelva otra vez con una nota de agradecimiento caligrafiada con carmín rojo donde diga *muchas gracias por ayudarme a maltratar a mi marido, so puta*, y me conformo, derrotada, con pedirle el teléfono a Sandra, que me lo da gustosa, como si llevara semanas esperándolo.

—Ya era hora, ¿no te parece? Creí que no me lo ibas a pedir nunca. Estoy libre este finde. Llámame para lo que quieras. Dar un paseo, comer en la playa, tomar una copa o hacernos un cine.

Y me río para mis adentros, a pesar de la frustración que me embarga, pensando en todas las posibilidades incluidas en esa expresión que desconocía hasta ahora. *Hacemos un cine*, Sandra y yo, la eficiente secretaria y la vendedora ineficiente. Por qué no. Mucho mejor la mala copia de una película japonesa en color y formato panorámico. Exclusivamente para mayores de dieciocho años. Clasificada S. ¿Cómo se llamaba la película? *El imperio del sexo*. Proyectada en programa doble junto con otro bodrio inolvidable de la misma factoría oriental de engendros misóginos. Una deliciosa tarde de domingo en el cine Emperador, en pleno Llano de la Trinidad, con su fachada arcaica, sus carteleras escandalosas y el movimiento perpetuo del patio de butacas. El

síndrome de Sandra en sesión continua. Sin comentarios.

## 112

De todos modos, lo más interesante de mi paso por la sede local de la editorial Plaza & Janés no fueron mis numerosas aventuras y peripecias como vendedora a domicilio. El primer paso hacia la meta apetecida, como en una disputada partida del juego de la oca, lo di al conocer a Luis Alberto, el hijo del delegado, José María, un abogado prometedor, acababa de terminar la carrera y estaba colocado en un importante bufete de la ciudad, con una carrera política aún más prometedora por delante, según se comentaba en el entorno de la editorial. Daba la casualidad de que Luis Alberto era el novio de mi nuevo amor, Esther. Melena rubia de pelo lacio, mediana estatura, grandes pechos y anchas caderas, así era la caprichosa sirena de los Acuarios Málaga de la que me había prendado nada más conocerla.

Voy a verla cada vez que tengo tiempo libre, aprovechando que paso todos los días, con ímpetu de camino al trabajo, o a la vuelta, más cansada, por delante de la puerta de los Acuarios, situados en un local de calle Strachan, en pleno centro de la ciudad. Esther trabaja ahí para su padre, Ricardo, que es el propietario del curioso establecimiento. La tienda consiste en un pequeño mostrador a la entrada donde solo caben dos sillas y dos personas, sentadas o de pie, y un largo pasillo que se adentra en la profundidad abisal del lugar, dando varias vueltas y revueltas, mostrando a derecha e izquierda una cantidad enorme de acuarios de distintos tamaños que albergan una gran variedad de peces de todas las especies imaginables.

No hay vez que yo entre en la tienda que no haga la gira completa, ida y vuelta, por el sinuoso pasillo. El olor es único y persistente en todo el espacio. Un aroma a humedad y a viscosidad,

a escamas y a litros de agua sucia, todo mezclado. El suelo del pasillo es una tarima de madera que siempre está empapada del agua que rebosa de los acuarios al manipularlos a diario para extraer o introducir peces. Esther se pasa la vida metida en la tienda sin hacer otra cosa que atender a los clientes y controlar el estado de las instalaciones. Su presencia allí parecería demostrar que la vida, surgida por azar en un caldo primigenio, hizo bien en salir del agua hace miles de millones de años. Que cuando la primera criatura marina tomó la decisión de deslizarse fuera del mar arrastrándose por el cieno viscoso y la arena espumosa ya tenía en mente el proyecto de ser algún día como Esther, en cuerpo y alma. Esta es la clase de ideas que te asaltan cuando llevas mucho tiempo inmersa en la atmósfera insana de los Acuarios en la fascinante compañía de Esther. Esther representa el resplandor femenino de la más alta intensidad. Todo brilla en ella a pesar de vivir bajo la influencia del agua en todas sus manifestaciones, cálida y fría, turbia y transparente, como su carácter anfibio.

Desde que entro en la tienda y hago mi ronda habitual por el extenso y tortuoso pasillo inspeccionando los acuarios para examinar los nuevos peces llegados a veces de países muy lejanos y las nuevas peceras hasta que salgo por la puerta hacia la calle, es como una sesión de terapia, una terapia acuática que calma mis nervios y mi sensibilidad exacerbada, en compañía de Esther, que camina a mi lado explicándome los detalles del negocio con ese placer con que te transmite todo lo que tiene que ver con el mantenimiento de los acuarios y de sus sigilosos habitantes. Esther disfruta con su trabajo y se le nota en la voz, siempre alegre a pesar de una cierta ronquera de fondo, una garganta cascada antes de hora. Tengo la suerte de conocer y tratar a Esther en los Acuarios y fuera de ellos. Al alejarse del decorado de la tienda, la sirena se transforma, por desgracia, en una mujer mucho más prosaica y normal.

Cuando estamos juntas en los Acuarios, me paso horas en silencio, mirándola y escuchándola sin cansarme, el tiempo que conseguimos estar solas sin que nadie nos moleste. En cuanto

aparece Ricardo, su padre, o su hermana mayor, Isabel, encuentro enseguida una excusa para irme. Ya no me agrada estar allí, aunque Esther vaya a seguir, vigilada por los extraños y juzgada por los idiotas. Pero mientras estoy allí con ella, con clientes entrando y saliendo para comprar o para curiosear sin más, con asombro visible, esa vida submarina trasplantada al mismo corazón de la ciudad, vivo con Esther una experiencia irrepetible que luego siempre me las arreglo para evocar en mi cabeza, memorizando los detalles más estimulantes, hasta la próxima vez.

Desde la infancia he odiado los animales enjaulados. Me negaba siendo niña a ir al zoo a ver animales encerrados cuando mis padres y mis abuelos maternos se empeñaban en llevarme, estando en Madrid de visita familiar durante las vacaciones de verano y en Navidad. Y odio los acuarios y me asfixia mirarlos, todos esos peces que viven confinados en una cárcel de cristal y agua estancada, un agua que se alimenta de oxígeno artificial y se ilumina de pronto con luces anómalas. A veces pienso en liberarlos, tal es la fuerza de mi pulsión. Si pudiera lo haría. Solo Esther me lo impide con su presencia. Esther frena mi impulso liberador con su dulzura y su belleza subacuáticas. Ese impulso reprimido lo he sentido a menudo mirando la cara de la piraña solitaria que nada en un acuario bajo la etiqueta de pez amazónico. Lo he sentido mirando las peceras rebosantes de los peces tropicales y las plantas del fondo que los mantienen engañados. Lo sentí de un modo especialmente perturbador observando el acuario de los ajolotes, que no son peces sino anfibios, como yo también lo soy, y como lo es Esther, aunque no quiera reconocerlo, habitantes simultáneos del submundo acuático y del submundo terrestre. Estos extraños animales parecen lagartos o salamandras con aletas de coral y cabezas talladas, y se deslizan por el fondo arenoso de los ríos y lagos mexicanos. Solo la presencia benefactora de Esther disipa mis arrebatos de poner en libertad a toda esta fauna enclaustrada. Es verdad que no tendrían nada que hacer en este medio, pero mi locura no admite razones externas. Todo lo que siento por Esther cuando la tengo cerca de mí,

al alcance de mi mano, me detiene. Y más todavía lo que Esther despierta en mí, en mi recuerdo, en mis emociones, cuando regreso a casa y a mi soledad en una casa vacía que nunca será la mía, como he dicho. Mi pasión por Esther alcanza por momentos niveles incontenibles, como el agua que desborda de algunos acuarios cuando se agitan los grandes peces silenciosos que habitan en ellos y cae al suelo con un chapoteo, inundando la arena del suelo y la tarima de madera desgastada.

## 113

Y luego, por si fuera poco, está el milagro de Esther. Ese momento prodigioso en que Esther, mientras habla conmigo de los problemas técnicos de mantenimiento de los acuarios, con la cantidad de cortes de luz que hay en el centro de la ciudad, culpa siempre a la pésima gestión del Ayuntamiento socialista y la compañía eléctrica y sus políticas desaprensivas. O cuando me habla de las nuevas adquisiciones de especímenes y me enseña fotografías que le han enviado los exportadores extranjeros de peces que ni siquiera imaginaba que existían. O cada vez que me cuenta alguna de las demandas disparatadas que han recibido a lo largo de los años, o los servicios imposibles que les requieren, como con aquel cliente marbellí millonario, un fanático de los peces exóticos y la pesca marítima, que quería que los Acuarios le ayudaran a conseguir un tiburón blanco para meterlo en su piscina de agua salada, como me cuenta Esther sabiendo que me gustará mucho la anécdota. El cliente se enfadó, al parecer, cuando Ricardo le explicó que no solo era ilegal sino un crimen contra el animal, contra el gran escualo que no sobreviviría en tan escasa cantidad de agua. O cuando Esther atiende con su devoción y entrega características las pequeñas demandas de los clientes habituales, modestos compradores de peces o de comida para peces o de peceras de todas clases y

tamaños y sus accesorios imprescindibles. O cuando se enfría la temperatura del aire en el interior del recinto de manera repentina. En todas esas ocasiones, y en muchas otras, al terminar la actividad, se le erizan los pezones, se le yerguen bajo la blusa o el vestido, la camisa o la camiseta, como una erupción cutánea. Los tiene enormes, como chupetes bajo las grandes copas del sujetador, y se transparentan con la presión que ejercen sobre las telas y los tejidos que tratan de contenerlos en vano. Y adoro ese instante en que se produce el milagro, la intersección o la conjunción, en medio de toda esa diversidad de peces, de percibir la grandeza de los pezones de Esther imponiéndose y afirmando su existencia por encima de los bultos informes de las tetas y de la ropa anodina que lleve puesta ese día. Es infalible, como una reacción nerviosa, y hasta ella se da cuenta y siente un poco de vergüenza, pero no puede evitar el fenómeno, está más allá de su control, y creo que se excita al mismo tiempo y hasta puede que experimente algún orgasmo discreto. Yo disfruto esos momentos de abandono con especial placer y me dejo arrastrar por la corriente de sensaciones que nos envuelve por igual, a los mamíferos superiores y a los peces de agua dulce y de agua salada, en ese ambiente de invernadero, recalentado y húmedo al mismo tiempo, como una metáfora de la vida en este planeta.

Hubo una vez, no puedo olvidarla, en que el milagro se produjo mientras Esther vestía, sin ningún complejo, la tela burda de la camisa azul falangista. Nadie es perfecto. El padre de Esther es un facha redomado, como el mío, y su hija lo sigue en esto como en los oscuros entresijos del negocio. Ese día los pezones le despuntaron como un nuevo amanecer en los Acuarios, con el yugo y las flechas al fondo del paisaje, mientras me contaba las peripecias de la manifestación de la que volvía entusiasmada, como si representara, dándole la vuelta a la historia, una victoria sobre los viejos valores del orden establecido. Una manifestación en la plaza de José Antonio, así la llamaba, no plaza de la Constitución, su nombre democrático, en homenaje al dictador y en protesta contra no sé qué decisiones del decrépito Gobierno actual. Aquello también se lo

perdoné, a pesar de todo. El espectáculo de los peces cautivos y los pezones liberados cantando cara al sol con la camisa nueva era demasiado subyugante como para no caer rendida ante su fuerza y su belleza plástica, a pesar de su ambigüedad política. Recuerdo que Carlos, por lo que me había contado en nuestra conversación más reciente, ya estaba empezando a preparar entonces, en el invierno del 82, la polémica exposición *Fuerza Nueva*, que tantas complicaciones y conflictos le causarían con esta gente de extrema derecha, aunque no le di mayor importancia.

Pero estaba otra vez en el ámbito sagrado de los Acuarios, donde morían peces todos los días, sin que nadie hiciera nada por evitarlo, y yo estaba dispuesta a perdonarle a Esther todos sus errores ideológicos y sus falsedades morales y hasta disculparle sus necedades convencionales con tal de que me permitiera, contra la opinión amarga de algunos, como su novio Luis Alberto, que sospechaba de mí por mi amistad con Carlos, una persona dudosa, en su rancia opinión, pasar con ella todas esas horas hablando, entre los peces y los pezones, de cualquier nimiedad que a ella le interesara en la vida. Yo tenía el don de perdonarle todo de antemano, así de ciego es el amor verdadero, y la ingenuidad de creerme que Esther, llegado el caso, haría lo mismo conmigo. Cometí el error de tomarme en serio esas risas y esas sonrisas constantes de Esther, y de creer que sus elogios a mis cualidades físicas, la confianza y la sinceridad de nuestra conversación, el clima de franqueza y de complicidad entre nosotras, la desinhibición con que me hablaba de sus problemas sexuales con Luis Alberto, de la desidia y la frialdad de sus encuentros íntimos, o de sus dificultades para encontrar sujetadores adecuados a sus necesidades especiales, significaban para ella lo mismo que para mí. Ese fue mi fallo mayúsculo. Y pequé de atrevimiento, sin poder controlarme.

Ocurrió fuera del ambiente propicio de los Acuarios, en el curso de una apoteósica fiesta de cumpleaños que Esther organizó para sus amigos y familiares en la casa de sus padres en Pedregalejo. Cumplía veintiuno y le parecía necesario celebrarlo a lo grande. Yo

también caí en la trampa de su puesta en escena y creí que era un mensaje indirecto dirigido a mí por vías retorcidas. En cierto modo, lo era, pero en el sentido inverso al que yo imaginaba. Me atreví a decirle que quería hablar con ella en privado, que me acompañara a algún lugar donde pudiéramos estar a solas para poder hablar con sinceridad, quería decirle algo importante que no admitía demora. No sé por qué aceptó, o qué entendió en mi propuesta que no levantó sus sospechas. No creo que fuera tan tonta de no intuir que algo raro estaba pasando entre nosotras. Supuse que Luis Alberto ya la habría puesto al día y que ella sabía a lo que yo jugaba. No sé. No es posible entender todo lo que hacen, dicen o piensan nuestros semejantes a todas las horas del día y de la noche. Es una tarea inútil además de absurda. Yo no pensaba andarme con muchos rodeos. Había poca luz, solo un foco que iluminaba la piscina climatizada y una sección decorativa del jardín, con una fuente mitológica, sirenas y nereidas tiranizadas por un Poseidón colérico, de la que caía un chorro de agua intermitente que era la única banda sonora de la escena nocturna junto con la música remota de la fiesta. Le dije abiertamente todo lo que sentía por ella y que no podía seguir viéndola como hasta entonces sin que ella lo supiera también y me dijera si sentía lo mismo. Me parecía honesto decírselo. Necesitaba declararme, necesitaba liberar mis sentimientos, ansiaba un beso como recompensa, y Esther no hizo ni dijo nada. Dos segundos de un silencio insoportable le bastaron para responderme, poniendo cara de asco y mirándome con desprecio. Se dio la vuelta sin más y se marchó hacia el interior de la casa, donde se perdió entre los invitados para tratar de olvidar la situación ridícula que acababa de vivir por mi culpa.

Esther había perdido una amiga *y yo* me había ganado una enemiga que me calumnió todo lo que pudo cada vez que tuvo ocasión y hasta consiguió que el padre de Luis Alberto, José María, el delegado de la editorial Plaza & Janés, insistiéndole mucho, me echara de la editorial meses después sin indemnización. No le conté a nadie nunca lo que me pasó, pero escribí un cuento en venganza

donde una guapa ictióloga que se parecía mucho a Esther en todo, y que también tenía el alma de arena de un acuario vacío, vivía una aventura increíble en el Amazonas y acababa devorada ferozmente por las pirañas y los caníbales. El cuento se titulaba «La piraña azul» y no eran los peces carnívoros del inmenso río americano los que merecían tal nombre, sino la dueña de los peces de colores y los pezones teñidos de azul. La infame Esther, la falsa sirena de los Acuarios Málaga.

## 114

Esta extraña historia de Esther y los Acuarios Málaga me lleva a acordarme de mi amiga Nati, a la que conocí y traté cuando tenía casi catorce años, en el verano del 76. Nati regentaba un vivero llamado Cetárea, que era una empresa que criaba y almacenaba langostas africanas y las distribuía por los restaurantes y hoteles de la Costa del Sol. Nati tenía dos hermanos pequeños, Rafael y José, pero era ella sobre la que el padre, Rafael, había hecho descansar la responsabilidad del negocio boyante. Nati era opuesta a Esther en todo. Modesta, trabajadora, sin pretensiones ni ambiciones, vivía con su familia en un piso de calle Cuarteles y no se hacía muchas ilusiones sobre la vida que le esperaba. Tenía chicos revoloteando siempre a su alrededor, pero ninguno le gustaba lo suficiente, y se dejaba cortejar por ellos por inercia, no por convicción ni por sentimientos. A mí nunca me contó nada de sus relaciones, pero por su comportamiento con ellos deduzco que no le entusiasmaban los hombres. Tampoco las mujeres. Nati era una de esas chicas que no sentía gran interés por el sexo. Y eso me divertía mucho en una época confusa en que yo empezaba a estar obsesionada con él, sin saber lo que era con exactitud. Quizá por eso.

Cetárea se ubicaba en las playas de Pedregalejo, en un antiguo barrio de pescadores que se estaba reconvirtiendo en una zona

residencial y de recreo. Mis abuelos paternos vivían en una casa mata de la avenida Juan Sebastián Elcano y yo me había acostumbrado a esas playas, y muchos veranos, a pesar de lo lejos que estaban de la urbanización, pasaba mañanas o tardes paseando por la Playa de las Acacias y comprobando los cambios en el paisaje. No me gustaba bañarme porque había muchas piedras y poca arena en el fondo. Cuando era niña, mis abuelos me obligaban a ponerme unas sandalias de goma para que no me hiciera daño en los pies, y ahora prefería no entrar en el agua con tal de no tener que ponerme ese horrible calzado veraniego. Así conocí a Nati, vestida con su eterna camiseta azul marino con el nombre de la empresa inscrito a la altura del pecho, su minifalda vaquera y sus chanclas celestes. Atrajo mi ojo enseguida con su increíble capacidad para gestionar la recepción de los animales cuando llegaban los camiones y daba órdenes a todos, conductores y trabajadores, para que el traspaso de las langostas de los camiones o las furgonetas a los viveros fuera rápido y seguro, sin que ninguno de los animales sufriera daños. Rubia también, de rostro melifluo sin ser atractivo, pequeña de estatura y repleta de energía nerviosa, daba gusto verla trabajar. Todo el mundo la respetaba, pese a que solo tenía veinte años en aquel momento, y se notaba cuando se dirigían a ella, en ausencia del padre, sin hacerle las típicas proposiciones e insinuaciones de los hombres cuando nos ven solas.

Yo también debí de atraer la mirada de Nati, a fuerza de observarla con intensidad desde la distancia, y me llamó un día para que me acercara. Me preguntó si quería visitar el vivero. Todo el que me conoce, una minoría real, sabe de mi pasión por los animales, y Nati había advertido, con su inteligencia natural, que mi interés por ella era un interés indirecto, un interés creado por mi curiosidad por las langostas y los viveros. Me hizo pasar a lo que llamó su cuartel general, que era una pequeña nave a pie de playa donde todo lo que había eran unas piscinas de cemento desnudo llenas de agua de mar y de langostas incoloras. En cuanto Nati entraba en su reino se descalzaba para andar más cómoda por los accidentes del lugar. La

recuerdo caminando por los bordes de las piscinas con una gracia y una ligereza inimitables, comprobando que en todas ellas hubiera el nivel adecuado de agua y que las langostas no se enredaran ni chocaran unas contra otras. Me explicó que algunos de esos roces indeseados entre los caparazones de las langostas desataban guerras entre ellas, combates cruentos en que perdían patas, pinzas o antenas que las devaluaban en el mercado. Los cocineros las querían enteras y pagaban menos por ellas si las piezas no estaban completas. Yo las veía, sin dejar de admirar las maniobras de Nati, como guerreros samurai del fondo del mar, con sus armaduras, espadas y lanzas preparadas para la batalla entre congéneres de la misma especie submarina.

Las piscinas de aquel vivero transmitían la impresión de estar rebosantes de langostas. En algún momento, Nati se introdujo en una de las piscinas con los pies desnudos y comenzó a separar langostas que amenazaban ya con enfrentarse entre ellas y recuerdo las múltiples sensaciones que me invadieron. Nati sumergida hasta los muslos, moviendo langostas de un lado a otro de la piscina, desplazándolas con las manos y los pies para que no se lastimaran, y las langostas chapoteando y batiendo las colas, produciendo un ruido estridente al chocar con la superficie del agua. Imaginaba la planta de los pies de Nati en contacto con la viscosidad del fondo y me daba un poco de repugnancia pensar que ella se encontrara tan a gusto allí, realizando sus tareas cotidianas, sin darle importancia a ese tipo de cosas que a mí me provocaban, sin embargo, tanta incomodidad. Los pies de Nati al moverse por la piscina separando los cuerpos de las langostas no podían evitar rozar también la aspereza de los caparazones de las que permanecían sumergidas e inmóviles. Sin salir de ahí, Nati me invitó a acompañarla por primera vez. Capturó una langosta con una red de pesca acoplada a un palo largo, una especie de cazamariposas metálico, y me la mostró en todo su esplendor cogiéndola, sin miedo, con la mano desnuda.

Era una buena pieza, de gran tamaño, y al verla removerse agarrada por la cabeza, el veloz vaivén de la cola y la agitación de

las pinzas y las antenas, eché de menos una cámara fotográfica para fijar esa imagen que tuve que retener en mi cabeza para que no se perdiera con la exposición al paso del tiempo. La recupero ahora con toda la riqueza de emociones y sensaciones con que la viví entonces. Pero la alegría de Nati cuando capturó otra igual de grande y también me la enseñó, agarrándola con la otra mano también desnuda, no se habría traspasado al papel en que suelen imprimirse las fotografías. La imagen de triunfo de Nati, con una enorme langosta apresada en cada mano, hundida en el agua marina del vivero hasta más arriba de las rodillas, mientras a su alrededor otras langostas golpeaban el agua como alteradas por la situación, estaba destinada a mi sensibilidad, y no al objetivo fotográfico o cinematográfico, que la habría deformado de manera inevitable. Las echó a un canasto metálico que había adosado a la pared del fondo de la nave, junto a la puerta de salida, y me invitó a que la ayudara a escoger otras dos piezas que tenía que servir a un restaurante de Marbella que le había hecho un pedido urgente para la celebración de un cliente especial. Una historia novelesca. Cuatro solitarias langostas solicitadas por un hombre soltero que había citado a sus tres amores a una cena sentimental para decidir con cuál de ellas se casaba al final. Nati se reía contándome la sorpresa del cocinero, que le había dicho que el cliente había reservado el restaurante, pagando una suma considerable, solo para él y sus tres esposas potenciales esa noche, sin más testigos ni cómplices, y no parecía darse cuenta de que mi interés por lo que estaba viendo en aquel momento y lugar era proporcional a mi desinterés por la historia que a ella parecía divertirle tanto, como si le confirmara su visión irónica de las relaciones entre sexos.

Con su gesto encantador, Nati pretendía invitarme a participar con ella de la fiesta de las langostas, pero me resistí con ahínco. Repelida por la suciedad orgánica del fondo de la piscina y atemorizada por la violencia latente de las langostas, cada vez más nerviosas y activas, en actitud defensiva, como si presintieran cuál sería su destino una vez extraídas de su nuevo hábitat, sentí una

aprensión que me hizo imposible meterme con Nati, como habría deseado, en la piscina poblada de langostas y agua salada y fría y compartir con ella, la una junto a la otra, esa experiencia asombrosa en que los pies desnudos palpan cuerpos yacentes, pinzas, patas, colas y antenas, mientras caminan sobre un fondo viscoso y turbio como el de un acuario. No pude ni pensar en adentrarme en ese entorno repulsivo y amenazante. Quería con todas mis fuerzas estar con Nati en el agua, que no dejaba de incitarme a abandonar mis escrúpulos, pero no podía vencer el asco que me suscitaba la sucia promiscuidad del vivero. Y Nati, sin salir del agua un solo instante, refrescando alegremente sus pies y sus muslos, con otras dos langostas recién capturadas entre sus manos, se reía con simpatía también de mí y de mi cobardía adolescente. El instinto natural de cualquier animal es el miedo, la protección, y Nati se burlaba, con razón, de la inexperta amiguita que temblaba de pánico, con la piel de gallina, al borde de una de las piscinas donde las langostas aguardaban para devorarla entera, empezando por los dedos de los pies.

Tambaleándome aún al filo de uno de los viveros, con mi indecisión agravándose por minutos, de pronto se apodera de mí la idea de que el líquido salado que irriga nuestra sangre es una reminiscencia interior del primitivo elemento marino y me mareo solo de pensarlo y casi me desmayo allí mismo, a punto de resbalar y caer en la piscina de las langostas que imaginaba, por una extraña asociación, repleta de sangre. Cuando Nati ve que lo estoy pasando verdaderamente mal, al borde de un ataque de nervios, deja de reírse, suelta con brusquedad las dos langostas en el agua, sale a toda prisa de la piscina y en dos saltos acrobáticos se planta a mi lado. Me abraza con fuerza contra su cuerpo mojado. Sin darse cuenta, como hay poco espacio para apoyarse, ha puesto el pie derecho descalzo sobre el empeine de mi pie izquierdo. Me estremezco al sentirlo ahí, en contacto íntimo conmigo, y mis dientes castañetean. Tiemblo cada vez más. Nati me coge con mimo la cabeza con la mano izquierda y la apoya contra el almohadón de los

pechos, sin dejar de acariciarme el pelo con la mano derecha. Me besa en la frente varias veces. Podría quedarme así para siempre, acunada en brazos de mamá Nati, y no pasaría nada. Eso sentí entonces, antes de perder la consciencia, y eso siento ahora, mientras escribo.

## 115

María José fue un asterisco en mi vida, ni siquiera una nota a pie de página. Un asterisco es una estrella de tinta en una página impresa de papel, y no una estrella en el cielo de la noche. Para evitar llamarla por su nombre, que me incomodaba y me traía raros recuerdos de aquella niña procaz, la hija de Mari Carmen, la llamaba Alba, porque le gustaba mucho cantar la canción *Al alba* del cantautor Luis Eduardo Aute, y lo hacía a menudo, convencida de que sonaba muy bien y podía gustar a los amigos y las amigas que la escucharan con solidaridad, con una voz aguda que me chirriaba en los oídos.

Alba era hija de un guardia civil y vivía en una casa cuartel por la zona de la avenida Luis Buñuel, no lejos del estadio de fútbol de La Rosaleda. La conocí en mi primer año en la Escuela de Magisterio, en el destartalado edificio que ocupaba en el campus de El Ejido, adonde yo acudía en vano cada tarde de la semana, de lunes a viernes, en busca de enseñanzas básicas y orientación existencial, aunque la mayor parte de las veces salía huyendo horrorizada del aula para refugiarme en las proyecciones de películas clásicas y modernas del cercano cineclub universitario. Alba es maestra vocacional, como la maestra Antolina, pero para distinguirse prefería el inglés como especialidad. Tiene novio desde segundo de BUP, pero no puede evitar sentir curiosidad por mí. Y después de un par de tardes a base de té y simpatía en la cutre cafetería de la escuela me dice que se está enamorando de mí y que no sabe qué hacer, que

nunca ha sentido nada igual y no sabe cómo actuar. Nos besamos por primera vez a la salida de clase, sin ir a mayores, y al día siguiente me busca preocupada. Ha pasado la noche en vela pensando en mí, perturbada por el beso que nos dimos. ¿Qué me gusta de ella? Esto mismo. Esta confusión, esta perplejidad, estas dudas en una chica que sin mí habría seguido un destino perfectamente convencional. ¿Qué le gusta a ella de mí? Mis maneras, mi indiferencia a las miradas ajenas, mi falso sentimiento de superioridad, mis diferencias y mi inteligencia, me dice. Yo sé que me ve, porque su mirada la delata, como a una extraterrestre caída del cielo para descubrirle la extrañeza de la vida. Con sus gafas de sol de montura de carey y su cara de actriz secundaria de una película americana de los cincuenta, logra conmoverme. Le digo que no conviene precipitarse, que espere y ya veremos qué pasa. Me dice que ya no puede hablar con su novio sin pensar en mí y que si este se entera va a tener problemas. Otro maltratador, me digo. Esa misma noche, al salir de la última clase, una hora y media intensiva de Psicología de la Educación, buscamos un rincón oscuro detrás del Instituto Cánovas del Castillo y nos pasamos una buena hora besándonos y metiéndonos mano. Al despedirnos, un poco aturdida, me dice que ha perdido el norte y que tiene la sensación de estar perdiendo también el control de su vida. Yo decido desaparecer por un tiempo. Los problemas en casa se multiplican y mi trabajo en la editorial no va bien, así que prefiero no añadir más caos a mi propia vida.

Pasan un par de semanas y regreso a mis estudios para encontrarme con que Alba está desquiciada. Creía que me había perdido para siempre y que mi ausencia estaba causada por su insistencia en hacerme saber lo importante que era su relación conmigo. Estamos en el descanso antes de la última clase, tomando té yo y ella una tisana para calmarse, cuando me anuncia que ha roto con el novio, que era lo más honesto. Me inquieto y le pregunto si ha sido tan tonta de decirle que es por mí, y me responde que no. Le ha dicho que necesita tiempo para pensar. El novio la está

presionando. No le gusta nada que estudie. Quiere que abandone la carrera para tenerla para él solo y poder planear la boda. Antes de conocerme, ella también quería casarse rápido, más que nada para librarse de su padre, un teniente de la Guardia Civil autoritario y violento. Vive en el cuartel como si fuera un fuerte del Oeste americano y todos los que viven al otro lado de sus muros fueran apaches, sioux o comanches al acecho, deseando asaltarlo en cualquier momento, como en las películas de John Ford y de Raoul Walsh que tanto le gustaban a Regina.

—No le agrada que tenga un novio que no sea del cuerpo y vista uniforme, imagínate si supiera que tengo novia.

La corrijo enseguida:

—Nosotras no somos novias, Alba. Lo nuestro es otra cosa. Tiene otro nombre.

Alba no suscribe mis sutilezas. Lo que ella siente corresponde a lo que sería tener una novia. Así lo entiende ella. Quién soy yo para desmentirla. Me obliga a prometerle que no volveré a dejarla sola. No se siente con fuerzas para encarar la situación sin mí. Le digo que no exagere, que no es para tanto. Y se le cambia el rostro de pronto, con el llanto reprimido y los ojos acuosos. Y me gusta más ahora. Ha pasado, en cuestión de segundos, de actriz secundaria de una película clásica de programa doble a esfinge protagonista de un melodrama excitante de primera clase, y reconozco que me entusiasmo pensando en las posibilidades amatorias de esta chica tan apasionada y emotiva. Y cometo el error de decirle que nada me gustaría más que estar con ella en una habitación donde nadie nos pudiera ver ni escuchar, solas las dos. Y se pone radiante de felicidad. ¿Lo dices de verdad? Le digo que sí, que no miento. Y me dice que tiene una amiga con la que ha hablado de lo que le está pasando conmigo y lo ve con simpatía, y que tiene un piso en alquiler y podría pedírselo prestado, si yo quisiera. No tengo ganas de ponerle trabas a la vida, si va por aquí, va por aquí, ahora mismo no me ofrece nada mejor. Y le digo que sí, sin pensarlo mucho. Quedamos en que mañana me esperará a la entrada de la escuela

para comunicarme si tiene las llaves del piso y que podríamos ir enseguida, saltarnos las clases por una vez para conocernos mejor. Esta chica promete, me digo. Y así lo hacemos.

Cuando la veo desde lejos, apostada como una estatua antigua a la entrada de la escuela, ataviada con su vestido rosa más nuevo, su rebeca blanca, sus zapatos de tacón y su bolso elegante, sin otro accesorio que señale su intención de asistir a clase, entiendo que su generosa amiga le ha dado las llaves del piso sin condiciones y ella las ha recibido como si fueran las llaves del paraíso, pensando en lo que siente por mí. Ha pasado toda la noche, me dice nada más besarme en las mejillas, imaginando lo que haremos juntas, lo que ella me hará y lo que yo le haré, y cómo eso lo cambiará todo en nuestra relación. Ya veo que quiere convencerse. Entiendo que la experiencia le sirve para poner a prueba sus deseos, saber de verdad lo que quiere. Al novio lo ha mandado al banquillo hasta estar segura de que no es a él a quien prefiere, entre todos los candidatos, para fastidiar a su padre.

El piso de la amiga no está lejos, en la plaza de Capuchinos, y podemos llegar a pie, paseando por el barrio, cogidas de la mano, con una alegría interior que nadie más puede compartir. En cuanto entramos en la casa, desafiando el control visual de alguna vecina fisgona, Alba enloquece y yo me enfrío. Le entra una prisa repentina por que vayamos a la cama, quiere verme desnuda, quiere mostrarse desnuda, quiere intimidad, besos, caricias, lo quiere todo pronto. Se muestra impaciente, ansiosa. Y allí estamos, tumbadas las dos juntas, ella a mi lado y yo mirando al techo como un marido aburrido. Antes de empezar, la relación ha muerto. Percibo los signos. No me gusta su cuerpo y apenas si la he acariciado por cumplir con la obligación. Y ella lo nota. Cree que cantando se arregla la situación, y la empeora. No aguanto su voz. En la intimidad libera notas aún más chirriantes que en público, y no soporto su efecto anafrodisíaco sobre mi libido. No me gusta su cuerpo, pero al mismo tiempo no sabría señalarle un solo defecto. No los hay. No entiendo dónde reside el problema. No es una

cuestión de proporción o tamaño, es algo referido al conjunto, al ensamblaje de las partes. Yo qué sé. El caso es que ella está eufórica por haber conseguido arrastrarme a la cama de su amiga, quién sabe si fantaseando con esta, y yo estoy en pleno ataque de apatía e indiferencia. Hasta que se produce el milagro que llevaba esperando toda la tarde. Harta de mi actitud escasamente cómplice, se sube encima de mí y empieza a besarme en los labios haciendo que sus pechos se rocen con los míos. Pero no es este detalle menor lo que desata el mecanismo. Para demostrarle mi implicación, le devuelvo las caricias pasando mis dedos por sus pantorrillas y muslos, por encima y por debajo, acaricio sus piernas con creciente intensidad y descubro de pronto la gran cantidad de vello que las recubre. No me habías hablado de esto, le digo con una sonrisa picara. Alba se avergüenza y me pide disculpas. No había tenido tiempo de hacerse la cera. Su madre y ella se la hacen en casa al menos una vez a la semana y ha sido todo tan precipitado, me dice la muy tonta. Precipitado es lo que estoy empezando a sentir en contacto con esas piernas velludas. Y, con la mente rápida que estoy adquiriendo en esta clase de intercambios, le digo que se equivoca. Que no se depile las piernas, que así están estupendas. Me estoy poniendo a cien tocando esas piernas de hombre acopladas a un cuerpo de mujer y le doy la vuelta a la situación. Soy un incendio en ese momento, un fuego que me quema por dentro, y me subo encima de Alba ahora y le demuestro todo lo que una mujer le puede hacer a otra para lograr su felicidad de todas las maneras posibles.

Creo que el placer que compartimos aquella tarde juntas en el piso de su amiga de la infancia, que supimos extender hasta pasada la medianoche, hizo de esa experiencia una de las más felices de la vida de Alba. Pero no podía durar. Yo no quería apartarla de su destino, y cuando quiso repetir le dije que hay cosas que deben permanecer únicas, mandato hedonista número dos, y que le convenía volver con su novio. No tardó en hacerme caso y abandonó la carrera para casarse con él. Y yo tampoco tardé mucho en dejar

los estudios. Meses después, el anillo de Willem me permitió descubrir que el padre autoritario se opuso a esa boda de un modo drástico y obligó a la hija a casarse con un sargento del cuartel, como exigía, en su opinión, la situación crítica que atravesaba el país en 1982.

## 116

Hace mucho tiempo que no sé nada de Regina. Aquella turbia noche de finales de octubre del 81 en que vimos *Excalibur* en el cine Astoria fue la última ocasión en que estuvimos juntas. Y por eso me sume en el desconcierto la llegada inesperada de un paquete que contiene una carta suya y un extraño cartucho de vídeo que no puedo reproducir al principio. Tardo varias semanas en encontrar un establecimiento que no sea el Bazar del Cineísta, de infame recuerdo, donde me puedan transferir el contenido del vídeo a un formato de consumo doméstico, por recomendación de mi amiga Sara, la proyeccionista del cineclub de la Academia Kaplan, como se verá más adelante. Durante ese tiempo, imaginando las sorpresas que la cinta de vídeo me reserva, el texto de la carta de Regina, leído una y otra vez en la soledad de mi habitación, con lágrimas en los ojos, e incluso en el autobús alguna mañana en que lo he echado en el bolso sin pensar, mantiene viva mi relación con ella pese al tiempo transcurrido desde que nos vimos y hablamos por última vez, hace más de medio año. De tanto leerla, entera o por partes, a veces me da por pensar que esta carta la he escrito yo para llenar de algún modo el vacío insoportable que ha dejado la ausencia de Regina en mi vida.

El paquete lo envió desde la universidad, con la dirección del campus en el remite, y no me sirve para averiguar nada más. La carta pretende explicar lo que Regina ha vivido en los últimos meses, pero, más que una exposición razonada, lo que produce en

quien la lee es confusión y miedo por lo que le haya podido pasar a su autora. Si tuviera que ser sincera, después de releerla tantas veces y estudiar su estilo negligente, más que una confesión la carta me parece el relato demente de alguien que está a punto de ingresar de urgencia en un manicomio tras sufrir repetidos ataques de locura.

Transcribo a continuación el texto íntegro de la carta por si pudiera servir en un futuro para aclarar las misteriosas circunstancias de la desaparición de Regina.

## 117

Madrid, 2 de mayo de 1982

Querida Morgana:

Estoy atravesando una experiencia increíble que creo que va a cambiar mi vida de modo radical. Ya sé que esto suena tópico, pero en mi caso es verdad. Tú y yo hemos especulado mucho con la existencia de la Zona, y creíamos que era un lugar, un enclave mágico, pero no es eso. La Zona es un estado mental al que se accede bajo ciertas condiciones, en determinadas circunstancias y bajo la influencia activa de ciertas sustancias que, por ahora, prefiero no nombrar. Tal vez te acuerdes de mi cortometraje. Lo viste en mi casa aquella noche de infausto recuerdo. Cómo pude ser tan ignorante. No sabía de lo que hablaba, y como todos los que no saben recurría a la ficción y a la metáfora para disimular mi desconocimiento. No te voy a engañar, la Zona está en mi cabeza y hasta ahora no había encontrado la forma de entrar en ella porque estaba llamando a la puerta equivocada. No me andaré con rodeos. No nos conviene en esta historia.

El primer año en la universidad fue muy decepcionante. No me interesa nada de lo que me enseñan en clase, es culpa de los profesores y de los programas de estudio y también de los

compañeros, pero no consigo conectar, no me engancha, me parece todo muy poco atractivo y estimulante. No te lo quise contar cuando nos vimos aquella vez en octubre pasado para no desengañarte ni decepcionarte y que no pensaras que tu amiga Regina era una mediocre, como tantas otras, incapaz de tomarse en serio los estudios… Y encima las tías que voy conociendo con el paso de los meses y con las que me acuesto cada vez que puedo me hacen ver que en nuestro sexo hay inscritos profundos errores, genéticos y también culturales, que no puedo describirte ahora y que conoces tan bien como yo, aunque tú eres diferente a todas nosotras, es verdad, cómo olvidarlo. A pesar de todo lo que estoy pasando desde que llegué aquí, sigo creyendo que tú eres mi único amor, pero estoy muy lejos de ti, la vida nos ha separado, y lo nuestro comprendo que ya es imposible. Tú estabas cansada de mí y quizá tuvieras razón. Las cosas duran lo que duran, no conviene forzarlas. No me consuela pensar que en cada una de las numerosas tías con las que me he acostado en los últimos dos años te he buscado a ti, sin encontrarte. Ni tu cuerpo, tan maravilloso y lleno de una belleza excepcional, ni tu mente prodigiosa. Pero no es de la pérdida del deseo por las mujeres de lo que quería hablarte ahora, ese tema lo tengo superado. Tampoco es que haya descubierto el paraíso sobre la tierra acostándome con tíos, lo he hecho, no lo niego, con varios, y te digo que también hay profundos errores inscritos en su programación genética que son muy difíciles de erradicar. Para qué engañarnos, Morgana, los dos sexos dominantes fueron creados el uno para el otro. Dios, tu gran amigo Dios, hizo bien su trabajo, como un cerrajero diestro ajustó a la perfección las llaves y las cerraduras. *Et voilà tout!*, como dirían en mi revista de cine favorita. Hablando de cine, te haré el mismo diagnóstico que con el sexo y los estudios: me aburre soberanamente. No he visto una sola película que me haya interesado después de la última contigo en el Astoria, qué recuerdos de aquella gozosa sesión, querida Morgana, inefables sensaciones, como calambres por todo el cuerpo, eso me decías temblando. Fue una experiencia maravillosa sentir que tu cuerpo se

me entregaba, como la primera vez, y me entregaba sus secretos más delicados. No lo estropees, que eres muy libertina, como Dios manda, y sé que prodigas tus encantos con chicas que no te merecen ni están a tu altura. Eres demasiado generosa y se aprovechan de ti. Qué envidia me das, quién pudiera desear como antes. Te imagino siempre, cosas mías, ligando con chicas nuevas y con desconocidas cada noche y haciendo cosas con ellas que solo tú sabes hacer con esa pasión que Dios, en su bondad infinita, te ha transmitido para que las hagas inmensamente felices a todas. Qué regalo nos hizo el supremo hacedor del universo al crearte para nuestro regalo. Pero tampoco era de esto de lo que quería hablarte, no ahora, no por ahora, no es urgente. Tenemos toda la vida para seguir hablando de todo ello, ¿no crees?…

En realidad, quería hablarte de un chico que conocí hace unos cuantos meses y que se llama Iván. Creo que me he enamorado de él, perdóname, Morgana, como una loca, y todavía no entiendo por qué. Enamorada o sometida, no veo la diferencia, si te soy sincera, ni me importa ya. No sé cómo podría llamar a nuestra relación. Solo hemos follado una vez o dos desde que nos conocemos, y de la segunda no estoy nada segura, no pongas caras raras, ya lo entenderás. El sexo no es nuestro vínculo más fuerte. Iván también hace cine. Así lo conocí, de hecho, después de una proyección en un cineclub grimoso de la universidad, qué mejor sitio, donde proyectaban un ciclo completo de películas suyas. Me quedé fascinada con lo que vi. Qué mundo interior. Qué potencia visual para comunicarlo. También con las palabras, no creas, Iván habla por los codos de su cine y de sus ideas sobre el cine, y habla de maravilla, te quedas embobada escuchándolo. A veces pienso que Iván es un mago que nos ha hechizado a todos para que creamos que hace películas cuando, en realidad, lo que se le da bien es embaucarnos y hacernos creer que sus películas son reales, existen y pueden verse en una pantalla de cine, sin necesidad de realizarlas. Iván hace magia con las imágenes y las palabras y te transporta a otro mundo, un mundo que yo conocía y había olvidado, aunque es

un mundo muy parecido al que conocemos. Lo que Iván consigue es trasladarte al otro lado del espejo, como en la segunda Alicia, ¿te acuerdas?, la que entra en la casa del espejo con su garito. Esa. Era uno de los libros de cabecera de Iván en la infancia. Iván dice que el cine debe hacer eso y que si no lo logra no es cine, no es arte o lo que sea, es comercio o televisión, aún peor. Iván dice, tendrías que oírlo, qué convicción tiene cuando habla, que el cine no debe ser un espejo para el espectador, todo lo contrario, el cine debe sumergir al espectador en la realidad líquida del espejo. Eso dice Iván, que solo tiene veinticinco años y te explica cosas de la vida como si llevara un siglo a sus espaldas, como si hubiera vivido cien vidas y cenado con los sabios más sabios de la antigüedad. En la antigüedad todos los hombres eran sabios por nacimiento, hoy todos son burros cuando se mueren, eso también me lo ha enseñado Iván. Perdona, me emociono al contarte todo esto y pierdo el hilo…

Cómo te gustaría conocer a Iván, me recuerda mucho a ti, por la intensidad y la autenticidad que os mueven. En vosotros no hay nada que sea falso o artificioso. Todo es como es, sin maquillaje. Mira que me gustabas maquillada, pero tú lo hacías para parecer normal, para que la gente no te viera desnuda, no porque lo necesitaras como las otras para tapar los defectos y la fealdad. No es de eso de lo que hablo. Aún recuerdo cuando estuvimos en mi casa la última vez, hace casi dos años, viendo mis películas, qué guapa estabas aquella noche, Morgana, cómo te deseaba. No sé si te lo dije, si no lo hice fue porque soy mala, mucho peor que tú, y a veces disfruto castigando a las personas a las que más quiero. Luego todo se enredó entre nosotras por culpa del cretino de Basilio. No te conté cómo me vengué de él, algún día lo haré, cuando te recupere solo para mí, cuando vuelvas a ser mía como lo eras antes… Iván y tú os entenderíais tan bien que hasta me da envidia pensarlo. ¿Te acuerdas de aquel proyecto del que me hablaste que querías escribir? Espero que no lo hayas abandonado, con la vida que llevas no me extrañaría. ¿Te acuerdas de que querías describir El Atabal desde el otro lado del espejo, como la casa de Alicia, pero

con todas las casas y el espacio total de la urbanización, trasladarlo al otro lado del espejo y contar sus historias desde ahí, contigo dentro? Con Iván todo es posible, hasta lo impensable se hace visible. Visible e invisible a la vez, es su frase favorita. En todo lo que ves hay una parte importante que no ves y está ahí, es obvio, pero no lo puedes ver. No con los ojos. Así es él también. Iván lo ve todo en su cabeza y te lo explica con palabras que son la traducción perfecta de lo que ha visto allí, en ese coco marciano que tiene y que me vuelve loca con sus invenciones, como me pasaba contigo, no te pongas celosa, Morgana, hasta que te perdí.

Cuando vi la película de Iván en el cineclub de la «Complu», como le dicen por aquí, me quedé tan atacada que no pude decirle gran cosa a la cara. Además, Iván estaba rodeado, como le pasa cada vez que proyecta una película en alguna parte, de una cohorte de fans babosos de ambos sexos que no me habrían permitido estar con él a solas en ningún momento, que era lo único que quería, como comprenderás. Me limité a pedirle el teléfono, me lo dio sin problemas y lo llamé al día siguiente. Me dio cita a las diez en el VIPS de calle Princesa, no sé si has estado alguna vez. Vive cerca y lo considera su cuartel general. Allí recibe a los fans y firma autógrafos. Fíjate, una cosa que tú y yo no sospechábamos, en nuestra infinita ingenuidad de víctimas inmaduras del virus del cinematógrafo, es que existe un submundo cinematográfico que es casi tan importante y poderoso como el mundo del cine comercial. Iván es uno de los directores estrella de ese submundo, uno de los más respetados y admirados. Imagínate lo nerviosa que estoy cuando entro en el VIPS de Princesa, es viernes y está abarrotado, no te imaginas cómo son aquí las multitudes, bueno, exagero, ya sé que conoces Madrid por tu madre y la familia de tu madre, pero ahora está todo más desaforado que antes, no sé si me entiendes. Iván es fiel a sí mismo y ya me espera sentado en un reservado, sonriente, observándome con la lupa que lleva colgada del cuello mientras me acerco, para soltarme el mensaje de la noche. Esta noche follamos y mañana vemos, me dice en cuanto me siento.

# 118

Esa es la bienvenida de Iván, su tarjeta de presentación, imagínate el resto, Morgana. Yo solo tomo una Coca-Cola en un vaso grande de cristal repleto de hielo, como siempre nos ha gustado a las dos, y me voy preparando mentalmente para lo que vendrá esa noche. Iván se traga una hamburguesa americana poco hecha, casi cruda, con patatas de la casa y un vaso de Coca-Cola gigante, el doble que el mío. No me dirige la palabra ni una sola vez, no hace falta, el pacto es claro entre nosotros, hasta que no ha terminado de devorar el último bocado de la suculenta fuente que le han servido, sin dejar restos de comida para que nadie los aproveche. Y luego toma la palabra para soltarme un monólogo sobre el cine que me deja atontada, por el tono con que lo pronuncia y por las ideas que expone. Cuando concluye el soliloquio, sin darme tiempo para reponerme, me dice vamos, y yo lo sigo como un perrito a su dueño. Iván ha pagado la cena y sonríe a todas las camareras que se encuentra, y estas le devuelven la sonrisa con creces, como si pagara una propina generosa a cada una de ellas a cambio de su amabilidad o se las hubiera follado a todas, cosa que hoy me parece más que posible, tratándose de Iván. Y ellas lo llaman por su nombre, Iván por aquí, Iván por allá, adiós, Iván, hasta la próxima, Iván, como si hubieran disfrutado de la experiencia cuando les tocó satisfacer las demandas del monstruo. Y así me miran todas al salir del local, como a su próxima víctima. Y no piensan en el sexo, qué va, Iván no va de eso. Ya verás. El tío me lleva a su apartamento de la Torre de Madrid, aquí mismo, a la vuelta de la esquina, me dice, señalándome el portal del edificio. Iván me cuenta que es el mismo apartamento que usaba Buñuel cuando vino a escribir y rodar *Viridiana* y luego repitió con *Tristana* y alguna película posterior que se me olvida. ¿Te acuerdas, Morgana? A ti nunca te ha gustado mucho Buñuel, a mí sí, como sabes, pero te encantaba la actriz de *Tristana* y suspirabas por ella entre mis brazos, Catherine, Catherine, que aún lo recuerdo, y a mí me excitaba mucho la otra, la actriz de

*Viridiana*, una jamona sensual, cómo me ponía de cachonda pensando en ella, qué tiempos…

Me doy cuenta ahora mismo de que te he dado una imagen equivocada de Iván. No es nada guapo, no creas, y tampoco es muy alto, no como tú, amor, y tiene un bigote horrible bajo la nariz, como de villano mexicano en las películas del Oeste, o de revolucionario, como Pancho Villa y Zapata, que le va más. Pero el tío tiene aura, emana magnetismo, carisma, un poder especial, no sé cómo llamarlo, joder, algo que te obliga a hacer todo lo que te pida sin preguntar por qué. Se ve que nada en la abundancia desde que nació. El apartamento de la Torre de Madrid da un poco de grima y tiene pinta de ser muy viejo. Ya en tiempos de Buñuel debía de parecer una antigualla. No se ve que le hayan hecho una sola reforma desde hace décadas, pero no lo necesita, tiene el encanto de antaño, eso que nuestros padres burgueses, tan nuevos ricos ellos y con tan mal gusto, nunca sabrán apreciar, con sus casitas nuevas y limpias y recién pintadas, en fin, me enrollo. Como te decía, Iván me lleva al dormitorio sin tardanza y sin darme un solo beso. Él es así, no se lo puedes tener en cuenta. Lo mismo se come un filete crudo que le apetece follar, es directo como un puñetazo en la cara. Por cierto, le encanta el boxeo, y lo practica en un gimnasio de Vallecas al que va dos veces por semana, como él dice, a que le partan la cara. Es una experiencia masoquista de la que extrae beneficios creativos. Es Iván, y cuando te pide algo lo haces sin pensar, si no estás dispuesta a eso mejor no salgas con él, me digo para calmarme. Quédate en casa consolándote las penas con tus compañeras de piso, qué tristeza, qué mal rollo, ya te contaré en otra carta mis desencuentros con las dos bailaoras sevillanas del piso de Batalla del Salado, se follaban todo lo que se movía y tenía polla, y querían obligarme a participar de sus orgías a cambio de un tanto por ciento ridículo. Repugnante, dirías tú. Asqueroso, añado yo…

En cuanto entramos al dormitorio, Iván enciende todas las luces, como en un teatro, y me pide que me desnude, pero que no lo haga de manera insinuante, que eso le mata el deseo. ¿Vas viendo el tipo?

En cuestiones de amor, Iván no es nada romántico, y te reconozco que me gusta más por eso. Es una combinación explosiva. Ya me entiendes. Tiene una parte perversa de Hitchcock y otra del actor de *Psicosis* pasado por la túrmix a la más alta velocidad del batido molecular, mezcla atómica, cómo nos gustaban los batidos espumosos, ¿te acuerdas, Morgana? Iván es así, como un batido de sustancias adictivas y tóxicas. Me desnudo como dice, sin gestos empalagosos, y parece que le gusta lo que ve, no tengo que describírtelo, lo conoces mejor que yo misma, y me ordena que me tumbe boca arriba en la cama con catafalco que ocupa el centro exacto de la habitación y que no se me ocurra moverme bajo ningún pretexto. Apaga las luces del cuarto, lo oigo desnudarse en la oscuridad, sin prisa, y caminar hacia la cama pisando con los pies desnudos la moqueta roja. Se sube a la cama y sobre mi cuerpo, no pesa mucho, y me ordena que abra las piernas, lo hago, comprueba con una mano que todo está en el sitio adecuado y siento enseguida que algo que no emite calor alguno y podría ser artificial está penetrando en la vagina sin que sienta gran cosa ahí adentro. Igualito que contigo, pienso ahora. No lleva protección, es un descuidado, y yo una irresponsable, pero no me preocupa demasiado, desde que empecé a follar con tíos, ya sabes cómo son estos, se hacen los distraídos, tomo la píldora todos los meses para ahorrarme el disgusto del aborto. No quiero matar a un niño ni morirme yo en el intento de evitar que venga a este mundo. Iván se agita sobre mí, presa de convulsiones extrañas, y noto que se corre o se ha corrido, a pelo, y así compruebo que no era un artilugio sino su pene lo que me penetró hace un momento, y casi suspiro aliviada, aunque no he sentido nada. No me apetecía echarme de amante a un impotente crónico o a un tío con un pene minúsculo, qué quieres que te diga, Morgana, cada sexo tiene sus cosas, y a mí los tíos me gustan dotados, no hace falta que sean superdotados, eso no, para qué quiere una todo ese trozo ahí adentro, si con la mitad le sobra… Me voy otra vez, perdón…

Entiendo la fantasía de Iván porque luego me la contó al detalle.

Iván no esconde nada, te lo pone todo delante de los ojos y apáñatelas con lo que sepas interpretar. A Iván le gustaría montárselo con cadáveres, como en la morgue. Le pone mucho que sea un tabú cultural y esté prohibido por ley, pero no es ningún necrófilo, no creas, detesta los cuerpos muertos. Prefiere imaginar que se está follando un cuerpo vivo, inerte en una mesa de quirófano, recién operado si es posible, aún anestesiado, es una de sus fantasías favoritas. Tiene otras más barrocas, como dice, más fellinianas, pero esas las reserva para las prostitutas, por lo que me cuenta, a las que puede pagar en consideración a sus servicios. Las que nos prestamos gratis a sus experimentos recibimos un trato menos severo. Es una suerte…

Cuando ha terminado conmigo, me pide que no me mueva. Se levanta de la cama y, sin molestarse en encender la luz, camina hacia un armario que hay a la derecha de la puerta, nada más entrar lo vi, como vi la ventana que queda junto a él y que tiene buenas vistas a la plaza de España, otra vez está en obras y muy poco iluminada esta noche. Le oigo trastear en el armario y poco después ya enciende la luz para verlo todo. Se ha puesto encima una bata preciosa, como de seda negra con adornos japoneses, y lleva en la mano una cámara de fotos que, cuando se acerca a la cama, donde estoy sin mover un músculo, descubro que es una Polaroid. Se sube a la cama otra vez y se pone de pie y, desde esa posición vertical de superioridad, empieza a sacar instantáneas de mi cuerpo desnudo, desde todos los ángulos. Fotos que la cámara expulsa una detrás de otra y que caen formando montones sobre las sábanas. Cuando se le acaba el carrete, lo cambia por otro que saca del bolsillo de la bata y prosigue fotografiándome sin que yo haya podido cambiar de postura. Termina la sesión, se sienta en el borde de la cama, aparta la cámara de su lado y me invita a mirar las fotos que ha hecho para seleccionar con él las que nos parezcan mejores. Al cabo de un rato, me da tanta vergüenza verme ahí expuesta y retratada de ese modo tan crudo, sin filtros, que me voy a la ventana sin vestirme a distraerme mirando, desde la altura, la plaza de España vacía y la

Gran Vía apagada. Madrid en blanco y negro me pone triste, me hace pensar en la muerte y me recuerda dónde estoy ahora, en la antesala más sombría.

Iván me dice que mañana nos vamos juntos a seguir el duelo en la Alta Sierra, como llama a la sierra de Madrid, pero que ahora debo irme a mi casa a dormir y descansar un poco. Veo por sus gestos que me está echando con prisa del apartamento y que quiere quedarse solo, que es lo que más le gusta, para limpiar sus retinas y poner en orden su mente, eso dice. Hago como ordena el señor de estos lares y me siento bien conmigo misma, no me siento maltratada ni despreciada por Iván. Al contrario. Tengo la sensación de estar haciendo lo que quiero con un tío especial como Iván. Después de tragarse la hamburguesa cruda en el VIPS ha dicho una cosa que me ha interesado mucho, y todavía ando dándole vueltas cuando bajo sola las diecisiete plantas en el ascensor y busco un taxi para volver a casa. En ese monólogo digestivo que se ha marcado, entre intimidatorio y deslumbrante, va y me dice, de pronto, si te interesa el cine de verdad no vas al cine, no pierdes el tiempo, no te pueden interesar las películas que se hacen. Y dice que cuando aprendes lo que es el cine ya no puedes tolerar ir a salas y comprar la entrada para ver las películas que se proyectan ahí para un público al que no le gusta el cine. Entérate de una vez, me dice levantando el tono de voz para impresionarme con sus matices autoritarios, al público no le gusta el cine, solo las películas. Quien diga lo contrario miente, por interés, por preservar el negocio o por hacer feliz a la gente mediocre. Si quieres hacer cine de verdad algún día, te conviene meterte esta idea en la cabeza. Mientras estés conmigo, me dice sin cortarse un pelo, prohibido ver películas de estreno.

Iván es un fanático, no te lo niego, pero pienso que en gran parte tiene razón. Mi desilusión con las películas, de la que te hablé al comienzo de esta carta, me había llevado a creer que me había equivocado de vocación y de carrera, y tú estabas en lo cierto cuando decías que la literatura era un camino y afirmabas tus

deseos de escribir con esa trascendencia, Morgana, que sabes darles a tus cosas, por pequeñas que parezcan, qué fácil resultaba todo en comparación cuando estábamos juntas, cada una desempeñando su papel en la relación, una guiando a la otra de la mano a través de la niebla carpenteriana de la vida, ¿te acuerdas? Pues te confieso que Iván me ha devuelto la fe intacta, como ya no la recordaba, y ha hecho de mí una fanática de la religión que profesa con cada una de sus palabras y de sus gestos. La religión del cine que todas esas películas de estreno ofenden y prostituyen con sus blasfemias comerciales, como dice Iván…

## 119

Qué fin de semana pasamos, Iván y yo, en el chalet de la sierra de Madrid, no te lo puedes imaginar, querida Morgana. El chalet es propiedad de sus padres, pero como estos están siempre en el extranjero, viajando por todo el mundo, según me ha contado Iván, que es hijo único, él se pasa la vida transitando de una casa a otra, de la Torre en el centro de Madrid a este chalet solitario situado en plena sierra, rodeado de pinos y de montañas, muy cerca de Miraflores, y follando con toda lugareña que vaya llegando, no le hace ascos a ninguna, mientras sean mujeres todas le gustan al principio y luego se aburre, como es lógico. ¿Me siento celosa? No. Nuestra relación está por encima de la posesión y la pertenencia. Lo que no me gusta tanto de Iván es que su comida favorita sean las hamburguesas, muy poco hechas, y que no pare de comerlas todos los días a toda velocidad, qué risa. Te llegas a cansar, él no, él nunca. Le he dicho que enriquezca su dieta con otros alimentos y me ha mirado con ojos de lobo, como diciéndome que si no puede comer hamburguesas me comerá a mí en su lugar, y no me lo he tomado a broma. Era sincero. Iván no bromea, todo va en serio con él, no puedes pensar que nada de lo que dice y hace sea irónico o

cómico. Para él no existe la ironía, todo es literal. No existe el humor, todo es sentido. El otro día me dijo que un cineasta necesita proteínas para filmar y para follar, y que las hamburguesas son la dieta ideal para realizar ambas actividades a la perfección. No creo que se considere un gran follador, para nada, pero sí está convencido de ser un gran cineasta. Cuando accedió a proyectarme sus películas en una pantalla de cine gigante que tiene instalada en una pared del salón, me quedé traspuesta, atónita. Verás, reconozco que unas son mejores que otras y que también las hay malas, o a mí me lo parecen, pero la magia de Iván aparece en todas sus películas como el cuerpo y la sangre de Cristo en todas las hostias en el momento de la consagración sacerdotal. ¿Recuerdas nuestras discusiones sobre la cuestión? Tú, Morgana, siempre del lado de tu padre, Dios, ya podrás, decías que el cine se inventó para celebrar la Creación, y yo te contestaba que no, que el cine se inventó para negarla y renegar de ella. Iván me da la razón al cien por cien en esta discusión teológica. La magia de Iván actúa a través de las películas para todo el que tiene el privilegio de verlas. Yo, como la mayoría de sus fans, estoy intoxicada. Pero aún me falta explicarte lo esencial, y ya estoy llegando. Tengo tanto que contarte que se me disparan las digresiones…

Hemos follado una sola vez aquí en el chalet, de la manera habitual en Iván, aunque no me acuerdo de nada, sé que me metí en la cama cuando me lo indicó, pero ninguno de los dos tiene ganas de repetir después, como si hubiera sido un mal trago. Nos aburrimos un poco, en determinados momentos nos aburrimos mucho juntos, por más que intentemos mantener conversaciones inteligentes, nos hundimos en el tedio, e Iván me hace prometerle que le guardaré el secreto como si fuera el de la momia egipcia, y tampoco estoy segura de entender a qué se refiere con esto, si a la inmortalidad o a los viajes al más allá. Eres una tía inteligente, contigo es posible compartir algunas cosas, me dijo un día, cuando ya había superado todas las pruebas que él me había hecho atravesar sin que yo lo supiera. El secreto de Iván, no le daré más

vueltas, es blanco como la nieve o el azúcar, si la nieve se fundiera en tus venas o el azúcar se quemara en tu sangre, o te quemara la sangre, que viene a ser lo mismo, célula a célula, y se llama heroína porque, en cuanto la pruebas, se vuelve protagonista absoluta de la aventura de tu vida. Iván la mezcla con otras drogas y modula sus dosis como un maestro para obtener la multiplicación y la diversificación de sus efectos sobre el cerebro.

Verás cómo esta película te parece un alucine total, me dijo una noche antes de proyectarme una de sus películas preferidas. Esa película de Iván, no consigo recordar el título, ni siquiera si lo tenía, y el mundo que me ha mostrado, como si hubiera estado agazapado hasta entonces a la espera de ser descubierto, me parecen una alucinación cinematográfica desde que descubrí esta droga maravillosa y la metí en mi circuito sanguíneo por primera vez y me explotó la cabeza hacia dentro, mi cerebro colapso… No se te ocurra probarla, Morgana, tu cuerpo ya segrega por sí solo sus drogas naturales, no necesitas el impulso de estos polvos hechiceros para encontrarle sentido a la existencia en la cárcel del tiempo, como la llama Iván. Yo estoy en fase experimental, abierta a todo lo que pase, y de momento me va muy bien. Tengo la sensación de que va a ser muy difícil desengancharme de Iván y de esta maldita sustancia que me despeja la mente, me hace comprender con nitidez todo lo que antes me parecía confuso, me quita el miedo, el miedo a ser y el miedo a ser mujer, congénito, todos los miedos y los terrores que nos angustian, sabes de lo que hablo tan bien como yo, y es muchísimo mejor que el cine y el sexo y que casi cualquier otra cosa que conozca. Espero que puedas perdonarme por decir esto, querida Morgana…

## 120

Posdata:

Encontrarás en el paquete que te envío el cartucho de una cinta de vídeo que contiene una de las películas de Iván. Se titula *Paranormal* y entenderás por qué se llama así en cuanto la veas. Se la he cogido prestada sin su permiso y he pensado que sería bueno que la tuvieras tú, como garantía por lo que pueda pasarme. Así podrás hacerte una idea de lo que estoy viviendo y de quién es Iván en realidad. Yo soy su prisionera, sí, y ya no me importa reconocerlo. A lo mejor la visión de la película consigue inspirarte alguna historia de las tuyas, que tanto me gustaban. Yo creo que existen evidencias sospechosas en esa cinta de que Iván asesinó a sus padres y ha matado a más gente para alimentar sus experimentos cinematográficos. Iván dice que la cámara es una diosa sedienta de sangre y hay que realizar sacrificios para que no se apague su luz y deje de filmar. Yo lo creo también, pero le tengo miedo. Iván dice que el espectador es el hombre invisible y que la luz del proyector y las imágenes de la pantalla le prestan un cuerpo que toma por suyo. Y que cuando acaba la proyección el hombre vuelve a ser invisible, para sí mismo y para los demás. Y esa adicción por adquirir visibilidad, yo creo, es peor aún que la adicción a la heroína. El cine nos devuelve la sensibilidad del cuerpo eléctrico, así lo llama Iván. El cuerpo eléctrico es análogo al segundo cuerpo que habitamos en el mundo de los sueños, o en las ensoñaciones de la droga que nos transportan de viaje a la Zona prohibida del cerebro…

Fíjate, Morgana, los libros de cabecera de Iván en este momento son *Inferno*, de Strindberg, y *Valis*, de Dick, una primera edición encuadernada en pasta dura negra y un libro de bolsillo puestos el uno encima del otro en la mesilla de noche. No me permite tocarlos, sus páginas contienen montones de dibujos, anotaciones, subrayados y comentarios de su puño y letra, y no quiere que los conozca, con las ganas que tengo de leer el libro de Dick, aunque esté en inglés, como el del sueco. Mi *marginalia* es alto secreto, me dijo Iván una vez con solemnidad, y no entendí del todo a lo que se refería. Iván es un cineasta marginal y le pesa cada día más la imposibilidad de abandonar el infierno del *underground*, pero con

esa palabra no creo que aluda a ningún sentimiento de inferioridad y frustración. Iván lleva tiempo sin rodar, y me temo que tiene que ver con esto. Tiene escritos dos o tres guiones nuevos, por lo que me ha dicho, y, sin embargo, no advierto en él ninguna intención de realizarlos a corto plazo. Sus películas anteriores le sirven de alimento, dice, para lo que busca en este período de su vida…

Iván me habla a menudo de su amor imposible por una actriz francesa del cine mudo, Musidora, y de su personaje más célebre, Irma Vep, la cabecilla de una banda de ladrones parisinos que traen en jaque a la policía de la época y a la prensa oficial. Iván dice que *Paranormal* es, en cierto modo, un homenaje a este personaje, que en su opinión representa la primera figura revolucionaria que se ha atrevido a mostrar el cine. El otro día accedió, después de que se lo pidiera con una insistencia absurda, a proyectarme uno de los rollos de la película *Los vampiros*, lo compró en una subasta junto con otros nueve rollos, todos en mal estado de conservación, durante un viaje a París el año pasado, para que entendiera de lo que hablaba. Y me aburrí un montón, francamente, ya sabes cómo odio el cine mudo, es cine primitivo, y no vi ninguna relación entre su película y la voluptuosa presencia de Musidora. A lo mejor eres tan lista, ya que tu padre Dios te ha dado ese cerebro privilegiado para desentrañar sus caprichos, que pillas la conexión. Ya veremos. Yo no la veo por ningún lado. A mí lo que me gusta de la película de Iván es que te hace sentir en la piel y mucho más adentro, en las vísceras, lo que te indica el título, una experiencia paranormal. Siempre desplazada de lo normal, en uno u otro margen o lado, y jamás ocupando el centro, así me he sentido toda mi vida y ahora también, por más que… Tú también conoces ese sentimiento de nunca estar del todo, reconócelo. Eso es, ese sentimiento, pero en plan bestia, la vivencia de lo paranormal que produce esta película de Iván en tu cabeza a poco que te adentres en la ilusión de sus fotogramas…

Por lo demás, Iván está durmiendo ahora una de esas siestas de ocho horas a las que está acostumbrado, ya que vive, sobre todo, de

noche, y aprovecho para escribirte esta larga posdata a una carta que, hace unos días, no fui capaz de terminar en el estado de exaltación en que me encontraba. Mañana pienso pasarme por la universidad para recoger en la biblioteca unos libros que necesito y te enviaré el paquete desde allí. Me he quedado sin casa por ahora, por culpa de las putas sevillanas, por poco las mato la última vez que estuve en el piso, y vivo con Iván aquí en el chalet hasta que nos cansemos y volvamos al apartamento de la Torre de Madrid. Ya veremos cuánto dura nuestra relación en este plan. Vivimos en una casa que me recuerda mucho a cuando tú y yo vivíamos en El Atabal. Por las mañanas, sobre todo, cuando amanece el día luminoso y la noche es solo un recuerdo de pesadilla. Qué tiempos hemos vivido. Qué tiempos, Morgana. Todo ha cambiado tanto. No creo que vuelva a ser capaz de filmar nada con una cámara. Ya no me parece real. Es una impostura, ahora lo veo con claridad, estoy empezando, como Iván, a deslizarme ladera abajo hacia el territorio donde habitan las sombras… No te molestes en escribirme. Yo te llamaré por teléfono en cuanto salga de esta crisis… Vivo concentrada en la Zona todas las horas del día, encerrada en una fortaleza de sensaciones contradictorias, un castillo de pureza malsana. La Zona es poderosa e hipnótica, no te imaginas cuánto, como las películas de Iván… No dejes de ver la película que te envío, por favor. No estoy segura de que sea ficción, en el sentido en que tú y yo entendemos esa palabra, ni tampoco un documental, aunque quiera hacernos creer que lo que ocurre en la pantalla es una experiencia real. Lamento el formato de la copia, no hay otra versión disponible. El rollo original, la película se rodó en 16 milímetros, fue destruido en uno de esos extraños rituales que Iván organiza de vez en cuando para conjurar a las fuerzas demoníacas, íncubos y súcubos, que parasitan con su presencia el celuloide de las películas, según dice… *Wish You Were Here…*

Besos en el jardín perfumado,
*Regina Caelestis*

# 121

*Paranormal* es una experiencia paranormal, no hay otra forma de describir lo que provoca la visión de la película de Iván, el cineasta madrileño novio de Regina. Yo había visto *El resplandor* con ella a finales de diciembre del 80 en el América Multicines, cuando regresó a pasar con sus padres la Navidad de aquel año crítico de nuestra vida, pero no estaba preparada para un impacto de esa naturaleza realista y metafísica al mismo tiempo. La carta de Regina se podría entender, en este sentido, como las instrucciones de uso de la película, aunque contenga numerosos errores y no pocas extrapolaciones que debo cribar para no perderme en el laberinto de sus imágenes.

*Paranormal* es un montaje muy bien realizado que consigue meterte en la situación que muestra desde el principio, y eso que dura ciento veinte minutos exactos. La situación de partida se repite cada noche con ligeras variaciones. Si hubiera que resumir su argumento al máximo, para explicárselo a alguien que no hubiera visto la película, se podría decir que *Paranormal* cuenta lo que ocurre alrededor, y a veces en el interior, de una cama grande en la que un hombre solitario duerme noche tras noche sin enterarse de lo que sucede en la habitación, como si esta, invirtiendo la perspectiva, fuera el mundo de los sueños en que se sumerge la mente del durmiente o contuviera entre sus paredes los componentes de esos sueños como proyecciones oníricas. La posición de la cámara es frontal respecto de la posición de la cama donde duerme el hombre, y es ella la que permite clasificar las apariciones en función del lugar por el cual se producen.

Ya la primera noche, cuando una sombra con forma humana aparece por el lado derecho de la pantalla, emergiendo inesperadamente de la pared, y camina con lentitud coreográfica hacia el lugar donde se ubican la cama y el hombre durmiendo en ella, te sobrecoge la aparición del espectro corpóreo, que no hace gran cosa excepto avanzar hasta el lecho y una vez allí mantenerse

erguido contemplando en apariencia al hombre que duerme. De este solo entrevemos a grandes rasgos que parece un hombre joven, quizá con bigote profuso, que lleva una camiseta negra puesta en lugar de un pijama. El salto a la segunda noche es abrupto y solo aparece señalado con un número inscrito en la pantalla. Así como la primera noche se marcó con un 1, la segunda noche y otras posteriores están señaladas con una numeración aleatoria que podría indicar que hay noches que fueron descartadas en el montaje porque acaso transcurrieron sin que nada de importancia se manifestara en ellas. La noche 8, la segunda que aparece en pantalla, repite la situación de la primera con una variante: la sombra aparece desde otro ángulo de la habitación, contiguo al anterior. Y así sucede en las dos siguientes también, las noches 12 y 18, en las que el espectro aparece desde un ángulo diferente, pero contiguo al anterior una vez más, y realiza el mismo acto, caminar hacia la cama siguiendo la línea recta trazada desde su posición y permanecer inmóvil junto a esta, contemplando los gestos del hombre dormido, el tiempo que el montaje le permite.

En las tres noches siguientes, la 21, la 26 y la 29, la sombra brota de manera inesperada del borde inferior izquierdo de la pantalla, como si entrara por el marco de una ventana invisible, con los mismos gestos de las piernas y los brazos, y camina hacia el durmiente ofreciendo un perfil distinto, como es lógico, al que ofrecía al aparecer desde el lado derecho. De pronto, el montaje de la secuencia te sorprende retornando a las noches 2, 4 y 9, en las que una sombra diferente aparece, proveniente de otros puntos del espacio de la habitación, y se suma a las otras. Esta tercera sombra emerge de la pared que se sitúa en la zona derecha de la pantalla y camina igualmente, en cada una de las tomas del montaje, hacia la cama donde el hombre duerme sin ser consciente de nada de lo que ocurre en el entorno de la habitación y se detiene al llegar ahí, como hacen las otras sombras, en paralelo, que miran al durmiente al mismo tiempo. En las noches siguientes, la 11, la 16 y la 19, una cuarta sombra se suma a las anteriores apareciendo desde el ángulo

derecho de la pantalla, desde puntos distintos de esa zona en cada uno de los planos, y realiza la misma acción que sus tres predecesoras. A partir de esa aparición, el juego del montaje se dedica a combinar a un ritmo vertiginoso noches numeradas con dos dígitos, como las noches 33, 48, 65 y 77, o con uno solo, como las noches 3 y 6, en las que reaparecen la primera sombra, la segunda, la tercera y la cuarta, emparejadas arbitrariamente como si el montaje quisiera que el espectador entendiese un aspecto esencial de estas apariciones, algo que guardaría relación con el espacio de la habitación y con la posición respectiva de la cámara y el hombre que duerme en la cama.

El montaje me hizo pensar, la tercera vez que lo vi completo, y es lo que trataré de explicar ahora para aclarar mis propias ideas, que el espacio de la habitación se configuraba como la esfera de un reloj, una esfera tridimensional que incluyera, como una porción de su volumen, el cubo de la habitación. Cada punto del perímetro de las secciones circulares de dicha esfera, coincidente con los puntos del perímetro imaginario de la habitación, había sido calculado al milímetro para permitir que cada aparición de la sombra o el espectro coincidiera con un minuto exacto de los sesenta en que se dividía la esfera cronológica de la película. Como duraba dos horas, esa estructura de apariciones había sido duplicada como el número de las noches. Cada sombra, en su aparición súbita, ocupaba, por tanto, los quince minutos correspondientes a la sección de la esfera. El montaje, para evitar la repetición banal de los movimientos de los minutos y las apariciones, y para obviar también la linealidad cartesiana del tiempo, había optado por combinar esas presencias fugaces y esa temporalidad estricta, confundiendo la cronología del metraje y alterando la sucesión de las sombras emergentes y el minutaje de las secuencias. El resultado final era una pesadilla geométrica en la que la esfera del tiempo generaba en su interior un cubo espacial que era el lugar de las apariciones de los íncubos y los súcubos que asediaban al durmiente y, como explicaba la carta de Regina, obsesionaban al director de la película.

Un espectador que no prestara atención a los detalles, o que simplemente careciera de la imaginación necesaria para rellenar los vacíos de la imagen, creería que el montaje de *Paranormal* solo buscaba producir una experiencia brutal del tiempo, una revelación sobre la verdadera naturaleza destructiva de este. Pero la última noche del metraje, la terrible e inquietante noche final, la 81, una vez que has llegado a ella como al final de un largo viaje y la vuelves a ver repetida como conclusión de todo ese montaje en apariencia caprichoso, te fuerza a comprender que te encuentras como espectador frente a una experiencia visual que desborda las categorías de espacio y de tiempo y te sume en la demencia racional, por lo que deduzco del relato de Regina, tan plagado de luz como de oscuridad, en la que vive sumergida la mente de Iván. En la secuencia de la noche 81, la sombra surge directamente desde la posición de la cámara, desde el eje del objetivo, como si fuera una proyección fantasmal de la misma cámara, brotando del cristal de su lente como una misteriosa emulsión, y camina hacia la cama del durmiente con lentitud coreográfica otra vez, como corresponde a la medida del tiempo exacta que se le adjudica en el montaje, el juego de horas y minutos que correspondía al que debía de tener en el guión, si es que existía uno, lo desconozco. La sombra avanza ahora de espaldas al espectador, mostrando la zona dorsal de su cuerpo, como lo haría una ladrona que hubiera penetrado por la ventana del dormitorio para apropiarse de las pertenencias más valiosas del hombre que duerme solo en la cama y quizá, en un gesto gratuito, terminar también con su vida.

## 122

Ahora comprendo, viendo una y otra vez esta secuencia crucial de la película, la pertinencia del comentario de Regina en la carta sobre el homenaje a Musidora y a Irma Vep que reside en estos

fotogramas definitivos, más allá del hecho de que la película de Iván esté filmada también en un blanco y negro desleído y mortecino. El montaje te hace comprender que la figura de esta aparición no pretende robar las joyas o el dinero del durmiente, ni tampoco planea robarle el alma con procedimientos de espiritismo criminal, como un demonio o un mago vulgar. Esta sombra es ambiciosa y no se conforma con esas maniobras ocultistas convencionales. Ese espectro pretende infiltrarse en el cuerpo del hombre que duerme y ocupar el lugar del alma. Y eso hace en cuanto se instala junto a la cama, ya sin detenerse a contemplar las actitudes y los tics del durmiente. El espectador, por contraste con las anteriores manifestaciones del espectro, puede comprender entonces que las otras sombras estaban estudiando el cuerpo del durmiente a fin de conocerlo mejor y decidir quizá por qué orificio penetrar para tomar posesión del cuerpo. Las sombras de la película no producen la impresión de estar superpuestas a la imagen por algún procedimiento técnico. Este espectro, como los anteriores, se mueve por el espacio de la habitación como una silueta de cuerpo rotundo, sin transparencia ni levedad, envuelto en una malla negra para encubrir sus rasgos individuales e impedir que el espectador adivine el sexo del actor o la actriz que interpreta el papel, si es que lo hace y no son, como sugiere Regina, tomas documentales.

Esta última aparición, esta sombra final, no pierde el tiempo a los pies de la cama, al contrario que las otras, y se sube enseguida a esta y comienza a reptar a cuatro patas, por encima de la colcha, a deslizarse con sigilo, como lo haría una amante sobre el cuerpo de la amada, hacia la parte superior, hacia el lugar donde yace el hombre que duerme boca arriba. La sombra retira la colcha y luego las sábanas bajo las que se ocultaba el cuerpo del durmiente, las echa a un lado con suavidad, sin prisa, y, cuando el cuerpo del hombre dormido queda expuesto al completo a la vista del espectador y de la sombra que lo representa en la imagen, el espectro, de un modo que encuentro asombroso cada vez que lo veo, no consigo detectar el truco, se funde con el cuerpo del durmiente sin ejercer en él

ninguna violencia, como el té en el agua, con el peligro de que despierte de pronto e interrumpa la acción trascendental antes de que esté completada, se infiltra en él de tal manera que llega el momento en que la sombra se vuelve invisible, incorporada al cuerpo del hombre dormido como una parte más de su metabolismo anímico. Cuando este fenómeno ocurre, la película vira de repente a negativo, modificando la relación entre la luz y la oscuridad y escenificando su conflicto, como en una secuencia clave de *Nosferatu* donde ese mismo efecto visual indica el traspaso de la frontera de las apariencias y el ingreso en el reino de las sombras y los fantasmas. En ese mismo instante, reaccionando con automatismo mecánico, el durmiente se despierta sobresaltado y se incorpora en la cama como movido por un resorte, con los ojos totalmente abiertos, convertido en un espectador más dentro de la escena. Así lo ve el hombre despierto, sin comprender nada de lo que le ha sucedido, mirando a la cámara con sorpresa y culpándola de sus desvelos. Un minuto después, fundido a negro y final de la película.

La experiencia, lo reconozco sin ambigüedad, es sobrecogedora. Y el efecto en la mente del espectador, indescriptible. Como visión supera al expresionismo alemán, y es como si fuera, al mismo tiempo, un comentario a la grandeza y limitación de esa estética cinematográfica. Leo mucho sobre este estilo inimitable de concebir el cine que me apasiona desde que vi *Nosferatu*, hace unos meses, en una proyección del cineclub de la Academia Kaplan, una película que me fascinó y obsesionó a partes iguales, hasta el punto de soñar con sus imágenes y con el rostro deforme del vampiro protagonista varias noches seguidas. En esa modesta sala de cine, que solo programa películas los fines de semana y se encuentra en un edificio situado justo enfrente del gran cine o, como si pretendiera hacerle competencia, me he hecho amiga de Sara, la proyeccionista, una chica preciosa, con unos increíbles ojos verdes, que sabe mucho de cine y me ha prestado un par de libros sobre el tema: una monografía sobre el director Murnau y otra sobre el cine

alemán anterior a Hitler. No podemos hablar todo lo que queremos y vernos con más frecuencia por culpa del novio de Sara, que es muy posesivo y celoso, y no la deja sola ni a sol ni a sombra. Fue Sara quien me recomendó la tienda de electrodomésticos de calle Puerta del Mar donde pude transferir *Paranormal* a un formato de vídeo legible y comprarme a plazos mi primer magnetoscopio, como lo llamaba la empleada: un aparato reproductor de cintas VHS de la marca Panasonic, un armatoste negro con forma de cajón de archivador y una enorme ranura de entrada en la parte delantera que estaba en oferta y se vendía a buen precio, para poder ver la película de Iván al fin, como Regina me pedía, en la pantalla del televisor Thomson de casa de mi madre.

He escrito que *Paranormal* era un ejercicio autobiográfico y he dudado al hacerlo, pero es evidente que Iván no esconde su presencia en la película, delante y detrás de la cámara, y entiendo por qué Regina quería que la viera con insistencia y así juzgara por mí misma quién era el hombre que había despertado en ella ese gran amor, por llamar a ese sentimiento de una manera comprensible para todos, un amor mayor que su vida, hasta el punto de que la ponía en peligro por su causa. El espectador y la espectadora de *Paranormal* no pueden, por esta razón, ver en la película los mismos fantasmas ni las mismas obsesiones. Existe así, sin necesidad de diferenciarlas, una versión para cada sexo inscrita en los fotogramas de la película. Yo, como representante de ambas miradas, puedo entender que *Paranormal* describe la tensión de un acontecimiento tan importante como el nacimiento del alma, el surgimiento del espíritu en la carne inanimada y su relación maléfica con el tiempo en que debe desarrollar su existencia, el tiempo como gran destructor de vidas y de formas, gran destructor del amor y la pasión que nacen y se consumen en el tiempo. Y, con similar intensidad, la película de Iván produce también una revelación sobre el poder demoníaco del cine y de las imágenes del cine, el poder de la oscuridad, en el fondo, que sume a la mente del creador o a la mente del espectador, para el caso es lo mismo, en estados de

locura como los descritos en *El resplandor*.

*Paranormal*, en este sentido concreto, podría entenderse como un comentario marginal a la terrorífica película de Kubrick, si no fuera porque, al parecer, se filmó con bastante anterioridad a su estreno, lo que la convertiría en un caso no sé si único de telepatía creativa. Esos estados de alteración mental, lo sé porque los he padecido en primera persona, son inducidos desde el exterior por agentes, poderes y fuerzas capaces de adoptar cualquier apariencia, la del fantasma, el padre, el demonio, el extraterrestre, el vampiro o el vecino. El resultado es el mismo en cada caso patológico, siendo el origen del mal totalmente distinto. Como buena amiga, Regina ha querido compartir conmigo este conocimiento esencial y me ha hecho un regalo impagable incitándome a ver esta extraña película que está por completo a la altura de la curiosidad que su carta había suscitado en mí. No sabría cómo corresponder a este acto de generosidad más que comentando la película del modo en que lo he hecho, siendo fiel a los términos de su propuesta, para que su mensaje trascendental llegue por fin a sus verdaderos destinatarios. Solo espero que este descubrimiento no le cueste la vida a Regina. No me lo perdonaría nunca.

La escritura es una forma de exorcismo.

## 123

He conseguido trabajo de recepcionista en el hotel La Barracuda, en Torremolinos, frente al mar azul de mis deseos, en el corazón de la playa de La Carihuela, un contrato temporal de mierda, dos meses intensivos de curro y luego al paro un mes completo, treinta días de supervivencia con el salario demediado, menudo chollo, en temporada alta o baja. La ventaja laboral es que tengo dos días libres a la semana y los aprovecho a tope.

Yo habría preferido, sinceramente, que el hotel se llamara La

Tiburona, La Marraja o La Tintorera, que son las especies de escualos que sobreviven en estas aguas cloacales del Mediterráneo occidental. Ya me conocía el chiste, desde que era una niña de corta edad y vivía en una ciudad en la que el emblema diminutivo era el boquerón, ese pescadito insignificante y sabroso en vinagre o frito. Si gritas *barracuda*, nadie se asusta y todo el mundo sigue con su vida sin sentirse afectado. Si gritas *tiburón*, en cambio, todo el mundo sale del agua aterrorizado y no vuelve a meterse hasta que pasa la señal de alarma. He aprendido, teniendo como tengo unas cuantas amigas en el colectivo, que en la jerga de las transexuales el tiburón es el pene, y que la diferencia entre unas y otras estriba en tenerlo o no tenerlo comiéndote la entrepierna a dentelladas. Solo me faltaba eso.

Aquí viene a alojarse mucha gente excéntrica y eso me agrada. Esa población extraña, una fauna inclasificable, le da un aire de hotel anticuado de película en blanco y negro que me hace creerme una mujer de otra época, trasnochada, decadente o pasada de moda, sentimiento que me encanta y es muy adecuado a este nuevo momento especial de mi vida. Otro período de transición.

El escritor austriaco que viene cada año a hospedarse dos semanas dice, para seducirme con sus referencias cultas, que yo soy la Reina de la Noche de *La flauta mágica* de Mozart y que él se siente a menudo como el príncipe Tamino en busca de una amada, una maga atrevida que satisfaga sus deseos más oscuros sin hacer muchas preguntas. Como se acuesta tarde y se levanta temprano, duerme muy poco pese a su mala salud, siempre me encuentra al frente del mostrador de recepción, gobernando como un almirante el rumbo de la nave de los locos que residen en el hotel. No parece escribir mucho cuando está aquí, se pasa la vida en la piscina o en el bar y pasea por la playa al atardecer. Para qué le dije que escribía literatura erótica y la publicaba con seudónimo en fanzines iconoclastas. Todos los días, cada vez que me ve, viene a hablar conmigo al mostrador y me gasta una broma distinta sobre mis escritos. Como es de espíritu musical, como buen austriaco, le

gustan las variaciones y las repeticiones sobre el mismo tema. Es un guiri cachondo, un excéntrico simpático pero un poco obsesivo. Quiere aprender español, me dice, solo para poder leer algunas de mis historias más picantes. Y yo me río de sus pretensiones, conociendo el tono de lo que escribo, y le digo que soy una sentimental y una blandengue, en el fondo, y que lo mío es la pornografía de las emociones, y le gusta el concepto y se lo apunta en su bonito cuaderno para usarlo en alguna de sus novelas. Me ha comentado que tiene libros traducidos a mi lengua, tengo que buscarlos en librerías cuando tenga tiempo, pero se considera un músico malogrado, con su melenita romántica y sus manos finas de pianista de concierto, y eso le amarga la existencia y le está destrozando la salud del cuerpo y de la mente. Me aconseja que no tenga miedo al escribir, que vaya todo lo lejos que la escritura me lleve, como en volandas, lo más lejos que pueda, sin miedo a traspasar el límite extremo de las cosas, que ese límite es una construcción artificial y, como tal, cada uno encuentra el suyo cuando llega el momento y lo traspasa con naturalidad, como quien salta un obstáculo. Ese límite extremo, dice, tiene siempre nuestra cara y lleva inscrito nuestro nombre, es imposible no encontrarse con él. Cosas así.

—Yo no estoy aquí en realidad. Yo nunca he estado ni estaré aquí.

Ese es el mantra que repite a todas horas, como un conjuro espiritual, para desmarcarse de cualquier forma de contacto o de relación con los demás clientes. Y dice que es su doble, como buen lacayo, el que acude todos los años para ocupar su lugar en el hotel y evitarle viajes inútiles. El escritor austriaco tiene algo de fantasma del pasado y usa nombres supuestos cada vez que firma un documento en el hotel. Nadie excepto yo conoce su nombre real, y él lo sabe, por eso tal vez, y porque no hablo demasiado mal el inglés y el francés, me respeta más que a otros empleados, a quienes suele tratar con desdén aristocrático. La factura de los desayunos la firma como Rudolf Wertheimer, la de los almuerzos

como Franz Roithamer y la de las cenas como Konrad Saurau. Reserva el nombre de Strauch para firmar en algunas ocasiones las cuentas nocturnas de *whisky* escocés en el bar y logra volver locos a los distintos camareros, que no saben a qué habitación cargar la suma de sus consumiciones y siempre vienen desesperados a consultarme al respecto. El escritor de los muchos nombres imaginarios y una sola identidad verdadera desprecia por igual a todos los camareros en todos los países del mundo, como me dijo un día, por su obscena complicidad con nuestros vicios más dañinos. Es un hombre de baja estatura, frente despejada y alma grande, y sabe hacerse notar. Odia a sus compatriotas a muerte, dice que son todos unos nazis encubiertos, y no le tiene miedo a la muerte. Si su escritura es tan demoledora y corrosiva como su pensamiento, debería leerlo cuanto antes. Necesito con urgencia ese tipo de antídotos anímicos contra la historia interminable de la estupidez circundante. El bodrio infantil de Ende, por cierto, se propaga ya como una epidemia de peste, y el mal se adueña de los cerebros y los corazones de los lectores, expandiendo la inmensidad de la Nada más allá de los límites de lo conocido.

## 124

Mi relación con Iris, así la llamo para disimular, fue aún más enigmática e íntima que con el escritor austríaco, un cordero de Dios disfrazado con piel de lobo feroz. Iris es una actriz de mediana edad que ha venido al hotel para reponerse de una pérdida familiar y sus secuelas emocionales. Alguien le ha recomendado este hotel de tres estrellas para pasar desapercibida, y su agente hace la reserva a su nombre. Yo no he visto ninguna de las películas y series que la han hecho famosa en nuestro país, así que no la reconozco cuando la veo traspasar la entrada y atravesar el vestíbulo del hotel. Viste de negro, camisa abotonada hasta arriba y pantalón ancho, para

disimular que está de luto, ya se sabe que la gente suele malentender los signos hasta ese punto, y más si eres actriz. Si te ven vestida de negro, en plan Hamlet, imaginan que estás fingiendo luto por una muerte que no ha tenido lugar más que en tu cabeza, y si te vistes de blanco impoluto, en plan Lana Turner en *El cartero siempre llama dos veces*, piensan que estás disimulando ante los ojos de los demás una muerte reciente que te ha devastado las entrañas y los lacrimales. Para qué complicarse con los signos sociales, son demasiado enrevesados, y más si has cometido el error de nacer mujer. Lo mejor, seas actriz o simple aficionada, es vestirte de negro si has perdido a un ser querido y estás de duelo doloroso, y de blanco satén si piensas en casarte por amor, cosa que no te aconsejo, así nadie podrá equivocarse contigo. Por eso Iris lleva además un fular negro de seda anudado al cuello como un lazo fúnebre y una gran pamela blanca sobre la cabeza en la que podrían hacer su nido en primavera una pareja de gaviotas enamoradas.

En cuanto Iris llega al mostrador y me ve allí esperándola como si fuera su fan número uno se pone muy nerviosa, no entiendo por qué, no suelo imponerles tanto a las clientas. El taxista viene detrás de ella acarreando las maletas y resoplando como un asmático. Estamos a mediados de septiembre y aún hace calor. La actriz no quiere hablar mucho, nadie le ha escrito el guión y se supone que está de vacaciones. No se quita las gafas de sol en ningún momento, la muy coqueta, para esconder sus ojeras, y ni siquiera puede leer las condiciones de la estancia en el folleto publicitario del hotel que le tiendo con la mano derecha. Me pide que se las lea yo, por favor, y así lo hago, con parsimonia, sílaba a sílaba, línea a línea, como si la actriz interpretara a una mujer ciega y yo fuera su guía. Luego rellena en silencio la documentación que le indico y firma al pie como Eva Tanguay, qué divertido. Cuando le pido la tarjeta de crédito, me recuerda crispada que ella creía que su agente ya había resuelto ese espinoso asunto, así lo denomina Iris sin que yo pueda comprender a qué se refiere con el epíteto. Será que no quiere pagar, será que planea consumir una fortuna mientras resida en el

hotel y piensa largarse sin abonar las numerosas facturas. Le digo que sí, que todo está conforme, pero que necesito comprobar la numeración y los datos personales, es mi obligación, y entonces Iris revuelve en el bolso negro y oro que lleva colgado del brazo izquierdo como un adorno más de su persona, localiza el monedero a juego, lo abre y me tiende sin protestar la tarjeta, donde consta su nombre real completo, que no es el nombre artístico que aparece en los títulos de sus películas y seriales de la tele ni tampoco el nombre fantástico con el que quiere registrarse para engañar, imagino, a sus perseguidores de la prensa, fotógrafos carroñeros y cronistas del culo a sueldo de engendros como *Hola* o *Lecturas* o *Semana* o *Diez Minutos*, que mi madre y muchas de mis amigas y conocidas, dentro y fuera de la urbanización, leen desde hace años, con avidez y fruición incomparable, como si fueran la Torá de la identidad femenina, el Nuevo Testamento feminista de la mujer liberada y triunfante.

Me rompo la cabeza intentando comprender el porqué de ese nombre que suena tan raro en español y el porqué de ese juego de identidades cambiadas y no consigo avanzar ni un palmo en mis investigaciones. Mala detective, buena recepcionista, dice el dicho hostelero que me acabo de inventar para justificar el morbo inmediato que me despierta la actitud intrigante de esta actriz cuarentona. Hay que ser cómplice, sin excederse, de los caprichos de los clientes, esa lección la tengo bien aprendida. Iris quiere saber si la habitación tiene vistas frontales al mar *como* pidió. Se lo confirmo enseguida y me confirma a su vez que no quiere ser molestada. Le aseguro que nadie, absolutamente nadie, la molestará mientras yo siga al frente del mostrador de recepción durante las próximas siete horas. Y le guiño un ojo provocativo mientras le devuelvo la tarjeta de crédito y le tiendo el juego de llaves. Le adivino las intenciones ocultas y no me quiero perder el espectáculo de su actuación estelar. Hay que darle tiempo para que deshaga las maletas a su ritmo y se instale a su gusto en la habitación. Aviso a Paco el botones, que se hace el remolón, no se siente sobornado por

las propinas, no abundan en este hotel barato, y esta clienta en particular no tiene pinta de ser muy generosa tampoco. Ya está en sus manos. Que Paco le suba las maletas a la séptima planta, donde la he instalado por una cuestión de simetría maliciosa, y se apañe con ella, tanto si paga lo que le debe como si se niega a hacerlo por razones éticas. Es lo mejor que me puede pasar esta tarde. No quiero saber más, de momento. Viene a pasar solo dos noches, es el dato que figura en su reserva. Por fortuna, mañana y pasado libro, y, cuando regrese, Iris ya habrá vuelto a las comodidades y el confort de su refugio matritense.

## 125

Pasa una hora y llamo a la habitación con la excusa de recordarle a Iris los horarios del desayuno, el almuerzo y la cena que tiene contratados. Contesta enseguida. Le pregunto a continuación si está todo a su gusto y me responde con cierta impertinencia que esperaba más, qué se le va a hacer, ya no tiene remedio. Más calidad, en general, mejores vistas, más espacio disponible y muebles mejores. Conozco la cantinela, llevo escuchándola a todas horas desde que empecé a trabajar aquí. Los cuartos de baño tienen la antigüedad que tienen, como las habitaciones, pero nadie que se aloje aquí podrá negar que la experiencia, al final de los días contratados, una vez abonado el modesto precio, ha valido la pena y merece ser recordada. Mamá dice que estoy desarrollando mentalidad de publicista, y a lo mejor tiene razón y me he equivocado de profesión y de estudios. Le pregunto a Paco el botones si la señora se dejó caer con la propina y me confirma, con expresión coloquial muy propia del oficio, que es más agarrada que el pasamanos de una escalera. Cuando interrogo a Paco sobre el estado de los nervios de la señora, el botones se muestra mucho más descriptivo y encuentra el modo de transmitirme la impresión

de que el ánimo de la actriz está destrozado diciéndome, en su jerga malagueña inimitable, que está hecha pedazos. Mi madre madrileña, con su normatividad mesetaria, ha refrenado a lo largo de mi vida la tentación dialectal que tanto me atrae con su vulgaridad y gracia popular y tan poco me conviene lucir en sociedad. En cuanto al estado mental de la actriz, ya me temía lo peor desde que me miró a los ojos a través de las lentes oscuras de sus gafas de sol y entreví una tristeza crónica reflejada en su mirada de gacela africana. Esta mujer está buscando enterrar algo profundamente, a un ser querido, un secreto familiar o un sentimiento inconfesable, que ya está muerto hace mucho tiempo, y ha elegido el hotel La Barracuda para ejecutar su macabro plan.

Pasan dos horas y vuelvo a llamar por teléfono a su habitación. Esta vez no contesta. Eso es que ha desconectado el cable del teléfono, esta actriz veterana se las sabe todas. Una de dos, pienso sobre la marcha, o está durmiendo, lo que en su caso suena prometedor, o está haciendo algo malo o incorrecto, alguna travesura inadecuada para los intereses del hotel y los intereses particulares de esta humilde empleada del establecimiento. No quiero sorpresas desagradables en este trabajo, la precariedad del contrato no me lo permite, podrían despedirme por no haber detectado a tiempo los tics psicológicos de la suicida vocacional y regresar a la velocidad del rayo a las listas del paro, de donde salí para venir aquí hace cinco meses, me produce escalofríos. No sería la primera vez que ocurre algo así. Y los perjuicios de que una actriz famosa elija este lugar concreto, de todos los lugares del mundo, para cancelar de golpe su vida y la actividad de sus cuentas bancarias al mismo tiempo son peores que los posibles beneficios derivados de la publicidad gratuita y la reputación infame. No puedo arriesgarme a que ocurra un suceso trágico de esta naturaleza y perder el salario que tanto necesito para sufragar mis gastos y los de mi madre, con mi hermano tan enfermo, y actúo en consecuencia, sin pensar en nada más. Como está todo tranquilo y controlado en recepción, no esperamos a nadie antes de las ocho, hora prevista de

aterrizaje en el aeropuerto del último vuelo cargado de turistas alemanes de tercera clase, me atrevo a abandonar mi puesto en el puente de mando y dejar la nave a la deriva por un rato. No tardaré mucho, espero. Subo por las escaleras. Son solo siete plantas, así hago ejercicio y adelgazo aún más, de paso, y el viejo ascensor no me da confianza, me agobia quedarme encerrada sola en esa carcasa de metal oxidado que ruge y gime, mientras sube de piso en piso a cámara lenta, como un animal moribundo. Ya estoy arriba, caminando por el pasillo vacío hasta la puerta del fondo, tras la que la actriz se refugia en compañía de sus malos sentimientos.

La habitación 737, ahí la tengo, a mi entera disposición. Saco la llave maestra del bolsillo de la camisa, miro a un lado y a otro para cerciorarme de que nadie me ve cuando entro en la habitación de Iris con un nudo marinero formándose en mi estómago y mis intestinos. Nunca he soportado la visión de la sangre, y la simple idea de enfrentarme a un cadáver de mujer me pone enferma. Cierro la puerta con el mismo sigilo con que la abrí y me aventuro pasillo adelante. El aire perfumado en exceso me confunde nada más entrar en el vestíbulo. El cuarto de baño está intacto, los precintos en el sitio en que los puso la limpiadora esta mañana, cuando los clientes anteriores despejaron la habitación. Como si ni siquiera se hubiera molestado en lavarse o desmaquillarse la cara, o en beber un vaso de agua del grifo, tan sana y natural como el agua de un charco de lluvia. Nada, ningún signo de actividad visible en su interior, lo compruebo de un solo vistazo al pasar hacia el corazón del dormitorio, dos metros más allá, la ventana abierta en la pared del fondo y los visillos mecidos por la suave brisa marina, la cama matrimonial de la reina y, como sucede en muchas noches de boda de famosos y celebridades nacionales e internacionales, sorpresa descomunal en su interior, aunque ninguna revista del corazón lo cuente.

Así es. Sin esperarlo, pillo desprevenida a la actriz manchega en una de sus grandes interpretaciones privadas, maquillada hasta las cejas, como si fuera a recoger el premio más importante de la

profesión, el reconocimiento de la industria y de sus celosas colegas, la piel bañada en un perfume de aroma empalagoso y desnuda de la cabeza a los pies, como si una virgen en fuga acabara de parirla en un establo, rodeada de animales indignos. Iris está tumbada con indolencia sobre la cama sin deshacer, provocando un hermoso contraste pictórico entre la rosácea irisación de su piel y el tono nacarado de la colcha. Resulta un espectáculo más estético de lo que había imaginado previamente, en total desacuerdo con el decorado. En su cuerpo y en su piel, por lo que percibo en un primer vistazo apresurado, lleva prendidos anillos de plata y oro y collares de gruesas perlas y pendientes y hasta una fina pulsera de oro en el tobillo derecho. Está acariciándose el sexo con la mano derecha sin mucha convicción mientras con la otra hace inventario de sus posesiones más preciosas. Podría echarle una mano, a su modo es una mujer madura con cierto atractivo y no diría que me da asco lo que estoy viendo, no soy hipócrita, pero no me apetece mezclar negocios con placer, como suele decirse. Eso solo trae complicaciones que ahora mismo no busco, y menos por una aventurilla fugaz con una actriz cuarentona que tampoco me parece irresistible.

Iris está medio dormida, o medio drogada, no distingo, y mantiene los ojos cerrados para no verse en ese estado en el gran espejo que queda frente a la cama regia y que es donde la descubrí, en diferido, al entrar en el dormitorio y avanzar por el pasillo, antes de verla en directo en la cama. Como sabe el escritor austríaco, porque me lo contó una noche, ya de madrugada, entre toses y carcajadas, la velocidad de la luz puede generar un desfase temporal entre el cuerpo reflejado y el cuerpo real que el ojo no capta por sí mismo y que el cine me ha enseñado a apreciar, como los gestos inconscientes de la actriz sobre la colcha. Iris ha debido de diseñar en su cabeza este numerito vagamente erótico, mucho tiempo antes de pensar en representarlo en un escenario tan poco propicio a esta clase de expansiones sensoriales, y ahora, de repente, le han entrado las dudas y la pereza. Rubíes y esmeraldas, diamantes y

aguamarinas en la mano izquierda, posada encima de los grandes pechos para evitar su caída lateral. Anillos metálicos en la mano derecha, oro y plata acechando con sus maniobras sospechosas un pubis velludo que lleva demasiado tiempo sin ser depilado, dedos adornados que se mueven con lentitud ceremoniosa, como paralizados por su propia desidia. La cabellera rubia desparramada sobre la almohada, oculta antes bajo la pamela, me recuerda a la melena áurea de algunas heroínas de Poe abocadas a la muerte por la anemia vital de los puritanos. El bote de pastillas encima de la mesita de noche es un indicio sospechoso. Me preocupo cuando veo que cesan por completo los movimientos de la mano derecha, y lo achaco a alguna atrofia muscular y no al sueño o al desmayo. No quiero que Iris se muera aquí, ahora, delante de mí, y me arruine la vida, no me lo perdonaría. He venido a salvarla de sí misma y, pese a la belleza teatral del acto en curso, decido intervenir de inmediato para imponerle un final brusco.

—Señora, ¿se encuentra usted bien?

No responde a mi tratamiento de choque, acudo a la cabecera de la cama y la sacudo por los hombros, con suavidad al principio, incrementando después las sacudidas con mayor energía y repitiendo la pregunta tonta en voz más alta, para que todos los clientes que me estén escuchando al otro lado de la pared o por encima del techo duden una vez más de mi inteligencia práctica:

—Señora, ¿se encuentra usted bien?

## 126

Era evidente que mi frase encubría una tras otra todas las mentiras de la situación. La señora no se encontraba, ni bien ni mal, estaba desvanecida sin sentido, y dudo que muchos hombres, viéndola en ese estado de postración, la hubieran llamado señora y no con otro apelativo menos respetuoso. Somos esclavos de la

buena educación del mismo modo que otros lo son, de por vida, de la mala educación heredada que recibieron desde la infancia hasta la vejez y la muerte. Yo tengo la suerte, aunque parezca increíble, de mirarla con el corazón y no con los ojos. Y la actriz, inducida por mis acciones pudorosas sobre su cuerpo impúdico, despierta al fin de su sueño de grandeza escénica dando señales evidentes de que no mantiene control alguno sobre el papel que ha decidido interpretar esta tarde para una sola espectadora preocupada como soy yo.

—Ay, hija, ¿pasa algo?

—Eso pregunto yo, señora.

—Nada, nada, no te preocupes. No pasa nada de nada. Nada que deba importarte demasiado, la verdad sea dicha. ¿Qué haces aquí?

—Pensaba yo que…

—Ya te digo que nada. Lo natural, dadas las circunstancias. Mi madre murió hace un año y no puedo vivir sin ella, qué quieres que te diga. Yo era hija única. ¿Tú tienes madre, guapa?

—Sí, desde luego, tengo esa suerte.

—Y que lo digas. Tener a la madre viva al lado de una es lo más grande que hay en la vida para una mujer, ¿no lo crees así?

—No lo pongo en duda.

—Qué suerte tienes, hija. Claro, como eres tan joven. La mía se me murió cuando habíamos aprendido a llevarnos de maravilla, fue una lástima… Tengo la boca reseca y pastosa, me cuesta hablar, ¿me traes un vaso de agua, por favor?

—Faltaría más.

En el minibar hay una hilera de botellines fríos de agua mineral, pero Iris prefiere por capricho el agua del tiempo, bonita metáfora, que brota gratuita del grifo del lavabo.

—Es más barata y más sana, ¿no crees?

—Lo que usted mande.

—Es más de aquí, no sé si me explico, más conectada al sabor de la tierra y el agua de mar de esta región.

Yo quiero obligarla a gastar en el hotel una diminuta porción de

la fortuna que habría recibido en herencia de su difunta mamá, pero no hay manera humana. Le traigo el vaso de agua extraída con fórceps del grifo asqueroso del lavabo y se lo bebe de un trago, como si fuera una limonada deliciosa, y me pide otro vaso rebosante de la misma agua sepulcral y, como no hay dos sin tres, dice ella recuperando el humor, otro más, el último, qué rico, qué fresca. Y se limpia la boca, los labios húmedos, en un gesto maleducado, aprovechando que no hay cámaras delante, con el dorso de la mano izquierda. Imagino su estómago relleno de un líquido calcáreo y salado en el que se podrían criar anguilas y langostas en abundancia.

—Mi madre se murió de aburrimiento. Dio un suspiro largo y expiró en silencio. Lo tenía todo preparado desde hacía mucho. Me prometió que nos encontraríamos en distintos sitios en los años siguientes a su muerte. Se había molestado en elaborar una lista de lugares en los que estábamos citadas, según decía, en cada aniversario de su fallecimiento. La lista la encontré en un cajón de la cómoda de su habitación, justo debajo de su viejo traje de novia, junto al bote de pastillas y las instrucciones escritas a mano, de su puño y letra. Este hotel constaba en la lista, imagino que mi madre debió de citarse aquí en el pasado con alguno de sus amantes más queridos. Mi padre murió jovencísimo, estaba muy enfermo, ¿sabes?, y mi madre le sobrevivió como la viuda alegre, sin privarse de nada, para qué te voy a engañar. Fue duro ser hija suya en ese período libertino de su vida, luego se calmó, por *fortuna…*

Mi impertinencia surrealista trata de neutralizar la cursilería típica de la actriz, que aspira a trabar una amistad cómplice con su asistente casual inspirándole un tierno afecto y cierta compasión con el drama familiar de su biografía.

—¿Y era su señora madre la que estaba con usted hace un momentito en la cama?

—Sí, verás, el procedimiento es muy sencillo, yo me tomo la pastillita esta para poder ver a mi madre como si estuviera viva, aquí conmigo. Cierro los ojos, me adormezco y ella se ocupa de todo lo

demás. Yo nunca sé lo que pasa entre nosotras mientras estoy transida. Me quedo como muerta y no me entero de nada. Hasta que me despierto horas después no me doy cuenta de todo lo que ha pasado, y entonces lo pongo todo en el orden en que estaba antes de empezar para que nadie se dé cuenta de que ha ocurrido algo extraño en la habitación. Me siento vigilada, en todo momento y en todas partes. Me duelen los rumores sobre estas cosas, para una mujer como yo son muy malas las habladurías, ya me entiendes. Pasan factura, te hacen daño a la larga, lo sé por experiencia propia. Muchas amigas, a las que había abierto mi corazón y mis sentimientos más íntimos, me traicionaron hablando mal de mí a gente mala que me ha perjudicado con sus calumnias y me fui quedando muy sola con el tiempo, la verdad sea dicha, muy sola y muy afligida…

Y el acento de Iris, ese acento peculiar que resulta tan exótico en el extremo sur de la península ibérica, es el acento de mi infancia, el acento de mi abuela materna y de mis tías y mis primas lejanas, en parte también el de mi madre madrileña, en segundo plano. Ese acento familiar me hizo sentir muy próxima a Iris desde el principio, de una manera instintiva e incontrolable. Y esa voz inimitable, raíz de su éxito popular, que la convirtió de la noche a la mañana en una gran dama dramática del teatro y la televisión, acompañada de un suave llanto, me conmueve hasta hacerme creer que me habla una mujer muy cercana, una mujer de mi misma sangre.

—Me temo que la he interrumpido al entrar, lo siento mucho.

—No te preocupes, hija. Me tomo otra pastillita y verás cómo reaparece. Mi madre es persistente como el perfume con que le gustaba impregnar su cuerpo, ¿lo hueles?

Todo el tiempo que Iris me ha estado hablando lo ha hecho sentada, apoyada la cabeza en la almohada, contra el cabecero de madera, y ahora, tras ingerir un buen puñado de pastillas y masticarlas con la boca abierta, está empezando a deslizarse cama abajo para tumbarse otra vez sobre la colcha de nácar y volver a empezar la sesión de espiritismo sensual. Y es entonces cuando

caigo en la cuenta de que Iris me recuerda en las facciones de la cara y en el pelo y en los gestos levemente histriónicos a la actriz americana Meryl Streep, y por eso no la deseo nada, es inevitable, ahora lo entiendo, pese a que se empeña en exhibir su cuerpo desnudo delante de mí sin pudor, cosa que nunca haría su doble hollywoodiense ni por todo el oro del mundo. No me atraen las comediantas que tratan de encubrir su instinto tras una apariencia técnica de dominio y control. ¿Voluntad de poder o deseo inconsciente? Pues va a ser que las dos a la vez. ¿Duplicidad femenina? Es demasiado pronto para saberlo.

—¿Se siente usted mejor, señora?

—Mucho mejor. El agua me ha revitalizado, estaba como muerta, gracias, hija, por ayudarme en un momento de apuro. ¿Cómo te llamas?

Puedo darle sin problemas el nombre verdadero que me identifica ante los extraños y figura en mi contrato a alguien que convive en la intimidad con el fantasma demacrado de su madre. Da confianza y no cuesta trabajo.

—Me voy entonces.

—No hace falta. A mi madre no le importa que la miren mientras actúa. Le gusta el público, no es como yo, que no lo soporto. Esa gente ahí mirándote todo el tiempo como si no tuviera nada mejor que hacer. En realidad, no lo tiene, para qué nos vamos a engañar…

—¿Su madre de usted también era actriz?

—No, hija, no, qué cosas se te ocurren. Esas simetrías raras solo se dan en el cine y en el teatro. Mi madre era una mujer normal, ya te lo he dicho, con sus cosas, eso sí, sus vicios, sus gustos. Dios ha creado a las mujeres por algo, ¿no crees?

—Desde luego que sí. Para torturarnos y mortificarnos…

—¿Cómo has dicho, hija? Hablas tan bajo que casi no te oigo.

—No tiene importancia.

—Si nuestra existencia no tuviera un propósito superior, no creo yo que Dios nos hubiera hecho como somos.

—¿Y cómo somos, señora, si se puede saber?

—A la vista está. Míranos a las dos, qué buena pareja hacíamos mi madre y yo, qué pena me da que se me muriera tan pronto…

A todo esto, Iris persistía en su actitud desinhibida y no hacía ningún esfuerzo por disimular que estaba desnuda y que no era natural esa condición estando tendida en una cama en compañía de una desconocida, y me hablaba con la misma determinación y solemnidad que si estuviera engalanada para una representación teatral. Me sentí por un momento como la ayudante de la actriz veterana asistiendo al ensayo en el camerino antes de saltar a escena a convencer a los espectadores de que ella era el personaje que decía ser en la obra.

—¿Cómo se llamaba su madre?

—Perdona, hija, qué curiosa eres. Eso no te lo puedo decir.

—Como usted quiera.

—Ya voy notando otra vez los efectos de la pastillita. ¡Uy!, cómo se me sube a la cabeza, qué calores, qué locura…

La sesión de espiritismo prosiguió hasta el fin, como estaba acordado entre la madre y la hija desde el principio de los tiempos. Y yo asistí a ella, no sin conmoverme cuando la vi derramar copiosas lágrimas en un momento extremo de tensión melodramática entre ellas, con espasmos increíbles, en calidad de espectadora de privilegio que pudo comprender mucho mejor, gracias a lo escenificado por Iris sobre la colcha nacarada con el juego de las manos y las joyas maternas adornando su cuerpo desnudo, los misteriosos lazos que unen a las madres y a las hijas durante toda la vida y las convierten, unas respecto a las otras, en mucho más que amigas y mucho más que amantes.

Cuando Iris se quedó dormida, agotada tras la representación de la escena primitiva de su vida, yo también abandoné el escenario de la habitación sintiéndome un fantasma erótico, el fantasma de la nieta entrometida. En pago por mis humildes servicios, le había robado, sin que lo notara, un pequeño anillo de plata con forma de serpiente enroscada que Iris portaba en el dedo meñique del pie derecho y me sentía invisible y ligera con él puesto en el pie,

ciñéndome el mismo dedo. La serpiente que se muerde la cola me ha parecido siempre un símbolo gráfico de lo que es la vida. La gran paradoja. Principio y fin, devorándose el uno al otro hasta el último día. Así yo. Así esta novela interminable que soy yo.

## 127

Carlos piensa que la exposición *Fuerza Nueva* será un fracaso. Él, como no puede librarse de las influencias culturales que lo han hecho el artista que es, entiende el concepto en el sentido francés de la expresión. Que va a hacer mucho ruido. Y yo creo que lo dice en los dos sentidos al mismo tiempo, que es lo que más le gusta en todo. Que va a ser un fracaso y va a causar estruendo. Pero es necesaria, entiende él, para hacer llegar el mensaje a la gente con rotundidad. La ha preparado en secreto en los últimos nueve meses, como un parto, dice él. El parto de los montes, añado yo. Solo Marianne, la joven galerista de ascendencia francesa, ha estado al tanto de los progresos de la obra, día tras día, confidente de las dudas, las incertidumbres y la lentitud exasperante de los avances. Carlos me dice, durante la conversación telefónica que mantenemos dos días antes de la inauguración, que algunos guiños ocultos, y algunas alusiones veladas, sin embargo, solo los captaré yo con mis destrezas hermenéuticas. Sé que exagera porque quiere halagarme y darme ánimo, pero se lo agradezco mucho de todos modos. Los fachas han estado toda la semana llamando a la galería, me dice, amenazando con volarla si la exposición se inaugura. Marianne cree en la obra de Carlos tan a ciegas que ni siquiera se molesta en denunciar las amenazas a la policía, nadie la ha invitado a esta fiesta, dice, no tiene sitio en ella, y sigue adelante con los preparativos sin miedo a las represalias. La galerista es una mujer valiente, dice Carlos, una luchadora, una resistente. Y yo creo, como siempre, en los excesos de la ironía de Carlos.

La mañana del día de la inauguración, el primer viernes de octubre, aparece una entrevista con Carlos a doble página en *Diario Sur* hecha por Ángel, mi amigo escritor, a quien no imaginaba, no sé por qué, adscrito al periodismo cultural. Esta coincidencia me parece un buen augurio, en principio. Ángel, sin embargo, le pregunta a Carlos, en el curso de la entrevista, si no teme la revancha de la extrema derecha. Y Carlos, que está convencido de que la exposición es una especie de catarsis necesaria para exorcizar los numerosos demonios del alma de este país, le contesta que después del golpe de Estado fallido del 23-F no podemos tenerle miedo a nada, mucho menos a una banda de descerebrados. Eso dice literalmente, y es quizá la primera vez que leo esta palabra escrita en algún medio, no recuerdo si la he escuchado antes en una película o en la tele, pero nunca la había visto escrita y me gusta cómo queda en la página, significando gente que ha perdido el poco cerebro que tenía, como los zombis. Carlos le responde a Ángel que la violencia que pueda recibir la exposición, por otra parte, no le asusta demasiado, ya que forma parte de los planes y el diseño primigenio de esta, ni más ni menos, y lo desconcierta con esa respuesta, como periodista, y a mí también, como lectora. Carlos es así, abusa de las paradojas hasta convertirlas en algo natural que todo el mundo debe asumir para entender su arriesgado juego con la realidad.

Cuando Ángel, más adelante, le pregunta por el sentido de la exposición y por qué ese título tan connotado, *Fuerza Nueva*, para lo que no pasa de ser una simple exhibición de cuadros, Carlos le responde tajante que el sentido general de la obra lo aporta cada espectador, que él como artista solo proporciona los elementos para que los que vengan a disfrutar de la exposición juzguen por sí mismos lo que están viendo y que el título, por otro lado, es una broma cultural con muchas lecturas, algunas contradictorias. ¿Cómo puede lo más vetusto pretender pasar por nuevo? O, si usted lo prefiere, le dice Carlos a Ángel, a quien supongo perplejo, ¿cómo puede lo nuevo prescindir de lo antiguo o lo viejo sin perder vitalidad

y fuerza? Lo nuevo y lo viejo: el tema invertido de la revolución bolchevique y su conflicto con la vanguardia; que también obsesiona a Carlos como problemática artística. La vejez y la novedad de las cosas, como los padres y los hijos, las madres y las hijas, alternándose en el mundo hasta el fin de los tiempos, es la idea matriz que, según Carlos, da un sentido original al polisémico título de la exposición, relacionándola con el arte y la vida y alejándola de la política, si esto es posible en nuestro país, tan dominado por las categorías políticas en esta coyuntura de su historia, como Carlos sabe mejor que nadie.

Percibo que Carlos, con estas declaraciones tan confusas, se está burlando claramente de Ángel, a quien no creo que conociera con anterioridad, tampoco yo le había hablado nunca de él, y también de una parte del público, al tiempo que intenta atraer con su discurso a una nueva clase de espectador, más inquieto y libre, que él intuye que existe fuera del mundillo artístico y que podría interesarse por visitar la galería para ver la obra expuesta con inocencia. Pero, como lo conozco desde hace tiempo, sé que Carlos responde así a las dudas y cuestiones del periodista para no reconocer la verdadera razón por la que decidió titular así la polémica exposición. Así, literalmente, y no de otro modo que habría sido igualmente válido, como cree el periodista. Carlos quería provocar a los agentes de esa misma fuerza política señalada desde el título de la exposición para que acabaran el trabajo creativo que él solo se había limitado a iniciar como artista. La fecha de la inauguración, el 1 de octubre, también está deliberadamente cargada de significado en el calendario histórico español, como sentencia Carlos en el párrafo final de la entrevista. Así es Carlos, como artista y como persona, para desesperación del bueno de Ángel, que no expresa complicidad o simpatía por el entrevistado en ningún momento de la entrevista, como si no entendiera la actitud desafiante del artista, o la desaprobara sutilmente por su desmesurada vanidad. La entrevista cumple, en todo caso, el papel específico que Carlos le ha atribuido en la representación, previendo los efectos de su impacto en los

lectores de uno y otro signo.

## 128

La misma noche de la inauguración, a las nueve, qué casualidad, diría Carlos con malicia, tengo una cita prometedora y comprometedora con Kaitlyn, mi amiga americana, como la llamaría Patricia Highsmith, la estudiante de cine que está de paso unos días en Málaga, mientras prepara la película de su proyecto de fin de carrera, encuentra la ciudad muy cinematográfica y quiere que yo le descubra todos sus secretos arqueológicos, por rebuscados que sean, y con la que apenas he podido estar como más me gusta desde que me la presentaron hace solo dos noches en el bar Galeón de Pedregalejo. Hoy es el día. Como no puedo quedarme mucho tiempo, el ansioso cerebro de Kaitlyn me reclama por telepatía, prefiero pasarme a las siete en punto por la galería Espacio 80, en calle Beatas, dónde si no, cuando Carlos y Marianne, incansables, están dando aún los últimos toques al montaje antes de la inauguración oficial, prevista para las ocho y media.

Carlos se alegra de verme en persona después de tanto tiempo de exilio y de que me haya atrevido a venir a pesar de todos los riesgos que, en su opinión, tendrán que afrontar los visitantes de la exposición. Y se alegra, en cierto modo, de que no esté presente cuando pase lo que tenga que pasar. No puede evitar esbozar una sonrisa mefistofélica al decir esto y guiñarme el ojo izquierdo ahora que no nos escucha la galerista, distraída con algún pormenor eléctrico de la instalación. Hasta ese punto es consciente de cada cosa que hace, por lo que ya no me extrañan otras cosas que he oído sobre él en los últimos meses en boca de cierta gente de la urbanización con la que me encuentro de vez en cuando en lugares inconfesables. Los cuadros me dan la razón. Son un puro detonante explosivo, un pretexto visceral para desatar la cólera extremista del

enemigo, excitar su furia y su demencia y que comience otra vez la guerra sin cuartel entre bandos irreconciliables. Carlos me enseña con esta exposición algo que yo había empezado a comprender desde que lo conocí en El Atabal y que creo que constituye una de sus constantes artísticas más arraigadas: las peligrosas relaciones e interacciones entre lo simbólico y lo real. Quizá por eso, como me había anunciado por teléfono, su madre se negaba a asistir a la inauguración por primera vez en su vida. Luisa no quiere ver expuesta la obra de su hijo, se conforma con que este vuelva entero a casa después de la batalla con los oscuros fantasmas del pasado.

Los doce cuadros enormes que cuelgan como ahorcados cabeza abajo de las paredes de la galería, sin embargo, no tienen mucha historia. Carlos me habla del expresionismo abstracto y del pop como superación estética de sus limitaciones, en una especie de lección magistral sobre la evolución de la pintura en las últimas décadas, y yo solo distingo, en un primer vistazo rápido, grandes superficies pintadas a lo bestia con colores primarios y pintura acrílica. Cada lienzo ofrece al ojo del espectador diferentes combinaciones de zonas en azul y en rojo, con distintas intensidades y tonos, y sobre ese fondo uniforme, que Carlos llama el trasfondo histórico, se inscriben como si fueran sellos de correos las efigies repetidas de Franco, José Antonio Primo de Rivera, Millán Astray, Blas Pinar y Carrero Blanco, si no *estoy* equivocada, aunque Carlos no me confirma ninguno de los nombres y los llama con apodos despectivos: el dictador eunuco, el mártir falangista, el militarote fanfarrón, el sacristán de aldea y el ogro malvado. Es su intención, me dice, que el espectador desvele las identidades representadas a través de los signos que las singularizan en los cuadros y con la ayuda de los grafitis groseros que reproducen sus enunciados más célebres. Las figuras de los personajes fascistas aparecen reproducidas en negro, como sombras chinescas, varias veces y en diferentes tamaños en la superficie de cada cuadro. Retengo, en todo caso, la palabra *grafiti*, reiterada por Carlos en el curso de la explicación, y me la apunto para investigarla más adelante en el

dominio de la pintura. El grafiti es el arte de moda, me dice sonriendo Marianne, que ha leído un reportaje ilustrado sobre los creadores de grafitis y sus creaciones callejeras en un número reciente de *Art Press*, una revista francesa a la que está abonada. Me atraen las formas de arte que responden a necesidades expresivas básicas, como la escritura pulsional, y me gusta su sonoridad italianizante, aunque no me gustó nada *American Graffiti* cuando la vi con Regina en su reestreno en el cine Andalucía a raíz del bombazo galáctico de su director, por más que su historieta nostálgica se ambientara en 1962, el mismo año de mi nacimiento.

—Hay un toque de subcultura neoyorquina en muchos de estos cuadros. No sé si lo percibes. Debe de ser la inspiración y la influencia de Basquiat, ¿sabes quién es? Carlos lo reverencia.

Uno de los cuadros de mayor envergadura de la exposición, supongo que es a eso a lo que se refería Carlos al hablar de guiños picantes, se titula *Ultimo tango en Madrid (Costa Fleming),* y es, cómo no, el que más me gusta de la docena obscena porque es el más cargado de ambigüedad y connotaciones, más allá del cliché político. Está compuesto de franjas chillonas de rojo carmesí y franjas de azul turquesa que dominan el fondo, subiendo y bajando por él como un circuito sexual de intensidad y color, y diseminadas por la superficie del cuadro descubro al fijarme los fotogramas recortados de *El conformista* y de *Novecento*, las famosas películas de Bertolucci, cubiertos de manchurrones de pintura que los difuminan y camuflan.

Me sorprende su presencia en este contexto porque Carlos nunca me había hablado del director italiano. Quizá porque pensaba que a mí no me gustaba demasiado su cine. Y, sin embargo, la única vez que emitió un juicio, que yo recuerde, sin mencionar a su director, fue contra *El último tango en París*, a la que calificó de fantasía de un transgresor senil. Yo no estuve de acuerdo. La película me gustaba mucho por el tratamiento desinhibido del sexo, e idolatraba a María Schneider, cuya actuación me excitó y conmovió a partes iguales hasta el final, cuando mata de un disparo al viejo violador de

larga melena blanca como si fuera su padre, sin lograr averiguar cómo se llamaba en realidad. Y no me parecía nada frívolo, como le dije durante la breve discusión, elogiar la valentía de una película que había sido prohibida tanto por las dictaduras de derechas y de izquierdas en todo el mundo como por el puritanismo de muchas democracias liberales. Y Carlos me había dado la razón como a las tontas, con monosílabos y bisílabos abstrusos.

Ahora veo la respuesta tardía de Carlos a mis argumentos en este cuadro central de la exposición, que escenifica para su autor, como él mismo dice, una alegoría cruda y dura de la economía libidinal del fascismo en sus postrimerías. Y quiere la fotografía de mi cara y de mi cuerpo posando delante del cuadro descarnado, con mi mejor sonrisa de aprobación, una instantánea sacada con su cámara Polaroid que me regala en cuanto está revelada para que la mire con nostalgia anticipada, me dice guiñándome el ojo derecho esta vez, cuando todo esto pase y sea capaz de apreciar, sin prejuicios, la belleza artística en todas sus paradójicas manifestaciones.

Yo entiendo la exposición de otro modo, complementario al suyo, y no se lo digo a Carlos por no provocar una discusión inútil. Y por eso mismo prefiero no mencionarle tampoco la cuestión pendiente de mi retrato inacabado. Desde el primer vistazo a la sala de paredes ocupadas por grandes cuadros de colores chillones, sin entrar a analizar los curiosos componentes de cada uno de ellos, capto la perversa intención del conjunto pictórico y el impacto político de sus imágenes en la mente del público. Hay poderes y mitos que se apropian del alma del pueblo como las esporas extraterrestres de *La invasión de los ultracuerpos*, vista con Regina a finales de mayo del 79 en el Palacio del Cine. La alienación de las masas y la alucinación colectiva, de ese fenómeno normal trata la exposición de Carlos, por lo que veo, con el mismo sensacionalismo gráfico que si se tratara de un fenómeno paranormal. La alienación y la alucinación individual, de eso va también, hasta donde lo entiendo, el extraño caso de Regina. Cómo me duele todo lo que

estoy viviendo con Regina desde hace meses, sin poder hacer nada por evitarlo, casi tanto como con mi hermano Arturo. No puedo decir más.

De repente, para interrumpir el flujo triste de mi pensamiento, comenzaron a sonar en el aire enrarecido de la galería las pruebas de sonido, procedentes de un viejo tocadiscos y un par de altavoces adosados a la pared del fondo y colocados sobre una larga mesa de *camping*, de algunos himnos y canciones falangistas, como «Cara al sol», «Montañas nevadas» y «Yo tenía un camarada», que iban a ser utilizados, en distintas versiones, como banda sonora de la inauguración.

—Ya decía yo que faltaba algo en este funeral.

La falsa alegría y la orden inconsciente, la animalidad pura y el imperativo irracional, las claves mismas del fascismo, como dice Carlos para justificar el montaje audiovisual de los cuadros y las canciones.

—No te imaginas lo que me ha costado encontrar algunos de los discos más antiguos, primeras grabaciones y registros privados.

No tengo nada contra el uniforme de la noche de la inauguración, camisa roja de seda, corbata negra de cuero, vaqueros blancos y botas militares, elegido por Carlos para distinguirse como artista comprometido con su tiempo. Al contrario, pero también me gustan las provocaciones amistosas, y no me las ahorro, para que Carlos no crea que he sucumbido como una boba al cinismo de sus propuestas.

—¿No has pensado también en vestirte de azul como ellos?

—No sé a qué te refieres. ¿Ellos?

—Sería todavía más impactante y realista, creo yo.

—No te entiendo.

# 129

Con la impertinencia crítica de mis comentarios, debí de darle a Carlos la impresión de estar extenuada mentalmente tras el paseo ideológico por la espaciosa galería, con el artista cogido del brazo llevándome de aquí para allá hasta hacerme comprender los vericuetos conceptuales de la exposición, y me deja al cargo de Marianne, la gentil propietaria del espacio y anfitriona legal, que nos había acompañado todo el trayecto sin rechistar, para que me entretenga un rato mientras él va a ocuparse de otros detalles técnicos que requieren su inmediata atención en todas partes al mismo tiempo.

—Si me disculpáis un momento.

Marianne me ofrece una copa de champán para que me entone y la tomo por educación, sin ganas de imprimir mis labios pintados en ese cáliz ridículo relleno de un licor espumoso que parece orina destilada, me trae malos recuerdos de otras noches en que me dejé engatusar por sus promesas de felicidad, y que suele celebrar las glorias humanas más triviales. Hay cosas que nunca comprenderé, por más que las vea a mi alrededor. Dios me quiere sana. Dios me quiere sobria esta noche.

—¿Y qué te ha parecido la exposición?

Me siento prisionera del impecable acento de la galerista francesa, una mujer rubia, descocada y rechoncha, de maneras un poco rudas, que debe de creer que el artista llamado Carlos estará disponible otra vez, tras los fastos vanidosos de la inauguración, para los caprichos nada artísticos de su lujuria desbocada, y solo acierto a responder a su pregunta con la forma más inteligente de silencio que conozco.

—Hay que reconocer que cuando Carlos quiere, y esto es más frecuente de lo que parece, sabe actuar como un *enfant terrible* en toda regla.

Marianne estuvo en Nueva York el verano pasado, invitada por colegas de la ciudad, y me dice que la escena artística allí es tan

brillante y dinámica, tan diversificada por barrios y zonas urbanas, que le parece importable aquí, con matices significativos. La situación económica y política no es similar, y eso cambia muchas cosas, pero se puede intentar, en la medida de lo posible, trasplantar aquí algo de ese empuje y esa vitalidad, me dice sin complejos. Mientras me explica con detenimiento la peculiar situación del arte local se dedica a ingerir minúsculos bocados del grasiento salmón ahumado que los camareros contratados para la ocasión van a servir hoy en bandejas a los invitados junto con el champán genuino, por iniciativa de uno de los patrocinadores internacionales de la galería, para hacer más digerible, supongo, la ambigüedad política de la exposición.

—Delicioso. ¿No te apetece probarlo?

—No, gracias, es demasiado temprano para mí.

Marianne está tan absorbida por la puesta en escena dictada por Carlos, por las imposturas y trucos visuales de su galería de espejos, que ni siquiera percibe mi cara de fastidio, o la entiende causada solo por la repulsiva mezcla del perfume de marca que impregna su ropa y su cuerpo y por el fuerte olor del salmón ahumado que desmenuza con los dedos antes de llevárselo a la boca para masticarlo. Y me habla con entusiasmo de los galeristas Leo Castelli, Mary Boone y Larry Gagosian como modelos de gestión eficaz, y de su deseo de imitarlos en esta ciudad tan estimulante en cuanto obtenga las ayudas necesarias y los socios convenientes. Si la exposición de Carlos funciona como espera, ya está planeando una expansión natural de la galería a la Costa del Sol. En Marbella, por ejemplo, ya ha conseguido establecer los primeros contactos positivos.

—Es brutal, ¿no te parece? Tengo miedo de que no se entienda bien. Carlos es un poco críptico a veces, pero creo que esta vez se ha pasado de directo y nadie va a querer reconocerle el mérito.

—Estoy de acuerdo. Es tan obvio que casi da vergüenza mirarlo.

Marianne no lo cree así, pese a todo, y no solo no lo cree, sino que ha puesto el nombre de su pequeña galería de prestigio

emergente al servicio de la obra de un artista, con todas las consecuencias, del que no comprende del todo las estrategias creativas ni el propósito manifiesto. No le preocupan demasiado mientras no *afecten* a *sus intereses inmediatos*. Es un malentendido *más* extendido de lo que suponemos, y el mundo sigue girando sin salirse de su órbita gracias a la energía increíble que se logra extraer de él.

—Pase lo que pase esta noche, la exposición es un éxito. Mañana inauguramos de nuevo. Con un poco de suerte será otra exposición, ¿verdad, Carlos?

—Otra y la misma, claro que sí, por los siglos de los siglos.

Carlos se nos había acercado discretamente al concluir la sesión de fotos con medios locales y nacionales, posando frente a los cuadros en actitudes alternas de agresiva militancia, brazo derecho en alto o puño izquierdo erguido, y se le veía muy satisfecho con la atención recibida por parte de la prensa.

—*Diario Sur, Hoja del Lunes, El País, La Vanguardia, Diario 16, Ya, Cambio 16, Interviú*. Suma y sigue. Fíjate cómo será que hasta el monárquico *ABC* ha mandado un fotógrafo. Bastante guapo, por cierto. No quieren perderse nada.

El andamio de la vanidad de Carlos, si se lo propusiera en serio, podría llegar hasta el cielo, como las franjas iconoclastas de sus cuadros, y competir directamente con Dios, por qué no, el gran Otro, el artista inimitable de todo lo creado, por más que se empeñe en negarlo con gesto pomposo. Después de sus plebeyas experiencias con los prohombres de El Atabal, de las que no he vuelto a saber nada, Carlos se está dando un baño de glamur acelerado, recargando la electricidad de su aura de falso artista maldito para emprender nuevas empresas aún más ambiciosas y lucrativas. Así es el éxito, como una droga. Solo lo valoras cuando no lo tienes y te has vuelto un apestado que se enfrenta en la mayor soledad a una travesía del desierto que podría durar el resto de tu vida, como decía John Lennon antes de que un admirador le destrozara la vida y el cuerpo a tiros hace casi dos años. Cuando disfrutas de él, ni te

enteras de lo que vale. Es como el agua para el pez que nada en ella extrayendo las moléculas de oxígeno necesarias para no asfixiarse. Como el agua en el agua. Como la creencia para el creyente. El medio natural.

—Lo siento. Me tengo que ir. No creo que deba desearte lo peor para esta noche, eso ya lo tienes, así que te deseo sinceramente lo mejor, para variar.

—No seas mala, no te pega.

Me estoy poniendo nerviosa, me empieza a doler la cabeza, mis cefaleas crónicas, y prefiero salir de este entorno contaminado antes de que sea demasiado tarde y Kaitlyn comience sin mí la fiesta especial que ha pensado organizar en mi honor en su apartamento del hotel Maestranza. No me fío de las tendencias innatas de esta chica, la conexión mental entre nosotras es poderosa y debo acudir cuanto antes a rescatarla de sus pulsiones más peligrosas. Cualquier excusa es buena con tal de escapar del ambiente opresivo de la galería.

—¿Hablamos mañana?

—Cuenta conmigo.

—Pásalo bien.

—Dalo por hecho.

## 130

Y me llamó el sábado, a principios de la tarde, para ponerme al día de todo lo que había sucedido y todo lo que no había sucedido, como suele ocurrir. De todo hay en la vida, cosas que no acaban de pasar, por más que lo deseemos, y cosas que pasan y habríamos preferido que no pasaran, prefiero no extenderme. La intrahistoria del evento. La llamada infalible, qué sería de Carlos si no pudiera contarle sus aventuras a una persona tan receptiva como yo. Le dije a mamá que era para mí y descolgué sin prisa sabiendo que era

Carlos. Quién si no. Mi madre no se acostumbra a que me llamen solo chicas para quedar y se siente incómoda cuando descuelga y oye la voz femenina al otro lado preguntando por su hija, pero se empeña en atender ella misma todas las llamadas que se reciben en esta casa como si fuera su nuevo trabajo a domicilio. Así que, cuando le digo que es para mí, entiende de inmediato el mensaje, no se molesta en recorrer el pasillo para descolgar y suspira aliviada, escondiéndose en su dormitorio para fingir no enterarse de la noticia. Su hija tiene una nueva amiguita.

—Fue un éxito superior a lo esperado. Un éxito total, ni te imaginas.

No necesitaba que me lo explicara, en realidad. La versión pública estaba en todos los periódicos de la mañana. Titular único, consensuado: «Galería de arte asaltada por facinerosos». La versión de Carlos completa las lagunas del relato periodístico y añade pinceladas de color que, normalmente, escapan a la mente periodística por más que se esfuerce en intentar atraparlas. El trabajo a destajo no aviva los recursos de la sensibilidad ni la imaginación de los detalles. Que se lo cuenten al pobre Ángel.

—La gente corría por la galería sin saber dónde meterse en cuanto aparecieron, como estaba previsto. Los cuatro jinetes del apocalipsis, qué divertido, vestidos como en un museo del horror del siglo XX, con sus camisas azules sin planchar y sus boinas rojas ladeadas en la cabeza, blandiendo cadenas de motocicleta y bates de béisbol en las manos para hacerse respetar. Te lo juro, querida, fue increíble, por un momento me sentí como en una película de pandilleros neoyorquinos. Cuando comenzaron a gritar sus consignas cansinas, *arriba España, viva Franco* y *viva Cristo Rey*, esa clase de cosas, parecían aullidos de odio y ladridos de dolor más que proclamas políticas, en ese momento volví a la realidad de golpe y todo el mundo las entendió como un grito de alarma o de socorro. Daban miedo. Si yo los hubiera contratado en persona para montar ese escenario siniestro, no lo habrían hecho mejor. Qué salvajes. Transmitían terror en estado puro, como si lo sintieran ellos mismos,

aterrorizados por su propia violencia, amedrentando a todos los que estaban en aquel momento en la galería disfrutando en paz de la exposición.

Al parecer, toda la esfera política y cultural de las instituciones municipales y autonómicas estaba allí congregada, dando testimonio de su compromiso democrático. Y todo el mundillo artístico malacitano. Fue en parte por eso por lo que no me quedé a la inauguración, por ahorrarme el deprimente espectáculo, por mucho que me atrajera comprobar en directo hasta dónde llegarían las amenazas de los violentos. No me suelo encontrar cómoda en compañía de personas que me juzgan con sus valores estrechos y me miran con desprecio, por ignorancia, y la maravillosa Kaitlyn, tan parecida en todo a Cybill Shepherd en *La última sesión* y en *Taxi Driver*, no puedo pensar en ella sin estremecerme, no aguantaba una hora más de soledad en su austera celda del hotel Maestranza sin mi socorro espiritual. Para que Kaitlyn tuviera un recuerdo vanguardista de su paso por la Ciudad del Paraíso le regalé esa misma noche la foto que Carlos me había hecho sonriendo a desgana delante de su cuadro más impúdico.

—Qué vacío se quedó el espacio de la galería cuando todos los invitados lograron abrirse paso por la salida de emergencia y se largaron pitando de allí, dejándonos solos ante el peligro a Marianne, a Julito y a mí.

—¿Julito estuvo?

—Julito no se perdería nada de lo que yo hiciera, aunque fuera una exposición de mis soberanas cagadas y el váter que me sirve de trono para producirlas cada mañana de mi vida…

—Eso me extrañaría menos, si te digo la verdad.

—Me ha llamado hace un rato por teléfono y me ha dicho que ya ha hablado con un importante galerista de Marbella que podría estar interesado en acoger la exposición en cuanto esté libre de obligaciones con Marianne.

—¿Y Marianne qué piensa?

—Está encantada con todo lo que yo haga. Ya lo viste.

Había entendido por error, después de leer la prensa local en la recepción del hotel La Barracuda, que todos los cuadros habían ardido durante el brutal ataque a la galería y el incendio posterior.

—No todos se quemaron, y ninguno completamente, por fortuna. Digamos que al final de la noche fuimos más pesimistas de lo debido y esta mañana temprano, evaluando daños con Marianne, hemos encontrado motivos para sentirnos algo más optimistas. Las reacciones han sido tan buenas que superan las previsiones de ambos. Esta noche inauguramos la segunda parte de la exposición, *Fuerza Vieja* se llama, con los restos del naufragio de anoche montaremos una nueva barbacoa. No te la puedes perder, ¿vendrás?

—Imposible. Hoy es el día de salida de mamá. Tengo que quedarme a cuidar de mi hermano Arturo, ya sabes lo mal que está.

—Buena chica.

—No empieces…

—Eres un ángel, no te mereces lo que te está pasando.

—Y tú un demonio, bien lo sabes.

—Qué más quisiera yo.

—No se te ocurra compadecerte de mí. No he hecho nada hasta ahora para merecer tu desprecio.

—Eso es verdad.

—Venga ya, no juegues conmigo.

—Cómo te gustaría.

—¿Te pegaron?

—Uno o dos puñetazos en la cara, que recibí gustoso, me los había merecido y me pareció un trato justo, ni siquiera me defendí, para qué. Julito, en cambio, recibió más golpes de los que debía. Se envalentonó, se puso como loco, ya sabes cómo es, sacó una navaja y se enfrentó a los cuatro gánsteres cuando adivinó sus intenciones de prenderle fuego a la galería. Marianne fue muy valiente, también, y les plantó cara, los llamó fascistas hijos de puta, colaboracionistas de mierda y cosas peores en francés, pero no se atrevieron a tocarla. Después de la intervención de estos bárbaros, la exposición ha quedado como yo la soñé cuando tuve la idea de realizarla. Me

siento muy agradecido.

—¿A quién quieres engañar?

—A ti no, desde luego.

—¿Esperas más jaleo esta noche?

—No lo espero, lo deseo de corazón.

—¿Ves como eres un demonio? Y encima te acuestas con demonios.

—¿Lo dices por Julito?

—Tú sabrás lo que haces…

—Si no piensas venir a la inauguración de la segunda parte, me parece inútil proseguir esta conversación.

—Actúa en consecuencia.

—Adiós, preciosa, adiós.

## 131

Un mes después de este diálogo telefónico, así es de efímera la vida y aún más el arte, Carlos apareció muerto en las inmediaciones del acueducto del arroyo Teatinos, cerca del monte de la Tortuga. Lo habían quemado en parte después de asesinarlo, pensando quizá que no se le reconocería.

Las fotos en blanco y negro de la segunda exposición, *Fuerza Vieja*, se publicaron en la prensa al día siguiente de la inauguración. Impresionaba ver las paredes de la galería ennegrecidas por el humo de la combustión, los cuadros carbonizados del todo o solo en parte, el manto gris oscuro de las cenizas recubriendo el suelo por completo como en las ruinas destruidas de las ciudades malditas. El holocausto de los cuadros resultaba un macabro homenaje al fascismo y una incitación a prolongar el camino de la violencia y la venganza. Y hacía prever lo peor para el artista y sus cómplices.

La segunda parte de la exposición fue considerada un fiasco rotundo por todos los que opinaron sobre ella. Nadie la quiso

entender, no al menos como la concibió su creador. La juzgaron complaciente y exhibicionista, una regresión en los planteamientos de la primera. Como si en cuestión de horas el mismo artista que había diseñado la primera parte hubiera abjurado de ella y propuesto en su lugar una caricatura atroz, una parodia espantosa. A quién podía interesarle el paisaje después de la batalla si la batalla estaba perdida y el paisaje no había entusiasmado a nadie. El mensaje emitido era demasiado negro, casi nihilista, y no se consideraba adecuado a los nuevos tiempos ni a los vientos de cambio que empezaban a soplar en todos sitios.

Las obras que se desarrollan en el tiempo, llegó a decir un agudo comentarista, deben entenderse en el tiempo, y era obvio para los que asistieron a las dos partes de la exposición que el tiempo de Carlos como artista había pasado demasiado pronto. Sintiéndose mal entendido, Carlos corrió a refugiarse en su estudio, entre los tesoros de su obra anterior, a curarse las heridas y buscar nuevos caminos creativos. O eso pensamos todos los que creíamos conocerle. Algunas de las fotos del cadáver de Carlos también se publicaron en la prensa sensacionalista en el mes siguiente a su asesinato. Aparecieron ilustrando las páginas interiores de la revista *Interviú*, casi al lado de los desnudos integrales de la escultural Nadiuska, Regina se reiría si pudiera verlas juntas, las imágenes luctuosas del artista asesinado y el reportaje a todo color de la modelo vivita y coleando, y me impresionaron de un modo menos visceral a pesar de su obscenidad. Carlos no merecía morir así. Nadie, en realidad, merece morir así.

La repercusión en la prensa de la muerte de Carlos fue la previsible, excepto por un detalle significativo. Todos los que se pronunciaron acerca de ella llamaron la atención sobre lo mismo: la muerte del joven artista en un momento crítico de su carrera, en pleno despegue, cuando aún no había dado los frutos que su gran talento permitía augurar. Es revelador que muchos de los que poseían obra suya, en la urbanización eran unos cuantos, como yo sabía, empezaran a deshacerse de ella a toda velocidad para

aprovechar el momento de fama y distanciarse de su relación personal con el artista.

Haciendo honor a su falso nombre, Ángel publicó en *Diario Sur*, tres días después de la muerte de Carlos, una nota necrológica muy meditada, según decía, que me dolió especialmente y nunca podré perdonarle. En esa nota execrable y farisea, Ángel lamentaba el asesinato de Carlos, no podía ser de otro modo, pero se recreaba en sus aspectos más escabrosos, como un vulgar reportero de sucesos, y subrayaba con morboso deleite las connotaciones sexuales del crimen. Decía, además, que el artista transmitía signos de fatiga creativa y atravesaba una grave crisis personal, como parecía haberle comunicado después de la entrevista hecha con motivo de la exposición, y que las dos partes de esta, una como consecuencia fatal de la otra, se podían leer como síntomas de un fracaso mal asumido por su parte y hasta como una forma de despedida artística, como si Carlos diera por terminada prematuramente su carrera, o un período decisivo de su carrera.

Otros medios no fueron más benévolos que Ángel con las veleidades de Carlos y aprovecharon el asesinato para transformarlo en linchamiento de su persona. Algunas voces se alzaron para señalar los defectos de un artista como Carlos, siempre dispuesto a poner por delante las manías de su ego y a someter a sus dictados caprichosos todo lo demás, ya fuera el trabajo bien hecho o los proyectos importantes que le habrían ganado prestigio, como demostraba a las claras su última exposición, una provocación gratuita, tan vacua como narcisista, en opinión de algunos difamadores. Otras voces más negativas llegaron a enumerar los déficits de su impulsiva forma de pintar, sus méritos artísticos sobrevalorados en un tiempo carente de criterios y las graves deficiencias de su formación académica. Este sector más técnico de la crítica, por llamarlo de algún modo, no logré entenderlo, no me parecía que hablara una lengua que se dirigiera a mi inteligencia y me dejó indiferente. Las opiniones que me soliviantaron de verdad fueron aquellas que culpaban al artista, a Carlos, de su propia

muerte, como si la hubiera provocado él mismo con sus acciones desafiantes, citando y excitando a los violentos, como el matador reta a la fiera en el coso taurino para morir en la arena como el mártir de una causa inconfesable, así lo llegó a sugerir cierto articulista de prosa recargada, abusando de metáforas dudosas y dando por sabida con demasiada facilidad la autoría del asesinato o la identidad real de los asesinos.

Esos mismos comentaristas, y hay algún poeta vergonzante entre ellos, de esos que se autoproclaman vanguardistas, se atrevieron a declarar que la muerte de Carlos había supuesto un alivio a la tensión insoportable que sus opiniones y actitudes causaban en el mundo del arte, y que separarse de él, de sus manías y obsesiones, de su impura confusión entre el arte y la vida, era una forma definitiva de dejar atrás el pasado y alejarse de una visión patética, enfática y retórica del arte y de la cultura. El mundo de la cultura, según estos portavoces de la reacción local y nacional, se había librado con esta muerte del ruido estéril de los espíritus disconformes y de la impureza ideológica de los discursos supuestamente críticos.

Es curioso, sin embargo, que los fachas guardaran silencio desde la noche de la primera exposición, cuando atacaron la galería e incendiaron su contenido, y que ninguno de sus representantes más notorios se pronunciara después sobre la muerte del controvertido artista, ni siquiera para festejarla. Ese silencio, aún hoy, me parece de lo más sospechoso. Imagino que la repercusión en prensa de su asalto a la galería, un golpe de Estado simbólico, y el uso público que el artista hizo de todo ello, los convenció de la conveniencia de ser discretos y desaparecer de escena. Esta decisión, no obstante, resulta enigmática. ¿Desde cuándo los insensatos que ponen su vida al servicio de la intimidación de sus enemigos adoptan actitudes tan cautelosas? Algo huele a podrido en este asunto, desde luego.

# 132

La muerte de Carlos, contra la opinión de los infames, no tuvo una puesta en escena teatral. Carlos no buscaba escenificar una tragedia, ni un *happening*, ni una *performance*, como ahora se dice en la jerga del mundillo teatral y artístico.

La muerte de Carlos fue un acto injusto y cruel hasta extremos inimaginables. No entiendo qué pudo hacerles a quienes le dieron muerte o a quienes encargaron su asesinato. Hoy lo sé con crudeza y desesperación. Lo mataron como a un perro. No se lo merecía, ya lo he dicho. No había hecho nada para merecer semejante castigo. Murió apaleado y luego, para rematar la faena, lo golpearon en la cabeza con una piedra de gran tamaño hasta abrirle una brecha en el cráneo. No contentos con eso, los asesinos de Carlos quemaron su cuerpo. Lo rociaron con gasolina y le prendieron fuego como a un trozo de carne en una parrilla, como escribió el cronista de sucesos de *Interviú*. Cuando se cansaron de admirar el espectáculo de las llamas consumiendo su piel, le echaron agua encima para apagarlas. Eso cuenta la autopsia con todo lujo de detalles forenses, como el ensañamiento peculiar con los genitales y el ano, según cita ese mismo cronista insensible. Solo yo sé, por desgracia, por qué le hicieron todo esto a Carlos. Por qué no temblaron al actuar así. Por qué lo atormentaron. Por qué no dudaron en hacerlo sufrir hasta el final. Por qué creían estar vengándose de alguien que amenazaba su estatus o su respetabilidad. Lo sé todo. No se conformaron con matarlo. Actuaron como si quisieran hacerlo desaparecer del mundo. Borrar su existencia por completo. Que no quedara registro de su paso por este planeta maldito. Anular su nacimiento. Y luego frenaron en seco, abortando ese deseo por motivos inexplicables.

Carlos no era un santo, yo nunca lo creí ni él pretendió nunca pasar por tal ante mí. Hizo cosas peligrosas, desafió poderes simbólicos, transgredió leyes no escritas, provocó reacciones inesperadas. Yo lo sé todo. Pero nadie me cree cuando se lo cuento. Ni siquiera la policía. Ni siquiera su madre, Luisa, que no quiso

hablar conmigo cuando la llamé para transmitirle mi solidaridad y mi dolor días después del entierro y acabó abandonando la urbanización El Atabal sin despedirse de nadie. Culpándose quizá y culpando a todo el mundo, incluida yo, por lo sucedido con su hijo. Como si yo hubiera tenido algo que ver. Me siguen. Me vigilan. Me acechan. Sé quién mató a Carlos, lo he sabido siempre. Sé cómo lo hicieron. Sé quién lo decidió, aunque no sé exactamente por qué.

La muerte de Carlos, en cierto modo, y no quiero sonar cínica al decir esto, la viví como una muerte de película. Me emocionó y conmovió hasta las lágrimas cuando me enteré, como lo haría con un personaje amado en una película que ha conectado con mi mundo de emociones más profundas, mis afectos más íntimos. Fue una muerte artística y me enseñó cosas que por mí misma era incapaz aún de intuir en toda su magnitud. Cosas sobre la realidad, sobre el arte, sobre el papel del arte en la realidad y sobre cómo somos los seres humanos en el fondo, algo que solo el arte tiene el poder de revelarnos a nosotros mismos, como en un espejo distorsionado. Creo que Carlos estaría de acuerdo conmigo. Su muerte consuma su obra y le da un sentido diferente que ni siquiera yo, que lo traté durante años, puedo todavía entender del todo.

## 133

La muerte de Arturo, la muerte simultánea de mi hermano Arturo, en comparación, es un acontecimiento mucho más simple y contundente. Un hecho incontrovertible ante el que no existe una respuesta que no sea emocional. La muerte de Arturo es la demostración de un teorema que no admite contestación racional. La vida humana carece totalmente de sentido. Eso es algo que deberíamos aprender a celebrar. No hay más que decir. ¿Es la muerte la única verdad de la vida, como piensa mucha gente? No estoy segura.

Mi hermano Arturo había muerto dos días antes en el hospital Carlos Haya, después de una agonía de casi dos semanas, y mamá estaba destrozada y agotada, y yo estaba exhausta, había recibido una paliza colosal, en el alma y en el cuerpo, y no me sentía capaz de recuperarme para seguir viviendo. El peso del dolor era excesivo para mantenerme en pie y la tristeza era como una camisa de fuerza en la que vivía constreñida desde que abría los ojos por la mañana a la pesadilla de la realidad, después de haber dado treinta vueltas en la cama sin poder dormir, hasta que volvía a cerrarlos por la noche deseando que fuera la última de mi vida. La muerte de un niño inocente como Arturo, entre recaídas y horribles padecimientos, pone en cuestión el orden entero de la creación. Yo compartí con mamá la agonía diaria de Arturo, el momento terrible en que nos comunicaron que debían cortarle las dos piernas porque la sangre ya no circulaba con normalidad por ellas casi acaba con nosotras, y doy fe de que no es posible comprender el sentido de la tortura que la enfermedad inflige al cuerpo del niño y a los que lo rodean sin poder hacer nada por evitarlo, contemplando impotentes cómo devora su cuerpo por dentro, el avance inexorable del mal y su pavorosa voluntad de destrucción. Yo asistí a los últimos minutos del drama de Arturo, a su lucha encarnizada contra la enfermedad y la muerte, y supe desde el primer momento quién estaba detrás de aquel crimen imperdonable, quién movía los hilos de la vida de mi hermano con crueldad inhumana, quién jugaba a ensañarse con el cuerpo de Arturo hasta desfigurarlo y volverlo irreconocible. Hasta su voz cambió de la noche a la mañana. Era evidente. Dios tampoco quería que yo tuviera un hermano.

Mi padre no vino al entierro de Arturo, como tampoco había venido al hospital a ver su agonía, ni él ni nadie de su familia. Estaba clara su política. Yo lo tendría en cuenta de ahí en adelante. Se acabaron mis relaciones con ellos. Para siempre. La familia de mamá, en cambio, estuvo muy bien representada: delegaciones de Madrid, Segovia y Puertollano acudieron al entierro de Arturo con tías y primas encantadoras que yo apenas conocía o no había vuelto

a ver desde que era una niña. Pese a la etiqueta de luto de ese día, estas mujeres, con sus conversaciones, sus consejos, sus problemas de vestuario y sus guisos laboriosos, aportaron notas de alegría y energía inauditas a una casa sumida por completo en el dolor y a unas vidas tan castigadas como la de mi madre y la mía. La tía Lali, la hermana menor de mamá, accedió a quedarse una semana más en casa para cuidar de nosotras a petición de las otras mujeres de la familia. La tía Lali nos ayudó a sobrellevar con menos dramatismo los primeros días de duelo por Arturo, cuando su ausencia en la casa se hacía insoportable y la desolación y el llanto se apoderaban de nosotras y de nuestro ánimo a cada momento. Lali era una mujer feliz, o que ocultaba con astucia sus desgracias y pesares, e irradiaba una felicidad que se hacía contagiosa. Las tres juntas pasamos ratos inolvidables durante esa semana, compartiendo una alegría de vivir que solo las mujeres, Dios sabrá por qué, suelen transmitir a otras mujeres, es mi experiencia, y que explica muchas cosas en la vida. Por qué la mayoría de las mujeres, por ejemplo, consideran el matrimonio con el hombre como una especie de sacrificio necesario y se resignan a su destino sin protestar. Por qué la maternidad es lo único que consigue dar sentido provisional a la convivencia infeliz con el marido. Por qué los hijos y las hijas, con su presencia en la casa, llenan de vida y de júbilo el hogar, y por qué su partida sume en el vacío y la tristeza a todas las madres.

Mi madre, por ejemplo, ahora que se ha quedado sin mi hermano Arturo y ya no tiene a nadie a quien cuidar, me dijo algo el otro día que me dejó anonadada. No sé qué pensar aún. Estaba terminándose una taza de café frío sentada en el salón de la nueva casa, las dos solas en el piso de Martínez Maldonado después de mucho tiempo. Esa mañana temprano habíamos acompañado a la tía Lali a la estación de tren en un taxi y luego habíamos vuelto a pie, caminando la una junto a la otra sin hablar. Y horas más tarde, sin venir a cuento, me dijo:

—¿Sabes, cariño?, en el fondo tengo suerte, he perdido un hijo, es verdad, y mira que me duele todavía, pero he ganado una hija.

Aún me pregunto si mamá comprendía, cuando las pronunció, el sentido profundo de sus palabras en lo que se refería a mí. He acabado creyendo, porque es lo que más me conviene ahora, que era su forma de decirme que no quiere vivir sola y que no desea que la abandone por nada del mundo.

## 134

Tres meses después, el demonio reaparece en mi vida. Me llama por sorpresa a la casa de Martínez Maldonado. No necesito preguntarle cómo ha conseguido mi nuevo número de teléfono. Es viernes por la tarde y estoy sola. Mamá ha salido de compras con unas amigas y yo me he quedado en casa a relajarme después de una semana de trabajo intenso de día y vida aún más intensa de noche. No tengo plan para hoy, así que puedo atender al intruso como se merece.

—¿Te acuerdas de mí?

No lo reconozco al principio. Le ha cambiado la voz, el timbre es más ronco. Ha estado muy enfermo, a punto de morir, me dice.

—Siento mucho lo de tu hermano, pobre…

Han pasado casi cinco años desde nuestro último encuentro y el mundo en que él y yo nos movemos ahora ya no es el mismo de entonces. Tiene buena información, dice para engatusarme.

—Ayer estuve hablando con alguien que trata con mucha gente, un confidente de la policía, y tu nombre salió a relucir por casualidad.

—¿No me diga?

—Ya empezamos. El caso es que no debía haberlo hecho, no era el lugar indicado para hacerlo, pero de pronto tu nombre apareció asociado a otros nombres muy poco recomendables y me llamó la atención.

—Esta vez no he hecho nada malo.

—No se trata de lo que tú hayas hecho, niña. ¿Te molesta que te llame niña? Nos rejuvenece a los dos, no te puedes quejar.

—No soy tan mayor, no sé de qué me habla.

—No, claro, nos ha jodido. Ni yo tan viejo, ¿qué te has creído? Nadie que me vea sin conocerme me echa la edad que tengo. Hazte una idea.

—Al grano, señor demonio. No me sobra el tiempo. ¿Me puede usted aclarar a cuento de qué se mencionó mi nombre en esa conversación tan importante?

—Muy sencillo. Está relacionado con la muerte de tu amigo pintor.

—Yo no tengo nada que ver con eso. Le conté a la policía todo lo que sabía y ya está.

—Ya, ya. ¿Y les hablaste de tu retrato? Mira que llamarlo *El Diablo*. Me lo tomé como una muestra de simpatía hacia mi persona, llámame ingenuo si quieres, me pareció un guiño a las circunstancias de nuestro primer encuentro…

—¿Y usted cómo sabe eso?

—Se dice que lo robaron del estudio del pintor junto con los otros cuadros. Es lo que me han contado fuentes dignas de crédito, pero a lo mejor no es cierto. Tú sabrás más sobre eso, ¿no?

—Yo no sé nada. Nunca tuve el cuadro. Carlos me prometió que me lo enviaría cuando estuviera acabado y no lo hizo. Tendría sus razones.

—Ya veo. Qué misterio tan grande, niña. ¿Ves como tengo razón? Lo robaron para hacer chantaje. Chantajearte con arte, qué bueno, como dice un amigo policía muy gracioso que tengo. No creo que fuera a ti ni a tu familia, eso no, descuida. Después de lo que le pasó a tu padre, nadie en su sano juicio querría hacerle chantaje. Y a tu madre, menos. Qué desperdicio. La familia feliz, vamos…

—No hace falta insultar, ¿no cree? No estoy pasando un buen momento y me he vuelto muy sensible a las alusiones.

—Ya, ya. Es lo que decís siempre para quitaros el muerto de encima. En fin, a lo que iba. En nuestra conversación anterior te

advertí sobre el delincuente llamado Julito. ¿Te acuerdas del personaje? Cómo olvidarlo, más bien, esa sería la verdadera cuestión. Tu amigo pintor estaba encoñado con él. La palabra más adecuada sería otra, pero me la ahorro por no ensuciar más este asunto sucio de cojones. Eso lo sabías, ¿no?

—No puedo mentirle. Carlos me había contado cosas que hacía que no me gustaban nada. Él era así. No podías reprochárselo.

—*Cosas, cosas*. Qué palabra más socorrida, ¿no crees? Cabe todo en ella. Cosas, déjame que te enumere unas cuantas cosas que te pueden interesar. ¿Cosas como que el pintorzuelo pagaba sus servicios al delincuente con un dinero que servía para financiar sus empresas delictivas y las de sus amiguetes?

—No me lo creo.

—¿Cosas como que el pintorzuelo solo pensaba en follar con el delincuente y descuidaba todo lo demás?

—Sigo sin creérmelo. No se esfuerce tanto.

—¿Cosas como que el delincuente robó los retratos en cueros de la plana mayor de la urbanización El Atabal para chantajear a esta gente con la complicidad del pintorzuelo?

—Calumniar a Carlos no le servirá de nada. Está muerto y no puede haber nada peor. Dudo mucho que él fuera cómplice de eso que usted dice.

—Vaya con la abogada defensora. Yo no calumnio, niña, entérate bien. Yo digo verdades como puños. Si tú, como le pasa a la mayoría de la gente, solo quieres ver el puño golpeando la cara y no la verdad, es tu problema. No cambia nada.

—¿Quiere usted decir que sabe quién mató a Carlos?

—Tanto no, por favor. Tengo pistas. Sospechas sólidas. Muchas intuiciones y algunas convicciones, si lo prefieres. Pero hay demasiados flecos en este caso. Cabos sueltos, los llaman los cursis con tendencias marineras…

—Yo sí creo saber quién lo mató, se lo digo de antemano. Y creo que quien no quiere saberlo es porque oculta algo. Se lo he dicho también a la policía, pero no me han creído. Creen que buscaba

venganza. Y no es verdad. En este asunto, claramente no…

—Los policías solo creen a los que les pagan el sueldo y les dicen lo que hay que hacer en cada caso. No te engañes, no hay más.

—No me habrá llamado por teléfono para decirme que fue usted quien lo mató, ¿verdad?

—Ahora soy yo el que va a necesitar una abogada, vaya por Dios…

Por un momento, el silencio de la línea me hace creer que se ha cortado la comunicación de repente, o que me ha colgado enfadado por lo que le he dicho, o que se está tomando su tiempo para responder, previendo que nos espían o nos graban, hasta que reaparece con su insolencia habitual.

—No digas sandeces, niña. ¿Por qué iba yo a matar a ese mentecato? No se me ocurre nadie ahora mismo, pero nadie, que me pudiera encargar un trabajito de esa naturaleza, si te soy sincero.

—Eso mismo pensaba yo hasta que usted me ha llamado y me ha hecho dudar.

—No dudes tanto, que no es bueno para la salud mental.

—Qué listo es usted, señor demonio.

—Y a ver, niña, en tu opinión, ¿quién coño pudo matar al pintorzuelo, si se puede saber? ¿Alguien con nombre y apellidos cristianos o uno de esos fantasmas anónimos con los que tratas a diario?

—No sé a qué fantasmas se refiere. El único fantasma que conozco es usted.

—Qué más quisiera yo, niña. Yo no soy un fantasma, bien lo sabes. Yo soy un convidado en esta fiesta. El convidado de piedra, así me llaman los que me conocen bien. Estoy en todos los fregados, sin comerlo ni beberlo, no sé cómo me las arreglo, y ninguno consigue conmoverme ni afectarme lo más mínimo.

—Qué suerte la suya. Ojalá fuera yo así.

—Ya te digo, niña. Lo que pasa es que tú eres muy tierna, permíteme que te lo diga con franqueza. No estás hecha para este

mundo. Ni para el otro, nos ha jodido…

—Qué gracioso.

—No, es sabiduría. Pura sabiduría. Desde que nos conocemos, y de eso hace un buen porrón de años, no he hecho más que estudiar y aprender, aprender y estudiar. Tres doctorados y cuatro carreras. El equivalente real, se entiende.

—Y la oposición con quién la hizo, ¿con los fachas?

—Mira que eres jodida. Y eso que no paras de joder…

—¿Qué sabrá usted?

—Mejor no hablar. Los fachas, a ver si te vas enterando de lo que pasa a tu alrededor, ya no pintan nada, como tu amigo, si me permites el sarcasmo, o tu novio o lo que fuera para ti, que tampoco eso ha quedado claro. Viendo la pinturita que te hizo resulta todo mucho más ambiguo entre vosotros, ¿no te parece?

—¿Entonces usted ha visto el cuadro? No me lo puedo creer…

—Solo en fotografía, niña, no te alteres. En una puta foto en la comisaría, con otros policías fiscalizando mis reacciones, por lo que pudieran averiguar a través de mí y de mis gestos sobre su desaparición. Estás muy guapa en ese cuadro, si es lo que te preocupa, vanidosa como eres. ¿Qué te crees que utilizó Julito para el chantaje sino fotografías? Reproducciones de alta calidad para engañar a los bobos a los que quería chantajear…

—No quiero saberlo. No quiero saber nada sobre eso, ni quiero conocer su opinión sobre el cuadro. Me importa un pito.

—¿Un pito? ¿Estás segura? No veo que eso sea lo que más te gusta en la vida, ¿no?

—No sé de qué me habla. No entiendo nada.

—Perdona mi grosería, a veces me paso y no puedo evitarlo. Es más fuerte que yo…

# 135

Otra pausa técnica para despegar la boca del micrófono, respirar hondo, refrescar las ideas recibidas y volver a la carga con cierto brío. El demonio suena viejo y cansado, aunque le cueste reconocerlo. Y bastante decepcionado con todo lo que está pasando en el mundo.

—Como te decía hace un momento para ilustrarte un poco, niña, los fachas ya no pintan nada en la historia. Todavía hacen mucho ruido y dan palos a diestro y siniestro, pero están agonizando en un rincón, muertos de asco, y se han vuelto inofensivos, como los perros moribundos. Si te acercas demasiado, te pueden morder, eso está claro. Pero nada más. Yo me he molestado en estudiar su evolución hacia la irrelevancia. Date cuenta. Todo ha sido organizado con inteligencia desde arriba para que suceda de este modo y no de otro. El relevo de poder, impecable. La eliminación de los residuos, perfecta. El golpe militar ayudó, tenlo en cuenta, puso las cosas en limpio y limpió muchas casas, ya me entiendes, incluida la Casa Real. Servicio completo. El aborto del segundo golpe, higiene de primer nivel, como vaciar la cisterna. Y lo último de lo último, el traspaso de poder al partido de los herederos ha sido un éxito total, qué quieres que te diga. Una obra maestra de ingeniería política. Misión cumplida.

—No sé para qué me cuenta esto.

—Ya lo entenderás, dame tiempo. Tiene su explicación. Todo está conectado…

Para ponerlo a prueba, falseo la información de la que dispongo y me hago pasar por lo que no soy.

—Yo solo quería saber si a Carlos, en realidad, lo mataron los fachas en venganza por su última exposición.

—No seas ingenua, niña. Con tu currículum no te pega nada. Hay conexiones, eso no se puede negar. Amistades muy íntimas. Uno de los jefazos que tu amigo pintó en pelota, no te daré el nombre para no levantar la liebre, tiene mucha relación con uno de los líderes del

Cristo Rey de los cojones, relaciones íntimas, lo sé de buena tinta. Por ahí todo se hila en una dirección, eso desde luego. Pero a mí lo que me tiene mosca, presta atención ahora, es el papel de Julito en toda la trama. Roba los cuadros de donde los tenía guardados tu amigo, los deposita en el almacén de un cómplice habitual de sus fechorías, hace el chantaje por su cuenta, no saca nada, me consta que no saca nada, y los devuelve sin problemas al cabo de unos meses. Y luego se cargan al pintorzuelo, así por las buenas, con alevosía y ensañamiento…

A cada minuto que pasa es más evidente que la verdadera intención de su llamada es tratar de extraerme información confidencial por medios persuasivos. Quizá hasta me llame en nombre de otros. O solo pretende intoxicarme. Asustarme para que no hable. Quién sabe.

—No es lógico. Diga lo que diga la policía para encubrir evidencias y acallar sospechas. Hay algo que no encaja en toda esta secuencia. Algo incongruente, y no acierto a entender bien qué es, pero tú lo tienes muy claro, por lo visto…

—Yo, por si no quedaba bastante claro, le aclaro que no tengo nada claro en la vida. Pero nada. Ahora que lo dice, veo que es usted un adicto a la serie *Colombo*, ¿no era ese el motivo de su llamada? ¿Comprobar si yo también me trago los episodios semanales como una droga contra el insomnio?

—Mira que eres tonta, creyéndote tan lista, como casi todo el mundo, por cierto. No tienes perdón de Dios. Entre todos la mataron y ella sola se murió, ¿te suena el dicho, niña?

—No le veo maldita la gracia a lo de *ella sola se murió*, me parece ofensivo y estúpido.

—¿Es tan evidente que te niegas a ver la relación? Rebobino. A tu amiguito pintor se le había ido un poco la olla en los últimos tiempos, ¿no lo sabías? Claro, ya no vivías tan cerca, ya no lo veías a todas horas como antes. El teléfono no era lo suyo. Me conozco la película, no creas.

—Es la verdad, no engaño a nadie.

—Con el mal rollo del chantaje, te recuerdo que la operación duró varios meses, perdió muchos clientes. Y Julito, que tenía serios problemas con la policía y con otros socios delincuentes como él, ya no estaba para las mariconadas de gusto exquisito que interesaban al pintorzuelo. De hecho, según tengo entendido, no pasa de este mes que la policía vaya contra él para enchironarlo otra vez. Nada que ver con el asesinato de tu amigo, no te despistes. Otros asuntos muy feos. Quieren quitarlo de la calle por una temporada y tenerlo a buen recaudo, años quizá, bajo control directo de un juez. ¿Me vas entendiendo?

—Julito no fue quien lo mató. Eso lo tengo claro y así se lo dije a la policía cuando me preguntó. Usted solo quiere confundirme y desviar mi atención.

—Y venga con la policía. Qué pesada. Y Poncio Pilatos tampoco tuvo gran cosa que ver con la tortura y el asesinato del Mesías, no te jode la niñata esta…

—No me creo lo que está insinuando. Pretende encubrir algo, lo intuyo.

—No hace falta que me creas para que sea verdad. Ya te lo he dicho. Los tíos de la urbanización tampoco estaban muy contentos que digamos con los líos del pintorzuelo. Se los había follado a todos, más o menos, y a alguna de sus mujeres de propina, para más inri, y encima les había sacado una buena pasta a cuenta del encargo de las pelotas…

—Qué tono más desagradable, modérese un poco, señor Colombo.

—¿Y todo para qué? ¿Para exhibir esa mierda de cuadros que no valían un pedo delante de todos los vecinos de la comunidad y que se enteraran de lo que había pasado entre ellos? ¿Te parece creíble?

—Me niego a ver la relación, lo siento, no insista.

—¿Por qué piensas si no que Julito y él montaron juntos lo del chantaje? ¿Para disimular? Qué va. Para sacar más pasta, por Dios bendito, es más que evidente…

—Y dale, qué pesado se está poniendo.

—Estos gilipollas estaban acojonados con la posibilidad de que todos los cuadros y las fotografías, ya sabes a lo que me refiero, salieran a la luz pública y mancharan su reputación. Alguno de ellos ya la tenía por los suelos, desde luego, pero otros no, otros eran profesionales respetados, y los clientes más serios no suelen entender esta clase de caprichos y de arrebatos. Alguno de ellos hasta tenía ambiciones políticas muy elevadas. Esta gente se volvió loca, se le subió a la cabeza el poder, el dinero o la influencia, yo qué coño sé, quisieron divertirse a lo grande con tu amiguito pintor y les entró el pánico cuando Julito los chantajeó con airear los trapos sucios. Cayeron en la cuenta de la majadería que habían cometido y decidieron rectificar el error cuanto antes, costara lo que costara. Y el plan lo diseñaron entre todos por solidaridad, empezando por la destrucción de los cuadros y terminando por la de su autor efectivo, o al revés, qué más da, el orden de los factores, no sé si me explico…

—No soy tonta, aunque me lo haga por conveniencia.

—Eso ya te lo había oído alguna vez. Te repites como el ajo. Solo quería comprobar si sigues con atención el hilo de mis razonamientos.

—Sí, señor Colombo. Al pie de la letra, los deductivos y los inductivos.

—Eso me gusta. ¿Ves como puedes ser una buena alumna a poco que te lo tomes en serio? Lo importante es que comprendas que, cuando ayer mismo oí tu nombre en boca del confidente anónimo, sentí una opresión aquí en el pecho que se parecía a la que sentí la primera vez que nos vimos, en aquella manifestación tan alegre y festiva, cuando estuve a punto de liquidarte, ¿te acuerdas? Qué tiempos aquellos. Todos nuestros actos tenían sentido. Defendíamos algo valioso, de un lado y del otro, ya no hago diferencias entre los bandos. Algo que merecía todos los sacrificios. Los cruentos y los incruentos. Todos eran necesarios para que la cosa marchara. Valía la pena hacerlos, desde luego. O eso creíamos, como fieles servidores del orden. Y todo ese esfuerzo baldío para

desembocar en esto. Esta comedia, esta farsa, esta pantomima…

Tiempo muerto de nuevo. El demonio suspira y parece al fin darse por vencido.

—¿Me está usted amenazando otra vez? Porque, si es así, pienso colgar el teléfono de inmediato.

—No te precipites. No he terminado. Solo te estoy advirtiendo, como entonces. Hay cosas que nunca cambian, no te engañes. Ten mucho cuidado, niña. Julito anda suelto y puede hacer mucho daño aún. Mi hipótesis es que él traicionó al pintorzuelo y se dejó sobornar por los propietarios para quitárselo de encima. Muerto el perro, se acabó la rabia, ¿te suena? Sin contar la venganza sexual, por supuesto. Eso explicaría el encarnizamiento con los genitales, como dice el análisis forense. Más le habría valido a tu amiguito dedicarse a vender su cuerpo en la plaza pública, como un gigoló, que dárselas de artista, ¿no crees?, con tan poco talento…

—¿Ya estamos otra vez con los insultos y las infamias?

—Hay tantos sospechosos, niña, ni te lo imaginas, que nunca sabrás de dónde viene el golpe cuando lo recibas. Avisada quedas.

—Qué miedo me da, señor demonio. Voy a acabar pensando que fue usted quien mató a Carlos.

—Sería todo demasiado simple, ¿no crees?

—Si usted lo dice…

—Y no te preocupes que cuelgo yo.

—A ver si es verdad.

—Adiós.

## 136

Recuerdo que cuando se empezó a construir la casa de El Atabal el primer constructor le dijo a mi padre que los cimientos se hundían en la tierra y que la casa no se sostendría porque había un lago subterráneo debajo y el terreno no era sólido. Recuerdo que mi

padre, antes de despedirlo, llamaba «Antonio Rana» al constructor.

Recuerdo que a lo largo de tres años pasaron por mi casa no menos de tres constructores y mi padre los iba despidiendo uno tras otro porque se equivocaban con la construcción de la torre que estaba diseñada para ser la entrada principal de la casa. Ninguno era capaz de mantenerla recta. Recuerdo que el último constructor tuvo que tirarla abajo tres veces, por orden de mi padre, antes de que la torre pareciera erguida.

Recuerdo a los pintores que pusieron el papel pintado de las paredes de la casa e instalaron la moqueta en los dormitorios. Un papel y una moqueta diferentes en cada habitación. El papel que más me gustaba era el de la torre de la entrada, tela roja con cenefas doradas. Recuerdo que uno de los pintores, que se pasaba la jornada cantando coplas, se había pintado tetas y pezones de mujer en la camiseta promocional de la empresa que lo contrataba y yo lo miraba trabajar, pintando paredes y pegando papeles, con fascinación y extrañeza, y él nunca me devolvía la mirada.

Recuerdo que a mi padre le gustaba la jardinería, y esa fue la razón principal por la que nos vinimos a vivir a El Atabal, tan lejos de la ciudad. Recuerdo que al poco de vivir allí ya tenía un jardín repleto de árboles y de flores. Recuerdo que se sentía especialmente orgulloso de la rosaleda que había plantado en mitad del jardín, un montículo circular de tierra en cuyos radios se alineaban rosas de todos los colores del arcoíris.

Recuerdo que había un minibús en los primeros años que hacía la gira por El Atabal, y yo me pasaba las horas muertas subida en él dando paseos por todas las calles de la urbanización. Así me aprendí muchos de sus nombres, que al principio me parecían exóticos. Recuerdo que me hice amiga del conductor, un chico agradable, y un día me dijo que me quería llevar a conocer su casa y desde ese día ya no me quise volver a subir en el minibús. Recuerdo que poco después quitaron el minibús porque no era un servicio rentable.

Recuerdo cuando vi mi primera película de James Bond en 1973, *Vive y deja morir*, con Roger Moore, en el Málaga Cinema. No

conservo la entrada porque la compraron mis padres y se me olvidó pedírsela después. Como ya no creía en los Reyes Magos, papá y mamá me llevaron a comprarme el regalo de ese año a una tienda de juguetes de las Galerías Goya, en la plaza de Uncibay, donde también estaba el edificio del Málaga Cinema. Mi regalo fue un microscopio.

Recuerdo que en una de las placas del microscopio vi por primera vez la composición de mi sangre en una gota que obtuve pinchándome el dedo índice de la mano derecha con un alfiler de costura de mamá y que sentí terror al mirar por el ojo del microscopio y ver en detalle la sustancia que fluía por mis venas. Recuerdo que también vi así una gota de clorofila extraída de la hoja de un hibisco y me pareció sangre marciana.

Recuerdo que cuando supe que pondrían *King Kong* en la tele me pasé toda la semana esperando a que la emitieran con impaciencia y casi nada me interesaba en la calle ni en el colegio. Cuando al fin la vi, un jueves por la noche, el destino del mono gigante y el de la mujer rubia de la que estaba prendado fatalmente me parecieron el mismo. Lloré mucho al terminar la película y mis padres no entendieron por qué. Es una película muy triste en la que ganan los malos, les dije para asustarlos.

Recuerdo *Frankenstein* con la misma emoción infantil. Desde que anunciaron su emisión un domingo hasta que la vi otro jueves por la noche, me pasé toda la semana ansiosa otra vez por verla. Y después, me pasé mucho tiempo sintiéndome como el monstruo sin nombre y odiando al doctor que lo había creado. Asustaba a mis primas con mi fantasía de ser el monstruo, las perseguía y las amenazaba con secuestrarlas por la noche cuando se fueran a acostar para llevarlas conmigo a mi guarida solitaria y hacer allí con ellas lo que quisiera. Recuerdo que cierto tiempo después empecé a identificarme más con el doctor Frankenstein.

Recuerdo haber pensado que Regina era la persona más fea y antipática que había conocido hasta que me pareció la persona más maravillosa que iba a conocer en la vida.

Recuerdo que, entre mis nueve y mis diez años, me dio por retener la orina y me pasaba horas albergándola en mi vejiga sin evacuarla. Las sensaciones eran estimulantes. Recuerdo que una vez, corriendo para coger un autobús que se marchaba, me di cuenta de que había aguantado demasiado tiempo sin orinar. La idea de perder el autobús me provocaba un calor grato en la ingle. Me detuve en seco y lo dejé ir. El calor, allí parada, se tornó placer. Mi primer orgasmo. Implosivo, como algunas consonantes.

Recuerdo la mañana en que me desperté en la cama después de una noche de sueños espantosos y todo había cambiado. Ya era una mujer.

Recuerdo que un día, cuando tenía doce años, le toqué el pene a mi perro Dragón. Me aproveché de que estaba tumbado a mi lado y estiré la mano sin pensar en cuanto lo vi aparecer. Recuerdo que era una cosa rosada y gorda y húmeda. Y no me dio asco, pero me lavé las manos enseguida con jabón pensando en alguna infección bacteriana sobre las que mamá me advertía todo el tiempo.

Recuerdo la primera vez, en julio del 74, en que me sumergí en la zona profunda de la piscina de mi casa y me quedé allí sentada, en el fondo, en la posición del loto, casi tres minutos, inmóvil, con los ojos abiertos, reflexionando sobre los misterios de la vida acuática, rastreando las irisadas profundidades de la piscina, observando desde ahí el ralentizado vaivén de los sedimentos en suspensión, las minúsculas manchas de algas o las fisuras en las hileras de azulejos, los monótonos contrastes cromáticos, los distintos grados de turbiedad o de opacidad, las degradaciones del blanco luminoso, y pensando a continuación en mi nacimiento y en mi muerte, en el mundo al revés y en el tiempo anterior al nacimiento. Recuerdo que repetí esa experiencia, a partir de entonces, en todas y cada una de las piscinas de mis conocidos de la urbanización.

Recuerdo la tarde en que Picky me contó que algunos niños de la pandilla de Padang usaban la cabaña para tocarse sus penes y tener sexo entre ellos. Recuerdo que me excité pensando en esto y Picky

aprovechó para manosearme por todo el cuerpo.

Recuerdo estar obsesionada con la madre de Javi, que se llamaba Charo. Charo era una mujer madura y atractiva pero discreta, y yo sentía una ambigua fascinación por ella y le preguntaba constantemente a Javi en la cabaña por cómo era ella desnuda. Yo sabía que Javi la espiaba, pero no quería contármelo y se excusaba diciéndome que le daba «cosa». Recuerdo que yo le hablaba a Javi de cómo era mi madre porque sabía que le gustaba y a mi madre también le gustaba él, aunque se reprimía.

Recuerdo que siempre, desde que tuve conciencia plena de mis deseos, me atrajeron las mujeres maduras y, sin embargo, solo he tenido relaciones hasta ahora con chicas jóvenes, de mi edad, un poco mayores o un poco menores. Recuerdo que Alicia, mi psiquiatra, decía que era el síntoma de un problema afectivo mal resuelto con mi madre. Y puede que tuviera razón, ya que fue mi madre quien tomó la decisión brusca de poner fin a nuestras sesiones de introspección y análisis mutuo cuando descubrió que la psiquiatra sentía por mí un interés muy poco científico.

Recuerdo quedarme sorprendida al descubrir que Regina no tenía tetas. Su pecho era como el de un chico, sin pelo y con pezones siempre de punta.

Recuerdo cuando robé ciruelas en la casa de un malayo, en calle Sumatra, con los niños de la pandilla de Padang. Nos pasamos la tarde entrando y saliendo del huerto del malayo, saltando la valla de la parcela una y otra vez, para arrancar las sabrosas ciruelas de los árboles y comérnoslas en la calle, hasta que el malayo nos pilló y nos echó una bronca de la que no comprendimos nada porque lo hizo en su lengua nativa.

Recuerdo que el malayo murió poco después y la familia de León compró la casa, la reformó a su gusto y se instaló a vivir en ella con todas las consecuencias. Nada fue igual después de la llegada de León a la urbanización.

Recuerdo que la primera vez que vi a León en la piscina de la comunidad iba con una amiga canadiense guapísima que estaba

pasando las vacaciones en su casa y sentí mucha envidia de ella. Recuerdo que León me miró de arriba abajo cuando nos presentaron, como si estuviera reconociendo el territorio, y al irse me dijo que había memorizado mi número de teléfono y que me llamaría. Recuerdo que estuve esperando esa primera llamada de León con una impaciencia y una excitación que no había sentido nunca por nadie hasta entonces.

## 137

Recuerdo el primer beso que le di a una chica en mi vida. Yo tenía diez años. Fue a mi primita María Elena, que tenía ocho, después de ver *Que el cielo la juzgue* en la televisión de casa de mis abuelos paternos. Recuerdo que me la llevé debajo de la gran mesa del comedor y estuve besándola con pasión durante mucho tiempo, sin que ella opusiera ninguna resistencia, pensando que tenía el rostro armónico y los labios sensuales de Gene Tierney. Mi abuela nos sorprendió y nos separó. Recuerdo que esa noche me castigaron sin cenar y sin ver la tele. Terminarás en la cárcel, solía decirme mi abuela cada vez que hacía una de mis fechorías. Y eso me dijo esa noche antes de acostarme.

Recuerdo a dos chicas madrileñas, Julieta y Paloma, que se encapricharon de mí en la Feria de Málaga en agosto del 77. Recuerdo que fue en los coches de choque. Estaba con Regina montada en un coche amarillo tan tranquila cuando dos chicas desconocidas empezaron a embestirnos sin parar y a perseguirnos por la pista para volver a chocar con nosotras una y otra vez, con una insistencia extraña, hasta que se nos agotó el dinero de la sesión y tuvimos que bajarnos dejando abandonado el coche en mitad de la pista. Recuerdo que eran muy monas y atrevidas, y a mí también me atraían sus maneras descaradas. Recuerdo que estuvimos con Julieta y Paloma toda la noche, saltando de atracción

en atracción, y que se les notaba demasiado que querían deshacerse de Regina y quedarse conmigo a solas. Hartas de esperar, se atrevieron a pedírselo y Regina se enfadó mucho, estaba celosa y se sentía ninguneada, era lógica su reacción. Regina decía que Julieta y Paloma no eran personas sino arañas y ellas se reían de Regina en su cara sin tomarla en serio. Arañas carnívoras que deseaban devorarme y que tuviera cuidado, me decía en voz baja para asustarme. Al final Julieta y Paloma desistieron de su empeño y se marcharon enfadadas al hotel. No volví a verlas, y siempre me quedará la duda de saber qué habría pasado entre nosotras.

Recuerdo muchas tardes con Elena, pero especialmente una, en plena Semana Santa, a comienzos de abril del 80, en que vino a bañarse a la piscina de casa. Al poco de estar tendidas sobre las toallas tras el primer baño, decidió quitarse el sujetador y luego las bragas del bikini para tomar el sol a pelo, y me invitó a hacer lo mismo y a deshacernos de las toallas mojadas. Recuerdo que estuvimos mucho tiempo así, tumbadas desnudas sobre el césped, sin hacer otra cosa que tomar el sol, por delante y por detrás, hasta que descubrí que mi padre nos espiaba desde la pequeña ventana del cuarto de baño de su dormitorio. Le dije a Elena que nos vistiéramos y nos fuéramos a dar un paseo con los perros por la urbanización. Desde ese día nuestra relación ya no fue la misma, y luego Elena me abandonó sin darme explicaciones. Muchas veces pienso que papá tuvo que ver en aquello. Meses después supe por León, que ahora buscaba ligar conmigo de nuevo, incitado por lo que Elena le habría contado sobre nosotras, que Elena y él habían roto sin drama y que ahora ella estaba liada con un profesor de Derecho Civil. La profecía de Ángel se había cumplido al final, avergonzando al profeta.

Recuerdo a Lamiaa, una chica marroquí atrevida y experimentada, a pesar de su juventud, morena de complexión exuberante, con la piel tatuada en lugares secretos y los pies también tatuados con mensajes cifrados en escritura beréber. Recuerdo que fui a ver *Empieza el espectáculo* con Lamiaa en el

América Multicines una noche de finales de septiembre del 80, cuando ya estaban a punto de quitarla de la cartelera. Al salir del cine, Lamiaa y yo estábamos tan excitadas con las fabulosas bailarinas de la película que nos pasamos la noche entera imitando sus musculosas coreografías sexuales en la cama, aprovechando que su hermano, con quien vivía, trabajaba otra vez de turno de noche en la fábrica textil de Intelhorce.

Recuerdo a Lucía, una estudiante de Filología que siempre se estaba quejando de lo que llamaba mi desprecio y que un día decidió vengarse de mí enrollándose con Elena, nada que ver con la otra amiga del mismo nombre. La segunda Elena era una chica morena, alta y estilizada que vivía en un chalet en otra urbanización de los alrededores de El Atabal, hija de un arquitecto y de una madre pintora aficionada y hermana de un chico que se llamaba Antonio, que también quería estudiar arquitectura como su padre y venía a la urbanización a divertirse con los niños de la pandilla de Padang.

Recuerdo que conocí a esta otra Elena en la urbanización, en la piscina comunitaria y en las piscinas de amigas comunes, cuando todavía vivía allí, y luego me la encontré muchas veces en el campus de El Ejido, durante el curso 81/82. Recuerdo que se la presenté a Lucía en la cafetería del conservatorio, donde estaba entonces la sede de la Escuela de Arte Dramático en que Elena estudiaba, un sitio de actrices encantadoras al que Lucía y yo íbamos a menudo para conocerlas, huyendo de la cafetería de la Escuela de Magisterio, plagada de futuros maestros que ya ejercían la vocación pedagógica hasta en la forma de pedir café acodados en la barra y citaban a Piaget con cualquier excusa.

Recuerdo que esta segunda Elena me provocaba frialdad e indiferencia. Y, al mismo tiempo, el misterio que la envolvía, el aura de la que se rodeaba para epatar a los extraños y ese silencio intrigante con el que vivía amancebada, me atraía poderosamente, pero no de un modo sexual. Elena era actriz de la mañana a la noche, y ese no me parecía el mejor camino para llegar a ser una

actriz de verdad, como ella quería, una actriz que interpreta personajes que no tienen nada que ver con ella misma. Recuerdo haber hablado de todo esto con Lucía para explicarle mi actitud hacia la chica, sin darme cuenta de que la estaba echando en brazos de Elena, a quien siempre creí que le gustaban los hombres, mayores a ser posible, lo más parecidos a su padre que se pudiera imaginar. Lucía era muy persuasiva y voluntariosa, como tuve ocasión de comprobar en su aproximación a mí, y debió de encontrar un punto débil en la fortaleza patriarcal de Elena.

Recuerdo que Lucía había venido a Málaga desde Loja, su pueblo granadino, huyendo de su familia. Su padre era camionero y la acosaba, y la madre la odiaba por atraer sexualmente al padre, le cogió celos y le hacía la vida imposible. Recuerdo que cuando la conocí, Alba me la presentó una tarde de enero del 82 en la cafetería de Magisterio, Lucía barría y fregaba suelos y escaleras en el barrio donde vivía.

Recuerdo que la primera vez que nos enrollamos Lucía y yo fue en el apartamento de Manuela, una maestra amiga de Lucía que vivía en un edificio de arquitectura hexagonal, como una colmena humana, en el Camino de Antequera, al pie del monte de la Tortuga, donde reina la diosa Tanit, imponiendo la ley del deseo sobre los vivos. Recuerdo que habíamos terminado allí porque todos los bares estaban cerrados una noche de viernes que se alargó hasta bien entrada la madrugada. Al llegar al apartamento, la anfitriona, que estaba con su nuevo novio y con un amigo del novio, se dio cuenta de que se había quedado sin bebidas. Los tres se fueron en busca de un sitio abierto que vendiera alcohol a esas horas y nos dejaron solas sin ser conscientes de lo que esto significaba tratándose de Lucía y de mí. Recuerdo que Lucía se puso muy nerviosa y empezó a hacer y a decir tonterías, como si estuviera borracha. Recuerdo que intentó hacer el pino en mitad del salón y se cayó de mala manera, haciéndose daño en un tobillo y en un brazo. Me senté junto a ella en el sofá para tranquilizarla y me echó la culpa de todo lo que le estaba pasando, y no pude aguantar por más tiempo las ganas de

besarla. Como su respuesta fue entusiasta, me atreví a deslizar la mano derecha por dentro de su pantalón y por debajo de las bragas y le toqué el sexo, anegado, y ella reaccionó de inmediato, como un resorte, me agarró del brazo, me obligó a sacar la mano sucia de debajo de sus bragas y me arrastró con prisa al dormitorio de su amiga.

Recuerdo que Lucía, al verme tumbada en la cama, se entusiasmó con las curvas de mi cuerpo desnudo porque le recordaban a las de la modelo Jeanne Hébuterne en el cuadro *Desnudo acostado* de Modigliani, que era uno de sus favoritos de todos los tiempos. Recuerdo que cuando los otros volvieron cargados de bebidas, Lucía y yo aún estábamos acostadas en la cama de Manuela y tardamos mucho en salir.

Recuerdo que yo me hacía la ilusión de que Lucía tuviera grandes tetas, como las de Rosa y Elena, o como las de mi madre, las más grandes que había visto en mi vida, por cómo se mostraban con los jerséis, las camisas y los polos tan ceñidos que se ponía siempre, pero, cuando se desnudó en el dormitorio de Manuela y se quitó el sujetador celeste, comprobé decepcionada que todo lo que me parecía opulencia en ella no era más que vulgar relleno y aderezo.

Recuerdo que esa noche, al salir juntas de la casa de Manuela para coger un taxi, Lucía me dijo que estaba leyendo el libro *Tres mujeres*, de un escritor austriaco que se llamaba Robert Musil. Era un hombre muy inteligente y me podía interesar leerlo. Yo no lo conocía y no me fiaba del gusto de Lucía. Así que tardé algún tiempo en leer a Musil, y cuando lo hice al fin yo ya me consideraba una mujer sin atributos.

Recuerdo que iba a veces con Lucía a un *pub* de la avenida de la Aurora en el que, pasada la medianoche, el dueño ponía en vídeo *Asalto a la comisaría del distrito 13*, sin voz, y pinchaba la banda sonora compuesta por Carpenter para esta película y para *Halloween*. Lucía nunca entendería por qué esa música y esas imágenes, a esa hora de la madrugada, lograban estimular al mismo tiempo el recuerdo de Regina y mi deseo hacia ella.

Recuerdo que cada vez que Lucía venía a visitarme de improviso, como era su costumbre, me pillaba vestida con la ropa de estar en casa, despeinada y descuidada, y me hacía sentir incómoda, pero me decía que le gustaba mucho más así, al natural, que toda arreglada y maquillada.

Recuerdo que compré el número de abril del 82 de la revista de cine *Casablanca* para aprender más sobre la vida y la personalidad de Kathleen Turner, de la que me había enamorado viendo *Fuego en el cuerpo* con Lucía en el cine Victoria, hasta el punto de que volví sola dos días seguidos para ver a mi hermosa heroína sin intromisiones. Recuerdo que el cuerpo desnudo de Kathleen Turner me parecía idéntico al de Mari Carmen, la guapa vecina de la urbanización. Recuerdo que Lucía y yo, en el ardor del verano, intentamos imitar la escena de los cubitos de hielo en la bañera de su casa y fue un desastre por mi culpa. Nuestra relación ya era bastante fría como para enfriarla aún más con artificios.

## 138

Recuerdo una pintada que descubrí una tarde al pasar por delante de un edificio derruido en la zona de El Ejido, de camino a la Escuela de Magisterio. Recuerdo que en el muro que cercaba la finca se leía esta inscripción: LOS EXTRATERRESTRES EXISTEN. Y sentí que ese lema me concernía en lo más íntimo de mi ser.

Recuerdo cuando estuve en la cabina de proyección del cineclub de la Academia Kaplan. Fui a ver *Cantando bajo la lluvia* una soleada tarde de domingo en junio del 82. La pequeña sala estaba abarrotada de espectadores y el novio de Sara, la proyeccionista, debía de estar enfermo esa vez porque no se le veía por ninguna parte. Nada más comenzar la proyección, conociendo mi curiosidad, Sara vino a buscarme para enseñarme la cabina donde trabajaba. Era un cubículo estrecho en el que apenas si cabíamos las dos juntas

y el viejo proyector, que era el convidado de metal y plástico de la sesión, una imagen mecánica del fantasma del padre malvado, de cuyo cerebro salían propulsadas todas las imágenes posibles e imposibles del cine. Me impresionó mucho ver una parte de la película por encima del proyector a través del ventanuco de cristal de la cabina. Recuerdo que fue Sara quien me besó en la boca temblando, nerviosa, y ya no vi nada más del grandioso musical de Donen y Kelly en el que aparecía cantando y bailando la mamá de la princesa Leia. Aquella tarde excepcional, en la minúscula cabina de proyección, Sara y yo nos amamos bajo la lluvia de luz de la pantalla, acogidas a la sombra protectora del proyector paterno, y me vi obligada a taparle la boca con la mano izquierda cuando tuvo su primer orgasmo para que nadie en el espacio de la sala pudiera oír sus gemidos.

Recuerdo que fui a ver *Impacto*, en el América Multicines, a mediados de enero de este año, y volví al cineclub de Kaplan el sábado siguiente para comentarle a Sara mis impresiones sobre la película de Brian De Palma, las dos éramos fans, y sobre la atractiva actriz protagonista, Nancy Alien, cuya muerte final me dejó traumatizada, y me topé con la antipatía extrema de su novio, vigilándola como a una propiedad exclusiva. Sara y yo teníamos los mismos gustos y tendencias y, sin embargo, la presencia del novio dominante impidiendo por sistema nuestra relación se me hizo cada vez más insoportable, hasta que dejé de ir a Kaplan, hace ahora dos meses, con tal de no verlo más, y traté de olvidarme de Sara.

Recuerdo que vi sola *Blade Runner* en el cine Albéniz a comienzos de febrero del 83 y pensé todo el tiempo en cuánto me habría gustado que Regina, que fue quien primero me habló de esta película fastuosa cuando era solo un proyecto en curso, estuviera conmigo en el cine disfrutándola y recordando con nostalgia esos momentos de nuestra vida, lágrimas en la lluvia, que se dispersarán en el tiempo como la memoria de un androide.

Recuerdo que conocí a una enfermera una noche en el *pub* La Tierra, en calle Madre de Dios, que se llamaba Valentina y que

estaba con su novia, y me contó, para impresionarme viéndome tan jovencita y sensible, la historia de cómo se habían conocido. Viviana tuvo muchos problemas para dar a luz a su primer hijo y Valentina estuvo allí para consolarla todo el tiempo que duró el parto. Cuando el niño nació, la enfermera Valentina le entregó el hijo al padre y se quedó con la madre para ella sola. Recuerdo que Valentina y Viviana quisieron seducirme a dúo y no lo consiguieron. Detesto los triángulos, son un error geométrico. Una o muchas, esa es la ley de mi deseo.

Recuerdo la alegría incomparable que sentí al volver a encontrarme con Amanda en calle Larios más de cinco años después de haberla conocido callejeando junto a su novia Claudia por los alrededores de la catedral. Yo iba a la librería Rayuela en busca de *Corrección*, una novela de Thomas Bernhard recién publicada, y ella iba a comprarse unos zapatos en la tienda de Parriego. Acompañé a Amanda a la zapatería y la ayudé a elegir un elegante par de zapatos de piel para sus preciosos pies de dedos armónicos, que acaricié con mimo mientras se probaba uno tras otro, en el pie derecho y en el izquierdo, los inagotables modelos de su talla que le ofrecía la vendedora mirona, y ella me acompañó a la librería con gusto a recoger el libro y nos pusimos al día entre tanto. Ya no padece los ataques de furia que la hacían temible como una hermana gemela de Carrie White. Estuvo viviendo en León una temporada, como me dijo, y allí descubrió el orgasmo en brazos de un tío, parece mentira, y luego se quedó embarazada de él y se fue a Londres a abortar. Ahora vive sola en un apartamento en Pedregalejo, al borde del mar, con su perro, un airdale terrier llamado Tadzio, qué risa. Me dio su número de teléfono y me pidió que la llamara pronto, aunque fuera solo para conocer al perro. Es encantador, me dijo embelesada. Amanda y yo pertenecemos al club de las libra y compartimos, como diría Elena, otra miembro de honor, el fetichismo del signo astrológico.

Recuerdo cuando empecé a coleccionar entradas de cine para acordarme de las películas que había visto y en qué sala. La más

antigua es *Tiburón*, en el Palacio del Cine, con mis abuelos maternos, el 26 de diciembre de 1975. El día de mi último cumpleaños vi *La cosa*, en el cine Albéniz, con Kaitlyn, la estudiante americana de cine que viajaba sola por Andalucía y se quedó en Málaga un mes entero por mi culpa. Recuerdo que el monstruo mutante le daba tanto miedo que se pasó media película aterrorizada con la cabeza echada sobre mi regazo, sin moverse ni pensar que el verdadero monstruo se ocultaba allí debajo. Vi en diciembre pasado *E. T.*, estrenada también en el Palacio del Cine, con Sanna, una finlandesa enamorada del español que estudiaba en la universidad para extranjeros. Las dos lloramos sin control durante la parte final. Yo, por mi hermano Arturo, a quien le habría encantado la película, y Sanna, por un novio alcohólico que se había suicidado el año anterior en Helsinki. La película más reciente, hace solo una semana, fue *Un año con trece lunas*, en el refundado cineclub universitario, con la dulce Amanda sentada a mi lado. En la secuencia del matadero se puso a llorar de repente, pensando en su perro Tadzio y apiadándose del destino trágico de todas las bestias de este mundo bestial, y ya no paró hasta el final de la película.

Recuerdo que llamé a Amanda por teléfono a la *semana* de reencontrarnos, tenía muchas ganas de verla de nuevo y hablar con ella. Amanda se puso muy contenta de que la llamara y me dijo que trabajaba como camarera en un flamante bar de copas del que era medio soda y que se llamaba El cantor de Jazz, como la primera película sonora, recuerdo que me pareció un nombre ideal para un *pub* donde se escucha *jazz* y música de cine, y que me pasara esa misma noche, el dueño no estaría. Recuerdo que me pasé al filo de la medianoche, al salir del trabajo, y que Amanda estaba muy atractiva detrás de la barra, como una aparición angelical en medio de las botellas y los espejos, con su melena pelirroja teñida, reluciente como una modelo de Klimt, y su hermosa cara de Madonna de Bellini, los clientes la acosaban para encargarle cócteles exclusivos y acaparar sus atenciones, pero ella manejaba la situación con mucha desenvoltura y humor, lo que hizo que me gustara más

todavía. El bar tiene al fondo un piano viejo que nadie toca, como en un burdel de Nueva Orleans, y en la parte central, una mesa de billar americano que siempre está ocupada por una nube de tíos que se creen campeones de billar y juegan para provocar la admiración de los curiosos y dejarlos boquiabiertos con los golpes contundentes de sus tacos y el retumbar de las bolas. Recuerdo que Amanda y yo, en cuanto nos quedamos solas aquella noche y ella cerró con llave la puerta del bar por dentro, nos tomamos unos bloody marys sentadas en la barra escuchando la banda sonora de *Cabaret*, brindamos por el tiempo transcurrido y el bien que nos había hecho a las dos, nos dimos nuestros primeros besos con sabor a jugo de tomate y a vodka ruso y acabamos follando desnudas, por iniciativa mía, encima del tapete verde de la mesa de billar. Y lo hemos seguido haciendo, sin pensar en Hume, cada vez que yo tenía la noche libre, cuando el dueño del bar no estaba, o no aparecía de repente con cara de pocos amigos y gesto antipático para llevarse el dinero de la caja, hasta ayer mismo. Amanda tiene el deseo de que las dos montemos algún día una tienda de lencería de alta calidad en un sitio céntrico y me dice que, con nuestras grandes dotes, nuestro encanto natural y nuestro poder de seducción, tendríamos mucho éxito con las clientas y lo pasaríamos muy bien. Y yo me acuerdo de Marina y pienso: por qué no.

## 139

El cuadro robado reaparece en mi vida cuando menos lo espero, como en un folletín francés. Vuelvo del hotel La Barracuda para cenar en casa y mamá me da una alegría al fin, como si fuera un regalo de cumpleaños a destiempo. Lo han traído temprano esta tarde, sobre las cinco, unos operarios de SEUR que no han dado más explicaciones sobre su procedencia. Han subido los cuatro pisos con el pesado cuadro a cuestas, sosteniéndolo a pulso en cada tramo de

escalera, y se han quejado a mi madre de que no hay derecho a vivir en estos tiempos en una casa sin ascensor. Que me lo digan a mí, que subo y bajo por la escalera no menos de cuatro veces al día, cargando con mi cuerpo.

Vivo en casa de mamá, solas las dos. Como dos hermanas viudas que hubieran decidido juntarse a la muerte de sus respectivos maridos para consolarse y no estar solas. La muerte de Arturo el otoño pasado nos unió más allá de lo razonable. Yo estaba pensando últimamente en trasladarme al apartamento de Amanda, a la casa de la Dama del Perrito, como la llamaba desde nuestro reencuentro feliz, le hacía ilusión vivir conmigo y a mí me atraía la idea de establecerme y sentar la cabeza, como suele decirse, con alguien que mereciera la pena. Al final, hace solo una semana, después de mucho pensarlo, decidí quedarme con mamá para siempre. Casada con mi madre y con muchas amantes. Es el estado civil ideal para una mujer como yo. Una mujer que sabe lo que quiere, y quiere mucho. Quizá demasiado.

El cuadro está depositado en mi dormitorio, adonde lo trasladaron resoplando los tres operarios siguiendo las indicaciones de mamá. Encima de la cama, de pie contra la pared, sin desenvolver, como corresponde. Y eso que mamá no se imaginaba lo que está representado en el lienzo. Ahora que lo está viendo como yo, sabe que acertó al ponerlo ahí, encima del mueble que no sirve a una sola función. He destrozado con las manos el papel en el que venía envuelto después de cortar las cuerdas que lo amarraban al marco y al bastidor. Lo he desnudado con violencia del mismo modo que el cuadro me desnuda a mí. Carlos nunca me lo envió a casa. No me atreví a mirarlo hasta mucho tiempo después. Una vez fui a su estudio, todavía viviendo en la urbanización, con la intención de ver cómo había quedado y descubrí que lo había retocado tanto que apenas lo reconocí. Estaba tapado con una manta, como si contuviera una imagen maligna, y lo destapé con precaución antes de volver a cubrirlo enseguida. Me dio pavor lo que vi al descubierto, sin protección. El cuadro me cegaba con su luz, lo que allí se

mostraba me parecía intolerable y no quise verlo más para evitarme nuevos problemas mentales. Ahora que Carlos ya no está, no puedo negarme a verlo, aunque sea por respeto a él y a su creación. *El Diablo* es el título o el lema que aparece escrito con carboncillo en grandes trazos en la parte trasera del lienzo, y ya no estoy segura de lo que significa. No creo entender el mensaje cifrado en ese sintagma de dos palabras, un artículo masculino y un sustantivo cargado de malicia semántica. El marco y el bastidor de madera son muy pesados, y mamá me ayuda a mover el cuadro, tiene el mismo deseo que yo de descubrir sus secretos. Lo ponemos otra vez contra la pared, pero ahora nos está mirando él a nosotras y nos está interrogando con lo que nos muestra, una vez que le damos la vuelta sin miedo, para verlo de frente, y lo ofrecemos a la luz natural de la habitación para que ilumine sus detalles. Mi madre está tan boquiabierta como yo. Yo, además, tiemblo de los pies a la cabeza, como acostumbro en los momentos trascendentales de mi vida. Es un título inadecuado si lo juzgo por lo que veo.

Yo no soy *El Diablo*, eso es evidente, ni hay nada diabólico, en apariencia, en la superficie pintada de dos metros y medio de largo por dos de alto, estas son las impresionantes medidas del cuadro. Ahí estoy yo, desnuda, en el esplendor carnal de mis dieciocho años. Y mamá ya no se escandaliza al verme. Al contrario. Me dice lo hermosa que soy, lo orgullosa que está de mí, lo bien que pintaba Carlos, qué colores, qué trazo, qué formas, qué sensibilidad. Mamá es generosa. Y le digo que sí, que Carlos era tan bueno en su arte como retorcido en los mensajes que transmitía a través de él. Capto las alusiones del cuadro a la primera, pero ya no me hieren como al principio. Ahí estoy yo, alguien que ya no existe pero que se parece a mí como una gota de agua a otra gota de agua, tendida, posando en el césped del jardín de la casa de mi padre, con la piscina cuadrada de aguas azules situada a la izquierda y el jacarandá florecido, con sus ramilletes de flores azules, y la araucaria creciendo hacia el cielo, piso por piso, a la derecha. En medio, el pincel de Carlos colocó, para rendirle un ambiguo tributo, la rosaleda de papá,

los rosales en cruz plantados por la mano de mi padre en el montículo de tierra y recién florecidos en el cuadro. Rosas rojas y amarillas. Mi madre siempre les tuvo más afición a los geranios y las hortensias, y Carlos ha tenido la delicadeza de incluir esas flores en el cuadro, a la altura de mis pies, en un arriate y una maceta que arroja una sombra alargada sobre mis extremidades inferiores para refrescarlas. Hermosos geranios blancos y rojos y hortensias de color malva. Y Dragón está ahí, el segundo Dragón, tan cerca de mi corazón como de mis pies. Y detrás de mi figura yacente aparece la casa original. La casa, con su forma de bumerán y su torre medieval erguida en pico, apuntando al cielo, el porche arqueado en la planta baja y encima la terraza curvada asomándose al jardín para contemplarlo desde arriba, las buganvillas de flores púrpura trepando por los muros blancos y los gladiolos azules adornando los arriates laterales. Y, al fondo, las ramas de los hibiscos, cuyas flores rojas inducen a la mente a sumirse en el dulce olvido de todo lo vivido.

En el cuadro aparezco tendida en la hierba a la manera de la Venus de Urbino, un cuadro del pintor veneciano Tiziano que Carlos veneraba como a una imagen sacra del arte y que quiso que fuera el modelo de mi desnudo, con la mano puesta sobre el pubis para encubrir el tabú de su misteriosa morfología. Durante toda la sesión, más de cuatro horas de paciente posado por mi parte, pude distinguir una reproducción de ese cuadro adherida a la esquina superior izquierda del lienzo mientras Carlos me pintaba. La perspectiva del cuadro está construida de tal modo que consigue que el jardín de la casa en el que estoy tumbada parezca el jardín de toda la urbanización, que aparece, al fondo, ocupando la mitad superior del lienzo. Carlos era un experto en este tipo de trucos visuales y logró un efecto óptico por el que el jardín en que desnudo mi ser para el ojo del espectador es el de toda la urbanización y esta, en definitiva, se reduce a una casa inmensa, replegada sobre sí misma, que es todas las casas porque las resume en su totalidad desde diversos ángulos. El jardín de la casa de mi padre se

transforma así en el jardín de todos, con las connotaciones que queramos aplicar al caso, el jardín de todas las casas, y a su vez la urbanización entera se convierte en mi casa, un laberinto geométrico diseñado para mantenerme prisionera de su arquitectura. Ahí está la urbanización, no siento ninguna nostalgia al escribir esto, como se la vería observándola desde la cumbre del monte de la Torre en un día despejado. Las colinas de diferente altura, manchas de verde y de marrón oscuro, las siluetas rocosas recortándose erguidas contra el cielo azul, apenas un delgado filo de color celeste en la parte superior del cuadro, las sombras rayadas de las cañadas, las calles negras y sinuosas, las casas de fachadas blancas, como un paisaje en movimiento continuo al que mi presencia desnuda aportara una estabilidad visual, un centro geométrico, un fundamento material, un anclaje simbólico y un foco diseñado para mirar y ver el conjunto como una unidad esencial.

## 140

Conocía bien a Carlos y sé que sus pretensiones desbordaban las de hacer un simple retrato de mi cuerpo desnudo con el paisaje de la urbanización expandiéndose a mi alrededor como si fuera su núcleo secreto, estableciendo un vínculo entre ambos, mi cuerpo desnudo, impúdico, y la urbanización que se desnudaba de sus convenciones y apariencias al incluirme. Con todo lo que ha pasado desde que el cuadro fue pintado, en estos dos años y medio, ahora entiendo que *El Diablo* conformaba con otros cuadros, en el plan de Carlos, una maliciosa serie de la que se constituía en la pieza central. Una serie compuesta por los siete cuadros sin título realizados por Carlos en íntima colaboración con los prohombres de la junta directiva de la urbanización. Los retratos desnudos de Pedro, Serafín, Enrique, Gabriel, David, Antonio y Sergio. *El Diablo* era la obra que permitía conectar, en la mente de Carlos, los elementos

dispersos de esos siete cuadros entre sí y proporcionarles una dimensión estética y una trascendencia superior a las que habrían tenido individualmente al ponerlos en relación con el cuadro que me desnudaba en un entorno familiar y extraño a la vez.

Al haber sido destruidos los otros cuadros en el curso del último año, por lo que he conseguido entender al final, este cuadro constituye una suerte de depósito hermético de toda la información precisa que contenían las imágenes de los otros cuadros. Si uno se fija bien en los detalles, en la zona pintada de la urbanización se multiplican con oscura intención las alusiones a los actos procaces, mediante el recurso clásico a cuadros que parecen espejos y espejos que simulan la condición de cuadros, que supuestamente tuvieron lugar entre el pintor y sus modelos masculinos durante el período en que pintó sus retratos. De modo que, en la superficie del lienzo donde parecería haber una descripción doméstica y hasta cierto punto costumbrista de hábitos de vida y rasgos de personalidad, lugares reconocibles y caras y cuerpos identificables, se presenta una alegoría cargada de intriga y de misterio. Yo también lo soy en el cuadro que Carlos pintó como una escena única que reuniera la mayoría de los elementos del enigma. Un enigma múltiple y una alegoría indescifrable, al menos para una mirada inocente. Mi desnudez no es inocente, sin embargo. Mi cuerpo en el escenario del cuadro, Carlos lo calculó así al conferirle esos atributos visibles, es un cuerpo desnudo cuya contemplación culpabiliza a quien lo mira y le hace saber, en el mismo acto, lo que significa mirar y ver un cuerpo desnudo que se exhibe sin trabas como el mío, invitando al espectador simultáneamente a desnudarse sin tardanza, por imitación directa del modelo o por el simple deseo de hacerlo para recuperar la inocencia y la libertad perdidas.

Esta es la razón de que haya un árbol pintado en el jardín de la casa que no estaba plantado en la realidad del jardín de la casa de mi padre. Un árbol simbólico, un sicomoro que ofrece frutos de color verde cuando están sin madurar y rosados estando ya maduros a quienes quieran arrancarlos de las ramas para saborearlos y recordar

así la plenitud sexual que nos constituye como seres humanos. Un árbol frondoso cuyos frutos proporcionan la sabiduría del olvido y el olvido de la sabiduría. Unos frutos filosóficos que eliminan la vergüenza y la desnudez del cuerpo. Carlos incluyó en el cuadro este árbol gnóstico, conociendo sus inclinaciones puedo asegurar la veracidad del epíteto, como símbolo de la androginia del ser y tributo a mi constitución paradójica. Se suponía que la mujer parecida a mí que se exhibía desnuda en el cuadro había probado hasta la saciedad, a pesar de su juventud, incluso antes de nacer, las frutas del árbol de la vida y los frutos del árbol del conocimiento.

El sicomoro es un árbol especial de origen egipcio, como Carlos me explicó el día en que empezó a pintar el cuadro. El árbol que simboliza nuestra caída y nuestra redención moral. Por eso yo, en el cuadro, sostengo en la mano derecha, adornada la muñeca con una pulsera de oro, una rama cortada de sicomoro con dos higos henchidos y violáceos que simbolizan mi sexo oculto y todo su poder de creación y destrucción. Sin embargo, pese a lo que se podría deducir de estas ideas esotéricas, *El Diablo* no soy yo, en absoluto, ni en el cuadro ni en mi vida. No era pensando en mí como Carlos había decidido titular así la obra en que me regalaba una identidad imaginaria. La nueva Eva del nuevo Paraíso, la reina del Edén de la urbanización, esa sí era yo en la perversa escenificación del cuadro concebida por Carlos como un homenaje provocador a mi ambigüedad y a mi inocencia primordial, unidas en un solo cuerpo. Yo representaba para el artista a la intrusa que acaba convertida en la protagonista del drama, la extraña que conecta con su presencia los mundos y los submundos existentes en el espacio abigarrado de El Atabal. La poseedora discreta de muchos de sus rebuscados secretos y claves ocultas.

Ahora que lo contemplo colocado justo encima de la cama de mi dormitorio, con mi madre al lado como testigo desinformada pero absorta en sus texturas cromáticas y cualidades sensoriales, descubro que el único Diablo que existe en esta enrevesada historia se llama Carlos, el autor del cuadro robado y recuperado por

sorpresa como un guiño de alguien especial que lo trató y estuvo con él hasta el final. Carlos nunca quiso que yo lo tuviera mientras estaba vivo, ahora comprendo la razón de su reticencia a enviármelo, quería conservarlo en su poder todo el tiempo que fuera posible para realizar su perverso plan hasta las últimas consecuencias. Carlos se llevó a la tumba muchos de los secretos paradójicos del cuadro y de la vida que conocía y había pretendido representar a través de él, y nos condenó a los espectadores implicados a buscarlos en este cuadro excepcional que me retrata sin tapujos como una figura también excepcional. La cuadratura de los signos y los símbolos que contiene el cuadro es una tarea imposible, y no sabremos nunca todo lo que nos está diciendo en un lenguaje que es jeroglífico y pornográfico al mismo tiempo. No exagero.

La destrucción intencionada de los otros cuadros de la serie, los siete desnudos masculinos, era un acto necesario, por tanto, como lo era la muerte del autor, así lo entiendo ahora, examinando el cuadro con extrema atención, para proteger las apariencias y colocar esta obra en el lugar de primacía que le correspondía desde el principio, desde que Carlos la concibió para completar el proyecto artístico que presentó a la urbanización y pudo costarle la vida. Y ahí estoy yo duplicada, en miniatura, y ahí está Carlos, representado en una esquina insignificante del cuadro pero ejerciendo su poder omnímodo como pintor sobre lo visible y lo invisible. Ahí está Carlos pintando, sí, pintándose y pintándome, como diría él mismo, para el ojo de la eternidad y la gratuidad del arte.

Quien me lo ha enviado a casa sabe todo esto y quiere que yo lo sepa también y lo entienda como un gesto de complicidad hacia mí que Carlos también habría planeado. Nada me gustaría más, a pesar de todo, que detrás de ese gesto estuviera el diabólico Julito y no otros actores malignos de esta trama también diabólica de los que no quiero saber nada nunca más. Sería una forma adecuada de redondear la complicada historia del cuadro, de conferirle una simetría y una lógica de las que la vida carece con frecuencia para

nuestra desesperación y nuestra desgracia.

Mamá está llorando a lágrima viva, y no es de tristeza ni de dolor. Es la primera vez desde hace mucho tiempo que la veo llorar de alegría, algo que antes era habitual en ella, prorrumpir en llanto cuando alguna buena noticia superaba sus expectativas. El cuerpo llora a causa de sus obras, dijo el Jesús de los gnósticos, y el espíritu ríe a causa de la luz. Me hace feliz sentir que soy yo ahora la causa de esa alegría y el motivo de ese llanto. Me felicito por haber tomado la decisión de ceder al deseo de Carlos de verme y pintarme desnuda. El cuadro, en lo que contiene referido a la casa de El Atabal, el jardín y el paisaje de la urbanización, le ha traído muy buenos recuerdos. Me dice sin segundas intenciones que se siente sorprendida y que le gusta mucho y quiere colgarlo en el salón. Para que lo vea todo el mundo, dice emocionada. Ya no tiene nada que ocultar. Yo me río pensando que nunca viene nadie a esta casa de Martínez Maldonado, nadie pone los pies en ella excepto nosotras dos, las aves solitarias del edificio, como nos llaman las vecinas más cotillas. Da igual. Lo único importante es que mamá está contenta y ya no se escandaliza por nada de lo que yo haga o diga. Si quiere colgar *El Diablo* en el salón, donde cualquiera que venga de visita pueda verlo, quién soy yo para negarle ese deseo. Mi madre tiene el mismo derecho que yo a hacer lo que le venga en gana y a ser feliz a su modo. Bastante hemos sufrido las dos en los últimos años. Mamá dice que el cuadro de Carlos será el sol que ilumine esta casa a partir de ahora, y yo la creo. Yo soy, ahora sí, todas las hijas de la casa de mi madre y todos los hijos también.

## 141

Carlos fue asesinado el 2 de noviembre de 1982.

He hablado con la policía. He dicho cosas. He acusado a gente con nombre y apellidos. He levantado sospechas.

Escribo esto el 1 de abril de 1983, cinco meses después del asesinato de Carlos, mil novecientos cincuenta años después de la crucifixión de Jesucristo Superstar, para dar testimonio y dejar constancia de todo lo que sé.

Tengo veinte años y la sensación de haber vivido el doble o el triple.

No viviré mucho tiempo más, aunque nunca se sabe quién vive en realidad.

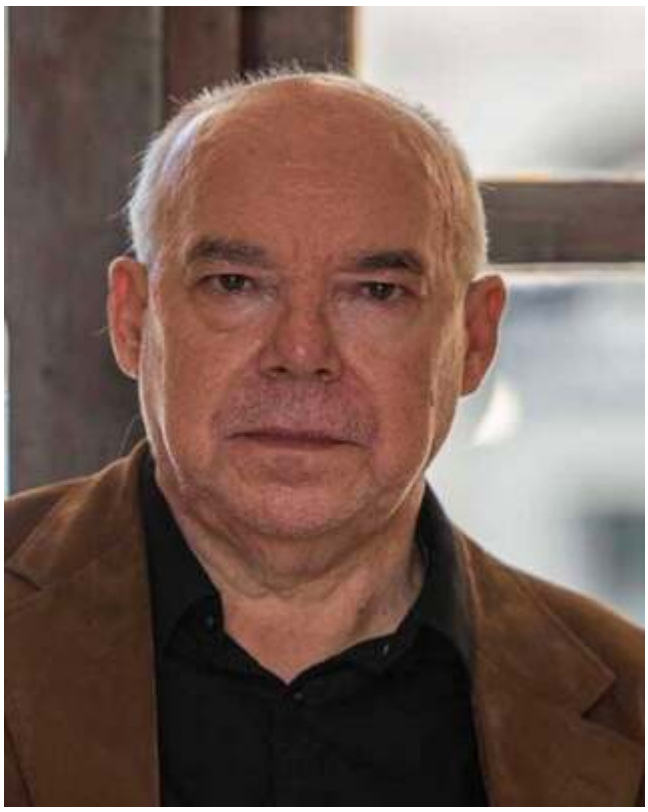
Podemos existir con la máxima intensidad mientras vivimos, así Bernhard.

Yo, la evangelista del amor, como María Magdalena, tan solo aguardo el reposo del tiempo, la eternidad del silencio. La luz del primer amanecer.

Los sicarios de Dios me acosan.

Los sicarios de Dios me persiguen.

Dios no quiere que termine esta novela.



JUAN FRANCISCO FERRÉ (Málaga, 1962). Escritor y crítico literario español, Juan Francisco Ferré se doctoró en Filología Hispánica y ha sido profesor e investigador en varias universidades, como la de Brown en los Estados Unidos, donde destacó por su trabajo sobre cine y literatura hispana.

En lo literario, Ferré es conocido por sus artículos de crítica literaria en varios medios especializados en cultura, sus participaciones en diversas antologías de relato, así como por su producción narrativa dedicada a la novela. Su estilo se enmarcaría dentro del posmodernismo y se le ha incluido en la denominada como Generación Nocilla. En 2009 quedó finalista del Premio Herralde de Novela con *Providence*, galardón con el que se haría tres años más tarde gracias a su libro de 2012, *Karnaval*.